

SARAH WATERS

*Los huéspedes
de pago*



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada

Primera parte

1

2

3

4

5

6

Segunda parte

7

8

9

10

Tercera parte

11

12

13

14

15

16

17

Agradecimientos

Créditos

*A Judith Murray,
con gratitud y amor*

Primera parte

Los Barber habían dicho que llegarían a las tres. Era como esperar para empezar un viaje, pensó Frances. Ella y su madre habían pasado la mañana pendientes del reloj, sin poder relajarse. A las dos y media, en un impulso de nostalgia, Frances había recorrido las habitaciones por última vez, supuso; desde entonces había aumentado el nerviosismo, que desembocó en un desinflamiento progresivo, y ahora, casi a las cinco, allí estaba otra vez, oyendo el eco de sus propios pasos y sin sentir el menor cariño por los espacios exiguamente amueblados, simplemente ansiosa por que llegara la pareja, por que se instalara y acabar con el asunto.

Estaba mirando a la calle desde una ventana de la habitación más grande, la que hasta hacía poco había sido el dormitorio de su madre, pero que ahora iba a ser el cuarto de estar de los Barber. La tarde era luminosa pero polvorienta. Ráfagas de viento levantaban volutas de polvo de la acera y la calzada. Las mansiones de enfrente emanaban un vacío dominical, aunque tenían ese aspecto todos los días de la semana. A la vuelta de la esquina había un gran hotel, y de vez en cuando pasaban por allí automóviles y taxis que iban o venían del hotel; a veces la gente paseaba por delante, como para tomar el aire. Pero Champion Hill, en conjunto, mantenía su aislamiento. Los jardines eran amplios, los árboles, frondosos. Nunca adivinarías, pensó, que el mugriento Camberwell estaba allí mismo. Nunca pensarías que dos o tres kilómetros más al norte se extendía Londres, vida, glamour, todo eso.

El sonido de un vehículo le hizo volver la cabeza. Una furgoneta comercial se acercaba a la casa. No podían ser ellos, ¿verdad? Se esperaba la carreta de una empresa de transportes, o incluso que la pareja llegase a pie; pero sí, la furgoneta estaba aparcando junto al bordillo, con un chirrido horroroso del freno, y ahora veía las caras en la cabina, agachadas y levantando la vista hacia la suya: el conductor y el señor Barber, y entre ellos dos la señora Barber. Se sintió atrapada y al descubierto en el marco de la ventana, alzó la mano y sonrió.

O sea que ya está, se dijo sin perder la sonrisa.

No era como empezar un viaje, al fin y al cabo; era como terminar uno y no querer apearse del tren. Se apartó de la ventana, bajó a la planta baja y gritó lo más alto que pudo desde el vestíbulo hacia el salón: «¡Ya han llegado, madre!»

Para cuando abrió la puerta de la calle y salió al pórtico, los Barber ya se habían bajado de la furgoneta y estaban junto a la trasera del vehículo, descargando sus cosas. Les ayudaba el conductor, un joven con un blazer y una corbata de rayas, casi idénticos a los que llevaba el señor Barber, y con una cara parecida, estrecha, y el pelo sin brillantina, como de fin de semana, por lo que Frances tardó un momento en saber cuál de los dos era el señor Barber. Sólo había visto una vez a la pareja, casi quince días antes. Era una noche lluviosa de abril y el marido venía directamente de su despacho, con bombín y un impermeable.

Pero ahora recordó su bigote rojizo, el color rubio rojizo de su pelo. El otro hombre era más rubio. La mujer, cuyo atuendo, la otra vez, había sido sobrio y bastante anónimo, llevaba una falda con ribete y un jersey carmesí. La falda le llegaba sus buenos quince centímetros por encima de los tobillos. El jersey era largo y bastante holgado, pero revelaba de algún modo las curvas de su figura. Al igual que los hombres, no llevaba sombrero. Su pelo moreno y corto, con un rizo hacia arriba encima de las mejillas y a lo chico en la nuca, le daba el aspecto de una curruca ingeniosa.

¡Qué jóvenes se los veía! Los hombres parecían más bien chicos, aunque Frances había calculado, en la visita anterior, que el señor Barber debía de tener veintiséis o veintisiete años, más o menos su misma edad. A su mujer le había calculado veintitrés. Ahora no estaba tan segura. Al cruzar las baldosas del jardín delantero oyó sus voces emocionadas, desprevenidas. Habían descargado un baúl de la furgoneta y lo dejaron inestablemente; al parecer, el señor Barber se había pillado los dedos debajo. «¡No te rías!», le oyó gritarle a su mujer, fingiendo protestar. Entonces Frances recordó su acento «refinado», la dicción de clase alta.

La mujer alargaba la mano hacia la de su marido.

—Déjame ver. Oh, no es nada.

Él retiró la mano bruscamente.

—No es nada ahora. Espera un poco y verás. ¡Dios, cómo duele!

El otro hombre se frotó la nariz.

—Mirad —dijo. Había visto a Frances en la puerta del jardín.

Los Barber se volvieron y la saludaron mientras terminaban de reírse, de tal forma que la risa, muy poco consoladora, se quedó como adherida a Frances.

–Bueno, ya están aquí –dijo, y se reunió con los tres en la acera.

Casi riéndose todavía, el señor Barber dijo:

–¡Sí, ya hemos llegado! Destruyendo ya la reputación de la calle, como ve.

–Oh, mi madre y yo lo hacemos.

Su mujer fue más sincera:

–Perdone que lleguemos tarde, señorita Wray. ¡El tiempo vuela! ¿Nos estaba esperando? Pensaba que veníamos de lo más recóndito de las Highlands o algo así, ¿verdad?

Llegaban de Peckham Rye, a unos tres kilómetros de allí. Frances dijo:

–A veces los trayectos más cortos son los más largos, ¿no?

–Sí, si los recorre Lilian –dijo el señor Barber–. El señor Wismuth y yo estábamos listos a la una. Le presento a mi amigo Charles Wismuth, que ha tenido la amabilidad de prestarnos la furgoneta de su padre para este día.

–¡No estabais listos para nada! –exclamó la señora Barber, mientras un señor Wismuth sonriente se adelantaba para estrechar la mano de Frances–. Señorita Wray, ¡no lo estaban, de verdad!

–¡Estábamos preparados y esperando, mientras tú todavía revolvías entre tus sombreros!

–De todos modos, ya están aquí –dijo Frances.

Quizá su tono fue algo frío. Los tres jóvenes parecían muy poco arrepentidos, y echando un vistazo a sus nudillos magullados el señor Barber volvió a la trasera de la furgoneta. Por encima de su hombro Frances vislumbró lo que había dentro: un batiburrillo de maletas repletas, un enredo de patas de sillas y mesas, un bulto tras otro de ropa de cama y alfombras, un gramófono portátil, una pajarera de mimbre, un cenicero de imitación bronce con un pie jaspeado... La idea de que todos aquellos objetos estaban a punto de ser trasladados a su casa, y de que aquella pareja, que no era del todo la misma que ella recordaba, que eran más jóvenes, más desenvueltos, iban a llevarlos dentro, y a instalarlos, y a asentar entre ellos su propio hogar, con todo desparpajo, la idea le produjo una palpitación de pánico. ¿Qué demonios había hecho? Era como si estuviese abriendo la casa a ladrones e invasores.

Pero no quedaba otro remedio, si la casa iba a seguir siendo habitada. Con una sonrisa resuelta se aproximó al vehículo con ánimo de ayudar.

Los hombres no la dejaron.

–Ni se le ocurra, señorita Wray.

–No, de verdad, no debe –dijo la señora Barber–. Lo harán Len y Charlie. Es poca cosa, en realidad.

Y bajó la mirada hacia los objetos que se estaban amontonando a su alrededor, dándose golpecitos en la boca con los dedos.

Frances recordó entonces aquella boca: una boca que, como ella habría expresado para sus adentros, parecía tener más por fuera que por dentro. Hoy tenía un toque de color que no había tenido la última vez, y advirtió que las cejas de la joven eran finas y moldeadas. Los detalles de elegancia la incomodaron tanto como todo lo demás, le hicieron sentirse una solterona, con su pelo recogido con horquillas, su silueta angulosa y su blusa remetida en la falda de talle alto, a la moda de la guerra, acabada ya hacía cuatro años. Al ver a la señora Barber con una batea de plantas de interior en brazos, torpemente ensartada la muñeca en el asa de un bolsón de rafia, dijo:

–Déjeme por lo menos que le lleve esa bolsa.

–¡Oh, yo puedo!

–Bueno, algo tengo que coger.

Finalmente, viendo que el señor Wismuth acababa de sacar algo de la furgoneta, cogió el espantoso cenicero de pie y atravesó con él el jardín delantero para mantener abierta la puerta de la casa. La mujer iba tras ella, subiendo con cuidado los escalones del pórtico.

En el umbral, sin embargo, titubeó, inclinada sobre los helechos en sus brazos para mirar el vestíbulo y sonreír.

–Es tan bonito como lo recordaba.

Frances se volvió.

–¿Sí?

Ella sólo veía la falsedad de todo aquello: las marcas y los desgarrones que ella había remendado y disfrazado; el hueco donde había estado la caja del alto reloj de pared, que habían tenido que vender seis meses antes; el gong de las comidas, lustrado con abrillantador, que llevaba años y años sin que lo tocaran. Al volverse hacia la señora Barber, vio que seguía esperando en el escalón.

–Bueno –dijo–, más vale que entre. También es su casa, ahora.

La señora Barber alzó los hombros; se mordió el labio y arqueó las cejas en una pantomima de emoción. Entró cautelosamente en el vestíbulo y su

tacón topó en el acto con un azulejo poco firme del suelo blanco y negro que osciló bajo el zapato. Soltó una risa ahogada de turbación: «¡Ay, Dios mío!»

La madre de Frances apareció en la puerta del salón. Quizá había estado apostada dentro, reuniendo el entusiasmo necesario para salir.

–Bienvenida, señora Barber. –Fue a su encuentro, sonriendo–. Qué plantas más bonitas. Pata de conejo, ¿no?

La joven maniobró con la batea y la bolsa para poder tenderle la mano.

–Me temo que no lo sé.

–Creo que sí lo son. Patas de conejo; tan bonitas. ¿Han encontrado el camino sin problemas?

–Sí, ¡pero siento que hayamos llegado tan tarde!

–Bueno, por nosotras no importa. Las habitaciones no iban a marcharse. Tomarán una taza de té.

–Oh, no se moleste.

–Pero deben tomar una taza. Siempre apetece un té cuando te mudas de casa y nunca encuentras la tetera. Yo me ocupo mientras mi hija la lleva arriba. –Miró el cenicero con ciertas reservas–. Tú también les echas una mano, ¿verdad, Frances?

–Es lo menos, me parece, con la señora Barber tan cargada.

–Oh, no, no tiene que ayudarnos –dijo ella; y añadió, con otra risita–: ¡No esperamos ayuda!

Precediéndola en la escalera, Frances pensó: ¡Cómo se ríe!

Tuvieron que hacer un alto en el amplio rellano de arriba. La puerta a su izquierda estaba cerrada –era la del dormitorio de Frances, la única de allí que seguiría estando en posesión de ella y de su madre–, pero todas las demás estaban abiertas, y el sol de las primeras horas de la tarde, de un amarillo tan suntuoso como la yema de un huevo, se colaba por los dos cuartos delanteros y casi llegaba hasta la escalera. Revelaba las desgarraduras de las alfombras, pero también la cera de los suelos Regencia, sobre los que Frances se había deslomado varias mañanas de aquella semana para sacarles un brillo de un oscuro color caramelo, y a la señora Barber le disgustó cruzar la madera pulida con sus tacones.

–Da igual –le dijo Frances–. Me temo que la superficie perderá pronto el brillo.

–No, no quiero estropearlo –respondió firmemente la otra, y depositó la bolsa y las plantas para descalzarse.

Dejó pequeñas huellas húmedas en la cera. Llevaba unas medias negras, más negras en los dedos del pie y en los talones, donde el refuerzo de la seda consistía en tiras de fantasía escalonadas. Mientras Frances se rezagaba y observaba, ella entró en la habitación más grande y la inspeccionó con la misma mirada inquisitiva y de admiración con que había contemplado el vestíbulo; sonriendo ante cada antigüedad que veía.

–Qué habitación más encantadora. Hasta parece más grande que la última vez. Len y yo nos perderemos aquí. Verá, en realidad sólo hemos tenido nuestro dormitorio en la casa de sus padres. Y su casa es..., bueno, no es como ésta.

Fue hasta la ventana de la izquierda, a la que Frances había estado asomada unos minutos antes, y levantó una mano para protegerse los ojos.

–¡Y mire qué sol! Estaba nublado la otra vez que vinimos.

Frances por fin llegó a su lado.

–Sí, es la habitación donde más da el sol. Por desgracia no tiene muchas vistas, a pesar de que estemos tan altos.

–Bueno, se ve un poco, entre las casas.

–Entre las casas sí. Y si se mira hacia el sur, allí –señaló–, se divisan las torres del Crystal Palace. Tiene que acercarse más al cristal... ¿Las ve?

Estuvieron cerca una de la otra durante un momento, la señora Barber con la cara a un palmo de la ventana, empañando el cristal con su aliento. Sus pestañas oscuras buscaron, y después se centraron.

–¡Ah, sí!

Parecía encantada.

Pero luego retrocedió y retrajo la mirada; y su voz cambió, se volvió indulgente.

–Oh, mire a Len. Sigue quejándose. ¡Qué enclenque! –Dio golpecitos en la ventana y llamó y gesticuló–. ¡Que Charlie coja eso! ¡Ven a ver el sol! ¿Lo ves? ¡*El sol!* –Dejó caer la mano–. No me entiende. Da igual. Qué divertido es ver nuestras cosas así, expuestas a la vista. ¡Qué pobre parece todo! Como un baratillo. ¿Qué pensarán los vecinos, señorita Wray?

¿Qué, en efecto? Frances veía ya la aguda mirada de la señora Dawson clavada en la calle, fingiendo que forcejeaba con el pestillo de la ventana de su sala. Y más abajo de la cuesta apareció ahora el señor Lamb, de High Croft, que se detuvo parpadeando ante las maletas llenas, los baúles de hojalata abollados, las bolsas, los cestos y las alfombras que el señor Barber y

el señor Wismuth, por comodidad, estaban amontonando sobre la tapia baja de ladrillo del jardín.

Frances vio asentir con la cabeza a los dos hombres y oyó sus voces: «¿Cómo está usted?» El señor Lamb dudó, incapaz de situarles; quizá desconcertado por las rayas de las corbatas de su «club».

–Tenemos que echarles una mano –dijo ella.

–Oh, sí, ya voy –respondió la señora Barber.

Pero cuando salió de la habitación fue para deambular por el dormitorio contiguo. Y de allí se fue hasta la última de las habitaciones, el cuartito trasero que había enfrente de la alcoba de Frances, al otro lado del giro del rellano y la escalera: la habitación a la que Frances y su madre seguían llamando el cuarto de Nelly y Mabel, a pesar de que no lo habían ocupado Nelly ni Mabel ni ninguna otra sirvienta interna desde que finalmente, en 1916, atraídas por la fábrica de municiones, se fueron a trabajar en ella. Ahora la habían habilitado como cocina, con un aparador y un fregadero, luz y un fogón de gas y un contador con una ranura para los chelines. La propia Frances había encolado el papel de las paredes; más que encerarlo, había manchado el suelo del cuarto. El aparador y la mesa con tablero de aluminio los había subido de la recocina, un día en que su madre no estaba en casa para supervisar lo que hacía.

Se había esforzado en hacerlo todo bien. Pero al ver deambular a la señora Barber, tomar posesión, decidir qué cosas irían aquí, qué otras allá, se sintió extrañamente superflua, como si se hubiera convertido en el fantasma de sí misma. Dijo torpemente:

–Bueno, si tiene todo lo que necesita, voy a ver cómo va su té. Estaré abajo si surge algún problema. Es mejor que recurra a mí que a mi madre, y... Oh. – Se calló y se metió la mano en el bolsillo–. Más vale que le dé esto, ¿no?, no se me vaya a olvidar.

Sacó las llaves de la casa: dos juegos, atados con sendas cintas. Le costó entregarlos, depositarlos en la palma de aquella mujer, aquella chica; aquella más o menos perfecta desconocida que había cobrado vida gracias a un anuncio publicado en el *South London Press*. Pero la señora Barber recibió las llaves con un gesto, una inclinación de la cabeza, para mostrar que apreciaba la trascendencia del momento. Y con una delicadeza inesperada dijo:

–Gracias, señorita Wray. Gracias por hacerlo todo tan agradable. Estoy

segura de que Leonard y yo seremos felices aquí. Sí, estoy segura. Tengo también algo para usted, por supuesto –añadió, mientras cogía las llaves para guardarlas en la bolsa. Sacó un sobre marrón arrugado.

Era el alquiler de dos semanas. Cincuenta y ocho chelines: Frances pudo oír ya el crujido de los billetes y el deslizamiento y el tintineo de las monedas. Trató de que sus rasgos adoptaran una expresión seria al tomar el sobre de la mano de la joven, y se lo guardó en el bolsillo de una forma negligente, como si a cualquiera, pensó, se le pudiera inducir a pensar que el dinero era una mera formalidad y no la esencia, el mísero meollo y la miga del asunto.

Abajo, mientras los hombres pasaban resoplando con una máquina de coser de pedal, se escabulló al salón sólo para echar una rápida ojeada al efectivo. Desgarró la parte pegada del sobre y... oh, allí estaba, tan real, tan presente, tan *suyo*, que sintió que sería capaz de acercar la boca y besarlo. Volvió a meterlo en el sobre y después casi atravesó brincando el vestíbulo y el pasillo que llevaba a la cocina.

Su madre estaba delante del fogón, retirando la tetera del hornillo con aquel aire agobiado que tenía siempre que la dejaban sola en la cocina; era como un pasajero de un buque siniestrado al que acabasen de despachar a la sala de máquinas para que controlara los indicadores. Entregó la tetera a la mano más firme de Frances y empezó a reunir las cosas del té, la jarrita de leche, el cuenco de azúcar. Puso tres tazas y platillos en una bandeja para los Barber y el señor Wismuth, y luego titubeó con otros dos platillos en alto. Cuchicheó a Frances:

–¿Tú crees que debemos tomar el té con ellos?

Frances también vaciló. ¿Cuáles eran las reglas?

¡Oh, qué más daba! Ahora habían cobrado el dinero. Arrebató los platillos de los dedos de su madre.

–No, no empecemos así. Si empezamos no habrá manera de acabar. Nos quedamos en la sala; que ellos tomen el té arriba. Les daré un plato de galletas para acompañar.

Quitó la tapa de la caja y metió la mano.

Una vez más, sin embargo, tuvo dudas. ¿Las galletas eran absolutamente necesarias? Puso tres en un plato y puso el plato al lado de la tetera; luego cambió de opinión y lo retiró.

Pero entonces pensó en la amable señora Barber, cuando había pisado con

tiento el suelo encerado; pensó en los talones de fantasía de sus medias; y devolvió el plato a la bandeja.

Los hombres subieron y bajaron las escaleras durante otros treinta minutos, y durante un rato más se oía cómo desplazaban cajas y maletas, arrastraban y empujaban muebles y a los Barber llamándose de una habitación a otra; una vez sonó un estallido de música del gramófono portátil y Frances y su madre se miraron, horrorizadas. Pero el señor Wismuth se marchó a las seis y antes de irse llamó a la puerta del salón porque quería despedirse educadamente; y en cuanto se fue la casa se volvió más tranquila.

Pero no era, inexorablemente, la casa que había sido dos horas antes. Frances y su madre se sentaron con libros ante las puertaventanas, dispuestas a aprovechar lo que quedaba de luz, pues en los últimos años se habían acostumbrado a hacer pequeñas economías de este tipo. Pero la habitación, larga y espaciosa, que llegaba hasta el fondo de la casa, dividida por puertas dobles que dejaban abiertas en primavera y en verano, tenía encima dos de las habitaciones de los Barber, su dormitorio y su cocina, y Frances, pasando páginas, notó la presencia de la pareja arriba, era tan consciente de ella como si se le hubiera incrustado una mota en el rabillo del ojo. Durante un rato se movieron por el dormitorio; ella oía abrir y cerrar cajones. Pero después uno de ellos entró en la cocina y, tras una pausa deliberada, se oyó un sonido curioso y discordante, como si un mecanismo de relojería metálico y monstruoso hubiera engullido algo. Uno, dos, tres, cuatro tragos: miró al techo, perpleja, hasta que cayó en la cuenta de que simplemente estaban metiendo chelines en el contador. Después corrió el agua de un grifo y luego empezó otro ruido extraño, una especie de pulsación o jadeo rápido: el contador de nuevo, probablemente porque el gas circulaba por él. La mujer debe de estar calentando una tetera. Ahora su marido se le había unido. Hubo una conversación, risas... Frances se sorprendió pensando, como podría haber hecho de unos huéspedes: bueno, está claro que se sienten como en su casa.

Entonces captó la implicación de estas palabras y su ánimo decayó un poquito.

Mientras estaba en la cocina, preparando una cena dominical fría, la pareja bajó y llamó a la puerta, primero la mujer y después el marido: el retrete estaba fuera, al otro lado del patio desde la puerta trasera, y para llegar a él tenían que pasar por la cocina. Entraron gesticulando disculpas; Frances

también se disculpó. Supuso que esta situación era una molestia tanto para ellos como para ella. Pero a cada encuentro su confianza se tambaleaba un poco más. Hasta los cincuenta y ocho chelines que tenía en el bolsillo empezaban a perder su poder mágico; comenzaba a darse cuenta de lo trabajoso que sería ganárselos. Sencillamente no estaba preparada para la extraña novedad de ver y oír al matrimonio pasando de una habitación a otra como si les pertenecieran. Por ejemplo, cuando el señor Barber se dirigía a la escalera para subir después de su visita al patio, oyó que se detenía en el vestíbulo. Preguntándose qué le entretendría, se aventuró a echar un vistazo al pasillo y lo vio mirando los cuadros de las paredes como si estuviera en una galería de pintura. Inclinandose para ver mejor un grabado en acero de la catedral de Ripon, se metió los dedos en el bolsillo y sacó un palillo con el que empezó a escarbarse en los dientes.

No mencionó nada de esto a su madre. Las dos continuaron sus costumbres vespertinas, después de cenar jugaron un par de partidas de backgammon, tomaron una taza de cacao aguado a las diez menos cuarto y luego iniciaron la ronda de quehaceres –recoger, voltear, ahuecar los cojines, pasar cerrojos– que precedían a la hora de acostarse.

La madre fue la primera que dio las buenas noches. Frances se demoró un rato en la cocina, ordenando, limpiando el fogón. Visitó el retrete, puso la mesa para el desayuno; sacó al jardín delantero la lechera y la colgó al lado de la verja. Pero cuando había vuelto a la casa y estaba bajando el gas en el vestíbulo advirtió la luz todavía encendida debajo de la puerta de su madre. Y aunque no acostumbraba a ir a verla después de que se hubiera acostado, aquella noche, por alguna razón, la franja de luz la atrajo. Se acercó a ella y llamó con los nudillos.

–¿Puedo entrar?

Su madre estaba sentada en la cama, con el pelo liberado de horquillas y dispuesto en trenzas. Le colgaban como cuerdas que se deshilachan; hasta la guerra había tenido el pelo castaño, de un castaño tan puro como el de Frances, pero se le había deslucido en los últimos años, se había vuelto más burdo, y ahora, a los cincuenta y cinco años, tenía la cabeza blanca de una anciana; sólo sus cejas se conservaban oscuras y resueltas sobre sus hermosos ojos de color avellana. Tenía un libro en el regazo, una de esas publicaciones que se llevan en el tren, *Crucigramas y acertijos*: había estado pensando la solución de un acróstico.

Dejó caer el libro cuando apareció Frances, y la miró por encima de las lentes de sus gafas de lectura.

—¿Todo en orden, Frances?

—Sí. Se me ha ocurrido venir. Pero sigue con tu pasatiempo.

—Oh, es sólo una tontería que me ayuda a dormirme.

Pero volvió a mirar la página y debió de dar con una solución: probó la palabra, moviendo los labios al mismo tiempo que el lápiz. La mitad de la cama desocupada a su lado estaba lisa como una tabla de planchar. Frances se sacudió de los pies las zapatillas, se subió a la cama y se tumbó con las manos detrás de la cabeza.

Hasta un mes antes, la habitación había sido el comedor. Frances había pintado encima del viejo papel rojo y reorganizado los cuadros, pero al igual que en la cocina nueva de arriba, el resultado no era muy convincente. Le daba la sensación de que los muebles del dormitorio de su madre estaban tan tensos como visitantes descontentos: los sentía añorar sus rutinas y besuqueos en el suelo del cuarto de arriba. También había tenido que quedarse allí parte del mobiliario del comedor, a falta de otro lugar donde ponerlo, y producía un efecto de saturación, sugería vejez y un asomo —sólo un asomo— de habitación de enfermo. Era el tipo de habitación que ella recordaba de cuando había visitado siendo niña a tías abuelas postradas en cama. Lo único que faltaba realmente, pensó, era el tufillo de una silla orinal y la campanilla para llamar a la bigotuda hija solterona.

Dio rápidamente la espalda a esta imagen. Arriba se oía a uno de los Barber cruzando el suelo de su sala: el marido, supuso, por el brío y el rebote de sus pasos; los de su mujer eran más reposados. Miró hacia el techo para seguir los pasos con los ojos.

Su madre, a su lado, también miró hacia arriba.

—Un día de grandes cambios —dijo con un suspiro—. ¿Siguen desembalando sus cosas? Están emocionados, supongo. Recuerdo que cuando tu padre y yo llegamos aquí estábamos igual que ellos. Parece que la casa les gusta, ¿verdad? —Había bajado la voz—. Ya es algo, ¿no?

Frances respondió casi con el mismo tono furtivo.

—A ella sí, en todo caso. Parece como si no diera crédito a su buena suerte. De él no estoy tan segura.

—Bueno, es una casona hermosa. Y un verdadero hogar: eso tiene mucha importancia para los recién casados.

–Ah, pero no se acaban de casar, ¿no? ¿No nos dijeron que llevaban tres años casados? Apenas terminó la guerra, me figuro. Pero no tienen hijos.

El tono de su madre cambió ligeramente.

–No. –Y al cabo de un segundo, como un pensamiento que había llevado claramente al siguiente, añadió–: Qué pena que todas las jóvenes de hoy piensen que tienen que maquillarse.

Frances cogió el libro y estudió el acróstico.

–Sí, ¿verdad? Y también los domingos.

Sintió la mirada fija de su madre.

–No creas que no sé cuándo te estás burlando de mí, Frances.

Arriba, la señora Barber se rió. Algo liviano cayó al suelo o fue lanzado y corrió por los tablones. Frances desistió de resolver el acróstico.

–¿De qué clase social crees que procede?

La madre había cerrado el libro y lo estaba apartando.

–¿Quién?

Su barbilla dio un respingo.

–La señora Barber. Yo diría que su padre es algo así como director de sucursal, ¿no crees? Su madre debe de ser una señora «bien». «Canciones de amor indias» en el gramófono, quizá un hermano que está haciendo carrera en la marina mercante. Clases de piano para las chicas. Una visita a la Royal Academy todos los años...

Empezó a bostezar. Se tapó la boca con la parte exterior de la muñeca y prosiguió, a través del bostezo.

–Supongo que hay una cosa buena en que sean tan jóvenes: sólo pueden compararnos con los padres de él. No sabrán que en realidad no tenemos ni idea de lo que estamos haciendo. Seremos las caseras siempre que representemos ese papel con suficiente entusiasmo.

La madre pareció apenada.

–¡Qué manera tan directa de decir las cosas! Podrías ser la señora Seaview, de Worthing.

–Bueno, no hay nada vergonzoso en ser una casera; no en estos tiempos. Yo, por mi parte, aspiro a que me guste serlo.

–¡Ojalá no dijeras más esa palabra!

Frances sonrió. Pero su madre tiraba del ribete de seda de una manta, y una expresión de auténtica angustia empezaba a asomar a su rostro: Frances sabía que estaba en un tris de decir: «¡Oh, a tu querido padre se le rompería el

corazón!» Y como incluso ahora, casi cuatro años después de su muerte, Frances no podía pensar en su padre sin que le entraran ganas de rechinar los dientes, o de maldecir, o de dar un brinco y destrozar algo, se apresuró a cambiar de conversación. Su madre colaboraba en la gestión de dos o tres obras de beneficencia locales: preguntó por ellas. Hablaron durante un rato de una venta benéfica que estaban organizando.

En cuanto vio que la cara limpia de su madre expresaba simplemente el cansancio propio de su edad, se puso en pie.

–Bien, ¿tienes todo lo que necesitas? ¿No quieres una galleta, por si te despiertas?

La madre inició los preparativos para dormir.

–No, no quiero una galleta. Pero puedes apagarme la luz, Frances.

Se retiró las trenzas de los hombros y posó la cabeza en la almohada. Las gafas le habían dejado pequeñas marcas, como contusiones, en el puente de la nariz. Cuando Frances alargó la mano hacia la lámpara hubo más pasos en la habitación de arriba, y entonces sus ojos avellana miraron de nuevo al techo.

–Ahí arriba podría estar Noel o John Arthur –murmuró, mientras la luz se apagaba.

Pues sí, podría ser, pensó Frances un momento después, entreteniéndose en la penumbra del pasillo; porque ahora olía a humo de tabaco y oyó una voz masculina que farfullaba algo en el rellano, junto con el golpeteo de un pie varonil en zapatillas... Y así, de pronto, como una rodilla o un codo que recibe un golpe en el punto malo, el corazón le dio un vuelco. ¡Cómo podía atraparte todavía la congoja! Tuvo que pararse al pie de la escalera mientras le recorría la punzada de tristeza. Pero ojalá, pensó, cuando empezó a subir – no había pensado en esto hacía siglos–, ojalá, al girar en la escalera, encontrara en la cima a uno de sus hermanos: a John Arthur, pongamos, de aspecto flaco y pinta de empollón, parecido a un monje enigmático con su bata color pardo y sus sandalias de Garden City.

No había nadie más que el señor Barber, con un cigarrillo en la comisura de la boca, sin chaqueta y con los puños de la camisa remangados; estaba manoseando un objeto feísimo que evidentemente acababa de colgar en el rellano, una combinación de barómetro y cepillo de la ropa esmaltado con un color chillón anaranjado. Pero vio, consternada, que había toques chabacanos por todas partes. Era como si una boca gigantesca hubiera aspirado una bolsa de caramelos de fruta y luego hubiese lamido la casa. La alfombra desvaída

del antiguo dormitorio de su madre estaba sepultada bajo unas falsas alfombras persas. Un chal indio con flecos cubría oblicuamente el precioso espejo colgado del entrepaño. En una de las paredes había un grabado que parecía ser un desnudo clásico al estilo de Lord Leighton. La jaula de mimbre giraba lentamente suspendida por una cinta de un gancho que había sido atornillado al techo; dentro había un loro de seda y plumas sobre una percha de papel maché.

La luz del rellano era muy intensa y silbaba como si estuviera furiosa. Frances se preguntó si la pareja se acordaba de que la pagaban ella y su madre. Su mirada captó la del señor Barber y dijo, con una voz en consonancia con la tremenda claridad que les rodeaba:

–Ya se han instalado, ¿no?

Él se sacó el cigarrillo de los labios y reprimió un bostezo.

–Oh, ya he tenido bastante por hoy, señorita Wray. He cumplido, subiendo esas dichosas cajas. Dejo la decoración a Lilian. A ella le encantan esas cosas. Lilian podría decorar toda Inglaterra.

Hasta entonces Frances no le había mirado bien. Había captado sus modales, su «tema» –su refunfuño jocosos– más que cualquier otra cosa tangible, más física. Ahora, a la luz uniforme del rellano, advirtió su pulcritud de empleado. Sin los zapatos era sólo tres o cinco centímetros más alto que ella. «Enclenque», le había llamado su mujer; pero en él había demasiada vida para serlo. Una barba de días pelirroja le nimbaba la cara, punteada por pequeñas marcas de granos, y tenía la mandíbula estrecha, los dientes ligeramente apiñados, y sus pestañas, de un rubio rojizo, eran casi invisibles. Pero los ojos, muy azules, de algún modo lo hacían guapo o casi, más, en cualquier caso, de lo que hasta entonces había pensado.

Apartó la mirada de él.

–Bueno, voy a acostarme.

Él reprimió otro bostezo.

–¡Qué suerte tiene! Creo que Lily todavía está decorando nuestra cama.

–He apagado las luces de abajo. El manto de la chimenea en el vestíbulo hace de las suyas y he preferido apagar el gas. Tendría que habérselo enseñado, supongo.

–Enséñemelo ahora, si quiere –dijo él, servicial.

–Bueno, mi madre se ha ido a dormir. Verá, su habitación está justo al pie de la escalera...

–Ah. Me lo enseñará mañana, entonces.

–Sí. Pero me temo que estará oscuro si usted o su esposa necesitan bajar otra vez esta noche.

–Oh, encontraremos el camino.

–Pueden coger una lámpara.

–Buena idea, sí. O le diré lo que haremos. –Sonrió–. Primero mandaré a Lil abajo, con una cuerda. Si hay algún problema puede... dar un tirón.

Mantuvo la mirada en Frances mientras hablaba, con una especie de actitud jocosa. Pero había algo en ella vagamente inquietante. Ella dudó si contestar y él levantó el cigarrillo, giró la cabeza para dar una calada y retorció hacia un lado la boca sonriente para dirigir lejos el humo, pero sin dejar de mirar a Frances con aquellos vivarachos ojos azules.

Después, tras un parpadeo, cambió de expresión. Se abrió la puerta del dormitorio y apareció su mujer. Tenía un cuadro en las manos –Frances se temió que otro desnudo de Lord Leighton–, y al verlo el señor Barber emitió una de sus quejas burlonas.

–¿Todavía estás con eso, mujer? ¡Increíble!

Ella sonrió a Frances.

–Sólo arreglo un poco las cosas.

–Bueno, la pobre señorita Wray quiere acostarse. Ha venido a quejarse del ruido.

A la señora Barber se le descompuso el rostro.

–¡Oh, señorita Wray, cuánto lo siento!

Frances se apresuró a decir:

–No han hecho ningún ruido. El señor Barber está bromeando.

–Quería dejarlo todo para mañana. Pero ya que he empezado no puedo parar.

A Frances le pareció que los tres, allí reunidos, atestaban el rellano. ¿Los tres tendrían que verse todas las noches e intercambiar bromas?

–Tómese todo el tiempo que necesite –dijo con un tono falso y animado–. Al menos... –Se encaminaba ya hacia su puerta, pero se detuvo–. ¿Se acordarán de que mi madre duerme abajo?

–Ah, sí, por supuesto –dijo la señora Barber. Y «por supuesto», coreó su marido, con una seriedad aparente.

Frances deseó no haber dicho nada. Entró en su habitación después de un forzado «Buenas noches, entonces». Dejó la puerta entreabierta un momento

mientras encendía la vela del dormitorio, y al ir a cerrarla vio al señor Barber que daba una bocanada de su cigarrillo y la miraba desde la otra parte del rellano; sonrió y se retiró.

En cuanto cerró la puerta y la llave giró sin hacer ruido en la cerradura, Frances empezó a sentirse mejor. Se desprendió de las zapatillas, se quitó la blusa, la falda, la ropa interior y las medias... y por fin, como una matrona corpulenta que se suelta los cordones de sus ballenas, volvió a sentirse ella misma. Levantó los brazos para estirarlos y paseó la mirada por el cuarto en penumbra. ¡Qué deliciosamente tranquilo y despejado era! Sobre la repisa de la chimenea sólo había dos candeleros de plata. La librería estaba repleta pero ordenada, una sola alfombra oscura recubría el suelo; las paredes eran claras: había arrancado el papel y aplicado una pintura al temple. Tampoco las recargaban los marcos de los grabados: un interior japonés, un paisaje de Friedrich apenas visible a la luz de la vela, una serie de picos nevados que se perdían en un horizonte violeta.

Bostezando, buscó a tientas las horquillas y se las retiró del pelo. Llenó la jofaina de agua, se pasó una manopla por la cara, por el cuello y por las axilas; se limpió los dientes, se frotó con vaselina las mejillas y las manos agrietadas. Y después, como en todo este tiempo había oído el cigarrillo del señor Barber y el olor la impacientaba, abrió el cajón de la mesilla y sacó papel de fumar y una lata de tabaco. Lió un pitillo bien hecho, lo encendió con la llama de la vela, se metió en la cama y apagó la vela de un soplo. Le gustaba fumar así, desnuda entre las sábanas frescas, mientras sólo la punta roja y candente de un cigarrillo iluminaba sus dedos en la oscuridad.

Aquella noche, desde luego, la habitación no estaba totalmente oscura: se filtraba luz del descansillo, un charco estrecho y brillante por debajo de la puerta. ¿Qué estarían haciendo allí fuera ahora? Oía el murmullo de sus voces. ¿Discutían sobre dónde colgar el espantoso cuadro? Si empezaban a clavar un clavo tendría que salir a decirles algo. Si dejaban encendida tan fuerte la luz del rellano también tendría que decir algo. Empezó a barajar fórmulas mentalmente.

Lamento tener que hablar de esta cuestión...

¿Se acuerdan de que hablamos...?

Quizá deberíamos...

Tal vez lo mejor sería que...

Me temo que he cometido un error.

¡No, no pensaría eso! Era demasiado tarde para pensarlo. Era..., oh, hacía muchos años que era demasiado tarde para eso.

Al final durmió bien. Se despertó a las seis de la mañana, cuando sonó la primera sirena de la lejana fábrica. Dormitó durante una hora y finalmente la sacó de un sueño complicado un ruido febril, como de un taladro, que al principio no supo identificar; comprendió, adormilada, que era el timbre del despertador de los Barber. Parecía no haber transcurrido el tiempo desde que escuchaba acostada a la pareja murmurando cuando se iban a la cama. Ahora tuvo la sensación inversa, cuando amanecieron farfullando y bostezando, de que bajaban a la planta baja, salían al patio, armaban un estrépito en su cocina, preparaban el té, freían el desayuno. Se obligó a prestar atención a todo ello, a cada silbido y chisporroteo del beicon, a cada impacto de la navaja de afeitar contra el fregadero. Tenía que adaptarse, amoldarse a aquel cambio: el nuevo modo de comenzar el día.

Se acordaba de los cincuenta y ocho chelines. Mientras el señor Barber recogía sus cosas para salir a la calle, Frances se levantó y se vistió en silencio. Él salió de la casa justo antes de las ocho, y su mujer ya había vuelto al dormitorio; Frances dejó transcurrir un par de minutos, para que no fuera demasiado obvio, y luego abrió la puerta con la llave y bajó. Rastrilló las cenizas de la estufa y encendió fuego. Atravesó el patio, volvió a la casa para saludar a su madre, preparar el té, hervir huevos. Pero tenía la mente ocupada con cálculos en todo momento mientras trabajaba. Después de desayunar con su madre y de haber recogido la mesa, se sentó delante de su libro de cuentas y repasó el fajo de facturas que se habían ido acumulando a un ritmo constante en la última página.

Pensó que al carnicero y al pescadero había que saldarles de inmediato unas sumas cuantiosas. A la lavandería, al panadero y a los proveedores de carbón se les podía mantener a raya con cantidades más pequeñas. Había que pagar las contribuciones de la casa dentro de pocas semanas, junto con el recibo trimestral del gas; la factura sería más cara de lo habitual, porque incluiría el precio de la cocina y del contador y las tuberías y los empalmes que habían instalado arriba. También quedaban pendientes unas deudas por algunos de los demás preparativos que hubo que hacer para los Barber, por cosas como el esmalte y la pintura al temple. Harían falta tres o cuatro meses

–agosto y septiembre como pronto, calculó– para que el alquiler representase un claro beneficio en la cuenta bancaria familiar.

Aun así, agosto o septiembre habían sido notablemente mejores que nunca, y dejó el libro de cuentas con el ánimo aliviado. Llegó el chico del panadero, seguido poco después por el del carnicero: por una vez pudo tomar el pan y la carne como si realmente tuviera derecho a ellos y no como si en cierto modo recibiera a hurtadillas mercancías robadas. La carne era cuello de cordero; serviría para un estofado más tarde. En realidad no le interesaba la comida, ni prepararla ni comerla, pero había desarrollado a regañadientes aptitudes culinarias durante la guerra; de todos modos le gustaba el desafío práctico de aprovechar un corte de carne barata para varios guisos diferentes. Su actitud era parecida ante los quehaceres domésticos, y prefería las tareas más inusuales –desmontar el fogón para limpiarlo, lustrar las varillas que sujetaban la alfombra de la escalera– que exigían planificación, estrategia, productos químicos, herramientas especiales.

La mayoría de las tareas, inevitablemente, eran más prosaicas. En la casa abundaban los inconvenientes, estaba llena de rieles de cuadros, enyesados y zócalos intrincados que había que desempolvar más o menos a diario. Todo el mobiliario era de maderas oscuras a las que también había que quitar el polvo asiduamente. Su padre había sido un apasionado del «viejo estilo Inglaterra», en total desacuerdo con los caprichos Regencia de la propia mansión, y había un silla o un arcón jacobeo en cada esquina libre. Cuando él vivía llamaban a los muebles la «colección del padre»; un año después de su muerte Frances había encargado que los tasaran y descubrió que eran todas falsificaciones victorianas. El comerciante que le había comprado el reloj de pared, de caja larga, le ofreció tres libras por el lote. De buena gana ella se habría embolsado el dinero y que se llevaran en una carreta los malditos trastos, pero a su madre le disgustó la idea. «Sean auténticos o no», había dicho, «en ellos está el corazón de tu padre.» «Está su estupidez, más bien», había respondido Frances, aunque no en voz alta. De modo que los muebles se quedaron, lo que significaba que varias veces por semana tenía que arrastrarse como un cangrejo, pasar el trapo por los rombos y las volutas de sillas de hechura tosca y por las curvas, con tantos recodos como las espigas de la cebada, de las patas de mesas bamboleantes.

Para los quehaceres más pesados reservaba las mañanas y las tardes en que su madre no suponía un estorbo. Como hoy era lunes tenía planes

ambiciosos. Su madre pasaba las mañanas del lunes atendiendo asuntos parroquiales con el vicario local y Frances podía «hacer» toda la planta baja en su ausencia.

Puso manos a la obra en cuanto se cerró la puerta de la calle; se remangó, se ató un delantal y se cubrió el pelo. Primero se ocupó de la alcoba de su madre, después pasó al salón para barrerlo y desempolvarlo: era como si el polvo no se acabase nunca. ¿De dónde diablos salía? Le pareció que lo producía la casa, del mismo modo que la piel rezuma sudor. Por mucho que sacudiera una alfombra o un almohadón, seguía habiendo polvo. En el salón había una vitrina de porcelanas con puertas de cristal, firmemente cerradas, pero incluso los objetos de dentro criaban polvo y había que pasarles el plumero. De vez en cuando le entraban ganas de coger todas las tazas y platillos engorrosos y partirlos en dos. Un día, de pura frustración, había arrancado la cabeza de una de las figurillas de Staffordshire, sonrosadas como una manzana: aún seguía torcida la parte que se había apresurado a encolar.

Hoy no estaba de malhumor. Trabajaba con energía y eficiencia, llevó el cepillo y el recogedor desde el salón a la cima de la escalera y bajó desde allí, un peldaño tras otro; después llenó un cubo de agua, cogió la esterilla para arrodillarse y empezó a fregar el suelo del vestíbulo. Usaba sólo vinagre. El jabón dejaba vetas en las baldosas negras. El primer fregado con agua era importante para desprender la suciedad, pero lo esencial era el segundo, pasar el trapo bien escurrido por el suelo con un movimiento ágil e ininterrumpido... ¡Así! Cuánto le gustaban las baldosas relucientes. Perderían brillo unos cinco minutos más tarde, cuando la superficie se secura; pero todo deslucía. Lo vital era aprovechar al máximo los momentos luminosos. No tenía sentido restregar tanto. Era joven, capaz, saludable. Tenía... ¿qué tenía? Aquellos pequeños placeres. Pequeños éxitos en la cocina. El cigarrillo al final del día. El cine con su madre los miércoles. Viajes al centro de la ciudad cada cierto tiempo. Había rachas de descontento a veces, pero las había en la vida de todos. Había anhelos, había deseos... Pero sobre todo eran cuestiones físicas, y las inhibiciones del pasado siglo no le impedían resolver estas cosas. De hecho, era increíble, reflexionó, mientras cambiaba de sitio la estera y el cubo y acometía un nuevo tramo de azulejos, era asombroso lo bien que podía satisfacer la urgencia, incluso en mitad del día, incluso estando su madre en casa; le bastaba con escabullirse a su dormitorio durante

unos minutos libres, quizá en una pausa entre pelar las chirivías o mientras esperaba a que subiera la masa...

La sobresaltó un movimiento en el giro de la escalera. Se había olvidado por completo de los inquilinos. Miró hacia arriba por entre las barandillas y vio a la señora Barber que bajaba la escalera con pasos inseguros.

Notó que se ruborizaba como si la hubieran sorprendido. Pero la señora Barber también se había sonrojado. Aunque eran las diez pasadas, todavía iba en camión; encima llevaba una especie de bata japonesa satinada –un *kimono*, supuso que se llamaba– y calzaba unas babuchas. Tenía en la mano una toalla y un neceser. Al saludar a Frances se echó hacia atrás un rizo de pelo aplastado por el sueño y dijo tímidamente:

–Me preguntaba si podría darme un baño.

–Ah –dijo Frances–. Sí.

–Pero no si es molestia. Me he quedado dormida cuando Len se ha ido a trabajar y...

Frances empezó a incorporarse.

–No es molestia. Lo único es que tendré que encenderle el calentador. Mi madre y yo no solemos encenderlo de día. Debería habérselo dicho anoche. ¿Puede pasar? Tendrá que dar un salto. –Desplazó el cubo–. Aquí está seco, mire.

La señora Barber, sin embargo, había bajado unos peldaños más y su rubor se estaba intensificando: miraba con aire mortificado el trapo para el polvo en la cabeza de Frances, sus mangas remangadas y sus manos coloradas, la esterilla de criada a sus pies, todavía con las marcas de las rodillas en ella. Frances conocía la expresión muy bien –de hecho, estaba harta de verla– porque la había visto muchas veces: en la cara de vecinos, de proveedores y de amigas de su madre, personas que habían vivido la peor guerra de la historia humana pero parecían incapaces, por alguna razón, de digerir la imagen de una mujer bien educada haciendo el trabajo de una mujer de la limpieza. Dijo, jovialmente:

–¿Se acuerda de que les dije que no nos ayuda nadie? Como verá, lo decía en serio. Por lo que no paso es por la colada; casi toda la seguimos llevando a la lavandería. Pero me ocupo de todo lo demás. Las «duras» y las «maduras»; ¡sí, me conozco la jerga!

Finalmente, la señora Barber esbozó una sonrisa. Pero al mirar la parte del

suelo que todavía quedaba por limpiar, se mostró avergonzada por otra razón distinta.

–Me temo que Len y yo lo pusimos todo patas arriba ayer. No me di cuenta.

–Oh –dijo Frances–, estas baldosas se ensucian solas. Como el resto de la casa.

–Cuando me haya vestido terminaré yo de fregar.

–Ni se le ocurra. Ya tiene bastante con sus habitaciones. Si usted se apaña sin una asistenta, ¿por qué no voy a apañarme yo? Además, no se hace idea de lo buena que soy con una fregona. Venga, déjeme ayudarla.

La señora Barber estaba ya al pie de la escalera y era evidente que dudaba dónde pisar. Tras una ligerísima vacilación, tomó la mano que le tendía Frances, se apoyó en ella y dio el pequeño brinco hasta el lado del suelo que estaba sin fregar. Al pisarlo se le abrió el kimono y puso más al descubierto el camión, desvelando una alarmante sugerencia de la carne redonda, móvil, sin sujeción, que escondía.

Atravesaron juntas la cocina y entraron en la recocina. El baño estaba allí, al lado del fregadero. Tenía una tapadera de madera descolorida que Frances usaba como escurridero; con un movimiento experto la retiró y la puso contra la pared. La bañera era antigua y habían vuelto a esmaltarla varias veces, y las más recientes lo había hecho Frances, que no estaba muy convencida del resultado; se le antojaba que el hierro, especialmente hoy, tenía un aspecto levemente leproso. El calentador Vulcan daba también bastante grima, un cilindro verdoso remachado sobre tres patas arqueadas. Debió de ser el modelo estrella del fabricante allá por 1870, pero ahora parecía una de esas naves en que un personaje de una novela de Jules Verne haría un viaje a la luna.

–Es un poquito caprichoso, me temo –dijo Frances a su huésped mientras le explicaba el mecanismo–. Tiene que abrir este grifo, pero *no* este otro; si lo hace, con la explosión podríamos volar por los aires. La llama va aquí. – Encendió una cerilla–. Ahora es mejor apartar la vista. Mi padre perdió las cejas un día al encenderlo. Ya está.

La llama, con un rugido, había encontrado el gas. El cilindro inició un traqueteo cascarrabias. Frances lo miró ceñuda, con las manos en jarras.

–Qué mal bicho es. Disculpe, señora Barber.

Paseó la mirada directamente por el cuarto, miró el fregadero de piedra, el

cobre en el rincón, los azulejos de depósito de cadáveres en la pared.

–Ojalá esta casa estuviese más modernizada para usted.

Pero la señora Barber negó con la cabeza.

–Oh, por favor, no me diga eso. –Se retiró otro rizo del pelo; Frances advirtió el orificio para el pendiente, un hoyito pequeño en el lóbulo–. Me gusta la casa tal cual es. Tiene historia, ¿verdad? Las cosas..., bueno, no siempre deberían ser modernas. Perderían carácter si lo fueran.

Y allí estaba otra vez, pensó Frances: aquella simpatía, la amabilidad, el toque de delicadeza. Respondió riéndose.

–Bueno, si es por carácter, temo que esta casa podría tener incluso demasiado. Pero... –Depuso la frivolidad–. Me alegro de que le guste. Me alegro mucho. A mí también me gusta, aunque tiendo a olvidarlo. Oiga, no deberíamos dejar que este calentador se caliente sin que corra el agua, ¿o no quedará casa que guste ni quedaremos nosotras para disfrutarla! Si la llama se apaga..., siento decirle que a veces ocurre, llámeme.

La señora Barber sonrió, mostrando unos dientes blancos y cuidados.

–Lo haré. Gracias, señorita Wray.

Frances la dejó sola y volvió a su suelo mojado. La puerta de la recocina se cerró detrás de ella y silenciosamente pasaron el cerrojo.

Pero quedó abierta la puerta entre la cocina y el corredor, y cuando Frances recogió su trapo oía muy claramente los preparativos para el baño de la señora Barber, el tamborileo de la cadena contra la bañera, seguido del borboteo y el chorro del agua. Le pareció que este flujo duraba un largo rato. Había dicho una mentirijilla sobre el uso que ella y su madre hacían del calentador: era demasiado caro para encenderlo a menudo; usaban el agua caliente de la caldera de la estufa anticuada. Se bañaban a lo sumo una vez a la semana, y con frecuencia se turnaban con la misma agua del baño. Si la inquilina se bañaba así todos los días, el recibo del gas se duplicaría.

Pero al final se cortó el flujo. Se oyó la salpicadura del agua y la fricción de talones cuando la señora Barber entró en la bañera, seguidas por un impacto más sólido cuando se agachó para sumergirse. Después hubo un silencio sólo interrumpido por la caída espaciada de gotas del grifo.

Al igual que el kimono abierto, eran sonidos perturbadores; el silencio fue lo más perturbador de todo. Poco antes, sentada ante su escritorio, Frances se había representado a sus inquilinos de un modo puramente mercenario: algo así como dos grandes chelines ambulantes. Pero aquello, pensó, arrastrando

los pies hacia atrás sobre las baldosas, era lo que significaba realmente tener inquilinos: aquella extraña cercanía carente de intimidad, aquel momento de apertura indumentaria en que lo único que la separaba de una señora Barber desnuda eran unos pocos centímetros de cocina y la delgada puerta de la recocina. Una imagen brotó en su cabeza: aquella carne redonda, enrojecida por el calor.

Ajustó su postura sobre la estera, aferró el trapo y empezó a restregar fuerte el suelo.

El vapor seguía empañando las paredes de la recocina cuando su madre volvió a la hora del almuerzo. Frances le explicó lo del baño de la inquilina y ella se sobresaltó.

—¿A las diez? ¿En bata? ¿Estás segura?

—Totalmente. Y una de satén, además. Menos mal, ¿no?, que hayas ido a visitar al vicario en vez de que haya venido él.

La madre palideció, pero no dijo nada.

Comieron —coliflor gratinada con queso— y luego se sentaron en el salón. La señora Wray tomaba notas para la hoja parroquial. Frances zurcía prendas de ropa que sacaba de un cesto con *The Times* encima del brazo de su butaca. ¿Cuáles eran las últimas noticias? Patosamente pasaba las páginas entintadas. Pero eran las noticias deprimentes de siempre. Horatio Bottomley comparecía ante el Old Bailey por haber estafado al público un cuarto de millón de libras. Un diputado pedía que se azotara a los traficantes de cocaína. Los franceses disparaban contra los sirios, los chinos se disparaban entre ellos, una conferencia de paz en Dublín había quedado en agua de borrajas, había habido nuevos asesinatos en Belfast... Pero el príncipe de Gales mostraba un aire alegre en su expedición de pesca en Japón, y la marquesa de Carisbrooke estaba a punto de dar un baile «a beneficio de los amigos de los pobres». O sea que todo va bien, entonces, pensó Frances. *The Times* le desagradaba. Pero no había dinero para otro periódico menos conservador. Y, de todos modos, por esos días la desanimaba leer las noticias. En su extraña juventud durante la guerra le habrían impulsado a la actividad: escribir cartas, asistir a reuniones. Ahora el mundo parecía haberse vuelto tan complejo que sus problemas desafiaban solución. Sólo había un caos de intereses en conflicto; todo aquello le producía una sensación de futilidad. Dejó el periódico. Lo rompería al día siguiente, para hacer recortes y encender el fuego.

Al menos reinaba el silencio en la casa; algo muy parecido a su antiguo

ser. Poco antes había habido golpetazos y crujidos, la señora Barber había cambiado más muebles de sitio, pero ahora debía de estar en su sala... ¿qué estaría haciendo? ¿Seguiría con el kimono puesto? Sin saber por qué, Frances esperaba que sí.

Hiciera lo que hiciese, su silencio se prolongó durante la hora del té. No volvió a dar señales de vida hasta justo antes de las seis, cuando se puso a trastear como en un arranque frenético de ordenar cosas, y luego empezó a armar un estrépito con cazuelas y platos en su pequeña cocina. Media hora después, preparando la cena en la suya, Frances se sobresaltó al oír el chirrido del pestillo en la puerta de la calle cuando alguien entró en la casa. Era el señor Barber, por supuesto, que volvía del trabajo. Esta vez a Frances le pareció que era su padre, que se restregaba el calzado en el felpudo.

El señor Barber subió fatigosamente la escalera y dio un bostezo tirolés en la cima, pero cinco minutos más tarde, cuando ella estaba recogiendo peladuras de patata de la encimera, oyó que bajaba. En el corredor sonó el crujido de sus zapatillas y, a continuación:

–Toc, toc, ¡señorita Wray! –Su cara asomó por la puerta–. ¿Le molesta que pase por aquí?

Con el pelo alisado por la brillantina que usaba para ir al trabajo, parecía más mayor que el día antes. Una franja roja de una parte a otra de la frente debía de ser la marca de su bombín. Después de visitar el excusado se demoró un momento en el patio: ella le vio por la ventana de la cocina, dudando de si ir o no a hablar con su madre, que estaba más abajo en el jardín, cortando espárragos. Optó por no hacerlo y volvió a la casa, al acercarse se detuvo a inspeccionar los ladrillos o los marcos de la ventana y luego se puso a examinar alguna grieta o mella en el umbral.

–Bueno, ¿y qué tal está, señorita Wray? –preguntó cuando volvió a la cocina. Ella vio que no había manera de eludir una charla. Pero quizá debía conocerle mejor.

–Estoy muy bien, señor Barber. ¿Y usted? ¿Cómo le ha ido el día?

Él se tiró del cuello duro de la City.

–Oh, ha sido un día de juerga, como todos.

–¿Difícil, quiere decir?

–Bueno, todos son difíciles con un jefe como el mío. Seguro que conoce el tipo: es de esos que te dan una columna de números para que los sumes ¡y te echa la culpa cuando la suma no sale como le conviene! –Alzó la barbilla

para rascarse el pescuezo, sin dejar de mirar a Frances—. Además, se supone que ha estudiado en un colegio de pago. Yo pensaba que esa gente sabía algo más, ¿no cree?

¿Y ahora por qué decía esto? Podría haber adivinado que sus hermanos... Bueno, claro, él no sabía nada de sus hermanos, se recordó, aunque durmiera con su mujer en la antigua habitación de ellos. Dijo, tratando de adoptar su mismo tono:

—Oh, he oído que sobrestiman a esa gente. Usted trabaja en seguros, creo que nos dijo.

—Así es. ¡Por mis pecados!

—¿Qué hace, exactamente?

—¿Yo? Asesorero sobre seguros de vida. Nuestros agentes nos envían solicitudes de pólizas. Yo se las paso a nuestro médico y, según el informe que haga, digo si la vida que hay que asegurar la considero buena, mala o indiferente.

—Buena, mala o indiferente —repitió ella, sorprendida por la idea—. Habla como San Pedro.

—¡San Pedro! —se rió él—. ¡Me gusta la idea! Muy agudo, señorita Wray. Sí. Probaré a decírselo a los chicos de la Pearl.

En cuanto dejó de reírse, ella supuso que se marcharía. Pero la pequeña conversación sólo sirvió para aumentar su aplomo: se desplazó sigilosamente hasta la puerta de la recocina y se recostó contra el quicio. Parecía que le gustaba verla trabajar. Su mirada azul la inspeccionó entera y ella notó que se fijaba en todo: en su delantal, en el pelo encrespado por el vapor, en las mangas remangadas, los nudillos escarlatas.

Empezó a picar menta para hacer una salsa. Él le preguntó si la menta era del jardín. Sí, dijo ella, y él volvió la cabeza hacia la ventana.

—Acabo de echar un vistazo ahí fuera. Es bastante grande, ¿no? Usted y su madre no cuidan el jardín solas, ¿verdad?

—Oh —dijo ella—, llamamos a un hombre para las tareas más pesadas cuando...

Cuando podemos permitirnoslo, pensó.

—Cuando necesitamos que hagan algo. El hijo del vicario viene a segarnos el césped. Lo demás lo hacemos muy bien entre las dos.

No era del todo cierto. Su madre hacía lo poco que podía desherbando y podando. Para Frances, por su parte, la jardinería no era más que una faena

doméstica al aire libre; ya estaba harta de ella. En consecuencia, el jardín – hermoso, cuando vivía su padre– al paso de las estaciones se volvía cada vez más informe, feo y descuidado. El señor Barber dijo:

–Bueno, con mucho gusto le echaría una mano; sólo tiene que decírmelo. Suelo ayudar a mi padre en casa. El suyo tiene la mitad de terreno, ojo. Ni siquiera una cuarta parte. Aun así, el viejo le saca un gran partido. Hasta tiene un recuadro con pepinos. Preciosos, ¡así de largos! –Separó las manos, para mostrarle el tamaño–. Nunca ha pensado en pepinos, ¿señorita Wray?

–Pues...

–Me refiero a cultivarlos.

¿Había alguna insinuación en la frase? Difícilmente podía creer que la hubiese. Pero la mirada del señor Barber era risueña, como la de la noche anterior, y del mismo modo que la víspera algo en su actitud la había turbado, ahora tenía la sensación de que él le tomaba el pelo, quizá para que se sonrojase.

Sin responderle, se dio media vuelta para coger vinagre y azúcar para la menta, y cuando la salsa estuvo mezclada y en el cuenco sacó del horno el estofado y clavó un cuchillo en la carne para tantearla; permaneció tanto rato dándole la espalda que al final él captó la indirecta y se alejó del quicio de la puerta. Ella tuvo la impresión de que sonreía cuando salió de la cocina. Y cuando enfiló el corredor le oyó silbar con un tono bastante agudo. Silbaba una canción desenfadada de music-hall y tardó un momento en reconocerla: era «Hold Your Hand Out, Naughty Boy». El silbido se atenuó mientras subía la escalera, pero unos minutos después cayó en la cuenta de que ella misma estaba silbando la canción. Se interrumpió enseguida, pero era como si el señor Barber hubiera dejado tras él un olor persistente: hiciera lo que hiciese, la condenada tonadilla siguió flotando en su cabeza durante toda la velada.

En los días siguientes hubo más silbidos desenfadados. Hubo más bostezos tiroleses en la cima de la escalera. También hubo estornudos; aquellos fuertes estornudos masculinos, como gritos en el hueco de la mano, que Frances recordaba de la época de sus hermanos; estornudos que por alguna razón nunca eran únicos, sino que llegaban como una andanada y conducían irremediablemente a sonarse la nariz con un trompeteo digno del Apocalipsis. Después hubo el asiento del retrete permanentemente levantado; hubo las salpicaduras de un amarillo vivo y los pelos rojizos que aparecían enroscados en el borde mismo de la taza. Por último, todas las noches, a las diez y media en punto, hubo el tintineo de una cuchara en un vaso donde el señor Barber diluía unos polvos para la indigestión, a lo que seguía, unos segundos después, la leve detonación de un eructo.

Nada de esto era un gran fastidio. No era, desde luego, algo muy difícil de aguantar por veintinueve chelines semanales. Frances suponía que llegaría a acostumbrarse, que los Barber se acostumbrarían a ella, que la casa se asentaría en sus surcos y rutinas, que todos empezarían a hacer buenas migas, como podría decir, reflexionó, el propio señor Barber. Sin embargo, le costaba la idea de congeniar con él, y pasó por varios momentos de desaliento cuando, acostada en la cama con su cigarrillo, se preguntaba de nuevo qué había hecho, cómo se había metido en aquel lío de alquilar la casa, e intentaba recordar por qué había pensado que semejante arreglo funcionaría.

No obstante, al menos era llevadera la presencia en casa de la señora Barber. Por lo visto, aquel baño a media mañana había sido algo insólito. Se retrajo muchísimo a medida que pasaba el tiempo, y seguía dedicándose a los «objetos de decoración» de los que su marido fingía que protestaba, decoraba con puntillas de cuentas y tiras de macramé y encaje los rieles de cuadros y los mantos de chimenea y adornaba jarrones con plumas de avestruz: Frances captaba vislumbres de todo esto en las idas y venidas a su propio cuarto. Una vez en que cruzaba el rellano oyó el sonido como de un cascabeleo, y al

asomarse a la puerta abierta de la sala del matrimonio vio a la mujer con una pandereta en la mano. De la pandereta, que parecía zíngara, colgaban unas cintas. También era agitanada su ropa, la falda de flecos, las babuchas; llevaba el pelo recogido en un pañuelo rojo de seda. Frances se detuvo, sin querer molestarla; luego se acercó al umbral de la habitación.

—¿Va a bailar la tarantela, señora Barber?

Ella se dirigió a la puerta, sonriente.

—Todavía estoy decidiendo dónde va cada cosa.

Frances señaló la pandereta con un gesto.

—¿Puedo verla? —Y a continuación, cuando la tuvo en la mano—: Es bonita.

La señora Barber arrugó la nariz.

—La encontré en un ropavejero. Pero es italiana auténtica.

—Tiene gustos exóticos, creo.

—Len dice que soy una salvaje. Que debería vivir en la selva. Es que me gustan las cosas que vienen de otros lugares.

Y, en definitiva, pensó Frances, ¿qué tenía de malo? Sacudió la pandereta, tamborileó con los dedos en el tambor de piel. Podría haberse quedado más tiempo y haber dicho algo más; el momento, en cierto modo, parecía propiciarlo. Pero era una tarde de miércoles y ella y su madre iban al cine. Le devolvió el instrumento con cierta desgana.

—Espero que le encuentre el lugar adecuado.

Cuando, poco después, ella y su madre salieron de la casa, dijo:

—Supongo que podríamos haberle preguntado a la señora Barber si quería acompañarnos.

La madre se mostró indecisa.

—¿La señora Barber? ¿Al cinematógrafo?

—¿Preferirías que no?

—Bueno, quizá cuando la conozcamos mejor. Pero ¿no sería un engorro? ¿No tendríamos que invitarla cada vez?

Frances lo pensó.

—Sí, supongo que sí.

En cualquier caso, el programa de aquella semana era decepcionante. Los cortometrajes estaban bien, pero la película, una norteamericana de suspense con una trama llena de lagunas, era una birria. Ella y su madre se escabulleron antes del acto final, procurando no llamar la atención de la

pequeña orquesta, y la señora Wray dijo, como decía a menudo, que era una lástima que en el cine hoy día hubiera tantas cosas desagradables.

En el vestíbulo se toparon con una vecina, la señora Hillyard. También había abandonado la sala antes de tiempo, pero estaba en las butacas de arriba, que eran más caras. Regresaron a pie juntas, y ella preguntó:

—¿Qué tal sus huéspedes de pago? —Era demasiado educada para llamarles inquilinos—. ¿Están a gusto? Veo al marido por la mañana cuando va a la City. Parece un muchacho muy al día. Debo decir que casi las envidio por tener otra vez un hombre joven en casa. Y tú, Frances, te alegrarás de tener jóvenes con quienes discutir, ¿no?

Frances sonrió.

—Ah, mi época de discusiones pasó hace mucho.

—Desde luego. Estoy segura de que tu madre agradece tu compañía.

Aquella noche hubo falda de buey para la cena: Frances acabó sudando, de tanto golpear la carne con un rodillo para ablandarla. Al día siguiente tuvo una hora para ella sola y limpió de hollín el tiro de la cocina. La mugre se le metió en las uñas y en las grietas de las palmas y tuvo que frotárselas con zumo de limón y sal.

El día después se sintió tan animada como si se mereciera un capricho de viernes, le dejó a su madre un almuerzo frío y el pan del té ya untado de mantequilla y se fue al centro.

Le gustaba ir cuando podía, unas veces para ir de compras, otras para visitar a una amiga. Según el tiempo que hiciera optaba por diversas formas de hacer el viaje; en esta ocasión, como hacía bueno desde la llegada de los Barber, pudo hacer casi todo el trayecto a pie. Tomó un autobús hasta Vauxhall y desde allí cruzó el río y se dirigió hacia el norte por una u otra calle según le apeteciera.

Adoraba estos paseos por Londres. Al darlos se sentía como si fuera porosa, como si se empapara en un detalle tras otro; o bien como una batería que se carga. Sí, eso era, pensó al doblar una esquina; no era un líquido que sube, era un hormigueo, algo eléctrico, algo que parecía producido por la fricción de sus zapatos contra el pavimento. Le parecía que estaba más en su ser que nunca en aquellos momentos hormigueantes, momentos en que, paradójicamente, era también más anónima que nunca. Pero la causa era el anonimato. Nunca notaba la carga eléctrica cuando paseaba por Londres con algún acompañante. No sentía la emoción de ahora al ver la sombra de una

barandilla sobre una serie de escalones desgastados. ¿No era una tontería que se emocionara con la sombra de una barandilla? ¿No era una fantasía? Detestaba las fantasías. Pero sólo se convertía en una cuando intentaba expresarla en palabras. Si se permitía simplemente sentirla... Ya está. Era como ser una cuerda y que te arrancaran la única, la nota pura de la que una estaba hecha. ¡Qué raro que nadie más la oyera! Pensó que si se muriera aquel día y alguien se pusiera a evocar su vida, nunca sabría que los momentos así, aquí en Horseferry Road, entre una capilla baptista y un estanco, eran los más auténticos de todos.

Cruzó la calle, balanceando el bolso, y un par de gaviotas revolotearon en el aire y emitieron uno de esos graznidos marinos que a veces se oían en pleno corazón de Londres y que siempre le hacían pensar que al doblar la siguiente esquina encontraría un embarcadero.

Hizo las compras en Strutton Ground, en los puestos del mercado, yendo de uno a otro antes de decidirse porque quería estar segura de que descubriría las gangas; acabó comprando tres carretes de hilo, media docena de pares de medias de seda con pequeños defectos y un estuche de plumines. El trayecto desde Vauxhall le había abierto el apetito y después de guardar las compras se puso a pensar en el almuerzo. A menudo, en aquellas excursiones, comía en la National Gallery, en la Tate o en algún sitio parecido, con cantinas donde reinaba tal bullicio que era posible pedir una tetera y luego sacar a escondidas un bollo casero para acompañarla. Era, sin embargo, algo propio de una solterona, y hoy no quería serlo. ¡Cielo santo, sólo tenía veintiséis años! Encontró un «rincón acogedor», un café donde pidió una comida caliente –un huevo, patatas fritas, pan con mantequilla que le costó un chelín y seis peniques, incluido el penique de propina para la camarera. Resistió la tentación de rebañar el plato con el pan, pero se concedió la vulgaridad de liarse un cigarrillo. Se lo fumó en medio de los tintineos de vajilla y el correr del agua que llegaban de la cocina en el sótano: los gratos sonidos de otra persona que friega.

Después fue caminando hasta Buckingham Palace, no por una efusión sentimental hacia el rey y la reina –a quienes en conjunto consideraba un par de sanguijuelas innatas–, sino sencillamente por el placer de estar allí, en el gran meollo de las cosas. Por la misma razón, después de haber vagado por St. James's Park, atravesó el Mall y subió las escaleras y llegó a Piccadilly. Recorrió un trecho de Regent Street sencillamente por el placer de su curva, y

se detuvo a mirar con los ojos como platos los precios que figuraban en las tarjetas de los escaparates elegantes. Zapatos de tres guineas, sombreros de cuatro... Un comercio de la esquina vendía antigüedades persas. Un jarrón decorado era tan alto y tan redondo que un ladrón podría esconderse dentro. Pensó, sonriendo: A la señora Barber le gustaría aquello.

Una vez cruzado Oxford Circus no había tiendas de postín. Londres ejecutaba uno de sus cambios de vestuario, como quien se despoja de una capa; se convirtió en una astrosa mescolanza de vendedores de pianolas, tenderos italianos, pensiones, tabernas. Pero le gustaban los nombres de las calles: Great Castle, Great Titchfield, Riding House, Ogle, Clipstone; su amiga Christina vivía en esta última, en dos habitaciones del piso más alto de un feo edificio nuevo. Frances entró por un pasadizo de ladrillos pardos, saludó al portero en su garita, accedió al patio abierto y emprendió la larga ascensión de la escalera. Al aproximarse al descansillo de Christina oyó el sonido de su máquina de escribir, un *tac-tac-tac* fluido, frenético. Hizo un alto para recuperar el aliento, pulsó con el dedo el timbre y cesó el tecleo. Un momento después Christina abrió la puerta, ladeando hacia arriba la carita pálida, alargada, para recibir el beso de Frances, pero amusgando los ojos y parpadeando.

—¡No te veo! Sólo veo letras que saltan como pulgas. Ay, me voy a quedar ciega, sé que ocurrirá. Sólo un minuto, mientras me mojo la frente.

Pasó por delante de Frances para lavarse las manos en el lavabo del rellano, y luego se las llevó a la frente. Volvió frotándose un ojo con un nudillo mojado.

El edificio estaba regentado por una sociedad que ofrecía apartamentos a mujeres trabajadoras. Las vecinas de Christina eran maestras, dactilógrafas, oficinistas; ella se ganaba el sustento mecanografiando manuscritos y disertaciones de autores y estudiantes, y con horas sueltas como secretaria y contable. Mientras guiaba a Frances hacia el interior de la vivienda, le dijo que ahora colaboraba en un pequeño periódico nuevo, una publicación política; había estado tecleando estadísticas sobre la hambruna rusa y tener que cambiar continuamente los márgenes le había dado dolor de cabeza. Además estaban, por supuesto, las cifras, tantos cientos de miles de muertos, tantos cientos de miles todavía famélicos. Era un trabajo desalentador.

—¡Y lo peor es que me ha dado un hambre feroz! —dijo, culpablemente—. Y no hay ni una pizca de comida en casa.

Frances abrió el bolso.

–Abracadabra. Aquí tienes. Te he hecho un bizcocho.

–¡Oh, Frances, no deberías haberte molestado!

–Bueno, es un pan de pasas. He cargado con él todo el camino y pesa una tonelada. Toma.

Sacó el pan, desató la cuerda, retiró el papel. Al ver la reluciente corteza dorada los ojos azules de Christina se agrandaron como los de un niño. Sólo se podía hacer una cosa con una hogaza así, dijo, y era tostarla. Puso una tetera a calentar en el quemador de gas y luego revolvió en un armario en busca de una estufa eléctrica.

–Siéntate mientras se calienta –dijo, cuando el fuego empezaba a prender y apestar–. Ah, pero deja que entre un poco de aire, para que no nos asfixiemos.

Frances tuvo que desplazar un escurridor del alféizar para levantar la ventana de guillotina. La habitación era amplia y clara, decorada con colores bohemios que estaban de moda, pero había montones de libros y papeles en desorden por el suelo, y nada estaba en su sitio. Las butacas eran de comedia victoriana, una de un cuero rojo raspado y la otra de terciopelo gastado con calvas. Encima de esta última había una bandeja con las sobras de dos desayunos: hueveras pegajosas y tazas sucias. Le dio la bandeja a Christina, que la vació, la limpió con un trapo, la llenó de tazas, platillos, platos y una botella de leche que estaba manchada, y se la devolvió a Frances. Las tazas de té, las hueveras, las demás tazas y los platillos eran de una porcelana muy vidriada y hechura gruesa; todas eran piezas de un acabado bastante «primitivo». Christina compartía el apartamento con otra mujer, Stevie. Stevie era profesora en el departamento de arte de un colegio de chicas en Camden Town, pero intentaba labrarse un nombre como ceramista.

A pesar de que a Frances no le caía mal Stevie, por lo general se las arreglaba para que sus visitas coincidieran con las horas de clase; era a Chrissy a quien iba a ver. Las dos se conocían desde mediados de la guerra. Al llegar la paz, contra toda lógica, se habían separado peleadas, pero el azar las había reunido; el azar o la casualidad o lo que fuera que había enviado a Frances, un día del pasado septiembre, a la National Gallery para resguardarse de una lluvia torrencial, la había empujado fuera de las salas flamencas hacia las italianas y allí se había topado con Christina, tan empapada como ella, contemplando con una expresión confusa *Venus*,

Cupido, la Locura y el Tiempo. No había habido posibilidad de retirada. Mientras Frances se quedaba allí desconcertada, Christina había dado media vuelta y sus miradas se encontraron; pasado el momento embarazoso, no hubo manera de resistirse al hecho de que hubiese sido algo más que una coincidencia y ahora se veían dos o tres veces al mes. A veces Frances pensaba que su amistad era como una pastilla de jabón: como una vieja pastilla de jabón de cocina que con el uso se hubiera adaptado a la forma de su mano pero que se había caído tantas veces al suelo que ya nunca estaba totalmente limpia de sus partículas de ceniza.

Hoy, por ejemplo, vio que Christina se había remodelado el pelo. Lo llevaba corto la última vez que se habían visto, quince días antes; ahora lo tenía cortado por detrás aún más a lo chico, con una franja recta en mitad de la frente y dos rizos planos y en punta delante de las orejas. Un corte deliberadamente excéntrico, pensó Frances. Lo mismo que el vestido de Christina, que era un remolino de rosas y grises turbios, a juego con las paredes de Bloomsbury. En realidad, lo pensaba también de las paredes; de todo el piso desordenado. Siempre que lo visitaba veía aquel desorden con una mezcla de envidia y desaliento, al imaginar la calma, la serenidad y el orden de aquellas habitaciones si fueran suyas.

No hizo comentarios sobre el corte de pelo. Cerró los ojos ante aquella leonera. La tetera hirvió y Christina llenó la jarra, cortó el pan en rebanadas, sacó mantequilla, cuchillos y dos tenedores largos de latón para tostar el pan.

—Vamos a sentarnos en el suelo y hacerlo como es debido —dijo, y empujaron hacia atrás las butacas para instalarse cómodamente en la alfombra. El tenedor de Frances tenía en el mango la efigie de la Madre Shipton. El de Christina era un gato que tocaba el violín. Las barras de la estufa habían pasado del color gris al rosa y del rosa a un anaranjado brillante, y olían intensamente a polvo chamuscado.

El pan se tostó enseguida. Voltearon con dedos cautelosos sus rebanadas respectivas, las untaron de mantequilla y comieron con el plato en alto, debajo de la barbilla, para evitar que gotearan.

—¡Piensa en los pobres rusos! —dijo Christina, juntando las migas. Pero aquello le recordó el pequeño periódico para el que trabajaba y del cual empezó a hablarle a Frances. Tenía su oficina, le dijo, en un sótano de Clerkenwell, en una hilera de casas adosadas con aspecto ruinoso. Había pasado dos días allí aquella semana y durante todo el tiempo temió por su

vida—. ¡Se oyen los crujidos y los gruñidos de la casa, como en *La pequeña Dorrit!*

El sueldo era miserable, por supuesto, pero el trabajo resultaba interesante. El periódico poseía su propia imprenta; Christina tenía que aprender a componer los tipos. Todo el mundo hacía un poco de todo; así funcionaba el diario. Y ella era ya «Christina» para los dos jóvenes redactores, y ellos eran para ella «David» y «Philip»...

Qué divertido parece, pensó Frances. Ella sólo tenía una novedad que contar, y era la llegada de los Barber. Llevaba días pensando cómo describirle la pareja a Chrissy; se imaginaba que el matrimonio mantenía largas y chispeantes conversaciones entre ellos. Pero entre el nuevo corte de pelo, la hambruna en Rusia y David y Philip..., terminó el pan sin decir nada. Al final fue Christina la que, bostezando, extendió las piernas y, con las puntas de sus bonitos pies descalzos hacia fuera, como una bailarina, dijo:

—¡Me has dejado hablar como una cotorra! ¿Qué novedades hay en Camberwell? Tiene que haber alguna, ¿no? —Se dio unos golpecitos en la boca y luego inmovilizó la mano—. Espera un segundo. La última vez que te vi, ¿no iban a llegar tus inquilinos?

—En Champion Hill los llamamos huéspedes de pago —dijo Frances.

—¿Han llegado? ¿Por qué no me lo has dicho? ¡Qué enigmática eres! ¿Y bien? ¿Qué te parecen?

—Oh... —Los agudos comentarios de Frances se habían desvanecido. Lo único que veía era a la encantadora señora Barber con la pandereta en la mano. Finalmente dijo—: Están muy bien. Pero se me hace extraño tener otra vez gente en casa.

—¿Acercas un vaso a la pared?

—Claro que no.

—Yo que tú lo haría. Me pego al suelo cada vez que la chica de abajo cuele en casa a su amiguito. Es tan bueno como las conferencias de Marie Stopes. Si yo tuviera a tus... ¿Cómo se llaman?

—Barber. Leonard y Lilian. Len y Lil, se llaman entre ellos.

—¡Len y Lil, de Peckham Rye!

—Ya ves, de algún sitio tienen que ser.

—Si yo los tuviera de vecinos, no teclearía ni una línea.

—Te aseguro que la novedad deja de serlo enseguida.

—Bueno, no es que des muchos detalles... ¿Cómo es el marido?

Frances evocó su inquietante mirada azul.

–No lo sé muy bien. Todavía no me he formado una opinión. Satisfecho de sí mismo. El gallo del corral.

–¿Y la mujer?

–Oh, mucho mejor que él. Bien parecida, una de esas mujeres un poco entradas en carnes que los hombres admiran. Romántica. La verdad, no lo sé. Nos cruzamos en la escalera. Nos topamos en el rellano. Todo ocurre en el rellano. No sabía que los descansillos pudieran ser tan emocionantes. El nuestro se ha convertido en el equivalente de la estación de enlace de Clapham. Siempre hay alguno de nosotros que lo está atravesando o acaba de cruzarlo... o está acechando a un lado hasta que queda despejado.

–¿Y cómo se toma tu madre todo esto?

–Oh, se defiende bien.

–¿No le importa dormirse encima de la mesa del comedor, o lo que haga? ¡Qué raro imaginarla como casera, digo! ¿Todavía no ha abierto ninguna carta con vapor?

Frances no respondió. Pero Christina no parecía esperar una respuesta. Estaba bostezando de nuevo y se estiraba, poniendo puntas con los dedos de los pies, a lo Lopokova. No deberían dejar el fuego encendido, dijo, si no tostaban más pan. ¿Les quedaba sitio para una segunda ronda? Decidieron que sí y pusieron otras dos rebanadas en los tenedores.

Acababan de comer el pan y de beber el té cuando oyeron que un organillo empezaba a sonar en la calle. Ladearon la cabeza para escucharlo. Al principio, la melodía era un revoltijo de notas; luego captaron el hilo de la canción. Era «Roses of Picardy», la tonadilla más vulgar imaginable, pero una de las canciones de la juventud de ambas. Se miraron. Frances, avergonzada, dijo:

–Qué antigualla.

Pero Christina se puso de pie.

–Oh, vamos a ver.

El organillero estaba en la acera, justo debajo de ellas. Era un excombatiente con una trinchera y una gorra de recluta que lucía visiblemente en el pecho un par de medallas de campaña. Había montado el organillo sobre las ruedas de un cochecito de niños; parecía estar sujeto con una cuerda. Sonaba tan burdo y casi discordante que era como si la música,

en lugar de elevarse desde la caja, cayera de ella dando tumbos y aterrizando con un ruido metálico a los pies del hombre.

Un minuto después alzó la vista, las vio mirándolo y levantó la gorra hacia ellas. Frances fue a buscar su bolso para coger algo de dinero. Dudó un momento al descubrir que la moneda más pequeña que tenía era de seis peniques, pero volvió a la ventana abierta y lanzó la moneda con cuidado. El hombre la atrapó hábilmente con su gorra, se guardó el dinero y agitó otra vez la gorra, sin soltar la manivela del organillo y sin hacer la menor interrupción.

El sol había caldeado el alféizar con un calor de verdad, casi estival. Christina adoptó una postura más cómoda, cerró los ojos y alzó la cara. Tenía todavía migas de pan en la comisura de la boca y mantequilla en los labios: Frances sonrió al ver su brillo y cerró a su vez los ojos y se abandonó a la luz del sol, al agradable momento y a la canción, tan desgarradoramente evocadora de un período particular de la guerra.

La nota de la música tembló. El hombre se marchaba sin dejar de producir la melodía. Al volverse para abandonar la acera vieron el letrero que llevaba a la espalda de la trinchera y en el que había pintado estas palabras:

¡BUSCO TRABAJO!
¿QUIERES EMPLEARME?

Frances y Christina le observaron mientras cruzaba la calle.

—¿Qué se puede hacer por ellos? —preguntó Christina.

—No lo sé.

—Va a haber una reunión en Conway Hall la semana que viene, «Beneficencia versus Desafío». Hablará Sidney Webb; por si sirve de algo. Deberías ir.

—Quizá —asintió Frances.

—Pero no irás.

—Es que no estoy segura de que pueda ayudar.

—Prefieres quedarte en casa restregando los retretes.

—Bueno, los retretes hay que limpiarlos. Hasta los de los Webb, me figuro.

No quería hablar de esto. ¿De qué servía? En todo caso, no conseguía quitarse esa música de la cabeza. La canción se oyó más débilmente cuando el hombre dobló una esquina y sus últimas hebras eran como los hilos finos

pero pegadizos de la orla de una tela de lino sin dobladillo. *Las rosas brillan en Picardía, en la quietud del rocío de plata. Las rosas florecen en Picardía, pero...*

–Ahí está Stevie –dijo Christina.

–¿Stevie? ¿Dónde?

–Ahí abajo. Ahí viene.

Frances se inclinó, se asomó al alféizar y descubrió la figura alta, bastante bonita, que entraba en el edificio.

–Ah –dijo, sin emoción–. ¿Hoy no tiene clase?

–El colegio ha cerrado durante tres días. Unos chicos gamberros entraron y lo inundaron todo. Stevie ha estado en su estudio. Tiene uno nuevo, en Pimlico.

Se quedaron un ratito en la ventana y luego ocuparon de nuevo, en silencio, sus lugares en el suelo. La estufa eléctrica estaba gris ahora y chasqueaba mientras se enfriaba. Enseguida se oyeron pasos en el rellano, seguidos por el ruido de una llave al ser insertada en la cerradura de la puerta.

La puerta se abrió casi directamente sobre la habitación.

–Hola, bicho –dijo Christina, en cuanto apareció Stevie.

–Hola –respondió Stevie. Y luego–: ¡Frances! Me alegro de verte. Es tu día en el centro, ¿no?

No llevaba sombrero ni abrigo y estaba fumando un cigarrillo. Llevaba peinado hacia atrás el pelo corto y moreno, completamente contrario a la moda; su ropa era sencilla como un peto de lona y tenía las mangas remangadas hasta el codo, mostrando las muñecas y las manos huesudas. Pero a Frances le sorprendió, como siempre, la apostura de Stevie, su extraño garbo, su aire de no preocuparse de si el mundo la admiraba o la consideraba una rareza. Llevaba una cartera pesada en bandolera que dejó caer con un impacto sordo cuando estuvo cerca de las butacas. Miró la estufa y los tenedores de tostar, sonriente pero cautelosa.

–¿De qué va esto? ¿Jugáis a las casitas?

–Qué vergüenza, ¿verdad? –dijo Christina. Su actitud había cambiado con la llegada de Stevie, se había vuelto astuta y frágil de una forma que Frances conocía y que le disgustaba–. Cuando la pobre Frances viene a visitarnos tiene que traer su propia merienda. ¿No es una suerte que sea tan avispada? ¿Me cambias una rebanada por un par de pitillos?

Stevie buscó en su bolsillo la cajetilla y el mechero.

–Hecho –dijo.

Se sirvió un pedazo del pan y se sentó en la butaca de terciopelo, rozando con la rodilla el hombro de Christina. Frances pudo ver ahora que Stevie tenía las uñas oscuras de arcilla y la huella sucia de un pulgar, como una contusión, en la sien izquierda. Christina también la vio y alargó la mano para limpiársela.

–Pareces un deshollinador, Stevie.

–Y tú –dijo Stevie, inspeccionando con satisfacción la ropa sin planchar de Christina– pareces la furcia de un deshollinador. –Dio un gran bocado del pan de pasas–. Aparte del pelo, claro. ¿Tú qué opinas, Frances?

Ella estaba encendiendo un cigarrillo. Christina respondió en su lugar.

–Lo aborrece, por supuesto.

–En absoluto –dijo Frances–. Pero causaría sensación en Champion Hill.

Christina resopló.

–Bueno, eso es un punto a su favor, a mi modo de ver. Stevie y yo estuvimos en Hammersmith la semana pasada. ¡Me miraban como a un bicho raro! Nadie dijo una palabra, por supuesto.

–Nadie te lo diría a la cara en un sitio así –dijo Stevie. Despachó la rebanada y se lamió el pulgar sucio y los dedos restantes–. Ya sabes que viví un tiempo en Brompton Road, Frances. ¡Dios mío, la gente bien! Mi vecino trabajaba para uno de los grandes consignatarios. Su mujer tenía una Biblia en la ventana. Tres oficios en la iglesia los domingos y demás. Pero por la noche les oía a través de las paredes, ¡prácticamente se tiraban los trastos a la cabeza! Ésa es tu casta de oficinistas. Parecen civilizados, se comportan de forma civilizada. Pero por debajo de esos tapetitos y antimacasares siguen siendo más brutos que un arado. No, a mí dame siempre buena gente y franca de barriada en vez de gente así. Por lo menos tienen sus grescas en público.

Christina extendió un pie y empujó a Frances con los dedos.

–¿Tomas nota? –Y a Stevie le explicó–: Frances tiene ahora un empleadillo, y su mujer...

Stevie escuchó el relato de la llegada de los Barber con la expresión doliente con la que podría haber oído los síntomas de una enfermedad vergonzosa. Frances desvió la conversación en cuanto pudo. ¿Cómo iban las cosas, preguntó, en el vertiginoso mundo de la cerámica? Stevie le contestó por extenso y le habló de un par de motivos nuevos que estaba probando. Por desgracia, no eran nada vanguardistas. Ya nadie quería experimentar; los

compradores de arte se habían vuelto terriblemente conservadores desde la guerra. Pero ella hacía lo que podía para desplazar lo figurativo hacia lo abstracto... Se inclinó sobre el brazo de la butaca para sacar un libro de su cartera y buscó imágenes y pasajes que ilustraban lo que quería decir, e incluso le hizo a Frances un par de rápidos bosquejos.

Ella asentía y murmuraba, mirando de vez en cuando a Christina; ella las observaba, hablaba poco y jugaba con el cordón de uno de los zapatos marrones, planos y relucientes de Stevie. Con la cabeza inclinada hacia delante, la línea de su flequillo parecía más roma que nunca, y los rizos que tenía delante de las orejas eran tan lisos y puntiagudos como las cuchillas de un abrelatas. Antaño llevaba el pelo largo, voluminoso alrededor de la cabeza, de un modo que a Frances siempre le recordaba, con cariño, una caléndula. Lo tenía así la primerísima vez que se había fijado en ella, un día de llovizna en Hyde Park. Christina tenía diecinueve años, Frances veinte. ¡Dios, qué lejos quedaba aquello! O no, no estaba lejos sino que era una vida distinta, una edad tan diferente a la de ahora como la sal y la pimienta. Llevaba un broche de nácar en la solapa y en uno de sus guantes había un desgarrón que dejaba ver la palma rosada. *El corazón se me salió del pecho al ver aquella rasgadura*, le decía a veces a Christina, más adelante.

Finalmente Stevie perdió el fuelle. Frances aprovechó la ocasión para levantarse y recoger las cosas del té, salir al rellano y lavarse las manos.

–Gracias por el cigarrillo –dijo, mientras se encajaba el sombrero.

Stevie le ofreció su cajetilla.

–¿Por qué no te llevas uno o dos? Deben de saber mejor que esos pitillos liados que fumas.

–Oh, a mí me gustan.

–¿De veras?

Christina dijo, con su voz de Bloomsbury:

–Déjala que se haga la mártir, Stevie. Le gusta.

Se despidieron con un beso. Abajo, en el portal, Frances vio consternada, en el reloj de la garita del portero, que eran las cinco pasadas. Se había quedado más tiempo del que pensaba. Le habría agradado el paseo de vuelta hasta Vauxhall, o al menos hasta Westminster, pero tenía que preparar la cena en casa. Ahora lamentaba bastante haberle dado los seis peniques al organillero, y como se sentía culpable por el almuerzo en un rincón acogedor decidió ahorrar un penique tomando un tranvía en vez de un autobús. Fue

andando hasta Holborn para ir a la parada del tranvía que necesitaba, tuvo que esperar siglos hasta que llegó; después la mareó el traqueteo a través del río hacia las calles humildes y estrechas del sur.

Casi inmediatamente después de apearse la abordó otro ex soldado, más andrajoso que el anterior. Cojeó al lado de Frances con un petate de lona y le contó los detalles de su hoja de servicios: había combatido con los Worcester en Francia y en Palestina, lo habían herido en tal o cual campaña... Cuando ella movió la cabeza para espantarlo, él se detuvo, la dejó caminar un par de pasos y luego le gritó con voz ronca:

—¡Espero que no se arruine nunca!

Ella se volvió, avergonzada, e intentó hablar con suavidad.

—¿Qué le hace pensar que no lo estoy ya?

Él pareció asqueado, levantó la mano y luego la bajó, para alejarse enseguida. Frances oyó que decía:

—¡Os ha ido muy bien, puñeteras mujeres!

Había leído la misma opinión en los periódicos, casi igual de categóricos. Pero llegó a casa más contrariada que nunca. Encontró a su madre en la cocina y le contó lo sucedido.

—Pobre hombre —dijo la madre—. No debería haberte hablado tan groseramente; desde luego, no tenía razón. Pero comprendo a todos esos combatientes que han perdido el empleo.

—¡Yo también les comprendo! —exclamó Frances—. ¡Para empezar, estuve en contra de que fueran a la guerra! Pero reprochárselo a las mujeres... es absurdo. ¿Qué hemos ganado nosotras, aparte de un voto que la mitad ni siquiera aprovechamos?

Su madre se armó de paciencia. Ya había oído todo esto antes.

—Bueno, no ha pasado nada. Nadie se ha hecho daño. —Miraba a Frances desenvolver sus compras—. Supongo que no habrás encontrado los hilos de seda que necesitaba, ¿no?

—Sí, los he encontrado. Aquí los tienes.

La madre cogió los carretes y los expuso a la luz.

—Ah, chica lista, son éstos... Oh, pero ¿no has comprado Sylko?

—Éstos son igual de buenos, madre.

—Yo creo que los mejores son los Sylko.

—Pues por desgracia también son los más caros.

—Pero supongo que ahora que han venido los Barber...

–Todavía tenemos que andar con cuidado –dijo Frances–. Todavía tenemos que andar con mucho cuidado. –Comprobó que la puerta estaba cerrada; ya habían empezado a hablar en voz baja–. ¿No te acuerdas, cuando te enseñé las cuentas?

–Sí, pero bueno, no se me pasó por la cabeza... Me preguntaba, Frances, si no podríamos permitirnos una sirvienta.

–¿Una sirvienta? –Frances a duras penas pudo contener la impaciencia en su tono–. Pues sí, podríamos. Pero ya sabes lo que cuesta hoy día una cocinera para todo. Se nos irá de un plumazo la mitad del alquiler de los Barber. Y entretanto las botas se nos caen a pedazos, tenemos miedo de llamar a un médico, los abrigos de invierno parecen de la Edad Media. Y, además, otra extraña en casa a la que tienes que conocer poco a poco...

–Sí, de acuerdo –se apresuró a decir la madre–. Tú sabes lo que es mejor.

–Cuando yo me ocupo de todo perfectamente...

–Sí, sí, Frances. Ya veo que es imposible. De verdad. No se hable más del asunto. Cuéntame lo que has hecho en el centro. Habrás almorzado, espero.

Frances se esforzó en mostrarse menos gruñona.

–Sí. En un café.

–¿Y después? ¿Adónde has ido? ¿Cómo has pasado la tarde?

–Ah... –Apartándose, respondió lo primero que le vino a la cabeza–: He dado un paseo, nada más. He ido a parar al British Museum. He tomado el té allí.

–¿En el British Museum? Hace años que no voy. ¿Qué has visto?

–Bueno, las salas de siempre. Mármoles, momias, esas cosas. Oye, ¿tienes mucha hambre? –Había abierto el compartimento de la carne–. Tenemos falda otra vez. Podría pasarla por la picadora.

Lo pasaré bien haciéndolo, pensó.

No se lo pasó tan bien como esperaba. La carne de vaca era mala y se atascaba continuamente. Se había propuesto que fuese una cena fácil, pero quizá debido a que estaba disgustada pareció que la comida se volvía contra ella, las patatas se quemaban en la olla en la que el agua se había evaporado, la salsa se negaba a espesarse. Su madre, como a veces sucedía, desapareció en el momento crítico: seguía gustándole cambiarse de vestido y recogerse el pelo para la cena y solía calcular mal el tiempo que pasaba. Cuando reapareció, la comida ya se enfriaba en los platos. Frances casi corrió con

ellos hasta la mesa del salón. Y luego otra demora mientras la madre bendecía la mesa...

Engulló la comida sin disfrutarla. Comentaron las diversas citas de los próximos días. A la mañana siguiente irían al cementerio: era el cumpleaños del padre; llevarían flores a la tumba. El lunes tendrían que acordarse de cambiar los libros en la biblioteca. El miércoles...

—Ah, pero el miércoles —dijo la madre, disculpándose— he prometido ir a ver a la señora Playfair. Tengo que verla sin falta la semana que viene para hablar de la venta benéfica, y la tarde del miércoles es el único momento en que ella puede. Me temo que tendremos que prescindir del cine. ¿Y si vamos otro día?

Frances se sintió absurdamente frustrada. ¿No podrían ir el lunes? Pero no, el lunes no era posible, y tampoco el jueves. Claro que siempre podía ir sola. Podría invitar a una amiga. Tenía amigas; no sólo Christina. Tenía amigas allí mismo, en Camberwell. Margaret Lamb vivía unas casas más allá. Y estaba Stella Noakes, compañera del colegio; Stella Noakes, con la que una vez, en clase de química, se había reído tanto que las dos se mojaron las bragas de franela.

Pero Margaret siempre estaba tremendamente seria. Y Stella Noakes era ahora Stella Rifkind y tenía dos hijos pequeños. Podría llevar también a los niños. ¿No sería divertido? La última vez no lo había sido. No, mejor iba sola.

¡Pero qué triste, a su edad, sentirse tan frustrada por algo como aquello! Movía la comida de un lado a otro en el plato, disfrutándola aún menos que antes; y se imaginaba a Christina y a Stevie, que casi con toda seguridad estarían cenando en aquel momento unos buenos macarrones improvisados, o pan con queso, o *fish and chips*, y que quizá poco después se irían a algún espectáculo intelectual del West End, una conferencia o un concierto —las entradas para el Wigmore Hall eran baratas— a los que Frances y Christina solían asistir juntas.

El ánimo se le levantó un poco cuando los Barber salieron de casa a las siete y media, dando la clara impresión de que volverían tarde. En cuanto se marcharon abrió la puerta del salón. Entró y salió de la cocina y subió y bajó la escalera por el puro gusto de poder hacerlo sin temor a encontrarse con alguien. Encendió el calentador cascarrabias y se preparó un baño, y cuando estuvo tumbada en el agua se dejó invadir por un sentido de la propiedad que

se expandió por toda la casa: era una sensación física, un respiro, una relajación de los nervios por medio de cada habitación benditamente desocupada.

Pero los Barber volvieron hacia las diez y veinte. Oyó que abrían y cerraban la puerta de la calle sin acabar de creérselo. El marido fue derecho al retrete y la sorprendió en la cocina, en bata y en zapatillas, preparando un chocolate caliente. Oh, no, dijo él, insulsamente, cuando ella denotó sorpresa al verle, no, no había vuelto antes de lo previsto. Él y Lilian habían ido a tomar algo temprano con un amigo suyo. El amigo era un antiguo camarada del ejército y habían ido a conocer a su novia... Sin advertir, o sin que le importara, que ella no le animaba a quedarse, se instaló en el umbral de la recocina, que ya se estaba convirtiendo en su «puesto», y le contó todo el encuentro.

–La chica es una santa –dijo–. O bien, no sé, ¡va detrás del dinero! El pobre chico perdió los dos brazos, ¿sabe?, señorita Wray, desde aquí hasta abajo. –Hizo un gesto de corte a la altura del codo–. Tendrá que alimentarlo, afeitarlo, peinarlo; tendrá que hacérselo todo. –Sus ojos azules sostuvieron los de Frances–. Se queda uno atónito, ¿verdad?

Ahí estaba, pensó ella, la pequeña insinuación, tan regular como el cucú que sale de un reloj con el pico abierto. Ojalá que él no creyera necesario seguir contando la historia. Ojalá que la dejara sola en la cocina. Ella era consciente de su bata, de los mechones de pelo húmedo en el cuello, de la leve pelusilla en sus tobillos. Iba y venía, rígida, de la encimera al fogón, deseando que él se fuera; pero, al igual que la otra vez, parecía gustarle ver cómo trabajaba. Se fijó en que estaba colorado. Olía claramente a cerveza y cigarrillos. Tuvo la sensación, quizá equivocada, de que él disfrutaba de tenerla en desventaja.

Por fin se dirigió al patio. Ella lavó el cazo de la leche, llevó el cacao al salón y al tender la taza a su madre dijo:

–Me acaba de pillar el señor Barber. Qué pesado es. Por más esfuerzos que he hecho para que me caiga bien...

–¿El señor Barber? –La madre había estado dormitando en la butaca, y se inclinó hacia delante para sentarse más recta–. Yo empiezo a tenerle bastante cariño.

Frances se sentó.

–No lo dirás en serio... Si apenas lo ves.

–Ah, hemos tenido nuestras charlas. Es siempre muy educado. Me parece muy alegre.

–¡Es una amenaza! No entiendo cómo su mujer se ha casado con él. Ella parece una mujer muy agradable. No es su tipo en absoluto.

Estaban hablando con su especial y furtivo tono «Barber». Pero la madre sopló sobre su cacao y no contestó. Frances la miró.

–¿No crees?

–Bueno –respondió por fin–, no me parece que la señora Barber adore a su marido. Podría ser un poco más diligente, por ejemplo, en sus deberes domésticos.

–¿Adorar? –dijo Frances–. ¿Deberes? ¡Qué victoriano suena eso!

–Pienso que «victoriano» es una palabra que actualmente se emplea para desdeñar todas las virtudes que la gente ya no quiere tomarse la molestia de cultivar. Yo siempre me ocupé de que la casa estuviera limpia y ordenada para tu padre.

–De lo que te ocupabas, de hecho, era de que Nelly y Mabel la tuvieran así para ti.

–Bueno, las criadas no se las arreglan solas, como verías si aún tuviéramos alguna. Dan mucho que pensar y muchas cosas que atender. Y yo siempre me sentaba a desayunar con tu padre con la cara alegre y bien vestida. Esas cosas significan mucho para un hombre. La señora Barber..., bueno, me sorprende que vuelva a acostarse cuando su marido se ha ido a trabajar. Y cuando cumple sus tareas se diría que las despacha al galope, para pasar ociosa el resto del día.

Frances había pensado lo mismo, con envidia. Abrió la boca para decírselo a su madre y la cerró sin decir nada. Había advertido, quizá tardíamente, lo cansada que estaba su madre aquella noche. Sus mejillas parecían tan flácidas y secas como la ropa blanca lavada demasiadas veces. Tardó una eternidad en beberse el cacao y cuando dejó la taza descansó las manos en su regazo y movía los dedos sin parar, con un sonido como de papel, y sin fijar la mirada en nada.

Al cabo de diez minutos se levantaron para acostarse. Frances se entretuvo en el salón para ordenar cosas y bajar las luces, y luego recorrió el pasillo bostezando. Pero cuando entraba en el corredor de la cocina oyó un grito de alarma o de disgusto; corrió a la recocina y encontró a su madre

retrocediendo angustiada ante la aparición de algo que se retorció en la sombra del fregadero.

Hacía una o dos semanas que les fastidiaban los ratones y Frances había puesto ratoneras. Ahora por fin había caído uno, pero estaba atrapado de mala manera, aprisionado por las patas traseras destrozadas. Hacía esfuerzos frenéticos para liberarse.

Frances avanzó.

–Muy bien –dijo con calma–. Yo me ocupo.

–¡Válgame Dios!

–No mires.

–¿Llamamos al señor Barber?

–¿Al señor Barber? ¿Para qué? Yo puedo hacerlo.

El pánico del ratón aumentó al acercarse Frances, y con sus pequeñas pezuñas delanteras trataba de zafarse en vano del alambre que lo aprisionaba. No tenía sentido intentar liberarlo; su herida era demasiado grave. Pero Frances no quería que siguiera sufriendo. Tras un momento de indecisión llenó un cubo de agua y arrojó dentro al animal convulso, con trampa y todo. Una sola burbuja plateada ascendió a la superficie, junto con un hilo de sangre, fino como un algodón rojo oscuro.

–¡Esas asquerosas ratoneras! –dijo la madre, todavía alterada.

–Sí, ha tenido mala suerte.

–¿Qué vas a hacer con él?

Frances se remangó, sacó la trampa del cubo y sacudió las gotas.

–Lo voy a sacar fuera, al montón de ceniza. Tú ve a acostarte.

El agua había convertido en púas grasientas el pelo del ratón, pero el animal muerto tenía una apariencia extrañamente humana, con los ojos cerrados y afligidos y la parte inferior de la quijada floja. Liberó con cuidado el cuerpecito agarrándolo por la cola cartilaginosa. En un estante junto a la puerta de atrás había diversos abrigos y zapatos viejos. Pensó que podía prescindir de abrigo, pero la hierba podría estar húmeda; se calzó un par de chanclos que habían pertenecido a su hermano Noel y salió al patio. Cruzó el césped, pisando fuerte y con el ratón colgando de los dedos, y recorrió el sendero de baldosas que conducía al jardín.

Había luces encendidas en una o dos ventanas de los vecinos, pero el jardín estaba tapiado por unos muros altos, un tilo imponente, laureles y hortensias enmarañados, y estaba casi totalmente a oscuras. Avanzaba tanteando más

que con la vista, de tantas veces que había recorrido aquel trayecto. Al llegar a la valla baja de madera que cercaba como un biombo el montículo de ceniza arrojó allí el cadáver diminuto. Aterrizó con un leve susurro, apenas perceptible.

Y después hubo un silencio, la profunda quietud que a veces se instauraba o se congregaba allí, en Champion Hill, incluso durante el día. Daba al lugar un aire solitario, era imposible creer que a un tiro de piedra en cualquier dirección hubiese casas con familias y criadas, que más allá de la tapia en el extremo del jardín hubiera un camino de toba que llevaba en un periquete a una carretera, una calzada ordinaria por la que circulaba el traqueteo de tranvías y autobuses. Frances pensó en su paseo de la tarde por Westminster; pero no pudo revivirlo ahora. Todo aquello había desaparecido. Ladrillos, aceras, gente: todo se había esfumado. Sólo quedaban los árboles, las plantas, las flores invisibles, una sensación de furtiva actividad vegetal justo por debajo de la superficie del sonido.

De repente la asaltó un escalofrío. Se cerró las solapas de la bata y volvió la cabeza hacia la casa.

Pero al hacerlo algo captó su atención: un punto de luz que oscilaba en la oscuridad. Un segundo después, al oler a tabaco, comprendió que la luz era la punta encendida de un cigarrillo. Sus ojos enfocaron a otro lado y distinguió una figura.

Había alguien en el jardín con ella.

Dio un grito de miedo y sorpresa. Pero sólo era el señor Barber. Se encaminó hacia ella, sonriente y disculpándose por haberla asustado. Dijo que la noche era tan agradable que se había quedado fuera para aprovecharla. No había querido decir nada hasta entonces; le pareció una pena molestarla. Esperaba que no le importase que él se hubiera quedado rondando por el jardín.

Por un momento tuvo ganas de abofetearlo. Le ardía la sangre en las orejas; temblaba como una hoja. Había supuesto que él estaría acostado desde hacía horas. Debía de haber estado allí..., bueno, cerca de media hora. No le agradaba pensar que él había estado tan cerca mientras ella permanecía junto al montículo de ceniza, ajena a su presencia. Ojalá no hubiera lanzado aquel grito. Por lo menos se alegraba de que él no pudiera verla con los chanclos de Noel.

Y, en definitiva, él sólo había hecho lo mismo que ella, ceder a la tentación

de demorarse fuera en la calidez de la noche. El temblor empezó a remitir. Le explicó fríamente lo del ratón, y él se rió.

—¡Pobre bicho! Lo único que quería era su pedazo de queso, ¿no?

Se llevó el cigarrillo a los labios, y la reaparición del punto ardiente iluminó brevemente su mano grácil, su bigote, su mandíbula rojiza.

Pero cuando el cigarrillo se hubo apagado habló de nuevo y ella supo por el sonido de su voz que había inclinado hacia atrás la cabeza.

—¡Una noche espléndida para observar la estrellas, señorita Wray! Cuando era niño yo lo sabía todo de las estrellas; era una de mis aficiones. Me escabullía por la ventana de mi dormitorio cuando la familia dormía y me quedaba sentado horas en el tejado de la recocina, con un libro de la biblioteca y una luz de bicicleta, comparando el cielo con las imágenes del libro. Mi hermano Dougie me pilló una noche y me cerró la ventana, y tuve que quedarme a la intemperie bajo la lluvia. Mi hermano siempre me gastaba bromas así. Pero valía la pena. Me sabía todos los nombres: Arturo, Régulo, Vega, Capella...

Ahora murmuraba y sus palabras poseían encanto, pronunciadas suavemente en la oscuridad. Era extraño estar allí con él, en bata, en aquel lugar solitario; pero bueno, pensó, sólo es el jardín. Al mirar hacia la casa vio las luces: la puerta de la cocina abierta, la ventana con la persiana bajada a medias, la ventana de arriba, a la vuelta de la escalera, con las viejas cortinas Morris que no se juntaban del todo en el medio.

Y él tenía razón respecto a la noche. La luna era exigua, una raja mínima; las estrellas resaltaban, precisas, eléctricas, contra la intensa negrura azulada del cielo. Así que Frances echó hacia atrás la cabeza y preguntó, al cabo de una pausa:

—¿Cuál es Capella?

Le había gustado el nombre. Él hizo un gesto con la mano que sostenía el cigarrillo.

—Esa pequeña, brillante, encima de la chimenea del vecino. Aquella de allí es Vega. Y aquí arriba. —Cambió de posición y ella se volvió para seguir el resplandor del cigarrillo—. Ésa es Polaris, la estrella del norte.

Ella asintió.

—Conozco la Estrella Polar.

—¿La conoce?

—Conozco la Osa Mayor, y Orión.

–Sabe tanto como una exploradora. ¿Y Casiopea?

–¿Son las estrellas que tiene forma de M? Sí, las conozco.

–Hoy tienen forma de W. ¿Las ve? A su lado está Perseo.

–No, no las veo.

–Se trata de unir los puntos. Tiene que utilizar su imaginación. Los tipos que les pusieron nombre..., bueno, en aquel entonces no había muchas distracciones. ¿Y las gemelas, las estrellas Géminis? –Se acercó a Frances y esbozó unos contornos—. ¿Las ve? ¿Cogidas de la mano? Y justo al otro lado está Leo... A su derecha tiene a Cáncer. Y allí está Pescadilla.

Ella escudriñó.

–¿Pescadilla?

–Justo allá, al lado de Bígaro.

Ella comprendió dos cosas al mismo tiempo: una, por supuesto, que se estaba burlando de ella; la otra que, con el fin de orientarle la mirada, se le había aproximado mucho y había levantado la mano libre hasta la zona lumbar de Frances. Lo inesperado del contacto hizo que diera un respingo: se apartó de él, sobresaltada, y al hacerlo su hombro chocó contra el de él y los chanclos resonaron contra el suelo. Él también hizo como si retrocediera, alzando las manos de una forma exagerada, como un hombre sorprendido en falta que juguetonamente fingiera inocencia.

O quizá fuera realmente inocente. De pronto, Frances ya no sabía decirlo con certeza. Estaba demasiado oscuro para ver la expresión del señor Barber; sólo veía débiles brillos de luz de luna en sus ojos, en sus dientes. ¿Estaba sonriendo? ¿Se estaba riendo de ella? Experimentó la sensación de engaño, de trampa que había sentido en el pasado con algunos hombres, la sensación de que, sin haber mediado acto alguno por su parte, se había convertido en objeto de burla, e hiciera lo que hiciese o dijera lo que dijese sólo agravaría la situación.

Y sintió de nuevo la soledad del lugar, el jardín húmedo y artero. Parecía estar del lado del señor Barber, de un modo distinto a antes. Se apretó el cinturón de la bata, enderezó la espalda y habló con frialdad.

–No debería entretenerse más, señor Barber. Su mujer debe de preguntarse dónde está.

Él se rió, tal como ella esperaba, aunque con una especie de sarcasmo que ella no comprendió.

–Ah, Lily podrá vivir sin mí unos minutos más. Acabaré el pitillo, señorita

Wray, y luego iré a acostarme.

Ella se alejó sin despedirse y volvió a la casa pisando con fuerza, pero se sentía tan idiota como sabía que se sentiría. En cuanto se desprendió de los chanclos se ocupó a toda prisa de la cocina y las cosas del desayuno porque no quería encontrarse con él por tercera vez aquella noche. Pero, de todos modos, él no apareció. Frances estaba en su habitación, quitándose a tuestas las horquillas del pelo, cuando oyó que corrían el cerrojo de la puerta trasera.

Todavía enfadada, aguzó el oído para oír sus pasos en la escalera, pero también le intrigaba el modo en que él saludaría a su mujer. Recordó que Christina le había preguntado si ponía un vaso contra la pared. ¿Pero verdad que plantarse más cerca de la puerta y ladear la cabeza no era escuchar a hurtadillas?

Oyó primero la voz de la mujer.

—¡Por fin apareces! Pensaba que te habías perdido. ¿Qué estabas haciendo?

Él respondió con un bostezo.

—Nada.

—Algo habrás hecho.

—Fumar un pitillo, ahí detrás. Observar las estrellas.

—¿Las estrellas? ¿Has visto tu futuro?

—Oh, ya lo conozco, ¿no?

Fue todo lo que dijeron. Pero la manera en que lo dijeron —la absoluta sequedad de su tono, la falta del menor soplo de afecto— desconcertó a Frances. No se le había ocurrido pensar que el matrimonio pudiera no ser feliz. Ahora, asombrada, pensó: ¡Vaya, casi se diría que se odian!

Bueno, supuso que sus sentimientos eran cosa suya. Con tal de que pagaran el alquiler... Pero esto era pensar como una casera, era una forma horrible de pensar. No quería que fueran infelices. Pero también se sentía incómoda. Recordó lo poco que los conocía. ¡Y allí estaban, en su casa! Evocó, sin querer, la advertencia de Stevie sobre los «oficinistas».

Habría preferido no haberles oído. Se metió en la cama y apagó la vela pero se quedó despierta, con los ojos abiertos. Oyó a la pareja ir y venir de la sala a la cocina, y enseguida uno de ellos se detuvo en el rellano: el señor Barber bostezando de nuevo. Observó cómo la luz se iba reduciendo por debajo de la puerta cuando él bajó la llave del gas.

Su sensación de desasosiego cesó durante la noche. Cuando la pareja se levantó por la mañana parecía normal, incluso alegre. El señor Barber tarareaba mientras se afeitaba. Antes de marcharse a la oficina para su media jornada del sábado, le dijo algo en voz baja a su mujer y ella le contestó riéndose.

Como una hora después, Frances también salió de casa: fue a la floristería a recoger la corona para la tumba de su padre. Y en cuanto terminaron de comer, ella y su madre salieron hacia el cementerio.

El día se había nublado durante la noche y en vista de ello se habían puesto, para aquella ocasión, sus sombreros y abrigos más serios. Pero era mayo, al fin y al cabo; sintieron calor en el trayecto a West Norwood, y más todavía cuando subieron la larga cuesta hasta la parcela de su padre. Para cuando llegaron allí Frances estaba sudando. Se quitó los guantes, pensó en quitarse el sombrero, y ya estaba sacando el alfiler cuando captó la mirada reprobadora de su madre.

–A padre no le importará, ¿verdad? Detestaba estar acalorado, ¿te acuerdas?

–Tu padre siempre sabía cuándo dejarse puesto el sombrero, por mucho calor que tuviera.

Frances encajó el alfiler en su sitio y se volvió.

–Seguro que tiene calor ahora mismo.

–¿Qué has dicho?

–He dicho que voy a buscar agua.

–Ah –dijo la madre, con una expresión recelosa–. Sí, ve.

Desenvolvieron los utensilios, el instrumental de cementerio: la paleta, el rastrillo, el cepillo, la botella, la pastilla de jabón negro. La madre se puso a trabajar con los hierbajos y el musgo mientras Frances se dirigía al grifo. Volvió junto a la tumba para mojar el cepillo y lo pasó por la pastilla de jabón; luego empezó a restregar la lápida de su padre.

La lápida era plana, sólida, bonita; *cara*, pensaba ella, con rencor, en cada

visita, porque, naturalmente, todas las disposiciones funerarias se habían tomado en los primeros días de desconcierto tras la muerte del padre, antes de que Frances y su madre tuvieran la oportunidad de descubrir lo magníficamente que había dilapidado los fondos de la familia. JOHN FRYER WRAY, rezaba la inscripción, AMADO Y MUY AÑORADO ESPOSO Y PADRE, con letras negras sobre un mármol que en otro tiempo había sido un brillante cuarzo blanco, pero que el hollín de las lloviznas en el extrarradio del sur de Londres había transformado en un color caqui sucio.

Mientras describía círculos de jabón con el cepillo sobre el mármol deslustrado pensó en la tumba de su hermano John Arthur, justo al norte de Combles; ella y su madre la habían visitado en 1919, acompañadas por Edith, la prometida de Arthur. Habían hecho el viaje en diciembre, quizá la peor fecha para hacerlo, porque con el tiempo inclemente, el desolado paisaje, todavía en ruinas, parecía una escena infernal. No había habido ni un ápice de consuelo en el paraje, sólo una nueva forma de angustia al pensar en los meses que John Arthur se había visto obligado a pasar allí. Desde entonces, Frances había oído hablar a la gente de los cementerios como lugares de consuelo. Una amiga de su madre había descrito la sensación de paz que la había embargado delante de la sepultura de su hijo. Dijo que había oído su voz tan claramente como cuando estaba vivo: él le había dicho que no llorase, que el duelo era un desperdicio, que mantenía al mundo en tinieblas cuando lo que necesitaba era avanzar hacia la luz. En la tumba de John Arthur, Frances no había oído nada más que la tos húmeda del anciano campesino que las había guiado al lugar. La parcela en sí no había significado mucho para ella. Simplemente había sido increíble que todo lo que había conocido y amado de su hermano hubiera acabado en la exigua hondonada que se abría a sus pies. Lamentó haber hecho el viaje hasta allí. A veces aún visitaba en sueños el lugar y experimentaba el mismo horror vacío; siempre estaba sola en la tierra pegajosa, hundiéndose.

Por su parte, Noel no tenía sepultura, lo cual resultaba duro en otro sentido. Había desaparecido en el Mediterráneo, en el último año de la guerra, cuando torpedearon el barco en que navegaba por la costa de Egipto. ¿Cómo había muerto exactamente? ¿Se había ahogado? ¿Le había matado la primera explosión? En la época había habido confusión al respecto, alguien afirmaba que lo había visto flotando boca abajo en el agua y otro sostenía que lo habían izado hasta una balsa, herido pero muy vivo. Sin embargo, nunca

encontraron la balsa. ¿Quizá lo había recogido el enemigo? Desde luego su cuerpo nunca fue recuperado; y por aquellos días se contaban tantas cosas de las reapariciones milagrosas de soldados traumatizados por la guerra que durante meses después de su muerte, hasta bien entrado el primer año de paz, la madre de Frances se había aferrado a la esperanza de su retorno. Habían vivido varios momentos atroces: llamadas a la puerta a horas intempestivas, chicos en la calle que se le parecían ligeramente... Frances se estremecía al recordar aquella época. Pobre, pobre Noel. Había sido el benjamín de la familia. Cuando pensaba en él no lo veía como el muchacho de diecinueve años que tenía cuando le mataron, sino como un niño con un pijama de rayas y los pies rosados, tan lisos y redondeados como guijarros. Le recordaba un día en la playa de Eastbourne, llorando porque una ola le había pasado por encima de la cabeza; ella se había burlado de su corazón débil. Daría cualquier cosa para que aquella burla no hubiera existido.

No pienses en eso. Ahuyéntalo. Moja otra vez el cepillo, deprisa, deprisa. Se había dejado un punto sin limpiar. ¡Mira cómo reluce el mármol restregado! Así estaba mejor... Ahora se había alejado de la lápida y rodeaba despacio la cornisa cóncava. Unos cuantos viajes más al grifo y misión cumplida. Cuando se levantaron, ella y su madre decidieron que la próxima vez traerían un cedazo de jardín y removerían la tierra como es debido; pero en esta visita ya la habían adecentado bastante. Frances guardó los utensilios, se limpió las manos y se dirigió a la tumba.

–Bueno, padre, ya estás todo acicalado y limpio para tu cumpleaños. Es más de lo que mereces, sin duda.

–Frances –la regañó su madre.

–¿Qué? Le diría lo mismo a la cara si lo tuviera delante en este momento. Eso y muchas otras cosas. Supongo que se las arreglaría para no escucharlas. Era lo *único* en que se arreglaba.

–Calla.

Se quedaron un ratito más, la madre con la cabeza gacha y los ojos cerrados en una oración silenciosa, mientras Frances se apartaba furtivamente de su cuello sudoroso el cuello de lana. Regresaron hasta las verjas a través de la parte más antigua del cementerio, la que ella prefería con mucho, con sus vulgares monumentos del siglo anterior, sus ángeles llorosos, sus antorchas extinguidas y sus barcos de piedra a toda vela. Leyó en voz alta los apellidos dickensianos.

–Bode... Epps... Tooley... ¡Weatherwax! Es extraño que los nombres correspondan a la época. ¿Los apellidos cambian como las modas?

–Quizá nadie quiso casarse con el pobre señor Weatherwax.

–Eso crees tú. «¡Profundamente añorado por sus cinco hijos!» A ese ritmo debería haber Weatherwaxes por toda esta zona.

Ya en la calle miraron hacia arriba, recelosas. El padre de Frances siempre había admirado los jardines de flores de Dulwich Park y habían pensado en coger un autobús allí, tomar el té en el café y pasar una tediosa tarde de sábado. Pero el cielo estaba más oscuro y bajo que antes. «Se avecina una tormenta», dijo la señora Wray: desde la guerra la inquietaban las tormentas. Decidieron dar por terminado el día y volver derechas a casa. Tomaron un autobús directo a Champion Hill, y acababan de apearse del estribo cuando cayeron las primeras gotas gruesas de lluvia. Los últimos metros hasta la casa los hicieron corriendo; Frances iba más rápido, para abrir la puerta y esperar a su madre. Entraron a trompicones en el vestíbulo, jadeando y riéndose y despojándose de la ropa mojada.

En cuanto cerraron la puerta tras ellas oyeron un revuelo de voces y movimiento en las habitaciones de arriba. Se oían ruidos sordos y carcajadas seguidas de pasos rápidos, ligeros. La señora Wray se quitó el sombrero y lanzó una mirada aprensiva hacia el techo: «¡Dios santo!»

A Frances el corazón le dio un vuelco.

–Los Barber deben de tener visitas –murmuró.

Mientras hablaba, las pisadas cruzaron el rellano hasta la escalera y unas manos pequeñas, de aspecto pringoso, aferraron las barandillas de la planta de arriba y las hicieron crujir. Y entonces aparecieron un par de niños en el giro de la escalera, una niña de siete u ocho años y un niño más pequeño. El chico bajaba delante, ceñudo, resuelto, pero apurado por la dificultad del descenso. Al ver a Frances y a su madre dio medio paso tambaleante; después, aterrorizado, se volvió y subió tanteando los peldaños, pasó de largo por delante de las piernas de la niña y continuó trepando más arriba. La chica se quedó donde estaba, sosteniendo la mirada de Frances, y se reía chupándose el labio inferior.

–Es un bebé –dijo.

La madre de Frances, con el sombrero en la mano, había avanzado para seguir al fugitivo con una mirada inquieta.

–Desde luego es muy bebé para bajar solo esta escalera. Si se cayera...

¡Vuelve atrás, pequeño!

A salvo ya en el rellano, y atraído por el temblor de alarma en la voz de la señora Wray, el niño asomaba la cabeza por entre los barrotes de la barandilla justo encima de ella. La madre se puso pálida.

—¡Fuera de ahí! —Gesticuló para espantarlo—. ¡Atrás, chiquitín! ¡Ay, si se rompiera la barandilla! Frances...

—Sí, ya voy —dijo Frances, adelantándose a su madre, y empezó a subir.

Al verla acercarse, la niña salió corriendo con una risita y el niño retiró apresuradamente la cabeza. Al hacerlo debió de lastimarse la oreja con uno de los barrotes, porque se fue correteando, aterrado de nuevo, pero esta vez entró en la sala de los Barber con la niña que le empujaba por detrás; Frances oyó que el niño se echaba a llorar. Una voz de mujer, enérgica y contenta, respondió a su llanto: «Bueno, ¡qué has hecho *ahora!*» Al mismo tiempo otra mujer asomó la cara por la puerta de la sala. Ni la voz ni la cara pertenecían a la señora Barber. Era una mujer de más edad, quizá de la edad de Frances. Su pelo ondulado relucía de aceite, tenía la boca profusamente pintada con barra de labios y las facciones bastante acusadas. Vio a Frances y a su madre subir con cautela la escalera y dijo:

—Ah. —Se asomó aún más—. ¿Quieren ver a Lil? Está ahí dentro.

Frances se detuvo a un peldaño o dos de la cima y explicó que estaban preocupadas por los niños. Temía que ella y su madre hubieran asustado al pequeño. ¿Se había hecho daño en la oreja con la barandilla?

Aparte de los gemidos del niño herido, le pareció que la sala de los Barber estaba insólitamente silenciosa. Tuvo la turbadora sensación de que estaba atestada de extraños que las escuchaban a escondidas. Como no veía nada por la puerta entornada, dijo:

—¿Está aquí el señor Barber, quizá?

La mujer resopló.

—¿Lenny? ¡Desde luego que no! Nos evita siempre que puede. Pero Lil tardará un minuto, si es que quiere verla a ella.

—No, no es eso —repitió Frances—. Sólo queríamos asegurarnos de que el niño está bien —añadió, con cierta sequedad—: Soy la señorita Wray. Ella es la señora Wray, mi madre. Somos las propietarias de la casa.

En ese instante, desde la sala en silencio brotó otra voz de mujer; una voz jovial, ronca, la de una jornalera del lúpulo:

—¿Está ahí la señora Wray? ¿Es la señora Wray, Vera?

La mujer de rasgos acusados ladeó la cabeza, y desplazando fríamente su mirada de Frances a su madre, gritó hacia la habitación:

–¡Sí, y también la señorita Wray!

–¡Por el amor de Dios, entonces hazlas pasar! No las dejes a las pobres ahí fuera en el rellano, en su propia casa.

La mujer se encogió de hombros y sonrió a medias, como diciéndole a Frances, pero sin mala intención: *Ahora te vas a enterar*. Entró de nuevo en la sala y abrió la puerta más ampliamente para que las Wray pudieran pasar. Frances lanzó una mirada a su madre; se estaba reordenando frenéticamente los alfileres del sombrero. Madre e hija subieron los últimos peldaños y cruzaron el descansillo.

Al entrar en una atmósfera viciada por el olor y el humo de tabaco encontraron... no a una multitud, después de todo, sino a tres mujeres sentadas en unas butacas que habían arrimado alrededor de la chimenea apagada. De hecho, Frances se fijó primero en las butacas porque una de ellas, de roble, negra, que parecía extrañamente a sus anchas entre los adornos rococó de los Barber, en realidad no les pertenecía a ellos; era una de las monstruosidades jacobeanas de su padre y había sido trasladada arriba desde el pasillo de la cocina de la planta baja. Ahora ocupaba la butaca una mujer de unos cincuenta años, robusta y de baja estatura, de ojos castaños con forma de botones, los tobillos horriblemente hinchados y el pelo tan artificialmente rizado y teñido con henna que parecía la peluca mustia de una figura de cera. Era ella, claro está, la que había gritado hacia el rellano, porque cuando Frances y su madre hicieron su patosa entrada dijo, con el mismo acento *cockney*:

–¡Oh, señora Wray, señorita Wray, encantadísima de conocerlas! ¡Realmente encantada! Y Lil decía que no las veríamos..., que estarían toda la tarde fuera. ¡Oh, qué suerte! Yo soy la señora Viney. Espero que me disculpen por no levantarme a estrecharles la mano. Ya ven en qué estado me encuentro. –Señaló sus espantosos tobillos–. En cuanto me siento ya no me muevo. Min... –Se inclinó para dar un golpecito en el brazo de una chica con la cara rojiza que estaba en el sofá–, déjale tu sitio a la señora Wray, cariño. Una chiquilla como tú puede apañarse con el puf. Ésta es Min, la menor de mis hijas –le dijo a Frances, como si esto lo explicara todo–. La señorita Lynch, supongo que debería llamarla, ¡en una casa de gente adinerada como

ésta! Y les presento a la señora Rawlins y a la señora Grice. Dios mío, lo vieja que me hacen sentirme! A la señora Grice acaban de conocerla, claro.

A Frances no le quedó más remedio que avanzar a través de un suelo sembrado de bolsas y bufandas y sombreros sofisticados para estrechar por turnos la mano de cada visitante. La madre, a pesar de sus débiles protestas de que no se molestaran, de que no iba a quedarse, fue remolcada de algún modo hasta el asiento libre del sofá, al lado de la señora Grice, la de rasgos angulosos: Vera. La chica que se llamaba Min se sentó en un puf de cuero rojo. Frances lo hizo en la otra butaca que estaba vacía, al lado de la mujer que había sido presentada como la señora Rawlins.

Ésta se había sentado en un sillón de felpa rosa de los Barber; lo ocupaba como quien tiene derecho, como una *madonna* ligeramente engreída. El niño descansaba la cara en su regazo, con sus largas pestañas todavía húmedas de lágrimas, que al parecer ya habían sido olvidadas; parecía estar mordiendo ociosamente el muslo de la señora Rawlins. Mientras lo hacía alzó la vista hacia Frances y a ella volvió a inquietarle el hecho de que hubiera introducido la cabeza entre los barrotes y posiblemente se hubiera lastimado la oreja. La señora Rawlins sonrió; sonrió de aquella manera conmisericordiosa y elocuente que Frances había observado a menudo en las mujeres casadas ante los temores de las solteras, como diciendo oh, a esta edad tienen orejas de caucho. Y para demostrarlo agarró una del niño, que ya la tenía escarlata, y juntó los extremos superior e inferior para luego soltarlos como un resorte contra el cuero cabelludo. Las visitantes se rieron; la niña fue la que se rió más fuerte, con un tono forzado, duro, discordante. El niño se apretó la cabeza con las manos, escindido entre el triunfo de haber sido cómico y la mortificación de cómo lo había sido. Sin abandonar su risita ahogada, la señora Viney dijo:

—Pobre Maurice. No deberíamos reírnos. Pero si los chiquillos andan metiendo la cabeza por las barandillas de otras personas, es normal que se rían de ellos.

Su tono se fue volviendo indulgente a medida que hablaba, y extendió las manos hacia el chico.

—¡Oh, ven aquí con la abuelita!

Ven aquí con la abuelita... Mientras ella mimaba al niño, observada por las mujeres más jóvenes, Frances empezó a captar las semejanzas entre todas ellas. Vio que la señora Rawlins —Netta, como la llamaban las demás— era

simplemente una Min más madura y corpulenta. Vera tenía los ojos como botones de la señora Viney, aunque su expresión era más seca. Ahora advirtió que incluso el niño y la niña tenían el aire de familia: la chica, sólida sobre sus piernas fornidas, el chico, rubio pero con el tipo de pelo que se oscurecería pronto, y ambos con una boca rosada, de labios llenos, elástica, muy poco infantil, de hecho la boca de la señora Barber. Aliviada y sorprendida, acababa de descubrir el misterio cuando la propia señora Barber entró jadeando en la habitación.

La primera mirada que se cruzó la suya fue la de Frances.

–¡Señorita Wray, cuánto lo siento! ¿Cómo está usted, señora Wray? –Se le atiesó la sonrisa y le tembló la voz–. ¿Así que han conocido a mi madre y mis hermanas?

–Oh, somos ya grandes amigas –dijo la señora Viney con desparpajo–. ¡Y mira que tú, Lil, nos dijiste que las señoras estarían fuera todo el día!

–Esperaba que ustedes no nos conocieran –le dijo Vera a Frances–. Se avergüenza de nosotras.

–No digas tonterías –dijo la señora Barber, ruborizándose.

–¡Sí, es la verdad! –insistió su madre, gritando festivamente, mientras sus ballenas anticuadas despedían una andanada de estallidos y crujidos–. Pero nuestra alegría compensa los modales que nos faltan, señora Wray. Y, ah, esta casa me parece preciosa, sinceramente.

La madre de Frances pestañeaba, sofocada, adaptándose rápidamente a la situación, y dijo:

–Gracias. Fue un hogar feliz en su tiempo. Sólo que ahora es un poco grande para atenderlo mi hija y yo solas.

–Oh, lo entiendo, para qué tantos problemas. No hay nada más fastidioso que una casa grande. Siempre pienso que nada desanima tanto como una habitación vacía. Supongo que ahora apreciarán la compañía. ¡Y qué bonito tienen el jardín trasero!

–Ah, ¿han visto el jardín, entonces?

–Sí, nos lo ha enseñado Lil.

–Muy rápidamente –dijo la señora Barber.

–Es como estar en pleno campo. Vaya, ¡ni te enterarías de que tienes un vecino! Te da una sensación de día festivo. Aquí podría recibir excursionistas y prepararles el té. En cambio, un cuchitril como el nuestro... Vivimos detrás

de la tienda de mi marido, en Walworth Road, Vera, Min y yo... Bueno, es sólo una antigualla. Pero un lugar encantador como esta casa...

Paseó una mirada apreciativa por la habitación, que hasta parecía haber adquirido más toques ostentosos desde la última vez que Frances la había visto: el hogar de la chimenea decorado con un ramo de amapolas de papel, el sofá cubierto por lo que parecía ser un mantel de chenilla, ribeteado con borlas, y la repisa de la chimenea abarrotada ahora de postales y adornos, elefantes de ébano, monos de latón, un buda de porcelana, un abanico español; también estaba allí la pandereta, con sus cintas colgantes.

—Antes de que ustedes subieran —prosiguió la señora Viney, animadamente—, les estaba diciendo a las chicas que resulta maravilloso pensar en todas las mujeres que debieron de vivir aquí en tiempos lejanos, con sus capotas y sus vestidos finos. ¡Vaya faldas que tenían! ¡Cuántos metros de tela! Una se pone a pensar cómo se las apañaban con toda la mugre que había entonces por las calles. Y hasta cómo hacían para subir la escalera. Y en cuanto a visitar algunos rinconcitos...

—¡Mamá! —exclamaron sus hijas. La de la señora Barber fue la exclamación más fuerte.

La señora Viney abrió de par en par sus ojos como botones.

—¿Qué? Oh, la señora Wray sabe que hablo en broma. Y también la señorita Wray, estoy segura. Además, aquí somos todas mujeres.

Al oír esto la niña empezó a protestar que *no* todas lo eran; que allí también había chicos. Sin perder su desenfado, la señora Viney dijo:

—Bueno, ya sabéis lo que quiero decir.

Pero no, la niña *no* lo sabía, porque *Maurice* no era una mujer, y *Siddy* tampoco. Siddy ni siquiera era un *chico* todavía, era demasiado pequeño...

—Ya basta, listilla —dijo Vera bruscamente, mientras Frances, perpleja, pensaba: ¿*Siddy*? La chica hizo un mohín con su boca de adulta, pero se calló.

La señora Viney estaba repitiendo que sí, la casa le parecía preciosa.

—Qué suerte han tenido Lil y Len. ¡Y qué bien ha decorado Lil las habitaciones! Siempre ha sido la artista de la familia. ¡Sí, Lil, sí lo has sido! —Le guiñó un ojo a Frances—. Se está ruborizando, fíjese.

—Es su temperamento artístico —dijo Vera con su tono seco.

—Bueno, no sé de dónde le viene. ¡De mí no, desde luego! Y respecto a su

querido padre, que en paz descanse, bueno, no era capaz de colgar de un clavo un cuadro derecho, y no digamos pintar uno...

Un ruido extraordinario interrumpió sus palabras, un sonido animal de sorbetones, de borboteos, que arrancó de Frances y de su madre respingos de alarma. Las hermanas, en cambio, se quedaron calladas. Vera echó un vistazo por encima del brazo del sofá a una gran bolsa de paja depositada al lado, que Frances, durante todo aquel rato, había tomado por un simple bolsón de viaje, pero que ahora comprendió que era una canastilla de bebé. Hubo un momento de suspense. Las mujeres hablaban en susurros. ¿Se estaba durmiendo? ¿Se había dormido? ¿Se había muerto? Pero entonces se oyeron otra vez los sorbetones y casi al instante se transformaron en un berrido.

—¡Vaya por Dios!

—¡Madre mía!

—¡Da igual!

—¡Aquí está!

Vera había introducido las manos en el cesto e izado a un bebé que pataleaba con una mantilla de punto amarilla. Así que aquel bebé era Sidy: se lo entregó por encima de la estera de la chimenea a Netta, que lo puso en su regazo, todavía lanzando patadas y bamboleando la cabeza amoratada sobre un cuello flaco como un tallo.

—¿No vas a sonreír a estas señoras? —le preguntó Netta—. ¿No? ¿Aunque la señora Wray y la señorita Wray hayan subido hasta aquí para verte? ¡Oh, qué cara pones!

—Quizá tiene hambre —sugirió la señora Viney, mientras el bebé continuaba berreando.

—Éste siempre tiene hambre. En eso es como su padre.

—¿Cómo tiene el pañal?

Netta le palmeó el trasero.

—Muy bien. Lo único que quiere es unirse a la juerga. ¿Verdad que sí, eh?

Hizo dar saltitos al bebé sobre una rodilla, y la cabeza de Sidy giraba más incontrolable aún, aunque sus lloros empezaban a calmarse.

A la madre de Frances le gustaban los bebés y se inclinó hacia delante para verlo mejor.

—Todo un emperador, el pequeño, ¿no? —dijo con una sonrisa.

—Es justamente lo que es —dijo la señora Viney, mostrando los huecos entre sus dientes—. De todos modos, sabe gritar como un señor. ¡Oh, mírelo! Es

como un nabo grandísimo, ¿verdad? Esperamos que crezca tanto como su cabeza. Y su hermano mayor era exactamente lo contrario. ¿Te acuerdas, Netta? ¡Oh, tenía la cabeza tan pequeña que podrías haber zurcido tus medias encima! –Tuvo que enjugarse las lágrimas de risa–. ¿Tiene algún otro hijo, señora Wray? No le importará que se lo pregunte, claro.

–No me importa en absoluto –respondió la madre de Frances, apartando la mirada del bebé que se bamboleaba en el regazo de Netta–. Tuve tres en total. Mis dos hijos entregaron su vida en la guerra.

La cara de la señora Viney quedó despojada de su alegría.

–Oh, pero qué pena –dijo–. Oh, lo *siento* tanto por usted. Mi hermano perdió a dos de sus chicos del mismo modo, y a otro lo mandaron a casa con la mirada desprovista de vida. También perdimos a Arthur, el marido de Vera. ¿Verdad, Ver? Cuando yo era una joven casada suspiraba por tener chicos, ¿sabe, señora Wray? No sé por qué, nunca pude conservar a los bebés varones. Tuve dos abortos y un nonato, y la comadrona me dijo que los tres eran chicos; el último era poquita cosa, el pobrecito.

–¿Qué es un nonato? –preguntó la niña.

Las mujeres no le hicieron caso. Min dijo:

–Me acuerdo. Me acuerdo de que papá me decía llorando que se le había metido pimienta en los ojos.

–Tu padre era un buen hombre –dijo la señora Viney, sonriendo–. Irlandés, señora Wray. Sentimental, como lo son todos. Sí, a los dos nos apenó mucho perder a aquel último. Pero verá, ahora no estoy segura de lamentarlo, si tenía que ser para que lo mataran como a sus primos.

Suspiró y meneó la cabeza, y de nuevo su cara perdió la jovialidad, y su tez colorada reveló lo que era en realidad, una telaraña de venas rotas en las mejillas amarillas, desinfladas. Sus ojos de botón parecieron de repente desnudos, como si la vida la hubiera desgastado tanto, pensó Frances, que le había arrebatado hasta las pestañas.

–¿Qué es un nonato? –repitió la chica.

Vera le respondió por fin.

–Algo que ojalá tú hubieras sido.

La madre de Frances pareció sobresaltada. La señora Barber agachó la cabeza, como mortificada. Pero las visitantes se desternillaban de una risa cruel y la señora Viney sacó un pañuelo de la manga para secarse la humedad reciente de sus ojos. El bebé observaba el jolgorio con una expresión

solemne; luego emitió una risa súbita, como si acabase de entender el chiste. Lo cual desató otra vez la hilaridad de todos. Netta lo estrujó y lo zarandó para que se riera más fuerte. Al bebé le bailaba la cabeza, se le humedecieron la boca y la barbilla y en su agitación le asestó una patada en el estómago.

Después de lo cual, el talante de la reunión experimentó un cambio ligero pero perceptible. Vera buscó a tientas su bolso y ofreció cigarrillos. La madre de Frances, nuevamente con una expresión de sobresalto, negó con la cabeza; Frances, a desgana, sacudió la suya. Pero las mujeres más jóvenes encendieron cerillas, buscaron ceniceros y empezaron a acaparar la conversación. Frances advirtió que hacían alusiones a «su señoría», «su ilustrísima» —«¡Bueno, ya te figuras lo que *dijo!* ¡Yo no le hice *ningún* caso!»—; la señora Viney, al oírlas, formulaba protestas ocasionales e inútiles: «¡Oh, no seáis tan desagradables! ¡Vuestro pobre padrastro no tiene mala intención!» Como un mecanismo de relojería, la familia había superado el obstáculo menor de la aparición de las Wray y estaba recuperando lo que a todas luces eran pautas muy habituales. Al mirar a una hermana tras otra, Frances vio claramente el papel que se había ganado cada una o que, más probablemente, le habían endilgado las exigencias de la maquinaria: la ácida Vera, la capaz Netta, la simplona Min, con su cara colorada.

Y además, por supuesto, estaba la señora Barber: Lilian, Lily, Lil. Se había mantenido al margen del grupo en todo momento, recostada a veces en el manto de la chimenea y otras veces en el brazo del sofá; cada pocos minutos miraba con expresión inquieta a Frances y su madre. Llevaba un vestido de tela liviana color ciruela, con cintas de ganchillo en el pecho y en los puños de las mangas cortas; había combinado este atuendo con medias de color verde aceituna y sus babuchas turcas, y le ceñía el cuello una ristra de cuentas rojas de madera que entrechocaban como un ábaco a cada ligero movimiento. Frances recordó que su madre la había llamado «la artista de la familia», y no cabía duda de que en lo referente al vestuario tenía poco en común con sus hermanas, que iban todas engalanadas como coristas, con vestidos de seda falsa, medias de rejilla, zapatos de tacón alto, muñequeras y ajorcas en los tobillos; tampoco el cuidadoso acento de Lilian se parecía al de ellas. Ahora se estaba alejando del corro de butacas. El niño, su sobrino, se le había acercado para pedirle algo susurrando; ella le tomó de la mano para guiarlo a través de la alfombra sembrada de escollos y empezó a recoger para él las golosinas que habían sobrado del té con bollos y galletas, desperdigadas

sobre la mesa en el otro extremo de la sala. El niño cogió el plato que ella le ofrecía y lo sostuvo con cuidado delante del pecho; cuando su contenido empezó a resbalar ella se apretó la falda por detrás de los muslos y se agachó hasta la altura del niño para sujetar el plato. Lo hizo con un gesto seguro y flexible que liberó sus talones de las babuchas y expuso sus pantorrillas, pálidas y redondas, a través del brillo de las medias. El niño mordió una galleta y las migas se dispersaron sobre la pieza de ganchillo del pecho de su tía.

Ella no las notó. Infló aún más sus labios rellenitos para plantar un beso desganado en la cabeza rubia del pequeño. En el preciso momento en que terminó el beso levantó la vista, vio que Frances la observaba y bajó la mirada, cohibida. Pero cuando Frances, sonriente, siguió observándola, alzó de nuevo los ojos y le devolvió una sonrisa insegura.

Pero ahora la niña, la prima del niño, había comprendido que había dulces. Se aproximó y pidió una galleta. La señora Viney se preguntó si habría galletas suficientes para todos... Frances miró a su madre y ésta asintió del modo más imperceptible: se levantaron y empezaron a despedirse. Zafarse de los hilos de buena voluntad de la señora Viney requirió varios minutos más, pero finalmente consiguieron llegar al rellano.

La señora Barber insistió en acompañarlas. Y cuando la madre de Frances ya había empezado a bajar la escalera, Lilian llamó a Frances y le habló en voz baja.

–Siento mucho lo del sillón, señorita Wray. Sé que lo ha visto. Por favor, dígle a su madre cuánto lo lamento. Sería horrible que pensarán que nos hemos aprovechado de sus cosas. Sólo que mi madre necesita un sillón duro porque tiene mal la espalda y las piernas, y Len y yo no tenemos ninguno.

–No tiene importancia –dijo Frances.

–La tiene, pero es amable que lo diga. Ha sido todo un detalle que haya subido a vernos. Mi familia es de lo más ruidosa. No se quedarán mucho más tiempo. Sólo han venido a pasar una hora, pero luego ha empezado a llover. Y creo... –Señaló con un gesto la ropa formal de Frances–. Me temo que hoy usted y su madre han tenido que ir a un lugar solemne, ¿no es así?

Frances explicó la visita a la tumba de su padre.

La señora Barber se mostró horrorizada.

–¡Oh, y volver a casa y encontrar aquí a toda esta gente!

Se llevó una mano a la cabeza, despeinándose los rizos del pelo. Tenía

todavía migas en la parte delantera del vestido; Frances tuvo un impulso de ama de casa –un impulso de solterona casera, supuso que debería llamarlo en su caso– de cepillárselas. En lugar de hacerlo se dirigió a la escalera.

–Su familia debe quedarse el tiempo que quiera, señora Barber. No nos molesta. En serio.

Abajo, sin embargo, se oían muy claramente las risas de las mujeres, el tamborileo de los pies de los niños. Cuando Frances cerró la puerta del salón, las vigas de encima crujieron, y volvieron a crujir –hasta pareció que las paredes crujían–, como si un gigante tuviera la casa en sus manos y la estuviera estrujando y zarandeando al igual que Netta había hecho con su entusiasmado bebé.

La madre, ya instalada en su sillón junto a la puertaventana, parecía exhausta.

–¡Bueno! –dijo–. ¡Qué familia más sorprendente la de la señora Barber! O, mejor dicho, qué sorprendente que la señora Barber provenga de una familia así. Me daba la impresión de que su padre tenía un negocio de algún tipo. ¿No nos dijo eso? ¿Y que tenía un hermano en la armada?

Frances se recostó en el respaldo del sofá.

–¿Un hermano en la...? Ah, madre, ya empiezas a perder la cabeza. Eran suposiciones mías, ¿no te acuerdas?

–¿Su padre es empresario?

–El padre murió. La señora Viney es viuda y se ha vuelto a casar. Con un tendero al que todas las chicas desprecian. Debe de tener esa mercería al lado de la tienda de pescado frito. –Y a continuación, cuando su madre la miró, sin comprender–: ¿Conoces alguna otra en Walworth Road?

La madre captó lo que le estaba diciendo.

–¿Walworth Road? ¿De verdad, Frances?

–¿No estabas escuchando?

–Bueno, era difícil no mirar alrededor. Los adornos de la señora Barber..., ¡no tenía ni idea! ¡Parece la cueva de Alí Babá! ¡O el Moulin Rouge! ¡O el Taj Mahal! Si por lo menos se decidiera por un país y se conformase con uno solo... ¿Es eso lo que llaman decoración moderna? Si tu querido padre... Te has fijado en su sillón, supongo.

–La señora Barber me lo acaba de explicar. Se ha deshecho en disculpas. Su madre tiene problemas de «espalda», por lo visto.

–¡Bueno, si son sólo de espalda tiene suerte! Qué marimachos sus hijas. ¡Y

la señora Viney, en cambio, mide poco más de uno veinte!

–Aun así me ha gustado –dijo Frances–. ¿A ti no? Me ha parecido una mujer agradable.

–A mí también –admitió la madre–. Pero tiene ese tipo de amabilidad que, para ser sinceras, Frances, con un poco cunde mucho. ¿Y por qué la gente de esa clase cuenta siempre tantas cosas de sí misma? Unos minutos más y nos hubiera enseñado sus varices. –Dirigió una mirada inquieta hacia la ventana que daba a la calle–. Me pregunto si los Dawson la habrán visto llegar. Oh, ya sé que es poco cristiano por mi parte, pero espero que no se le ocurra visitarnos con frecuencia.

–Pues yo espero que sí –dijo Frances–. Me ha animado tanto como una visita a una taberna.

Su madre sonrió lánguidamente; después se estremeció y acogió preocupada un nuevo estruendo de alegría en el piso de arriba.

–Ah, pero yo espero que no nos visiten muy a menudo. ¡No he oído nunca carcajadas semejantes! Y algunas de un gusto muy dudoso. No me extraña que el señor Barber se mantenga a distancia, el pobre. Oh, no son en absoluto los parientes que yo esperaba de la señora Barber, Frances. Si lo hubiéramos sabido... Ay. No puedo evitar pensar que ella..., bueno...

–¿Qué? –preguntó Frances, sonriendo, mientras se encaminaba a la cocina–. ¿Que nos ha dado gato por liebre? Creo que eso la hace más interesante. ¡Cuánto habrá tenido que trabajar para conseguir esas medias verdes!

Los niños siguieron armando bulla durante otra media hora y de la sala de arriba seguían llegando ráfagas de risa; luego hubo un lapso de pasos y crujidos tan intensos que sólo podían significar que las hermanas se habían levantado y se preparaban para irse, desplazando sillas, ordenando y recogiendo. Cuando Frances y su madre estaban tomando el té, el gas vibró en el contador y en el fregadero retembló la porcelana. Hubo el inevitable repiqueteo de tacones en las escaleras y una tras otra las mujeres bajaron a visitar el excusado, arrastrando con ellas, entre protestas, a los niños. Por último la señora Viney emprendió su lento descenso y hubo prolongadas, hilarantes despedidas en el vestíbulo. La niña descubrió el gong, lo hizo sonar y recibió una bofetada.

La madre de Frances había cogido su estuche de costura y se puso a coser en medio del alboroto, como si hubiera determinado no inmutarse. Frances,

por su parte, tenía un libro abierto en el regazo pero, distraída, leía y releía las mismas dos páginas. En cuanto se cerró la puerta de la calle y la señora Barber estaba subiendo la escalera, dejó el libro e, incapaz de resistir la tentación, fue de puntillas hasta la ventana y observó a las visitantes mientras caminaban en dirección a Camberwell. Allí iban todas, con sus abrigos chabacanos, sus sombreros complicados, y las precedía Netta, a la cabeza de la comitiva, con el bebé al hombro y la estampa del Triunfo de la Maternidad en el siglo xx, mientras la señora Viney, del brazo de Vera y Min, con un bolso de piel falsa apretado contra el pecho, caminaba rezagada, con sus andares lentos y joviales de victoriana tardía. Los niños agitaban tallos de espliego arrancados de las macetas del jardín delantero. En el jardín yacían más tallos rotos.

–Chismosa –dijo la madre desde el fondo de la larga habitación.

Frances le respondió sin volverse.

–No me importa. Quiero asegurarme de que no falta nadie. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis..., siete, si incluyo al bebé. ¿Está bien la cuenta? Estoy segura de que no eran tantos hace una hora.

–Quizá desde entonces han engendrado a otro.

–Pobre señora Viney. ¡Qué tobillos! Se parecen a esos cubos con patas de elefante donde se dejan los paraguas.

–Quizá una de las dos debería ir a la cocina para contar las cucharas.

–¡Madre! Como si les interesaran nuestras cucharas viejas. Es más probable que nos hayan dejado un par de chelines en la mesa del recibidor. Discretamente, para no avergonzarnos, ya sabes...

Se apartó de la ventana cuando en el piso de arriba se oyó otro impacto sordo. Finalmente la madre se estremeció.

–Oh, esto ya es insufrible. ¿Qué demonios está haciendo ahora la señora Barber?

Se oyó el ruido de nuevo, esta vez en el rellano, y enseguida la escalera empezó a crujir y se oyó el impacto de una madera contra las barandillas...

Frances se precipitó hacia delante.

–Está bajando el sillón. ¡Va a arrancar el papel de las paredes! ¿Va todo bien, señora Barber? –gritó, saliendo al vestíbulo y cerrando tras ella la puerta del salón.

–¡Sí, todo muy bien! –fue la jadeante respuesta. Pero Frances subió y la encontró forcejeando. El sillón era pesado y sus patas se habían atascado: las

liberaron entre las dos, maniobrando alrededor del giro de la escalera, y después lo bajaron indemne hasta el vestíbulo.

Frances lo encajó en su sitio exacto y le dio una palmada.

–Vale, charlatán. Has vivido una pequeña aventura. No creo que nadie se haya sentado nunca en él, ¿sabe?

Todavía abochornada, la señora Barber dijo:

–La verdad es que no debería haberlo subido. Me convencieron mis hermanas. Me dan órdenes; siempre lo han hecho. Creo que es viejísimo, además.

–Bueno, desde luego mi padre lo pensaba. No, sus hermanas tenían razón. Me alegro de que le encontraran una utilidad.

–Ha sido usted muy amable. Gracias.

Se estaba ya retirando hacia la escalera. ¡Qué distinta era de su marido! Él se habría entretenido, se habría entrometido. Frances, a lo sumo, lamentó que se marchara. Se acordaba de lo curiosamente atractiva que le había parecido cuando se acuclilló al lado de su sobrino y los talones de sus medias verdes se le salieron de las babuchas bordadas. Por fin se había cepillado las migas del vestido, pero seguía teniendo alborotados los rizos del pelo, y una vez más Frances tuvo aquel impulso, de mujer de su casa, de ponerlos en su sitio. Dijo, en cambio:

–Parece cansada, señora Barber.

Ella se llevó una mano a la mejilla.

–¿Sí?

–¿Por qué no se sienta conmigo un momento? No en este monstruo, me refiero, sino –hizo un gesto por encima del hombro– en la cocina. ¿Sólo un minuto?

La señora Barber se mostró dubitativa.

–Es que no quiero retenerla.

–En lo único que me retendrá será quizá en pensar en mi próxima tarea. Y puedo hacerla en cualquier otro momento... Diga que sí. Hace días que quería pedírselo. Estamos aquí compartiendo una casa y apenas hemos hablado. ¿No le parece una lástima?

Su tono era sincero y la expresión de la huésped cambió. Dijo, con una sonrisa:

–Un poco sí, ¿verdad? Sí, de acuerdo.

Recorrieron el breve trecho hasta la cocina. Frances le ofreció una silla.

–¿Puedo prepararle un té? –preguntó, cuando la señora Barber se sentó.

–Oh, no. He estado tomando té toda la tarde.

–¿Un trozo de bizcocho, entonces?

–¡También he comido bizcocho! Pero tómelo usted, por favor.

Frances se lo estaba pensando. Dijo:

–Si le digo la verdad, lo que ahora me apetece es...

Cruzó la puerta abierta, asomó la cabeza al corredor y aguzó el oído para percibir indicios de actividad en el salón. Al no captar ninguno retrocedió, cerró la puerta sin hacer ruido e introdujo la mano en el bolsillo del delantal colgado detrás de aquélla.

–Mi madre –murmuró, sacando tabaco, papel y cerillas– no aprueba que fume. Al ver a sus hermanas fumando hace un rato creí que iba a reventar. Ahora, si me pilla, le echaré la culpa a usted. Sé mentir bien, así que prepárese. –Se reunió en la mesa con la señora Barber y le ofreció el papel de liar–. ¿Quiere uno?

Ella sacudió la cabeza con un movimiento rápido y tenso.

–Nunca he cogido el tranquillo de liarlos.

–Bueno, si quiere le preparo uno.

La otra vaciló, mordiéndose el carnoso labio inferior, y a continuación dijo con aire travieso:

–¿Y por qué no? Sí, líeme uno.

Todo el asunto parecía divertirla. Observó fascinada cómo Frances extendía los papeles y extraía de la lata pellizcos de tabaco, y se inclinó, descansando en la mesa los antebrazos desnudos, para ver más de cerca cómo iba adquiriendo forma el primer cigarrillo. Llevaba una pulsera en una de las muñecas, un brazalete de madera roja a juego con el collar, pero Frances advirtió que no lucía anillos, a excepción de una alianza delgada y junto a ella la mitad de un aro, también fino, de diminutos diamantes de pedida. «Qué rápido lo ha hecho», dijo, impresionada, cuando Frances se hubo llevado el cigarrillo a los labios y pasado la punta de la lengua por la línea de goma. Y cuando los dos cigarrillos estuvieron hechos: «Son tan perfectos que da pena fumarlos.» Pero se agachó hacia la llama que le ofrecía Frances y puso una mano sobre la de ella, sólo durante un instante, para equilibrarse, y Frances experimentó una breve pero intensa sensación de calor en los dedos y en la palma.

Y el tabaco, en cierto modo, cambió a Lilian. Parte de su ingenuidad

juvenil se desvaneció. Se recostó después de la primera bocanada y se despegó una hebra del labio con la desenvoltura de una fumadora habitual, y dijo:

–Len debería vernos ahora. Es como su madre, señorita Wray, y no le gusta nada que yo fume. Pero es que los hombres nunca *quieren* que las mujeres hagan las cosas que ellos quieren hacer, ¿se ha fijado?

Lo había dicho de un modo convencional. Pero Frances, que estaba buscando algo que les sirviera de cenicero, y que acabó poniendo entre ellas dos un platillo, dijo:

–¿Cosas como votar, se refiere? ¿Presentarse a diputada? No, no me había fijado en absoluto. Qué más, veamos. ¿Dirigir fábricas? ¿Trabajar estando casada? ¿Pedir el divorcio? Hágame callar si la aburro.

La señora Barber se rió. La risa se mezcló con el humo de su cigarrillo: parecía salir visiblemente de su boca fruncida y rellena, y era tan cálida, tan auténtica, tan distinta de su risita de costumbre, ahogada, automática, que Frances sintió una extraña emoción de triunfo por haberla suscitado.

Sin embargo, en cuanto la risa se apagó se quedaron sentadas sin hablarse, en un silencio sólo interrumpido por suaves murmullos de la cocina, el tictac del reloj, el rumor de los carbones que rebullían en la estufa, la débil melodía del goteo del agua en el fregadero de la recocina. Sus miradas se cruzaron. Frances dijo:

–Me ha gustado conocer hoy a su familia.

La señora Barber la miró con prevención.

–Qué amable por su parte decir eso.

–No lo digo por ser amable. No digo cosas que no quiero decir.

–A mí me preocupaba que la conocieran. Usted y su madre.

–¿Sí? ¿Por qué?

–Bueno... Len dijo que mi familia les parecería vulgar.

Al recordar que había espiado a las visitantes desde la ventana del salón, Frances sintió una punzada de culpa. Sintió otra punzada de algo distinto, algo más oscuro, por la señora Barber. Dio unos golpecitos para hacer caer la ceniza en el platillo y dijo, con firmeza:

–Me alegro de que hayan venido. Sobre todo me ha gustado su madre. ¿Por qué pone esa cara?

A la señora Barber le había asaltado un ligero desánimo.

–Es sólo que, bueno, ella *gusta* a la gente. Y el hecho es que eso a ella la

halaga. Mi madre siempre tiene que ser un personaje. ¡Algunas de las cosas que ha dicho esta tarde! No sé qué habrá pensado la señora Wray. Y además *siempre* anda con esa ropa de baratillo que se pone a pesar de que ahora tiene dinero de sobra para comprarse cosas mejores. –Sacudió la ceniza de su cigarrillo, con aire culpable–. Yo no debería ser tan severa, ¿verdad? Lo ha pasado tan mal, de una forma u otra. Éramos... éramos terriblemente pobres cuando yo era joven, después de morir mi padre y antes de que mi madre se casara con el señor Viney. Me avergüenza decirle lo pobres que éramos. Mi madre se deslomaba trabajando. Por eso tiene tan mal la espalda. ¿Y le ha visto las piernas?

Frances hizo una mueca.

–¿No se puede hacer nada?

–Ah, no hace caso a los médicos. Y además su marido no la deja respirar. Tiene que subir y bajar haciendo cosas para él cada hora del día y de la noche. Él mira a una mujer sentada sin hacer nada y creo que ve un cuchillo que se oxida. –Volvió la cabeza. El reloj estaba sonando–. ¿Ya son las cinco? Len llegará de un momento a otro. Ha ido a ver a sus padres. Tengo que subir a poner orden. La madre de Len tiene la casa como una patena.

Lo dijo con un leve bostezo, sin embargo, y se quedó en su asiento, claramente gozando de su cigarrillo y visiblemente contenta de hablar con tanta libertad. Había renunciado por completo a la apariencia de conducta intachable que antes había adoptado con Frances en algunas ocasiones. Apoyó un codo en la mesa y descansó la barbilla en la mano; la piel de su brazo parecía redonda, sólida, tersa. Carecía de rasgos angulosos, pensó Frances con envidia. Era todo calor y curvas cálidas. ¡Qué bien rellenaba su propia piel! Era como si la hubiesen inyectado dentro de ella, como melaza, en dosis generosas.

Ahora sonreía, saboreando el silencio.

–Qué agradable es esta tranquilidad. Nunca he conocido una casa que fuese tan silenciosa; al menos nunca tan callada como ésta. Es como terciopelo. Cuando había un silencio así en Cheveney Avenue, donde viven los padres de Len, me entraban ganas de gritar. No se parecen en nada, la familia de Len y la mía.

–¿No?

–¡No! A mis hermanas y a mí nos educaron como católicas, igual que a mi padre. No es que sigamos yendo a misa ni nada de eso. Pero bueno, esas

cosas se te pegan. Los padres de Len me consideran una pagana. Son protestantes. Y su primo combatió con los Black and Tans. Len no es así –se apresuró a añadir, al ver la expresión de Frances–. Pero sus padres y sus hermanos... Ah, no tienen el menor sentido del arte, ni de la vida, ni de nada. Basta con que abras un libro en su presencia para que te digan que te estás dando ínfulas. Aquí se puede estar tranquila, y a la casa parece que le gusta la tranquilidad. ¡Y nadie necesita saber lo que estás haciendo! No como en las casas donde me crié. En algunas sabías si los vecinos estaban removiendo el té. Oh, vivimos en algunos sitios espantosos, señorita Wray. Una vez incluso estuvimos en una casa embrujada.

Frances supuso que lo decía en broma.

–¿Embrujada? ¿Por quién, o por qué?

–Por un viejo, un viejo con una larga barba blanca. No era translúcido como los fantasmas de los libros; era sólido, como una persona real. Yo lo vi dos veces, bajando la escalera. Lo vimos Vera y yo.

No bromeaba en absoluto. Frances frunció el ceño.

–¿No se asustaron?

–Sí, pero nunca hizo daño a nadie. Supimos de su existencia por los vecinos. Había vivido en la casa años antes y su mujer había muerto y él se había consumido de tanto añorarla. Decían que noche tras noche subía y bajaba la escalera buscándola. A veces me pregunto si seguirá allí. Es triste pensar que quizá siga allí, ¿verdad?, cuando lo único que quería era estar con ella.

El cigarrillo de Frances se había apagado. Lo volvió a encender y no contestó. Le maravillaba la franqueza de la señora Barber, su simplicidad, su desinhibición, fuera cual fuese la cualidad que le permitía decir aquellas cosas en voz alta, con una sinceridad tan obvia. Sabía que a ella le resultaría tan difícil confesar a una persona casi desconocida que había visto un fantasma como admitir que creía en elfos y hadas.

Razón por la cual, por supuesto, era consciente de que nunca vería un fantasma.

De pronto se sintió abatida. La sensación la pilló desprevenida. Manoseó nerviosa la caja de cerillas, posándola sobre un extremo y después sobre el otro. Y cuando levantó la vista descubrió que la señora Barber la estaba observando con las cejas juntas y una expresión preocupada.

–Me temo que he dicho algo que la ha molestado, señorita Wray.

Frances meneó la cabeza, sonrió.

–No.

–Lo he dicho sin pensar. No debería haber hablado de fantasmas y desgracias un día como hoy.

–¿Un día como hoy? –dijo Frances, y luego añadió–: ¿Lo dice por mi padre? Oh, no. No debe pensar eso. Piense en mis hermanos, si quiere. Noto su falta todos los días de mi vida. Pero la de mi padre... –Depositó las cerillas–. Mi padre, señora Barber, fue un fastidio mientras estuvo vivo, lo fue al morir y lo ha seguido siendo desde entonces.

–Oh. Yo... Lo siento –dijo la señora Barber.

Se sumieron de nuevo en el silencio. Frances pensó en su madre, en su reticencia, al otro lado del vestíbulo. Pero otra vez enturbiaron el silencio los sonidos suaves de la cocina, los tumbos de los carbones, la música de la recocina. Y la señora Barber había hablado libremente... Sintió el impulso de igualar su franqueza, de recompensarla con alguna confianza similar. Dio una larga calada a su cigarrillo y siguió hablando con un tono más bajo.

–Es simplemente que mi padre y yo... nunca nos llevamos bien. Tenía ideas anticuadas sobre las mujeres, sobre las hijas. Yo fui una dura prueba para él, como se puede figurar. Discutíamos por todo y mi pobre madre hacía de árbitro. Sobre todo reñíamos por la guerra, que a él le parecía una especie de gran aventura, mientras que a mí... Ah, yo la aborrecí desde el principio. A mi hermano mayor, John Arthur, el chico más dulce del mundo, más o menos lo hostigó para que se alistara; nunca se lo perdonaré. Noel, mi otro hermano, cuando se marchó al frente era prácticamente un colegial, y cuando lo mataron la reacción de mi padre consistió en una serie de «ataques cardíacos»: recurrir a un sillón, en otras palabras, mientras mi madre y yo corríamos a su alrededor como un par de idiotas. Murió pocos meses antes del armisticio, no de un ataque al corazón, sino de una apoplejía causada por la lectura en el *Times* de algo con lo que discrepaba. Después de su muerte... –Su tono se volvió compungido–. Bueno, debe de ser evidente para usted y su marido, señora Barber, que mi madre y yo no estamos tan desahogadas como podríamos estar. Resultó que mi padre había dilapidado el dinero de la familia en especulaciones ruinosas; dejó un montón de deudas que todavía estamos pagando y... Oh. –Aplastó la colilla, incapaz de estar quieta–. ¡Oiga, no debería permitirme que hable así! Es injusto por mi parte. No era un mal hombre. Era un bravucón y un cobarde, pero todos somos cobardes a veces.

Me he acostumbrado a odiarlo, pero sé que es horrible por mi parte. La verdad es que lo más odioso que me hizo mi padre en toda su vida fue morir. Yo... yo tenía planes, ya ve, mientras él vivía. Tenía unos planes fantásticos...

Hizo una pausa, o flaqueó; después se repuso.

–Bueno, mi padre siempre decía que mis planes se irían a pique. Seguro que sonreiría si me viera ahora, todavía aquí, en Champion Hill. ¡Como el fantasma del que me ha hablado!

Frances sonrió a su vez. Pero la señora Barber no le devolvió la sonrisa. Su mirada era seria, oscura, afable.

–¿Qué clase de planes tenía, señorita Wray?

–Oh, no sé. ¡Cambiar el mundo! ¡Arreglar las cosas! Hacer... Lo he olvidado.

–¿De veras?

–Aquella época era diferente. Era una época seria. Una época apasionada. Pero inocente, me parece ahora. Una creía en... transformaciones. Mirabas hacia delante, hacia el fin de la guerra y pensabas que nada volvería a ser igual. Nada es igual, ¿no? Pero es una desilusión tan grande. Y además yo había tenido..., había habido alguien..., una especie de propuesta...

Pero entonces se fijó en los anillos en los dedos de la señora Barber: la alianza, los pequeños diamantes. Dijo:

–Perdóneme, señora Barber. No pretendo ser misteriosa. Ni tampoco sensiblera. Supongo que lo que intento decir es que esta vida, mi vida de ahora, no es... no es la vida que yo quería vivir. ¡No es la vida que quiero! No es la vida que pensé que viviría –concluyó.

A ella misma le pareció que había dicho estas palabras casi en un estado de delirio. Se sintió tan indefensa y tan ridícula como si sin darse cuenta hubiera expuesto una parte de su trasero desnudo. Pero la señora Barber asintió y luego agachó la cabeza, con su estilo delicado, como si, increíblemente, lo comprendiera todo. Y cuando por fin habló lo que dijo fue:

–Debe de ser extraño para usted y su madre tenernos a Len y a mí aquí.

–Oh, vamos –dijo Frances–. No he querido decir eso.

–No, ya sé que no. Pero tiene que ser raro, de todas formas. Quise vivir aquí desde el momento en que vi la casa. Pero para ustedes debe de ser extrañísimo vernos aquí a Len y a mí; como si hubiéramos venido a ponernos su ropa y la lleváramos puesta al revés.

Mientras hablaba extendió la mano hacia el platillo, hundió la barbilla, cohibida, y las cuentas de madera de su collar chocaron suavemente entre sí. Frances le miró la coronilla y vio aparecer en el cuero cabelludo un punto del tamaño de la yema de un dedo, blanco como manteca contra el lustroso pelo moreno que brotaba de él.

–Es usted una mujer encantadora, señora Barber –dijo.

Lilian alzó la mirada con una sonrisa de sorpresa. Pero también se estremeció.

–Oh, no diga eso.

–¿Por qué no?

–Bueno, porque seguro que algún día descubre que no es verdad y sufrirá una decepción.

Frances movió la cabeza.

–No me lo imagino. ¡Pero ahora me gusta usted más que nunca! ¿Seremos amigas?

La señora Barber se rió.

–Sí, espero que sí.

Y no hizo falta más. Se sonrieron por encima de la mesa y se produjo entre ellas una especie de cambio. Hubo una aceleración, un flujo de vitalidad; Frances sólo acertó a compararlo con algún tipo de proceso culinario. Era como la clara de un huevo que se vuelve nacarada dentro del agua caliente, como una salsa de leche que se espesa en la sartén. Era algo tan sutil y tangible como esto. ¿Lo percibió la señora Barber? Tuvo que hacerlo. Su sonrisa se congeló durante un segundo y en su mirada penetró un destello de incertidumbre. Pero la expresión ceñuda se esfumó enseguida. Bajó los ojos y se rió otra vez.

Y mientras se reía llegó del vestíbulo un sonido, el ruido del cerrojo de la puerta principal. Su marido volvía de Peckham; las dos se percataron al mismo tiempo y cambiaron de postura. Frances se retiró ligeramente de la mesa. La señora Barber cruzó un brazo y utilizó la muñeca de soporte para el codo del otro, y aspiró una bocanada de tabaco. Frances vio a sus hermanas en aquel gesto y en la nueva inclinación de la mandíbula. Cuando habló, fue un susurro; pero en este cuchicheo Frances vio también a las hermanas.

–¡Escuche con qué sigilo entra! –El marido cruzaba en silencio el vestíbulo–. Prácticamente camina de puntillas. Tiene miedo de que mi familia esté todavía aquí.

Frances también le respondió en voz baja.

—¿De verdad le disgustan?

—Ah, con él nunca se sabe. No, creo que sólo lo finge. Así le parece más divertido.

Se quedaron en silencio en la penumbra de la cocina, durante un momento de extraña intimidad mientras oían subir la escalera al señor Barber. Después, con un suspiro, Lilian se puso en pie.

—Más vale que me vaya.

Frances la siguió con la mirada.

—¿Tiene que irse?

—Gracias por el cigarrillo.

—Todavía no lo ha terminado.

—Bajaré a buscarme si me quedo. Bromearé al respecto, y ha sido tan agradable y... No, es mejor que suba.

Frances también se levantó.

—Desde luego.

Pero lo lamentaba. Estaba pensando en el pequeño cambio químico que se había producido un minuto antes. Pensaba en la sinceridad, o casi, con la que había hablado, en algo, en cualquier caso, más cerca de la franqueza de lo que ella creía haber estado con alguien desde hacía años.

Llegó hasta la puerta de la cocina, con la mano extendida para abrirla, y luego se volvió.

—Escuche, señora Barber. ¿Por qué no hacemos algo juntas algún día? No sé, dar un paseo o algo así. Sólo por el barrio, me refiero. ¿Alguna tarde de la semana que viene? ¿El martes? Espere, el martes no. ¿El miércoles, entonces? Mi madre me deja sola ese día; me encantaría su compañía. ¿Qué me dice?

La idea había surgido de la nada. ¿Estaba bien?, se preguntó en el acto. ¿Podía una mujer como ella pedirle una cosa así a una mujer como la señora Barber? ¿Pensaría ella que era una chica rara, le parecería una solitaria, un poco como una sanguijuela?

La señora Barber se mostró ligeramente desconcertada. Pero al parecer estaba simplemente halagada; a Frances no se le había ocurrido preverlo. La otra se sonrojó y dijo:

—Muy amable por su parte, señorita Wray. Sí, me gustaría mucho. Gracias.

—¿Está totalmente segura?

–Sí, por supuesto. ¿El miércoles por la tarde? –Parpadeó, sopesándolo; luego se volvió más decidida, alzó la barbilla, remitió el rubor—. Sí, me gustaría muchísimo.

De nuevo se sonrieron, aunque sin la química de antes. Frances abrió la puerta y la señora Barber la saludó con un gesto y salió. Resonó el golpeteo de sus babuchas en el vestíbulo y en los peldaños de la escalera, seguido por el sonido de la voz de su marido cuando se encontraron en el descansillo. Plantada en la puerta abierta, esta vez Frances no tuvo el menor reparo en aguzar el oído; pero sólo captó murmullos.

Y qué extraño que se hubiese emocionado, pensó más tarde. Ella y la señora Barber habían acordado su destino: Ruskin Park, justo al pie de la cuesta, el lugar más ordinario, reducido, anodino, limpio y pulcro, con arriates y pistas de tenis y un quiosco para la banda los domingos. Pero comprendió que aquello la emocionaba realmente, y a medida que pasaban los días tenía el presentimiento de que lo mismo le ocurría a la señora Barber. Un té al aire libre, decidieron, haría la excusión aún más alegre, por lo cual la mañana del miércoles dedicaron tiempo en sus cocinas separadas a reunir unos cuantos comestibles. Y cuando se estaba vistiendo para salir de la casa, Frances se sorprendió dudando respecto a su atuendo, y desechó una falda y una blusa insulsas para optar por la elegante túnica de lino gris que solía reservar para sus viajes a la ciudad, y después se entretuvo unos minutos probándose diferentes alfileres de sombrero –ámbar, granate, turquesa, nácar–, en un esfuerzo por realzar su viejo sombrero de fieltro.

¿Se habría tomado tanto trabajo la señora Barber? Era difícil decirlo, porque se esmeraba en la elección de su ropa todos los días de la semana. Al encontrarla en el rellano, Frances la vio vestida con su combinación habitual de colores cálidos y líneas cómodas, un vestido violeta, medias rosa, zapatos de ante grises, guantes de encaje y uno de esos sombreros modernos tan ajustados que no necesitaban alfiler: lo llevaba bajado casi hasta sus cejas oscuras. Pero de la muñeca le colgaba el cordel de seda, adornado con una borla, de algo indeterminado; Frances pensó que era un bolso hasta que bajaron la escalera juntas; entonces vio que era una sombrilla roja de papel. Y esto la indujo a pensar que al fin y al cabo ella también se había tomado molestias, porque si bien la tarde era soleada no lo era tanto como para llevar un parasol; era solamente una floritura para darle colorido a la ocasión. Podrían haberse dirigido hacia la costa. De repente, deseó que así fuera. Hastings, Brighton: ¿por qué no lo había pensado? Debería haber sido más ambiciosa. En cuanto dejaron la casa sólo tardaron unos minutos en llegar a

las verjas del parque. ¡Para eso podrían haberse quedado en el jardín trasero! El rumor de los tranvías y automóviles apenas disminuyó una vez dentro.

No obstante, era más agradable estar entre los árboles, en un sendero de tierra dura, que en la acera polvorienta. Y en un trecho de hierba alta había campanillas: la señora Barber se detuvo a mirarlas, se agachó, se quitó un guante y pasó una mano por los tallos de aspecto somnoliento.

Las campanillas las condujeron a una extraña ruina: un pórtico de columnas, aislado y recubierto de hiedra. Habían creado el parque con los terrenos de varias mansiones cuando Frances era una niña, y recordaba muy claramente la casa del extremo, asentada en medio de una selva de zarzas, grandiosa y abandonada como una vieja duquesa loca. Un día, en un acto de fanfarronería, había llevado a Noel al jardín de la casa y más tarde la castigaron por ello –la azotaron en las corvas con una zapatilla–, cuando él tuvo pesadillas. Ahora la casa, al igual que Noel, había desaparecido; sólo quedaban unos cuantos detalles abandonados que hacían pensar en ella y en las mansiones vecinas; lo cual a veces la entristecía. El parque parecía cohibido por ello, como si tratara de disimular. Los días de invierno, en especial, podía ser deprimente.

Pero le habló de algo de esto a la señora Barber mientras paseaban, y quizá al decirlo se rompió el hechizo; o quizá el clima había alterado el lugar; quizá fuese el hecho de estar allí con ella y la sombrilla reluciendo en su hombro; fuera cual fuese la causa, de todos modos el parque tenía aquel día un encanto que no recordaba que hubiera poseído antes. Su misma pulcritud resultaba atrayente, con todo tan cuidado, los céspedes segados, los arriates de flores chillonas como el glaseado que recubre un pastel. Eran las cuatro pasadas y los paseantes eran un conjunto de ociosos diurnos, inválidos, niños que acababan de salir de la escuela, madres con bebés que gateaban, ancianos con perros sujetos a una correa: la gente, pensó irónicamente, que tendría preferencia a la hora de embarcar en un bote salvavidas. ¡Aquello habría hecho reír a Christina y Stevie! Sin embargo, ellas parecían muy lejos. Frances y la señora Barber tomaron senderos sembrados de flores caídas. Recorrieron toda la longitud de un bancal veteado de glicinias colgantes. Cuando buscaron un sitio donde sentarse, pensaron que ojalá hubieran llevado una manta para extenderla sobre la hierba.

Pero encontraron un banco y sacaron el contenido de sus bolsas. Y en el acto quedó de manifiesto que habían tenido ideas bastante diferentes sobre lo

que debía ser una comida campestre. La señora Barber había preparado panecillos pequeños, rollitos de sándwich, tartas de mermelada en miniatura: las exquisiteces complicadas de las que hablaban en las revistas femeninas que Frances leía de vez en cuando por encima de los hombros de algunas pasajeras en el autobús. Ella había llevado huevos duros, rábanos del jardín, sal en un cucurucho de papel, medio redondel de torta de semillas y una botella de té sin azúcar, protegida con un trapo de cocina para mantenerla caliente. Pero tan pronto como la colocaron encima de un paño a cuadros, la comida pareció sorprendentemente completa. «Un banquete perfecto», convinieron, al entrechocar las tazas.

Las tartaletas de mermelada casi se deshacían en los dedos cuando las cogías, y los rollitos se desenroscaban liberando el queso de sus entrañas. Daba igual. Los rollos estaban buenos, los rábanos crujientes, los huevos se desprendían de su cáscara como si se despojaban de una envoltura engorrosa; la sombrilla, apuntalada en el suelo, transmitía al entorno su color de vino. Y la señora Barber convirtió el banco en un asiento tan cómodo como un sofá, instalada de costado y descansando una mejilla en el puño. Hubo un momento en que se rió de nuevo con su risa natural y se inclinó hacia delante, tapándose la boca con la muñeca; un hombre sentado solo en un banco cercano volvió la cabeza al oír el sonido. Frances había temido que el día pudiera ser embarazoso. A fin de cuentas, apenas se conocían. Pero fue como si retomaran el hilo de su intimidad exactamente en el lugar donde lo habían dejado en la cocina en penumbra la tarde del sábado, como si recuperasen una puntada omitida al cabo de unas pasadas de calceta.

El hombre, sin embargo, seguía mirando. Frances le dirigió una mirada glacial; sólo sirvió para que él esbozara una sonrisita. Cuando terminaron de comer, Frances recogió las cáscaras de huevo y sacudió las migas del paño.

—¿Seguimos paseando? ¿Vemos lo que nos queda por ver?

La señora Barber sonrió.

—Me encantaría.

En realidad, había poco que ver. El jardincito formal albergaba algunas bocas de dragón bonitas. En el estanque había patitos y unas crías de ánsar cómicas, con su plumaje de un amarillo sucio. En las pistas de tenis, dos chicas jóvenes estaban jugando un partido y lo hacían bien; sus faldas plisadas volaban cuando corrían detrás de una pelota. ¿La señora Barber

jugaba al tenis? ¡No! Era demasiado perezosa. Len jugaba en el club deportivo, el Pearl; había ganado algunas copas. ¿Y la señorita Wray?

—Oh —dijo Frances—, yo jugaba en el colegio. Al tenis y al lacrosse, un juego asqueroso. Nunca he sido muy buena en esos deportes de equipo. Era mejor con la bicicleta. O los patines. Durante un tiempo, tuvimos una pista de patinaje aquí mismo, en Camberwell.

—Lo sé. Iba algunas veces con mis hermanas —dijo la señora Barber.

—¿De veras? Yo iba con mis hermanos, hasta que mi padre decidió que era una vulgaridad y no nos dejó volver. Quizá coincidimos allí algún día.

—¿No es una idea curiosa?

Pareció impresionarlas a las dos. Caminaban a un paso más ligero, ahora en dirección al quiosco de música, un pintoresco pabellón octogonal con un tejado de azulejos rojo. Cruzaron la grava, subieron los escalones y el suelo de madera debió de recordarle a la señora Barber una sala de baile: lo recorrió ejecutando los lentos giros de un grácil vals sin acompañante.

Se detuvo al llegar a la balaustrada y se puso a mirar la barandilla. Frances se reunió con ella allí y descubrió consternada que la brillante pintura verde, que desde la distancia había parecido limpia, estaba de hecho llena de dibujos escabrosos —una mujer con los pechos desnudos, el trasero de un gato— y de nombres grabados: *Bill sale con Alice, Albert & May, Olive ama a Cecil*, aunque *Cecil* había sido tachado, quizá con un alfiler de sombrero, y en su lugar habían inscrito *Jim*.

Pasó los dedos por encima de las inscripciones.

—Voluble Olive —dijo.

La señora Barber sonrió. Parecía haberse vuelto ligeramente nostálgica desde su vals solitario. Durante un minuto ella y Frances contemplaron el parque, su paisaje más bien insípido: los edificios de ladrillo rojo del hospital local. Después se volvió y se recostó en la barandilla, agarrando el cordel de la sombrilla, y empezó a acariciarse los labios de un lado para otro con la borla roja. Y como parecía a gusto allí, Frances también se volvió y se recostó a su lado. Era un lugar curioso para descansar, un sitio bastante llamativo para quedarse; pero el parasol, desplegado tras ellas, producía una ilusión de intimidad.

Por supuesto, la atmósfera del parque cambiaría más tarde, con el atardecer. Llegarían los enamorados, empleados y dependientas: Bill y Alice, Olive y Jim. La señora Barber volvería con su esposo. ¿Lo haría? A Frances

no le pareció muy probable. Recordó la fría y breve conversación que había entreoído la semana anterior; recordó el encuentro que la había precedido en el jardín bajo el cielo estrellado. Miró de reojo a la señora Barber, observó la indolencia con que deslizaba la borla por la barbilla redonda y la boca y dijo:

–¿Puedo preguntarle algo, señora Barber?

Ella se volvió, intrigada.

–¿Sí?

–¿Cómo se conocieron usted y su marido?

Frances vio que su expresión se tensaba levemente.

–¿Len y yo? Nos conocimos en la guerra, en la tienda de mi padrastro. Por aquel entonces yo trabajaba allí; yo y todas mis hermanas. Len pasó por allí durante uno de sus permisos. Miró dentro y me vio por la ventana.

–¿Así, sin más?

–Así mismo.

–¿Qué ocurrió después?

–Oh, bueno, después entró, fingiendo que quería comprar algo. Empezamos a hablar y... no me pareció especialmente guapo. Es bastante flacucho, la verdad, ¿no? Pero tenía unos bonitos ojos azules. Y era divertido. Me hizo reír.

Sonreía mientras hablaba, pero su mirada enfocaba hacia dentro, y la sonrisa era extraña, cariñosa pero débilmente despreciativa. Consciente de que Frances aguardaba a saber más, encogió un hombro.

–No hay nada que contar, en realidad. Me llevó a tomar un té. Fuimos a bailar. Baila bien cuando quiere. Y luego, cuando volvió a Francia, empezamos a cartearnos. Yo había salido con otros chicos, pero Len..., no sé. La guerra no parecía afectarle del mismo modo que a todo el mundo. Nunca le hirieron; sólo rasguños. Me dijo que había tenido mucha suerte en la vida, que eso era algo raro, que el destino nos había juntado y... –Dejó caer la borla–. Yo era jovencísima. Es como lo que usted dijo el otro día: la guerra hacía que las cosas parecieran más serias de lo que eran. No creo que realmente tuviera intención de casarse conmigo. Creo que yo tampoco la de casarme con él.

–Pero se casaron.

La señora Barber desplazó un pie y empezó a dar golpecitos en un nudo en el suelo de madera.

–Sí.

—¿Pero por qué, si ninguno de los dos pensaba casarse?

—Fue una de esas cosas, simplemente.

—¿Una de esas cosas? —dijo Frances—. Qué manera más extraña de expresarlo. ¿Se puede casar alguien por accidente?

Entonces la señora Barber la miró con una expresión peculiar, una mezcla de sonrojo y de algo más, algo que podría haber sido compasión.

—No, claro que no —dijo, no obstante, con un tono normal. Retiró el pie—. Estoy bromeando. ¡Pobre Len! Deben de pitarle los oídos, ¿no cree? Usted no debería escucharme hoy. Él y yo... tuvimos unas palabras anoche.

—Oh —dijo Frances—. Lo siento.

—No tiene importancia. Siempre estamos discutiendo por algo. Creí que no lo haríamos, cuando nos fuimos de Peckham. Pero resulta que sí.

Frances juzgó terrible la simplicidad de esta declaración, combinada con el tono aséptico con que la hizo. Durante unos segundos se esforzó en buscar una respuesta apropiada. Por fin, en un intento de reducir la tensión, dijo, con una sonrisa y un aire de conclusión:

—Bueno, mi abuela de Yorkshire solía decir que los matrimonios son como pianos: se afinan y desafinan. Quizá es lo que les pasa a usted y a su marido.

La señora Barber le devolvió la sonrisa, pero se le borró enseguida. Bajó los ojos y le llamó la atención algo que había en el tramo de barandilla donde se habían sentado. Extendió la mano hacia aquel algo y murmuró:

—Así es el matrimonio, señorita Wray. Así es, exactamente.

Había encontrado en la barandilla un punto en el que la pintura había saltado y dejaba a la vista varios colores más antiguos, hasta el crudo color claro de la madera en el fondo. Recorrió con los dedos la grieta y dijo:

—No pensamos en todos estos colores cuando las cosas van bien; nos desquiciaríamos si lo hiciéramos. Sólo piensas en el color de arriba. Pero los demás existen, a pesar de todo. Todas las riñas y las asperezas. Y de vez en cuando sucede algo y surge una astilla; y entonces no puedes *no* pensar en ellas. —Alzó la mirada y se sintió cohibida; su tono volvió a normalizarse—. No, no se case nunca, señorita Wray. ¡Pregunte a cualquier casada! No vale la pena. No sabe la suerte que tiene de estar soltera, libre de ir y venir a su antojo... —Se interrumpió—. Oh, le pido perdón. No debería haber dicho eso de la suerte. Qué estupidez la mía.

—¿A qué se refería? —dijo Frances.

—Lo he dicho sin pensarlo.

–¿Sin pensar en qué?

–Bueno...

–¿Sí?

–Bueno, tuve la impresión... Quizá no lo entendí bien, pero ¿no dijo usted el sábado, cuando estábamos sentadas en la cocina, que una vez había tenido un compromiso de matrimonio y...?

¿Frances había dicho eso? No, desde luego que no. Pero ahora recordó que había dicho algo, algo despreocupado, en un descuido. Algo de una proposición..., ¿era eso? ¿Un desengaño? ¿Una pérdida?

La sombrilla seguía abierta y hacía de biombo detrás de los hombros de ambas. Era un momento para confidencias, para aclarar las cosas. Pero cómo explicarlo, pensó. ¿Cómo responder a las afables, románticas conjeturas de la señora Barber, que en un sentido erraban el tiro y en otro estaban tan horriblemente cerca de dar en el blanco? Por tanto, no respondió nada; y, por descontado, su silencio respondió por ella. No es una mentira, se dijo a sí misma. Pero sabía que en realidad sí lo era.

El momento creó una ligera distancia entre ellas. Guardaron silencio, una al lado de la otra, con las caderas y los hombros próximos y cálidos, pero pensó que el placer de la tarde se había desinflado, comenzaba a disiparse.

Y ahora, sí, como convocado para ahuyentar la última brizna de su intimidad, apareció alguien –un hombre solo– que llegó paseando y subió al quiosco de música, las saludó tocándose el ala de su sombrero de paja y luego se demoró tercamente a unos metros de distancia, fingiendo que admiraba el panorama. Frances mantuvo la cara apartada de él. La señora Barber estaba sentada con la cabeza baja. Pero el hombre a intervalos miraba hacia ellas – Frances le veía por el rabillo del ojo–, dirigía la vista hacia ellas con lo que él debía de figurarse que era un «centelleo».

Ella empezó a sentirlo como el zumbido de una mosca. Al cabo de un minuto dijo en voz baja:

–¿Buscamos otro sitio donde sentarnos?

La señora Barber le contestó sin levantar la cabeza.

–¿Por él? Oh, me tiene sin cuidado.

Sus murmullos hicieron que el hombre se acercara. Se puso a estudiarlas como si fuera un artista, un maestro de la composición.

–¡Ojalá tuviera una cámara! –dijo, agachándose junto a un trípode imaginario, apretando una bombilla–. ¿No quieren que les saquen una foto?

Pensaba que es lo que quieren todas las mujeres jóvenes. Sobre todo las guapas.

—¿Nos vamos? —preguntó Frances de nuevo a la señora Barber, esta vez con un tono ordinario.

El hombre protestó.

—¿Qué prisa tienen?

Frances se puso en pie. Él vio que ella había hablado en serio, y se le aproximó, y habló de un modo más insinuante.

—¿Han disfrutado de su merienda?

La pregunta la incitó a mirarlo.

—¿Qué?

—Yo diría que sí. Diría que también la merienda ha disfrutado. —Sus ojos saltaron hacia la señora Barber, y esbozó una sonrisita—. Nunca me había parecido posible que alguien envidiara un huevo duro hasta que he visto a su amiga comerse el suyo.

Era el hombre que las había observado un rato antes. Debía de haberlas visto terminar el refrigerio y las habría seguido desde entonces, del banco a los arriates, de las flores al estanque, del estanque a las pistas de tenis y de las pistas hasta allí. Claro que la sombrilla roja ayudaba bastante a no perderlas de vista. ¿Acaso no era por eso por lo que la señora Barber la había llevado? ¿Y no era por eso por lo que había querido sentarse allí, en aquel lugar extrañamente público?

No, por supuesto, no había sido por eso. Hacía todo lo posible por ignorar al hombre, tenía la cabeza gacha, la cara llameante. El hombre también bajó la cabeza, intentando mirarla a los ojos.

—¿No quiere jugar?

—Oiga, váyase, ¿quiere? —dijo Frances.

Él le lanzó una mirada que se había vuelto turbia y se dirigió de nuevo a la señora Barber, curvando las comisuras de la boca.

—Parece que no le caigo muy bien a su amiguita, no sé por qué. ¿Y a usted?

—No, tampoco a ella. Lárguese —dijo Frances.

Él se mantuvo en su sitio durante un momento. Pero la que le interesaba era la señora Barber, que no levantaba los ojos hacia él; por fin el hombre se vio obligado a desistir de su acoso a las dos. Se encogió de hombros, simulando que le estremecía un escalofrío, y resopló «¡Brrr!», todavía dirigiéndose a la señora Barber, pero girando la cabeza hacia Frances.

–Es sufragista, ¿eh?

No le contestaron. Él se retiró, sacó un cigarrillo, después un encendedor, prendió fuego, todo ello de un modo pausado, como si fuera el único motivo por el que había subido al quiosco. Pero de su actitud se había desvanecido el centelleo y al cabo de un momento retornó al sitio de la barandilla donde había estado. Acto seguido abandonó el quiosco.

La señora Barber relajó su postura. Parecía avergonzada, admirativa, horrorizada. Pero se reía.

–¡Ay, señorita Wray! ¡Es usted una fiera!

–Bueno –dijo Frances, todavía furiosa–, ¿por qué nos iba a estropear el día un idiota que se cree un castigador?

–Yo no suelo hacerles caso. Al final siempre se van.

–¿Pero por qué tenemos que perder el tiempo no haciéndoles caso? ¿Sabía usted que nos estaba siguiendo? Mire, por allí va. –Estaba observando al hombre que se alejaba despacio por el parque–. A intentar poner a prueba sus encantos con otra pobre mujer, seguro. Espero que ella le pegue. «Sufragista.» ¡Como si la palabra fuera un insulto! Francamente, si yo fuera más joven le habría soltado una bofetada.

La señora Barber seguía riéndose.

–Creo que usted le habría dado una paliza.

–Pues sí, además. Una vez me detuvieron, ¿sabe?, por tirarle mis zapatos a un parlamentario.

La señora Barber interrumpió su risa. Dijo:

–No. No la creo.

–Es cierto. Y pasé la noche en un calabozo de la comisaría con otras tres mujeres. Armamos un alboroto en un mitin político. Ahora me maravilla nuestra audacia. Todo el público se nos puso en contra. No debería haber arrojado nada. Se suponía que éramos pacifistas.

–¿Pero qué le ocurrió a usted?

–Oh, retiraron los cargos. El parlamentario se enteró de que todas éramos hijas de caballeros; no quiso que el asunto saliera en la prensa. Pero al volver a mi casa al día siguiente tuve que explicárselo todo a mis padres; pensaban que me habían raptado los negreros blancos. Aun así –se puso en pie, con el ánimo crecido por el recuerdo–, ¡sólo por ver la cara de mi padre valió la pena presentarme en casa con los zapatos de la agente de policía! Los vecinos también se divirtieron. ¿Nos vamos?

Le ofreció el brazo, con un gesto que pretendía ser un juego, pero la señora Barber lo agarró y se dejó izar, riéndose otra vez cuando recuperó el equilibrio; después de lo cual les pareció natural continuar enlazadas. Bajaron las escaleras hacia la luz del sol, sin saber hacia adónde ir a continuación. El breve encuentro con aquel hombre había deslucido la jornada.

Pero eran conscientes del paso del tiempo. De un modo u otro, había transcurrido una hora y media. Pensaron en volver a las pistas de tenis para echar una última ojeada al partido, pero al final, a regañadientes, decidieron que debían encaminarse hacia casa. Escalaron la pendiente del parque, hicieron otro alto para admirar las campanillas; luego llegaron a la acera polvorienta.

Caminaron del brazo durante todo el trayecto. Sólo se separaron al cruzar corriendo la bulliciosa calzada. Pero en la acera de enfrente, cuando emprendieron la ascensión de la cuesta, la señora Barber se detuvo, para pasar la sombrilla de un hombro al otro y ponerse en el lado izquierdo de Frances en lugar del derecho. A Frances le desconcertó este acto; luego comprendió lo que hacía. La «usaba de parapeto», poniendo a Frances entre ella y el tráfico como podría haber hecho de un modo instintivo si hubiera estado en compañía de un hombre.

Dos minutos después ya estaban en casa. Frances descorrió el cerrojo de la verja del jardín y entró primero. Subieron la escalera juntas, la señora Barber bostezando.

—Todo ese sol me ha amodorrado. ¿Qué tiene que hacer ahora, señorita Wray?

—Tengo que ponerme a pensar en la cena de mi madre.

—Y yo empezar a pensar en la de Len. ¡Ah, si las cenas se preparasen solas! Si los suelos y las alfombras y la loza se ocuparan de sí mismos. ¿No le parece que Einstein podría inventar una máquina que ayudase con el quehacer doméstico? En vez de decir cosas sobre el tiempo y todo eso que en cualquier caso nadie entiende. Apuesto a que sé lo que la *señora* Einstein opina al respecto.

Mientras hablaba colgó la sombrilla en un gancho del perchero y luego se quitó los guantes de encaje, dedo a dedo.

Pero, una vez hecho esto, se quedó allí inmóvil, con los guantes en la mano; ella y Frances se miraron.

—Lo he pasado muy bien —dijo Frances.

–Y yo también, señorita Wray.

–Podríamos repetirlo otro día.

–Sí, me gustaría.

–En cuyo caso..., bueno, no sé si usted tendría algún inconveniente en llamarme Frances.

Ella pareció complacida.

–Eso también me gustaría.

–¿Y cómo la llamo yo, entonces? Me quedo con señora Barber, si lo prefiere.

–¡Oh, espero que no! Odio ese nombre; siempre lo he odiado. Es como una carta de las Siete Familias, ¿no? Supongo que podría llamarme Lil, que es como me llaman mis hermanas... No, no me llame así. Len dice que suena a nombre de camarera. *Él* me llama Lily.

–Lily, Lil. ¿No puedo llamarla simplemente Lilian?

–¿Lilian? –parpadeó, sorprendida–. Casi nadie me llama así.

–Bueno, me gustaría llamarla por un nombre por el que casi nadie la llama.

–¿Sí? ¿Por qué?

–No lo sé muy bien –dijo Frances–. Pero es un nombre bonito. Le sienta bien.

El comentario era realmente una galantería. En aquellas circunstancias, ¿cómo habría podido no serlo? Pero se mantuvieron a un metro de distancia, en la penumbra relativa del rellano, y en el silencio que siguió a sus palabras se produjo otro de aquellos cambios, aquellas pequeñas aceleraciones químicas... Una vez más, la señora Barber pareció insegura durante un segundo. Después, sonriendo, bajó la cabeza. Frances pensó que era como si lo único que pudiera hacer con un cumplido fuera recibirlo, absorberlo; incluso cuando procedía de una mujer.

–Qué extraña es usted, señorita Wray –dijo en voz baja–. Sí, llámeme Lilian.

Y, un momento después, se separaron.

Durante la cena de aquella noche, cuando la madre de Frances le preguntó si se lo había pasado bien por la tarde, respondió que sí, había sido agradable. Ella y la señora Barber se habían recreado admirando las flores. Habían agradecido estirar las piernas... Se proponía no decir más del asunto.

Sin embargo, cinco minutos más tarde, se sorprendió añadiendo:

–¿Sabes? He empezado a sentir lástima por ella. Hoy me ha hablado un poco de su matrimonio y no creo que sea muy feliz.

Su madre levantó la vista del plato.

–¿No te lo habrá dicho ella misma?

–No directamente.

–Espero que no, conociéndote tan poco.

–Pero es la impresión que me ha dado.

–Bueno, ella y su marido no pueden ser tan desgraciados. Cada vez que les oigo se diría que no paran de reírse. Seguramente se habrán peleado. Me figuro que pronto harán las paces.

–Sí, quizá –dijo Frances–. Pero no sé. Me ha parecido algo más grave que una pelea.

La madre adoptó un tono sereno.

–Oh, esas cosas, vistas desde fuera, muchas veces parecen peores. Hasta tu padre y yo teníamos disputas de vez en cuando... Pero en realidad no deberíamos hablar de esto, Frances. Si la señora Barber intenta hablarte del tema otra vez, haz lo posible por disuadirla, ¿de acuerdo? –Reanudó la cena, cogiendo un poco de espinacas con su tenedor... y luego hizo una pausa, dejándolo en el aire–. Espero que *tú* no te hayas sincerado con ella.

Frances estaba cortando un pedazo de cordero.

–Pues claro que no.

–Con familiares como los suyos...

–Creo que simplemente está un poco sola. Y es una buena mujer. Me gusta. En definitiva, tenemos que vivir con ella –dijo débilmente, mientras seguía cortando la carne–. No hay razón para que no seamos amigas, ¿no?

Su madre vaciló, pero no dijo nada. El pedazo de cordero cedió por fin. Frances lo masticó tenazmente, luego lo tragó y acto seguido cambió de conversación, y acabaron la cena sin volver a mencionar a los Barber.

Y quizá, en cualquier caso, su madre estaba en lo cierto. Más tarde, cuando Frances estaba en la cocina, sacando brillo a los tenedores y cuchillos, empezó a sonar el gramófono de los huéspedes: lo oía a través de la casa, una canción moderna, vivaracha yailable. Tuvieran las desavenencias que tuviesen, debían de haberlas zanjado. La música continuó durante media hora, una melodía daba paso a otra, el último disco giró agónico con una especie de gemido tierno, porque nadie corría a retirar el brazo; acto seguido

hubo un silencio, en cierto modo más molesto que el jazz. Frances se acostó sin volver a ver a la señora Barber, y cuando se vieron al día siguiente las dos mostraron una ligera timidez. Las dos se obstinaron en llamarse por su nombre de pila, pero fue un momento embarazoso, forzado. Su amistad parecía haber naufragado cuando apenas había zarpado. La señora Barber salió de casa por la tarde con una bolsa de compras colgada del brazo, y Frances, sucumbiendo a un desasosiego repentino, deambulaba de una habitación a otra. No tenía pensado ir a la ciudad, pero en un arranque se cambió de ropa, tomó un autobús a Oxford Circus y se presentó en casa de Christina. Ésta le preguntó cómo se llevaban con Len y Lil ella y su madre y Frances respondió con bromas de que la casa estaba llena de gente, había colas para la bañera.

Pero a la mañana siguiente, mientras el señor Barber estaba trabajando y la madre podaba los arbustos de espliego en el jardín trasero, Frances subió a su dormitorio para recoger una bolsa de colada; al salir de la habitación con la bolsa en brazos echó un vistazo desde el hueco de la escalera y allí estaba la señora Barber, sentada a la mesa de su cocina, pelando guisantes dentro de un cuenco y leyendo al mismo tiempo un libro de la biblioteca. Llevaba su bata de color ciruela y tenía el pelo recogido en su pañuelo de seda roja, y las puntas del pañuelo extendidas le cosquilleaban la nuca; desgranaba los guisantes de las vainas sin siquiera mirarlos. Y como Frances no podía ver a nadie enfrascado en un libro sin que le picara la curiosidad del título, gritó desde donde estaba:

—¿Qué está leyendo, Lilian?

Por fin el nombre sonó familiar. Lilian se volvió, pestañeó, sonrió. Abrió la boca para contestar y levantó el libro para enseñar el lomo. Frances, por supuesto, estaba demasiado lejos para leerlo. Rodeó el rellano y miró desde el umbral de la cocina; y entonces vio los caracteres de la biblioteca. El libro era *Anna Karénina*.

Avanzó con una exclamación de placer; Lilian la miró acercarse.

—¿Lo conoce?

—Es uno de mis libros favoritos. ¿Por dónde va?

—Oh, es espantoso. Acaba de celebrarse una carrera y...

—El pobre caballo.

—¡El pobre caballo!

—¿Cómo se llama? Algo inusual. ¿Mimi?

–Frou-Frou.

–¡Frou-Frou! Eso es. ¿Cree que eso suena elegante en ruso?

–Oh, me ha costado leer la escena hasta el final. Y el pobre Vronski... ¿Se dice así?

–Creo que sí. Sí, pobre Vronski. ¡Pobres todos! Pobre hasta el bueno y soso de Karenin. Ah, lo leí hace años. Al verlo me entran ganas de volver a leerlo. ¿Puedo verlo?

Tomó el libro de la mano de Lilian, cuidando de no perderle el punto, y empezó a hojearlo.

–La princesa Betsy. Me he olvidado de quién era. Dolly, Kitty... ¿Dónde está el pasaje en que Anna aparece en la estación? ¿No es justo al principio?

–No, antes hay muchos capítulos.

–¿Está segura?

–Sí. Déjeme que le enseñe.

Los dedos de ambas se encontraron entre las páginas cuando Lilian recuperó la novela. Buscó durante un minuto y luego se la devolvió, y allí estaba la escena que Frances recordaba, casi cien páginas después, al fin y al cabo, cuando Vronski se hace a un lado de la puerta del tren para que Anna se apeee en el andén de Moscú.

Frances acercó una silla y se sentó. Leyó el pasaje entero mientras Lilian desvainaba los guisantes; pronto sus dedos volvieron a tocarse al introducirlos dentro del cuenco, se pusieron a pelar juntas, hablando de novelas, poemas, obras de teatro, los autores que admiraban y los que no... El día era caluroso y la ventana estaba abierta; desde el jardín, mientras charlaban, llegaban los tijeretazos de la podadera. Y sólo cuando cesaron y oyeron a la madre de Frances en el patio, de vuelta hacia la casa, Frances se levantó, recogió la colada y se dirigió al piso de abajo.

A partir de entonces se veían más o menos a diario, en parte para cotejar sus ideas sobre *Anna Karénina* –que Frances había empezado a releer–, pero sobre todo por el placer de su mutua compañía. Siempre que podían compartían las tareas de casa o hacían que coincidieran. Una mañana de lunes lavaron juntas unas mantas en un barreño de cinc sobre el césped, Frances las pasaba por el rodillo y Lilian giraba la rueda; después, acaloradas, húmedas, con las faldas remangadas hasta las rodillas, se sentaron en el escalón a tomar el té y a fumar como las sirvientas. Dos o tres veces volvieron al parque,

siempre recorriendo el mismo circuito restringido, y siempre terminaban en el quiosco de música, buscando en la pintura los nombres de nuevos enamorados. Y una tarde luminosa, mientras la madre de Frances estaba visitando a una vecina, sacaron almohadones al jardín y se tumbaron a la sombra del tilo comiendo delicias turcas. Frances las había visto en un puesto del mercado y las había comprado para regalárselas a Lilian. «A juego con sus babuchas», dijo al dárselas. Eran de la falsa variedad inglesa, empalagosos dados rosas y blancos; la propia Frances las rechazó al primer bocado. Pero Lilian, encantada, abría un envoltorio tras otro, se metía en la boca una delicia entera y cerraba los ojos extasiada.

Sólo de vez en cuando Frances se paraba a preguntarse qué tenían en común las dos. Algunas veces, cuando no estaban juntas, se esforzaba en recordar en qué residía la esencia de su amistad. Pero luego se encontraban, intercambiaban una sonrisa... y ya no se preguntaba nada. Lilian quizá no fuese divertida o inteligente a la manera en que Christina, pongamos, podía serlo. Pero no, *era* divertida y *era* inteligente; sabía coser, por ejemplo, como una costurera de Bond Street, no le costaba nada elegir una prenda completa y remodelarla, no le suponía ningún trabajo empuñar a las tres de la tarde una aguja e hilvanar mil aljófares en una blusa a tiempo para ir a un salón de baile aquella noche. Frances se sentaba a mirarla y se maravillaba de su destreza; admiraba de nuevo su calma, su quietud, la capacidad que tenía de llenar su propia piel tersa. La compañía de Lilian era como una cura. La hacía sentirse como un pedazo de cera acunado en una palma suave y cálida.

Sin duda, el mayor misterio era su matrimonio. Cada cierto tiempo, cuando su marido pasaba por la cocina para una de sus charlas, Frances lo estudiaba tratando de descubrir en él alguna cualidad que concordase con alguna otra de Lilian; la mayoría de las veces no lo conseguía. Volvió a hacer preguntas sobre su noviazgo, y Lilian contestó lo mismo que había contestado: tenía unos bonitos ojos azules, era divertido... Más allá de esto se volvía evasiva, y en consecuencia Frances aprendió a no hablar más del asunto. Ella también, por su parte, se escabullía. A decir verdad, qué poco se conocían la una a la otra. Eran prácticamente unas desconocidas. Hasta seis semanas antes, no había tenido el más mínimo indicio de la existencia de Lilian. Ahora se sorprendía pensando en ella en los momentos más extraños, y al hacerlo siempre se asombraba un poco, podía rebobinar el pensamiento etapa por etapa, un eslabón tras otro, rastrear una idea que había sido inspirada por otra

que a su vez había sido sugerida por... Pero todas desembocaban en Lilian, al margen de dónde empezasen.

Sin embargo, reflexionó, todas las amistades entre mujeres eran así: arre, y emprendían el medio galope. Si alguna que otra vez incurría en una galantería..., bueno, había algo en Lilian que la propiciaba, nada más. Y si había más momentos de aquel tipo, aquellos arrebatos, casi de idilio, estaba segura de que no significaban nada. A Lilian, por lo menos, no parecían perturbarla. Podía quedarse dubitativa un segundo, pero ahuyentaba la duda riéndose. Podía mirar a Frances de vez en cuando con los ojos amugados y la cabeza ladeada, como si presintiera un enigma en ella y quisiera averiguarlo. O desviaba la conversación hacia el amor y el matrimonio, como dando a entender... Y sí, era verdad que Frances sentía un escrúpulo, una punzada de inquietud cuando pensaba en los cimientos superficiales que sostenían su intimidad. Y determinaba ser más cautelosa en el futuro; pero la cautela, una y otra vez, se deshilachaba.

Por entonces ya era junio, pleno verano, y cada día era más hermoso que el anterior. El señor Barber estaba de mejor humor que nunca, los sábados por la mañana iba al trabajo con la raqueta de tenis debajo del brazo y pasaba la tarde en su club deportivo, y al volver a casa se jactaba ante Frances de los puntos que había ganado, las sopas con honda que le había dado al contrincante. Y en los atardeceres largos y claros se aficionó a vagar por la casa en busca de pequeñas chapuzas, de cosas que arreglar y mejorar. Aceitaba bisagras, pegaba con cemento las baldosas sueltas en el suelo del vestíbulo, reemplazaba la arandela del grifo de la recocina para que no goteara. Frances no sabía si agradecía su ayuda o si la ofendía. Llevaba siglos pensando en ocuparse de aquellas baldosas. Ahora, cada vez que cruzaba el vestíbulo, tenía que oír cómo él hacía un alto, probaba el suelo con el pie y lanzaba un murmullo de satisfacción, admirado de su pericia.

Pero quizá su energía fuese contagiosa. Una mañana, a mediados de mes, ella estaba buscando un matamoscas y cuando abrió un armario del corredor cayó un montón de cosas. Eran cosas de sus hermanos, estaban por todas partes en la casa; Frances se había acostumbrado a excavar entre capas de gorras escolares y pelotas de críquet y novelas de G. A. Henty y colecciones de fósiles cada vez que buscaba algo en un cajón o en un arca. Pero ¿iba a excavar para siempre? Sus hermanos no volverían nunca. Recogió todo lo

que encontró y luego llamó a su madre. Pasaron una hora cribando y seleccionando, y la madre se resistía a cada paso. Los libros los darían a la beneficencia, ¿no? Ah, pero a Noel le habían dado aquél como premio; su nombre estaba escrito dentro; no era muy agradable pensar que otro niño lo leería. Bueno, vale. Pero ¿estas botas? ¿No podían tirarlas? Sí, las tirarían. ¿Y los guantes de boxeo, el telescopio, el microscopio y los portaobjetos?

—¿Tenemos que hacerlo ahora, Frances?

—Pues tendremos que hacerlo en algún momento.

—¿No podríamos guardarlos en un baúl, en un sótano?

—El sótano está lleno de cosas de padre. Mira, ¿qué me dices de este álbum de sellos? Quizá lo lleve a que lo tasen. De algunas cosas podríamos sacar algún dinero...

—Frances, por favor.

En resumidas cuentas, había sido una mala idea. Les dio la impresión de que acabaron con más cosas de las que habían empezado. Confeccionaron un paquetito para dárselo a la mujer del vicario, y la madre de Frances, con las mejillas hundidas, arrambló con algunos objetos para ella: insignias de la escuela, una bufanda de la universidad. Frances había encontrado una maqueta de barco que Noel había construido de niño; le había puesto su nombre, el de ella. Las lágrimas le asomaron a los ojos.

Después se quedaron bastante tranquilas. Almorzaron y luego se instalaron delante de las puertaventanas abiertas. La madre se puso en el regazo una bandeja del revés y sobre ella papel, plumas y tinta: había prometido escribir unas cartas, dijo, para una de sus obras de caridad. Frances zurcía medias al ritmo del rasgueo y los golpecitos del plumín, pero al cabo de unos quince minutos se percató de que estos sonidos habían cesado; su madre estaba dormitando. Tuvo el tiempo justo de posar rápidamente su zurcido y de precipitarse fuera de su butaca para agarrar la pluma antes de que rodase de los dedos de la madre. Enroscó el tapón del tintero y lo puso a buen recaudo. Y mientras contemplaba la cara flácida, pálida e indefensa de su madre nuevas lágrimas afluyeron a sus ojos.

Ah, pero no tenía sentido entristecerse. Se enjugó las lágrimas. ¿Qué haría aquella tarde? Zurcir estaba muy bien, pero realmente tenía que aprovechar la cabezada de su madre para algún quehacer sucio. El pórtico necesitaba un barrido; barrer sería un buen trabajo. A su madre siempre le ponía nerviosa

saber que ella estaba con una escoba allí fuera, por donde cualquier vecino podía pasar y verla.

Pero ahora se oían rumores arriba: Lilian estaba en su dormitorio. ¿Se estaría vistiendo para salir? No, los crujidos no indicaban eso. No se movía, los tablones resollaban con el desplazamiento de su peso. ¿Qué estaba haciendo?

No haría nada malo si subía a averiguarlo, ¿no?

La puerta del dormitorio estaba abierta de par en par. Lilian la llamó desde más al fondo en el momento en que sus pasos abandonaron la escalera.

—¿Es usted, Frances?

—Sí.

—¿Qué hace? Vamos, entre.

Frances entró cautelosamente. Seguía siendo una conmoción ver la habitación de sus hermanos tal como se encontraba ahora, abarrotada de chucherías de Lilian, llena de encajes colgantes y guirnaldas de colores. El tablero de la cómoda estaba tan atestado de frascos de perfume y borlas de polvos y cremas de limpieza que parecía algo así como los bastidores del Alhambra; sobre el espejo abatible había colgado para que se secase, recién lavado, un par de medias de seda rosas. Lilian estaba de pie al lado de la cama, mirando un montón de periódicos de moda que había extendido encima de la colcha. Estaba haciendo bocetos, dijo, ensayando ideas. Su hermana Netta daba una fiesta dentro de dos semanas y pensaba hacerse un vestido nuevo para la ocasión.

Frances examinó los bocetos. Vio con sorpresa que eran buenos; como mínimo le parecieron tan buenos como los diseños Bloomsbury de Stevie. Dijo:

—Caramba, tiene talento, Lilian. Es usted toda una artista. Lo dijo su madre, ahora que me acuerdo. Tenía mucha razón.

Lilian respondió modestamente.

—Oh, mi familia dice que eres un artista si pones el reloj en el lado izquierdo de la repisa de la chimenea en vez de en el medio. —Pero, un segundo después, añadió con un tono más tímido—: Aunque hubo una época en que sí quise ser una artista. Iba a las galerías de pintura y lugares así. Pensé en inscribirme en las clases de una academia de arte.

—Debería haberlo hecho. ¿Por qué no lo hizo?

—Oh... —se rió—. Bueno, en vez de eso me casé.

Cogió los dibujos y los sostuvo en el aire, a la distancia de un brazo, para examinarlos críticamente. Frances, que la observaba, dijo:

–Debería ir a una academia de arte ahora.

A la señora Barber se le iluminó la cara.

–Podría, ¿verdad que sí? –Pero lo dijo sin mucha convicción–. No creo que sea lo bastante buena. ¡Y sé lo que diría Len! Diría que es una pérdida de tiempo y una pérdida de dinero para él. Estos días está obsesionado con el dinero. No asistirá a la fiesta de Netta; irá a una estúpida reunión de agentes de seguros. Van a ir él y Charlie. Una cana al aire de los chicos.

Tenía un día en contra de Len, a todas luces. Pero pareció deseosa de cambiar de tema. Examinó los dibujos un momento más y luego los juntó con los periódicos que había encima de la cama para formar un fajo. Los llevó hasta la cómoda e hizo lo posible para encontrarles un sitio entre los frascos de perfume.

Después se quedó quieta, levantó la cabeza y miró a Frances a través de la porción de espejo que no estaba tapada por las medias colgadas.

–¿Por qué no me acompaña *usted* a casa de Netta, Frances?

Ella la miró desconcertada.

–¿A la fiesta?

–Sí, ¿por qué no?

–No estoy invitada.

–Netta me ha dicho que puedo llevar a quien quiera. Y a mi familia le agrada verla. Siempre me preguntan por usted. ¡Oh, diga que sí! –Se había vuelto hacia ella, emocionada–. Simplemente, será un poco..., en fin, es en casa de Netta en Clapham. Pero será divertido. Lo pasaremos bien.

–Bueno... –Frances se lo estaba pensando. ¿Lo pasarían bien, con las hermanas de Walworth?–. No sé. ¿Cuándo es, exactamente?

–El primero de julio. Un sábado por la noche.

–No tengo nada que ponerme.

–Algo tendrá.

–Nada que no la avergüence.

–No la creo. Déjeme echar un vistazo. ¡Venga, enséñeme su ropero ahora mismo!

–Oh, no –dijo Frances. Mentalmente había recorrido a toda velocidad su vestuario–. La mitad de la ropa se cae a pedazos. Me abochorna que la vea.

–¿Cómo puede decir eso?

–Se reiría.

–Oh, Frances, vamos. Una vez le tiró los zapatos a un policía.

–A un policía no. A un parlamentario.

–Le tiró los zapatos a un parlamentario. Y no puede enseñarme lo que hay en su ropero.

Atravesó la habitación mientras hablaba, con la mano extendida, y como Frances todavía dudaba alargó el brazo y la tomó de la muñeca. Se la asió con una fuerza sorprendente: Frances tiró de ella durante un momento pero luego, protestando, quejándose, se dejó llevar fuera de la habitación y rodearon el hueco de la escalera. Entraron en su dormitorio riéndose y tuvieron que pararse, sofocadas, para calmarse.

En cuanto Lilian se hubo repuesto empezó a mirar alrededor. Nunca había estado en la habitación; Frances vio cómo miraba, de un modo educado pero perceptivo, las pocas cosas que había a la vista, los candelabros en la repisa de la chimenea, el paisaje de Friedrich en la pared...

–Es una bonita habitación, Frances –dijo, con una sonrisa–. Muy propia de usted. No está llena de basura, como la mía. ¿Y éstos son sus hermanos? –Había descubierto las dos fotografías enmarcadas sobre la consola–. ¿Puedo verlas? ¿No le importa? –Las cogió y se le entristeció la sonrisa–. Qué guapos eran. Se parece muchísimo a ellos.

Frances se situó al lado de su hombro para ver con ella las fotos, la que un fotógrafo había sacado de Noel en su estudio como un escolar apuesto, y la instantánea familiar de John Arthur haciendo payasadas, ladeando su sombrero ante la cámara en el jardín trasero. Era unos años más joven que Frances ahora, pero ella lo seguía viendo como su hermano mayor. Y qué aspecto más pintoresco tenía con aquel chaleco cruzado por una leontina trasnochada. Nunca se había fijado.

De repente se hartó de sus hermanos por aquel día. Y vio que los ojos de Lilian vagaban de nuevo, esta vez casi furtivamente, como si estuviera pensando que quizá hubiese otra fotografía de un joven en alguna parte, ¿tal vez allí, en el armario de la mesilla...?

–Dígame, lo de esa fiesta... –Frances cruzó hasta el ropero–. ¿Ha dicho en serio lo de revisar mi ropa?

Lilian repuso las fotos en su sitio.

–¡Sí!

–Bueno... –La puerta del ropero se abrió con un crujido, como la de un

panteón en un cementerio—. No diga que no la he avisado.

Al cabo de un rato examinando las prendas en sus perchas de alambre, Frances empezó a descolgarlas y a sacarlas. Comenzó por las blusas y las faldas para andar por casa, y después pasó a las que ella consideraba mejores: la túnica gris, una chaqueta beige, un vestido azul marino al que le tenía aprecio, otro vestido, no tan acertado, de seda color té. Lilian recibía cada pieza y la examinaba detenidamente, durante un momento con cortesía y tacto, encontrando detalles que alabar y admirar. Sin embargo, a medida que se concentraba en la tarea, su tono se volvió más crítico. Sí, esto era bastante mono, pero tenía el color del barro. Esta falda habría que acortarla; ya nadie las llevaba tan largas. Y esto... ¿podría haber pertenecido a la reina Victoria! ¿En qué había estado pensando Frances?

Apiló las prendas encima de la cama.

—¿Nunca ha querido tener cosas bonitas?

—Sí, por supuesto —dijo Frances—. Cuando era joven.

—Siempre habla como si tuviera noventa años.

—Perdí la ilusión por todo eso. Y además no tenía dinero. Debería ver mi ropa interior. Comparado con ella, todo esto parece ropa de París. Algunas cosas las sujeto con alfileres.

—Bueno, ¿qué se pondría para la fiesta de Netta?

—Oh, no lo sé. Me ha cogido tan por sorpresa. —Liberó un vestido de entre el montón de la cama—. Éste, supongo.

Era un vestido negro de moaré que había llevado a cenas y fiestas en los seis o siete últimos años. Lo sacudió y lo expuso a la luz de la ventana para que Lilian pudiera examinarlo. Pero estaba peor de lo que recordaba. El corpiño tenía cuentas, pero la mayoría se habían perdido, dejando tras ellas hebras parecidas a burdos pelos negros. En una de las mangas se veía la línea de puntadas que ella había dado para remendar un desgarrón. Lo peor de todo era que las axilas habían palidecido: en su día las había coloreado con tinta, pero la tinta se había descolorido, mostraba vetas azuladas... Bajó el vestido, avergonzada.

—Quizá, si no, el de color barro.

—Seguro que encontramos otra cosa.

—No tengo nada, de verdad. Compruébelo usted misma.

Codo con codo, miraron el interior desolado, desvalijado, del ropero. Lo único que colgaba de la barra ahora eran cosas de los tiempos escolares de

Frances. Vestidos de sarga, faldas largas, cuellos tiesos, corbatas: era asombroso pensar que sólo un decenio atrás había llevado prendas tan engorrosas como aquéllas. Desfalleció sólo de pensar en las interminables capas de ropa interior de franela.

Pero algo había llamado la atención de Lilian. Metió la mano en el armario y lo sacó.

—¿Qué es esto?

—Ah —dijo Frances, cuando emergió la prenda—. Lo tenía sólo como un capricho. Alguien me animó a que lo comprara. No, no servirá.

El vestido era de un verde sarga con un cuello amplio y una falda de volantes, con encaje en el busto y finas correas de cuero en los puños. Era Christina la que la había convencido de que se lo comprara, en aquella otra vida de ambas. Le había costado tres guineas, ¡tres guineas! El precio parecía astronómico ahora y sólo se lo había puesto una vez, para un baile de la Cruz Roja. El padre de Christina había conseguido las entradas y Frances y Chrissy, a su manera seria y pacifista, habían debatido sobre si sería ético asistir. Pero al final las había arrastrado lo divertido que había sido el baile; lo recordaba ahora como un punto brillante entre sombras. Al ver el vestido colgando de los dedos de Lilian lo recordó todo: la eléctrica intensidad de la velada, los trayectos en taxi a través de las calles oscurecidas a causa de los bombardeos, con la tontaina de la tía Polly de Christina como carabina, y a la propia Christina, el dulce olor de su pelo, el contacto de sus manos enguantadas en la prieta piel de cabritilla...

Lilian escrutaba su rostro.

—Esto es lo que tiene que ponerse, Frances.

—¿Esto? Ah, no.

—Sí. Todo lo demás lo ha mirado ceñuda. Pero esto..., ¿ve? Está sonriendo. Póngaselo.

—No, no. Me sentiría una idiota. ¡Y mire en qué estado está! Apesta a moho.

—Eso no importa. Sólo necesita un lavado y un planchado. Póngaselo y déjeme ver. Hágalo por mí, ¿quiere? Miraré a otro lado hasta que esté lista.

Puso el vestido en manos de Frances con determinación y luego dio media vuelta y se dispuso a esperar. Al no ver una manera de librarse, Frances empezó a desvestirse. Al principio lo hizo despacio. Pero la combinación que llevaba puesta se estaba literalmente descosiendo y, al darse cuenta y temer

que Lilian se diese la vuelta demasiado pronto, se movió más deprisa, se zafó de un puntapié de las zapatillas, se despojó de la falda y la blusa, después sacudió el vestido mohoso para abrirlo y se lo enfundó por encima de la cabeza. De inmediato sintió que estaba atrapada en un nudo y forcejeó con él varios segundos, intentando introducir los brazos a lo largo de las mangas estrechas. Por fin, al mirarse al espejo se vio toda colorada, con el pelo despeinado y las clavículas claramente visibles por debajo de la tela ceñida y arrugada, y vio el vestido mismo, con sus encajes, como si fuera algo digno del bosque de Sherwood, como si tuviera que estar sentada, tocando un laúd, en una de las butacas de su padre.

Pero dulcificó la expresión cuando Lilian se volvió y la vio.

–Oh, Frances, está preciosa. El color le sienta muy bien. Qué suerte tiene. Si yo me pongo algo verde cerca de la cara parezco un cadáver. Pero sí, le favorece. Lo único que necesita es un pequeño arreglo. –Se acercó a Frances y empezó a dar tirones a la tela con dedos enérgicos, profesionales–. De entrada, hay que bajar la cintura. Entonces será un vestido distinto. Mostrará lo encantadora y esbelta que es. ¡Oh, daría cualquier cosa por ser tan esbelta como usted! Pero la línea será más suave. ¿Ve lo que quiero decir? Debería llevar ballenas más flojas, ¿sabe? Sólo tienen que ser rígidas o elásticas con un pecho como el mío. Y debe ponerse medias de seda, Frances, no esas horribles de algodón. ¿No quiere sacar partido a sus bonitos tobillos?

Hablaba sin ningún rubor, con una total inconsciencia, como si fuera perfectamente natural que hubiera tenido que examinar y formarse una opinión de los tobillos de Frances, las caderas de Frances, el estilo de la lencería de Frances. Pero claro, por supuesto, las mujeres como Lilian estudiaban continuamente a otras mujeres. Se fijaban, juzgaban, admiraban y condenaban, codiciaban pechos, cutis, bocas... Ahora estaba alineando el dobladillo.

–Habría que subirlo. ¿Ve que queda mejor así?

–Pero yo no quiero acortarlo.

–¿Unos pocos centímetros, para la fiesta? Yo habría pensado que usted quería que las mujeres llevaran faldas más cortas. No querrá que caminemos renqueando.

–Pero...

–¡No se mueva mientras voy a buscar mis alfileres!

No hubo modo de oponer resistencia. Lilian corrió en busca de su cesto de

costura y volvió para medir y marcar, moviendo los miembros de Frances como si fueran los del maniquí de un artista. Llenó el vestido con tantos alfileres que, a la hora de quitárselo, Frances tuvo que hacerlo centímetro a centímetro, temiendo por su piel.

Y ni siquiera entonces había terminado. Cuando Frances ya se había puesto su blusa y su falda, viejas, sencillas y lavadas mil veces, Lilian se la quedó mirando con una expresión calculadora, se daba toquitos en su boca rechoncha y...

–¿Qué haremos con su pelo? –dijo.

Frances la miró aterrada.

–¿Mi pelo? Mi pelo está bien, ¿no?

–Pero siempre lo lleva recogido. ¿No le gustaría probar otro peinado, a juego con el vestido? Yo podría cortárselo. ¡Se lo podría ondular! Sorprenderíamos a su madre. Oh, Frances, ¿qué me dice?

Ella no quería cortarlo ni ondularlo. Estaba contenta con su pelo castaño, liso, de longitud mediana, que podía recortar en el fregadero de la recocina cuando era necesario; que salía barato lavar y arreglar. En cuanto a sorprender a su madre... Sabía exactamente el tipo de sorpresa que sería.

Pero la emoción de Lilian se le estaba contagiando. Había algo seductor en la idea de confiarse a sus manos, algo seductor en la misma pasividad de las posturas que tuvo que adoptar para hacerlo: la cabeza gacha, los brazos en alto. Pensó de pronto: soy como uno de esos hombres de los que se dice que les gusta tenderse sobre las rodillas de una mujer en oscuras habitaciones de Piccadilly y pedirles que los azoten.

Pero este pensamiento también era excitante. Sólo exhaló un balido de protesta cuando se dejó llevar de nuevo al rellano. Lanzó una ojeada escaleras abajo cuando pasaron por delante de ellas, pensando en que su madre echaba una cabezada en el salón, indefensa; pero no redujo el paso. Y al igual que antes Lilian la sujetaba para que no pudiera escaparse, no le soltó el puño mientras patosamente desplegaba un periódico, esparcía hojas por el suelo y levantaba una silla que estaba junto a la mesa. Cuando Frances estuvo sentada, Lilian incluso se inclinó sobre ella y le puso las manos en los hombros, manteniéndola en su sitio con suavidad pero también con firmeza.

–Ahora –dijo, como una advertencia– tengo que recoger mis cosas. ¡No huya de mí, Frances! Prométamelo.

Abandonó la habitación un par de minutos y volvió con unos peines y una

toalla, y balanceando un neceser de cuero, algo parecido al maletín de un médico amanerado. Cerró la puerta con un aire de confabulación. Puso la toalla sobre los hombros de Frances y la remitió en el cuello de su blusa. El neceser quedó a un lado de momento; Lilian quería lavarle antes el pelo. Quería hacerlo como era debido y se proponía empezar por un champú de huevo. ¡Ah, sabía que Frances iba a decir eso! No, no era desperdiciar un huevo. O, si lo era, ahí estaba el quid: había que mimarse un poco. ¿Acaso Frances era una monja?

Seguía hablando jocosamente, pero también con determinación, y sacó un huevo de un cesto, lo cascó con cuidado, inclinó las mitades de la cáscara encima de un platillo para separar la clara de la yema, volcó la yema en una taza y la batió con vinagre. Detuvo a Frances cuando vio que empezaba a quitarse los alfileres del pelo. ¿Acaso se los quitaban las clientas de un salón de belleza? Desde luego que no. Se colocó detrás de la silla y extrajo los alfileres ella misma, palpándolos con los dedos y soltándolos con delicadeza. A medida que los mechones cedían y luego se deslizaban y caían, la cabeza de Frances parecía expandirse como un capullo que se transforma en flor.

La aplicación del huevo rompió el hechizo. Su peso líquido y viscoso la estremeció. Y después fue conducida al fregadero y tuvo que encorvarse sobre el borde mientras Lilian llenaba una jarra de agua tras otra y se la vertía como una celadora de la cárcel; se derrumbó en la silla, con los ojos irritados y los oídos taponados, para que Lilian tironeara su cabeza en todas las direcciones mientras le desenredaba el pelo con un peine. Hubo una breve y gozosa pausa mientras Lilian abría el neceser; luego oyó el inconfundible sonido de raspadura y los chasquidos producidos por un par de tijeras que se abrían y cerraban. Y de repente la abrumó la realidad de lo que estaba a punto de suceder. Se volvió, vio a Lilian preparada con las tijeras en la mano y con aspecto de estar ella también bastante intimidada. Los periódicos crujieron bajo sus pies. Frances pensó de nuevo en su madre, roncando con la boca flácida. Pensó en el pórtico sin barrer. ¿Cómo había llegado exactamente a aquel peligroso momento?

Lilian le puso una mano en el hombro.

—¿Va a acobardarse?

Frances vaciló.

—Sólo un poco.

—Piense en el parlamentario.

–Lamento haberle contado lo de aquel condenado parlamentario.

–Piense en el hombre del parque aquella vez, lo valiente que fue para espantarlo.

–No fue valentía en absoluto. –Frances se volvió de cara a la pared–. No sé lo que fue. No he hecho nada realmente valeroso en años.

La mano de Lilian seguía posada en su hombro.

–A mí me parece que es usted valiente, Frances.

–Bueno, apenas me conoce.

–Usted hace exactamente lo que quiere hacer, y le tiene sin cuidado lo que piense la gente. Ojalá yo fuera así. Y además... –Bajó la voz ligeramente–. Creo que es valiente por mantenerse alegre a pesar de haber sufrido..., bueno, tantas pérdidas.

Quizá tuviera presente cualquiera de la serie de pérdidas: el padre, los hermanos de Frances, la dilapidada fortuna familiar. Pero de algún modo estaba claro que en realidad Lilian se estaba refiriendo al prometido fantasma de Frances.

Después de toda la charla sobre la valentía, en aquel momento Frances se sintió una farsante. No respondió, no se volvió. Lilian le asestó en el hombro una palmada suave y llena de tacto, y después retiró la mano.

Y un instante después, Frances notó el frío contacto de las tijeras, a una sorprendente altura de la nuca; las hojas se cerraron con un sonido parecido al de una guadaña y algo cayó resbalando al suelo. Se volvió, miró y el corazón le dio un vuelco. Había un mechón de pelo oscuro, de casi medio metro de largo, encima del periódico. Lilian le agarró de la cabeza y se la enderezó. «No tiene que mirar», dijo con firmeza. De nuevo se produjo el contacto del metal frío. Otro tijeretazo, otro mechón deslizándose... En fin, ya era demasiado tarde. Difícilmente se podía volver a pegar el cabello. Miró el papel de la pared esmaltado mientras las tijeras proseguían su escalofriante, voraz recorrido alrededor de su cuello.

Y quizá el corte continuo del pelo tuvo algo que ver con ello. Quizá seguía estando ligeramente histérica a causa de que Lilian la había llevado al otro extremo del rellano. Pero el comentario que ella había hecho persistía en su cabeza. ¿No era el momento de hablar, ahora mismo, cuando no había la posibilidad de que su mirada se cruzase con la de Lilian? Se le empezó a revolver el estómago. Aguardó hasta que otro mechón se hubiera deslizado al suelo. Entonces, con la boca súbitamente reseca, dijo en voz baja:

–Escuche, Lilian. Creo que puedo haberle dado la idea de que en un tiempo tuve un compromiso de boda. De que tuve algún tipo de asunto. Con un hombre, me refiero. –Titubeó, y luego se lanzó–. La verdad es que hace unos años tuve una especie de amorío. Pero fue... fue con una chica.

Percibió la vacilación de Lilian en que los movimientos de sus manos se hicieron más lentos. Quizá pensó que Frances bromeaba. Con un arranque de risa, preguntó:

–¿Con una chica?

–Con otra mujer –dijo Frances, categórica–. Me gustaría poder decir que fue enormemente puro e inocente, y todo eso. Pues..., bueno, no lo fue. –Hubo un silencio–. ¿Sabe lo que quiero decir?

Lilian no dijo nada todavía; pero retiró las manos. Frances se concedió unos pocos segundos y después se volvió a mirarla. Lilian tenía las tijeras a un lado y se estaba poniendo colorada, cada vez más colorada mientras Frances la miraba, un arrebol que ascendía en una sola marea de color desde el triángulo de piel que se veía por la blusa escotada hasta la garganta, la mejilla, la frente. Topó con la mirada de Frances y miró a otra parte.

–Yo... no sabía –dijo.

–No. Bueno, ¿cómo iba a saberlo?

–Suponía que era un hombre.

–Sí, fue culpa mía. Lo siento. No debería haberla inducido a error. Pero no es de esas cosas... que se dejan caer en una conversación. No me siento nada avergonzada por ello. Mi amiga y yo estábamos perdidamente enamoradas. Pero no hablemos más del asunto. –El rubor de Lilian se intensificó al oír la palabra *enamorada*. Frances se volvió hacia la pared–. Lamento haberlo mencionado. No lo piense más. Fue hace mucho tiempo y... en realidad no fue nada.

No había sido nada. Fue la crisis de su vida. Pero ahora le enfurecía saber que había cometido un error garrafal, haber hablado demasiado. ¿En qué demonios estaría pensando? Se había dejado seducir por la calidez y la soltura de su amistad con Lilian y había olvidado la dificultad de que fueran realmente amigas. Lilian estaba casada, en definitiva. ¡Ay, Dios! ¿Se lo diría a su marido? ¿A sus hermanas? ¿A la parlanchina de su madre?

Más enfadada que antes, aventuró otra mirada por encima del hombro. Vio a Lilian limpiando las hojas de las tijeras, tan a las claras esforzándose en

digerir lo que acababa de saber que la información era casi visible, como una dura corteza que se desprende.

Pero después, evitando la mirada de Frances, Lilian se aproximó y empezó a cortar de nuevo. A Frances no le importaban ahora los cortes. Al contrario, quería que las tijeras avanzaran. Era consciente, de un modo en que no lo había sido antes, de la intimidación que existía entre la postura de ambas, ella como una cautiva en su silla y Lilian inclinada hacia ella y sobre ella, respirando contra su cuello y su oreja. La etapa del corte en sí, gracias a Dios, duró pocos minutos más. Pero cuando Lilian hubo dejado las tijeras volvió al neceser para sacar un artilugio de aspecto horrible, una especie de plancha de hierro. Al ver que lo llevaba al fogón y darse cuenta de lo que era, Frances dijo:

–Verá, no hace falta que me lo ondule también. No es necesario. En realidad me da igual.

Pero Lilian parpadeó. No, había prometido ondulárselo. Quería hacerlo como era debido. Llevaría tiempo... Dio vueltas a las pinzas sobre la llama azul de gas, las probó sobre un pedazo de papel, las agitó para que se enfriasen ligeramente..., todo en silencio, sin sonreír. Luego volvió a su sitio detrás de la silla y con la yema misma de los dedos enderezó la cabeza de Frances. Con una voz apagada dijo:

–Ahora, quédese completamente quieta.

El pelo mojado chisporroteó de una forma alarmante cuando las pinzas lo tocaron, y el aire se enrareció rápidamente con un olor parecido al de plumas chamuscadas. ¡El calor del hierro, cercano al cuero cabelludo de Frances, era abrasador, demencial! Lilian, sin embargo, planchaba sin decir una palabra, recorría la longitud de un mechón tras otro, y cada poco retrocedía para supervisar su trabajo y volvía al fogón para recalentar el hierro. En ningún momento miró a los ojos de Frances mientras hacía todo esto ni perdió su color llameante. Frances sudaba en su silla, tan desdichada como si estuviera en un sillón de dentista.

Finalmente concluyó el suplicio. Lilian dedicó uno o dos minutos más a los ajustes con el peine. Después cogió del estante de encima del lavabo el espejo de afeitarse de su marido y se lo puso a Frances en las manos.

–¿Y bien? –preguntó en voz baja–. ¿Le gusta?

La imagen de su propio reflejo dejó desconcertada a Frances. Se le paró el

corazón al verse el pelo tan corto y las ondulaciones estaban hechas tan bien que le costó reconocerse a sí misma. Se volvió y ladeó la cabeza.

–Podría ser una persona totalmente distinta.

–Le da un aspecto modernísimo y shick.

–¿Shick?

Por alguna razón, Lilian se ruborizó aún más.

–*Chic*. Resalta los bonitos huesos de su cara.

Y, a fin de cuentas, quizá fuera cierto, porque el romo borde inferior del corte realzaba la línea de la mandíbula; y Christina solía decir que la mandíbula de Frances era su rasgo más agraciado. Pero no podía disfrutarlo. No podía relajarse. Lilian le retiró el espejo y empezó a recoger el pelo que se había acumulado encima del periódico; parecía repugnante amontonado de aquel modo, como si fueran restos del relleno de una butaca. Se levantó y ayudó en lo que pudo. Hicieron con el periódico un bulto voluminoso y lo tiraron al cubo de la basura.

Pero al hacerlo sus manos se tocaron y apresuradamente se apartaron una de otra; todo entre ellas estaba mal, se había estropeado. La hilaridad de la hora anterior, las tonterías del salón de belleza, el ponerse y quitarse ropa: todo se había esfumado. O, peor aún, Frances supuso que todo se había vuelto sospechoso, estaba enrarecido y manchado por su confesión. Ahora Lilian recogía las tijeras y los peines con una expresión casi de enfado. Hasta entonces Frances sólo la había visto abierta y amable. ¿Estaría mirando atrás? ¿Estaría recordando incidentes sueltos entre Frances y ella, las delicias turcas, el acto caballeresco de ahuyentar del quiosco a su admirador? ¿Estaría pensando que Frances había expulsado al hombre para ocupar su puesto?

¿Era eso lo que había hecho Frances?

Observó a Lilian cerca del neceser y respiró.

–Lilian. Lo que le he dicho, hace un momento...

Lilian cerró el estuche con un chasquido.

–No tiene importancia.

–¿Está segura?

–Sí.

–¿Y no se lo dirá a nadie?

–Claro que no.

–¿Y no... no pensará en ello? Detestaría que esto se interpusiera entre nosotras, ahora que somos amigas.

Al oír esto, Lilian sonrió e hizo un gesto, un movimiento displicente con la mano. Era un intento, quizá, de sofisticación, como diciendo que las mujeres le hacían revelaciones sáficas..., oh, un día sí y otro no.

Pero el gesto no fue convincente y la sonrisa rígida, limitada a la boca. Y después de unos minutos más de charla embarazosa, las dos se separaron. Frances rodeó el rellano hacia su habitación para contemplar su consternado reflejo. La confianza en su corte de pelo se había desvanecido. Parecía contener todo lo que había salido mal aquella tarde. Se manoseaba el cuello desnudo, lo sentía expuesto.

Y entonces –puesto que habría que hacerlo, y más valía hacerlo de inmediato– se armó de valor y bajó a la planta baja.

Abrió con suavidad la puerta del salón, por si su madre seguía dormitando. Pero estaba despierta, ahora sentada ante el escritorio, escribiendo una dirección en un sobre. Miró a Frances por encima de las gafas y por un momento necesitó enfocar de nuevo la mirada. Acto seguido, descendió la pluma que tenía en la mano, se quitó las gafas y dijo:

–¡Dios santo!

–Sí –dijo Frances, con un amago de risa–, me temo que me he dejado presionar por Lilian.

–¿Te lo ha hecho la señora Barber? No sabía que tuviese tanto talento. Acércate a la luz. Oh, pero si es precioso, Frances.

Ella la miró fijamente.

–¿Tú crees?

–Muy elegante. Date la vuelta para que te vea. ¡Sí, realmente el último grito!

–Estaba segura de que no te gustaría.

–¿Por qué has pensado eso? Da gusto ver que resaltas lo mejor que tienes. Ojalá lo hicieras más a menudo.

–¿Qué quieres decir?

–Bueno... –La madre se sonrojó–. A veces andas por casa un poco descuidada; sólo quiero decir eso. A mí no me importa, simplemente estoy pensando en las visitas. Pero esto... No, es muy elegante.

Sus palabras pillaron desprevenida a Frances. Al seguir tan de cerca a la escena embarazosa con Lilian, la pusieron absurdamente otra vez al borde de las lágrimas. Atravesó el salón hasta la chimenea y se plantó delante del

espejo sobre la repisa, fingiendo que se atusaba y se pellizcaba el nuevo peinado. ¡Idiota! ¡Idiota!, se dijo a sí misma, renovando su abatimiento.

Al salir del salón permaneció en el vestíbulo un minuto, dubitativa. Y cuando subió la escalera vaciló en la cima. Sin duda Lilian acudiría, aunque sólo fuese para preguntar qué había dicho su madre, ¿no?

Pero aunque la puerta de la cocinita estaba entornada y había sonidos de actividad dentro, Lilian no apareció.

El pelo conservó el ondulado durante el resto del día, pero cuando Frances se levantó a la mañana siguiente pensó que parecía fugada de un manicomio, con la mitad del pelo aplastado donde se había recostado en la almohada y la otra mitad encrespado y espeso, imposible de peinar. Como no supo qué hacer al respecto se preparó un baño y metió la cabeza directamente debajo del grifo; después de lo cual las ondas desaparecieron por completo y el pelo se le secó de un modo extraño.

Su madre, al verla, se mostró visiblemente menos entusiasta que el día anterior.

—¿Por qué no le pides a la señora Barber que te lo arregle? Ayer hizo un trabajo tan estupendo.

Pero cuando Frances fue a buscar a Lilian, hubo otra sensación de malestar entre ellas. Se colocó detrás de Frances ante el espejo del dormitorio y le enseñó cómo tenía que hacer para que el pelo cayese por sí mismo en ondas sueltas, reordenando los mechones con la yema de los dedos. Pero su mirada, reflejada en el espejo, parecía estar siempre huyendo, y su actitud era cautelosa, como si estuviera adentrándose en un matorral e intentara evitar engancharse en las espinas. A Frances la entristeció esta conducta. Tenía la sensación de que su confidencia había estropeado la amistad entre ellas, la había echado a perder. ¿Y por qué? Por sinceridad. Por principio. Por lealtad a una historia de amor que en cualquier caso ya hacía años que había perdido su vitalidad.

El pelo le siguió pareciendo raro los días que siguieron, pero recibió tantos cumplidos de amigas de su madre y de vecinos que supuso que tenía que estar bien. El señor Barber andaba por la casa silbando «A Little Bit off the Top», y ella lo interpretó como una especie de homenaje. Y cuando la vio Christina dijo, con un tono ligeramente molesto: «Sí, bueno, no está mal, aunque es una pena que destaque esa mandíbula tan saliente que tienes», y ella lo tomó también por un piropo. Hasta el chico que les llevaba la carne la miró de un modo distinto. Todo el mundo la admiraba, al parecer; todo el

mundo menos Lilian. Era como si con un brusco cambio de marchas, su amistad acelerada de pronto fuera marcha atrás. Durante casi una semana se veían sólo como casera e inquilina, en la escalera, en el rellano, cuando una de ellas se dirigía a la puerta de la calle y la otra cruzaba el vestíbulo. En *Anna Karénina*, Kitty estaba esperando un bebé, Anna y Vronski eran desdichados, se avecinaba un desastre. Pero ya no había más conversaciones literarias, no había pícnicos en el parque ni cigarrillos en el escalón trasero; y no habían vuelto a hablar de la fiesta de Netta.

Frances no pudo por menos de advertir que tampoco había días de crítica a Len. Más bien al contrario. Una noche la pareja salió con el señor Wismuth y su prometida y subieron de puntillas la escalera media hora después de medianoche, difundiendo una sensación de lugares concurridos, vocerío, música, bebidas, risas..., o esa impresión, en todo caso, tuvo Frances al escucharlos en la oscuridad. Otra noche pusieron en el gramófono canciones a todo volumen; más tarde, cuando subió a acostarse, encontró abierta la puerta de su sala y los vislumbró apretujados en su sillón de felpa rosa. El señor Barber tenía en la mano lo que aparentaba ser un muñeco o un títere y lo hacía dar brincos sobre sus rodillas; Lilian, encantada, había introducido un pie descalzo por debajo del dobladillo de una pernera del pantalón de Len y parecía que estaba tocando indolentemente con la punta del pie el dibujo de rombos de su calcetín. Y la visión de aquellos dedos enredando causó un efecto extraordinario en Frances. De repente se sintió más sola que nunca. Entró sigilosamente en su habitación y se desvistió sin encender una vela, y luego, acurrucada en la cama, empezó a incubar su desdicha. ¿Qué sentido tenía seguir viviendo? Su corazón era una cosa disecada: una pasa, un fósil, un pedazo de escoria. Bien podría haber tenido la boca llena de cenizas. Todo era absolutamente irreparable e inútil...

A la mañana siguiente, estando en el excusado, descubrió que su «amigo» había llegado. Nunca había comprendido por qué lo llamaban amigo –era más como un enemigo infiltrado–, pero de todas maneras, al ver la mancha escarlata en el cuadrado de papel higiénico Bromo, contra toda lógica se sintió mejor. Una siempre estaba un poco histérica, pensó, en los períodos en que estaba indispuesta. Durante esos días no podían hacerla responsable de su humor. A su madre le dijo que le dolía un poco la cabeza y pasó el resto del día en la cama, con una botella de agua caliente.

Recostada en las almohadas, con el roce agradable del pelo corto contra el

cuello, oía a los Barber ir y venir al otro lado de la puerta. De vez en cuando oía la voz de Lilian: desgajadas de su presencia física, parecían muy acusadas las inflexiones de su clase social, y en su risa, cuando brotaba, había algo chirriante. Una vez más, Frances intentó comprender qué era lo que las había atraído. ¿Había sido simple aburrimiento, una cuestión de días vacíos? Pensó en la forma en que habían pasado el tiempo. Excursiones al parque, delicias turcas: todo parecía tan limitado, tan trivial. Mirando su ropero rememoró cómo Lilian había pasado revista a sus vestidos. *Esto es lo que tiene que ponerse. ¡No esas horribles medias de algodón!* ¿No había sido un poco impertinente por su parte? ¿No había habido un dejo condescendiente en su actitud hacia Frances, como si hubiera que alegrarle la vida y ella fuese la persona para hacerlo?

Al fin y al cabo, no le había gustado enterarse de que la vida de Frances ya se la había alegrado, y mucho, otra mujer.

¡Pues peor para ella! No pensaba disculparse. Mejor ser yo, pensó, que estar casada. ¡Mejor ser una solterona que una esposa con la mentalidad de Peckham! Se levantó de la cama llena de resoluciones nuevas.

–Tenemos que salir más de casa –le dijo a su madre asustada–. Tenemos que probar cosas distintas. Vamos a pasarlo bien.

Confeccionó una lista de espectáculos y actividades: conciertos, paseos durante el día, actos públicos. Repasó en un arranque su agenda de direcciones, escribió cartas a viejas amistades. Sacó prestadas de la biblioteca novelas de autores que hasta entonces nunca le habían interesado. Empezó a estudiar esperanto por su cuenta, se recitaba frases mientras limpiaba y barría.

La fajro brulas malbone. El fuego arde mal.

C^u vi min komprenas? ¿Me comprendes?

Nenie oni povis trovi mian hundon. No han encontrado a mi perro por ninguna parte.

–Tienes un aspecto magnífico, Frances –le dijo la amiga de su madre, la señora Playfair, cuando fue a visitar a las Wray un día, a mediados de mes–. Me alegro de que te hayas sacudido ese aire mustio que tienes a veces. Creo que ahora tú y tu madre tendréis que venir a cenar a mi casa. Ahora tengo una radio, ¿sabes? Podemos escucharla juntas. ¿Qué me dices? ¿Quedamos un día de éstos? ¿El próximo martes por la noche?

Ah..., oh, ¿por qué no? Frances conocía a la señora Playfair de toda la vida.

Su marido había sido el gestor principal en la empresa del padre de Frances; ella había ido al colegio con sus hijas; y ahora su madre y la señora Playfair formaban parte de algunos pequeños comités de beneficencia. Era una de aquellas mujeres eduardianas con una pasión por organizar cosas, y las veladas en su compañía podían en ocasiones resultar una poco fatigosas. Pero... bueno, sería un cambio. Y eso era lo que Frances buscaba. De modo que cuando llegó el martes, se puso su vestido de color barro y se peinó y atusó meticulosamente el pelo, y ella y su madre recorrieron el corto trayecto a lo largo de la cuesta de Champion Hill hasta Braemar, la casona más bien señorial de la señora Playfair, que databa de la década de 1870.

–¡Vaya! –dijo la señora Playfair cuando saludó a Frances en el salón–. ¡Qué buen aspecto tienes! Sabía que te vendría bien salir de casa. Ven a sentarte a la luz de la ventana, al lado del señor Crowther. Sé que los jóvenes soportáis muy bien el sol, por fuerte que sea. ¡Yo no, desde luego!

De modo que el señor Crowther era el otro invitado. Al estrecharle la mano, Frances se acordó de que había oído a su madre mencionarlo. Había estado en el mismo batallón que el hijo de la señora Playfair, Eric –u ocupaba la cama contigua a la de Eric cuando éste había fallecido, o algo por el estilo–, y hacía poco que ella había dado con su paradero. Pues en eso consistía otra de sus pasiones: evocar una y otra vez los detalles de la muerte de Eric en Mesopotamia. Frances sabía que se carteaba con capellanes, enfermeras, cirujanos, coroneles. Tenía fotografías de la tumba de su hijo y del lugar en que había caído. Tenía libros, mapas, planos; se jactaba de ver las calles de Bagdad con los ojos cerrados, tan nítidamente como se representaba las de Camberwell.

Frances se preguntó si el señor Crowther sabría bien por qué estaba allí. Era un hombre bastante agraciado de veintinueve o treinta años, moreno y con un bigote bien arreglado.

–¿Conoce desde hace tiempo a la señora Playfair? –le preguntó él mientras tomaban a sorbitos su jerez, y ella le explicó el vínculo entre las familias.

–Yo venía a menudo aquí cuando Kate y Delia vivían todavía en esta casa –dijo–. Ahora están casadas y viven muy lejos; Delia vive en Ceilán.

Él asintió.

–Yo también he pensado en ir a Ceilán. O quizá a Sudáfrica. Tengo un primo allí.

–¿Sí? ¿Qué clase de trabajo buscaría?

–Oh, un puesto administrativo, si pudiera conseguirlo. O en una obra de ingeniería. No lo sé.

–Parece que tiene usted muchas dotes.

Él sonrió, pero de un modo que parecía dar por zanjado el tema.

Sonó el gong de la cena y fueron al comedor. Allí el sol vespertino brillaba con la misma intensidad y de nuevo la anfitriona colocó a Frances donde más fuerte pegaba, al lado del señor Crowther; tuvo que amusgar los ojos para protegerlos de la luz durante toda la cena. No obstante, fue una delicia comer cuatro platos que habían sido preparados por otra persona. Como sus inversiones no se vieron afectadas, la señora Playfair había conseguido conservar a sus sirvientes a lo largo de toda la guerra. Tenía un cocinero y una doncella, Patty, así como una mujer que iba todos los días para ocuparse de los quehaceres domésticos. Mientras cortaba su pechuga de pollo, tierna como la mantequilla, Frances era muy consciente del estado de sus manos. Una vez vio que el señor Crowther las miraba y que luego, educadamente, apartaba la mirada.

Se mostró educado incluso cuando la conversación, como era inevitable, se centró en Eric, y habló de una forma forzada pero afable del tiempo que habían pasado juntos en Mesopotamia, describiendo el calor, el polvo, las marchas, la ofensiva y la confusión de la escaramuza en la que él y Eric habían sido heridos; la señora Playfair asentía a sus palabras como un coleccionista con un nuevo trofeo, como si ya viera el lugar de la vitrina en que lo pondría. Y cuando terminó la cena y volvieron al salón para admirar la radio, se mostró muy habilidoso en el manejo de los mandos. Frances no las tenía todas consigo respecto a la radio. Se sintió un poco ridícula cuando se encajó los auriculares, y hubo unos minutos de desilusión en que lo único que se oía eran los estertores del aparato. Pero finalmente los silbidos y chasquidos cuajaron en una voz y entonces sí, fue emocionante e increíble reconocer un fragmento de Shakespeare y saber que las palabras llegaban a través de kilómetros de espacio vacío, directamente al oído como un susurro de Dios. Pero en cierto modo era aún más asombroso quitarse los auriculares y advertir que el susurro proseguía; pensar que continuaría, tan apasionado como siempre, tanto si alguien lo escuchaba como si no.

Patty sirvió el café y salieron al exterior. Era el día siguiente del solsticio de verano y todavía fantásticamente templado y luminoso. La madre de Frances y la señora Playfair se instalaron en unas butacas de mimbre en la

terrazza, pero Frances y el señor Crowther bajaron al jardín. Los gatos siameses de la casa, Ko-Ko y Yum-Yum, los siguieron, y cuando se sentaron en un banco de piedra tallada Yum-Yum, la gata, se subió de un salto a la rodilla del señor Crowther y él la acarició y manoseó a la criaturita hasta que ésta ronroneó como un motor.

Estaban totalmente a la vista de la terraza, pero lo bastante alejados para hablar sin que los oyeran. Mirando cómo el señor Crowther pasaba los dedos por la cara extasiada de la gata, Frances dijo:

–Me temo que la cena de esta noche no le ha salido gratis, señor Crowther. No me refiero sólo a la radio. No puede ser muy divertido.

Él respondió sin levantar los ojos.

–Bueno, no me quejo. Por lo general, cuando las mujeres se enteran de que estuve en algún sitio al este de Suez pierden el interés. Quieren el romanticismo de las trincheras y todo eso.

–¿No le importa contarlo tantas veces?

–No, no me importa. Fue un auténtico infierno, en su momento. Un infierno real y apestoso. Pero lo extraño es que a veces me sorprende añorando aquellos tiempos. Había cosas que hacer y las hacías, ¿entiende? He descubierto que eso cuenta mucho. Ahora, de vuelta aquí, todo se ha acabado; bueno, no hay gran cosa para los que hemos vuelto. Montones de amigos muertos y demás. Y no hay empleos remunerados para hombres como yo. El otro día me encontré con mi subteniente. ¡Trabaja de limpiabotas en la estación Victoria! Otros chicos que conozco andan a la deriva, haciendo trabajos aquí o allá. Ninguno de nosotros tiene el menor empuje. Yo mismo estoy medio aturdido. Ceilán, Sudáfrica..., nunca llegaré allí. Y si llego emplearé mi tiempo exactamente igual que aquí. Si le soy sincero, envidia a los obreros corrientes. Tampoco tienen un empleo, pero al menos tienen el bolchevismo.

Mientras hablaba seguía acariciando a la gata, y a Frances le admiró la absoluta ausencia de resentimiento en su actitud; la falta de pasión. Tras una pausa, dijo en voz baja:

–Yo también añoro la guerra. No se hace idea, señor Crowther, de lo que me cuesta admitirlo. Pero no podemos sucumbir al sentimiento, ¿verdad? Si lo hacemos nos iremos consumiendo como los fantasmas. Tenemos que cambiar de expectativas. Las grandes cosas ya no tienen importancia. Me refiero a los conceptos con letras mayúsculas por los que han muerto tantos

de nuestra generación. Pero entonces las pequeñeces cuentan más que nunca, ¿no?

–¿Las pequeñeces? –El señor Crowther sonrió–. ¿Como este animalito, por ejemplo?

–Me refiero a las cosas ordinarias, que se deben hacer bien. Parcelas de tierra que cultivar y cuidar. Casas que barrer.

–Casas que barrer –repitió él, todavía con la sonrisa en la cara, y por su tono ella no pudo saber si le gustaba la idea o si se estaba burlando. Al fin y al cabo, tampoco ella sabía si le gustaba la idea o si de pronto la consideraba una estupidez. Ver cómo acariciaba a la gata empezaba a ponerla nerviosa. En el señor Crowther sólo parecían tener vida las puntas de sus dedos incansables. Sospechó que había ido a la casa de la señora Playfair por la misma razón que ella: sencillamente como una manera de pasar la velada, de arrancar otra hoja del calendario. Quizá también le hubiese atraído la perspectiva de una cena gratis.

La idea la desalentó. Miró hacia otra parte. Y en el momento en que lo hacía vio que la señora Playfair y su madre la estaban observando. O más bien los estaban observando a ella y a él, a hurtadillas pero interesadas, como si hubiera algo significativo en el hecho de que estuviesen sentados apaciblemente juntos en la penumbra del jardín; como si evaluaran qué tal se «llevaban».

Que esto fuese previsible la desazonó aún más. Resopló de impaciencia; él la oyó, alzó la mirada y luego también la desvió hacia la terraza.

–Ah, sí. Creo que esta noche he tenido que ganarme la cena de varias maneras. Lo único que espero, señorita Wray, es que no la haya aburrido mucho.

–Ni lo más mínimo –dijo ella, firmemente–. No debe pensar eso.

–¿Le apetecería seguirles el juego? Podríamos dar un paseo por el jardín o...

–No, preferiría que no.

Él la miró a la cara y la sonrisa se le borró por fin.

–Creo que está disgustada.

–No, disgustada no. Ay, no puedo explicarlo.

Él aguardó, con cierta deferencia; pero no esperó mucho. Empezó de nuevo a acariciar a la gata y se quedaron sentados en silencio unos minutos

más, hasta que el animal, súbitamente cansado, saltó de su rodilla como un mono blanco y echó a correr detrás de una polilla.

Frances se levantó.

—¿Vamos con las señoras?

Cuando los cuatro ya estaban dentro de la casa, permaneció sentada sin decir gran cosa, esforzándose en devolver las sonrisas, pero no sirvió de nada. Sus resoluciones se despegaban de ella como la corteza de un árbol. Se sentía avanzar progresiva pero irremediabilmente hacia un estado de desaliento; tan progresiva e irremediabilmente como si la atornillaran a él. Patty apareció con una bandeja de licores. Alguien propuso que jugaran al bridge subastado.

—Emily, tú eres mi pareja —dijo la señora Playfair, con su habitual prepotencia, a la madre de Frances—. Vamos a enfrentarnos con estos jovencitos.

—Me temo que no estoy en condiciones de jugar —dijo sin embargo Frances—. Me duele un poco la cabeza. Supongo que es por el sol, en la cena.

—¡Oh, qué lástima!

Las dos mujeres mayores estaban decepcionadas. Después de todo, difícilmente se podía jugar al bridge con tres personas. En su lugar abrieron el gramófono y pusieron un par de vales trasnochados. Comentaron las noticias del día: préstamos a Alemania, divorcios de sociedad... Pero con la presencia bastante fría de Frances la pequeña reunión empezó a decaer enseguida. Al final todos se sintieron aliviados cuando Yum-Yum volvió a saltar ruidosamente a la rodilla del señor Crowther para empujarle con la cabeza los dedos; por lo menos les ofreció algo que mirar.

A las diez menos veinte pidieron a Patty que trajera los sombreros. Atento hasta el final, el señor Crowther escoltó a Frances y a su madre durante el corto trecho hasta la cancela de su jardín.

Las dos entraron en su casa en silencio, encontraron el vestíbulo a oscuras y todo les pareció bastante oscuro y pequeño y atestado, como les sucedía a menudo después de una visita a la señora Playfair. Era como si la escalera, pensó Frances con desánimo, nunca la hubieran lustrado ni nunca hubiesen limpiado el suelo, a pesar de que por la mañana había estado arrodillada restregando los zócalos con Vim.

Se quitó el sombrero y se puso de puntillas para acercar una cerilla al gas.

Su madre se demoraba.

—¿Qué tal la cabeza?

–No me duele mucho.

–¿Quieres una aspirina?

–No. Creo que me voy derecha a la cama.

–¿Oh, sí? Entonces no vale la pena que enciendas la luz.

–Los Barber la querrán, más tarde. Supongo que hoy también han salido.

–Ah, sí, supongo... ¿Y vas a subir ahora mismo? ¿No quieres sentarte conmigo un minuto? Podrías contarme de qué habéis hablado el señor Crowther y tú.

–No hay nada que contar, madre.

–Parecíais enfrascados en la conversación. Habréis hablado de algo.

–¡De nada, te lo aseguro!

La madre chasqueó la lengua, incrédula.

–Bueno, desde luego esta noche estás de un humor muy extraño. No se me ocurre por qué.

Frances guardó la caja de cerillas.

–¿No?

Se miraron a través de las baldosas y el único sonido que mediaba entre ellas era el silbido del gas. Entonces la madre cambió de expresión.

–Bueno, dejaré que vayas a acostarte. Espero que mañana se te haya pasado el dolor de cabeza.

–Gracias –dijo Frances, retirándose. Y cuando se hubo ocupado del fogón y sacado fuera la lechera, su madre ya estaba en su cuarto con la puerta cerrada.

Aborreció el aspecto de la escalera cuando empezó a subirla. Corrió las cortinas donde los peldaños trazaban un giro y tuvo ganas de arrancarlas de sus aros. Ahora tenía una migraña de verdad o, en todo caso, sentía que se estaba gestando, que crecía, que ascendía desde la nuca.

Subió los pocos escalones que faltaban y vio una luz en la salita de los Barber, oyó el ruido sordo de pasos en los tablones y comprendió con una punzada adicional de desazón que la pareja estaba en casa. Redujo el paso y luego lo aligeró. Pero no fue lo bastante rápida. El señor Barber salió al rellano en sombras en el mismo momento en que llegó ella.

No llevaba chaqueta ni zapatillas, tan sólo una de sus camisas de cuello blando, y sostenía en las manos dos vasos vacíos.

–¡Señorita Wray! Pensábamos que volvería tarde. ¿Va todo bien?

¿Habría oído la conversación con su madre? No quería que él se imaginara

que subía a acostarse enfurruñada. Forzó una sonrisa.

–Sí, va todo muy bien. Hemos cenado en casa de una vecina.

–Ojalá hubiéramos sabido que volverían tan temprano. Las habríamos invitado a usted y a su madre a beber algo con nosotros. Esta noche estamos de celebración.

–¿Ah, sí?

–Sí, no me gusta alardear, pero..., bueno, a servidor lo han ascendido un poco en el trabajo.

Se tocaba el bigote mientras hablaba, con un gesto de falsa modestia. Ella vio entonces, a través de la penumbra, que los vasos que llevaba en la mano contenían filigranas de espuma y restos de cerveza en el fondo, y que el señor Barber estaba bastante colorado. Sin dejar de sonreír, Frances avanzó para pasar de largo.

–Enhorabuena. Me alegro por usted.

Él extendió una mano.

–Bueno, escuche, ¿por qué no viene con nosotros? ¿Una copita? ¿La última? A Lily le gustaría..., ¿verdad, Lil?

Había vuelto a entrar en la sala –lo había hecho ágilmente, con los pies descalzos– y ahora hablaba hacia la parte de la habitación que la puerta abierta ocultaba a Frances.

–Está aquí la señorita Wray, que acaba de volver temprano de su cena. Le he dicho que tiene que tomar algo con nosotros.

No hubo una respuesta audible, pero Frances, al oír el crujido del sofá, comprendió que no había escapatoria. El señor Barber la llamó y ella lo siguió al interior de la sala.

Lilian estaba sentada a la luz ambarina de una única lámpara, sin saber muy bien si levantarse o no. Estaba descalza como su marido y tan colorada como él, y los almohadones a su alrededor estaban aplastados y en desorden. Despatarrado sobre uno de ellos descansaba el muñeco con el que en otra ocasión Frances los había visto jugar a los dos. Ahora pudo verlo bien: un pelele con las articulaciones mal ensambladas, los miembros acolchados y una expresión recelosa, vestido de pana azul marino y con una gorra blanca de marinero.

Sintió otra ráfaga de soledad. Cuando Lilian se levantó y dijo, algo cohibida: «Hola, Frances. ¿No es estupendo el ascenso de Len?», ella se

sorprendió respondiendo, falsamente efusiva, como si fuera una persona totalmente distinta: «¡Claro que sí! Me figuro que estarán muy contentos.»

El señor Barber hinchó el pecho, ahora aparentando fatuidad.

–Sí, cuando el jefe me ha llamado a su despacho esta mañana, ¡pensaba que iba a echarme una bronca! En lugar de eso me ha pedido que me sentase, me ha ofrecido un puro y me ha dicho: «Escuche, Barber. Un chico de talento como usted...»

–Oh, no ha dicho eso –dijo Lillian.

–¡Han sido sus palabras textuales! «Escuche, Barber, chico. Un joven tan espabilado como usted no debería quedarse atascado en un puesto que nunca va a reportarle más de doscientas cinco libras al año. El bueno de Errington nos dejará pronto. ¿Qué le parecería ocupar su despacho? Serán diez libras limpias de más para usted. Y sólo para demostrarle el buen concepto que tenemos de usted, pongamos que añadimos otro billete de cinco, ¡lo redondeamos a doscientas veinte!

Ahora la sonrisa de Frances fue dolorosa. ¡Doscientas veinte libras! Aquella misma mañana había recibido un extracto de dividendos –de una de las malditas inversiones que había hecho su padre– por un importe de cuarenta y cinco. En el extracto del año anterior habían sido sesenta.

–¡Me alegro por ustedes! –repitió–. No me extraña que lo estén celebrando. Pero oiga, no debo invadir...

–¡Oh, no diga eso! –Pareció realmente apenado–. Somos todos amigos, ¿no?

–Por supuesto, pero...

–¡Y todavía es de día! ¡Ni siquiera son las diez! Ya sé que el reloj de la estantería marca las diez y cuarto, pero ese reloj es como Lily: va bastante rápido.

Esquivó con una risita la mano de su mujer, que se había escorado para darle un golpe.

Frances tuvo que apartarse de donde estaba el marido. El movimiento la obligó a entrar más adentro de la habitación. Lo intentó de nuevo.

–Por favor, no se molesten.

Pero se sentía agotada. La maraña de su propio y especial estado de ánimo le había consumido las fuerzas. Con un tono que no admitía más protesta, el señor Barber dijo:

–Dígame, ¿qué le apetece? ¿Cerveza negra? ¿Jerez? ¿Ginebra con

limonada?

Y tras un momento de resistencia ella respondió, derrotada:

–Ginebra con limonada, entonces. Un vaso pequeño, señor Barber.

Él se dirigió a la puerta.

–¿Y tú, Lilian? Otra cerveza, ¿no?

Otro golpe, otra finta para esquivarlo y Lilian se puso aún más colorada.

–Tomaré lo mismo que Frances –le gritó, cuando él iba a la cocina.

El señor Barber se llevó consigo la vida de la habitación. En su ausencia Lilian y Frances permanecieron inmóviles, como dos desconocidas. Al cabo de un momento se sentaron, Lilian volvió a su sitio en el sofá desaliñado, Frances ocupó el borde de la butaca que había enfrente, una postura muy incómoda. De la cocina llegó el sonido de un tapón descorchado de una botella, seguido por el tintineo de vasos.

–Parece que hace siglos que no la veo –dijo Lilian por fin.

–Me ve todos los días –dijo Frances.

–Ya sabe lo que quiero decir. ¿Cómo está?

–Oh, estoy estupendamente. ¿Y usted? ¿Qué ha estado haciendo? ¿Ha terminado *Anna Karénina*?

Pero Lilian bajó la cabeza cuando Frances dijo esto.

–Ojalá no la hubiera leído nunca. Me entristeció muchísimo.

Se puso el muñeco encima de la rodilla y empezó a tirarle del pantalón de pana. Algo que había encima de la chimenea atrajo la atención de Frances: la caja de delicias turcas, encajada entre el abanico español y el buda.

No hubo tiempo para comentarlo. El señor Barber volvió con tres vasos en las manos, uno de ellos con cerveza oscura, los otros dos tan llenos de ginebra y limonada que el combinado se le vertía encima de los dedos. Cerró la puerta tras él con el pie y cruzó la habitación con los vasos en la mano. Frances cogió el suyo con cautela debido a las gotas. El señor Barber entregó el otro a Lilian y se quedó de pie con la mano en la boca, lamiéndose de los nudillos el líquido vertido.

–Ah, ya veo lo que *estás* tramando –dijo con un tono de reproche.

Sólo durante un segundo Frances pensó que le hablaba a ella. Pero le hablaba al muñeco.

–El marinero Sam, aquí presente –explicó–, tiene el ojo puesto en Lil. Cada vez que le doy la espalda, se las arregla para encontrar el camino hasta su regazo. –Dejó su vaso en el suelo y cogió al muñeco–. ¡Ven aquí,

muchacho! Por esta noche ya te has divertido. Ahora vas a sentarte encima de la chimenea y a mantener quietas esas manos largas... Eso en el caso de que encuentre un sitio para ti entre todas esas dichosas baratijas. –Apartó el buda y la vibrante pandereta–. ¿Alguna vez ha visto en su vida tal cantidad de porquerías, señorita Wray? ¿Sabe que nunca debería sentarse demasiado rígida cuando Lily anda cerca? Sólo por si le hace un moño con alfileres. Aunque seguro que un moño no le quedaría mal. El marinero Sam cree que no, ¿verdad, Sam? –Alzó hasta su oído la cara recelosa del muñeco–. ¿No estás tan seguro respecto a Lily? ¿Crees que Lily parece una...? ¡Eh, marinero Sam, esa palabra es muy fea!

Lilian alargó un pie para asestarle una patada –una patada de verdad, esta vez–, y él la esquivó con otra risita. Encajó el muñeco en la repisa de la chimenea, le cruzó las piernas con muchos aspavientos y luego cogió su bebida y se sentó al lado de su mujer.

Cansada, incómoda, en absoluto cautivada por el marinero Sam, Frances se preguntó si había cometido un error. El vaso en su mano estaba pegajoso. Había bebido jerez, vino y crema de menta en casa de la señora Playfair, y no quería beber nada más. Ahora que la puerta estaba cerrada, y dado que el ruedo de luz de la lámpara era tan estrecho, la habitación parecía pequeña y cerrada y comprendió que estaba atrapada dentro. Estaba atrapada con Lilian, a la que no podía mirar sin tragar saliva de puro desaliento. Estaba atrapada con el señor Barber, el marido, de quien no se fiaba totalmente. Y, lo peor de todo, estaba atrapada con el matrimonio, su unión desconcertante, que evidentemente había dejado atrás toda etapa afectuosa de la que hubiese disfrutado últimamente y estaba ya gestando alguna otra riña... Le tenían sin cuidado los detalles. Al llevarse el vaso a la boca pensó: Sólo me quedaré quince minutos. Dio un sorbo –un sorbo grande, para apurar la bebida– y de inmediato empezó a toser. Se había atragantado con el combinado. Parecía ginebra pura.

–No me diga que es demasiado fuerte para usted, señorita Wray –dijo el señor Barber, con los ojos azules abiertos de par en par.

¡Y ahora volvían las insinuaciones! Todavía tosiendo, no pudo responder. Dio un segundo sorbo para calmar al primero y luego posó el vaso con un gesto elocuente.

Casi de inmediato, sin embargo, él alzó su vaso para un brindis y se vio obligada a beber otra vez.

–¡Bueno, por mis doscientas veinte libras! –La garganta estrecha del señor Barber dio un brinco mientras tragaba. Se enjugó la espuma del bigote y dijo–: Le diré una cosa, señorita Wray. Ojalá estuviese aquí mi hermano Dougie. Lleva trece años en su empresa y gana menos de lo que me pagarán a mí. Ojo, no es mi intención conformarme con eso –añadió, quizá pensando que se había ido de la lengua–. Pero ya ve, ahora estaré justo detrás de otro compañero; y el puesto que quiero es el *suyo*. De todos modos, no me irá nada mal. Un despacho para mí solo, un teléfono, una secretaria...

–Hasta le han arreglado las uñas, Frances –intervino Lilian–. Ha ido a hacerse la manicura al volver del trabajo. Magníficas, ¿verdad?

Al oír esto la expresión del señor Barber cambió. Se miró las uñas con el ceño fruncido y dijo lentamente:

–No sé. A las mujeres se les permite dedicar horas a embellecerse, pero si un hombre intenta mejorar su aspecto ¡lo despellejan! Ahora tengo que pensar en mi posición. Tengo que dar ejemplo a los subalternos.

–Supongo que te la hace una chica guapa, ¿no? –le preguntó Lilian.

–Pues supones mal. Resulta que es un chico guapo. Uno con una onda en el pelo, y que cecea. –Lanzó un guiño a Frances–. Le gusta cogerme de la mano un poco demasiado para mi gusto, ¿me sigue usted, Frances?

Ella se sonrojó y extendió la mano hacia su vaso... y vio que Lilian, en el mismo momento, extendía la suya hacia el *suyo*. *Me quedaré diez minutos, pensó. Me quedaré menos..., cinco. Él armará jaleo si me voy, pero me da igual...*

Sin embargo, después de sólo tres tragos, ya notaba la ginebra dentro, rápida y caliente, como una llama amistosa; el efecto más cordial, consideró, que había experimentado desde hacía siglos. Y cuando daba un cuarto sorbo, el señor Barber empezó a parecerle una pizca menos fastidioso. Le contó un par de anécdotas de la oficina, pero enseguida reanudó su tema de la noche: la friolera de sus doscientas veinte libras y lo que planeaba hacer con ellas. Tenía el ojo puesto en algunos bonos e inversiones, dijo. Había gente – conocidos suyos, agentes de bolsa y banquerosinteresada en ofrecerle transacciones muy rentables.

–Claro que –prosiguió, dando un viraje táctico– a un trabajador no le ayuda tener un determinado tipo de mujer. Me refiero a ese tipo –su tono se volvió mordaz– que disfruta gastando el dinero del marido, pero que no comprende que para que él lo gane, en primer lugar, tiene que mimarlo un poco. Esa

clase de esposa que se pasa la vida sentada en camisón, leyendo libros sobre chicas de sociedad violadas por príncipes del desierto.

Lilian le puso mala cara.

–Entonces deberías volver a casa de tus padres. Allí no hay ningún libro.

Él miró a Frances y se encogió de hombros.

–¿Ve lo que tengo que aguantar? ¿Sabe? Estoy pensando en escribir un libro algún día. Sobre el fulano común y corriente y las cosas con las que tiene que apechugar desde la guerra. ¡Eso sí que valdría la pena! Si quiere, le regalaré el primer ejemplar.

Frances dio otro sorbo

–Gracias. Haré un hueco en mi estantería. Entre Austen y Dostoievski, ¿le parece bien?

–Sí, se lo dedicaré: «A Frances, con...» –Se contuvo–. ¡Ay! Supongo que debería poner señorita Wray. Pero eso suena muy anticuado. Ahora que todos nos llevamos tan bien no le importará que la llame Frances, ¿verdad?

Su tono fue tan afable que habría sido imposible protestar u objetar algo, pero sintió que la había pillado por sorpresa; que le había puesto una zancadilla, casi. No tenía interés en llamarlo Leonard, ni en sueños se le habría ocurrido llamarle Len, y tuvo la leve sospecha de que el desliz verbal que él había cometido era menos accidental de lo que pretendía. Lo peor de todo fue que en cierto modo deshizo en parte el carácter especial de su amistad con Lilian. ¿Era lo que sucedía, pensó, cuando te hacías amiga de una mujer casada? ¿Automáticamente también te llevabas al marido, como un patrón de ganchillo que se entrega gratis con una revista?

Por otra parte, por supuesto, el carácter especial de su amistad con Lilian ya se había disuelto. Al mirarla desde el otro lado de la alfombra de la chimenea ya ni siquiera estuvo segura de que Lilian le gustara. El repiqueteo de las pulseras de latón que llevaba en una muñeca y que le subían y bajaban por el brazo poseía un timbre de bisutería. ¡Qué convencional era, en realidad, a pesar de todas sus pretensiones artísticas! Ahora, por ejemplo, había recogido las piernas y se balanceaba en el sofá para cambiar de posición. El señor Barber –Leonard, como Frances supuso que debía llamarlo– había empezado a quejarse de que le estaba dando patadas, lo cual provocó que Lilian le soltara otra más en serio, y él la agarró del pie. Mientras se peleaban, riéndose y resoplando, a Lilian se le subió la falda y le dejó al descubierto las rodillas. Forcejearon durante más de un minuto,

apelando a Frances para que los ayudara o tomara partido: «¡Dígale que pare, Frances!» «¡Es ella, Frances, no yo!»

Incluso con la ginebra que había ingerido aquello empezaba a resultar molesto. Tuvo la sensación de que las payasadas del matrimonio eran una especie de espectáculo extraño, dedicado a ella pero nada halagador. Sospechó que si se marchaba de la habitación su hilaridad cesaría al instante; que la pareja se quedaría sentada en silencio, uno junto al otro.

Quizá ellos también sospecharon lo mismo, porque cuando ella hizo ademán de levantarse se calmaron un poco, como si realmente quisieran que se quedara. Bebió más ginebra, todavía pensando en apurarla cuanto antes; pero al levantar el vaso se sorprendió al ver que había consumido tres cuartas partes. Tan pronto como ingirió el cuarto que quedaba, Leonard se puso en pie y le arrebató el vaso para volver a llenárselo, al mismo tiempo que el de Lilian y el suyo. Frances protestó cuando le quitó el vaso vacío y protestó cuando se lo devolvió lleno. Él dijo que casi todo era limonada; apenas lo probó, ella supo que no era cierto. Pero curiosamente el hecho de saberlo no cambiaba nada. Y cuando, con una pizca de inquietud, pensó en su madre en la habitación de abajo, otro sentimiento, algo oscuro y cruel, se infiltró en el desasosiego. *Si a madre no le gusta esto que se aguante*, se dijo, dando otro sorbo.

¿Y ahora qué hacía Leonard? Parecía incapaz de estarse quieto. Había ido a un cajón para sacar algo de dentro: un estuche elegante, con bisagras en la tapa. Se lo llevó a Frances y se lo enseñó como si fuera un camarero.

—¿Qué le parece? —La caja contenía cigarrillos gruesos, negros, extranjeros—. Éstos son los auténticos. Me los regaló un cliente agradecido. Se los enviaron por barco desde Oriente. ¿No huele el aroma de Oriente? —Se los pasó por debajo de la nariz.

Ella no supo muy bien si se los estaba ofreciendo o simplemente enseñando. Asintió:

—Muy bonitos.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Se siente capaz?

—Ah, pero yo creía que desaprobaba que las mujeres fumen.

Él pareció sorprendido.

—¿Quién, yo? ¿Quién le ha dicho eso? Yo estoy a favor de los derechos de

las mujeres. Soy una auténtica señora Pankhurst.

—¿De veras?

—Oh, sí.

Ella dudó; entonces oyó un sonido en la habitación de abajo y, con otro arranque oscuramente bravucón, metió la mano y extrajo el cigarrillo más grueso del estuche. Leonard graznó una carcajada —«¡Ah, Frances! Siempre he sabido que en usted había más de lo que se ve a primera vista»— y sacó del bolsillo una caja de cerillas y raspó una para darle fuego. Había cerca un platillo de plata que ya contenía una o dos colillas, pero él no le dejó utilizarlo. Le acercó en su lugar el cenicero de pie, aquella monstruosidad horrible, de imitación de bronce, y lo depositó con un floreo junto a la butaca de Frances.

Lilian observó todo esto desde el sofá como si no le gustara del todo lo que estaba viendo. Cuando Leonard volvió a su lado con los cigarrillos, alargó la mano para servirse uno y dijo:

—Bueno, si Frances fuma uno yo también quiero el mío.

Él le retiró la caja en el acto.

—Ah, no, *tú* no fumas.

—¿Por qué no?

—Éstos son demasiado buenos para ti. Además —se acarició el bigote—, quizá me apetezca besarte más tarde. Sería como besar a un hombre.

—¡Entonces sabrás lo que tengo que aguantar!

Se disputaron la caja, pero al final Lilian se apoderó de un cigarrillo y, a regañadientes, él se lo encendió. Durante un minuto los tres permanecieron callados, ligeramente aturridos por la fuerza del tabaco. El humo salía en volutas de sus bocas y narinas, tangible como la muselina, de un color gris azulado cuando flotaba en las sombras y verde cuando se cruzaba con la luz ambarina de la lámpara.

La habitación enseguida empezó a asemejarse a la idea que Frances se hacía de un fumadero de opio. Lilian y Leonard tenían en el sofá posturas tan indolentes que prácticamente estaban repantigados, Lilian con las rodillas levantadas y Leonard con las suyas planas, las piernas extendidas hacia fuera y los pies sobre el puf de cuero rojo. Frances se había mantenido sentada todo el rato cerca del borde de la butaca, pero al verlos arrellanados de aquel modo pensó que su manera de sentarse era forzada. Se recostó, abandonándose al respaldo de felpa. Leonard le indicó que había una palanca insertada en un

costado del mueble. Frances tiró de ella, con cierta cautela, y la butaca se plegó con un chirrido y se transformó en una tumbona. La cabeza se le fue hacia atrás, los pies se le levantaron y de golpe, mientras se inclinaba, notó la ginebra. Se sintió como si fuese un recipiente lleno de licor y el contenido se esparciera a medida que adoptaba la posición horizontal. Se dijo a sí misma, asombrada: «¡Estoy un poco borracha! ¡Dios mío, qué horror!» Pero de nuevo este pensamiento no surtió efecto. Apenas le pareció preocupante. Y los Barber, por supuesto, estaban más borrachos, llevaban bebiendo más tiempo que ella. Conservaba esa ventaja sobre ellos, aquel rasgo de superioridad crucial. En cuanto a la butaca, ¡fue una revelación! ¡Una obra maestra de ingeniería! Bueno, así era la clase social de los oficinistas. Podían carecer de cultura por completo, pero desde luego sabían cómo ponerse cómodos...

En lo que le pareció un santiamén levantó el vaso y volvió a sorprenderse de encontrarlo vacío; y una vez más Leonard lo advirtió, se levantó, recogió los vasos vacíos y se los llevó para llenarlos. Pero cuando regresó y repartió los vasos, se paró a recorrer la habitación con la mirada, retrajo el labio inferior y, chocándolo contra su pequeña lengua móvil, produjo un ruidito seco y calculador.

Lilian lo observaba por encima del borde de su vaso.

—¿Qué buscas?

Él, sin embargo, se dirigió a Frances.

—¿Qué tal si jugamos a algo, Frances?

—¿Jugar? —Ella pensó que debía de referirse a unas charadas, para las cuales era una negada, rematadamente pésima—. Oh, no. Tengo que acostarme. Debe de ser tarde, ¿no?

Nadie le respondió. Lilian seguía observando a Leonard. Él había cruzado otra vez la habitación; ahora, del anaquel más bajo de una librería, sacó una maltrecha caja de cartón. Cuando la acercó a la luz de la lámpara, Frances vio su tapa de colores.

—¡Serpientes y Escaleras!

Él sonrió.

—¿Le gusta este juego? —Su sonrisa se tornó maliciosa—. A Lily también. ¿Verdad, Lil?

Por toda respuesta, Lilian se inclinó e intentó arrebatarse la caja de las manos. Pero él la puso fuera de su alcance y después de apartar el puf de un

puntapié desplegó el tablero y lo colocó en medio del suelo, y luego eligió tres fichas de madera –amarilla para Frances, azul para Lilian y roja para él– y con un firme ademán las tiró a la alfombra, como un jugador que coloca unas monedas. Frances se agachó para ver mejor. Luego, como aquello parecía divertido, se bajó de la butaca, se quitó los zapatos y se reunió con Leonard en el suelo; hizo todo esto de un modo vacilante, pero sin soltar el vaso de ginebra. Las fichas estaban melladas y el uso las había descolorido por los bordes. El tablero estaba sucio y algo levantado en los pliegues. El juego debía de tener unos treinta años, pero las ilustraciones conservaban todavía sus colores ácidos, y las casillas donde había números borrados estaban repasadas con tinta. Algunos de estos números eran exagerados: les nacían miembros, se convertían en flores, corazones, notas musicales. Y a varias serpientes les habían puesto chisteras o gafas y patillas.

Lilian seguía sentada en el sofá. Frances dijo:

–¿No viene?

Ella sacudió la cabeza, con una expresión velada.

–No quiero jugar.

–Pensaba que le gustarían todos estos colores.

Lilian la miró y apartó la vista. Leonard emitió una risilla burlona.

–No le gusta perder.

Ella le miró, ceñuda.

–¡Eso no es verdad!

–No tiene espíritu deportivo.

–¿De veras? –preguntó Frances.

–Eso no es cierto.

–Hace muchas trampas.

–Vaya por Dios.

–¡No, no! ¡El tramposo es *él*!

–Demuéstrelo, entonces.

–¡Sí, venga! –dijo el marido, agarrando a Lilian y arrastrándola al suelo.

Ella aterrizó con un batacazo y derramó parte de su bebida, y cuando intentó volver al sofá Leonard la agarró y volvió a arrastrarla. Ella desistió, pero seguía sin sonreír; cogió un almohadón del sofá, se sentó encima, se remetiÓ la falda alrededor de las piernas, pero lo hizo con movimientos torpes y rabiosos, y luego se quedó con el vaso en alto, ocultando la boca.

Frances recorrió con los dedos las curvas de una serpiente por el tablero.

–Qué bonito es este viejo juego.

Leonard estaba enderezando el disco giratorio, un hexágono de cartón arrugado montado sobre un eje de madera. Dijo:

–Era de Dougie, cuando éramos pequeños. No chupe la ficha amarilla, ¿quiere? Creo que podría contener arsénico.

Frances oyó su propia risa ahogada.

–¿Fue su hermano el que añadió los corazones y las patillas?

Él hizo girar el disco sobre la palma de la mano.

–Ah. No, fuimos Lily y yo.

Estas palabras escondían algo. Frances alzó la vista y vio su sonrisita. Sin darse cuenta de lo que hacía, se inclinó y le clavó un dedo en la rodilla.

–¿Qué? ¿Qué pasa? –dijo.

Leonard miró a Lilian y abrió la boca para responder. Pero ella se le adelantó.

–Es para que el juego sea más tonto. Es algo que Len y yo hacemos a veces. Si caes en una casilla con un dibujo de notas musicales tienes que cantar algo..., una canción, me refiero. Si caes en una flor, tienes que..., bueno, tienes que fingir que eres una flor y la otra persona tiene que decir qué flor eres. ¡Le dije que eran tonterías!

A Frances se le había escapado otra risita. Pero vio que había algo más. Señaló una casilla con un corazón dibujado.

–¿Y qué pasa si caes aquí?

–Nada. ¡No, Len!

Él protestó.

–¡Frances quiere saberlo! Tiene derecho a conocer las reglas. Es lo siguiente, Frances. Cuando Lily cae en un corazón tiene...

Lilian posó su vaso y extendió la mano a través del tablero para golpear a Leonard. Balanceó la mano con fuerza, pero él la atrapó por la muñeca y forcejearon. No era del todo como la pelea de antes, que parecía escenificada para que ella la viera. Esta vez la lucha fue en serio, estaban enrojeciendo por el esfuerzo; durante varios segundos permanecieron casi inmóviles, en una especie de tensión perfecta, apoyados el uno en el otro pero intentando separarse como un par de imanes que se repelen.

Entonces Lilian soltó de repente una risa nerviosa, y Leonard aprovechó este momento de debilidad para aferrarle la otra mano y sujetarle las dos muñecas.

–Cuando Lily cae en esa casilla –le dijo a Frances, tenso y sin aliento y empezando a reírse él también– ¡tiene que quitarse una prenda!

Frances se esperaba algo parecido. Aun así, las palabras la turbaron, y su primer y aturullado pensamiento fue: «¿Nos oirá madre?» Pero la habitación, con la puerta cerrada y el cono de luz, ya no parecía tan reducida, sino más aislada, acogedora. Lilian se estaba frotando la zona de las muñecas donde le había sujetado su marido, y estaba acalorada por el forcejeo y su expresión era de enfado, vergüenza, excitación: Frances no supo decidir de qué. La sonrisa de Leonard era más amplia.

Frances lo miró como si aceptara un desafío.

–¿Sólo una?

–Sólo una.

–¿Y si el que cae es *usted*?

–Si caigo yo –dijo, con su sonrisa más satisfecha–, bueno, entonces Lily tiene que quitarse otra cosa.

–Ya. ¿Y qué pasa... bueno, si caigo yo?

Él se lo pensó, o fingió que lo pensaba, acariciándose la barbilla hirsuta.

–Pues es un dilema. Nunca hemos jugado con una tercera persona, ¿comprende?... Si cae en un corazón, Frances, yo diría... pues que Lilian tiene que quitarse otra cosa más. Aunque no habría inconveniente en que usted se quitara una prenda, si lo desea.

Como muestra de galantería, pensó ella, era más bien tardía..., si es que podía considerarse galante una invitación a despojarse de ropa en una partida de Serpientes y Escaleras. Pero estaba en el punto álgido de la borrachera, excitada por la ginebra y el tabaco, y excitada también, a su pesar, por la atmósfera picante e íntima en que los tres se estaban zambullendo. ¡Y la velada había tenido un comienzo tan poco prometedor! Recordó, como viéndolo a distancia, su mal humor, a la señora Playfair, al señor Crowther...

Oh, pero el señor Crowther era un soseras. ¿Cómo podía estar sentado con una chica en un jardín en penumbra y ponerse a acariciar a una gata siamesa? ¡A ella misma se le habría ocurrido algo mejor!

Y de repente el tiempo había dado un extraño salto hacia delante y, sin que ella supiera muy bien cómo, la partida había empezado. Para iniciarla hacía falta un seis, le dijo Leonard, y pasó unos minutos frustrada sacando otros números mientras él, primero, y después Lilian enviaban a sus huéspedes a brincar por el tablero. Y cuando por fin entró en el juego enseguida cayó en

una de las casillas retocadas, una que tenía una clave de sol dibujada, lo que significaba que debía cantar un fragmento de una canción. Cantó lo primero que se le pasó por la cabeza; era «Beee, Beee, oveja negra.» Sólo cantó las dos primeras líneas y entonó tan mal la nota inicial que el «algo» agudo sonó como un chillido torturado. Pero Leonard aplaudió como si hubiera cantado un aria, con un cigarrillo recién encendido colgado de la comisura de la boca y exclamando, mientras aplaudía: «¡Bravo!»

El número siguiente de Leonard llevó su ficha a una casilla con el dibujo de una flor. Realizó una complicada, contorsionada pantomima mientras Frances y Lilian intentaban adivinar de qué flor se trataba. ¿Una margarita? ¿Una rosa? Resultó ser hiedra arbórea lo que los enzarzó a los tres en una discusión acalorada sobre si la hiedra se podía considerar una flor o si era sólo una planta. Él puso fin al debate girando el disco para el turno de Lilian en lugar de que lo hiciera ella, y avanzó rápidamente su ficha en el tablero. Frances no habría sabido decir si él embrolló adrede o no el movimiento, pero la ficha pasó de largo sobre una serpiente con una chistera y fue a parar encima de un corazón entintado.

—¡No! —saltó Lilian al instante—. ¡Eso no es justo!

—Sí lo es. ¿Verdad que sí, Frances?

—Pues...

—Vale. Frances dice que es justo, y Frances es una intelectual. Ya le he dicho que Lil hace trampas, Frances. Es todo promesas, esta chica.

Lilian extendió el pie y le asestó una fuerte patada; Frances oyó el impacto del talón contra la espinilla de Leonard. Pero mientras él aullaba y se agarraba la pierna Lilian se quedó inmóvil un momento, pensando a todas luces en la prenda que le tocaba pagar. Después se puso de rodillas, se despojó de sus pulseras resonantes y las estampó en el suelo, a un lado del tablero, con un gesto de achispado triunfo.

Leonard exclamó inmediatamente:

—¡Trampa! ¡Otra vez está haciendo trampas! ¡Las pulseras no valen!

—¡Trampa! —le secundó Frances. Ahuecó las manos alrededor de la boca—. ¡Buu! ¡Qué vergüenza!

Lilian amagó un manotazo contra ellos dos.

—Sí, sí valen. Valen, si la hiedra es una flor.

—¡Tonterías!

—¡Valen!

A regañadientes, ellos cejaron en sus protestas. Pero Leonard miró a Frances indignado.

—¿Qué será la próxima vez? ¿Un pelo de la cabeza?

Lilian cogió su bebida y la partida continuó. En el turno de Leonard, su ficha cayó en una casilla «musical» y él se animó. Cantó «Everybody's Doing It»; lo cantó con un bullanguero acento *cockney*, comiéndose las ges, con los pulgares metidos en las axilas como un verdulero ambulante, y para acabar se inclinó hacia su mujer por encima del tablero y, al compás de la canción, la pinchaba con el dedo en el estómago y los muslos.

Siguió tarareando durante la partida. Apuró su cerveza mientras Lilian y Frances jugaban su turno, pero ésta lo vio mirar de reojo al tablero mientras bebía, claramente calculando su siguiente movimiento. Cuando cogió el disco le imprimió una rotación tan violenta que salió rodando por el suelo y desapareció bajo la sombra del sofá. Dio un salto tras él y lo recuperó diciendo: «¡Cinco! ¡Es un cinco indiscutible!» Y mientras avanzaba su ficha fue evidente que se las había apañado para que el movimiento condujera hasta otro corazón.

Miró compungido a Lilian.

—Vaya por Dios.

Frances también miró a Lilian. Ella había bajado otro almohadón del sofá y lo abrazaba contra el pecho. Sacudió la cabeza.

—No.

—Anda, no seas así —dijo él, razonable—. Conoces las reglas. No las he hecho yo.

—¡Sí, las hiciste tú!

—¡No, no fui yo! Fue un tal... Kidd —Había cogido la tapa de la caja y fingió que leía las instrucciones del fabricante—. Supongo que era uno de aquellos viejos verdes victorianos. Sí, aquí está, más claro que el agua: «Cada vez que un jugador llega a una casilla marcada con un corazón, la mujer de reputación más turbia que haya en la habitación tiene que desprenderse de una prenda de su ropa.» Bueno, lo que quiero decir —se dirigió a su mujer— es que no puede ser Frances, ¿no?

Lilian había sonreído por fin, pero al oír a Leonard se le heló la sonrisa, que se le borró después de un titubeo, y apartó la vista de su marido. Impertérrito, él siguió leyendo.

—«Si dicha mujer se niega a desprenderse de una prenda, en concepto de

multa ¡deberá quitarse *dos!* ¡*Las pulseras no valen!*» –Clavó el dedo en la tapa y la sostuvo en alto como para enseñarla, y luego la dejó–. Bueno, vamos a ser indulgentes y dejamos pasar lo de las pulseras. Pero en serio, Lil, las reglas son las reglas. Así que vamos, juega. Te estás poniendo en evidencia. Santo cielo, se diría que nunca se ha desvestido delante de un caballero, ¿no le parece, Frances? Se diría que...

–Muy bien –dijo Lilian bruscamente. Se puso en pie y dejó caer el almohadón, pero por algún motivo se subió encima y empezó a oscilar para mantener el equilibrio. Fue como si toda la ginebra que había bebido le hiciera efecto de golpe. Dio un bandazo hacia un lado, estrelló el talón firmemente contra los tablones alfombrados y su pecho de camarera rebotó.

Frances pensó de nuevo en su madre, que intentaba dormir en la habitación de abajo. ¿Qué hora era, a todo esto? No tenía la menor idea. Buscó el reloj con la mirada y no pudo encontrarlo.

Leonard, naturalmente, estaba tan serio como siempre; le decía a su mujer, con un tono de advertencia:

–Ahora recuerda lo que te he dicho. Nada de *pelos* ni de jugarretas parecidas. Nada de *pendientes*. Nada de...

–¡Oh, déjame en paz! –dijo ella. Frunció el ceño un momento, tomó una decisión y les dio la espalda, volviéndose hacia la campana de la chimenea. La espalda, sin embargo, era para él lo más insulso: Frances, mirando desde su sitio junto a la butaca, incapaz de pronto de mirar a otra parte, vio a Lilian alzar el dobladillo de su falda y buscar a tientas por debajo el cierre de la media; vio cómo la media se volvía opaca a medida que descendía por el muslo, la rodilla, la pantorrilla y el pie levantado. Cuando por fin se quitó la media, Leonard silbaba como un obrero en la calle. Ella se volvió hacia él e hizo una reverencia irónica, nada elegante. Formó una bola con la media e hizo ademán de lanzarla; su postura sugería, cuando levantó la mano, que se estaba preguntando, durante sólo un segundo, si tirársela a su marido o a Frances. Optó por Leonard: se la arrojó con fuerza, pero la media se desenrolló mientras volaba. Él la atrapó y se la pasó por el bigote.

–Ahora –dijo, al mismo tiempo– un tipo más escrupuloso que yo podría decir que como las medias siempre vienen a pares, en realidad deberían contar como una sola prenda... Pero demonios, seré generoso.

Se enrolló la media en el cuello y empezó a manosearla, intentando anudársela como una corbata a la altura de la garganta. Lilian se sentó

pesadamente en el almohadón y se remeti6 la falda alrededor de las piernas. Pero s6lo le llegaba hasta los tobillos y la l6mpara le iluminaba de lleno los pies; y de alg6n modo la imagen de los dos pies regordetes juntos, uno de ellos descalzo y el otro enfundado en seda, era m6s perturbadora, m6s indefinidamente lasciva que si los dos hubieran estado desnudos. Una y otra vez, Frances desviaba la mirada de ellos, pero una y otra vez volvía a mirarlos. Con el mero prop6sito de romper el hechizo levant6 su vaso, aunque ya no quería m6s ginebra, y temerariamente se la bebi6 entera y empez6 a sentirse un poco mareada.

Leonard había terminado de hacerse el nudo en la garganta. Parecía un gato c6mico en una postal. Dio una palmada y regres6 al tablero.

–*Allons-y!* ¿A qui6n le toca? ¿Y bien? ¿Frances? ¿Le toca a usted?

Frances sabía que era el turno de Lilian. Probablemente tambi6n lo sabía 6l. Pero Lilian no se movi6 de su almohad6n ni dijo nada.

–Quiz6 deberíamos dejar aquí la partida –dijo Frances.

–¿Dejarla? –dijo Leonard–. ¡Bromea! Ahora que las cosas se ponen interesantes. Vamos, ¿a qui6n le toca? ¿A usted?

–No –admiti6 ella.

–Eso pensaba. ¡Entonces t6 juegas, Lil! No nos hagas esperar. Quiero mi segunda media, ¿eh?

Ahora su voz crisp6 a Frances. Era como un chico con un látigo, tratando de mantener el bullicioso curso de la partida. Pero el juego parecía estar volvi6ndose en su contra. Toda la velada estaba cambiando, iba adquiriendo un cariz agrio de una manera que Frances no comprendía muy bien.

Lilian gir6 en silencio el disco numerado. El n6mero la condujo a una escalera; su ficha ascendi6 a una casilla vacía. Despu6s le toc6 jugar a Frances, despu6s a Leonard, despu6s de nuevo a Lilian; la partida discurría sin incidentes, aunque cada vez que el disco giraba Leonard se ponía en tensi6n y luego jadeaba o rezongaba o se llevaba a la cabeza las manos enlazadas, como un noble de 6poca de la Regencia que en el tapete de juego ve c6mo se esfuman su oro, su caballo, su finca campestre, toda su fortuna.

Luego lleg6 otra vez el turno de Frances y, borracha como estaba, vio al instante que el n6mero llevaba a una casilla con un coraz6n dibujado. Se apresur6 a decir:

–Me he confundido. Voy a girarlo otra vez.

Sin embargo, Leonard fue m6s r6pido.

–¡No se puede! También está en las reglas. –Cogió la ficha de Frances y la movió en su lugar– ... tres, cuatro, cinco. ¡Ajá! ¡Otro corazón! Quizá al final consiga mi par de medias. ¿Qué me dice, Frances?

Lilian había recogido las rodillas y agachado la cabeza para descansarlas en ellas. La tela de su falda amortiguó su voz.

–No quiero seguir jugando. ¡Os habéis aliado contra mí! ¡No es justo!

–¡Vamos! –gritó él–. Estamos esperando. Ahora no puedes hacer trampas.

–¡No quiero jugar! –gimió ella, y cuando alzó la cabeza tenía la cara hinchada y borrosa, estaba casi fea. Habló como una niña–. Estoy cansada. Me siento mareada. Me has hecho beber demasiado. Siempre lo haces.

–¡Ésa sí que es buena! –respondió él–. Tú y Frances habéis empuinado el codo como auténticas borrachinas...

¡Oh, cállate!, pensó Frances. De repente sintió un gran malestar. Había cambiado de postura, y al apoyar la mano en el suelo descubrió que el suelo no estaba donde debería estar.

–Es tarde, ¿no? ¿Qué hora es? –dijo.

–¡La hora de que Lilian se espabile y actúe!

–Tengo que acostarme. Estoy fatal.

–Qué va, lo que necesita es un poco más de ginebra. Vamos, Frances. Creía que se estaba divirtiendo. ¿No quiere ver el espectáculo?

Ella lo miró con un estupor embotado. ¿Qué hacía ella allí? Sabía que su habitación estaba cerca, al otro lado de la pared, pero tuvo la sensación aterradora de que se hallaba lejos de su casa, entre extraños. ¿Y aquel ruido abajo había sido una puerta que se abría y se cerraba? Hizo ademán de levantarse, diciendo:

–Oh, Dios. Necesito acostarme.

Él extendió la mano hacia ella.

–No se vaya. –De hecho la agarró del tobillo, muy acalorado–. ¡Va a estropear la partida!

La sorpresa del contacto despejó un poco a Frances. Retorcó el pie para liberarse de la mano de Leonard y, tambaleándose, se encorvó hacia el tablero. Cogió la ficha de madera de Leonard y la desplazó hasta la última casilla.

–Ya está. Ha ganado. Es lo que quería, ¿no?

Él pareció enfurruñado, o fingió estarlo. Ella ya no estaba segura.

–Bueno, así no es divertido.

–Mala suerte. Estoy cansada. Y Lilian también.

–Oh, Lilian no está cansada. Le gusta decirlo, es todo. –Y añadió en voz baja, volviendo la cabeza–: Seguramente lo repetirá más tarde. Pero tampoco lo dirá en serio.

Hubo un silencio después de sus palabras. Él miró a su mujer y dijo:

–¿Qué? Oh, a Frances no le importa. –Su expresión enfurruñada había desaparecido. Se recostó en los codos y lanzó una sonrisa a Frances, enseñando todos sus dientes agolpados–. Frances es una mujer de mundo, ¿verdad, Frances?

Ella intentaba alisarse el vestido. Dijo, sin sonreír:

–Alguna vez podría haberlo sido.

Él respondió rápidamente:

–¿Alguna vez? Con una vez basta, por desgracia. Pregúntele a Lil.

Su tono ahora fue tan desagradable que, mirándolo a la cara, Frances tuvo el impulso sorprendentemente fuerte de golpeársela. Pero apartó la mirada y empezó a calzarse. «¡Epa!», exclamó él, cuando ella se balanceó. Pero fue Lilian la que se levantó para ayudarla. Atravesó la alfombra, dando unos pasos que tampoco eran muy estables, y con la cara tan veteada de rosa como un plato de jamón y la falda arrugada como un acordeón por encima de los pies y los tobillos desparejos. Pero ofreció su mano a Frances; y cuando habló lo hizo con una voz afable, cansada, la suya propia.

–Lo siento, Frances.

Ella vio el reloj por fin: faltaban pocos minutos para medianoche. Aferrando fuerte la mano de Lilian tuvo una visión, un triste espejismo, de las horas sencillas y placenteras que ellas dos, en un mundo distinto, en una vida diferente, podrían haber pasado juntas. En cambio, ¿qué habían hecho? Las habían malgastado con Leonard. Hasta aquel momento ni siquiera había mirado francamente a la cara de Lilian. Al contrario, la había camelado y hostigado: ¡había aplaudido y jaleado mientras ella se quitaba la media! Y ahora comprendía que lo había hecho empujada por un impulso mezquino y malvado: aliarse con su marido para castigarla por ser su mujer.

No pudo comunicarle nada de esto a Lilian. Meneando la cabeza se limitó a decir: «Yo también lo siento.» Recobró el equilibrio; y los dedos de Lilian se soltaron de los suyos.

Leonard se levantó para acompañarla por la habitación.

–Por lo menos no tiene que ir muy lejos –dijo, ligeramente jocoso, cuando

le abrió la puerta. Su actitud de nuevo era distinta. Cuando ella se disponía a pasar por delante, Leonard se le acercó, se le aproximó con tanta decisión que por un momento ella pensó que quizá estuviera a punto de besarla. Pero lo único que hizo fue tocarle el brazo, justo por encima del codo.

—Ha jugado muy bien, Frances. No me tendrá en cuenta lo bocazas que soy, ¿verdad?

Ella no se sintió capaz de responder. Meneó la cabeza y salió del cuarto.

En el espejo de su dormitorio se vio tan espantosa, con todas las facciones borrosas y burdas, que después de quitarse el vestido intentó colgarlo del cristal para no verse; casi en el acto, el vestido se deslizó al suelo. Tuvo una necesidad tan imperiosa de bajar al excusado que en cuanto tuvo puesta la ropa de dormir se dirigió resueltamente a la escalera. Se alegró de que los Barber aún no hubiesen salido de su sala. La luz del vestíbulo seguía encendida, pero las rendijas de la puerta de su madre estaban oscuras; también se alegró de esto. En lo que pareció una embrollada secuencia de movimientos, salió al patio, fue al excusado y regresó a la cocina para servirse un vaso de agua. No tuvo conciencia de que la bebía ni de que posaba el vaso, pero al momento siguiente no tenía nada en las manos; al siguiente estaba de nuevo en la escalera con la luz del vestíbulo apagada, y después estaba cerrando de un portazo la puerta de su dormitorio y se desprendía de las zapatillas.

Se acercó a la cama ansiosa, pero en cuanto se subió y estaba tumbada de espaldas el colchón se escoró como la cubierta de un barco; tuvo que ponerse erguida. Se sentó con la cabeza en las manos y gimió. ¡Dios todopoderoso, qué noche! ¡Ojalá se hubiera quedado en casa de la señora Playfair! Se sentía como si la hubiesen envenenado. Cuanto más tiempo permanecía sentada, más conciencia adquiría de las diversas corrientes furiosas de su cuerpo: el chapoteo de líquidos en su estómago, los latidos de la sangre en los canales de sus oídos. Desafiando al balanceo de la cama, volvió a tumbarse con cuidado. Pero no se encontraba cómoda, no hallaba alivio en ninguna postura; no era posible huir de sí misma. Cuando cerró los ojos vio una especie de pesadilla futurista, serpientes y escaleras de ácidos colores, corazones entintados, la cara colorada de Leonard esbozando una sonrisa. Sin embargo, con mayor claridad que todo esto, vio a Lilian buscando a tientas el broche de su ligero. Vio una y otra vez cómo se bajaba la media.

A la mañana siguiente, cuando despertó justo antes de las seis, los detalles de la velada con los Barber parecían extrañamente lejanos. Al otro lado de la ventana el sol ya estaba brillando, pero de la noche que había pasado sólo recordaba un embrollo de ecos e impresiones, ruidos y risas, un vaso en su mano... Aparte de eso, tenía la cabeza totalmente despejada; de hecho, era poco normal que se sintiera bien. Sabía que había bebido más de la cuenta, pero por un momento se sintió tan natural, tan ilesa, que empezó a sentirse ligeramente satisfecha. ¿No había personas con una constitución especialmente robusta que podían ingerir grandes cantidades de alcohol sin que les hiciera efecto? Debía de ser una de ellas.

Pero sólo unos minutos más tarde, cuando sonó la sirena de la fábrica, el lustre de su bienestar empezó a disiparse. La molestaba la luz en el borde de las cortinas. Necesitaba bajar otra vez al retrete, quería otro vaso de agua, se notaba tan vacía como si no hubiera comido nada en varios días. Pero cuando intentó sentarse en la cama, volvió a la vida como una fiera y las tripas le dieron un vuelco tan agrio que por un instante pensó que iba a vomitar. Precipitadamente se volvió a tumbar, rígida y tragando saliva, y aunque lo peor de la sensación pasó enseguida, comprendió que estaba descartado bajar la escalera. ¡Gracias a Dios que había orinal! Se las arregló para sacarlo de debajo de la cama, acuclillarse medio mareada encima y meterse otra vez a toda prisa entre las sábanas. Ahora el corazón le palpitaba como si fuera a estallar. No lo entendía. ¿Habría comido algo malo en casa de la señora Playfair? Con el estómago revuelto, repasó la cena: la sopa, el lenguado, el pollo, el pudín, el queso, la crema de menta...

El recuerdo del vaso de licor verde hizo que le saltara bilis a la boca. Pero el gusto en el paladar era a ginebra y limonada. A ginebra y limonada; y a cigarrillos negros.

Y poco a poco, entonces, gradual pero incesantemente, como una serie de cadáveres abotargados que emergen en un agua turbia, poco a poco revivió la noche en el cuarto de los Barber. Recordó que había estado recostada en el

sillón con un vaso en una mano y un pitillo en la otra. Recordó que había pasado lentamente los dedos por la caja de cigarrillos del señor Barber y que lo había mirado como una niña, casi poniendo los ojos en blanco: «Yo creía que desaprobaba que las mujeres fumen.» Recordó que había cantado a voz en cuello «Beee Beee oveja negra». Recordó risitas, recordó gritos, recordó...

¡No, no admitiría el recuerdo! ¡No, no, no!

Pero el cadáver más hinchado de todos reflató... Recordó su mirada lasciva como la de un soldado borracho cuando Lilian se plantó encima de un almohadón para su striptease tambaleante.

Escondió la cabeza debajo de la manta, repeliendo oleadas de náusea y de vergüenza.

A las siete de la mañana sonó el despertador de los Barber y oyó al señor Barber –maldita sea, ahora tenía que llamarle Leonard–, oyó levantarse a Leonard, bajar sin hacer ruido, regresar y entrar en su cocina. Escuchó incrédula el desenfado cotidiano de sus movimientos mientras se lavaba, se afeitaba, se freía un desayuno solitario. Incluso hubo un momento en que lo oyó tararear entre dientes; pensó que era totalmente capaz de entonar el coro de «Everybody's Doing It». Después de haberlo recordado con los pulgares metidos en las axilas, su imagen le daba vueltas debajo de los párpados y la mareó más que nunca. Cuando oyó el chorro y el borboteo del té vertido de la tetera, seguido por el tamborileo de loza cuando él se llevaba las tazas al dormitorio, le apeteció tan ávidamente una taza de té que estuvo al borde de las lágrimas.

Transcurrieron unos minutos más tranquilos después de que él abandonara la casa, pero no tardó en oír movimiento abajo: su madre, que se dirigía a la cocina. Pensó en el fogón que había que atender, en la leche que había que recoger fuera, en el desayuno que había que preparar, en todas las tareas del nuevo día que tenía por delante. ¿Podría cumplirlas? Tenía que intentarlo. Se levantó con el estómago revuelto, se calzó las zapatillas, se ató la bata. Hasta ahora todo bien. Después se acercó al espejo. Tenía los ojos rojos e hinchados, pero la cara parecía empolvada de blanco; hasta los labios los tenía blancos. El pelo estaba erizado como si la hubieran electrocutado.

Hizo lo que pudo para adecentarse y luego se aventuró a salir del cuarto. La única señal de vida en el rellano era el olor del beicon frito de Leonard.

Abajo, en la cocina, abrió la boca para dar los buenos días a su madre, pero

la tos suplantó al saludo informal. La tos tenía el gusto de aquellos cigarrillos sucios; siguió tosiendo hasta que casi tuvo convulsiones.

–Espero que no estés incubando un catarro, Frances –dijo su madre al final. Estaba cortando una rebanada de pan.

Frances se enjugó la boca y los ojos acuosos, y la voz le salió ronca.

–Creo que sabes muy bien que no.

–¿Lo pasaste bien con el señor y la señora Barber?

Ella asintió, tragando algo que tenía el gusto y la textura del alquitrán.

–¿No te molestamos mucho? Acabamos jugando a una tontería... –Volvió a toser–. A Serpientes y Escaleras. La partida se prolongó más de lo previsto.

–Sí, os oí.

El pan estaba ya cortado y en un plato. No podían tostarlo, con el fogón apagado. La madre tenía en la mano el plato de mantequilla, estaba sacando un cuchillo del cajón. Pero como hacía tan bueno la mantequilla empezaba a derretirse: Frances captó su tufillo ligeramente rancio cuando la madre destapó el plato y tuvo que apartarse bruscamente. Al hacerlo debió de palidecer aún más, porque su madre, con una mezcla de reprensión e inquietud, bajó el cuchillo para decir:

–¡La verdad, Frances, estás en un estado deplorable! Tienes que recordar que no eres tan joven como los Barber.

Frances mantuvo la vista lejos de la mantequilla que se licuaba.

–El señor Barber es sólo un año menor que yo.

–Él es un hombre, con una constitución de hombre.

–Qué frase más victoriana.

–Sí, bueno, como he dicho muchas veces, se habla muy mal de los victorianos. ¿Qué edad tiene su mujer?

Frances vaciló.

–No lo sé. Veinticuatro o veinticinco, creo.

Sabía muy bien que Lilian tenía veintidós años. Pero confiaba en que su madre hubiera llegado a una etapa de la vida en la que era imposible calcular la edad de nadie con menos de cuarenta años. Por eso la sorprendió que su madre amusgara los ojos con una expresión escéptica y dijera:

–Bueno, realmente tiene un aire muy joven para una mujer de veinticinco. Y respecto a lo de las Serpientes y Escaleras...

–Un bonito juego victoriano.

–¡Bonito y ruidoso, por lo visto! Más ruidoso de lo que yo recordaba. Me

asombró que estuvieras jugando. Creí que te dolía mucho la cabeza para jugar al bridge en casa de la señora Playfair.

Frances no supo qué responder. Tuvo otra visión fulgurante de Lilian bajándose la media. ¡Si su madre lo supiera! La idea se le pasó por la cabeza en una oleada de calor. Con una mano temblorosa se sirvió un vaso de agua. Después de haberlo bebido consiguió ocuparse del fogón. Pero entonces percibió otra vaharada del plato de mantequilla.

–Si no te importa, madre, creo que voy a subir a mi cuarto una hora más. El chico de Tasker llegará enseguida, pero puedes recogerle la carne, verdad? Me pongo un abrigo encima y salgo a buscar la leche...

–La leche ya está aquí. Nos la ha traído el señor Barber. Y, sí, creo que será mejor que te acuestes. Dios sabe que es mejor que nadie te vea en este estado.

Frances se sirvió otro vaso de agua y se escabulló de la cocina.

Así que Leonard había entrado la leche, ¿eh? Era la primera vez que lo hacía. Debió de adivinar que ella no estaría en condiciones. La idea la desazonó. Recordó que la víspera él la había apremiado a beber ginebra, llenándole el vaso en cuanto ella lo vaciaba. ¡Prácticamente se la había vertido en la garganta! ¿Por qué lo habría hecho, exactamente? Recordó que le había asido el tobillo con la mano. Se recordó de nuevo sonriéndole como una tonta ante la caja de cigarrillos. ¿Y acaso ella no se había inclinado para darle un golpe en la rodilla? La invadió otra oleada de vergüenza. Tuvo que pararse en la escalera y taparse los ojos con la mano. Una vez en su habitación dio vueltas mentalmente a estas escenas hasta que sucumbió a un sueño inquieto.

Cuando despertó eran casi las once y se sintió mucho mejor. Comenzó por segunda vez el día, se dio un baño y hasta logró afrontar unas cuantas tareas livianas. Ella y su madre se hablaron educadamente. Comieron en el jardín, a la sombra del tilo.

Lilian no daba aún signos de vida. Frances empezó a preguntarse si se habría marchado de casa sigilosamente. Por una parte deseó que así fuera. Por otra..., oh, no sabía lo que quería. Su arranque de energía ya se estaba agotando; pareció acabarse cuando recogió del jardín las cosas del almuerzo. Tenía previsto salir hoy. Había prometido visitar a Christina. Pero pensó en el traqueteo del viaje, en andar de un lado a otro, en los cuatro tramos de peldaños de piedra hasta el apartamento de Christina... No se sentía con

fuerzas. Cuando su madre se instaló en el salón con un nuevo libro de pasatiempos, ella subió otra vez a su dormitorio y se tendió en la cama totalmente vestida.

Ya no estaba mareada; lo cual era algo. Y en la habitación hacía calor y había una penumbra agradable. Había abierto de par en par la ventana pero dejó las cortinas casi corridas, y de vez en cuando una brisa las mecía y la columna de luz entre ellas aparecía borrosa y luego se volvía nítida, se ensanchaba y adelgazaba. Los olores eran los del jardín: fragante espliego, geranio intenso. De la recocina de una casa vecina le llegaban tenues salpicaduras de agua, de una cocina el silbido de una tetera que aumentaba cada vez más, y luego se apagaba. Los olores y sonidos se enzarzaban y pugnaban, pero creaban una especie de equilibrio precario. Ella también se sintió balanceada con ellos, como una criatura infinitamente humilde y frágil.

Cerró los ojos. Quizá dormitó. Apenas fue consciente, en un momento dado, de que se abría la puerta del dormitorio de Lilian y de los pasos de unas zapatillas en el rellano. Pero los pasos aminoraron, vacilantes, y algo en su titubeo hizo que se despertara del todo; por así decirlo, presentía la dirección de los pasos. El estómago le dio un vuelco desagradable. Estaba incorporándose para sentarse cuando Lilian llamó a la puerta.

—¿Está ahí, Frances?

Ella se aclaró la garganta.

—Sí. Sí, entre.

Se abrió la puerta y Lilian entró cautelosamente en la habitación en penumbra.

—¿No estaba dormida?

—No, en realidad.

—Quería saber cómo se encuentra.

Con una mano asía el pomo de la puerta y con los nudillos de la otra se apretaba la mejilla. Ella y Frances se miraron sin que ninguna de las dos supiera qué decir. Después Frances dejó caer la cabeza contra la cabecera de hierro de la cama.

—¡Dios, qué mal me siento!

—¡Oh, y yo también! —dijo Lilian—. ¡Me encuentro fatal! No sé qué hacer conmigo. ¿Puedo... puedo sentarme con usted un ratito?

El estómago de Frances dio otro vuelco, pero asintió.

—Sí, claro.

Lilian cerró la puerta y avanzó hacia la silla del dormitorio. Pero la silla estaba cubierta por prendas de la noche anterior, todas ellas apestando a humo de tabaco, y Frances, al ver la incertidumbre con que Lilian caminaba, dijo:

–Tendré que ordenar esto más tarde. Ahora no tengo fuerzas. –Se desplazó hacia atrás contra las almohadas y recogió las piernas–. Mejor que se siente aquí. ¿Le parece bien?

Si Lilian dudó, fue sólo un momento. Se subió a la cama, manteniéndose justo al pie de la misma, y luego se derrumbó de costado contra la pared y cerró los ojos. Frances vio entonces que tenía los párpados pesados y que su pelo había perdido el brillo oscuro. Llevaba una falda del color del papel de estraza y su sencilla blusa blanca tenía sólo unas puntadas violetas en los puños y el cuello, como si darlas hubiera consumido todo su ímpetu.

Abrió los ojos y encontró la mirada de Frances.

–Lamento tanto lo de anoche.

Frances pestañeó, avergonzada.

–Yo también.

–No sé lo que me pasó. No hice ni dije nada a derechas en toda la noche. Len estuvo todavía peor. ¿Qué pensará de nosotros? Él está muy apenado.

–¿Sí?

–Oh, sí. ¿No me cree?

Frances no supo qué pensar. Recordó los ruidos de Leonard por la mañana, deambulando ágilmente por la cocina.

–No es eso –dijo–. Es sólo... Oh, Lilian, no entiendo a su marido. No tiene la culpa de lo de anoche. Hice el ridículo, lo sé. Pero no puedo evitar pensar que él disfrutaba viéndome así... Y no estuvo muy agradable con usted. Aunque yo tampoco.

Lilian bajó los ojos.

–Es lo que me merecía.

–¿Qué quiere decir?

Pero ella sacudió la cabeza y no contestó.

Durante un minuto o dos suspiraron, sentadas. Poco a poco los suspiros de Frances se volvieron gemidos. Se frotó la cara.

–¡En qué estado nos vemos! No me he emborrachado así en toda mi vida. Tengo la sensación de que mi estómago es como una pobre criatura a la que

hubieran molido a palos. ¡Es como si me hubieran restregado los ojos con pólvora! ¿Fumamos? ¿Cree que nos sentiremos mejor o peor si fumamos?

No lo sabían, pero decidieron averiguarlo. Frances sacó papel, tabaco y un cenicero de cristal, y lió dos cigarrillos mal hechos.

Después de dar la primera bocanada volvió a hundirse en las almohadas.

–Ah, ayuda, ¿no?

–¿Ayuda? –preguntó Lilian–. No estoy segura. A mí me excita.

Lo dijo en un sentido inocente, llevándose una mano al corazón galopante. Pero Frances, al oír la palabra y ver que Lilian se ponía la mano en el pecho, tuvo otra visión fulgurante: el almohadón en el suelo y Lilian, achispada, pisándolo para mantener el equilibrio; su tacón clavándose en la alfombra, y el bamboleo de sus pechos. La imagen desencadenó una maraña de sentimientos: incredulidad, vergüenza y otra cosa, las náuseas que perduraban de las emociones de la víspera.

Lilian la miraba a la cara.

–¿Qué está pensando, Frances?

–Oh... –Dio una calada–. Pienso en lo espantosa que estuve anoche.

–Usted no. Fuimos Len y yo.

–Para empezar, no debería haber entrado. ¿Se habían peleado?

–No, no nos habíamos peleado.

–Pero ¿y todas esas cosas horribles que le dijo Leonard? ¿Es así a menudo?

–Bebió demasiado, eso es todo. De todos modos, yo también le digo cosas horribles.

–Eso no mejora en nada las cosas. ¡Las empeora! ¿Un matrimonio no debería ser más amable?

–En realidad nos llevamos muy bien.

–A mí nunca me lo ha parecido.

–Los maridos y mujeres son así. De un matrimonio no se puede esperar amor y romanticismo y cosas por el estilo, ¿no?

–¿No? ¿Entonces qué sentido tiene? Usted y Leonard han debido de quererse alguna vez, ¿no?

–Oh, no lo sé. Sí, supongo que sí.

–No parece nada convencida. ¿Por qué se casó, si no estaba segura?

Lilian estaba girando la punta del cigarrillo contra el borde del cenicero. Lo miró ceñuda.

–Ya me lo preguntó una vez. ¿Por qué le interesa tanto?

–No lo sé. Simplemente trato de comprender, supongo.

–Bueno, no vale la pena que piense en ello. Fue sólo... un error. Todo fue un error.

–¿Un error?

–Sí, Len y yo cometimos uno, cuando éramos jóvenes. Hicimos una tontería y ahora estamos pagando por ello, eso es todo. –Su tono reflejaba cierto malestar. Pero al alzar los ojos y ver la perplejidad en la cara de Frances dijo, casi exasperada–: Ay, Frances, para ser una persona tan inteligente a veces parece torpísima. ¿No sabe a qué clase de error me refiero? Iba a tener un bebé. Por eso nos casamos Len y yo. –Bajó otra vez la mirada–. Ya ve, el bebé murió al nacer.

Conmocionada, Frances dijo:

–Lilian. Cuánto lo siento.

Ella había empezado a morderse el labio.

–No tiene importancia.

–Por supuesto que la tiene.

–Ahora parece que sucedió hace siglos.

–No lo sabía. Ojalá lo hubiera sabido.

–No se lo diré a su madre, ¿verdad?

–Pues claro que no.

–¿Y ahora no piensa mal de mí? ¿De lo que hicimos Len y yo?

–Oh, ¿de verdad cree que haría algo así?

La expresión de Lilian se aclaró.

–No, no lo creo –dijo–. Usted no es como los demás. Los padres de Len, por ejemplo. No paraban de hacer comentarios severos. Que yo me había quedado embarazada adrede para enganchar a Len..., ¡como si él no hubiera tenido nada que ver! Que el bebé no era de él, sino de otro hombre. Y luego, cuando el niño murió, dijeron que su muerte era mi castigo. Oh, fue todo tan horrible, Frances... Creo que enloquecí un poco. Me convertí en una mala persona. No podía mirar a los bebés de otras mujeres. Ni siquiera podía ser buena con Maurice, el hijo de Netta. Ella nunca me lo ha perdonado. Nadie me comprendió. Decían que tenía que pensar en todos los hombres que habían muerto en la guerra, y en las personas que habían muerto de gripe, y que comparado con eso qué significaba la vida de un recién nacido... Supongo que tenían razón.

–No –dijo Frances–. No la tenían. Hay cosas tan horrosas que enloquecer

un poquito parece la única reacción razonable. Usted lo sabe, ¿verdad?

Lilian titubeó, luego asintió y respondió en un murmullo:

–Sí.

–¿Y nunca ha pensando en... tener otro hijo?

Ella desvió la mirada.

–A Len le gustaría. Pero yo siempre me pregunto qué pasaría si ocurriera otra vez. Le ocurrió a mi madre. No creo que yo lo soportara. Y además el mundo está muy mal para traer hijos. Pero al final lo haré, probablemente. De lo contrario es ir contra la naturaleza, ¿no? Y si no lo hago significa que Len y yo nos hemos casado para nada. No es tan malo tenerlo, al fin y al cabo. – Hablaba como intentando convencerse a sí misma–. En realidad, Len es un buen marido. Todo el mundo me dice que lo es. Sólo que..., bueno, ya vio cómo se comportó anoche. En los tiempos de nuestro noviazgo, me insistía una y otra vez para que le dijera que sí. Y entonces dije que sí; y es como si no me lo hubiera perdonado.

–¿Nunca la ha... maltratado?

La pregunta produjo un asomo de sonrisa en la cara de Lilian.

–¡No! Que se atreva a intentarlo. Y sabe que mis hermanas lo despellejarían.

–Y nunca..., con otras mujeres...

Frances pensaba en aquel momento, semanas antes, en el jardín a la luz de las estrellas, en la mano de Leonard sobre la parte baja de su espalda.

–Oh, no –dijo Lilian, sin embargo–. Él se tiene un poco por un mujeriego, pero en ese sentido nunca haría nada. Ya ve que escarmentó conmigo.

Al decir esto se le hundieron las facciones y pareció casi fea. También pareció avejentada, con sombras y grietas alrededor de los ojos. Frances repitió:

–Cuánto lo siento, Lilian.

Pero ella bajó la cabeza, como avergonzada.

–Ha sido siempre tan buena conmigo, Frances. Lo ha sido desde el principio. Y aquella vez también fue sincera conmigo. –Titubeó–. Ya sabe a qué me refiero. No tenía por qué haberlo sido, pero lo fue; y yo no le correspondí. Desde entonces no he dejado de darle vueltas.

Frances no contestó. Desde más allá de la ventana abierta llegaban de nuevo lejanos ruidos domésticos: los ladridos de un perro, una mujer gritando algo, el choque de una cuchara contra un fregadero. Las cortinas se

estremecían con la brisa, sus aros se movían con un chirrido de metal, y cuando volvían a estar en su sitio la habitación parecía más oscura que antes.

Y quizá la penumbra propició que Lilian hablara. Mientras aplastaba su cigarrillo dijo en voz baja:

–Lo que me dijo esa vez...

–No debería haberle dicho nada –dijo Frances; añadió su colilla a la del cenicero y después lo apartó.

–¿Pero era verdad lo que dijo? ¿Un amor con una mujer?

–Sí.

–¿No había un hombre?

–No, no había un hombre. En mi caso nunca ha habido ninguno. Al parecer tengo... el microbio del hombre, o lo que haga falta para eso. Mi pobre madre está convencida de que tiene que haber uno en alguna parte. Ha hecho de todo para sacármelo, menos ponerme cabeza abajo, sujeta por los talones. Pero...

–Pero ¿cómo empezó? ¿Cómo lo supo?

–Me enamoré. ¿Cómo sabe una esas cosas?

–¿Pero dónde se conocieron?

–¿Mi amiga y yo? Nos conocimos en Hyde Park, durante la guerra. Yo había ido con Noel a escuchar a los oradores. Fue justo antes del reclutamiento y un hombre hablaba en contra. El público lo interrumpía y le daba empujones; era vergonzoso, horrible. Pero andaba por allí, sin perder la calma, repartiendo panfletos en nombre del orador y con un aire de que le importaba un bledo que alguien le escupiese por ello a la cara, una chica baja, menuda, rubia, con una boina de terciopelo... Cogí un panfleto y fui a un mitin, tuve que mentirles a mis padres para ir, y allí estaba ella. No me recordaba de Hyde Park, aunque yo sí me acordaba de ella. Después del mitin la acompañé andando a su casa, todo el trayecto desde Victoria hasta Upper Holloway. ¡Con un frío que pelaba! Creo que empecé a enamorarme de ella cuando estábamos cruzando Euston Road. Nos hicimos amigas. Se quedaba aquí, muchas veces. Y luego, de repente, resultó que me amaba.

–¿Y eso no la escandalizó?

–¿Que alguien me amase? Estaba sorprendida.

–No me refiero a eso.

–Ya lo sé. No, no me escandalizó. Todo aquello era demasiado maravilloso. Había tenido amores en mi época escolar, pero todas mis amigas

los habían tenido; siempre nos estábamos mandando tarjetas de San Valentín, escribiendo sonetos a la vista de la encargada de la clase... No era nada parecido. Era algo del corazón y la cabeza y el cuerpo. Una cosa de verdad, auténtica, adulta. Bueno, nos creíamos adultas. Pero la guerra nos hizo más sensatos a los jóvenes, ¿verdad? John Arthur ya había muerto por entonces. Christina, mi amiga, había perdido a unos primos. Estábamos impacientes. Lo planeamos en serio. Todo lo hacíamos en serio entonces. Christina se inscribió en clases de contabilidad y mecanografía. Mirábamos habitaciones para alquilar, ahorrábamos dinero. Nuestros padres pensaban que era una estupidez, por supuesto. Luego el asunto se convirtió en una pelea; la misma pelea interminable, agotadora, una tras otra, cómo podíamos pensar en marcharnos de casa, qué diría la gente, éramos demasiado jóvenes, la gente nos tomaría por unas depravadas, ningún hombre querría casarse con nosotras. Pero hasta las peleas, a su modo, eran emocionantes. ¡Christina y yo hablábamos como si formásemos parte de una sociedad nueva! Todo estaba cambiando. ¿Por qué no íbamos a cambiar también nosotras? Queríamos sacudirnos de encima la tradición, la clase social, todo eso...

Hizo una pausa, bebió un sorbo de agua, notó rasposa la garganta. Lillian la miraba.

—¿Qué pasó después?

Frances posó el vaso con un tintineo.

—Oh, después nos metimos en aquel lío con la policía, cuando le tiré mis zapatos a un parlamentario. Mi padre me amenazó con echarme de casa. Me temo que me reí de él en su cara. Pero mi madre... —Tomó aliento—. Mi madre figó en mis cosas y encontró una carta de Christina y la leyó. Creo que había sabido en todo momento que había algo raro en nuestra amistad. Llevó la carta a los padres de Chrissy. Revolvieron su cuarto y encontraron cartas mías. Bueno, estaba claro lo que significaban. Yo me llevé la mayor parte de la culpa, quizá porque era un poco mayor que Chrissy. Me dieron a entender que yo era una especie de vampiro...

—¡Vampiro!

—Ya sabe lo que quiero decir. Una de esas mujeres, maestras de escuela neuróticas y demás, sobre las que se escriben libros. Hablaron de mandarme a un médico para que me examinara las glándulas, dijeron. Oh, no soporto pensar ahora en aquello.

Se estremeció, rememorando una escena, como salida de un sueño

aterrador, de su padre inmóvil, de su silencio, del frío desagrado en su expresión: peor, infinitamente peor y más vergonzoso que veinte años de bravatas.

–Si hubiéramos sido más atrevidas –prosiguió–, nos habríamos escapado. Creo que quizá deberíamos haberlo intentado. Deberíamos haber huido a hurtadillas, como ladrones. Pero decidimos afrontar la situación. La gente decía que la guerra no duraría otro año. Pensábamos que cuando terminara, todo sería un poco distinto... Y mientras esperábamos perdimos a Noel. Fue en marzo del 18. Ya había sido duro cuando John Arthur murió, pero después de Noel..., no sé. Mi padre se convirtió en un inválido. Mi madre estuvo destrozada durante un tiempo. Nuestros sirvientes nos abandonaron; luego tuvimos una serie de cocineras y asistentes, una pequeña calamidad tras otra. Parecía más sencillo empezar a ocuparme de la casa yo sola...

»Y entonces, en agosto, también murió mi padre; y descubrimos que habíamos perdido todo nuestro dinero. La nueva sociedad que yo había planeado con Christina empezó a parecer bastante endeble. Llegó el armisticio, pero ¿qué iba a hacer yo? No podía dejar a mi madre, después de todo lo que había sufrido. Ella y yo nunca hablamos de ello, nunca dijimos una palabra al respecto; ella sabía lo que Christina significaba para mí, pero... no podía abandonarla. Me dije a mí misma lo que su familia le dijo a usted: que habían muerto millones de hombres, que millones de mujeres habían renunciado a sus amantes, a sus hermanos, a sus hijos, a sus ambiciones... Era simplemente un sacrificio más. Lo consideré un acto de valentía por mi parte.

Lilian la miraba horrorizada.

–Pero ¿qué fue de su amiga?

–Ah... –Frances apartó la mirada–. Bueno, fue duro separarnos. Fue... peor que duro. Pero al final Christina se arregló muy bien. Salió del extrarradio, como ella quería. Al conocerla ahora, nadie sabría que se había criado en una calle llamada Hilldrop Villas.

–¿Se casó?

–¿Casarse? ¡No! En cualquier caso, no en el sentido en que usted lo dice. Encontró otra amiga. O la amiga la encontró a ella. Una chica más valiente que yo... O más dura de corazón, de todos modos. Rompió con su familia hace años, y le va muy bien sin ella. Es maestra, por cierto. Bueno, ella se considera una artista. Tiene un estudio en Pimlico y hace tazas y platillos desaparejos. –Cruzó una mirada con Lilian–. ¿Hablo como una amargada?

Supongo que lo estoy un poco. No siempre es fácil: visitar a Christina, ver la vida que tiene y pensar que era la que quería vivir yo. Hoy estaría con ella de no sentirme tan mal. ¿Qué hora es? –Buscó el reloj–. Sí, ahora mismo estaría allí. –Volvió la cabeza hacia la ventana abierta y dijo, suavemente–: ¡Lo siento, Chrissy! –Se volvió y habló bostezando–. Por lo menos no le habré causado problemas. Es la persona más desordenada que conozco.

Durante todo este tiempo, la cara de Lilian se mantuvo incolora. Ahora, sorprendentemente, se ruborizó. Con voz muy baja dijo:

–Todavía le tiene afecto.

–¿Qué? No, no. No del mismo modo. Eso terminó hace años.

–Pero ha dicho que estaba enamorada.

–Lo estaba –dijo Frances–. Lo estábamos. Pero Christina tiene ahora a Stevie y a mí me arrancaron el amor. O... ¿qué se hace con los vampiros? ¿Se les clava una estaca en el corazón? Sí, a mí me la clavaron bien a fondo. –Suspiró y se frotó los ojos. Se sentía exhausta, vaciada–. Y nada de esto debería importar, Lilian. Con el estado actual del mundo, es una cosa tan pequeña, insignificante. Pero creo que lo triste es que soy más o menos tan feliz con mi vida como usted con la suya. Hago todo lo posible por mi madre... o me digo que lo hago. A veces me parece que no hago más que regañarla; nos cruzamos como un par de tijeras. Ella tampoco es feliz. ¿Cómo iba a serlo? Creo que lo único que hace es matar el tiempo. Bueno, quizá todos lo hacemos.

Después guardaron silencio un rato, Frances suspirando de nuevo, Lilian ruborizada todavía, sentada con la cabeza gacha y el ceño fruncido mirándose el regazo. Estaba alisando una arruga en la tela de su falda, pasaba una y otra vez el pulgar por encima del pliegue, de un modo inquieto, preocupada.

Y el silencio se alargó tanto que Frances empezó a temer que, quizá, hubiera hablado con excesiva franqueza. Dijo:

–No mencionará el nombre de Christina delante de mi madre, ¿verdad? No sabe que Chrissy y yo seguimos viéndonos. Le daría un ataque si lo supiera. Y... ¿Y no se lo dirá a Leonard? ¿No se lo ha dicho ya?

Al oír esto Lilian le devolvió la mirada.

–Por supuesto que no se lo he dicho a Leonard.

–Bueno, no sé cómo funcionan estas cosas. Siempre he supuesto que maridos y mujeres se lo contaban todo.

Lilian no respondió. Su expresión seguía siendo preocupada, abrumada. Y

al cabo de otro minuto de silencio se pasó la mano por la cara y dijo, con la misma voz desmayada que antes:

–Tengo que irme, Frances. Tengo cosas que hacer antes de que Leonard vuelva.

Frances asintió.

–Sí, desde luego. –Pero pareció consternada cuando Lilian bajó de la cama. Al ver cómo se estiraba las costuras de su falda, dijo–: Gracias por haber venido. Me ha apenado mucho saber lo de su bebé. Pero me alegro de que me lo haya dicho. Gracias por ser tan sincera. Y gracias por haber escuchado toda esa historia... de los vampiros.

Lilian tampoco respondió esta vez, se limitó a mirarla a través de la penumbra. Luego, con una torpe inclinación de la cabeza, se dirigió hacia la puerta.

Pero se detuvo, como pensando en algo. E, inesperadamente, regresó. Sonrojándose más que nunca, llegó a la cabecera de la cama y se detuvo a uno o dos palmos de donde Frances estaba sentada; y alargó una mano hacia el pecho de Frances. No se lo tocó. En cambio, mientras Frances la miraba, paralizada, desconcertada, curvó los dedos como aferrando algo que sobresalía del pecho de Frances y, haciendo con la boca un sonido chirriante y silbante, retiró la mano despacio.

Sólo cuando ya casi estaba terminada la pequeña charada comprendió Frances de qué se trataba. El punto que Lilian había asido se encontraba justo encima del corazón. Había extraído de él una estaca imaginaria.

Lo hizo sin mirar a Frances ni una sola vez; pero lo hizo suave, pausadamente, incluso apartando la estaca hacia un lado con una grácil apertura de la mano. Pero después pareció sobresaltada por las consecuencias de lo que había hecho. Su propio corazón le palpitaba: Frances lo veía, un temblor sobre la piel tirante en la base de su garganta. Se miraron las dos en silencio y el momento pareció dilatarse, permanecer en suspenso como una gota de agua, como una lágrima... Entonces las cortinas se hincharon y crujieron, y eso la sacó del trance. Agachó la cabeza y se marchó, salió de la habitación y cerró la puerta tras ella.

¿Por qué lo habría hecho? ¿Con qué propósito? Hundida contra las almohadas, Frances escuchaba asombrada los pasos que se alejaban. Se puso una mano en el pecho y descubrió que el punto que había atravesado la estaca imaginaria estaba ligeramente sensible. Se bajó el cuello de la blusa, apartó la

camisola flácida que llevaba debajo; incluso se levantó y cruzó el dormitorio para mirarse el pecho en el espejo. No había nada que ver, la piel estaba intacta, sin marcas. Era imposible, volvió a la cama, se tumbó con los dedos encima del corazón, convencida de que percibía un movimiento de calor, un fulgor de sangre; algo, de cualquier forma, que la mano de Lilian había sacado a la superficie.

Cuando Leonard regresó del trabajo por la noche, volvió a bajar casi de inmediato y asomó la cabeza por la puerta de la cocina con una expresión culpable. Como de costumbre, tenía en la frente la marca del bombín, pero estaba pálido y por ello el blanco de los ojos aparecía sombrío; además, las guías de su bigote estaban caídas.

¿Frances podía dedicarle un minuto?

Ella asintió y él entró en la cocina con una mano detrás de la espalda, azorado.

–He venido a disculparme por mi conducta de anoche –dijo–. Bebí un poco más de la cuenta y me dejé llevar. Dije un montón de cosas que no debería haber dicho. Fue imperdonable por mi parte. Pero espero..., bueno, espero que aceptará esto y no me guardará rencor.

Hubo un sonido sordo cuando retiró la mano de la espalda. Era una caja de bombones adornada con una cinta rosa de satén, y en la tapa había la imagen de una bailarina.

Ella lo miró con una intensa vergüenza.

–No tenía que comprarme nada, Leonard.

–Bueno, quería regalarle algo, y como el jardín está lleno de flores he pensado que las rosas no servían. Y me figuro que no come chocolate muy a menudo, ¿no?

–En todo caso no debería disculparse conmigo, sino con Lilian.

Para sorpresa de Frances, él se sonrojó un poco.

–Lo sé.

–Le dijo cosas muy desagradables.

–Lo sé, lo sé. Pero no lo hice con mala intención; Lily lo sabe. Ya le he dicho cuánto lo lamento. Encontraré un modo de compensarla... Ojalá aceptara estos bombones, Frances. Siempre he pensado que usted y yo éramos buenos amigos, y detestaría que eso cambiara. Puede regalárselos a su

madre si usted no los quiere. Me figuro que también la molestamos a ella, ¿no?

Frances se limpió las manos en el delantal y por fin aceptó el regalo, esforzándose en adoptar una expresión adecuada a las exigencias del momento, intentando admirar el envoltorio de fantasía, conservar un poco de dignidad... y sin olvidar, por descontado, ni por un segundo, el otro momento intenso que había vivido unas horas antes, cuando la mano de su mujer se le había acercado a centímetros del pecho para extraerle aquella estaca imaginaria.

Él pareció aliviado.

–Gracias. Para mí significa mucho que esté dispuesta a aceptarlo. Espero que no me tenga en un concepto demasiado malo. Bueno..., nos divertimos anoche, ¿no?, antes de que yo olvidara mis modales.

Se le movía el bigote mientras hablaba, y ver su boca rosada, húmeda, produjo en Frances una onda de la oscura emoción de la noche anterior, como si encontrara el último chapoteo de ginebra en la botella casi vacía. Era una corriente de más, sin embargo. Sí, reconoció, se habían divertido; pero habló con remilgos, dándose media vuelta, dejando sin abrir la caja de bombones para reanudar la tarea que él había interrumpido: cortar chalotas en rodajas. Leonard se demoró uno o dos minutos, quizá aguardando que Frances dijera algo más. Como no fue así, se escabulló por la puerta trasera, que estaba abierta.

Se quedó en el patio después de haber ido al excusado. Mirando fuera, Frances lo vio con las manos en los bolsillos del pantalón, restregando los pies contra las grietas de las baldosas. Cuando volvió a mirar, un segundo después, había entrado en el césped: lo vio encender un cigarrillo y tirar la cerilla entre los arbustos, y empezó a pasear entre los arriates, agachándose de vez en cuando para arrancar los pétalos muertos de una rosa. Cuando lo hacía estaba de espaldas a ella; Frances seguía con el cuchillo en la mano y en lo que más se fijó fue en lo estrechos que eran los hombros y las caderas de Leonard: de pronto le pareció una figura solitaria y vulnerable que deambulaba de un lado para otro. Recordó la agitación con que había dirigido la partida de Serpientes y Escaleras como si quisiera obtener algo del juego, de su mujer, de Frances, de la noche, resuelto a hostigar sin descanso hasta que cediera o se rompiera.

Es tan infeliz como cualquiera de nosotros, comprendió.

¿Lo era? Terminado el cigarrillo, Leonard volvió a la casa y ella vio de nuevo lo que había visto claro en él. Leonard parecía más animado que nunca; las guías de su bigote ya no estaban caídas. Dijo que había visto un cortacéspedes arrinconado al fondo del jardín. El mecanismo estaba agarrotado, pero creía que podría ponerlo de nuevo en marcha. Le echaría una ojeada más tarde, si a Frances y a su madre no les importaba.

Frances le dijo que lo hiciera. Él subió a cenar y cuando reapareció, justo antes de las ocho, se había quitado la chaqueta, el cuello y la corbata y se había remangado la camisa hasta casi las axilas.

Pero esta vez lo acompañaba Lilian: se sentó en el banco debajo del tilo, mirando cómo él extendía un hule cuadrado y empezaba a desmontar el cortacéspedes. Cuando Leonard tuvo las manos demasiado grasientas para prender un cigarrillo, ella le sacó el paquete del bolsillo y le encendió uno. Frances vio todo esto desde la ventana del salón, mientras su madre escogía bombones de la caja con el dibujo de la bailarina.

—¿No vas a comer ninguno, Frances, después de que el señor Barber se haya tomado tantas molestias? ¡Me siento una glotona, comiéndolos todos!

Pero no, Frances no quería bombones. Aunque tampoco podía parar de coser. Estaba demasiado pendiente de Lilian, al fondo del jardín, con su blusa blanca de toques violetas en el cuello y los puños.

Pero... ¿se lo estaba imaginando? Tuvo la sensación de que Lilian estaba pendiente de ella. Ni una sola vez miró hacia la casa. Observaba a Leonard trabajar con la llave inglesa, asentía para alentarle cuando él le mostraba las piezas de maquinaria, los piñones y las cuchillas y Dios sabía qué más. Pero incluso cuando asentía, cuando murmuraba, incluso cuando encendió un cigarrillo y se inclinó para insertarlo en los labios de su marido, una parte de ella, como una sombra larga, muy larga, que corría en dirección contraria al sol, se inclinaba hacia Frances; tenía esta certeza.

Se vieron muy poco durante el fin de semana, y cuando se encontraron el lunes no hicieron mención de las confidencias que habían intercambiado en el dormitorio de Frances, ni del modo eléctrico pero ambiguo en que se habían separado. No hablaron mucho de nada en especial: de cuestiones domésticas, facturas de la lavandería. Pero durante el resto de aquel día se oyó en toda la casa el rumor sordo de la máquina de coser de pedales; y a la mañana

siguiente, mientras Frances estaba quitando las sábanas de la cama, Lilian apareció en su puerta.

–Tengo su vestido, Frances –dijo tímidamente.

–¿Mi vestido?

–Para la noche del sábado. Para la fiesta de Netta. ¿Lo había olvidado?

Frances no lo había olvidado. Pero la prueba del vestido, el corte de pelo..., todo aquello parecía pertenecer a un tiempo lejano, menos complicado. Se apartó de la cama y se dirigió a la entrada mientras Lilian sostenía el vestido en su percha; luego se quedó boquiabierto de asombro. La prenda se había transformado. Lilian la había convertido en algo holgado y de cintura baja, a la última moda. Había lavado el vestido y lo había planchado, eliminando todo rastro de moho. Pero también había reemplazado los cordones de cuero gastado del vestido por cintas de terciopelo plateadas, y recubierto con un tela satinada a juego la banda inferior de la falda.

Frances levantó uno de los puños.

–Es precioso.

–¿Lo dice en serio?

–No quiero ni pensar en las horas que le habrá dedicado.

–Apenas me ha llevado tiempo. Y he encontrado un bolso que va muy bien con él... Tome. –Era un bolso de noche, de felpa gris–. Y también este sombrero. ¿Qué le parece? –El sombrero era rosa y de ala ancha–. La copa es muy blanda, para que no le estropee el peinado. Pensaba en ondularle otra vez el pelo, ¿quiere?

Frances dio vueltas al sombrero en las manos y luego se plantó delante del espejo para probárselo. El color le sentaba bien y el estilo le favorecía. Cuando se lo quitó dejó una estela del perfume de Lilian. Lo posó con cuidado encima de la cómoda y dijo:

–Pensé que había cambiado de opinión sobre la fiesta. Hace tanto que no la mencionaba que me había hecho a la idea... ¿Está segura de que quiere que vaya?

–¿No quiere ir?

–Sí, me gustaría. Pero ¿y Leonard? ¿No le importará que la acompañe yo en vez de él?

Lilian se sonrojó, pero ladeó la barbilla.

–¿Por qué iba a importarle? Ya tiene su reunión de seguros. Y se alegrará

de evitar a mi familia. Sólo habrá familiares, ya lo sabe, ¿no? Y la casa de Netta... no es muy elegante. Quizá le disguste.

–No me disgustará.

–Si lo hace no se lo reprocharé lo más mínimo.

–Estoy segura de que no, Lilian –dijo Frances. *No me disgustará*, quería decir, *si estoy con usted*. Un par de semanas antes quizá hubiera dicho esta frase en voz alta. Un par de semanas antes Lilian quizá hubiese agachado la cabeza y aceptado las palabras como otra muestra de cómica caballerosidad. Pero ahora Frances no las habría pronunciado, ni por cincuenta libras, ni siquiera por quinientas.

Pero tal vez Lilian las oyó de algún modo. Su osadía pareció fallarle. Colgó el vestido en su percha detrás de la puerta y al cabo de un breve e incómodo silencio se fue a su habitación.

El malestar persistió a medida que transcurría la semana. La extracción de aquella estaca del corazón de Frances había liberado un determinado potencial, facilitado una carga física. Sorprender la mirada de la otra a través de una puerta abierta podía ruborizar a las dos. Si tenían que cruzarse en la escalera parecían ser el doble de su tamaño natural, todo manos y caderas y pechos. Cuando se paraban a charlar se mostraban tan inquietas como si ambas estuvieran muertas de miedo. Sin embargo, tan pronto como se separaban era como si volvieran a encontrarse. Era como si estuvieran unidas por un hilo que tiraba a cada una de ellas hacia la otra.

Y había otro tipo de hilo que las empujaba hacia aquella fiesta. Su celebración se había convertido en una promesa incierta, había adquirido un atractivo improbable. Frances pensaba todo el tiempo en ella; y, no obstante, cuando hablaba de la fiesta a otras personas, se transformaba en una mentirosa incurable que soltaba un embuste bostezando. A Christina, por ejemplo, se lo dijo como si fuera algo muy gracioso. ¡Diversión y juegos con la familia de Lil! ¿Iban a jugar a poner la cola al burro y a la gallinita ciega? A su madre se lo dijo como de pasada. Bueno, la fiesta no era lejos. Lilian había sido muy amable al invitarla; no era fácil decirle que no. Y a Leonard...

Pero él se le adelantó. La miró incrédulo.

–¿Se hace una idea de dónde se mete? Estará lleno de chatarreros y miembros del Sinn Féin, ya sabe. Los O’Flanagan, los O’Golfos... Pero me

alegro de que vaya, lo digo sinceramente. Vigile a Lily. De algunos de esos primos suyos irlandeses de ojos pícaros... ¡no me fiaría un pelo!

Frances comprendió que hablaba medio en broma. Farfullando una respuesta, se alejó antes de que él pudiera ver lo fea que era su sonrisa.

Eso fue el jueves por la noche. El viernes amaneció muy bueno. Y el sábado, el día de la fiesta, hacía calor ya a las cinco de la mañana; la despertó la luz, bajó sigilosamente y tomó el té en el jardín. Las tareas domésticas le ocuparon la mañana; puso el doble de cuidado en ellas porque sentía la poderosa tentación de dejarlas sin hacer. Preparó un almuerzo minucioso, con una tarta de frutas para el postre, y se propuso ser agradable con su madre, atenta y locuaz para que hubiera sobremesa.

Pero después de recoger las cosas subió a sentarse de nuevo en la pequeña cocina mientras Lilian le recortaba y le ondulaba el pelo: el proceso fue tan inaguantable como la primera vez, pero de un modo completamente distinto. Lilian estuvo torpe con la plancha; uno de los rizos no quedaba bien. Tuvo que mojarlo y volver a rizarlo, con la cara a unos centímetros de la de Frances. Las dos parecían contener el aliento. Frances mantenía la mirada clavada en un punto de la pared, una franja de papel desnudo que se había dejado sin barnizar.

Fue incapaz de relajarse cuando terminó la sesión de peluquería. Dedicó tiempo a reunir su atuendo, buscar unas buenas medias de seda, sudar con la plancha para intentar revivir un par de zapatos de ante. Se restregó las manos con zumo de limón, se cortó y se pulió las uñas, cambió la cuchilla de la maquinilla de afeitar y se depiló las piernas meticulosamente. Todo esto la tuvo atareada hasta la hora del té; después se sentó en el salón con un libro abierto en el regazo, demasiado inquieta para concentrarse en la lectura; demasiado consciente de que Lilian, en el piso de arriba, abría cajones del ropero. Las cuatro y media... Las cinco menos cuarto... Los minutos pasaban despacio hasta que oyó el sonido de la cancela y pasos que resonaban en el jardín delantero. Leonard llegaba a casa. Entró, y su llegada aceleró de pronto el ritmo del día: pareció que la tarde contenía la respiración, se ponía de puntillas y daba un salto adelante. Él tenía que prepararse para su propia velada, por supuesto, su noche en el club: lo que fuese. Frances lo oyó enseguida en el rellano, llamando a Lilian para preguntarle por el jabón de afeitar y las ligas. Y cuando ella estaba en la cocina preparando una cena temprana de sábado, pusieron el gramófono a todo volumen y sintió una

punzada de emoción absoluta. Por una vez, la música de baile parecía atraerla en lugar de ahuyentarla.

Sonaba todavía cuando subió a su cuarto. Zumbaba en las tablas del suelo a sus pies mientras se desvestía y se lavaba. Se puso ropa interior limpia. Se subió las medias, deslizándose con una fluidez sobrenatural sobre sus piernas recién depiladas. Le costó un poco encajarse el vestido. La desconcertó su holgura en el pecho, la alarmó lo corto del dobladillo –Lilian lo había alzado, al final–, y al mirar su reflejo, los encajes a lo Burne-Jones, pensó de nuevo en el bosque de Sherwood, en laúdes y desfiles de ropajes. ¿Y el pelo le quedaba bien con aquel cuello de raso? El suyo propio le pareció tan largo como una serpiente marina. Al mover la mandíbula a un lado y a otro pensó en aquellos maniqués de cera con la cabeza y los hombros estirados que alguna vez había visto en el escaparate de una peluquería.

El disco del gramófono acabó cuando se estaba empolvando la nariz con una hoja de *papier poudré*. En medio del brusco y enervante silencio se calzó el sombrero prestado y cruzó cautelosamente el descansillo.

Vio entornada la puerta de Lilian, y más allá llegó a vislumbrarla a ella; estaba ante el espejo, con un vestido que Frances no le había visto nunca, el que debía de haberse hecho para la fiesta, un modelo llamativo de seda blanca con una sobrefalda como de gasa y con finos tirantes en los hombros que le dejaban al descubierto los brazos y la parte superior de la espalda. Se estaba esforzando en introducirse en la muñeca una pulsera dorada en forma de culebra cuando vio a Frances; se detuvo con la alhaja a mitad de camino en el brazo cuando sus miradas coincidieron a través del espejo. Pero al instante apartó la mirada, bajando los párpados sombreados con kohl y deslizando la pulsera más arriba. Y lo que dijo fue:

–Aquí está Frances. ¿No la ves guapa?

Leonard estaba en el cuarto con ella; Frances no se había percatado. Pero ahora, con el crujido de un tablón, asomó la cabeza con cautela.

Frunció los labios en un silbido silencioso. Frances pensó que la admiración era en parte real y en parte fingida.

–¡Bueno, Clapham no se enterará de lo que se le viene encima! Parece usted la mujer en la torre del poema..., ¿cómo se llama? –Salió al rellano; quería el cepillo de ropa para su chaqueta–. De todos modos, lleva el color justo para la familia de Lily. ¡Les gusta cualquier cosa que les recuerde a la vieja Isla Esmeralda!

Ella lo miró mientras se arreglaba los hombros. Nunca lo había visto tan atildado. Se había tomado tantas molestias con su ropa como ella con la suya. Tenía el pelo engominado y con la raya en medio; los pliegues de su pantalón eran afilados como cuchillas. Llevaba una corbata del regimiento, una especie de anillo de sello en el meñique de la mano izquierda y las uñas relucientes; había ido a ver a «Thidney, mi manicuro», le dijo, con un coqueto movimiento de corista de la muñeca.

Pero en su actitud había cierta retención. Había sido precavido con Frances desde la noche que habían jugado a Serpientes y Escaleras.

—¿Le apetece mucho lo de esta noche? —dijo ella, y él asintió:

—Oh, sí.

—¿Qué es, exactamente? ¿Una cena?

—Sí. Un banquete, por lo que dicen todos. Luego vamos a un salón privado y allí empezará en serio la noche. O eso me han dicho.

—Remangarse las perneras, aprender el apretón de manos..., algo así, ¿no?

Él se estaba enderezando los puños y sonrió mirándose la manga.

—¡No! Sólo se trata de una reunión de amigos que trabajan en lo mismo. «Hoy por ti, mañana por mí.» Ese tipo de cosas, ya sabe, Frances.

—No, la verdad es que no.

Él no respondió. Miró por encima del hombro de Frances. Lilian había aparecido en la entrada del dormitorio, tocada con uno de sus sombreros campana y un chal de seda en el brazo; Leonard la miró de arriba abajo como si la contemplara por primera vez. Lo que dijo ahora lo dijo con un tono agraviado.

—No sé. No me parece bien que uno se vaya por un lado una noche de sábado y su mujer se vaya por otro. ¡Debo de estar mal de la cabeza para dejarte sola en medio de esos primos tuyos!

Lilian avanzó para pasar de largo.

—Deberías haberlo pensado antes de decirles que ibas a esa estúpida cena.

—¿Estúpida cena? ¡Ésa sí que es buena! ¿No quieres que tu marido prospere? Sin embargo, no te cuesta mucho gastar su dinero. Un segundo. — La agarró de la muñeca—. ¿A qué hora volverás a casa?

Ella forcejeó.

—No lo sé. Antes que tú, lo más probable.

—Bueno, acuérdate de portarte bien. ¿No me das un beso de despedida?

Aún no le había soltado el brazo. Ella se dejó atraer hacia él y le dio un

beso seco en la mejilla.

–Así está mejor –dijo él, soltándola, y entonces finalmente le brillaron los ojos azules.

–¡Le toca a usted, Frances! –Le ofreció la cara–. ¿Qué me dice? Lily la ha calentado para usted.

Antes de que Frances pudiera contestar, Lilian dijo, con un gesto de reprobación:

–A Frances no le interesa. Déjala en paz.

Se estaba ruborizando.

Abajo, en el vestíbulo, las dos hicieron un alto. Frances tenía que despedirse de su madre, pero se entretuvo mirándose al espejo. Se ajustó el cuello y el ángulo del sombrero y vio de nuevo el tremendo lío en que se había metido: los zapatos, las medias, el vestido, el pelo. Con su atuendo se sentía disfrazada, y al mismo tiempo expuesta.

Pero cuando hizo una entrada de tanteo en el salón, su madre se mostró tan encantada como aquella otra vez.

–¡Dios mío, qué elegante estás! ¡Tan guapa que no te hubiese reconocido!

–Gracias.

–No te había visto ese sombrero. ¿Es de la señora Barber? ¿Y el vestido?

–No, el vestido es mío. Es el que..., hace años que lo tengo.

–Deberías ponértelo más a menudo. El color te favorece. ¡Ah, qué pena que la señora Playfair no esté aquí para verte! ¿No podrías pasar por su casa antes de ir a la estación?

–No, madre.

–Sería un momento.

–No, madre. ¡Por favor!

–Bueno, era sólo una idea... ¿Y es la señora Barber la que está ahí fuera? Entre, señora Barber, ¡déjeme verla también! –Su sonrisa se volvió un poco forzada al ver la barra de labios y el kohl de Lilian–. Sí –dijo, no obstante–, las dos están preciosas.

Ahora Frances estaba impaciente por irse. Se sentía más expuesta que nunca con Lilian de pie a su lado. Se escabulló hacia la puerta.

–No creo que volvamos tarde. Leonard está todavía arriba, pero se marchará pronto. Viene a buscarle su amigo el señor Wismuth; no hace falta que le abras tú la puerta. ¿Estarás bien?

–Sí, estaré bien. Ah, pero tengo unas cartas para enviar por correo. ¿No

podrías llevártelas? Aunque ¿les he puesto ya los sellos? No, no los he puesto. Espera un momento. Ah, y a ésta le falta la dirección. Necesito mi estuche. ¿Tú lo ves...?

Cuando por fin ella y Lilian pudieron escapar, Frances se sentía como una mosca que de milagro hubiera logrado zafarse de una tira de papel pegajoso. Apenas pasaban de las siete de la tarde y el sol todavía estaba alto en el cielo. La acera despedía calor como una plancha; se arrimaron a la sombra todo lo posible mientras bajaban la cuesta, pero hacía calor incluso en el andén de la estación, en la penumbra azulada del tramo de vías. Los pasajeros eran los de una noche de sábado. La gente iba al teatro, al cine, a una sala de baile. Los hombres tenían un aspecto aceitado y barnizado. Las mujeres eran como aves con crestas espectaculares: carmesí, dorados, verdes, violetas. Pero Frances pensó que ninguna era tan hermosa como Lilian. En contraste con la seda blanca y la gasa de su vestido, la piel de sus brazos y hombros poseía una textura sólida, cremosa, como si uno pudiera hundir en ella una cuchara o un dedo.

Unas madres gritaban a unos niños que se alejaran del borde del andén, y su tren llegó. Frances abrió un compartimento y se vio asaltada por una ráfaga de aire caliente y viciado; siguió a Lilian dentro y se sentaron juntas. El asiento de enfrente lo ocupaban dos muchachos y un hombre; ellos, de unos trece años, las observaron con un tímido interés, y el hombre miró fijamente a las dos, en especial a Lilian, de aquel modo impertérrito, asombroso con que los hombres, había advertido Frances, miraban a Lilian, y aquél incluso bajó el periódico para escrutarla, por lo que Frances tuvo ganas de inclinarse hacia él y decirle: ¿Por qué no levanta los pies? Póngase cómodo. ¿Tiene una pipa? ¿Por qué no la enciende? Adelante... Pero sospechó que en parte era un sentimiento de envidia. Cuando el hombre se apeó en East Brixton, quiso ocupar su sitio, pero se le adelantó una mujer que entró cargada con unas voluminosas bolsas de red.

La siguiente parada era Clapham. Se apearon y un minuto después estaban en High Street, abriéndose camino por la concurrida acera. Las puertas de los comercios estaban abiertas. Enrarecían el aire olores a carne, pescado, fruta madura, cuerpos sudorosos. De una tienda de gramófonos emergía a todo volumen el éxito del momento, «The Laughing Policeman».

Le dijo: ¡Debo detenerla!

*Él no sabía por qué.
Y entonces se rió tanto
¡que se le desencajó la mandíbula!
Oh...*

Las risas las persiguieron mientras Lilian precedía la marcha hacia una calle residencial. Las casas allí formaban una hilera de viviendas adosadas y eran de ladrillo rojo, limpias, estrechas, idénticas, con un diminuto jardín delante, con arriates o enlosado. En uno de los jardines un chico reparaba una bicicleta. En otro un hombre en mangas de camisa estaba regando unos geranios. Por una ventana abierta se oían las notas de una pianola acompañadas por los graznidos temblorosos de una trompeta que intentaba seguir la melodía.

Frances era de nuevo consciente de los adornos medievales de su vestido. «¿Falta mucho para llegar?», preguntó al doblar una calle, y cuando Lilian le indicó con un gesto –no, la casa está justo al final de esta hilera–, la súbita realidad inminente de la fiesta hizo que redujera el paso. Se derrumbó totalmente al atisbar la ventana delantera de la casa de Netta, con sus cortinas de encaje de Nottingham y las luces encendidas, por la que se veían las cabezas y los hombros de personas sentadas o de pie.

Lilian se paró y la miró con curiosidad:

–¿Qué pasa? ¿No estará nerviosa?

–Sí, un poco.

–¿Por qué?

–No lo sé. Es sólo que hemos tenido tantos problemas, recorrer todo este trayecto. Pero ahora que ya estamos aquí...

Lilian miró hacia delante, hacia la casa y se mordió el labio.

–Yo también lo estoy, un poco. Qué tontas somos.

–¿Por qué?

–Bueno, no tenemos más remedio que entrar. Al fin y al cabo hemos venido por la fiesta.

¿Era así, sin embargo? De pronto Frances se preguntó qué pasaría si agarraba a Lilian de la mano y se la llevaba en dirección opuesta. *Vamos*, quiso decirle, allí mismo, en esa calle de Clapham. *¡Vamos! ¡Ahora! ¡Rápido! ¡Sólo usted y yo!*

Pero no lo hizo, no lo dijo; y en todo caso era demasiado tarde. Alguien las

había visto desde la ventana. Se alzó la cortina de Nottingham. Se abrió la puerta de la casa y apareció la hijita de Vera, bajando a tumbos por los peldaños un chirriante cochecito de niños.

–¡Tía Lily! ¡Ven a ver!

Después de las casas de Champion Hill, aquélla parecía una construcción de miniatura, el recibidor estrecho sólo se ensanchaba un poco al pie de la escalera, y cuando Netta apareció, acompañada de su marido, Lloyd, todos tuvieron que rodearse unos a otros para abrazarse o estrecharse la mano.

–Muchas felicidades –recordó Frances que dijo. Había llevado un regalo, un frasco de sales de baño. El regalo de Lilian era un perfume. Transcurrieron un par de minutos dedicados a desenvolver los regalos, desenroscar el tapón y olerlos, y los niños también acudieron a hacerlo y los chicos hacían muecas y se marchaban pinzándose la nariz con los dedos. Parecía haber niños por todas partes. Un cuartito trasero era como un patio de recreo escolar. Delante había una cocina diminuta y unos cuantos hombres bebían junto a la puerta del jardín, pero casi todos los adultos estaban congregados en la habitación delantera, la que Frances había vislumbrado desde la calle. Vista desde dentro, desde el recibidor, parecía incluso aún más alarmante. Habría allí unas dos docenas de personas sentadas en toda clase de asientos, y los más jóvenes compartían uno o estaban en el suelo con las piernas cruzadas. En la habitación había mucha luz, hacía calor y estaba atestada, pero también era íntima y desafiante; el espacio libre en el medio recordaba a una gallera para gallos de pelea. Cuando Lilian finalmente la condujo dentro, sólo abrió la boca para decir «Buenas noches» y «¿Cómo está usted?», pero en el acto presintió el impacto que causaba su acento. La gente se puso más rígida en sus asientos. Se sintió observada con interés. «Es la propietaria de la casa donde viven Lil y Len», oyó murmurar a alguien, como si supieran todo sobre ella y hubieran tenido curiosidad en conocerla. Se le pasó por la cabeza la horrible idea de que quizá la única razón de que Lilian la hubiese llevado allí –de que la hubiera vestido y peinado– era exhibirla.

Fue un alivio reconocer a Vera y a Min. Y encontrar a la señora Viney, profusamente ataviada de azabache, con un vestido que le llegaba muy cerca de las rodillas, dejando a la vista sus tobillos hinchados, fue como ver a una querida amiga de otro tiempo.

–¡Oh, señorita Wray, qué guapa está! ¡Y qué bonito peinado! Apuesto a

que se lo ha hecho Lil, ¿verdad?

Extendió la mano mientras hablaba. Frances avanzó hacia ella y la señora Viney la atrajo hacia sí y le estampó un beso en la mejilla.

Se reorganizaron los asientos, se desplazaron cojines, se movieron sillas. Frances y Lilian se apretujaron juntas al lado de dos señoras mayores. Resultaron ser unas tías irlandesas de Lilian, una tal señora Daley y una tal señora Lynch. Había otras tías sentadas cerca, la señora Fulana y la señora Mengana: Frances olvidó sus nombres de inmediato, pero estaba contenta de poder mezclarse con ellas, aliviada de no estar tan expuesta. Le alabaron su vestido. Le dieron una bebida, una copa de clarete con trozos de fruta en conserva flotando en ella. Las tías le ofrecieron una lustrosa salchicha envuelta en hojaldre, un pedazo de la tarta de cumpleaños. ¿Y qué le parecía Clapham? ¡Un barrio muy distinto a los que ella estaba acostumbrada!

—¿Así que no ha venido Lenny?

Ella explicó lo de la cena.

—¡Oh, qué lástima! Es un auténtico cómico, ese Lenny. Con él te tronchas de risa.

—Sí, ¿verdad?

En realidad no le apetecía el clarete; le traía a la memoria la partida de Serpientes y Escaleras. Pero dio unos sorbos, sonriente, cohibida, mirando alrededor. La habitación era insulsamente pretenciosa: jarras de cerámica con el rostro de personajes en una alta estantería, picheles y bandejas de latón industrial. Todo el mobiliario parecía nuevísimo, relucía el barniz del aparador. Pero entonces recordó que le habían dicho en una ocasión que Lloyd estaba en el negocio de los muebles. Dirigía un almacén en algún lugar de Battersea. Supuso que el hombre que estaba al fondo, redondo como un nabo, era el hermano de la señora Viney. A su lado, un hombre más joven, con cicatrices e invidente, era a todas luces el hijo que se había quedado ciego en la guerra. Los chicos del rincón debían de ser los famosos primos irlandeses de Lilian, los de «ojos pícaros». Dos de ellos eran morenos con un atractivo bastante común; el tercero tenía el aspecto de una estrella de cine. Las chicas se parecían a Vera, de cara angulosa pero con labios delgados y sin pintar. Ahora estaban llamando a Lilian: querían ver su brazalete de Theda Bara. Ella se lo quitó y ellas se lo fueron pasando y probando por turnos.

Frances descubrió que era desconcertante ver a Lilian a gusto entre tantos

extraños, pensar que tenía aquel mundo, aquella vida, totalmente separada de su vida cotidiana en Champion Hill. Pensó: Toda esta gente tiene alguna relación con ella. ¿Cuál tengo yo, exactamente?

Pero cuando esto empezaba a apesadumbrarla, Lilian se volvió hacia ella y le preguntó, en un susurro:

—¿Está bien?

—Sí, estoy bien.

—¿No es demasiado, toda esta gente?

—No, no es demasiado.

Y de repente ya no lo era. Se sonrieron, y los sonrojos y los nervios de los días anteriores se disiparon. En su lugar un conocimiento pareció brotar entre ellas, tanto más emocionante porque surgía en aquella habitación calurosa, luminosa, abarrotada. Y, por supuesto, por eso habían ido. Frances lo comprendió todo al instante. Nunca podrían haberse mirado con tanta franqueza en la peligrosa intimidad de Champion Hill. Pero allí, entre tanta gente... Miraban hacia otro lado, pero el conocimiento perduraba. Estaban sentadas muy juntas, más o menos casi compartían el asiento, y Lilian estaba tan cerca que Frances captaba por separado sus olores, el olor del polvo de tocador, de la barra de labios, de su pelo. Lilian dijo algo a uno de sus primos. Se inclinó para desplazar un vaso de la tía y luego para enderezar las cuentas del collar de su madre. Incluso cuando no estaba bien situada, Frances observó todo esto al mirarla... ¿cómo, exactamente? *Quizá con los poros de mi piel*, pensó.

Llegaron más invitados. Hubo una conmoción en la entrada: los ladridos de un perro, el llanto de un bebé. El perro entró en la habitación con los recién llegados, irrumpió con la lengua colgando. El bebé pasó de un regazo a otro, un renacuajo que se desgañitaba con un vestido de volantes. Las tías volvieron a cambiar de sitio y quedó libre la silla a la izquierda de Frances. La ocupó un hombre más o menos de su edad y de aspecto agradable que se presentó como Ewart y le estrechó la mano con dedos calientes y ásperos. ¿Era uno de los primos? ¡No! No conocía bien a la familia. Trabajaba de chófer para Lloyd. Había ido solo a la fiesta. Al ver que las copas de Frances y de Lilian estaban vacías, se las llevó para llenarlas. Sin embargo, cuando volvió se dirigió a Frances.

—¿Y qué le parece este clima?

Se estaba enjugando el cuello con un pañuelo.

–No es el ideal para una fiesta, ¿no?

–No es el ideal para la ciudad, punto. Quiero salir de aquí, realmente. –Se guardó el pañuelo–. Tengo pensado hacer una excursión a Hampton Court un domingo de éstos.

Pareció cohibido por la palabra *excursión*. Frances dijo, al levantar su copa:

–¿Tiene un automóvil, entonces?

–Más o menos. Un compadre mío tiene uno y me lo presta cuando me apetece. Me debe un favor, ¿sabe?, porque una vez lo ayudé a encontrar trabajo. Sí, estoy pensando en Hampton Court. Quizá alquile una barca de remos en el Támesis.

–¿O por qué no Henley? –sugirió ella, interesada por la imagen de la barca; se imaginó con Lilian en ella.

–Henley –dijo él, frotándose su agraciada barbilla–. Pues no había pensado en Henley.

–O Windsor, desde luego.

–No, el sitio es Henley. Puedes pasar un buen día en Henley. Un paseo por la orilla del río, un baño divertido.

–Dar de comer a los patos.

–Dar de comer a los patos. Y un buen té para rematar.

Intercambiaron una sonrisa. Sus ojos tenían la tonalidad azul de la loza de Cornualles, y llevaba el pelo rubicundo a ras del cuero cabelludo, con ricitos apretados como de un cordero. Era el tipo de hombre que veinte o incluso diez años antes nunca hubiera soñado con estar sentado y charlar tan libremente con una mujer de la clase de Frances. Dio un trago de cerveza, se enjugó pulcramente la boca y se palpó el bolsillo de la chaqueta.

–¿Le apetece un cigarrillo?

El diálogo sobre Henley le había animado. Refunfuñó de nuevo contra el calor y se lo contó todo de un fin de semana de sábado a lunes que había pasado recientemente en Brighton. Había ido allí con un compadre, no el que tenía automóvil, sino otro distinto. Habían pasado una noche en la galería de juegos, en un espectáculo del Lejano Oeste. Había que verlas para creerlas las maravillas que aquellos tipos hacían con un lazo y un tomahawk...

Frances lo escuchaba por un solo oído, asintiendo, sonriendo; muy pendiente de la presencia de Lilian; sentía que la velada avanzaba segundo a segundo, latido a latido.

A las nueve y media el cielo empezó a oscurecer fuera y el encaje de la ventana cobró un eléctrico brillo amarillo. Algunos niños habían ido junto a sus padres y les tiraban de las manos: querían irse a casa, estaban cansados, no era justo, querían marcharse. Un pequeño se subió al regazo de su madre e intentó apretarle los labios para que se callara. «¡Deja de hablar!» Ella le retiró las manos suavemente y siguió hablando con su vecina. Hacia las diez, la gente empezó a levantarse y a recoger sus cosas. Un grupo se dirigía de vuelta a Walworth, llevándose a los niños y a las tías. La señora Viney se iba con ellos, si es que conseguía levantarse de su butaca. Hicieron falta cuatro de sus hijas para ponerla en pie mientras el resto de los presentes en la habitación las alentaban y los chicos imitaban el sonido de un corcho que se arranca de una botella.

Cuando ya estaba de pie y se secaba los ojos por la comicidad de la escena, Lillian habló en voz baja a Frances.

–Voy a acompañar a mamá y a Vera hasta la puerta. Y luego no tenemos que quedarnos mucho más tiempo. ¿Sólo un ratito?

–Sí, si le apetece.

–¿Está segura?

–Sí, claro.

Puso una mano en el hombro de Frances, sonriéndole a la cara con la pintura de labios corrida por los besos que había dado a sus tías, sobrinos y sobrinas. Cuando se alejó lo hizo despacio y su mano mantuvo el contacto con la de Frances hasta el ultimísimo momento, y Frances se sintió atraída por sus dedos, arrastrada por la estela de su tacto.

En cuanto ella la abandonó, la habitación se volvió muy vulgar. Ewart seguía sentado al lado de Frances. Le estaba refiriendo los trayectos que había hecho con su furgoneta a Maidstone, a Guilford; había ido y vuelto de Gloucester en un solo día. Cuando hizo una pausa para encender otro cigarrillo ella se levantó.

–Tengo que ir a peinarme.

–Vigilaré su bebida, entonces –dijo él, como si fueran viejos amigos.

En el recibidor un niño le indicó el camino al excusado. Frances subió la escalera hasta un descansillo y encontró a otras dos mujeres esperando; se recostó en la pared y aguardó con ellas, contenta de que pasaran los minutos. Las mujeres estaban acaloradas por el alcohol y amistosas, y hacían bromas sobre la debilidad de sus vejigas. Había un retrete en el patio, dijeron, pero lo

estaban usando los hombres. Más valía no aventurarse hasta allí; oh, no, los hombres eran unos animales sucios... Para cuando le llegó su turno, no había aparecido nadie más, no había nadie esperando; se sentó en la taza con los codos sobre las medias que le cubrían sus rodillas, escuchando la confusión de alegres voces que se elevaban desde las habitaciones de abajo. Encima de ella había una ventana entreabierta, esmerilada, y a la luz artificial el cielo vespertino parecía fresco y húmedo: le habría gustado mojarse con él las manos y la cara.

Cuando se estaba arreglando cobró vida un gramófono. Bajó las escaleras y encontró a Ewart en el recibidor. Se había olvidado de él por completo. Tenía la bebida de Frances en la mano.

—¡Me preguntaba adónde se habría ido! —Su tono era casi ofendido—. Esto ya estará más bien caliente.

Ella respondió, pero miró más allá de él.

—¿Ha visto a mi amiga?

—¿La chica con la que estaba sentada antes? Han empezado a bailar en la habitación de atrás, se está perdiendo toda la juerga.

—¿También está bailando mi amiga?

—Creo que sí. ¿Quiere ir allí?

No aguardó respuesta, sino que la condujo a la habitación, de la que habían desalojado a los niños y atenuado las brillantes luces. El gramófono sonaba a un volumen alto. Habían enrollado la alfombra y la habían colocado de pie en el rincón, y había ya cuatro o cinco parejas en la pista. El compañero de Lilian era el primo guapo como una estrella de cine. Cuando ella vio que Frances se acercaba desde el recibidor se soltó de sus brazos para llamarla, disculpándose con una sonrisa:

—¡No me dejan marchar hasta que haya bailado!

—Sí, vamos a bailar —dijo Ewart.

Estaba justo junto al codo de Frances. Ella sonrió a Lilian, pero negó con la cabeza.

—Oh, no. Soy una pésima bailarina.

—Apuesto a que no. —Ewart le puso la mano en la cintura para guiarla hacia delante.

La presión de su palma pilló desprevenida a Frances. Seguía mirando a Lilian.

—¿Pero qué...? No, de verdad, bailo muy mal.

Él movió el pulgar como para cosquillearla.

–Bueno, si le digo la verdad yo también. ¿Y si nos sentamos?

Una vez más no esperó respuesta, sino que la condujo hacia el sofá. Era un sofá pequeño, de dos plazas; ya lo ocupaban un joven y una chica y no quedaban más que treinta centímetros de espacio. Frances pensó que Ewart quería cedérselo, pero al acercarse ellos la chica se sentó servicialmente en las rodillas del chico, y cuando Frances se sentó, Ewart se las ingenió para apretujarse a su lado.

–¡Menos mal que los dos somos menudos!

Frances no lo era en absoluto, y él tampoco, pero ahora había cambiado la actitud de Ewart, se había vuelto juguetona y posesiva. Dijo algo del gramófono que ella no entendió del todo. Mencionó un *palais de danse* que él visitaba a veces, en Catford, ¿lo conocía ella? Frances dijo que no, con un tono vago, como si estuviera distraída por la música, y él por fin desistió de charlar y pareció contentarse con quedarse allí sentado, moviendo un pie. Mientras él hacía esto ella fingía que miraba alrededor, pasando de una pareja a otra, al modo benevolente de la chica a la que nadie saca a bailar. Poco a poco, sin embargo –como la aguja de una brújula que apunta hacia el polo–, poco a poco se asentó su mirada y se entregó al placer de ver bailar a Lilian.

Bailaba bien, por supuesto; Frances lo había imaginado. Su primo también, y cuando la música cambió y pusieron una canción popular empezaron a prestar más atención a sus pasos. Sin salirse de los pocos metros que eran los únicos que les permitía el grupito agolpado, lograban conjuntar giros y floreos; en un momento dado el primo asió a Lilian y la hizo girar en redondo en el mismo sitio. Ella descendió riéndose y miró a Frances en cuanto sus pies tocaron suelo, y ésta tuvo la impresión de que la risa iba destinada realmente a ella.

Ewart le habló al oído.

–Es muy animada, su amiga.

Frances asintió:

–Sí, ¿verdad?

–Ha bebido un poco más de la cuenta. Mañana lo lamentará.

Pero Frances sabía que ésa no era la causa.

Lilian notó que estaban hablando de ella. Se separó de su compañero.

–¿Qué están diciendo de mí?

–¡Nada!

–¡No me lo creo!

Luego siguió mirando a Frances por encima del hombro del primo, buscando sus ojos mientras simulaba que la molestaban, y hubo un momento en que alargó la mano para indicarle que se fuera porque su presencia la distraía del baile. Los dos hombres –el primo y Ewart– intercambiaron un encogimiento de hombros.

–Esta noche estás demasiado alocada –Frances oyó que el primo le decía a Lilian cuando cambió la música–. Eres como una chica grande y loca, no puedo bailar contigo.

Pero ella lo agarró, protestando, y no le dejó marcharse, riéndose de nuevo. Y de nuevo miró a Frances, otra vez su risa parecía destinada a ella.

Finalmente Ewart se inclinó más hacia Frances para decirle:

–Usted y su amiga están tramando algo. ¿Le hace gracia que esté sentada aquí conmigo?

–No creo –dijo Frances, sin seguirle.

–Creo que le está tomando el pelo por algo. Está casada, ¿no?

–Sí.

–Es lo que pensaba. Aunque nadie lo diría. Si yo fuese su marido, le daría unos azotes en el trasero... ¿Y usted?

–Sí, yo también lo haría.

Él retrajo el labio inferior en una carcajada silenciosa.

–No, quiero decir, ¿usted tiene un amigo? ¿Por eso se está riendo ella? Su amigo no vendrá a ponerme un ojo morado, ¿verdad?

Su cara era tan agradable que a ella no se le ocurrió qué decir. Apartó la mirada de él, quizá de una forma bastante remilgada. Pero ella misma se percató de que no se sentía gazmoña. Lo que sentía, cuando lo pensó, era una extraña tentación de recostarse en el hombro de Ewart, de abandonarse a la presión de su muslo contra el de ella. Y él debió de presentir que ella cedía, o al menos la posibilidad de que lo hiciese, porque en cuanto el silbido de sartén del disco siguiente dio paso a un estallido de música, ella lo oyó reírse.

Vio que Lilian había cambiado finalmente de pareja. El nuevo compañero era delgado y rubio, uno del grupo de jóvenes que había en el otro extremo de la habitación. Mientras bailaban había conducido a Lilian hasta ellos y estaba allí tonteando al respecto. Otras parejas los habían rodeado y entorpecieron la visión de Frances; lo único que captaba eran vislumbres intermitentes del vestido blanco y de las medias de Lilian, de su lustrosa cabeza morena y su

borrosa boca pintada de rojo. Al dar otro sorbo de la copa de clarete, notó que Ewart se movía hasta que el canto de su rodilla presionaba contra el costado de la de ella. Hubo una vibración de aire junto a su oído y comprendió que él se había vuelto, había levantado el brazo y lo había apoyado en el respaldo del sofá. Cuando habló, su voz le cosquilleó la oreja como el zumbido de una avispa.

—¿Qué me dice entonces de ese viaje a Henley?

Ella mantuvo su copa junto a la boca.

—¿Henley?

—Sí, ¿qué le parece? Le he dicho que mi compadre me presta su automóvil cuando yo quiera. Es un cochecito precioso; rojo. ¿Qué dice?

Lilian y el joven rubio por fin se habían alejado de los amigos del chico. Estaban bailando un achispado tango argentino con las mejillas pegadas; Lilian de vez en cuando se separaba quejándose de que el mentón del chico era demasiado áspero para el suyo, o de que sus pasos eran muy patosos, pero siempre permitía que él volviera a aferrarla muy cerca.

—¿Qué dice? —preguntó de nuevo Ewart.

—Oh, no sé. —Se lo dijo sin mirarle, todavía con la copa ante los labios—. Estoy tan ocupada... —Y luego, absurdamente, buscando una excusa, recurrió a una muy manida de su juventud—: Mi madre es muy anticuada para esas cosas.

Él se rió y le asestó un codazo.

—No necesita el permiso de su mamá, ¿o sí?

Ella también empezó a reírse.

—No, la verdad es que no.

—De todos modos, pasaría a recogerla, lo haría como es debido, para que su mamá vea que soy un tipo de fiar. Apuesto a que yo le gustaría.

Frances asintió, sin dejar de sonreír, pero sin mirarle del todo.

—Bueno, sí y no.

—¡Vamos! Seguro que le gustaría.

Lo dijo como si todo estuviera arreglado. La chaqueta se le había abierto al levantar el brazo y ella era consciente del torso ardiente de Ewart, de los botones duros y calientes de su chaleco. Al igual que antes, había algo extrañamente persuasivo en la longitud y el volumen abrasadores de su cuerpo; sabía que si ella giraba la cara hacia él la besaría. Al observar a Lilian moviéndose de aquel modo flexible y musculoso en los brazos de su

compañero rubio, casi estaba dispuesta a hacerlo. Le bastaría simplemente con pensar que no existía ningún motivo en absoluto para no hacerlo. Sintió otra vez en la oreja el aliento de Ewart, que olía a cerveza, pero más allá de la cerveza era dulce como el de un niño.

Notó el golpe de un pie. Al abrir los ojos vio a Lilian. Iban a cambiar de música y había dejado a su pareja: ahora quería que Frances bailara con ella. Levantó una mano para decir «Oh, no». Lilian se la agarró y tiró de ella para que se levantara.

–No –dijo Frances en voz alta, mientras se le derramaba la bebida. Depositó el vaso a toda prisa.

–Sí –dijo Lilian, sin dejar de tirar de ella–. Vamos.

Apretó la mandíbula de aquel modo testarudo propio de ella y tiraba más fuerte cuanto más se resistía Frances; ahora usaba las dos manos y casi le hacía daño tirándole de la piel de la muñeca. De modo que Frances se levantó y, a regañadientes, se dejó envolver por el abrazo del baile mientras Ewart, ocupando el asiento que ella había dejado vacío, observaba la escena, sonriendo con un talante comprensivo.

Empezó la música: otro tango. Los brazos de las dos chocaron.

–¿Quién lleva a quién?

–¡No lo sé!

Ensayaron unos cuantos pasos y por poco tropiezan, dieron unos pocos más y otro traspie, y acabaron bailando un compás de dos pasos lentos, yendo reposadamente de un lado a otro mientras las demás parejas embestían y bajaban en picado a su alrededor. Pero incluso así bailaban muy mal, los pies se les enredaban, las manos les sudaban. En ocasiones, al esquivar a una pareja más tempestuosa, se apretaban más una contra otra; sus muslos o sus pechos se encontraban y, con una mueca, trataban de separarse al instante. A Frances se le fijó una sonrisa apenada. Lilian se reía como si no pudiera pararse, diciendo: «¡Uy!», «¡Madre mía!», «Culpa mía».

–No, mía.

El disco no terminaba nunca. Siguieron bailando, sin ritmo y sin el menor rastro de placer. Y, sin embargo, cuando cesó la música se quedaron en postura de baile entre las demás parejas, con las manos todavía unidas. Y cuando finalmente se soltaron, a Frances le pareció que el espacio entre ellas era vivo y elástico, como si quisiera estrecharse.

Aún con las sonrisas congeladas, forzadas, en la cara, se dirigieron hacia

los chicos y las chicas congregados alrededor del gramófono que discutían ruidosamente sobre qué disco poner a continuación. Pero ellas no participaron en la discusión. Lilian echó un vistazo por encima de su hombro y habló al abrigo de las demás voces.

—La está esperando ese muchacho. ¿Cómo se llama? —En su tono claro había un temblor—. Ha hecho una conquista, ¿eh? Se ha prendado de usted.

Frances vaciló y luego dijo:

—Se ha prendado de usted.

Lilian la miró.

—¿Qué quiere decir?

—Sólo se ha interesado por mí porque yo estoy prendada de usted. Le gusta usted, Lilian.

Su expresión cambió. Bajó la mirada, apretó los labios. El corazón le latía más fuerte, saltaba en el hueco de la base de la garganta de aquel modo que Frances había visto antes. Y cuando hubo dado seis brincos, siete, ocho, nueve, alzó la cabeza hacia los ojos de Frances y dijo:

—Lléveme a casa, ¿quiere?

Hubo algo en su manera de decirlo: una complicidad, un asentimiento. Frances le buscó los dedos, se los apretó, después los soltó y se fue. Al ver que Ewart hacía ademán de levantarse del sofá, pasó de largo por delante de él sin decir palabra. Salió al recibidor y rápidamente se puso a buscar entre el caos de sombreros y bolsos sus cosas y las de Lilian.

Al levantar los ojos al cabo de un momento, vio que Ewart la había seguido. La miraba con asombro.

—No pensará irse, ¿eh?

Ella le respondió intentando disculparse.

—Me temo que tengo que irme. Mi amiga... Mi amiga no se encuentra muy bien.

—¡No me extraña, después de tanto bailoteo! —dijo él—. ¿No hay nadie más que pueda ocuparse de ella?

—No es eso, es..., oh, es el calor, supongo. Y tenemos que coger un tren. Tenemos un largo trayecto a casa.

—Sólo van a Camberwell, ¿no es eso?

—Sí, pero...

—Bueno, yo voy hacia allí. Las acompaño hasta la estación.

—No —se apresuró a decir ella—, no nos acompañe. Mi amiga... está

avergonzada. No, de verdad. Por favor.

Él había localizado su sombrero, pero lo tenía en las manos, sin saber qué hacer.

–Pero si nos llevamos tan bien...

–Sí, ha sido de lo más agradable conocerle.

–¿Y lo de nuestro viaje?

–Oh...

Netta salió de la habitación delantera con un par de vasos vacíos en las manos. Frances se volvió hacia ella, aliviada.

–Buenas noches, señora Rawlins. Ha sido estupendo. Lilian y yo ya nos vamos.

–Ah, ¿se van ya? ¿Ewart les acompaña a la estación?

–No, le he dicho que no se moleste.

–Ella dice que su amiga no quiere. Se siente un poco pachucha –dijo Ewart.

–¿Qué amiga? –preguntó Netta, cuando apareció Lilian.

–Esa mujer.

–Es mi hermana. ¿Qué te pasa, Lilian?

Lilian pestañeaba ante la luz y las caras y se retiró un mechón de la mejilla.

–No me pasa nada –dijo, sin mirar a Frances–. Estoy cansada, eso es todo.

–Pues si estás cansada, ¿por qué no quieres que os acompañe Ewart? O Lloyd... –Su marido había aparecido en la entrada de la cocina–. Lloyd, ¿podrías acompañar hasta la estación a Lilian y a la señorita Wray?

Él caminó más despacio durante una fracción de segundo y luego avanzó galantemente. Por supuesto que sí, dijo. Sería un honor para él.

Lilian protestó. Que no fueran idiotas, iban a estropear la fiesta, no era justo. Pero lo dijo débilmente y Frances captó que el tenso y pequeño hechizo de intimidad y expectación que las había envuelto empezaba a deshacerse. Se puso su sombrero. Ewart se puso el suyo. Lloyd sacó su reloj de bolsillo y trató de recordar los horarios de los trenes. Frances miraba las caras una después de otra y quería golpear a alguien; lo quería de veras, en un arrebato de crispación y frustración por la estupidez de todo aquello. Al final, con un arranque de risa y con –se percató– su peor tono de maestra de escuela, dijo:

–¡Somos dos mujeres adultas, cielo santo! ¡Creo que se nos puede dejar ir a la estación solas!

En la pausa embarazosa que siguió, Netta encogió la barbilla. Dio unos

golpecitos a su marido con los nudillos.

–Ya lo ves, Lloyd, las chicas no te necesitan. Son demasiado modernas. – En parte lo dijo respaldando a Frances; en parte, pensó Frances, burlándose de ella–. Ewart, quítate el sombrero y vuelve dentro.

Él se quitó el sombrero pero no se movió. Frances le tendió la mano diciendo:

–Espero que nos volvamos a ver.

Él ahora parecía enfurruñado, como si le hubiera gastado una jugarreta. Quizá lo había hecho. Pero no lo lamentaba. No era culpable. ¡No lo era, no lo era! La puerta estaba abierta y ella y Lilian se dirigían poco a poco hacia ella. Más sonrisas, más apretones de manos, más disculpas... Y después quedaron libres, salieron de la casa como dos nadadoras. O eso, de todas formas, le pareció a Frances, porque en cuanto se cerró la puerta y dejaron a la espalda el alboroto de la fiesta levantó los brazos, inclinó hacia atrás la cabeza y se sintió como si hubieran soltado las amarras y flotara lamida por la noche azul y líquida.

Lilian la miró un momento con una expresión indescifrable. Caminó hasta la cancela, la abrió y la franquearon. Sin una palabra, y sin enlazar los brazos, echaron a andar por la acera. Pero a cada paso la expectación crecía en Frances. Cuando notó que Lilian reducía el paso el corazón le dio un vuelco. Se dijo a sí misma, ¡aquí viene! ¡Aquí viene! Ella también redujo la marcha y se volvió, casi levantó de nuevo los brazos para recibirlo.

Entonces comprendió que Lilian había reducido el paso simplemente para apresar su chal, que se le estaba resbalando de la muñeca; un segundo después siguió caminando al mismo ritmo que antes. Frances titubeó y luego le dio alcance. Las dos continuaban sin hablar. Y enseguida el silencio parecía que había durado demasiado. Se sintió incapaz de romperlo. Se había convertido en algo comparable a la torpeza con que habían bailado, algo tangible y sonoro.

Y después de todo, pensó, cuando se encaminaban hacia High Street, ¿qué *podría* ocurrir allí? No había habido ninguna declaración, sólo una mirada, una presión de unos dedos. Si ellas fueran un hombre y una mujer sería distinto. Habría menos confusión e incertidumbre. Tomaría la mano de Lilian y ésta sabría lo que significaba aquello. ¡Ella también lo sabría! Lilian se dejaría o no se dejaría llevar a un rincón oscuro; ofrecería o no los labios para un beso. Pero no eran un hombre y una mujer, eran dos mujeres con tacones

cortantes y una de ellas llevaba un vestido blanco que a la luz de la luna brillaba como un faro.

Y en un soplo llegaron a High Street, todavía concurrida y llena de vida. Llegaron a la estación radiante y desprovista de intimidad. Llegaron al andén lleno de gente. Su tren entraba humeante y Frances buscó en vano un compartimento vacío. A bordo las barrió un grupo que había corrido desde el fondo de la calle para alcanzar el tren y que estaba muy emocionado por haberlo conseguido. Se sentaron en sus asientos, rezongando y riéndose. ¡No habían corrido tanto en toda su vida! ¡Las mujeres habían esprintado como campeonas! Ah, pero ahora lo estaban pagando. Se instalaban cambiando de sitio mientras la locomotora arrancaba. «¡Vamos, córrete!» «¡Ven aquí!»

Frances los odió a todos y a cada uno de ellos. De haber podido, habría abierto la puerta y los habría echado a patadas a las vías. Pero siguió rígidamente sentada y sonriente, y no se quejó cuando le pisotearon los dedos de los pies. Aplastada contra ella, Lilian también sonreía y no la miró ni una sola vez a los ojos.

Al menos el trayecto era corto. La gente profirió alegres despedidas cuando las dos se apearon. La locomotora se alejó ruidosamente, los zapatos resonaban en los escalones de la estación, en la entrada había automóviles parados; el último tranvía de la noche pasó traqueteando con un ruido infernal cuando Frances y Lilian iniciaban el ascenso de la cuesta hacia casa. Pero después, durante unos minutos seguidos, no se oyó nada más que el repiqueteo de sus tacones en la acera. Entraban y salían de la luz de la farola, sus sombras eran fluidas bajo sus pies. Lilian caminaba como al encuentro de una cita, como si temiera llegar tarde. Sólo empezó a caminar más despacio cuando apareció la casa. En la cancela del jardín, Frances la vio mirar a las ventanas del piso de arriba, cuyas cortinas estaban abiertas y netamente oscuras las habitaciones que había tras ellas.

—Len no ha vuelto todavía —murmuró.

Se miraron sin decir nada; y aquel conocimiento retornó. Cruzaron de puntillas el jardín delantero y cuando estuvieron en el pórtico el corazón le latía a Frances tan rápido que lo notaba en cada parte del cuerpo; temía que de algún modo anunciase la presencia de ambas, que las delatara. Sacó su llave y buscó la cerradura a tientas. El brazo de Lilian, a su lado, rozó el suyo. De nuevo tuvo la sensación irremediable, eléctrica, de que el espacio entre ellas dos estaba vivo y quería estrecharse.

Y entonces, inexplicablemente, la llave se le saltó de la mano. Tardó un segundo en comprender que simplemente habían abierto la puerta desde el otro lado. Entornando los ojos para protegerlos de la súbita inundación de luz débil, se encontró cara a cara con su madre. Estaba en bata y zapatillas, y el pelo se le desprendía de los alfileres. Al ver a Frances y a Lilian en el pórtico, aferró la puerta con alivio.

—¡Oh, Frances, gracias a Dios que estás en casa! ¡Señora Barber, gracias al cielo!

El corazón de Frances, que había estado latiendo locamente en una dirección, pareció detenerse, estremecido, y luego reanudar sus latidos. Dijo:

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—Calma, no te alarmes.

—¿Qué ha sucedido?

—Es el señor Barber...

—¿Len? —dijo Lilian. Había retrocedido cuando se abrió la puerta, pero ahora se adelantó—. ¿Dónde está? ¿Qué pasa?

—Está en la cocina, ligeramente herido. Ha habido un... una especie de accidente.

Lo encontraron sentado a la mesa en la habitación brillantemente iluminada, con la cabeza inclinada hacia atrás y un paño hecho una bola apretado contra la nariz. Tenía la cara manchada de sangre y de tierra, manchas en la pechera, en la corbata; le habían arrancado un bolsillo de la chaqueta y en su pelo engominado había gravilla.

Cuando vio a Lilian en la puerta la miró a través del paño con una mezcla de vergüenza y rencor enfurecido.

—¡Creía que no ibas a llegar nunca! —Cerró los ojos, como de dolor—. No te pongas histérica. Estoy bien.

Ella y Frances se le acercaron.

—¿Qué demonios te ha ocurrido?

Él abrió los ojos.

—¿Qué me ha ocurrido? ¡Que me ha atacado un tipo! ¡Un desgraciado que se me ha echado encima y me ha noqueado!

—¿Noqueado? ¿Cómo es eso? ¿En la cena?

—¡No, por supuesto que no ha sido en la cena! Aquí mismo, al final de la cuesta. Alguien me ha abordado en la calle.

–¡A unos cientos de metros de aquí! –dijo la madre de Frances. Las había seguido a la cocina.

Frances miró con su cara blanca, conmocionada, a la ensangrentada de Leonard. No lo asimilaba. Apenas le había dedicado un pensamiento en toda la velada. Un minuto antes, ella y la mujer de él habían estado juntas en la oscuridad y el espacio entre ellas se estaba cerrando. Ahora...

–¿Pero quién era? –dijo–. ¿Quién te ha golpeado?

Él le puso mala cara.

–Ojalá lo supiera. Ha salido de la nada. Ni siquiera he tenido la oportunidad de levantar los puños.

–Pero ¿cuándo te has marchado de la cena? Yo pensaba...

–¿Qué tiene que ver la cena con esto? La cena. –Bajó la mirada–. Oh, la cena ha sido un desastre. Una pandilla de esnobs. Charlie y yo nos hemos marchado a las diez y media. He estado a punto de ir a casa de Netta. ¡Ojalá lo hubiera hecho!

Frances lo miraba, todavía nerviosa, todavía intentando entender todo aquello. Preguntó dónde, exactamente, había tenido lugar la agresión. ¿Allí mismo, fuera? Él se puso ceñudo de nuevo. No, más abajo de la cuesta. ¿Cerca del parque? Sí, cerca del parque. Acababa de apearse del tranvía, dijo. Iba caminando, pensando en sus cosas, cuando había oído detrás de él a alguien que corría: se había vuelto y en el momento de volverse había recibido un puñetazo en la cara que lo había dejado fuera de combate. Quizá habían transcurrido uno o dos segundos, no estaba totalmente seguro. Pero cuando consiguió ponerse en pie su atacante había desaparecido. Aturdido y sangrando se había medio arrastrado hasta la casa... y había dado un susto de muerte a la madre de Frances, por supuesto, que estaba a punto de acostarse. Ella lo había llevado a la cocina, le había dado un brandy e intentó lavarle las heridas. Tenía rasguños en las manos, pero estaban bien. Lo peor era la nariz, que no paraba de sangrar.

Se arriesgó a levantar el paño. La nariz y el bigote de debajo tenían como pegotes de sangre seca. Mientras Frances y Lilian lo observaban, sangre fresca apareció en una de sus narinas, se expandió formando una burbuja y explotó.

–Oh, Lenny –dijo Lilian.

Él rápidamente volvió a aplicarse el paño y echó hacia atrás la cabeza.

–Bueno, ¡no lo digas con ese tono! Duele muchísimo.

–Mira toda esta sangre.

–No es culpa mía. No puedo pararla.

–¡Estás cubierto de sangre! ¡La hay por todas partes! –Estaba mirando al suelo. Había un reguero de salpicaduras truculentas a lo largo de la cocina.

Frances las sorteó con sus zapatos de ante para recostar la espalda en una de las encimeras. La habitación le parecía enormemente atestada e inadecuada: demasiado pequeña para toda la alarma y la confusión. Seguía con el sombrero puesto y el bolso de la fiesta colgado de la muñeca. Depositó ambas cosas en la encimera y dijo:

–Pero no comprendo. ¿Quién era ese hombre y por qué le ha hecho esto?

Leonard se daba golpecitos en las ventanillas de la nariz, mirándose las puntas de los dedos de reojo y con asco.

–Ya se lo he dicho, ¿no? No sé quién era.

–Bueno, ¿qué clase de hombre era?

–¡Apenas lo he visto! Era uno de esos vagos que se ven merodeando por ahí, supongo. Quería dinero y todo eso.

–¿Un ex soldado?

–No lo sé. Sí.

–¿Quería *su* dinero?

–¡No lo sé! No me ha dado la oportunidad de saberlo..., ha saltado sobre mí y luego ha huido. Ha debido de perder el valor o ha visto que llegaba alguien. Aunque no ha aparecido *nadie*. He tenido que venir a casa solo. ¡Pensaba que me había roto la nariz! Quizá me la ha roto. O al menos me lo parece.

La madre de Frances sacó una silla cuyas patas chirriaron.

–¿No es espantoso, Frances? Yo quería ir a buscar a un policía. He pensado en ir corriendo a casa de los Dawson...

–No, no quiero que venga la policía –dijo Leonard, mientras ella se sentaba. Parecía de nuevo malhumorado–. ¿Para qué?

–Pero ¿y si agrede a alguien más, señor Barber? Y la próxima vez podría ser una mujer. O un anciano. Frances, a ti te abordó un ex soldado. ¿Te acuerdas, hace unas semanas? Te habló de forma muy grosera. ¿Crees que podría ser el mismo hombre?

–No, no –dijo Leonard, irritado, antes de que Frances pudiera responder–. Los hay a miles. Londres está lleno de tipos así. Conocí a fulanos así en el ejército. No soportan la idea de que a otros les vaya bien. Me ha visto con mi

ropa elegante y ha pensado que iba a divertirse conmigo, eso es todo. ¡Un poco de entrenamiento en una noche de sábado! Mandar a un hombre a patadas a las alcantarillas en Champion Hill. –Se tocó el puente de la nariz–. Dios, cómo duele. –Levantó la vista hacia su mujer–. ¿Tú crees que es normal que duela tanto? Es como si me hubieran metido por la nariz un atizador al rojo vivo.

Lilian se dirigió con cautela hacia él y Leonard levantó otra vez el paño. Pero cuando la visión de la sangre la hizo retroceder, él lanzó un bufido de impaciencia y recurrió a Frances.

–Échele un vistazo, por favor. Dígame qué le parece.

Así que Frances se le acercó y le hizo inclinar la cabeza hacia la luz. La nariz seguía sangrando bastante libremente. ¿Estaría rota? No lo sabía. Había asistido a unas cuantas clases de enfermería al comienzo de la guerra, pero lo había olvidado casi todo. Las pupilas de los ojos parecían del tamaño normal... Supuso que deberían llamar a un médico. Sin embargo, cuando lo sugirió, él se mostró tan tercamente reacio a llamar a un médico como a acudir a la policía.

–No, no necesito a alguien que me fisgonee y que luego me mande la factura. Por el amor de Dios, he pasado por cosas peores en Francia. Lo único que quiero es que intente parar esta sangría. ¿Y si la taponas con algo?

¿Qué alternativa le quedaba a Frances? ¿Qué otra cosa podía hacer? Replegar las cintas plateadas de los puños de su vestido fue como una renuncia definitiva a las promesas de la noche, pero se remangó las mangas, se ató un delantal, cogió unas vendas del botiquín e hizo lo que pudo para restañar la hemorragia. Leonard saltó como una liebre y se agarró al borde de la mesa cuando ella le introdujo el primer jirón de gasa. Pero después se cruzó de brazos y adoptó un semblante triste, claramente molesto por su indefensión. Cuando Lilian se agachó para quitarle una arenilla del cuello, él dijo:

–¿Estás mal de la cabeza? ¿Hacer esto con un vestido blanco y toda esta sangre?

Frances nunca le había visto tan a disgusto, tan rabioso con el mundo y consigo mismo. Cuando tuvo taponados los dos orificios de la nariz, parecía un escolar humillado por haber recibido una zorra en una pelea. Se palpó otra vez el puente de la nariz y después se miró los destrozos de la ropa. Al tirar

del andrajo del bolsillo de la chaqueta, mirar la tierra que tenía debajo de las uñas e inspeccionar los estropicios de aquella noche, dijo, con voz nasal:

–¡Dios, vaya noche!

Pues sí, vaya noche, pensó Frances, mientras se lavaba las manos y empezaba a ordenar la cocina. El corazón le palpitaba todavía con fuerza. Le mareaba un poco la vista de la sangre. Y a Lilian –Lilian, cuyas manos había enlazado, que había estado a su lado en la habitación trasera de Netta, diciendo *Llévame a casa*–, a Lilian la había perdido, había desaparecido, succionada por su matrimonio.

Pues mientras ella había estado ocupada con la nariz de Leonard, Lilian estaba allí callada, con aspecto de mareada e inquieta. ¿También su pensamiento habría vuelto a aquel momento en la habitación de Netta? ¿Le parecía ahora algo inexplicable? ¿Veía las heridas de su marido como una especie de señal, una especie de recordatorio? Leonard se levantó de su silla, tambaleándose, y ella avanzó rápidamente para sujetarle por el hombro. Se aseguró de que se sostenía de pie antes de quitarle el sombrero a Leonard y recoger ella sus cosas. No miró a Frances ni una sola vez. Ésta preguntó: «¿Estará bien?», y fue él quien contestó, con la voz nasal:

–Sí, estaré bien. Tomaré una aspirina o algo e intentaré dormir para olvidar lo peor de esto. ¡Espero estar en plena forma mañana! Pero gracias, Frances. Me temo que le he dado un susto tremendo. Has cogido mi sombrero, ¿verdad, Lily? También estará inservible, supongo. ¡Demonios!

Examinó enfadado los daños y luego adelantó la barbilla, buscó la mano de su mujer y dejó que lo guiara fuera de la cocina. Al salir ella miró a las Wray para sumarse al agradecimiento de Leonard. Pero su mirada, cuando se cruzó con la de Frances, era tan inexpresiva como el mármol.

–¡Pobre señor Barber! –dijo la madre de Frances cuando se apagaron sus pasos en la escalera–. ¿Puedes creerlo? ¡Oh, qué cara tenía cuando le he abierto la puerta! Pensé que iba a desmayarme. Ojalá nos hubiera dejado llamar al médico.

Frances estaba despejando la mesa de la cocina. Cogió el paño ensangrentado, dudó un momento, sin saber qué hacer con él, y luego lo tiró a las ascuas del fogón.

–Supongo que estará avergonzado –dijo.

–¿Avergonzado?

–Porque, no sé, un desconocido lo ha apalizado en la calle. Los hombres

tienen extrañas ideas sobre esta clase de cosas, ¿no?

–Desde luego no era él mismo. ¡Pero qué mal trago ha tenido que pasar!

–Bueno, yo diría que lo superará. Podría haber sido peor, al fin y al cabo. Si el hombre hubiera tenido algún tipo de arma...

–¡Oh, no digas eso!

–Un cuchillo, pongamos...

–¡No, Frances! Oh, es demasiado horrible. ¿Es la guerra la que ha traído esto? ¿Ha convertido en bestias a nuestros jóvenes? No lo comprendo.

–Bueno, trata de no pensar en ello. El señor Barber tendrá los ojos morados mañana por la mañana, pero aparte de eso estará perfectamente. Y el lunes ya andará alardeando. Espera y verás.

Quizá fuese la conmoción del asunto, pero parecía que no lograba prever ningún auténtico trastorno para Leonard. Hasta su madre la impacientaba un poco. Era ya medianoche bien pasada, pero ni por asomo podían acostarse todavía. Toda la casa vibraba con esa tensión que ella recordaba de las altas horas de otras emergencias: la apoplejía de su padre, las incursiones de los zepelines. Y una parte de ella seguía con Lilian. La oía en la cocina de arriba, haciendo correr el agua. Se oyó el sonido metálico de un cuenco o un cubo depositado en el suelo, lo que debía de indicar que estaba poniendo en remojo la ropa de Leonard.

El fogón conservaba el calor suficiente para calentar dos tazas de cacao. Frances les añadió una generosa dosis de brandy; las tomaron en el dormitorio de la madre. Y poco a poco, al final, la noche perdió parte de su sesgo impetuoso.

Cuando se estaba recostando en las almohadas, la madre incluso le dijo:

–No te he preguntado qué tal ha ido la fiesta, Frances. ¿Lo habéis pasado bien, tú y la señora Barber?

–Oh –dijo ella–. Sí, ha sido divertida.

–Supongo que habréis causado sensación. ¡Pero qué susto el vuestro al llegar a casa! Y si hubierais llegado media hora antes, cuando ese hombre estaba en la calle... No quiero ni pensarlo.

No, no quería ni pensarlo. Y sin embargo, cuando Frances lo pensó, vio que era extrañamente incapaz de creer en el peligro. Se imaginaba la calle en sombras y a Lilian y ella allí. Retrocedió con el pensamiento hasta más atrás, hasta el tren, el paseo por Clapham. *Se ha prendado de usted, Lilian.*

El momento parecía perdido, era el más ínfimo brillo de un fino cebo en

una caña lanzada de la que se podía recoger el hilo.

La luz seguía encendida en la cocina. Estaba allí con la mirada perdida. El reloj marcaba la una menos diez, pero la idea de subir sola a acostarse sin sueño en su habitación caliente... No, no podía afrontarlo. Lavó las tazas en las que su madre y ella habían tomado el cacao. Lavó el cazo esmaltado en el que había calentado la leche. Luego miró al suelo, con aquellas manchas truculentas, y pensó que tal vez podría limpiarlas. Se quitó los zapatos y las medias y cogió un cubo.

La sangre, que se había oscurecido sobre las baldosas, recobró su color mientras restregaba. Cuando terminó, el agua estaba teñida de un color como el del té de escaramujo. La sacó al patio y la volcó en el desagüe; patosamente de pie, se agachó para derramarla, con objeto de no mancharse la falda. Arriba, el cielo había adquirido la misma tonalidad intensa, como de tinta, que antes.

Volvió a la cocina, y allí encontró a Lilian.

Estaba justo bajo el dintel de la puerta que llevaba al corredor. Tenía el pelo caído sobre sus ojos oscuros y borrosos. Iba en camisón y salto de cama y, al igual que Frances, estaba descalza.

Miró cómo ella posaba el cubo y dijo, en un murmullo:

–Así que sigue aquí.

–Sí –dijo Frances.

–No la he oído subir y he pensado que estaría con su madre.

–Sabía que no dormiría si subía.

–Creo que yo tampoco podré dormir.

–¿Cómo está Leonard?

Se llevó una mano a la boca para tirarse del labio.

–Está bien. Se ha acostado. Ha dejado de sangrar por la nariz ahora que está tumbado.

–Es horrible lo que le ha pasado. Lo siento.

Lilian no respondió. Se limitó a quedarse donde estaba, mirando a Frances a través de la habitación excesivamente iluminada, tirándose del labio de aquel modo distraído. ¿Qué quería? Frances lo ignoraba. No sabía muy bien si le importaba. Había habido demasiado baile de un lado para otro. La noche se había prolongado demasiado: había perdido su tensión. Entró en la recocina para lavarse las manos y cuando volvió y vio que Lilian se marchaba sintió casi alivio.

Después se dio cuenta de que no se marchaba; simplemente estaba mirando al corredor para cerciorarse de que no había nadie cerca. Ahora, de hecho, se estaba volviendo, aspiraba una bocanada de aire, enfilaba hacia delante; se separaba de la jamba de la puerta como si suave pero valerosamente se lanzase a una extensión de agua fría.

Y sin más esfuerzo, sin más aspavientos, sin más sorpresas, cruzó la cocina hasta donde estaba Frances y la besó en los labios.

Durante un segundo o dos, fue un beso perfectamente inerte. Fue frío y seco y casto, como el beso que se daría a un niño, de tal suerte que a Frances se le pasó por la cabeza que quizá, después de todo, era lo único que quería Lilian, y quizá incluso lo único que quería ella; que podían separarse sin que nada, en realidad, hubiera cambiado. Pero no se separaron. Prolongaron el beso, casto como era, hasta que, por el mero hecho de prolongarlo, se tornó lujurioso, y un momento después, todavía besándose, se habían fundido en un abrazo, se estrechaban muy fuerte. Con sólo el camisón y la bata era como si Lilian estuviese desnuda, y el empuje y la presión de sus pechos y caderas, combinado con la entrega y la humedad de su boca, confirieron al abrazo un influjo, una insistencia... No se asemejaba a nada de lo que Frances había conocido. Parecía haber perdido una capa de piel, estar besando no sólo con los labios sino también con los nervios, sus músculos, su sangre. Era casi algo excesivo. Se separaron, respirando fuerte y con el corazón desbocado. Lilian miró inquieta por encima de su hombro y dijo en un susurro:

—¡No debemos, Frances!

Ella la aferró.

—¿No quieres?

—Podría venir alguien, o...

—No creerás que va a venir Leonard, ¿verdad?

—Creo que él no. Pero tu madre...

—No creo que venga. Y si viene, la oiremos. Déjame besarte otra vez.

—Espera. Yo no... no es... Me produce vértigo.

—Por favor.

—Pero si Len, o tu madre...

—Vamos fuera, entonces. ¡Al jardín!

Lilian casi sonrió.

—¿Qué? ¡Estás loca!

–Vamos a alguna parte –dijo Frances–. Mira, aquí dentro. –Había cogido de la mano a Lilian y la llevaba hacia la recocina–. Nadie nos encontrará. Cerraré con llave.

Lilian tiraba de ella. Repitió:

–¡Estás loca!

–No puedo dejar que te vayas. –Era como estar reseco y tocar agua; como estar famélico y tener comida–. Por favor. Por favor. Sólo un ratito más. Sólo un beso. Te lo prometo.

Después de un momento de vacilación, Lilian se dejó arrastrar. Franquearon el umbral en silencio, descalzas. Frances cerró con cuidado la puerta, corrió el cerrojo chirriante.

La recocina estaba oscura como un tizón después de la cocina iluminada por el gas, y la oscuridad despertaba la vergüenza; Frances no se lo había esperado. De repente sucumbió a la aprensión. Lilian tenía razón. Su madre podría presentarse. ¡Leonard estaba arriba con una hemorragia nasal! ¿Qué demonios estaban haciendo? ¿Cómo podrían explicar, si les preguntaban, que el cerrojo estuviera corrido?

Pero la oscuridad se estaba atenuando. Lilian estaba a su lado, un resplandor, un borrón. Extendió las manos y topó con su cara, topó con sus labios; eran blandos, fríos, húmedos. Los besó de nuevo, al mismo tiempo que los besaba, los besaba alrededor y a través de sus propios dedos. Acercó las manos húmedas a la garganta de Lilian, a la piel sedosa en la abertura de su camisón.

La prenda tenía tres botoncitos de nácar, duros y redondos. Desabrochó el primero y después el segundo.

–¿Puedo?

Notó que Lilian titubeaba. Pero el tercer botón ya estaba desabrochado; ahora Frances había separado la tela, había bajado la cabeza y acariciaba y besaba. Y al cabo de unos segundos de caricias y besos, Lilian avanzó con un suspiro al encuentro del contacto con los dedos y la boca de Frances. Los pechos de Lilian eran cálidos, fantásticamente pesados, fantásticamente duros en las puntas. Más allá estaba el *bum bum* del corazón; Frances besó cada latido.

Se olvidó de su madre. Se olvidó de Leonard en la habitación de arriba. El abrazo se apoderó de las dos como antes, se volvió otra vez frenético y desprovisto de piel, las fusionó más y más, descuidando precauciones,

descuidando vigilancia. Levantó el dobladillo del camisón de Lilian y tocó sus caderas y sus nalgas desnudas. Recorrió con los dedos una y otra vez la carne caliente, tersa, asombrosa.

Después rodeó con la mano un muslo de Lilian hasta los rizos crespos de entre las piernas. Pero entonces ella se tensó y retorció las caderas para escabullirse. Al extender la mano para palpase dijo, como si no pudiera creerlo:

–¡Estoy toda mojada!

–Retrocede un poco –la apremió Frances.

–Creo que deberíamos parar. Es demasiado.

–No puedo. Lo deseo tanto. ¿Tú no?

–Pero es demasiado.

–No puedo. No puedo.

Y mientras susurraban, Lilian se dejó conducir de nuevo hacia el fregadero; y después de sujetarse contra su borde, había separado las piernas y se había abierto al delicado deslizamiento de los dedos de Frances. Casi al instante empezó a mover las caderas para acompasar el ritmo del contacto. Pronto se frotaba contra la mano de Frances con un movimiento resbaladizo y cada vez más rápido. Al hacerlo ensartó un muslo entre los de Frances; ésta se desplazó, con desmaña, para cabalgarlo, empujarlo, frotarlo y presionarlo. Tenía la falda del vestido levantada y fruncida, las franjas de raso arrugadas y deshechas; pensarle la indujo a presionar aún más las caderas. Cuando Lilian empezó a tensarse, la tensión se le transmitió a ella, una carga muscular las recorrió a las dos. Y cuando Lilian gritó habían juntado muy fuerte sus bocas; Frances interpretó el grito como una bocanada y lo asumió como suyo.

Aparte de esto no hicieron ningún ruido, nada que perturbase el silencio de la casa; Frances tenía esta certeza. Culebrearon juntas unos momentos más y sus posturas rígidas se fueron aflojando. Por último se soltaron; Lilian fue, temblorosa, hacia la bañera, se sentó en el borde y se alzó el raso del salto de cama, que se le había resbalado de los hombros.

–Oh, Frances –dijo, cuando ella se le acercó. El pelo le cubría los ojos como un velo. Se lo retiró y mantuvo las manos en la cabeza. Estaba temblando–. ¿Qué hemos hecho? Debemos de estar locas. Debemos de estar borrachas. ¿Estamos borrachas?

–No lo estamos –dijo Frances. También temblaba.

–¿Qué hemos hecho?

–Ya sabes lo que hemos hecho. Sabes lo que es. ¿No?

Vio los pequeños destellos curvos de humedad en los ojos y en la boca de Lilian. La vio asentir, la oyó susurrar: «Sí.»

–Estoy enamorada de ti. Me he enamorado de ti.

–Sí.

No dijeron nada más. Lilian buscó con las dos manos una mano de Frances y la apretó fuerte. Dejó caer la cabeza sobre el hombro de Frances; ésta levantó un brazo y la atrajo más cerca. Besó la coronilla de Lilian. Alzó las manos enlazadas en torno a la suya y besó las muñecas, besó sus pulgares. Lilian se abandonó a todo esto sin decir una palabra, sin un solo murmullo. Sólo cuando los labios de Frances empezaron a subir hasta los nudillos liberó una de las manos, la izquierda, en la que llevaba los anillos. La descansó para equilibrarse contra el abrazo de Frances y sólo se oyó el sordo golpecito de su alianza de casada, un sonido tenue y frío en la oscuridad.

Segunda parte

A la mañana siguiente, sólo por un momento, todo podría haber sido un sueño febril. Al abrir los ojos en la media luz, Frances vio un cigarrillo intacto en el tablero de mármol de la mesilla de noche y lo miró con estupefacción: sintió un brinco de emoción y alarma en las entrañas. Había liado el cigarrillo la noche anterior, pero estaba demasiado agitada para fumarlo. Eran..., ¿qué hora sería? Ella y Lilian habían vuelto a la cocina justo antes de las dos. La había ayudado a alisar el vestido, a arreglar y adecentarse el pelo. Se habían unido en un último y estrecho abrazo y después «¡Oh, Frances!», había repetido Lilian, descansando la cabeza en su hombro, y le había apretado los dedos y se había despegado de ella y salido de la habitación. Frances se había quedado en la cocina, incapaz de sentarse, de estarse quieta, de hacer nada; parecía que temblaba, que resonaba como una copa de cristal que acabara de recibir un impacto. Cuando subió la escaleras hasta su dormitorio, la puerta de Lilian y Leonard estaba cerrada y no asomaba luz por debajo. Había estado despierta durante un tiempo que le pareció horas, tratando de asimilar lo maravilloso de lo ocurrido.

Ahora, a las siete menos diez, al tocarse los labios con los dedos, sentía aún en ellos la boca de Lilian, la boca increíblemente llena y húmeda de Lilian. Sentía aún sus pechos y sus caderas firmemente apretados contra los suyos.

Sintió otro vuelco en sus entrañas. Levantó las rodillas y rodó de costado. Fuera repicaban las campanas de la iglesia, pero la casa estaba silenciosa. Casi le daba miedo levantarse, poner en marcha la jornada.

Cuando por fin bajó encontró a su madre ya en la cocina. Y al ver su cara pálida y su expresión preocupada, le pareció que su corazón contenía el aliento.

—¿Qué pasa, madre?

La madre frunció el ceño.

—Bueno, apenas he pegado ojo. ¿Y tú, después de lo de anoche?

—¿Anoche?

–Me pregunto cómo estará el pobre señor Barber.

–Ah...

El corazón de Frances recuperó su ritmo normal. Recordó que, por supuesto, por lo que respectaba a su madre –y a Leonard–, la agresión era lo que había puesto el mundo patas arriba. Únicamente para ella y para Lilian se había producido aquel otro y más asombroso suceso.

La madre había salido al corredor de la cocina y aguzaba el oído, tratando de percibir algún movimiento en el piso de arriba.

–Tendríamos que subir, ¿no crees? Debería asegurarme de que el señor Barber se encuentra bien. Hay que extremar siempre el cuidado con los golpes en la cabeza. ¿Por qué no vas, Frances, y llamas a su puerta?

–¿La de su dormitorio? No, no. No vamos a molestarlos. Si necesitan ayuda ya la pedirán. Siéntate y yo prepararé el desayuno. No querrás llegar tarde a la iglesia.

–Oh, creo que hoy no tengo fuerzas para ir. El señor Garnish lo comprenderá. Quizá me dé un baño.

Se dirigió hacia la recocina.

Ágilmente, Frances llegó antes que ella.

–Tendré el agua lista cuando hayas acabado. La prepararé para las dos.

No acertaba a creer que ella y Lilian no hubieran dejado ninguna marca ni huella. Pero la habitación no parecía haber sufrido el menor cambio. Acercando una cerilla al calentador, examinó el fregadero donde ella había empujado con una mano resbaladiza entre las piernas de Lilian; y la bañera, donde había dicho: *Me he enamorado de ti*.

Con un *pum*, la llama encontró el gas y ella retiró de prisa los dedos chamuscados.

La siguiente hora transcurrió en un estado de frustración para Frances. Se ocupó del fogón, preparó el desayuno esperando oír a cada momento los pasos de Lilian en la escalera. Se bañó después de su madre pero no consiguió relajarse en el agua tibia por miedo a que Lilian bajase mientras estaba en la bañera. Pero Lilian no bajó. La puerta de su dormitorio seguía cerrada y Frances no tenía la menor idea de lo que sucedía al otro lado. ¿Suspiraba Lilian por ella del mismo modo que ella suspiraba por Lilian? ¿Habría estado acostada, como ella, sin que la emoción le permitiese conciliar el sueño?

Al final hubo indicios claros de movimiento en las habitaciones de arriba y

la madre se levantó de su silla.

–Es la voz del señor Barber, ¿no? Creo que voy a subir un momento. Sólo para tranquilizarme.

–Yo también subo, entonces –dijo Frances, incapaz de soportar el suspense.

Encontraron a Leonard sentado en pijama y bata en el sofá de la salita, con los orificios de la nariz costrosos, la nariz hinchada y con cercos oscuros debajo de los ojos. Pero la herida, pensó Frances, parecía bastante leve para haber producido semejante torrente de sangre, y quizá él estaba pensando lo mismo, porque recibió a la mujer y a su hija pesaroso y compungido, y pareció que ahora quería minimizar todo lo ocurrido. Había dormido como un tronco, dijo, y se había despertado con un tremendo dolor de cabeza, pero aparte de eso se encontraba perfectamente. Disfrutaría dedicando el día a descansar. No, la señora Wray no debía preocuparse. ¡Lo único que lamentaba era haberle hecho pasar aquel mal trago la víspera! Temía no haberse portado como un caballero. Había estado repasando las cosas que había dicho y se preguntaba si no tendría una leve conmoción cerebral. Sí, desde luego que hablaría con la policía. Lo haría al volver del trabajo al día siguiente.

–Ah, pero ¿no pensará ir a la oficina mañana, señor Barber?

–¿Cómo, y perder la ocasión de presumir de estos ojos a la virulé?

Miró a Frances al decir esto; ella a duras penas pudo devolverle la sonrisa. Porque Lilian estaba allí, allí mismo, sentada a su lado, tensa de vergüenza, parpadeando, y con una expresión tan poco natural que podría haber significado cualquier cosa. Frances evocó la manera en que se habían separado la noche anterior: *Oh, Frances*. En la cocina brillantemente iluminada había tomado estas palabras por una exclamación de ternura, de asombro. Ahora no estaba tan segura. Miró la piel colorada en su cuello al descubierto y recordó que lo había besado. Recordó que había desabrochado aquellos tres botones de nácar y cómo cedía la tela mientras lo hacía.

Como si Lilian supiera lo que estaba pensando, alzó una mano hasta las solapas de su blusa y, sonrojándose aún más, se las cerró.

Frances tocó el brazo de su madre.

–No debemos cansar a Leonard, madre.

–No, es verdad.

Se levantaron y se despidieron.

A continuación, y de manera increíble, el fin de semana empezó a ser como cualquier otro, cuando el domingo, aquel tirano del aburrimiento, se impuso. Había que hornear carne de buey, pelar patatas, lavar y cortar zanahorias y judías verdes, rebanar manzanas en tajadas, batir huevos, azúcar y miel en un bol con crema... Frances se ocupó de todo esto con un ojo puesto en el reloj, plenamente consciente del paso de los minutos. Ahora, sin duda, su madre se instalaría con un libro o un periódico. Sin duda Leonard, sentado en el sofá, bostezaría y empezaría a dormir. Sin duda habría un modo de que ella y Lilian se reunieran.

Pero su madre no se sentó. Todo lo contrario: se mostró cada vez más agitada, entrando y saliendo de la cocina y estorbando. Dijo que ahora lamentaba haberse perdido el oficio matutino. Habría tenido la oportunidad de comunicar la noticia de la agresión al señor Barber. Había empezado a pensar que ella y Frances tenían que prevenir a los vecinos. ¿Podía esperar una hora la comida? Si las dos se ponían en camino de inmediato, los pillarían en ese momento de calma antes del almuerzo.

Frances la miró, consternada.

—En realidad no necesitas que yo te acompañe, ¿verdad?

—Pues sí, preferiría que vinieras conmigo, tratándose de algo tan importante como esto.

Al ver la cara acongojada de su madre, Frances se resignó a acompañarla. Retiró las sartenes del fogón e hizo lo que pudo para adecentarse. Primero visitaron a los vecinos más cercanos, los Golding en un lado, las ancianas hermanas Desborough en el otro. Cruzaron la calle para ir a casa de los Dawson, luego visitaron a los Lamb y luego subieron la cuesta por el sendero de toba y acabaron en casa de la señora Playfair. Todo el mundo, por descontado, reaccionó de la misma manera. ¡Pensar que había sucedido una cosa así en el vecindario! ¡Prácticamente a las puertas de su casa! Sí, desde luego que había que informar a la policía. El señor Lamb hablaría con ellos personalmente. No, nada había vuelto a ser igual desde la guerra. La conducta civilizada había desaparecido. Estaba muy bien culpar al desempleo, pero lo cierto era que había cantidad de trabajos disponibles; eran los hombres los que se iban al paro por exigir sueldos poco realistas. Habían tenido que alistarlos por la fuerza para defender su país, mientras los hijos de la alta burguesía habían sacrificado de buen grado la vida. ¡Y ahora la gente respetable tenía miedo de andar por su propia calle!

Frances no lo soportaba. En Braemar abandonó el salón mientras la señora Playfair estaba en pleno discurso, y salió al jardín por una de las puertaventanas abiertas. Se sentía tan vacía por la fatiga y la incertidumbre que le parecía estar flotando. Los gatos siameses trotaban a su lado por los senderos de grava; dejó atrás el banco donde se había sentado un día con el mustio señor Crowther y llegó por último al estanque. En el agua turbia apenas eran visibles unos robustos peces anaranjados, y una hoja navegaba por la superficie como impulsada por remos diminutos. Esto le hizo pensar, con una punzada, en Ewart, en la «barca de remos». Se acordó de cuando estaba apretujada a su lado en el sofá de Netta. Parecía que habían transcurrido siglos. Después, nítidos a través del jardín, oyó los *ting, ting, ting* del mediodía de uno de los relojes de la señora Playfair, y... Por el amor de Dios ¿qué estaba haciendo allí? Tenía que volver con Lilian. ¿Por qué la había dejado, sin una palabra, sin ni siquiera una nota? A punto estuvo de sucumbir al pánico. Tenía la idea de que las dos habían dado vida a algo la noche anterior, algo como una peonza que, si ella no estaba en casa para mantenerla en movimiento, se inclinaría, caería al suelo y rodaría hasta detenerse.

Pero quizá ya se había inclinado y rodado, pues cuando, con un burbujeo de impaciencia, se llevó a su madre a casa; cuando subió la escalera y oyó a Leonard lanzar uno de sus pausados bostezos tiroleses; cuando franqueó la entrada de la salita y vislumbró a la propia Lilian desplegando insulsamente con una sacudida un mantel dominical, durante un momento desquiciado le pareció que quizá hubiese retrocedido en el tiempo, o que el abrazo en la recocina, con su mano entre las piernas de Lilian..., que quizá todo aquello había sido una especie de alucinación.

Entró en su dormitorio y empezó, aturdida, a quitarse su ropa de calle; y en el instante en que se estaba descalzando un pie vio que en la mesilla al lado de la cama alguien había colocado un ramito de flores de seda en un jarrón rojo y dorado. Las flores eran nomeolvides azules, y podían provenir del adorno de un sombrero. El jarrón sólo podía pertenecer a Lilian. Fue hacia él, se acercó las flores a la cara, tocó con los labios los delicados pétalos de seda. Pensar que en algún momento de la hora anterior y, supuestamente, sin que Leonard lo supiera, Lilian había buscado las flores, tal vez las había cortado de donde estuvieran, las había metido en el jarrón, se había deslizado con ellas en la alcoba..., pensarlo provocó una reacción rápida e intensa en su

interior, una sensación de culebreo, como un pez en un anzuelo. Miró la pared de su habitación. ¿A qué distancia de ella estaba Lilian ahora? ¿A cuatro metros y medio? ¿A seis metros, a lo sumo? De nuevo oyó bostezar a Leonard. *Oh, lárgate*, le suplicó en silencio mientras el bostezo desembocaba en otro canto a la tirolesa. *¡Lárgate! ¡Vete a cualquier parte! Aunque sólo sean diez minutos, o cinco.* No sintió la menor culpa al pensarlo, como tampoco la había sentido la víspera mientras hacía el amor con su esposa. Lo veía simplemente como a algo pesado y desdeñable que la mantenía apartada de Lilian, como los ladrillos de la pared, el mortero, el papel, el aire.

Pero él no se fue. Y el asado se estaba dorando demasiado. Así que desistió y bajó, contando con que Leonard iría a visitar el excusado y planeando subir disparada a ver a Lilian en cuanto él bajara. En contra de lo previsto, Leonard no apareció. Con creciente frustración, escurrió las verduras, removi6 la salsa... Pero horas después, cuando ya habían almorzado y los platos ya estaban lavados y secados, y ella casi había dado el día por perdido, por totalmente perdido, le oyó finalmente en la escalera. Dejó transcurrir un momento para asegurarse, después dio una excusa a su madre y subió velozmente, sin hacer ruido, al piso de arriba.

Lilian debía de saber que ella subiría: estaba apostada en la puerta de la salita, con un aspecto totalmente distinto al de aquella mañana; parecía exaltada de una forma diferente, con los ojos muy abiertos y el rostro floreciente. Se reunieron en el descansillo, muy cerca la una de la otra, pero tan nerviosas que no se abrazaron.

–Me has dejado unas flores –susurró Frances.

–¿No te importa que haya entrado en tu cuarto?

–Llevo todo el día deseando verte.

–Yo también. No me atrevía...

–¿También tú? Esta mañana, al verte, he pensado...

–¡Oh, el corazón me latía como loco! ¡Pensaba que se me iba a salir del pecho! ¿No lo has visto? Pensaba que Leonard y tu madre lo notarían seguro.

–Yo creía que no querías mirarme. Creía que lamentabas todo lo ocurrido.

Lilian se mordió el labio, cerró los ojos, sacudió la cabeza con una especie de escalofrío... No hubo tiempo para más. Sonó un portazo en la puerta trasera y se separaron rápidamente.

Pero Leonard fue a trabajar a la mañana siguiente, tal como había

prometido; y un poco más tarde, puesto que era lunes, la señora Wray también salió de casa para su entrevista habitual con el vicario, que duraba tres o cuatro horas. Frances estaba en la cocina, guardando unas chuletas en la fresquera, cuando se despidió su madre. En cuanto oyó cerrarse la puerta de la calle se lavó las manos, se quitó el delantal, salió con precaución al vestíbulo. Y otra vez encontró a Lilian esperándola en la cima de la escalera. Estaba descalza y, al igual que la noche del sábado, iba en camisón y salto de cama; llevaba el pelo, sin embargo, más arreglado, como si se hubiera tomado la molestia de peinarlo.

Este detalle le llegó a Frances al corazón. Subió los últimos peldaños y después avanzó despacio. Por fin tenían la casa para ellas solas y de repente sentían una timidez recíproca. Les separaba un metro de distancia. Lilian dijo:

–He soñado contigo, Frances.

–¿Qué has soñado?

–Íbamos en un automóvil, a gran velocidad. Conducía un hombre. Yo tenía miedo, pero tú me cogías la mano.

Frances dijo, al cabo de una pausa:

–Déjame que te la coja ahora. Ven a mi cuarto. Déjame que te la coja allí.

Había dejado las cortinas corridas frente a la radiante mañana de julio, y en cuanto hubo cerrado la puerta la inmersión en la penumbra acrecentó aún más la timidez de ambas. Avanzaron nerviosas al encuentro de la otra y el abrazo, cuando se produjo, fue envarado y hasta torpe. Pero después se besaron; y el beso se desenrolló, se desplegó como un rollo de seda ondulante. Tras un minuto besándose, Lilian se liberó para poner las manos en la cara de Frances.

–¿Qué me has hecho? –susurró, mirándola a los ojos.

–Ven a la cama –dijo ella–. Acuéstate conmigo.

Esta vez, Lilian no se zafó para decir *Para* o *Espera*. Subieron a la cama juntas y se besaron de nuevo; permitió que Frances le desatara el cinturón y le despojara los brazos de las mangas de raso. Pero cuando empezó a tirar de los botones de nácar de su camisón, Lilian le agarró de la mano. Con una mezcla de cohibición y osadía, dijo:

–Quítate tú también la ropa.

De modo que Frances se deslizó fuera de la cama, se desabrochó la falda y

se desprendió de ella. Se quitó el corsé, las medias, las bragas, y se acostó al lado de Lilian vestida únicamente con su camisola de algodón.

Lilian le pasó una mano por el hombro desnudo y por la parte superior del brazo, sembrado de pecas.

–Eres preciosa, Frances.

–Oh, no.

–Sí lo eres. Lo eres. No puedo parar de tocarte. –Le acarició fascinada la línea de la clavícula. Le tocó la garganta, la mandíbula, el lóbulo de la oreja. Dijo–: Es como un sueño, ¿no? Es como si estuviera soñando. Es como un hechizo.

Temblando de placer por el cosquilleo de sus dedos, Frances dijo:

–No. Es todo lo contrario. He despertado después de... No sé qué. Un sueño de cien años. Tú me has despertado, Lilian.

Los ojos le brillaron.

–Te he despertado.

–Por eso viniste a Champion Hill. Debería haberlo adivinado al instante. Quizá lo hice. Cuando seguí las huellas que dejabas en el suelo encerado..., ¿te acuerdas? Cuando seguí tus huellas aquel día, pensé que sólo pretendía mostrarte las torres del Crystal Palace a través de la ventana. Cuando todo el tiempo... ¿Alguna vez habías besado a una mujer?

Lilian se rió, con aire escandalizado, pero moviendo otra vez los dedos.

–¡Claro que no! Casi no he besado nunca a nadie. Sólo a dos o tres chicos antes de Len, y no significaron nada. *Tú* sí, ¿verdad?

–Sí.

–¿Cuántas veces?

–Oh, montones de veces. A mujeres pelirrojas y a mujeres rubias y también a morenas. Pero ninguna era como tú.

–Ah, me tomas el pelo. Deja de tomarme el pelo.

–¿Alguna vez habías oído hablar de esto, antes de conocerme?

Lilian, ruborizada, seguía acariciando a Frances, y se observaba los dedos mientras lo hacía.

–No lo sé. Sí, supongo que sí. Pero como de algo indecente. O como algo que sólo se atrevería a hacer una mujer de la alta sociedad; no como algo real. Len tenía unas postales que trajo de Francia. En una de ellas había dos chicas... Pero eran cosas horribles, pensadas para soldados. Sólo las vi una

vez. Lo obligué a quemarlas. –Miró a Frances a los ojos–. Esto no es lo mismo, ¿verdad?

–No, no es lo mismo.

–Ha habido un... una especie de idilio desde el principio, ¿verdad? Cuando fuimos al parque, ahora parece que hace mucho tiempo, y tú espantaste a aquel hombre...; fue un curioso acto de caballerosidad. Si Len hubiera hecho algo así alguna vez, lo habría hecho por él. Pero tú lo hiciste por mí, ¿verdad? Y luego estábamos en el rellano y me preguntaste si podías llamarme Lilian. Dijiste que querías llamarme por un nombre por el que nadie me llamaba.

–Sí.

–Y luego, cuando te corté el pelo...

–¿Qué pensaste de lo que te conté? ¿Te escandalizó?

–Estaba enfadada contigo. Me sentía una idiota.

–¿Una idiota?

–Por no saberlo. Por suponer que había habido un hombre. Pensé que me habías engañado, dejando que apreciara a la persona que eras, cuando en realidad eras otra distinta. Pero... no sé. Seguí pensando en aquello. Me preguntaba por qué me lo habías dicho.

–Yo también me lo preguntaba.

–Pensé que era una señal de que yo te gustaba... como amiga, me refiero. Pero después pensé, oh, pero no le gusto tanto como le gustaba *ella*. Y eso me enfadó aún más. ¡Me puso furiosa! –Sus dedos recorrían de nuevo la clavícula de Frances–. Mi furia me asustó. No me parecía bien... Te quería toda para mí, supongo.

Al cabo de una pausa, Frances dijo:

–Creo que te gusta que te admiren. Los hombres, yo, todo el mundo. ¿No es cierto?

Lilian sacudió la cabeza, sonriendo.

–No.

–Yo creo que sí. Yo podría ser cualquiera, cualquier otra.

Lilian volvió a menear la cabeza y un mechón le cayó sobre los ojos. Miró a Frances a través del pelo y su sonrisa se extinguió.

–No. Sólo tú.

Frances sintió de pronto que el corazón no le cabía en el pecho. Cogió la mano de Lilian y la mantuvo en alto sobre aquella agitación emocional. Ahora tenían las caras tan juntas que lo único que veía era un torbellino de

facciones difuminadas: húmedos ojos oscuros, cejas, pestañas. Las pestañas aleteaban y notó su vuelo contra las suyas.

–Lo que dijiste anoche –dijo Lilian en voz baja–. Lo de que estás enamorada. ¿Lo dijiste en serio?

¿Lo había dicho en serio?

–Sí –respondió–. ¿También eso te asusta?

Lilian asintió.

–Pero me asusta más porque... –No podía decirlo. Cerró los ojos–. Oh, no sé lo que siento. ¡Siento que es un hechizo verdadero! Todo el tiempo que estuvimos en la fiesta estaba deseando que me besaras. Creo que nunca he deseado tanto una cosa. No me parecía extraño, no me parecía nada malo. Durante un momento no pensé en Len. Sé que es una maldad por mi parte, pero no lo hice. Esto no tiene nada que ver con él. No tiene que ver con nadie más que nosotras, ¿verdad?

–Con nadie más –dijo Frances, sencillamente.

Aún tenía la mano de Lilian posada encima del corazón, pero ahora, al mirarse la una a la otra, algo se alteró, algo cambió. Desplazó la mano unos centímetros más abajo de tal modo que le abarcara el pecho; y un momento después la movió más abajo. Tímidamente, Lilian empezó a tocarla a través de la tela fina y gastada de la camisola. Pero luego retiró la mano. «Ponte contra mí», dijo, tirando de la camisola, y luego se volvió para tumbarse de espaldas y hacer lo mismo con su camisón.

Los rizos de su entrepierna eran más oscuros y más densos que los castaños y ralos de la de Frances. Las líneas de la piel de su vientre y sus pechos tenían una textura argentada e irregular: a Frances le desconcertaron un momento hasta que comprendió que, por supuesto, eran las estrías de su infeliz embarazo. Agachó la cabeza para besarlas y luego subió el camisón más arriba y se deslizó hacia delante; luego contuvo la respiración cuando sus cuerpos se abarcaron al juntarse. Durante un minuto o dos permanecieron inmóviles, como si se bebieran mutuamente.

Pero en cuanto reanudaron los besos sobrevino otro de aquellos cambios. Empezaron a moverse y a entrechocar las caderas, a tensarse según se presionaban y se movían. Frances se desplazó un poco hacia el costado y, como había hecho la noche del sábado, Lilian le encajó un muslo entre las piernas; sin dejar de besarse, se ensamblaron hábilmente, humedecidas, y empezaron a empujar y a mecerse. Se aceleró poco a poco el ritmo de las

acometidas. El sudor les lustraba cada vez más el abdomen y los pechos fundidos. Sus bocas se separaban y volvían a unirse; la cadencia se hizo más urgente y se deshizo en una confusión de movimientos, casi en una lucha poco elegante, excitante. Lilian se puso tiesa y lanzó un grito que brotó como un chorro de agua, y la convulsión y la liberación resultantes desataron el inicio del paroxismo de Frances. Se friccionaba contra el muslo de Lilian mientras ésta la sujetaba y la besaba y la miraba a la cara, atónita: «¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios!»

Cuando al final se separaron y miraron el reloj, las sorprendió descubrir que eran las once pasadas. Frances no había hecho ninguna de sus tareas matinales. Lilian tenía que bañarse y arreglar sus habitaciones; había prometido ir a Walworth. Se levantaron y una vez más se abrazaron; pero ahora con una punzada de frustración, porque ¿qué iban a hacer? ¿Cómo lo arreglarían? Pasarían horas antes de que volvieran a verse. Tenían que ser prudentes. La madre de Frances no debía sospechar nada. Las hermanas de Lilian no debían enterarse. ¡Len no debía descubrirlo! Nadie debía saberlo.

–Pero no puedo dejarte –dijo Frances, cuando Lilian empezó a deshacer el abrazo–. ¿Vendrás a verme más tarde? ¿Esta noche, cuando Leonard esté dormido?

–No me atrevo. ¡No me atrevo! Ah, pero me moriré de ganas.

–Yo también.

–¿Sí? –Lilian la miró a la cara–. No puedo creer que lo digas de verdad. No puedo creer que para ti sea lo mismo que para mí. ¡Oh, qué me has *hecho!*

Por fin se separaron. Lilian volvió a su cuarto; tambaleándose, Frances se sentó en el borde de la cama deshecha. Tenía de nuevo aquella sensación de ser una copa de cristal. Era como si a todos sus sentidos los hubieran despojado de una capa de polvo. Todos los colores le parecían más vivos. Las aristas rectas eran como cuchillas. Un ribete de seda de la ropa de cama era maravilloso al tacto. ¿Había sido así con Christina? Recordó una noche allí mismo, con sus padres en la otra habitación; hicieron el amor en silencio, centímetro a centímetro, furtivamente, como ladrones. ¿Pero había sido realmente *esto*? Debía de haberlo sido. ¡No, no podía haber sido lo mismo! Nunca, sin duda, habría podido renunciar a aquello.

Se acordó de las tareas domésticas. Se lavó, se vistió, bajó a ocuparse del dormitorio de su madre, limpió el salón y la escalera, todo ello a una velocidad frenética, manejando el plumero como una endemoniada. Aun así,

cuando su madre regresó a la hora del almuerzo todavía no había acabado del todo el suelo del vestíbulo.

–Válgame Dios –dijo la madre al verla arrodillada en la estera.

Ella respondió con una locuacidad terrible.

–Sí, hoy me he retrasado. Las cosas se han ido torciendo una tras otra. ¿Cómo está el vicario Garnish?

–Está muy bien. Ay, Dios.

–Anda, no te preocupes. Ya casi he terminado.

Se llevó el cubo de agua y luego preparó en un periquete una comida a base de ensalada. La tomaron fuera, debajo del tilo. Mantuvo una animada conversación con su madre a lo largo de todo el almuerzo, hablando exclusivamente de las obras de beneficencia de Garnish, que había encontrado hogares en la costa para chicos y chicas enfermos de la parroquia. Pero cuando terminaron sus platos se quedaron sentadas como buenas amigas, y ella paseó la mirada por los arriates de flores con aquella claridad y aquel asombro nuevos. El azul de los delfinios, por ejemplo: no había visto un azul semejante en toda su vida. Las caléndulas y las bocas de dragón resplandecían como llamas. Las abejas entraban y salían de cálices aterciopelados, perlados de polen: a Frances le parecía ver cada pegajoso grano amarillo, cada aleteo de cada insecto. Después miró por casualidad a la casa en el preciso momento en que Lilian, lista para partir hacia Walworth, pasaba por delante de la ventana de la escalera, y experimentó un tropel de emociones confusas, un azoramiento físico...; ¿aquello era amor? Si no lo era, entonces... Dios Santo, era algo muy parecido. Pero si era..., ¡ah, si era...!

–Estás muy pensativa, Frances –dijo suavemente su madre–. ¿En qué piensas?

Frances empezó a retirar las cosas de la comida y respondió sin hacer una pausa.

–Pues resulta que estaba pensando en un hombre que conocí en la fiesta de la hermana de Netta.

Su madre pareció interesada:

–¿Ah, sí?

–Hablamos de hacer una excursión a Henley, un día de éstos. Pero me parece que no lo haremos.

Era tan fácil como eso, estimular el estado de ánimo de su madre. Unos días antes se habría despreciado por hacerlo; ahora las dos volvieron a entrar

en casa y en cuanto Frances acabó de fregar pasaron una tarde agradable juntas en el salón, sentadas en sus butacas ante la ventana abierta. Lilian volvió de Walworth pero Frances no fue a su encuentro. La sangre le hirvió al oír sus pasos. Sintió de nuevo aquel azoramiento físico en los pechos y entre las piernas. Pero acarició la sensación en secreto, como quien acuna a un niño de pecho.

Después llegó Leonard a casa. Volvió más tarde de lo habitual. Ella estaba en la cocina, calentando platos, alerta al sonido de la llave de Leonard en la cerradura cuando, al mirar fuera, la sobresaltó verlo entrar por la puerta que había en la tapia al fondo del jardín. Apenas le dio tiempo a recomponer la expresión cuando él ya había recorrido el sendero y estaba en la cocina con ella, sacudiéndose el polvo de los pies. Sí, había venido por la vereda, le dijo, en vez de por el itinerario normal, porque había ido a la comisaría de Camberwell para informarles del «divertido encuentro» que había tenido. Un sargento había tomado nota de los pormenores, pero no albergaba una gran esperanza de que apresaran al individuo. Dijo lo que había dicho el propio Leonard: en aquellos tiempos Londres estaba tan lleno de delincuentes que buscar a uno en particular sería como buscar una aguja en un pajar.

Bostezaba mientras lo contaba, y en su cara cansada y amarillenta las magulladuras debajo de los ojos parecían más oscuras que nunca. Sin embargo, dedicó diez minutos a referir lo mucho que le habían tomado el pelo los chicos de la oficina; insistió también en mencionar la cena que había terminado tan desastrosamente la noche del sábado. Pero ella advirtió que esta vez contó los hechos de una manera ligeramente distinta. A los vendedores de seguros a los que antes había descrito como una pandilla de esnobs ahora los despachó, desdeñosamente, como «un hatajo de ex alumnos timoratos». Dijo que él y Charlie se habían escapado tan pronto como buenamente pudieron. No, había mejores modos de hacer negocios que codearse con un montón de apocados...

A todas luces estaba intentando olvidar las humillaciones de la noche; y extrañamente la propia vacuidad de sus bravatas inspiró a Frances una gran compasión. *No tiene nada que ver con él*, había dicho Lilian unas horas antes, y la frase había parecido verdadera, había parecido vital, con la cara a centímetros de la de Frances y con la mano apretándola muy fuerte encima del corazón. Pero en definitiva era su marido... Leonard se marchó por fin, dándole vueltas al bombín y silbando «Two Lovely Black Eyes» y Frances

pensó: *No podemos hacer esto*, sumida en la desolación. *¡No podemos!* Seguro que Lilian pensaría lo mismo.

Pero cuando subió a acostarse por la noche descubrió que habían deslizado por debajo de su puerta un pedazo de papel doblado. Contenía una X escrita, nada más: un beso. Uno de los besos llenos y húmedos de Lilian. Ver el mensaje provocó un nuevo temblor como el de la copa de cristal. Durante veinte minutos o más aguardó a que Lilian saliera de su salita; al oírla caminar por fin abrió la puerta y la llamó, fingiendo que quería su opinión sobre la cenefa de un vestido. Se abrazaron en silencio, bajo el dintel de la puerta parcialmente abierta –bocas, pechos, caderas, muslos, hasta los pies se enredaron en sus zapatillas mientras, al otro lado del hueco de la escalera, Leonard preparaba sus polvos para la indigestión y eructaba. Aquello tendría que haber sido sórdido, pero por alguna razón no lo era en absoluto. Frances ya no pensaba: *No podemos*. Pensaba: *¡Tenemos que!* Pensaba: *¡Me muero si no lo hacemos!* Se metió en la cama a oscuras, preguntándose si, después de todo, Lilian iría a verla una vez que Leonard se hubiese dormido. Acostada en la cama, deseó que lo hiciera; levantaba la cabeza cada vez que oía un crujido de cada tabla del suelo que se enfriaba, se imaginaba que el ruido eran las pisadas de Lilian; luego se tumbaba de nuevo, decepcionada.

Sin embargo, Lilian la visitó a la mañana siguiente, en cuanto Leonard se marchó al trabajo; dispusieron de diez minutos juntas en la cama de Frances antes de que ella oyera deambular a su madre y decidieran que debían separarse. Pero pudieron besarse más tarde, cuando la madre llevó unas cartas al correo; se besaron otra vez al día siguiente; y la tarde del viernes, mientras la madre visitaba a una vecina, se tendieron sobre una franja de sol en el suelo de la salita de Lilian, con las bocas fundidas, las faldas remangadas... El sábado fue más penoso. El domingo lo fue aún más. Lo peor de todo fue la noche a principios de la semana siguiente cuando Lilian y Leonard fueron a un salón de baile con el señor Wismuth y su prometida, Betty. Sentada en casa, Frances observaba la luz menguante, sintiendo que ella también se apagaba.

Pero más tarde, cuando ya estaba acostada, oyó el sonido de la puerta de la calle, y mientras Leonard estaba en el patio Lilian subió sigilosa a verla e impregnó la oscuridad de una neblina de aromas turbadores: cigarrillos, barra de labios, cerveza negra, licor dulce.

Rodeó a Frances fuertemente con los brazos.

–¡He pensado en ti toda la noche!

–¡Oh, y yo también en ti!

–Miraba a toda esa gente y ninguna eras tú, ¡ha sido horrible! ¡Cómo los he odiado! Todo el mundo me ha lanzado piropos. Todos decían lo guapa que estaba. ¡Me importaba un bledo, sólo te quería a ti!

Se besaron hasta que oyeron el portazo en la puerta trasera.

–¡Te quiero! –susurró, apretando la mano de Frances cuando se marchaba. Era la primera vez que lo decía–. ¡Te quiero!

Los dedos de las dos se desgajaron y Lilian salió del dormitorio.

Tumbada con el reverso de la mano encima de los ojos, Frances se preguntaba cómo era posible que todo aquello hubiera sucedido. ¿Cómo las cosas habían cambiado tan rápido, tan radicalmente? Estaba tan viva como un trozo de radio. Sentía una especie de exaltación.

–Cada parte de mi cuerpo te desea –le dijo a Lilian la vez siguiente que se vieron–. Mis uñas quieren tenerte debajo. Los pelos de la nuca se me erizan cada vez que pasas por delante. ¡Los empastes de mis dientes te desean!

Se besaron, una y otra vez. No había ninguna cohibición entre ellas, ninguna clase de vergüenza ni embarazo: habían sobrepasado todo eso, pensó; en los ojos de ambas brillaban el triunfo y el asombro con tanta facilidad como los corredores rompen con el pecho la cinta de la meta al final de una carrera. Siempre que podían yacían desnudas juntas. Los días de verano eran pesados y calurosos, el aire era como agua tibia. Lilian se remetía el pelo detrás de la oreja y aplicaba la mejilla al busto de Frances para escuchar los latidos de su corazón. Adosaba la boca a los pechos de Frances, le introducía los dedos entre las piernas.

–Tu tacto es de terciopelo, Frances –cuchicheó, la primera vez que lo hizo–. Eres como vino. Siento la mano borracha.

Y entretanto, sorprendentemente, proseguía la rutina doméstica. El calor añadía nuevas tareas a las de costumbre. Para que no se cortase la leche había que hervirla en cuanto llegaba. La mermelada se almibaraba en el tarro. Las hormigas invadían la despensa. La ropa se le adhería a Frances mientras faenaba, el polvo que levantaban las escobas se le pegaba a la transpiración de la cara y los brazos. Pero lo hacía todo sin pestañear; parecía poseer la fuerza de un batallón de criadas. Iba al cine con su madre los miércoles por la tarde. Jugaban la partida de backgammon después de cenar, tomaban el cacao

aguado a las diez menos cuarto... Era sencillamente que ahora había en el centro de sus días aquella otra cosa, como una llama brillante, reluciente, que daba un color ardiente al farol empañado de su vida. ¿Nadie se percataba de aquel cambio en ella? Algunas veces cuando miraba a su madre, sentada en silencio a su lado, recordaba un beso o una caricia y se maravillaba de que no le hubiese dejado una marca. Para ella la caricia persistía en su piel; era tan cárdena como la señal de un hierro al rojo en la mejilla. ¿Y Leonard? ¿No sospechaba nada? Parecía increíble. Aunque desde su ascenso estaba más atareado en la compañía Pearl, trabajaba unas pocas horas más y llegaba a casa cansado y quejoso, volvía también con cierta petulancia, claramente le agradaba el papel de sustento de la familia fatigado; recuperaba la confianza a medida que se le borraban las heridas.

—Me tiene abandonada —rezongó Lilian—. Se preocupa más por sus compañeros de trabajo. Le pulen las uñas *ellos*. ¿Qué hace por mí? Es mi marido desde hace tres años y no se fija para nada en mí. Tú me quieres más que él, Frances. Me quieres más que nadie. Incluso que mi familia; me quieren, pero también se burlan de mí. Siempre lo han hecho. Tú nunca te has burlado de mí. Nunca lo harías, ¿verdad?

—No.

—Somos como Anna y Vronski, ¿no? No, es demasiado triste. ¡Somos como zíngaras! Como el rey y la reina de los zíngaros. Oh, ¿no te gustaría que lo fuésemos? Nos iríamos lejos, muy lejos de Camberwell, y viviríamos en un carromato en un bosque, recogiendo bayas y cazando conejos, y besándonos, besándonos... ¿Lo haremos?

—¡Sí!

—¿Cuándo nos vamos?

—Mañana. Haré un hatillo de lunares. Lo ataré a la punta de un palo.

—Yo llevaré mi pandereta y un pañuelo en la cabeza. No necesitaremos nada más, ni zapatos ni medias ni dinero ni nada.

Y los días siguientes dedicaron una cantidad absurda de tiempo a discutir el itinerario que tomarían y los colores del carromato, el estilo de las cortinas que Lilian cosería; incluso el nombre del pony que lo remolcaría.

Luego, súbitamente, casi había terminado julio y ya hacía casi un mes que eran amantes. Frances apenas había salido de Camberwell durante todo este tiempo. Había prescindido de los viajes al centro, había descuidado a

Christina; lo único que había hecho era enviarle una postal –una vista tediosa de Champion Hill, vacas pastando en un prado– para decir que estaba atareada y la visitaría pronto. Pero no lo había hecho. Se percató de que esto la ponía nerviosa. Sentía una especie de aprensión a revelar su idilio.

Pero anhelaba hablar de él. Esta ansiedad aumentaba con los días. ¿Y a quién podía contárselo, aparte de Chrissy? Tenía que decírselo o reventaría. Una noche llovió y a la mañana siguiente el clima fue más frío. Parecía una especie de señal. Atendió a sus labores, comió con su madre y después tomó un autobús a Oxford Circus.

Un momento después de haber doblado hacia Clipstone Street vio a Christina a cien metros de distancia, saliendo de su edificio y encaminándose en dirección a Tottenham Court Road. No llevaba sombrero y vestía uno de sus estampados de cachemira arrugados, con una chaqueta corta de terciopelo verde encima; debajo del brazo sujetaba lo que parecía ser un paquete de papel de estraza. No había visto a Frances y caminaba a paso ligero. Frances corrió tras ella, pero la distancia que las separaba sólo se acortaba gradualmente; hasta que Christina hizo un alto en un cruce sobre Tottenham Court Road no pudo darle una palmadita en el hombro.

–Eres Christina Lucas –dijo, sin aliento– ¡y te reclamo mis diez chelines!

Christina se volvió, sobresaltada, parpadeando.

–¡Ah, eres tú! Empezaba a pensar que te habías muerto. ¿Dónde diablos te habías metido?

–Lo siento, Chrissy. El mes se me ha pasado volando.

–Bueno, no puedo invitarte a un té, ni a nada. Tengo que entregar este paquete.

–Lo sé. Vengo siguiéndote desde hace diez minutos. ¡Vaya paso que llevas! ¿Hacia dónde vas?

–A Clerkenwell.

–¿A ver a la gente de tu periódico? Bueno, te acompaño. ¿Puedo? Mira, podemos cruzar.

Un policía había levantado su mano enguantada de blanco. Frances le ofreció el brazo a Christina y ella lo enlazó; cruzaron la calle y prosiguieron del brazo, con zancadas parejas. El día poseía el raro encanto que puede tener un día gris en medio de una ola de calor. Los olores eran los propios de Londres: gasolina, hollín, estiércol, asfalto. Había aún charcos de lluvia en las hondonadas de la acera, y una o dos veces Christina se apoyó en el brazo de

Frances para saltar por encima de ellos. Descontando esto, su contacto era liviano. Christina parecía flaca, casi como un pájaro, comparada con Lilian.

–Qué pequeña eres –dijo Frances una vez–. Eres una menudencia, lo había olvidado. Déjame que te lleve el paquete.

–¿Llevarme el paquete? No seas absurda.

Zigzaguearon por las calles de Bloomsbury, atravesaron el jardín en Russell Square, se perdieron un rato en un laberinto de almacenes al este de Gray's Inn Road; después Christina encontró un punto de referencia y recuperó el sentido de la orientación, y quince minutos más tarde doblaron hacia una ruinoso plaza georgiana. Al pie de un tramo de escalones había una puerta abierta; la vieja cocina oscura del fondo había sido convertida en una oficina desordenada, mientras que en la recocina a la que conducía se vislumbraba apenas a un hombre en mangas de camisa, alimentando de papel y retirando el que expulsaba una ruidosa impresora de pedal. Otro hombre se acercó a saludar a Christina y recibir el paquete; Frances se quedó en segundo plano, observando mientras conversaban sobre su contenido. El hombre era bastante joven, tenía acento de Oxford y aquella expresión angustiada que, de no haber estado informada, habría pensado que había adquirido en las trincheras. Pero recordó que Christina le había dicho que había sido un objetor; uno de los primeros, cuando más difícil era, y su salud no se había deteriorado en Francia, sino en una cárcel inglesa.

Una vez cumplido el pequeño recado, ella y Christina subieron los peldaños y ella preguntó:

–¿Adónde vamos ahora?

–¿No tienes que volver enseguida a casa?

–No, la verdad. Vamos a dar una vuelta. Yo..., bueno, me gustaría hablar un rato contigo.

De modo que se pusieron en marcha rumbo al sur siguiendo el sol, pero cambiaban de dirección más o menos al azar. El entorno era cada vez más sórdido, pero también más fascinante, era un amasijo de pequeños negocios –curtidurías, talleres de sanitarios, comerciantes de vidrio, ropavejeros– y calle tras calle de casas viejas, algunas que habían sido mansiones y ahora se alquilaban como habitaciones de aire triste, otras que nunca habían sido suntuosas y que estaban prácticamente derruidas. Se detuvieron en un solar abandonado y en ruinas, posiblemente a causa de un bombardeo de un zepelín: el solar dejaba ver un edificio desmoronado, tapiado con tablas, del

que sobresalía una planta superior que debía de llevar allí, decidieron, desde trescientos años atrás, desde antes del Gran Incendio.

Cuando habían cruzado corriendo el hedor del mercado de Smithfield y atravesado Newgate Street, y estaban oteando la cúpula dorada del Old Bailey, Christina empezó a cojear. Dijo que lo que quedaba de un callo le causaba molestias. Como la cojera empeoró cuando embocaban Fleet Street, entraron en una calleja y, a la sombra de un templo o una capilla, encontraron un pequeño patio vallado en el que había tres o cuatro tumbas antiguas; se sentaron a descansar entre las inscripciones borrosas. Allí los ruidos del tráfico llegaban amortiguados. Al otro lado de la cerca pasaban transeúntes: oficinistas, recaderos, hasta un par de abogados con pelucas y togas. Pero el patio era lúgubre, y al ver que los viandantes no les prestaban atención, Frances sacó su tabaco y papeles y discretamente lió un par de cigarrillos.

Christina bostezó cuando encendió la cerilla. Aspiró una bocanada y se dejó caer de costado, descansando la cabeza en el hombro de Frances.

—¡Vaya par de ancianas fatigadas estamos hechas! Y pensar en las caminatas que me hacías dar. Qué tirana eras. ¿Te acuerdas de que querías que recorriéramos todas las calles de Londres? Todavía conservo nuestro pequeño atlas, lleno de las notas que tomábamos, con gran seriedad. No llegamos muy lejos, ¿eh? ¿Tendremos que empezar de nuevo?

—Me gustaría.

—Una hora o dos, una tarde por semana. Habríamos recorrido la ciudad hacia..., oh, 1955.

Otro bostezo diluyó las palabras. Frances le habló encima de la coronilla.

—Dios mío, qué mayor sueñas.

—Te lo he dicho —dijo Christina—. Soy una vieja fatigada —añadió, con un tono distinto, casi pícaro—: Ya sabes, pasado el cuarto de siglo...

Al decirlo se volvió hacia Frances para mirarla a la cara. Ella cerró los ojos.

—Oh, Chrissy —dijo—. Estamos a finales de julio. Me olvidé de tu cumpleaños.

—Lo sé.

—¿Qué día era?

—El martes.

—El martes. Sí, fue el martes. Lo siento muchísimo. ¿Podrás perdonarme?

Christina acomodó mejor la cabeza.

–Supongo que no tengo elección. De todos modos, pasé un bonito día. Fui a Kew Gardens con otra amiga. Tengo montones de otras amigas, ¿sabes?

–Me habría gustado mandarte una felicitación.

–Sí, la verdad es que esperaba una.

–He estado... ocupada.

–Eso decías, en tu encantadora postal.

–Verás, ocurrió algo en casa. Yo...

Pero Christina no la escuchaba realmente. El cigarrillo se había apagado y arrebató el que Frances tenía entre los dedos para volver a encender el suyo.

–¿Ocurrió algo? –dijo, mientras lo encendía–. ¿En Champion Hill? ¿Qué, has descubierto una fantástica marca nueva de abrillantador de suelos?

–No un abrillantador...

–¿Bolas de naftalina?

–... El amor.

Habían hablado al mismo tiempo y por eso Christina necesitó una fracción de segundo para asimilar la palabra. Cuando lo hizo, se enderezó y respondió, de una forma no del todo natural:

–¡El amor! ¡Cielo santo! Pero ¿con quién? –Al devolverle el cigarrillo añadió, como en broma–: ¿No será Lil, tu inquilina?

Frances miró a otro transeúnte con aire de oficinista que pasaba al otro lado de la valla.

–De hecho, sí –dijo, en voz baja, cuando el hombre ya había pasado.

A Christina se le borró la sonrisa.

–No lo dirás en serio, Frances.

–Sí.

–Pero... espera un segundo. Espera un segundo. No sabía siquiera que te sintieras atraída por ella.

–Yo tampoco, hasta hace seis semanas. O quizá lo sabía. No lo sé. Ha sido todo un verdadero torbellino.

–Pero... oh, Frances, ¿no te habrás declarado? No te lo aconsejo, de verdad que no.

–¿Declarado? –dijo Frances–. Pero si estamos a kilómetros de eso...

–¿No querrás decir que las dos os habéis embarcado en algún tipo de... intriga?

–Sí.

–¿Con su marido en la casa? ¿Lo sabe él?

–Por supuesto que no.

–¿Desde cuándo dura esta historia?

–Poco menos de un mes. Sé que no parece mucho tiempo. Pero es como si hubiera durado más. Cada día que pasa estamos un poco más metidas en ello. Y creo que fue así desde el principio. Para Lilian también. Estábamos ya hasta las rodillas, incluso antes de que... Bueno. Ahora estamos metidas hasta el cuello.

–Pero ¿cómo os arregláis? ¿Cuándo os veis?

–Siempre que podemos. No corremos riesgos. No somos estúpidas. Pero en algunos aspectos no ha cambiado nada. En cierto modo nos hemos acostumbrado a pasar tiempo juntas casi en secreto. Lo que ha cambiado es lo que hacemos en ese tiempo.

Hasta entonces había hablado con cierta timidez. Pero un asomo de sonrisita debió de haberse infiltrado en sus facciones, porque Christina, con un chasquido de la lengua, dijo:

–Sí, bueno, ahórrame los detalles, gracias. No sé qué decir, francamente. Siempre había supuesto que esa señora Barber era una mujer de amistades masculinas.

–Yo también. Y ella.

–Y su marido también, supongo. ¿Y tu madre no se ha dado cuenta? ¿Crees que se lo puedes ocultar, en esa casa?

–Olvidas que soy una veterana ocultándole cosas –dijo Frances–. No me refiero sólo a lo de... nosotras, tú y yo. Me refiero a cosas como... meter los arenques ahumados en mi bolso para que siga pensando que no cargo yo misma con las compras. Me refiero a andar con agujeros en mi combinación para que las suyas puedan estar menos astrosas. Tú crees que quiero castigarla haciéndome la mártir, ¿verdad? No sabes las incontables mentirijillas que digo para ocultarle lo peor de nuestra situación. Pero cuando estoy con Lilian me siento sincera. Me siento como un nudo desatado. O como si me hubieran alisado todas mis aristas.

Christina la miraba ahora con un semblante perplejo.

–¿Y es realmente Amor? ¿Con mayúscula?

–Oh, Chrissy. No sé de qué otra forma llamarlo.

–Pero ¿qué va a ocurrir? ¿Adónde lleva esto? ¿Esperas que abandone a su marido por ti?

–No espero nada. No esperamos nada ninguna de las dos. No pensamos en

el futuro. El presente es demasiado emocionante.

Al oír esto, Christina endureció la expresión.

–No pensáis en el futuro. O sea que ahora eres como todo el mundo.

–Ah, bueno, ¿y qué si lo soy? –dijo Frances–. Sigo la corriente del mundo, para variar. ¿Eso me matará? Y hay tanto antagonismo en todas partes, tanto estrés e irritación... Lilian y yo... no podemos dejar pasar esta pizca de amor. No podemos.

Le embargaba la voz una emoción que la sorprendió a ella misma, y en la pausa que siguió supuso que había sido demasiado sincera o sentimental. Pero Christina se separó de ella para dar una última calada a su cigarrillo y lo aplastó sobre las viejas piedras lisas a sus pies. Y mientras lo hacía dijo:

–Pues qué afortunada la señora Barber.

Estaba claro lo que quería decir, pero no había hablado de ello durante años. Frances guardó silencio un momento y luego murmuró:

–Te dejé en la estacada, Chrissy.

–Sí. He esperado todo este tiempo para oírtelo decir.

–Pero yo perdí más que tú.

–¿Sí? ¿Cómo es eso?

–Bueno, ¿cómo crees tú? Te llevaste nuestra vida, pero con Stevie dentro.

Christina expulsó de un papirotazo una mota de ceniza de su manga.

–Sí, bueno –dijo a regañadientes–. Habría preferido vivirla contigo.

La confesión dejó atónita a Frances.

–¿Lo dices en serio? Yo suponía que eras feliz con Stevie.

Christina hizo una mueca.

–Lo soy. No hace falta que te pongas engreída. Ahora no la cambiaría por ti. Y, en realidad, Frances, eres una mezcla tan extraña, tan conservadora en un momento, tan temeraria al siguiente, que viviendo contigo habría terminado hecha pedazos. ¡Creo que habría acabado con ganas de estrangularte! Es simplemente que..., bueno, me habría gustado tener la oportunidad de descubrirlo. Y sobre todo –añadió– me habría gustado que, cuando tuviste que elegir entre yo y una vida de panecillos y ventas benéficas de la parroquia y solitarios a dos manos con tu madre, me hubieras elegido a mí. Pero no lo hiciste y todo terminó.

Había bajado la cabeza. Movía inquietas las manos en el regazo, y en las puntas de sus dedos había sombras de tinta, y tenía mordisqueados los bordes de las uñas. Y por una asociación de recuerdos demasiado intrincada para

desentrañarla, la visión de las manos nerviosas de Christina resucitó algo en la memoria de Frances: un momento concreto del mismísimo comienzo de todo, cuando abrió un libro en una reunión pública y encontró dentro un pedazo de papel. *Tú, tontorrón. ¿Todavía no te has enterado de que me gustas con locura?*

Y quizá Christina estuviese recordando algo similar. Mezclado con los rumores amortiguados del tráfico de Fleet Street, de pronto se elevó un sonido musical: la puerta trasera de una furgoneta anunciaba un espectáculo. El altavoz atronó a lo lejos, luego disminuyó el volumen y cuando dejó de oírse Christina dijo, con un suspiro:

–Hoy no hay ningún organillo que toque «nuestra» canción, entonces. –Se levantó y se estiró la falda–. Tengo que volver a casa. ¿Vamos?

Abandonaron el patio y volvieron a Fleet Street, con un paso más cansado que antes. En cuanto entraron en el Strand, Frances dijo:

–Si no te importa, yo doy la vuelta en el puente. ¿Cómo está tu callo?

–No, no me importa. Mi callo está bien.

–¿Y me has perdonado?

–¿Perdonado?

–Sí, por... Oh, espera aquí un segundo, por favor.

Siempre había una florista en la acera de St. Clement Dane, una anciana de tez color tabaco que una vez le dijo a Frances que, de muchacha, había vendido claveles a Charles Dickens. Frances cruzó para dirigirse hacia ella, esquivando los vehículos en el denso tráfico, y compró un ramo de lilas blancas. Regresó entre bocinazos y Christina la miró con amargura.

–Para la señora Barber, me figuro.

Pero Frances se lo tendió a ella.

–Para ti. Por tu cumpleaños. Perdona que me olvidase.

Christina se sonrojó. Cogió las flores y se las acercó a la nariz.

–Bueno, gracias. Me alegro de haberte visto. No dejes pasar otro mes.

–No lo haré. Y Chrissy, lo que te he dicho..., no irás contándolo por ahí, ¿verdad? Ni siquiera a Stevie. Lilian tiene un miedo enfermizo a que se enteren sus hermanas.

–¡Pues no se lo reprocho! ¿Y tú?

–Ay, qué exasperante eres. Creía que este asunto te parecería muy progresista, muy Gordon Square.

–Pero la señora Barber no es Bloomsbury.

–Me gustaría que la llamasas Lilian. ¿O sea que hay una norma para Bloomsbury y otra para las afueras?

–¿Y si su marido lo descubre? ¿Qué pasará entonces?

–No lo sé. No nos lo hemos planteado. Te lo he dicho, disfrutamos el momento.

Christina miró a los transeúntes, Bajó la voz.

–Bueno, ten cuidado. ¡Una mujer casada, Frances! Casada como es debido, no como Stevie y yo. No puede acabar bien, ¿no crees?

Pero era imposible imaginar cómo acabaría, quiso decir Frances. Era como la idea de envejecer cuando uno vibraba de juventud; como saber que morirías cuando estabas rebosante de vida.

Aun así, asintió, besó a Christina en la mejilla y prometió: «Tendré cuidado.» Y después se separaron, Christina renqueando en dirección a Covent Garden, Frances hacia el sur cruzando el puente; se detuvo un minuto en el medio para contemplar abajo el río de color pardo.

Y se paró de nuevo en la otra orilla. Había captado su atención el muestrario de una tienda de regalos. Exhibía adornos de loza baratos: molinos de viento, casitas de campo, terriers escoceses. Acurrucado entre ellos había un carromato y un pony, un objeto de pacotilla de un gusto deplorable, destinado a niños o a ancianas chifladas; pero le hizo pensar en la fantasía de Lilian sobre el rey y la reina zíngaros. Costaba un chelín y seis peniques. Sería dinero malgastado. Y ya había comprado el ramo de lilas blancas...

Ah, qué demonios, pensó. ¡Una no se enamoraba todos los días! Entró y compró la pieza, se la llevó a su habitación, dedicó un montón de tiempo a envolverla en papel de colores y en ponerle una cinta.

Se lo ofreció a Lilian al día siguiente, mientras su madre estaba en el jardín. Y aunque se rió al dárselo, y aunque Lilian también se rió en cuanto hubo desenvuelto el regalo, por alguna razón, cuando el adorno barato descansaba entre ellas en la palma de la mano de Lilian, las risas se apagaron y casi se pusieron serias.

–Lo miraré cuando no estemos juntas –dijo Lilian–, y me dará igual con quién esté, sea Len u otra persona. Él pensará que estoy aquí, pero estaré en otro sitio. Estaré contigo, Frances.

Se llevó el carromato a la boca, cerró los ojos como si formulara un deseo y lo besó. Y luego lo colocó en el lugar del marinero Sam, en la repisa de la

chimenea; lo dejó allí mismo, en la salita de Leonard, donde su mirada, pensó Frances, se posaría sin querer en el carromato, quizá unas cien veces al día. La idea activó en su fuero interno un doble sentimiento: no supo cuál de los dos prevalecía, si la emoción o el desasosiego.

Y quizá la conversación con Christina rompió una especie de hechizo porque, casi inmediatamente, las cosas empezaron a cambiar. Durante el desayuno, unos días después, la madre de Frances recibió una nota invitándola a Braemar una o dos horas para que ella y la señora Playfair pudieran charlar sobre un nuevo proyecto benéfico. Y aunque Frances tenía la intención de consagrar la mañana a las tareas domésticas, y normalmente hubiera aprovechado la ausencia de su madre para alguna tarea especialmente mugrienta, en cuanto la madre dejó el camino expedito, saber que Lilian estaba arriba, sin vigilancia, empezó a rondarla como un prurito atroz. Finalmente se dio por vencida, subió y llamó con los nudillos a la puerta de la salita. Lilian corrió las cortinas y la habitación volvió a ser el lugar oscuro, cálido y aislado que había sido la noche de Serpientes y Escaleras. Se besaron durante un rato tendidas en el sofá y luego se acostaron en el suelo, desvistiendo suavemente una a otra según se deslizaban.

Pero cuando Frances quiso levantarle la falda, Lilian la detuvo.

–No.

–¿No?

–Todavía no. Primero túmbate y déjame que te haga el amor.

Así que Frances obedeció, se tendió, cerró los ojos, dejó que Lilian le levantara la falda, permitió que le abriese las piernas. Sintió su mano, y después sus labios, cálidos y móviles sobre la media del muslo; notó que la boca de Lilian se humedecía y se tornaba suave como el terciopelo en el punto donde encontró la piel de encima de la seda. Después la despojó de la ropa interior y su boca le buscó la entrepierna, apretada muy fuerte contra ella, caliente, completamente inmóvil –tan insoportablemente inmóvil que empezó a removerse contra ella–, para después convertirse en movimiento y transformarse en labios, lengua, aliento, presión, insistencia...

Después, con una brusquedad dolorosa, la boca se retiró. Lilian levantó la cabeza.

–¿Qué...?

–¡Chiss! –dijo Lilian. Estaba mirando por encima de Frances a la puerta, con un dedo contra sus labios húmedos. Y entonces Frances también lo oyó: un crujido, unos pasos que abandonaban la escalera. Antes de que pudiese reaccionar, sonó una voz:

–¿Frances? ¿Estás ahí arriba?

Era su madre, en el rellano, al otro lado mismo de la puerta no del todo cerrada de la salita.

Se levantaron de un salto, como si hubieran recibido una descarga eléctrica. Lilian se enjugaba frenéticamente la boca y la barbilla. Frances tenía la falda a la altura de las caderas, una de sus medias se desató del ligero: buscó a tientas el broche, lo cerró, estiró las costuras, se alisó el pelo. ¿Dónde estaban sus zapatillas? Localizó el talón de una de ellas: la había mandado debajo del sofá de una patada. Trató de pescarla con el dedo del pie y se volvió de costado para hacerlo... La madre llamó de nuevo. «¿Frances?» Ella desistió de buscar las zapatillas, miró una vez a Lilian, y, con el corazón acelerado, fue a la puerta.

La madre se estaba alejando, como si se dispusiera a bajar la escalera. Al oír a Frances se dio media vuelta.

–Ah, *estás* aquí. Bien.

–Sí –dijo Frances–. Sí, estoy aquí. –Avanzó y cerró la puerta tras ella–. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

–Sí, estoy bien. Pero se trata de Patty, en casa de la señora Playfair. Tiene el estómago descompuesto. No es para llamar al médico, pero se ha empeñado en tomar arrurruz; y en la cocina de la señora Playfair no hay. ¿No tenemos nosotras? Estaba segura de que sí. Les he prometido llevárselo. Pero he buscado por toda la despensa y no lo encuentro.

Llevaba todavía el sombrero y el abrigo puestos. La puerta de la entrada no había hecho ruido; debió de haber llegado por la vereda y el jardín, para ganar tiempo. Tartamudeando un poco, Frances dijo:

–¿Desde cuándo estás aquí?

–Desde hace sólo unos minutos. No sabía dónde estabas. He visto que no estabas en el salón.

–No. No, estaba aquí arriba, con Lilian.

La madre la examinó mejor ahora.

–¿Sí? ¿Qué estabais haciendo? ¡Se diría que has hecho una carrera!

–¿Sí? –se rió Frances–. Oh, Lilian me estaba enseñando un paso de baile. –

Fue lo primero que se le pasó por la cabeza. Pero tendría que decir algo que explicase su porte y su apariencia. Era agudamente consciente de que estaba despeinada, del color de sus mejillas, de la ropa arrugada y los pies descalzos; y también de la escurridiza conmoción que se aquietaba entre sus muslos. Pensando una pequeña mentira que desviase la atención de otra más grande, porque era una estrategia que en ocasiones le había dado resultado, añadió, como quien sale del paso—: También hemos estado fumando. No quería que te molestase el olor.

¿Esto mejoró o empeoró las cosas? La expresión de la madre se serenó. Pero luego pareció dudar y su mirada enfocó más allá de Frances para posarse con un asomo de cautela en la puerta cerrada.

Sin embargo, ya no había más remedio que afrontarlo audazmente. Frances dio un paso adelante. Pobre Patty. Sí, desde luego que había arruinar. Lo había usado la semana anterior para preparar la comida del domingo. Si su madre quería que fueran a la despensa... Bajaron la escalera y en silencio entraron en la cocina. La puerta de la alacena estaba abierta, la caja directamente enfrente, en la estantería: allí mismo, donde cualquiera que no fuese su madre la habría visto. Era una caja bastante grande. Sin duda Patty no necesitaría tanto, ¿no? Empleó un minuto en volcar el polvo en un pedazo de papel de estraza y confeccionó un paquete atado con un par de gomas.

El corazón le galopaba todo el tiempo, aunque su voz, pensó, era serena. Pero la actitud de su madre seguía siendo forzada, y su despedida, cuando se marchó, fue más bien muda. Recorrió el jardín con el cuerpo rígido, como si supiera perfectamente que Frances la estaba observando desde la ventana.

En cuanto la madre desapareció por la puerta que daba al camino, ella volvió a subir la escalera, con cierta flojera. Ahora las cortinas de la salita estaban descorridas. De pie sobre la alfombra del hogar, con la ropa adecuada y las manos en la cara, Lilian se tapaba la nariz y la boca. Miró a Frances a través de la punta de sus dedos y por un momento pareció posible que, horrorizadas, aliviadas, las dos prorrumpieran en una carcajada nerviosa.

Pero aquel momento transcurrió. Frances se dejó caer en el sofá.

—¡Dios! —Se miró la falda arrugada—. Estoy hecha un desastre, ¿no? Y me arde la cara. ¿Me has oído ahí fuera? Le he dicho que estábamos bailando. Que me estabas enseñando un paso. ¡Oh, es como un vodevil!

Lilian bajó las manos.

—Pero tu madre no sospechará nada, ¿verdad?

–No lo sé. Es más avispada de lo que te imaginas. Aunque se da mucha maña para no ver las cosas que no le convienen... ¡Ay, *maldita* señora Playfair! Es muy propio de ella mandar a mi madre a casa a por media caja vieja de arrurruz cuando podría haber mandado fácilmente a una de sus muchas criadas a comprarla. ¡Y también es muy propio de mi madre venir a casa!

–Pero no se le ocurrirá pensarlo –insistió Lillian–. A nadie se le ocurriría. Pensarían cualquier cosa menos esto.

Frances respondió a desgana.

–Pero mi madre podría. Por lo de Christina y yo.

Lillian le clavó la mirada y después se apartó bruscamente. Se sentó en el sillón y se mordió la uña del pulgar. Frances desvió los ojos hacia la alfombra donde se habían tumbado para hacer el amor. Ahora sintió que a la habitación le faltaba aire. Al menos su madre no había venido por la entrada de la calle y no había visto las cortinas corridas. Eran las estivales de seda que Lillian había instalado hacía poco. Combinaban con algunos almohadones del sofá. También había flores en la repisa de la chimenea; la jaula de pájaros giraba despacio, colgada de su cinta; y, naturalmente, en el estante de los juguetes y chucherías estaba el carromato de loza... De repente Frances vio la habitación con los ojos de su madre y le pareció como algo propio de un callejón de Piccadilly.

Miró a Lillian y, desalentada, hundiendo los hombros, dijo:

–¿Qué estamos haciendo, Lillian?

Lillian le devolvió la mirada.

–¿Qué quieres decir?

–Ya sabes lo que quiero decir. Son las diez y media de la mañana. No es una sorpresa que mi madre haya estado a punto de pillarnos. Lo raro es que no lo haya hecho antes.

–Pero ¿tú no querías?

–Claro que quería.

–Eres tú la que ha subido a buscarme.

–Sí, porque si no hubiera subido, ¿cuándo habría podido verte? ¿Quizá cinco minutos, más tarde, mientras Leonard estaba en el excusado?

–Pero ¿qué otra cosa podemos hacer? –preguntó Lillian. Y luego, como Frances no contestó–: ¿No querrás que lo dejemos? –Cruzó hasta el sofá,

cogió las manos de Frances—. Tú no podrías, ¿verdad? Oh, Frances, di que no podrías. ¡Creo que me moriría! Te quiero tantísimo.

—Y yo también te quiero. Pero lo decimos ¿y qué significa?

—Sabes lo que significa. Lo sabes. ¿Por qué tienes que preguntármelo a mí?

—A veces pienso que esto es una especie de delirio.

—Es el resto del mundo el que delira. Sólo tenemos que ir con más cuidado. ¿Acaso importa en qué momento del día nos veamos? ¿Qué importa el momento? Da igual que sea en secreto; eso lo hace más especial, más nuestro.

—¿Crees que mi madre lo consideraría especial? ¿Y qué me dices de Leonard?

—Oh —dijo Lilian automáticamente—, no me importa lo que piense Leonard. Y no es lo mismo que si yo me viera con un hombre, ¿no?

A Frances se le cayó el alma a los pies.

—¿Ah, no?

Lilian se puso nerviosa al instante.

—Quiero decir que es como lo vería él.

—¿Cómo, concretamente? —preguntó Frances—. Como algo sin importancia, quieres decir. En ese caso, ¿por qué no se lo cuentas todo?

Sentada con la mirada baja, Lilian dijo suavemente:

—No es algo sin importancia. Sabes que no lo es.

Frances lo sabía. O estaba casi segura de que lo sabía. Pero tenía una aviesa tentación de buscar gresca, de provocar una pelea... El impulso amainó. Se llevó la mano de Lilian a la boca y suspiró contra sus dedos.

—Lo siento. No riñamos.

Lilian le sonrió, vacilante.

—Échate en el suelo. Voy a correr las cortinas otra vez. Podemos...

—No. Es mejor que baje. —Empezó a ponerse en pie—. La señora Playfair podría mandar a mi madre que venga a buscar otra cosa.

Lilian la retuvo.

—No te vayas.

—Tengo que irme, Lilian.

—Bueno, sólo..., primero bésame, por favor.

Así que, tras un momento de resistencia, Frances consintió que la atrajera de nuevo hacia el sofá; y el beso, como de costumbre, se prolongó largo tiempo.

Cuando volvió su madre, Frances se cuidó de mantener la conversación alejada del tema de Lilian. Hablaron del estómago revuelto de Patty, que la dosis de arrurruz, al parecer, apenas había conseguido calmar. Pero por la noche, después de cenar, mientras cosían sentadas en el salón, la madre mencionó una tarea que le había prometido hacer a la señora Playfair: numerar billetes para un sorteo próximo. ¿La ayudaría Frances? Era un trabajo fácil, pero bastante aburrido. ¿Podrían hacerlo el fin de semana? ¿El sábado por la tarde, por ejemplo?

—Sí, claro —dijo Frances. Un segundo después añadió, forzosamente—: Pero me temo que tendrá que ser el domingo. Lilian y yo hemos hecho planes para el sábado.

La madre guardó silencio a continuación, eligiendo entre los hilos de seda de su cesto. Cortó uno, humedeció la punta con la lengua y lo enhebró en una aguja. Pero cuando ya había dado la primera puntada dijo:

—He notado que últimamente no te separas ni un minuto de la señora Barber. ¿No la echa de menos su marido?

Lo dijo en voz baja, sin levantar la vista, y sonó tan diferente de lo habitual que Frances sintió un nudo en el estómago como si tuviera diez años. Dio unas puntadas en su propia labor y respondió, lo más a la ligera que pudo:

—Muchas veces pasan los sábados separados. Él juega al tenis después del trabajo, ¿te acuerdas?

—No estaba pensando sólo en los sábados.

—Bueno, Lilian y yo nos hemos hecho buenas amigas.

—Desde luego estos días la tratas con mucha familiaridad. Debe de halagarla que te intereses tanto por ella.

Frances forzó una risa.

—¿Que me intereso? ¡Lo dices como si yo estuviera dirigiendo un club de chicas!

—Quizá deberías intentarlo, dirigir un club o algo parecido. El vicario Garnish me preguntó ayer cómo ocupas tu tiempo. No supe qué decirle.

—Lo ocupo cuidando de esta casa.

—Sí, bueno, desde hace algún tiempo no da la impresión de que haya estado muy bien cuidada.

Frances dejó el remiendo.

—Oye, madre, esto es un poco difícil. Tienes momentos en que no soportas

verme fregotear un suelo. Y otros en que te quejas de que el suelo no está limpio.

A la madre le habían salido los colores.

–No me quejo, Frances. Sabes lo que pienso de ti y de tus tareas; sabes lo agradecida que te estoy por todo lo que has hecho. Pero, para empezar, ¿no fue por la casa por lo que alquilamos una parte a los Barber? Si las faenas domésticas no se hacen porque te pasas las mañanas con ella, fumando cigarrillos y bailando polcas... ¿Ella no tiene cosas que hacer? O quizá se las estás haciendo tú.

–Por supuesto que no se las hago.

–Pareces tan embelesada con ella... Y a mí siempre me ha parecido una joven común y corriente. No debes permitir que te monopolice. No andes corriendo detrás de ella. ¿Dónde están tus otras amigas? Últimamente no parece que veas a Margaret. Y la señora Barber tendrá amistades, ¿no? Amigas de su misma clase social.

¿Así que era eso?, se dijo Frances. ¿La clase social? Casi esperó que lo fuera. Dijo:

–Me gusta la compañía de Lilian, eso es todo. Y a ella la mía.

–¿Más que la de sus hermanas?

–Sabes muy bien que son bastante diferentes.

–¿Y que la de su marido?

–Te lo he dicho antes; no siempre se llevan bien.

–Bueno, pero no le dejes que se aproveche de ti. Cuando haga las paces con su marido...

–Quizá no las haga –no pudo evitar decir Frances.

La madre se impacientó al oír esto.

–¡Pues claro que las hará! Será totalmente infeliz si no las hace. A ninguna mujer le gusta pensar que ha fracasado en su matrimonio. Espero que no le hayas estado metiendo en la cabeza ideas raras sobre el asunto. Si yo pensara... si yo pensara por un momento que la has estado animando a alejarse de su marido...

Frances habló sin inmutarse.

–¿Por qué demonios haría yo eso?

Y su actitud debió de ser convincente. La mirada de su madre perdió parte de su vehemencia.

–Bueno. Sencillamente no la conviertas en una especie de «causa». Ella y

el señor Barber no van a vivir aquí para siempre. Seguramente tendrán hijos en algún momento. Volverán a su propio ambiente, y entonces... ¿qué? La verás menos y te apenará.

–Sí –dijo Frances–. Sí, supongo que tienes razón.

Lo dijo con el aire de algo irrevocable, confiando en poner fin a la conversación, que empezaba a recordar peligrosamente, pensó, a las escenas de antaño a propósito de Christina.

O, por otra parte, ¿era así?, se preguntó mientras reanudaba el remiendo. ¿No era más bien como las conversaciones que recordaba haber tenido en la adolescencia con su madre acerca de las amigas del colegio y las hijas de vecinos con las que de forma periódica se ponía tan embarazosamente romántica? «Gordon pensará que tiene un rival», recordó que una vez había dicho la madre, con una risa incómoda, allí, en aquella misma habitación. Gordon Fowler se había prometido con Kate, la hija de la señora Playfair; Frances había idolatrado a Kate cuando tenía unos catorce años. La madre debía de estar imaginando ahora que Frances había tenido una especie de flechazo con Lilian. La estaba previniendo..., ¿no? ¿Estaba previendo un futuro en el que veía lágrimas de desilusión? En tal caso no podía figurarse hasta qué punto vertiginoso, más allá del flechazo, habían llegado Lilian y ella. ¿Qué pensaría, qué haría si pudiese imaginarlas como habían estado unas pocas horas antes, Frances despatarrada en la alfombra de la salita, y con la boca de Lilian entre sus piernas?

La idea deparó de pronto algo sorprendentemente similar a un triunfo; pero esta sensación empezó a cambiar de inmediato, empezó a marchitarse y a oscurecerse. Pues Frances se preguntó qué habían hecho ella y Lilian. Habían dado acceso a aquella pasión en la casa: por primera vez la vio como una rebeldía que casi poseía vida propia. Podría haber sido una fugitiva a la que las dos habían introducido a escondidas durante la noche y a la que después habían escondido en el desván o en los espacios detrás de las paredes.

Al apagar el gas en el vestíbulo a la hora de acostarse, al oír el chirrido de la tabla de planchar en la pequeña cocina de arriba, Frances se dijo que no subiría a verla. Por esta vez no lo haría. Subió la escalera con la intención de ir derecha a su dormitorio y cerrar la puerta. Pero cuando coronó el último peldaño vaciló; y luego, sin pensarlo más, dio la vuelta silenciosamente al hueco de la escalera y se acercó a la puerta abierta de la cocina. Las miradas de ambas se cruzaron y el corazón le dio un vuelco.

Lilian dejó la plancha encima del trébede y miró nerviosamente más allá del rellano.

—¡Creí que no vendrías nunca! Llevo siglos aquí, planchando una y otra vez la misma funda de almohada. No me odias, ¿verdad?

—¿Odiarte?

—He pensado, hace un rato... Ah, he pensado todo tipo de cosas.

Sus manos se tocaron por encima de la tabla; después Lilian volvió a empuñar la plancha. La puerta de la salita se había abierto y Leonard entró silbando en la cocina.

Iba vestido —o, mejor dicho, desvestido— para hacer frente al calor: estaba descalzo y con las mangas remangadas hasta arriba, y la camisa sin cuello ondeaba en la garganta, facilitando un atisbo de la camiseta blanca interior y un vislumbre del pecho rojizo que había debajo de ella. Las magulladuras alrededor de los ojos, que en el curso de las cuatro semanas transcurridas habían pasado del negro azulado al color caqui, ya casi habían desaparecido; parecía el mismo de siempre, rebosante de salud. Tenía una botella de cerveza en la mano y dio un último sorbo cuando entró en la cocina.

Saludó muy alegremente a Frances y pasó por su lado ejecutando un paso de foxtrot. Daba la impresión de que había entrado sin ningún motivo concreto, y ella confió en que se marcharía enseguida. Pero él se quedó, entrometiéndose y observando cómo Lilian trabajaba con la funda.

—¿Vas a tardar mucho más con eso?

Ella respondió, cohibida.

—Hay que hacerlo.

Él adoptó un tono ligeramente adulator.

—¿No puedes terminarlo mañana?

Ella pasó la plancha por la tela y no contestó. Pero él seguía mirándola, seguía merodeando, deambulando. No volvió a mirar a Frances. No había hostilidad en la actitud de Leonard. Deseaba a su mujer, sencillamente; ella lo comprendió con una punzada de dolor. Él no sabía —¿cómo iba a saberlo? — que ella también la deseaba.

Al pensarlo se dio media vuelta y cruzó el descansillo hasta su habitación. Al abrir la puerta descubrió que Lilian había deslizado por debajo una de sus notas: un corazón atravesado por una flecha. Miró atentamente el pedazo de papel y lo dejó a un lado, boca abajo.

Cuando se hubo desvestido, acostado y fumado su cigarrillo, Lilian y

Leonard ya habían salido de su cocina y uno de ellos estaba apagando el gas del rellano; un momento después se oyó el suave chasquido con que cerraban la puerta de su dormitorio. Frances había oído aquel chasquido todas las noches desde hacía tres meses, pero algo en el sonido la perturbó aquella noche. Daba vueltas en la cama, tenía mucho calor a pesar de la ventana abierta, a intervalos levantaba la cabeza de la almohada, creyendo que oía murmullos, crujidos, risas, al otro lado del descansillo... No se oía nada.

Cuando vio a Lilian a la mañana siguiente acordaron que en adelante tendrían más cuidado. Dijeron que se limitarían a verse en la habitación de Frances, donde podrían oír la puerta del jardín si se abría, así como la principal, y durante una semana fueron cautelosas, se veían sólo cuando no había nadie en la casa, y el resto del tiempo les despertaban una terrible excitación los encuentros fortuitos en el rellano, donde se cogían de la mano al pasar hacia la escalera. Frances fue a ver a su madre y le dijo que había estado pensando y que sí, se había vuelto un poco negligente. ¿Había algunas obras de caridad en las que ella pudiese ayudar? ¿Y los billetes del sorteo? Resultó que eran quinientos: pasó una tarde escribiendo con tinta los números y otra recorriendo las casas del barrio para convencer a la gente de que los comprara. En parte disfrutó con ello. Incluida la separación de Lilian: parcialmente lo apreciaba. Recordó la sensación de falta de aire que había experimentado en la salita chillona.

Pero de noche, en la oscuridad, se sorprendía levantando la cabeza, aguzando el oído por si captaba el chasquido de la puerta del dormitorio cuando la cerraban. Y la vez siguiente que ella y Lilian hicieron el amor hubo un matiz nuevo. Se desnudaron, pero la desnudez, de algún modo, ya no era suficiente: quería traspasar la piel de Lilian, poseerla con las manos, los labios, la lengua... Después yacieron extenuadas, estremecidas por el galopar de sus corazones, tan fuertemente prensados que ya no estaba segura de qué latidos eran de Lilian y cuáles eran los suyos. Cuando empezaba a separarse, Lilian la retuvo.

—¡No te separes de mí! ¡No te separes nunca!

Pero cuando el ritmo cardíaco se calmó y Lilian aflojó el contacto, el estado de ánimo de Frances empezó a nublarse. Pensó en que más tarde estaría allí acostada con sólo un fantasma en sus brazos; en que acecharía el ruido de la puerta que se cerraba. Nunca había preguntado qué sucedía detrás

de ella. Nunca había querido saberlo. Le había parecido algo que no la concernía, que apenas concernía a Lilian. Ahora, de repente, era insoportable no saberlo.

Tomó aliento.

–Lilian, cuando estás con Leonard, ¿es como esto, con él?

Lilian se inmovilizó un momento y luego rodó hacia un lado.

–Oh, Frances, no me preguntes. No quiero pensar en él cuando estoy contigo. Las cosas que hago con él... Hubo un tiempo, al principio, en que había amor. Pero nunca ha sido como contigo. Contigo soy yo, toda entera. Con él...

–¿Cuántas veces lo haces?

–No me *preguntes*, Frances.

Se tapó los ojos con una mano.

–Preferiría saberlo que no saberlo, simplemente. ¿Cuántas veces?

Lilian respondió, a desgana.

–No lo sé. Ya no tan a menudo. Él sabe que no quiero.

–¿Sabe que no quieres y aun así te obliga a hacerlo? ¿Qué es Leonard..., un bruto?

–No es eso.

–Entonces *sí* quieres.

–¡No! Lo detesto. No lo comprendes. No sabes lo que es estar casada. Si no le permito nunca... Para los hombres es diferente. Si ya no le dejara querría saber por qué, me daría la lata, montaría escenas. Podría sospechar. Nos haría las cosas más difíciles a ti y a mí. Ya se pregunta por qué quieres verme tanto.

La idea enfermó a Frances.

–Parece... obsceno –dijo–. A las personas como yo las llaman obscenas, pero... Bien podrías cobrarle por horas. Al menos así sería algo sincero.

Lilian se volvió de nuevo hacia ella.

–Oh, por favor, no estropees las cosas. Ha sido delicioso. Ha sido perfecto. ¿No lo ha sido para ti?

–Sí –admitió Frances–, lo ha sido. Pero...

–¿Pero qué?

–Bueno, ha sido perfecto en el sentido en que algo lo es cuando está debajo de una cúpula de cristal o conservado en ámbar. Lo único que hacemos es

abrazarnos. Lo único que hacemos es acostarnos en habitaciones con las cortinas cerradas, como ésta.

–Pero ¿qué otras cosas podríamos hacer?

–Cuando hablamos, hablamos de insensateces. De alfombras voladoras. De reinas zíngaras. Para mí significas algo más. No quiero una vida de fantasía contigo. Quiero..., no sé lo que quiero. Casi desearía ser hombre. Nunca lo he deseado. Pero si fuera hombre podría llevarte a bailar, a cenar...

–Si fueras un hombre –dijo Lilian– no podrías hacer nada de eso. Len se enteraría y vendría a pelear contigo. La gente diría todo tipo de cosas sobre mí. No quieres ser un hombre, ¿no? Yo no te amaría si lo fueras. Entonces no serías tú. Bailes y cenas..., ¿qué importancia tienen? He ido a montones y no significan nada. *Esto* sí significa algo.

–¿Qué significa?

–Que estamos enamoradas.

–Pero esta noche te acostarás con él y yo estaré aquí pensando en que tú lo haces. Cada vez me importa más. Al principio no me importaba. O eso me decía a mí misma. ¿A ti te importa también?

Lilian bajó la mirada. Cuando respondió lo hizo con un tono extraño, apagado, que Frances no le había oído nunca.

–Me importa cada minuto.

–Entonces ¿por qué no... lo dejas?

Ella alzó la cabeza.

–¿Qué?

–Abandónalo.

–Oh, Frances, ¿cómo iba yo a hacer eso?

–¿Estás enamorada de él?

–Sabes que no.

–Entonces pon fin a la relación.

–No digas eso, Frances. ¿Adónde iría? ¿Cómo viviría?

–Podrías... vivir conmigo.

Ninguna de las dos había sugerido antes semejante cosa y Lilian pareció sobresaltada. Pero al instante cambió su expresión.

–¡Ah, sería maravilloso!

–No –dijo Frances, agarrándola–, no hables así. Como si fuera otro cuento de hadas. ¿Por qué no podríamos vivir juntas? Podríamos alquilar un apartamento, como Christina y Stevie. O alquilar una habitación, una sola

habitación... –Ya la estaba viendo. Veía a las dos dentro de ella y a ella misma echando el cerrojo de la puerta–. Podríamos vivir como los cerdos, andar desnudas, alimentarnos a base de pan y hacer economías si fuera necesario. ¿Por qué no podríamos?

–Pero Len nunca me lo permitiría.

–¿Cómo iba a impedírtelo?

–¿Y tu madre?

–No lo sé. Pero tiene que haber un modo. ¿Cómo no va a haberlo, si lo queremos de verdad?

Sus corazones habían empezado a desbocarse otra vez. Se miraron y por un segundo parecieron al borde de una zambullida o un salto vertiginoso.

Pero entonces Lilian cerró los ojos y habló con un tono ligero y anhelante.

–Ah, ¿no sería delicioso? ¡Tendríamos una noche de bodas! La mía fue espantosa. No teníamos el menor interés en ir a un hotel o algo por el estilo. Fuimos directamente a Cheveney Avenue; oías a los padres de Len a través de las paredes. Len no paraba de silbar «At Trinity Church I Met My Doom». Lo silbó tanto que me hizo llorar. Después me pidió perdón, pero... La nuestra no será así, ¿verdad? ¿Dónde la pasaremos? ¡En París! ¡En una buhardilla de artistas, contemplando los tejados!

En otras palabras, pensó Frances, habían vuelto al reino de las fantasías, y era como si estuvieran hablando de carromatos zíngaros. Sintió una oleada de alivio, de decepción: no sabía muy bien lo que era. Permanecieron acostadas otro rato hasta que fue hora de levantarse y vestirse y reanudar sus respectivas tareas.

¿Y qué quería ella, en realidad? Quería a Lilian, obviamente. Más allá de esto nunca se había permitido aventurar otros pensamientos. Pero ahora la visión que había tenido –la habitación, la libertad, el salto vertiginoso– persistía en su cabeza, pequeña, pequeña como una semilla de mostaza, pero echaba raíces. ¿Era posible? ¿Podían hacerlo? ¿Podían forjarse un futuro juntas? ¿Podía ella abandonar a su madre, la vida en Champion Hill que se había construido con tanta diligencia, una polvorienta faena doméstica tras otra? ¿Y podía pedirle seriamente a Lilian que rompiera un *matrimonio*?

No, por supuesto que no podía. Incluso pensarlo era una locura. Tuvo que recordarse lo que le había dicho a Christina: que el idilio era glorioso, un obsequio que había que gozar mientras durase. Sin duda seguiría su curso.

Posiblemente era una aventura de verano que ella y Lilian superarían... Pero pasó una semana, y después otra. Los días de agosto eran aún calurosos, pero empezaban a hacerse visiblemente más cortos. Y la pasión no se enfriaba, no seguía su curso. Al contrario, se volvía más desgarradora, más absorbente, hasta más frustrante. Porque allí estaba Leonard, como un muro de ladrillo, como un seto de brezo. Las dos se besaban y hacían el amor con tanta ferocidad como osaban hacerlo durante el día, pero al final –al final de cada día–, Lilian entraba en el dormitorio con su marido, cerraban la puerta tras ellos y... Frances seguía sin atreverse a imaginar lo que ocurría después. La consolaba el hecho de que ahora la pareja parecía discutir más a menudo; que a veces pasaban veladas enteras en un silencio absoluto o irritado. ¡Pero tener que consolarse de aquella manera!, pensó. Y de todas formas siempre se reconciliaban. Los silencios daban paso a bostezos, murmullos, risas. Seguían yendo a salones de baile y a tabernas. Incluso proyectaban unas vacaciones: Lilian las anunció con una expresión de desdicha. A principios de septiembre ella y Leonard iban a pasar una semana en Hastings con Charlie y Betty. ¡Una semana entera! ¿Cómo lo soportarían?

Peor todavía que este proyecto, sin embargo, peor que las risas y las salas de baile, peor que cualquier otra cosa, eran las intimidades fortuitas y cotidianas de la vida conyugal: Leonard esperando a Lilian al pie de las escaleras y llamándola: «¡Vamos, mujer!»; Lilian enderezándole el ala del sombrero, abrochándole la hebilla en la espalda del chaleco; pequeños momentos de marido y mujer que Frances podía vislumbrar o entreoír cuando iba y venía por la casa y que la herían como golpes en el corazón si la cogían desprevenida. Al principio hacía lo posible por eludir a la pareja y alejarse de ella. A medida que el mes se acercaba a su fin, la asaltaba un creciente y absurdo impulso de interrumpirlos. Inventaba dramas domésticos triviales, buscaba cualquier excusa –carretes de hilo, agujas, libros que había que pedir prestados o devolver con urgencia–, la cosa más nimia para recuperar a Lilian, estar a solas con ella, lejos de Leonard, aunque sólo fuera durante un minuto.

–¿Qué pasa? –preguntaba Lilian, siguiéndola al dormitorio.

–Quería verte, nada más.

–Oh, Frances, no debes.

Pues ahora Leonard podía venir también a fisgar desde el rellano –«¿Qué están cuchicheando las mujeres? Vosotras dos siempre andáis con

cuchicheos. Un hombre no se puede fiar. ¿Qué estáis tramando?– y bromear al respecto, pensaba Frances; pero venía a fisgar, en definitiva.

Resultaba difícil no odiarlo. La idea de que acosara a Lilian en la cama, la idea de que se echara sobre ella... Hacía lo imposible para evitarlo y cada vez que se encontraban se mostraba tan fría y hostil que él se retiraba, desconcertado. Ya no pasaba por la cocina al atardecer para charlar un rato con ella; ahora daba vueltas por el jardín, empujaba el cortacéspedes, regaba algunas plantas. Pero, por supuesto, al final siempre volvía al lado de Lilian; y a veces Frances, sigilosamente, lo seguía, imaginándolos en la peligrosa habitación de arriba. Se quedaba al pie de la escalera –o en el primer o el segundo peldaño– con la cabeza ladeada, escuchando.

Una vez su madre la sorprendió allí.

–¿Qué haces, Frances?

Ella se sobresaltó.

–Me ha parecido oír que me llamaban Lilian y Leonard.

La madre pareció preocupada.

–Están en su sala, ¿no? ¿Para qué iban a llamarte?

–No lo sé.

–Bueno, no los molestes. Creo que el señor Barber se alegrará de irse de vacaciones; estará contento de pasar algún tiempo a solas con su mujer.

Y sí, reflexionó Frances, probablemente lo estaría. Pensó en los días y días que él pasaría con Lilian, y en las noches y noches... Y de pronto estuvo en un tris de subir y echárselo todo en cara. *Piensas que es tuya*, se imaginó diciendo. *¡No tienes la menor idea! ¡Ella es mía, imbécil!* Porque ¿acaso eso no lo resolvería todo? O, si no lo resolvía, al menos acabaría con esa situación, la cambiaría...

Después se representó el horror que vería en la expresión de Lilian, y no hizo nada.

Y llegó septiembre y la semana de vacaciones se echaba encima. Lilian pasó la víspera preparando una maleta para el viaje. Frances le hizo compañía un rato, sentada en el borde de la cama, pero ver las cosas que Lilian doblaba en el interior de la maleta rayada –los trajes de baño, las toallas de playa, las camisetas y los calzoncillos de Leonard– la descorazonó. Cuando Lilian pasó por delante de ella para coger de la mesilla de noche una caja llena de pasadores y gemelos, se levantó.

–Creo que estoy estorbando.

–No te vayas –dijo Lilian, agarrándola.

–Creo que te arreglarás mejor sin mí.

–No, espera. Por favor, Frances. No nos veremos durante la semana que viene y... –Se puso una mano en los ojos un momento y pareció súbita y enormemente cansada, con todos los rasgos pálidos y hundidos; luego pareció sacudirse la fatiga. Con una sonrisa, arrojó la caja de objetos sonoros en la maleta a medio hacer—. Puedo terminar más tarde. Len me ayudará, por una vez. No quiero seguir encerrada aquí. Acompáñame fuera, por favor.

El cambio de Lilian la desconcertó.

–¿Que te acompañe? ¿Qué quieres decir?

–Quiero llevarte a un sitio. Como algo especial. Para compensarte. Para compensarte por... Compensarte por todo. Por estas estúpidas vacaciones. Por estar casada. ¡Porque soy un incordio y hago que me ames! No lo sé. Siempre dices que estás harta de estar bajo techo con las cortinas corridas, ¿no? Acompáñame, entonces.

–¿Pero adónde?

–No te lo puedo decir. ¡Echaría a perder la sorpresa! ¿No te gustan las sorpresas?

No, a Frances no le gustaban. Detestaba la idea de que alguien tramara y proyectara algo para ella. Aborrecía la obligación de mostrarse encantada en cuanto se revelaba la sorpresa. Casi a disgusto, por tanto, se preparó y cuando, veinte minutos después, abandonó la casa con Lilian, inmediatamente trató de adivinar adónde iban. Lo único que Lilian llevaba consigo, en lugar de una bolsa, era un bolso pequeño de terciopelo, por lo cual no se proponía hacer una comida campestre; y aunque se aproximaron al parque enseguida se desviaron de él y tomaron la larga calle hacia Herne Hill, en dirección suroeste. Quizá se dirigían a la estación de Herne Hill para hacer una excursión en tren. Sí, decidió, debía de ser eso. Un paseo por el campo, seguido por un té en un café o una posada. Pensó hasta dónde podían llegar cómodamente al cabo de dos o tres horas de trayecto. A algún lugar de Kent, claramente. Bueno, pues muy bien. Disfrutaría de un viaje a Kent. Empezó a adoptar un buen talante para amoldarse, resueltamente.

Pero llegaron a la esquina de la estación y pasaron de largo. Lilian llevaba su sombrilla al hombro y la hacía girar mientras caminaban, con un aire travieso, emocionado; parecía una gata. Ahora se dirigían hacia Brixton. La

calle era bastante ruidosa. «No queda mucho», dijo con tono enigmático; y Frances no acertaba a imaginar qué podía ser lo que, en aquella calle polvorienta del extrarradio, merecía todo aquel misterio, todo aquel ajetreo. Sólo pudo suponer, desalentada, que el punto de destino sería algo caprichoso, una gitana que daba la buena ventura en un cuarto encima de un comercio, un árbol de aspecto romántico alrededor del cual la invitarían a atar una cinta...

Doblaron una esquina y Lilian dijo:

–No tienes que mirar, en este último tramo. Mira al suelo y yo te guío.

Frances se sintió como una idiota, pero no dijo nada y siguió andando con la mirada baja, dejándose guiar alrededor de farolas y encima de bordillos. Atravesaron un claro en el tráfico de una calle populosa, y se detuvieron.

–¿Ahora puedo mirar?

–Sí –dijo Lilian y, rápidamente–: No. –Estaba perdiendo la confianza–. Quizá no te guste, de todas formas.

Frances tenía miedo de levantar los ojos. Aguardó otro momento, mientras pasaba un autobús estruendoso; luego alzó la cabeza.

Se encontró delante de la vistosa entrada, llena de colorido, de la pista de patinaje de Brixton.

Miró a Lilian.

–Me has traído a patinar.

Lilian la miraba, inquieta.

–Dijiste que antes te gustaba. ¿Te acuerdas, la primera vez que fuimos al parque?

Frances asintió.

–Sí, me acuerdo.

–¿Entras conmigo?

–Sí.

Fue como si la arrancaran de una vida y la arrojasen de golpe a otra. Al acercarse a las puertas ya oían la confusión de sonidos en el interior. Al entrar en el edificio las recibió la música, las risas y el rumor débil, sordo de las ruedas sobre la pista. Vieron a los patinadores recorrer su circuito, la manera forzada con que se deslizaban con las piernas rígidas, y para cuando salieron de la cola para comprar las entradas y de la otra cola para alquilar los patines, Frances estaba impaciente por llegar a la pista. Los dedos de sus zapatos encajaron de maravilla en los pequeños corchetes metálicos; las gastadas

correas de cuero le tironeaban de los tobillos. Al incorporarse se sintió como una gigante pero horriblemente desgarrada; había olvidado la loca inseguridad de los patines. Se lanzó hacia delante, sin agarrarse a nada.

–¡Esto es de locos! ¡Qué horror!

Lilian se levantó, luego gritó y sujetó a Frances. Recorrieron riéndose, chacoloteando sobre el suelo, la distancia hasta el hueco en la barrera.

Y después ya estaban en la pista, sobre la traidora superficie sembrada de tiza. Lilian le tiró del brazo.

–¡Más despacio! –dijo, aferrada a la barandilla.

–Suéltate –la apremió Frances.

–¡No me atrevo! ¡Me voy a caer!

–No te vas a caer. O si te caes, caemos juntas. Anda.

Tomó de la mano a Lilian y la alejó de la barrera. Lilian chilló otra vez, pero se dejó llevar; encontraron un hueco entre las filas de patinadores.

El edificio era enorme, moderno, sin ningún encanto, como el vestíbulo gigantesco de una iglesia. Las banderitas que colgaban de las vigas tenían los colores desvaídos del armisticio, y la música eran canciones ligeras de treinta o cuarenta años antes, como «Funiculì Funiculà» y el «Vals de la viuda alegre». El público era menos denso que las multitudes que Frances recordaba en las pistas de su época juvenil; podía estar compuesto exclusivamente de gente que todavía no se había dado cuenta de que las emociones, en los tiempos que corrían, había que buscarlas en otros lugares: en los clubs de jazz, por ejemplo, o en los antros de cocaína. Pero el ambiente extemporáneo daba un aire de camaradería a los usuarios, y había suficientes para chocar o caerse encima de ellos. Aún no habían terminado las vacaciones escolares y los niños circulaban disparados como pececitos, pero también había parejas de novios y chicas a pares o en grupo, e incluso alguna que otra señora mayor. Los chicos competían y volaban en un circuito interior, reservado para ellos, y en el centro poco poblado de la pista unos cuantos jóvenes con semblante serio exhibían sus talentos. Cada cierto tiempo alguien agitaba los brazos como un molino de viento y se venía abajo entre vítores y abucheos y risas comprensivas; se levantaban, avergonzados, y se sacudían la tiza de las rodillas y el trasero. Un empleado del local patrullaba para supervisar que nadie se hiciera daño, y tocaba un silbato si los chicos se ponían pendencieros.

Y en medio de todos ellos patinaban Frances y Lilian, le habían cogido el

tranquillo, iban cada vez más rápido. De vez en cuando unos hombres miraban a Lilian, porque los hombres siempre la miraban, pero ninguno las abordó salvo para sonreírles o cederles el paso educadamente. ¡Lilian era un genio! En ninguna parte del mundo, pensó Frances, podrían haber estado tan públicamente juntas, mutuamente enlazadas como estaban. No era en absoluto como hacer el amor. Era una diversión, pura, infantil. Y sin embargo *era* como hacer el amor: sus emociones y su intimidad, el no soltarse nunca, la unión de los dedos y el choque de los muslos, la respiración acelerada y los latidos de cada una acompañados con los de la otra. Cuando llevaban media hora patinando dieron la señal de que los patinadores cambiaran de dirección; en la hilaridad que siguió salieron patosamente de la pista y, sin haberse quitado los patines, se sentaron en una de las mesas que había al otro lado de la barrera y tomaron té con galletas de jengibre mientras miraban la pista. Cuando volvieron a entrar ya se sentían más confiadas; se enlazaban por la cintura, o se abrazaban como en una danza folclórica, Lilian con la mano derecha levantada y Frances asiéndola por detrás, y con las otras dos manos unidas muy fuerte a la altura de la cadera de Frances. Ahora ella se sentía grácil y tranquila; quería seguir patinando eternamente. Miró a los mejores patinadores y pensó: ¡Lilian y yo podríamos hacer lo mismo! Podían comprarse sendos pares de patines e ir a patinar todos los días. Podrían practicar y practicar...

Soltó la mano que asía la cintura de Lilian y le cogió las dos manos y se le puso delante, patinando hacia atrás, atrevida. Se reían mirándose a la cara.

—¡Te vas a caer!

—No. Nunca.

No se cayó, ni tampoco Lilian. Patinaron con la gente durante otros veinte minutos o más. Evitaron por poco una colisión con una de las deportivas señoras mayores. Pero luego empezaron a cansarse; les dolían los músculos de las piernas. Era un ejercicio intenso, al fin y al cabo. Cogidas de la mano, hicieron un último y apenado recorrido del circuito; y después, como aves que abandonan un estanque, regresaron al suelo normal, anadeando torpemente. Quitarse los patines fue, brevemente, una delicia. Pero fue triste, pensó Frances, devolverlos en el mostrador, triste cambiar el medio de locomoción, la velocidad y el encanto por la seguridad y el arco natural del empeine.

Y fue aún más triste empujar las puertas y encontrarse de nuevo en

Brixton, reincorporarse a la tarde sin ruedas, común y corriente, y volver a la casa de Champion Hill. Al principio no fueron tan conscientes. Las envolvía el fulgor del patinaje. Lilian abrió la sombrilla y caminaron con las manos unidas, tarareando las canciones inocentes al compás de las cuales habían patinado, y sintiendo todavía como si, con el ímpetu del pie, pudieran lanzarse hacia delante y trazar arabescos sin el menor esfuerzo. Pero subir la cuesta de Herne Hill les produjo tirones en los músculos doloridos y la calle les pareció más larga y polvorienta que antes. Y luego, de repente, se estaban acercando a casa. Eran casi las cinco; Leonard volvería dentro de hora y media... Frances empezó a reducir el paso como si la condujeran al patíbulo. Llegaron a una de las entradas del parque y...

–Todavía no puedo volver –dijo, deteniéndose–. No puedo.

Lilian no dijo nada. Cruzaron la verja sin decir palabra.

Acabaron yendo al quiosco de música. El pequeño recinto cercado por una balaustrada recordaba la pista de patinaje, y durante un minuto estuvieron animadas: Lilian se deslizó hasta la barandilla y esperó sonriente a que Frances se reuniera con ella, con la borla de la sombrilla a la altura de la boca. Había bailado así el vals, y había adoptado aquella postura, recordó Frances, la primerísima vez que habían estado allí. ¡Qué increíblemente lejos parecía aquel día! ¿Cuánto hacía de aquello? Un poco más de tres meses. Si se ponía a evocar sólo conseguía revivir el hecho particular de estar allí entonces con Lilian, cuando las dos eran más o menos unas desconocidas, la señora Barber, la señorita Wray, aunque su intimidad, sin duda, estaba ya enraizando, ya estaba creciendo, en un lugar profundo, un lugar hondo por debajo de la piel de su amistad... La sensación fue menguando y desapareció. Sólo podía ver a Lilian como era ahora, su sonrisa que se apagaba cuando estuvieron frente a frente, y su mirada que, como otras veces, se tornaba tan desapasionada, tan desnuda, tan grave y tan poco femenina que Frances experimentó una opresión en respuesta en torno al corazón, algo oscuro y casi aterrador, como un presentimiento de angustia.

Apartó la mirada. Un hombre de edad pasaba por uno de los senderos: un tal señor Hawtrey, uno de los residentes del hotel local. Levantó el bastón y gritó un comentario jocoso cuando reconoció a Frances, y ella le respondió riéndose:

–Sí, más bien, ¿no? No, hoy nos hemos dejado los trombones en casa...

Él siguió su camino y a ella se le borró la sonrisa. Observó cómo el

hombre se alejaba y luego bajó los ojos y pasó los dedos por la pintura verde, con inscripciones grabadas, del riel de la barandilla. *Bill sale con Alice.* *Albert & May.*

–Esto es real, ¿verdad?

Lilian contestó al cabo de una pausa, con la cabeza gacha, en un murmullo.

–Sí, es real. Es lo único real.

–Entonces, ¿qué vamos a hacer?

–No lo sé.

–Lo que hablamos de vivir juntas...

Lilian se apartó de ella.

–No, Frances.

–¿Por qué no?

–Ya sabes por qué. Es demasiado. No lo dices en serio, en realidad. Es sólo un sueño.

–Creo que sí lo digo en serio.

–No podría. Nunca podría.

–¿Prefieres vivir en un matrimonio vacío? ¿Durante el resto de tu vida?

–No es sólo eso. No me preguntes. Si me amaras no me preguntarías. Si seguimos pensando en eso sólo conseguiremos sentirnos desgraciadas.

–No puedo amarte y *no* preguntarte. Tienes que entenderlo.

–Por favor, no.

–No puedo estar sin ti.

El desánimo hundió de nuevo la cara de Lilian.

–¡No, Frances! Te quiero con locura. Pero somos distintas. Sabes que lo somos. A ti no te importa lo que la gente piense de ti. Es una de las cosas por las que te quiero, es algo que me gustó de ti desde el principio, desde el mismo momento en que te vi limpiando el suelo con aquel ridículo trapo en la cabeza. Pero yo no soy así. No soy como tú. Tendría que renunciar a todo. Nunca volveré a amar a otra chica, pero tú... te cansarás de mí. Todos los días, desde la fiesta de Netta, he esperado que te cansaras de mí.

–Pero no me he cansado de ti. No podría.

–Pero lo harás. Podrías. Len está harto de mí, pero eso da igual. Es sólo lo que ocurre entre maridos y mujeres. Pero si tú te hartases de mí y me abandonararas después de haberle dejado a él..., ¿qué haría yo?

Frances movió la cabeza.

–¿Cómo podría yo dejarte, Lilian?

Lilian se volvió a mirarla, con expresión de desdicha.

–Pero dejaste a tu otra amiga.

Estas palabras pillaron desprevenida a Frances y fue incapaz de responder.

Guardaron silencio durante un minuto. Frances miraba fijamente el parque sin verlo.

–¿No podemos –dijo Lilian por fin– seguir como hasta ahora? Algo podría cambiar, o...

–¿Qué cambiará si no lo cambiamos nosotras mismas?

–Yo... No lo sé.

–¿Y mientras tanto qué? ¿Debo seguir compartiéndote con Leonard?

–Eso no es así.

–Pues lo parece. ¡Es aún peor! Él ni siquiera sabe que te comparte conmigo.

–Pero que yo esté con él no significa nada. Es algo de lo más estúpido. Es como si estuviera muerto. A veces pienso que ojalá lo estuviera. Sé que es horrible decirlo, pero a veces me gustaría que lo atropellara un autobús de esos grandes y bonitos. Ojalá... ¡Oh, es injusto! ¡Si sólo pudiéramos cerrar los ojos y abrirlos para ver que todo es diferente!

Cerró los ojos al decirlo, como si lo estuviera deseando. Pero Frances se preguntó qué era lo que deseaba Lilian. Había perdido de vista dónde residía el meollo del problema. ¿En el hecho de que las dos eran mujeres? ¿O en el de que Lilian estuviera casada? Las dos cosas parecían entrelazadas sin remedio. Podía aplanar una de ellas mentalmente, pero la otra continuaba torcida. Ésta se enderezaba y la otra volvía a enrevesarse. Tenía que haber algo, pensó –una palabra, una expresión, una clave para todo aquello–, pero no la encontraba, no la veía.

Y antes de que pudiesen hablar de nuevo oyeron unas risitas en el otro extremo del quiosco: había dos niños debajo, en la grava, espionando. Debieron de haber intuido la triste intensidad de la conversación entre ellas, o quizá hubieran visto algo en sus posturas, porque uno de ellos gritó: «¡Tortolitas!» Escaparon corriendo, riéndose a gritos.

La palabra sobresaltó a Lilian. Se alejó del riel.

–¡Dios! Vamos abajo, ¿quieres? Aquí puede vernos todo el mundo.

–Nadie nos está mirando. Eran sólo unos chiquillos.

–No me gusta esto. Vámonos.

Bajaron la escalera y embocaron uno de los senderos. Nada había

cambiado, pensó Frances. No habían resuelto ni decidido nada. Quería decir de nuevo: ¿Qué vamos a hacer? ¿Pero cuántas veces seguidas podía preguntarlo? Incluso para sus propios oídos las palabras empezaban a sonar como un quejido. Así que no dijo nada. Siguieron caminando, sin entrelazar las manos. La casa era el único sitio donde ir.

Y después ya no tuvieron ocasión de verse a solas. Por una vez, Leonard volvió a casa temprano y pareció pasarse la velada en el rellano: cada vez que Frances se aventuraba a subir, lo encontraba cara a cara, jugueteando con su raqueta de tenis, brillantando sus zapatos con betún blanco. Vio sólo vislumbres de Lilian por encima del hombro de Leonard. No se besaron, no se abrazaron; a la mañana siguiente ni siquiera se despidieron como era debido. El señor Wismuth y Betty llegaron al mismo tiempo que el chico del carnicero, y cuando por fin Frances hubo cogido la carne después de solucionar un malentendido con el pedido, las bolsas y las maletas de Lilian y Leonard, y después ellos mismos, ya se habían apretujado en el pequeño automóvil de Charlie y se habían ido.

Y en algunos aspectos..., uf, fue un alivio perderlos de vista. Frances comprendió que toda la historia furtiva de su relación con Lilian, de buscar y asegurar y aprovechar al máximo los lapsos de tiempo con ella –aquellos bocados de tiempo jugosos pero esquivos, a los que había que desgajar como a los bígaros de sus conchas, y luego engullirlos con un ojo en la puerta, aguzando el oído hacia la escalera, sin degustarlos nunca cómodamente había ido exprimiendo su vida. Pasó dos o tres horas de aquella mañana de sábado yendo y viniendo de la cocina al salón en un estado como de trance. Después de comer se tumbó en el sofá con el periódico, cerró los ojos ante las malas noticias más recientes y se quedó dormida.

A la hora de acostarse todavía bostezaba. Pasó una noche tranquila, sin tener que acechar el sonido de una puerta, y al día siguiente, domingo, mientras su madre estaba en la iglesia, se preparó un baño y luego deambuló por la casa descalza, fumando un cigarrillo. Mientras lo hacía se avergonzó al descubrir lo descuidadas que tenía algunas cosas: no veía más que rincones mugrientos, revoques polvorientos, marcas de dedos, manchas. Cogió papel y lápiz e hizo una lista de tareas.

Empezó a acometerlas a la mañana siguiente; primero se ocupó del rellano, pasó la bayeta y barrió, sacudió las alfombras. Acabó llenando una olla entera de pelusas turbias y pelos enredados: pelos morenos de la cabeza de Lilian, rojizos de la de Leonard, castaños de la suya; le produjo náuseas verlos todos mezclados. Decidió que no quería tenerlos en la casa, ni siquiera quemarlos en el fogón; los llevó al jardín y los tiró al montón de cenizas. El correo de las diez llegó mientras lo estaba haciendo; volvió al vestíbulo y encontró dos o tres cartas en el felpudo. Y el corazón le latió un poco más deprisa cuando se agachó para recogerlas, porque ¿quizá una de ellas sería de Lilian? ¿No mandaría al menos una nota para decir que habían llegado sanos y salvos?

Las cartas, sin embargo, eran todas comerciales. Las guardó en su libro de cuentas.

No hubo nada en el correo al día siguiente ni al otro. El martes sólo trajo

más facturas... Pero era humillante acechar y esperar al cartero. Fue al centro a visitar a Christina. Y cuando Christina le preguntó, maliciosamente: «¿Y bien? ¿Cómo va el Amor, con mayúscula?», Frances le hizo una pedorreta.

–El amor se ha llevado la mayúscula en el equipaje y se ha ido a Hastings con su marido. El amor está tomando helados en el paseo marítimo y montando en burro... No lo sé, me trae sin cuidado.

Christina no pidió más detalles. Preparó té, sacó cigarrillos, luego hurgó en busca de algo que comer; encontró una bolsa de cacahuets y las dos se sentaron a romper las cáscaras. Pero cuando despacharon el último Christina se inclinó hacia delante en su silla y dijo:

–Tengo una idea. ¿Cuánto tiempo tienes? ¡Vamos al musichall! Si nos damos prisa podemos llegar a la segunda sesión en el Holborn. Yo invito. ¿Qué dices?

Era el tipo de cosas que habrían hecho juntas unos años antes. Frances se cepilló del regazo las peladuras de cacahuete; dejaron la mesa del té como estaba y, sin terminar de abrochase las chaquetas, bajaron corriendo la escalera de piedra hasta la calle. Pillaron un autobús de inmediato y llegaron al Holborn Empire cinco minutos más tarde; otros cinco minutos más y estaban sentadas en la calurosa oscuridad del gallinero, viendo a un par de cómicos que pedaleaban por el escenario montados en un tándem. La edad avanzada del público, que chupaba caramelos de menta, recordó a Frances lo joven que era. Al mirar de refilón a Christina, al topar con su mirada y sonreírle, al ver su cara y su pelo rubio iluminados por el resplandor del escenario, sintió una oleada de afecto por ella; quizá fuera algo más fuerte que el afecto; un estremecimiento del corazón, como si lo atravesara el espectro de su pasión perdida.

Pero más tarde, de nuevo en su casa, miró otra vez si había llegado una carta de Lilian y, al igual que antes, no encontró nada; y de pronto cayó en la cuenta de que el silencio de Lilian debía de ser un mensaje en sí mismo. Recordó que se habían separado sin haber resuelto ninguno de sus problemas. Recordó su conversación en el parque, el cansancio pintado en la cara de Lilian. *No podría. Nunca podría. No me preguntes más, Frances.*

Y tuvo que combatir una súbita oleada de miedo, como quien lucha contra la náusea.

Al día siguiente ella y su madre recibieron una visita. Oyó llamar a la

puerta principal, fue un golpe tímido que le hizo pensar que podría tratarse de Margaret Lamb, que vivía abajo de la cuesta. Sin embargo, al abrir la puerta vio, no la figura más bien regordeta de Margaret, sino a una mujer agraciada y bien vestida que sostenía en la mano un ramo de crisantemos de color bronce. Pestañeó y después reconoció a Edith, la prometida de John Arthur.

—¡Edith! ¿Qué alegría verte! ¡Y qué preciosas flores! ¿Son para nosotras? Oh, no deberías. Tiemblo al pensar en lo que han debido de costarte.

—¿Os molesto?

—¡En absoluto! Llegas justo a tiempo para el té. Mi madre estará encantada. ¡Madre, ven a ver quién está aquí! Entra, entra. No te esperábamos hasta el próximo mes.

Por lo general, Edith las visitaba en octubre, por el aniversario de la muerte de John Arthur, y por eso su aparición ahora era inesperada. Cuando entró en el vestíbulo, la madre de Frances salió del salón y fue a recibirla, radiante.

—Bueno, qué sorpresa. ¡Y qué flores más bonitas! Pero no habrás venido desde Wimbledon para vernos a nosotras, ¿verdad, Edith?

Ella se sonrojó ligeramente.

—Sé que debería haberos avisado.

—No quería decir eso.

—Pero tenía el día libre y he pensado que me gustaría venir a veros.

—Pues yo llamo a eso una gentileza tuya. Voy a sacar los álbumes. Y qué buen aspecto tienes. ¡Estás realmente estupenda!

Lo *estaba*, en efecto. Le brillaba el pelo de color caoba. Llevaba un vestido y una chaqueta de color crema, y zapatos de ante claros; sus guantes eran immaculados, como recién salidos de la caja; su sombrero lucía una pluma exótica de Bond Street, el tipo de pluma contra la que Frances, cuando era más joven, había firmado manifiestos. ¿Edith siempre había sido tan elegante, tan lustrosa? No, desde luego. Procedía de una familia normal; su padre era banquero, a una escala modesta. Pero quizá, pensó Frances, su familia se había mantenido simplemente en su nivel, mientras que ella y su madre habían empezado a descender por la escala. La idea era desconcertante. Se avergonzó de su ropa de casa gastada, del vestido viejo y sin gracia de su madre. Y también le avergonzaba la casa, que no había cambiado desde la última visita de Edith y desde todas sus visitas anteriores, salvo en que estaba un poco más destartada y sus superficies tenían un aspecto cada vez más

gris. Cuando las tres entraron en el salón vio que Edith miraba cosas con cierto asombro, y se sorprendió a sí misma diciendo:

–¡Sí, ya ves, todo está exactamente igual! –dijo riéndose.

Al instante pensó que ojalá no hubiera dicho nada o que hubiera prescindido de la ironía en su tono, porque Edith se ruborizó otra vez, como si la hubiesen descubierto.

La visita empezaba con mal pie. Llevó los crisantemos a la recocina y los metió en un florero, y cuando los llevó de vuelta al salón, junto con la bandeja del té, encontró a su madre instalada en una butaca pero a Edith sentada en el borde del sofá, charlando con bastante animación, pero sin haberse quitado los guantes ni el sombrero adornado con una pluma. Se los dejó puestos mientras Frances servía el té. Edith les comunicó las novedades, les enseñó una fotografía de los hijos de su hermana; tomó su taza y un plato con una rebanada de bizcocho pegajoso; y aún, extrañamente, conservaba puesta la ropa de calle. Finalmente Frances dijo:

–Te quedarás un rato, ¿verdad, Edith? ¿No tienes calor con todo eso encima? Aquí no tienes que andar con ceremonias.

Edith pareció más incómoda que nunca.

–Sí, tengo un poco de calor.

Se levantó, para quitarse el alfiler de sombrero y arreglarse el pelo ante el espejo de la chimenea, y luego volvió al sofá y se quitó los guantes. Frances no advirtió nada. Pero casi en el acto su madre dijo: «Edith», de una manera distinta.

Edith movió las manos de una forma extraña, y bajó la cabeza.

–Sí.

–Bueno, debemos felicitarte.

–Gracias.

Entonces Frances vio y comprendió. En todos los años transcurridos desde la muerte de John Arthur Edith había seguido llevando el anillo de prometida, no en el dedo anular de la mano izquierda sino en el dedo correspondiente de la derecha. Ahora, en el dedo «auténtico» había aparecido otro anillo, un diamante de notable tamaño, engastado en un molde cuadrado, que deslucía mucho el anillo de John Arthur. Frances desvió la mirada del brillo de la joya a la cara de Edith y dijo, sorprendida y encantada:

–Vas a casarte.

Edith asintió.

–A final de mes. Y después nos vamos de luna de miel. Seis semanas. ¡A América!

–Qué maravilla. Me alegro muchísimo por ti. ¡Y qué hermoso anillo! Mira, madre. ¿No es fantástico?

–Sí, ya lo veo.

–¡Háblanos de él, Edith!

Por supuesto, a eso había venido. Ahora tenía la tez colorada de alivio.

–Se llama Pacey, señor Pacey. Tiene un negocio. De artículos de cristal: tarros y botellas. ¡No es muy emocionante! Pero lo ha ido afianzando durante muchos años y ha tenido un gran éxito. Es bastante mayor que yo. Su primera mujer murió, justo hace un año. Tiene hijos, tres chicos y una chica, ya bastante mayorcitos.

–O sea que vas a ser madre directamente.

–Sí. –Se puso una mano en el corazón–. Debo confesar que esa parte me pone un poco nerviosa. Pero son niños muy buenos. El más pequeño todavía está en la escuela. La chica, Cora, tiene diecinueve años. Espero dar lo mejor de mí con ellos. ¡Hace dos meses pensaba tanto en casarme como en viajar a la luna! Lo conozco sólo desde entonces, ya veis. ¿Os lo figuráis?

Frances respondió sentidamente:

–Le harás feliz, Edith, lo sé.

–Eso espero.

–Pues claro que sí, ¿verdad, madre?

–Sí, desde luego. ¡Y también a los niños! Vaya aventura. Tu madre estará contenta, Edith, digo yo. Pero te echará mucho de menos.

–Sí, es un gran cambio para mi madre. Tiene intención de escribiros a este respecto. Yo quería hablar antes con vosotras.

–Me alegro de que lo pensaras. Gracias.

–Mi madre le tenía mucho cariño a Jack.

–Sí, lo sé.

Edith siempre había llamado «Jack» a John Arthur. El nombre nunca le había sonado bien a Frances; era un nombre un poco pícaro, y John Arthur no lo había sido en absoluto, y tampoco lo era Edith. ¿Habría habido otras propuestas de matrimonio en los años que habían pasado desde su muerte? De haber sido así, Frances y su madre no se habrían enterado. Se habían acostumbrado a considerar que Edith era la viuda de John Arthur; y Frances sabía que la viudedad significaba para las mujeres de la generación de su

madre algo distinto que para las mujeres actuales. «Estoy encantada por ti, Edith», la oyó decir, pero vio en la leve tirantez de su cara que no lo estaba de corazón; o más bien que su alegría se hallaba sepultada por muchísimos otros sentimientos, muchísimas congojas y desilusiones tanto las propias como las causadas por John Arthur. Quiso saber más cosas del señor Pacey, y Edith, todavía sonrojada, les habló de su fábrica, su casa espaciosa, con un garaje anexo, en las afueras de Turnbridge Wells. Parecía un hombre tan distinto del afable John Arthur como era posible imaginar. Casi parecía, pensó Frances, que el señor Pacey estaba sentado en la habitación con ellas, autoritario, ligeramente aburrido, consultando su reloj a intervalos. Vio que la sonrisa de su madre se volvía cada vez más artificial, oía que sus respuestas a los comentarios de Edith eran cada vez más breves y forzadas. Del aparador que había a su lado había sacado los álbumes de fotos de la familia, junto con las cartas escritas a lápiz y cubiertas de barro que John Arthur había enviado del frente: era la costumbre repasarlas cuando Edith las visitaba. Edith las vio ahora, y recordó; cambiaron la posición de sus asientos para estar más cerca una de otra. Pero esta vez pasar páginas y leer en voz alta las cartas fue una experiencia sin lágrimas: como recoger hojas muertas. Y en cuanto la última carta volvió a entrar en su sobre sus voces se apagaron y guardaron un penoso silencio.

Frances sugirió que fuesen al jardín. Salieron y se dirigieron hasta el césped, hicieron un recorrido de los asteres y las dalias y el paseo reanimó un poco la visita. Edith describió los terrenos de la casa del señor Pacey, la terraza de estilo italiano, los estanques, las fuentes. Dijo que las Wray tenían que visitarla sin falta en su nuevo hogar y ellas prometieron que lo harían, añadiendo que Edith, a su vez, tenía que traer a su marido a Champion Hill para presentárselo; quizá también a la hija. Edith asintió, pero su sonrisa era bastante rígida, y Frances supuso que ninguna de estas visitas llegaría a realizarse. Una cosa había sido que Edith las visitase como prometida de John Arthur y otra muy distinta que lo hiciera como la mujer del señor Pacey. Y algunos meses después, por supuesto –probablemente antes de regresar de la luna de miel–, lo más seguro era que Edith esperase un hijo propio.

Ya en el vestíbulo, antes de marcharse, Frances la vio mirar alrededor del mismo modo inquisitivo que cuando había llegado. Esta vez era evidente la nostalgia en su expresión: miraba cada cosa como para grabarla en la

memoria. A Frances le apenó la idea. Tenía la impresión de que durante todos aquellos años no había sido totalmente justa con Edith. En un impulso, dijo:

–Vas a la estación, supongo, ¿no? Déjame acompañarte.

–Oh, Frances, no hace falta.

–Sí, acompaña a Edith a la estación –dijo la madre, y por la manera de decirlo Frances intuyó que agradecería quedarse sola un rato. Así que subió a cambiarse de calzado y a ponerse un sombrero y ella y Edith empezaron a bajar la cuesta juntas.

Al pasar por delante de la cancela de los Lamb, Edith sonrió, turbada.

–Recuerdo haber dado este paseo con Jack tantas veces –dijo–. No parece que hayan pasado seis años, ¿eh, Frances? Pero en otros sentidos..., no sé. Han sido también unos años largos. Siempre se me hace extraño ver estas casas, todas tan intactas. Seguís siendo amigas de los Playfair, supongo.

–Sí, vemos con frecuencia a la señora Playfair. Su marido murió, claro. Hace dos años.

–Claro. ¡Qué tonta soy! Me lo dijiste y lo había olvidado. Un buen hombre.

–Sí, todos lo apreciábamos.

–¿Y cómo está tu amiga? Nunca te he preguntado.

–¿Mi amiga?

–¿Te acuerdas? Carrie, ¿es eso?

Frances, sorprendida, dijo:

–¿Te refieres a Chrissy?

–La chica inteligente con su tupida melena de pelo rubio. Recuerdo que la vi contigo... tres o cuatro veces. Una vez precisamente aquí, en la cuesta. ¿No te acuerdas?

–No, no me acuerdo de eso.

–¿Pero sigues viéndola? Erais grandes amigas. Solíais asustarme, las dos. ¡Tú tenías una opinión sobre todo! Yo siempre he sido tan atolondrada... El señor Pacey me llama su gansa. ¿Qué ha sido de ella? ¿Se casó?

–Vive en un apartamento del centro, con otra amiga. Trabaja. Ahora lleva el pelo muy corto.

–¡Oh, qué pena! Yo se lo envidiaba. Sí, debí de verla contigo tres o cuatro veces, como mínimo.

No había nada detrás de aquel comentario, decidió Frances. El escándalo por causa de Christina había estallado mucho después de la muerte de John Arthur, y nunca habrían permitido que llegara a conocimiento de Edith.

Sencillamente ella estaba desgranando recuerdos con la misma nostalgia con que, unos minutos antes, había estado mirando alrededor los muebles negros de roble en el vestíbulo de las Wray. Todavía debía de estar pensando con extrañeza en que allí existía una vida, un mundo del que ella podría haber formado parte, una vida a la que había tenido derecho en todo aquel tiempo, pero de cuyas fibras adhesivas se había despegado finalmente.

Cuando se acercaban a la entrada de la estación oyeron que llegaba un tren con destino al oeste. Pero no era cuestión de que Edith corriera para alcanzarlo: lo dejó pasar y se quedaron en la sombra, en la cima de la escalera que bajaba al andén, aguardando al siguiente. Frances dijo:

–Qué bien que hayas venido a vernos hoy, Edith. Y gracias por decirnos lo del señor Pacey; en lugar de escribirnos, me refiero. Me alegro mucho por ti.

–¿Sí? Ojalá creyera que tu madre también.

–Madre también se alegra. Se alegrará, de todos modos, en cuanto haya tenido tiempo de asimilarlo.

–Siempre ha sido tan buena conmigo. Cree que he abandonado a Jack. Tú no lo piensas, ¿verdad?

–Claro que no.

–Sabes lo que él representaba para mí. No lo olvidaré nunca. Llevaré siempre su anillo. El señor Pacey es muy comprensivo a este respecto.

Juntó los guantes, como para cerciorarse de la solidez del metal que había debajo de la piel de cabritilla; aunque Frances advirtió que sus dedos se desviaban hacia el nuevo anillo, no hacia el viejo.

Y se estaba ruborizando otra vez; se sonrojaba de emoción, de placer, pensando en su inusual prometido. Porque ahora que estaban lejos de las represiones del salón, Frances vio el placer como el hecho físico que era; lo vio, lo reconoció porque era igual que su propio placer con Lilian. De improviso sintió por Edith más cariño que nunca; probablemente era un cariño artificial, producido por las corrientes del momento, pero pensó que Edith también percibía el salto de intimidad entre ellas, pues miró a la cara de Frances con una mayor franqueza y dijo:

–¡Qué agradable haberte visto, Frances! Ahora me gustaría que hubiéramos estado más en contacto. Contigo y con tu madre. ¿Cómo estáis las dos? ¿Tu madre está bien? Ha envejecido, me parece, desde el año pasado. Y tú...

–¿Qué? –preguntó ella, sonriendo–. Espero que yo no parezca más vieja.

–No más vieja, exactamente. Pero... ¿quizá como si te estuvieras adaptando a tu papel?

Frances se sobresaltó.

–¿Mi papel?

–¡No lo digo en el mal sentido! Pero en el pasado... Bueno, a veces no parecías muy feliz. Tu madre tampoco. Pero debéis de ser un gran consuelo mutuo. Me alegro tanto. ¡Ah, pero tengo que irme! –Llegaba otro tren–. He quedado con Herbert, el señor Pacey, quiero decir, y se inquieta si llego tarde. ¡Gracias por haber sido tan amable conmigo!

Se estrecharon la mano de prisa, aunque puso empeño en apretar los dedos de Frances. Después se volvió y bajó la escalera con paso rápido y elegante.

Subió al tren sin mirar atrás. Seguramente no se le ocurrió que Frances se quedaría mirándola. Pero permaneció donde estaba mientras el tren arrancaba, y se quedó incluso un minuto o dos pensando: *¡Adaptándome a mi papel!* Estas palabras la habían horrorizado. Ella misma lo había asumido; había abandonado a Christina para asumir su papel. Pero de aquello hacía un siglo, toda una vida, y desde entonces... Miró a las relucientes vías del tren y evocó la noche de la fiesta en casa de Netta, cuando ella y Lilian se habían sentado apretujadas en el vagón. Recordaba el silencio con que habían subido aquella escalera y todo lo que había venido después. Entonces no había habido papeles que asumir. Las dos habían renacido en sus besos recíprocos..., ¿no era así?

No lo sabía. Había perdido la confianza al respecto. Todo parecía extrañamente inconsistente, como si la visita de Edith lo hubiera ahuyentado, como un gallo cacareando que espanta a un fantasma. Salió de la estación y se encaminó a su casa, pero pensar en ella, en la casa fatigada, las habitaciones vacías, su madre entristecida, la desalentó. En lugar de seguir subiendo la cuesta cruzó la calle y entró en el parque.

Súbitamente tuvo un ansia desesperada de invocar la presencia de Lilian, su sustancia y su realidad. Pero el buen tiempo había sacado a la gente de sus casas: en el quiosco había una pareja de enamorados, el chico cosquilleaba la nariz de la chica con una brizna de hierba; Frances ni siquiera pensó en subir los peldaños. En lugar de eso, se dirigió a las pistas de tenis, donde ella y Lilian habían visto una vez a dos mujeres jóvenes jugando. Había jugadores en algunas pistas, pero las redes estaban caídas y el pavimento lleno de polvo por el desgaste del largo verano. Se acercó al estanque y vio el agua oscura,

cubierta por capas de verdín; se marchó enseguida. Pero en todas partes era igual. Era todo pequeño, sin carácter, suburbano. La ladera occidental al descubierto era como una llanura desierta. Lo que más le impresionó fueron los vestigios de las mansiones y jardines que antaño ocupaban el parque: el pórtico varado; un reloj de sol que todavía señalaba el tiempo de una era perdida; una alameda melancólica que no llevaba a ninguna parte.

Siguió caminando, frustrada. Pensaba que había ido al parque en busca de Lilian, pero al pasar de un sendero a otro comprendió que más que buscar algo estaba intentando superar las repercusiones de la visita de Edith. Seguía viendo su anillo. Seguía viendo el brillo del diamante. «Aquí estoy, señorita Wray», parecía decirle la joya. «Soy el auténtico. No puedes competir con mis semejantes, mejor que no lo intentes. Confórmate con tu “papel”, al que tan bien te estás amoldando, como una ostra que excava tontamente su nicho en el lecho marino.» Se había resistido a pensar así durante la mayor parte de su vida adulta. ¡Antes que ponerse un anillo como el de Edith, se pondría una silla de montar en la espalda! Pero se sentía sin fuerzas y sin ánimo; se sentía magullada, se sentía sola. ¿Era esto lo que había reportado su relación con Lilian? ¿Convertirla en una extraña para sí misma? Arrastrando los pies, abandonó el último trecho de hierba árida y se encaminó hacia casa.

Y conforme se acercaba divisó al cartero a poca distancia de ella. Llegó a la cancela del jardín al mismo tiempo que él; le entregó una carta y cuando ella la cogió y vio su nombre escrito con la letra curva de Lilian no sintió gratitud ni alivio: se puso nerviosa, como si en virtud de una oscura magia hubiese infundido vida a la carta. El sobre casi no pesaba nada. No quería abrirlo. Lo tuvo entre los dedos, observando la figura del cartero que se retiraba, y tuvo ganas de correr tras él y meterle la carta en su bolsa.

Pero lo que hizo fue doblarla, guardársela en el bolsillo y entrar en la casa. Su madre salía en aquel momento de su dormitorio, con aspecto de haberse empolvado la cara; y como la madre se la empolvaba muy raramente, adivinó que había estado llorando. Pensarlo fue un golpe definitivo a su estado de ánimo. Sintió el impulso de sentarse al pie de la escalera con la cara entre las manos. «Ay, madre», quiso decirle, «se nos está rompiendo el corazón. ¿Qué vamos a hacer?»

Pero hacía unos veinte años que no hablaba a su madre con semejante franqueza. Incluso después de la muerte de sus hermanos, las dos los habían llorado en privado. De modo que, con las puntas de la carta doblada clavadas

en ella a través del bolsillo, se plantó delante del espejo para quitarse el sombrero. Y cuando habló lo hizo con un tono despreocupado.

–¡Vaya! ¡Edith casándose con un millonario que fabrica tarros para mermelada! ¿Quién lo habría dicho?

Lo cual permitió a su madre responder, con un tono de suave reprensión:

–La verdad, Frances...

–Oh, estoy encantada por ella. Sólo que no puedo evitar pensar que el señor Pacey en cierto modo se lleva la mejor parte del trato. Debe de ser mayor, además. ¡Y qué pedazo de anillo! Quizá sobró un añico en la cristalería, ¿no te parece?

Este toquecito de esnobismo cómplice fue suficiente. Captó en el espejo la mirada de su madre e intercambiaron una sonrisa trémula.

Pero en cuanto la madre volvió al salón vio en el espejo cómo se apagaba la suya. Se apartó de él, subió la escalera, entró en su dormitorio y cerró la puerta. La carta parecía más insustancial que nunca ahora que la tenía arrugada en el bolsillo; y más siniestra también. Aún parecía que había cobrado vida como respuesta a los reveses del día. Se la debía al penoso paseo por el parque, a la pérdida de confianza. Finalmente había admitido su propia infelicidad y de este modo había permitido a Lilian admitir la suya. Y entre las dos habían construido aquello, aquella cosa endeble y horrible que – lo sabía, lo sabía, lo *sabía*– estaba a punto de consumir lo que el viaje de vacaciones había iniciado, que iba a separarlas absolutamente, como un contrato jurídico.

En un arranque de jactancia pensó: Bueno, quizá sea mejor así.

Abrió el sobre y sacó el papel. Se preparó, lo desdobló y vio la primera línea de tinta oscura.

Querida mía, querida, mi verdadero amor...

Sintió que el corazón, que se le había marchitado, se expandía rápidamente. Fue a la cama y se apoyó contra la barra que había a los pies, se llevó a la cara el reverso de la mano y cerró los ojos contra los nudillos. Luego bajó la hoja y siguió leyendo.

Querida mía, querida, mi verdadero amor...

Te escribo esto a la luz de la vela en el lugar más feo, el cuarto de baño,

¿te lo imaginas? El grifo gotea y no se puede cerrar, la cortina de encaje de la ventana está sucia, hay pelos rojos de mujer en el lavabo. Debería aborrecerlo, pero me da igual, puedo soportar cualquier grado de fealdad, querida mía, mientras pienso en ti.

Oh, mi cielo, mi amor, ojalá estuvieras aquí para decirme qué debo hacer. Me siento tan horriblemente atrapada y sola, creo que tú eres la única persona en el mundo que me quiere un poco. Todas las demás dicen que soy una sosa. Anoche fueron a un espectáculo sin mí y yo me senté junto a la ventana y un hombre me sopló unos besos y pensé en la cara que le habrías puesto y me reí en voz alta, pero era una risa tan triste que se convirtió en lágrimas, es tan duro e injusto que no podamos estar juntas cuando cualquier hombre puede enviar un beso a una chica en una ventana y la gente le sonreirá por su buen talante. Sigo pensando en lo bien que lo pasamos cuando estuvimos patinando, ¿verdad que fue maravilloso? Me sentía capaz de volar rodeada por tus brazos, sentía que para eso no necesitaba los patines.

Ay, ¿por qué no estás aquí? Tengo miedo de que cuando vuelva a casa tú me hayas olvidado o hayas encontrado otra chica a la que amar. Una vez me dijiste algo que no he olvidado, dijiste que me gustaba que me admirasen, ¿te acuerdas? Dijiste que yo amaría a cualquiera que me admirase. No me odies por la dureza de lo que voy a decirte, querida mía, pero creo que eres tú la que amaría a cualquiera. A veces me parece tan increíble que me ames que creo que debes de quererme sólo porque has perdido tantas cosas. No es sólo por eso, ¿verdad?

Si no lo es dímelo y haz que me lo crea porque ahora mismo siento que estoy dispuesta a hacer cualquier locura por estar contigo, Frances. Aquí he escrito tu nombre, ¿no?, y la mitad de mí misma, la mitad orgullosa, desearía que quien tú ya sabes vieses esta carta, pero la otra mitad, la cobarde, tiene miedo. ¡Ojalá fuera tan valiente como tú!

Estoy mirando nuestro carromato, ¿sabes que me lo he traído? Te mando besos, querida mía, mil besos a través de marconi hasta C. Hill, ¿los sientes?

x x

Frances no había recibido nunca una carta así. Nunca en su vida habría creído que algo tan ingenuo, tan enteramente tosco y desprovisto de astucia, pudiera emocionarla y conmoverla hasta tal punto. La leyó otra vez; la leyó

una tercera y una cuarta vez. Su cansancio había desaparecido. Se llevó la hoja de papel a los labios y ocurrió exactamente lo que Lilian había prometido: sintió sus besos, sintió su boca viva y apremiante contra la suya.

Y al día siguiente Lilian llegó a la casa, de regreso a sus brazos, y se fundió con ella en el rellano mientras Leonard estaba entrando todavía el equipaje. Lilian fue a buscarla de nuevo un poco más tarde, mientras él se preparaba un baño. Y la mañana del lunes, con la casa para ellas dos solas, tumbadas las dos medio desvestidas en la cama de Frances, le acurrucó la cara en el hombro y lloró.

—¡Fue odioso, Frances! ¡De lo más odioso! Todos los días quería volver aquí. Sonreía y me hacía la tonta, pero era como estar en una cárcel. Pensaba en ti cada vez que Leonard me besaba. Era la única manera de soportarlo. Cada vez que me tocaba, cada vez que me miraba, ¡pensaba en ti, pensaba en ti!

Las lágrimas la estremecían como una tormenta. Frances la abrazaba mientras Lilian temblaba y gemía, asombrada por su pasión; después le acarició las mejillas mojadas y manchadas y los párpados hinchados, y le pasó los dedos por los labios. «Te amo tanto. Te amo tanto.»

Pero estas palabras inundaron de nuevo los ojos de Lilian. Frances se inclinó hacia atrás para mirarla detenidamente.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa?

Ella movió la cabeza y las lágrimas se derramaron.

—Desearía que las cosas fueran diferentes —dijo, con otro tono—. Lo desearía tanto.

—No, hay algo más. ¿Ha sucedido algo en ese viaje?

Ella se enjugó las lágrimas.

—Te añoraba. Me sentía tan sola.

—Y lo que decías en tu carta de que querías ser valiente, ¿lo decías en serio?

—Sabes que sí.

Frances le tomó las manos.

—Entonces escucha. Lo he estado pensando toda la noche. No podemos seguir así. ¡Mírate! ¡Te está matando! Y yo..., yo no puedo seguir más tiempo, no como lo hemos hecho hasta ahora. Ya no puedo compartirte con Leonard. No puedo compartirte con algo que tiene la apariencia de un

matrimonio pero que es en realidad costumbre y orgullo y... abrazos vacíos, o algo peor. Si te amara menos quizá pudiera, pero... no puedo. No quiero. Quiero que le dejes, Lilian, quiero que le dejes y vivas conmigo.

Había esperado que la cara de Lilian mostrara su oposición. Pero ella le devolvió una mirada húmeda, grave.

—Hablas en serio, ¿verdad? —dijo.

—Sí. ¿Por qué no? Todo este tiempo lo hemos hablado como si fuera algo imposible. Pero todos los días hay mujeres que dejan a sus maridos. Los periódicos están llenos de casos así.

—Pero son mujeres de la alta sociedad. Las cosas son distintas para las mujeres como ellas. Y cuando dejan a sus maridos lo hacen por otros hombres. Si alguna vez se sabe lo nuestro... Hay muchas cosas en contra, Frances.

—En contra de un divorcio... sí, muy bien. ¿Pero de una separación? Desde la guerra ya no le importan a nadie. Y en cuanto estuvieses libre podríamos hacer lo que quisiéramos.

Lilian se estaba enjugando otra vez los ojos.

—Pero necesitaríamos dinero. Yo no tengo nada. Todo el que tengo es de Len.

—Trabajaremos —dijo Frances—. ¿No te gustaría? ¿Ganarte el sueldo de una forma decente? Dios, a mí sí. Ahora escúchame bien. Lo estuve pensando anoche. Podrías inscribirte en una academia de arte. No me mires así.

Lilian apartó la vista, desencantada.

—Ya vuelves a fantasear.

—No, no fantaseo. Lo he estado pensando. Creo que podemos hacerlo. Me queda un poco de dinero mío, el que no se tragarón las deudas de mi padre. No es mucho: unas treinta libras. Pero hay cosas que puedo vender, unos muebles de la casa que me pertenecen, algunas joyas que heredé de mis abuelas...

—¡Frances, no puedes vender las joyas de tus abuelas!

—¿Por qué no? Un montón de insulsas esmeraldas viejas y granates. ¿De qué me sirven?

—Pero yo no podría vivir de tu dinero.

—Vives con el de Leonard.

—Es distinto.

—Sí, lo es. Te paga por ser su cocinera, su asistenta y su amante.

Compartiría mi dinero contigo hasta que pudieras ganar el tuyo propio. Y cuando yo hubiese encontrado trabajo...

–No hay trabajos.

–Siempre puedo trabajar como mujer de la limpieza, cocinera, camarera. Soy buena para estas cosas. Podría cobrar por ellas. Y mientras las hago puedo inscribirme en algún curso por correspondencia. De contable o mecanógrafa. Christina lo hizo; ¿por qué yo no? Y entretanto seguirás tus clases. ¿No es lo que siempre has querido? Stevie puede ayudarnos a encontrar una academia de arte.

–Pero aun suponiendo... ¿Dónde viviríamos? Yo sería una esposa separada. La gente me tendría en muy mal concepto. No podríamos quedarnos aquí con tu madre. No me aceptaría en esta casa. Sabes que no.

–Entonces buscaríamos un alojamiento enseguida. Mi madre podría admitir más inquilinos. También he pensado en eso. Con más inquilinos tendría unos ingresos... suficientes para contratar a una sirvienta que me sustituya.

–Pero tú no la dejarías así, ¿no?

Frances vaciló. ¿Podría? Sin embargo, ¿había otra alternativa? ¿Amoldarse a su *papel* cada vez más perfecta, más callada, más deshonestamente?

Volvió a coger las manos de Lilian. Ella se escabulló.

–Oh, Frances.

–No llores. ¿Por qué lloras?

–Porque es demasiado. Hay demasiadas personas afectadas. Ya no me importa Len, pero él odiaría esta situación. Vendría a buscarme. Sé que lo haría.

–¿De verdad lo haría? ¿Acaso no es tan infeliz como tú?

–Pero no se trata de lo que él quiera. Se trata de las apariencias. Siempre ha sido así. Pensaría en su familia, en sus amigos, en la Pearl. Quiere ascender; esto estropearía todos sus planes. Y, además, ¿qué diría *mi* familia?

–Quizá dijeran que quieren que seas feliz.

–Tu madre no diría eso. ¿Por qué iba a decirlo la mía? ¿Porque es de Walworth y le importa menos? Ya sabes lo que la gente pensaría de nosotras.

–No todo el mundo piensa igual.

–Ah, todo el mundo es así. Tú lo sabes. Todos son intolerantes y mezquinos y...

–No. Sólo unas pocas personas. Pero todos los demás..., ¿no lo ves? Los

demás nos volvemos intolerantes y mezquinos si nos vemos obligados a vivir una mentira. Estoy más que harta de vivir así. Llevo años haciéndolo. Con Christina tuve la oportunidad de entregarme a alguien a quien amaba; la dejé pasar. En aquel tiempo me pareció un acto de valentía. Pero no lo era. Fue una cobardía. No quiero ser cobarde contigo. Tampoco dejaré que tú lo seas. Pero tienes más valor del que crees. De lo contrario nunca habrías cruzado la cocina y me hubieras besado, después de la fiesta de Netta. Nunca habrías dicho «Llévame a casa». Nunca me habrías arrancado la estaca del corazón. ¿Te acuerdas de aquel momento?

Lilian la miró, pero no respondió.

—¿Te acuerdas? —insistió Frances—. Sacaste aquella estaca y todo cambió. Desde entonces te has comportado como si de alguna forma pudieras adaptar el cambio a tu vida cotidiana. Pero no puedes, Lilian. Es algo demasiado grande.

—Siempre me dices eso —dijo Lilian—. Pero ¿no comprendes? Es *precisamente* porque es tan grande. Es lo único que he conocido en mi vida. Lo que quieres que haga es todo lo que he pensado siempre y lo que todo el mundo piensa de mí; cambiar es todo eso.

—Lo sé. Pero ¿no es maravilloso pensar en un cambio así? Y si no, ¿de qué sirve todo? ¿Qué sentido tiene haber vivido la guerra y todo esto si dos personas que se aman como nosotras no pueden estar juntas? Pero tienes que prometerme lo de Leonard. De ahora en adelante tienes que decirle que no.

Lilian miró a otro lado.

—¡Oh, es todo tan absurdo! ¡Es un auténtico lío! ¡Ni siquiera *deseo* a Len! ¡Ojalá... se muriera! ¡Es lo que deseo más que nunca!

—Entonces será fácil, Lilian —dijo Frances—. ¿No? Mira lo fácil que será.

Le tomó la mano izquierda, agarró la alianza y el anillo de pedida y, con suavidad pero firmeza, empezó a extraérselos del dedo. Lilian dio unos tirones muy débiles, maquinales, cuando los anillos empezaron a desplazarse, pero después no ofreció resistencia, sino que observó con una fascinación descontenta cómo se deslizaban por encima del nudillo y abandonaban el dedo.

—¿Has visto lo sencillo que es? —dijo Frances, después de poner los anillos fuera de la vista y mientras recorría con el pulgar la tersa franja blanca de piel desnuda y libre—. Tu mano en la mía, sin nada en medio. Es la cosa más sencilla del mundo. ¿No te parece?

Lilian tardó un momento en contestar. Se dejó caer sobre la almohada y cerró los ojos. Y cuando habló fue con una voz cansina, como capitulando al fin.

Pero lo que dijo fue:

–No, no es nada sencillo.

Frances observó su expresión reticente y cansada.

–¿Qué quieres decir?

Lilian abrió los ojos.

–Por favor, no te enfades conmigo, Frances.

–¿Le... le vas a elegir a él?

–No, no es eso.

–¿Qué es, entonces?

La expresión de Lilian se volvió extrañamente culpable.

–No sé cómo decírtelo. Ocurrió algo. No debería cambiar nada, si es verdad todo lo que has dicho. Sólo que hace las cosas más difíciles.

–¿De qué hablas? ¿Qué ocurre?

–Por favor, no me eches la culpa. No fue culpa mía. Pero, oh, Frances, creo..., estoy casi segura... de que estoy embarazada.

Las palabras eran tan distintas de lo que Frances había esperado oír que por un momento apenas les encontró sentido. Fuera había oscurecido. Tuvo conciencia de que llovía, un chaparrón repentino que producía un sonido como de un tamborileo rápido sobre el techo plano de la recocina, debajo de su ventana. Cuando cesó el aguacero y disminuyó el tamborileo, se tapó los ojos con la mano.

–Lo siento muchísimo –dijo Lilian.

–¿Estás realmente segura?

–Estoy segura, Frances. Es casi un mes de retraso.

–¿No podría ser sólo un retraso?

–Nunca se retrasa. Tú lo sabes. Y me siento... distinta.

–¿En qué sentido?

–No lo sé. Cansada. Distinta, a secas.

Frances bajó la mano y miró a Lilian a la cara. Se percató de que *sí* parecía distinta. Lo parecía desde que había vuelto de las vacaciones; quizá incluso desde antes. Estaba cambiada, en algún indefinible aspecto físico...

–Oh, Dios. ¡No puedo creerlo!

–Lo siento muchísimo –repitió Lilian.

–¿Cuándo ocurrió? ¿Cómo ocurrió? Siempre había supuesto que tú y Leonard... –Nunca había querido conocer los detalles–. Siempre me había imaginado que teníais alguna manera de... de...

–La tenemos. La teníamos. Pero hubo una noche... Se olvidó de tomar precauciones.

–¿Precauciones?

–Ya sabes lo que quiero decir. Él siempre... se retira antes de haber acabado, y yo le ayudo a acabar. Siempre lo hemos hecho así y siempre ha funcionado, más o menos. Pero esta vez se quedó dentro de mí. Dijo que había sido un accidente. No sé si lo fue o no. Pero lo *supe*. Aquella noche lo supe. Que me había quedado. Que había prendido. Lo supe, sin más.

–¿Por qué demonios no me lo dijiste?

Lilian puso una expresión de absoluta desdicha.

–Quería estar segura. No quería preocuparte sin motivo. Esperaba que la cosa se arreglaría sola. Me ha pasado a veces, hace tiempo. Y, además, en parte no quería pensar en todo esto... ¿Estás enfadada conmigo?

Frances se tapó los ojos de nuevo.

–No estoy enfadada. No sé cómo me siento.

–Estaba muerta de angustia.

–Sólo que me habría gustado saberlo.

–¿Vas a retirar entonces todas las cosas que has dicho?

–¿Retirarlas? Claro que no. Pero ¿qué sentido tienen ahora? –Lo estaba pensando mientras hablaba. La desilusión era tremenda–. No sirve para nada hacer planes, ¿no? Esto te liga a él para siempre.

–¿Qué? No, no digas eso.

–Bueno, ¿no es así?

–¡No! –Lilian se incorporó de un brinco y agarró de los brazos a Frances–. No cambia nada de lo nuestro. No pienses eso. No es la razón de que te lo haya contado. Es sólo que nos dificulta las cosas.

–¿Dificultar? ¡Eso es poco decir! ¿Tú crees que con un niño podemos arreglarnos? ¿Tú crees que él nos lo permitirá? Tendrá la ley de su parte. ¡Lo tendrá todo de su parte!

–Pero yo no quiero tener un hijo de Len. No quiero tener un bebé. Si esto no se soluciona solo, pues... entonces lo resolveré yo.

Frances percibió de nuevo el tamborileo de las gotas de lluvia. Dijo, apartándose un poco de Lilian, con un murmullo horrorizado:

–¿Deshacerte de él? ¿Estás diciendo eso?

–Sí. No es tan terrible, Frances. Si el embarazo sólo acaba de empezar hay unas píldoras que pueden resolverlo...

–Oh, Lilian, no. No puedes decirlo en serio. Es demasiado vil.

–Me da lo mismo, con tal de que funcione.

–No creo que funcione. Y Dios sabe qué contienen esas píldoras.

–Dan resultado si tomas las adecuadas y las tomas en el momento justo. – Su tono era el de alguien convencido y que conoce. Se sonrojó–. No me mires así. Es lo que hacen montones de mujeres.

Frances la miraba de hito en hito.

–¿Las has tomado antes?

–Sólo una vez. Tuve que hacerlo, Frances. Fue al año de casarnos, unos

meses después de perder al bebé. No..., no pude afrontarlo. Lo pasé fatal. Ya ves, se me metió en la cabeza que volvería a pasarme. Vera tiene una amiga enfermera y me consiguió las píldoras. Me puse malísima. ¡Creí que me moría! Intenté hacerlo por mi cuenta, pero al final tuve que decírselo a Len. Por poco le da un ataque. Pensó que sus padres lo descubrirían. Tuvimos que hacerlo todo en secreto, en su casita diminuta. Pero no será tan malo si lo hago otra vez, porque ahora sabré cómo es. Lo único es que no puedo hacerlo sola. Pensé en hacerlo sin decirte nada, pero... Es demasiado duro si estás sola. Puedo conseguir las píldoras. Ir a una tienda y...

—¿Una tienda? ¿Qué tienda? ¿De qué tienda hablas?

—Hay un lugar en el centro, en Edgware Road. Me habló de él la amiga de Vera. Puedo conseguirlas. Sé lo que debo pedir. Pero necesitaré tu ayuda cuando llegue lo peor.

Era evidente que lo había pensado a conciencia. Frances se esforzaba en escucharla. Estar hablando tranquilamente de esto, en el dormitorio de Champion Hill, una mañana lluviosa de lunes...

—¿Seguro que no hay alternativa?

—No la hay, Frances.

—¡Podrías caer enferma!

—Eso no me preocupa.

—Pues a mí sí. Se oyen historias increíbles. No es seguro.

—No, no, sólo no es seguro cuando se ha convertido en un bebé de verdad, cuando dejas pasar mucho tiempo y tienes que introducir algo para que salga el feto. Pero eso es diferente. Es antinatural. Es un pecado y es ilegal. Yo nunca lo haría.

—Pero lo que estás diciendo viene a ser lo mismo.

—No, Frances. No lo es.

De nuevo hablaba con convicción; incluso con impaciencia. Frances no supo decir si involuntariamente había comprendido mal el proceso, o si simplemente había optado por creer algo que le convenía y se aferraba a ello. En ambos casos... ¡Dios, era una monstruosidad! ¡Qué distinto de la idea pura y auténtica que ella tenía en la cabeza!

De repente se sintió desprotegida. Tenía frío y estaba en ropa interior. Se levantó y cruzó la habitación hasta la butaca y se sentó en el borde, con los miembros recogidos.

Lilian la miró.

–¿Qué estás pensando?

–Estoy intentando comprenderlo –dijo ella–. Me siento... atrapada. Confusa. Lo siento.

–No debes sentirte así. No es tan malo. Es...

–¿Cuándo ocurrió exactamente?

La brusquedad de la pregunta hizo parpadear a Lilian.

–¿Qué? Ya te lo he dicho.

–Sí, pero ¿qué noche? Es lo que quiero saber. ¿Qué noche concreta?

–Oh, ¿qué más da eso? Ha ocurrido, es todo.

–¿Fue la noche en que estabas planchando? ¿La noche en que entré en tu cocina?

–¿La cocina? –Lilian frunció el ceño–. No. No, debió de ser después. No sé cuándo fue, Frances.

Fue una noche ordinaria, por tanto. Una de las noches en que Frances, acostada, permanecía a la escucha del sonido de la puerta...

Lilian la seguía mirando.

–¿No quieres que estemos juntas? Hace un minuto querías. Has dicho que me ayudarías a ser valiente.

–No sabía que también incluiría esto.

–Has dicho que renunciarías a cosas por mí. ¿Por qué no me dejas que renuncie por ti a esto?

Al oírla, Frances sintió una punzada de horror. ¿Era de aquello, en definitiva, de lo que había convencido a Lilian? Se frotó los hombros desnudos, un escalofrío le erizó la piel. Sabía que tenía que volver a la cama, estrechar a Lilian en sus brazos. Pero no podía; se sentía paralizada. No paraba de pensar en que mientras ella estaba allí acostada, al otro lado del rellano...

¿No decían que una mujer tenía que gozar para que se quedara embarazada?

Desechó esta idea. Lilian estaba a punto de convertirse en suya. Esto era lo que debía recordar. Era la finalidad de toda la historia. Había sucedido, era espantoso, pero no podían separarse, ¿iban a hacerlo por una nimiedad semejante?

Se levantó, volvió a la cama y se abrazaron fuertemente.

–Lo siento –repitió Lilian–. Lo siento muchísimo. No me odies, Frances. Pero no es tan malo como crees. Es sólo un fastidio. No es... nada. Es como

un diente que te duele cuando está saliendo. En cuanto lo haya hecho lo olvidaremos. Podremos estar juntas, como has dicho.

A la hora de comer, cuando la madre regresó a casa después de pasar la mañana con el vicario, Frances apenas fue capaz de sostenerle la mirada. Tampoco se atrevió a cruzarla con la de Leonard cuando volvió a casa del trabajo. Toda la excitación por el futuro que ella y Lilian estaban planeando... se había perdido, aplastada, era sólo un hilo claro en una maraña muy oscura. Aquella noche, en la cama, intentó desenredarla. Supongamos que el bebé naciera. ¿Se las apañarían ellas dos? Sería difícil, pero no imposible, no imposible en absoluto. Otras mujeres se las arreglaban con menos dinero del que ellas tendrían. Desde la guerra, había miles de familias sin padre... Pero en su corazón no lo quería. Aparte de todo lo demás, sería un vínculo permanente con Leonard, aun en el caso de que les permitiera quedarse con el niño. Podría atraer a Lilian a su lado. Podría de algún modo salvar su matrimonio. ¿Y entonces qué haría Frances? ¿Retornaría a su antigua vida, a su vida sin amor, sin Lilian, como una serpiente que tiene que volver a meterse en una piel desecada?

La idea le infundió pánico; y el pánico mismo la consternó, pues ¿sólo a eso se reducía el amor?, pensó, sombríamente. ¿A algo que te salvaba de la soledad? ¿A una especie de póliza de seguros contra la exclusión? A fin de cuentas, ¿cuánto había de real en la pasión que le inspiraba Lilian? Recordó lo endeble que le había parecido aquel amor después de la visita de Edith. Allí, en la oscuridad, le pareció de repente que no se fundaba en nada. Nunca habían pasado una noche juntas. Nunca habían comido juntas: sólo los tontos pícnicos en el parque. Y estaban haciendo todos aquellos planes, ponderando todos los sacrificios y obligando a hacerlos a otras personas, su madre, Leonard...

El insomnio le duró dos o tres horas y a la mañana siguiente se levantó en un estado lamentable.

Lilian, en cambio, tenía mejor aspecto del que había tenido desde hacía semanas. En cuanto se quedaron a solas cogió las manos de Frances; por supuesto, tenía los anillos otra vez en el dedo. Dijo que había estado pensando en cuándo tenía que «hacerlo».

—Tiene que ser pronto —susurró—. Cuanto antes lo haces mejor resultado da. Y como mejor funciona es cuando tomas las píldoras por la fecha en que deberías estar pachucha. En mi caso sería el domingo que viene. Bueno, el

domingo no, porque Len estará en casa. Y el sábado tampoco. Pero el viernes por la noche iré a ver a Charlie en cuanto salga del trabajo. ¿Y no dijiste que tu madre también se va a casa de su amiga?

Sí, recordó Frances, la noche del viernes había una partida de bridge en casa de la señora Playfair. La habían invitado a ella, quince días antes. Pero había dicho que no; quería quedarse en casa, cerca de Lilian y Leonard para poder oírlos. Y todo este tiempo...

—¿No habrás cambiado de opinión? —le preguntó Lilian, al ver su rostro demudado.

Ella respondió con el ceño fruncido.

—No, es... sólo que todo se mueve tan deprisa. Todavía no puedo creer todo esto. No puedo creer que no vayan a surgir dificultades, que no se produzca algún desastre. Si mi madre lo descubre...

—No lo hará.

—No podemos estar seguras.

—Sí. *Tenemos* que estarlo porque ayudará a que las píldoras funcionen. Voy a comprarlas hoy.

—¿Hoy? Pero ¿no podemos esperar un poco más? Me da la impresión de que te he convencido de algo y...

—No es así.

—Pues entonces eres *tú* la que me has convencido. Y sé que te he dejado hacerlo, en contra de mi concepto de lo que está bien, porque te quiero y es la manera de tenerte toda para mí; no sé qué es, si valentía o cobardía.

Lilian le puso una mano en la mejilla.

—Oh, Frances. No es algo tan serio.

—¿Estás segura? Lilian, ¿estás absolutamente segura?

—Estoy decidida. Me ayudes o no, voy a hacerlo.

—Pero dentro de un día o dos...

—No, tiene que ser hoy. Ahora que lo he decidido, quiero..., sólo quiero deshacerme de esto. —Desplazó la mano hacia su vientre y la posó allí con una expresión de desagrado—. No soporto pensar en esto que llevo dentro y que crece a cada minuto que pasa.

Frances la miró, intranquila. Finalmente dijo:

—Bueno, no puedes ir sola. No te dejaré ir sola. ¿Y si te ocurre algo?

—No va a ocurrirme nada. Muchas mujeres lo hacen. Mujeres casadas, me refiero, y también otro tipo de mujeres. Pero no quiero que tengas que entrar

conmigo en una farmacia horrible. Dejarías de quererme. ¡Me odiarías! Es mi problema y voy a solucionarlo yo. –Apretó otra vez la mano de Frances–. Confía en mí, por favor, Frances.

A regañadientes, ella le devolvió el apretón de la mano.

A pesar de todo, no le permitió que fuese totalmente sola. Con cierto reparo, le dijo a su madre que ella y Lilian habían decidido visitar una galería, y después de comer tomaron un tranvía al centro; Lilian dijo que era mejor ir en tranvía que en autobús porque el traqueteo la zarandearía más y «podría ayudar a resolver las cosas». A Frances el comentario le pareció horroroso. Hizo el trayecto tan tensa como si fuera ella la que llevaba un niño dentro. Pero Lilian parecía muy animada. Cuando se separaron en Oxford Circus, Frances se quedó un minuto mirando cómo se abría paso hacia el oeste entre la gente que hacía sus compras, sin que Lilian redujera el paso ni una sola vez.

Eran las dos y media y acordaron encontrarse a las cuatro en Cavendish Square. Era otro día húmedo, pero Frances había llevado un paraguas; lo levantó y echó a andar, recorriendo calles al azar. A cada paso que daba sentía que su desasosiego aumentaba un grado. No debería haber consentido que Lilian fuese sola. No deberían haber ido al centro. ¿Qué diablos estaban haciendo? En todas partes adonde miraba veía cochecitos de niño, veía bebés de cara rosada y viva.

Al final, al percatarse de lo cerca que estaba de Clipstone Street, cruzó una calle y caminó unos cientos de metros para visitar a Christina.

Pero la visita fue un error; lo supo en el acto. Era demasiado pronto después de la anterior, y Christina estaba ocupada; invitó a Frances a entrar, pero la mirada se le iba a los papeles que había encima de su escritorio. Cuando empezó a hablarle de Lilian, Christina la escuchó sólo el tiempo suficiente para saber que ella y Lilian habían zanjado sus desavenencias y dijo:

–¡Ay, Frances, no puedo seguir tu ritmo! Creía que toda la historia había quedado en nada.

–Tenía miedo de que sucediera eso –dijo ella.

–Pues no pareces muy contenta de que no haya sucedido.

–No. Yo...

Pero ¿qué podía decir? Comprendió que estaba avergonzada. Anhelaba hablar, desahogarse; recordaba lo unida que se había sentido con Christina en

el music-hall. No encontró rastro de aquel vínculo. Halló sólo la antigua aspereza: aquel residuo de ceniza en el jabón. Por tanto hablaron de estupideces inútiles. Su visita duró menos de veinte minutos y deseó no haberla hecho.

Pero antes de marcharse paseó la mirada por la habitación, tan impregnada de Christina y Stevie. Ella y Lilian tendrían una habitación parecida cuando aquella pesadilla hubiese acabado.

Y cuando media hora más tarde, sentada en un banco de Cavendish Square, vio a Lilian que corría a su encuentro a través del jardín, sintió en el corazón un brote de amor sin complicaciones por el mero hecho de verla allí, entre desconocidos. Parecía acalorada, mojada, complacida. Se reunió con Frances debajo del paraguas y habló sin aliento.

—¡Pensaba que no llegaría a tiempo! Resulta que no era la tienda donde las vendían. El hombre me ha mandado a otra, en Charing Cross Road. Ha sido de lo más desagradable conmigo. Se ha comportado como si yo viviera en la calle o algo por el estilo. No me he puesto los guantes para que viera el anillo; ¡me ha hecho sentirme como si fuera el aro de una cortina! Pero da igual. El segundo hombre ha sido correcto. Y las he conseguido. Mira.

Empezó a abrir el broche de su bolso. Frances miró alrededor, alarmada. Pero la luz era débil, la gente se apresuraba debido a la lluvia, los vehículos atronaban sobre las calzadas mojadas: era una sensación extrañamente íntima estar debajo de la tela del paraguas. Lilian abrió el bolso lo justo para mostrar el paquete de color beige que contenía. Frances vio una etiqueta deficientemente impresa: *Píldoras del Dr. Ridley para el tratamiento de irregularidades femeninas*.

Le costó creer que en 1922 se vendiera semejante cosa en una farmacia del West End. Parecía algo que pertenecía a un museo de curiosidades médicas, junto con un bebé de dos cabezas y un tarro de sanguijuelas. En cuanto a las píldoras, cuando Lilian se las enseñó discretamente descubrió que eran duras y fibrosas y que despedían un olor acre, como la menta de mala calidad.

—Pero tienen que fabricarlas asquerosas, ¿no? —razonó Lilian—. De lo contrario nadie creería que hacen efecto.

Amparándose en su bolso abierto, volcó una de las píldoras en su palma enguantada y la miró con repulsión. Luego hizo ademán de llevársela a la boca.

Frances, horrorizada, le sujetó la muñeca.

–¿No irás a tomar una ahora mismo?

–Tengo que hacerlo –dijo Lilian–. Hay que tomar algunas durante tres días, y todas las demás el cuarto día.

–No, no la tomes aquí. Aquí no, todavía no.

Todo era demasiado real, pasaba un taxi dando un bocinazo y los motores de los autobuses de línea, rojos y blancos, resoplaban subiendo y bajando Oxford Street.

Pero Lilian tenía todavía la píldora en la palma.

–Tengo que tomarla, Frances –repitió. Y mientras ella la miraba, Lilian apretó los labios y hundió las mejillas para aumentar el flujo de saliva en la boca; a continuación depositó en la lengua la pastilla de aspecto maligno y, con una mueca, la tragó rápidamente.

Frances le miraba con atención la cara.

–¿Cómo te sientes?

Lilian tomó aliento.

–Me siento mejor por haber empezado. Pero tardará siglos en hacer efecto. –Dobló el paquete beige y lo guardó en el fondo del bolso–. Tomaré otra esta noche, antes de acostarme, y otra cuando me levante; y si tenemos suerte quizá mañana ocurra algo.

Dijo lo mismo a la mañana siguiente y a lo largo de todo el día. Se mantenía confiada y tranquila; era Frances la que estaba inquieta, le escudriñaba la cara cada vez que estaban juntas, buscaba indicios de enfermedad en ella y, cuando tenían que separarse, merodeaba por el pie de la escalera, a la escucha de algo anómalo.

–Qué rara eres –dijo Lilian–. Eres peor que un hombre. Si estuvieras casada sabrías que no es nada. ¿Cómo crees que lo hacen otras mujeres?

–No me importan las demás mujeres. Sólo me importas tú. Suponte que te desmayas, o que...

–No me desmayaré. No lo hice la otra vez. Ten paciencia.

Esto fue la noche del miércoles, antes de que Leonard volviese del trabajo. Y la mañana siguiente Lilian fue a ver a Frances con un semblante pálido pero excitado. Estaba ocurriendo algo, dijo. Tenía un dolor a la altura de las caderas. Tenía los intestinos más activos de lo normal y, al limpiarse en el retrete, había descubierto una «mancha». El único problema ahora era que podría salir demasiado pronto, en cuyo caso Leonard estaría en casa cuando

sucediera y ella tendría que explicarle que era un mes ordinario, pero muy abundante, o que era una falta... Frances la cogió de las manos y la besó; al mismo tiempo se estaba retrayendo. No podía creer que en el lapso de uno o dos días su vida hubiese dado un viraje tan brusco, que se hubiera estrechado de tal modo y se hubiese convertido en un morbosos acecho de las entrañas de Lilian, un seguimiento de la sangre y los intestinos.

Sin embargo, hacia el final de la tarde Lilian ya no estaba tan segura. La «mancha» se había secado, el dolor había disminuido y había empezado a sentirse mareada. Cuando estaba cortando carne para la cena de Len había tenido que correr al fregadero porque le dieron arcadas; no recordaba que la última vez le hubiera pasado eso. Quería probar un baño caliente. Pero para ser eficaz el agua tenía que estar casi hirviendo, dijo, y la madre de Frances estaba en casa; no se atrevieron a correr el riesgo de que las viera calentando teteras llenas de agua. Se sentaron juntas en la salita de Lilian y ella se removía, con la mano sobre el vientre.

—¿No es horrible pensar en ese pequeño huevo que llevo dentro y que hace lo posible por quedarse ahí mientras que yo hago todo lo que puedo para expulsarlo? Vamos, huevecito. —Quería desalojarlo del útero—. No puedes quedarte dentro. Sería una madre mala, malísima. Vete volando hacia otra. Vuela hacia alguna pobre mujer que quiera un hijo y no pueda tenerlo. ¡Vuela, ya!

Levantó el brazo al exclamar esto, y cerró el puño; y se golpeó con él fuertemente en el vientre.

Frances se estremeció.

—¡Dios! No hagas eso.

Lilian se golpeó más fuerte que antes.

—¡No! —dijo Frances—. ¡Por favor! ¡No lo soporto!

—¡Pues tengo que hacer algo! No puedo quedarme aquí sentada. Ah, ¿por qué no se va tu madre? Estoy segura de que un baño funcionaría, si fuese con agua lo bastante caliente. ¿No puedes llevártela a algún sitio?

—No quiero que te bañes sola. Podrías desmayarte. ¡Podrías ahogarte!

—Tiene que haber algo que pueda hacer. —Lo pensó y luego se puso en pie—. Voy a tomar más píldoras.

—No —dijo Frances, levantándose a su vez—. No te dejaré. Ya te han hecho bastante daño.

—Tienen que hacerme mucho más todavía.

–No, por favor. ¡Lilian, por favor!

Pero ella ya se dirigía a su dormitorio, y cuando Frances la alcanzó había sacado de un cajón el paquete de color beige y estaba volcando su contenido. Frances vio que Lilian volcaba en la palma dos o tres o hasta quizá cuatro pastillas de aspecto sucio y se las introducía en la boca. La vio contraer la cara mientras las ingería.

Estaba de nuevo pálida cuando se fue a la cama aquella noche y cuando Frances la vio por la mañana del viernes, justo después de que Leonard se hubiera ido al trabajo, era más que evidente que se había producido un cambio. Ahora Lilian tenía la cara del color de la masa para el pan y el pelo se le pegaba a la frente; salió del cuarto arrastrando los pies como una débil anciana. Dijo que unos dolores atroces la habían mantenido en vela durante la noche. Se sentía como si le hubieran dado una patada en el vientre. Había estado horas acostada porque no quería decirle nada a Len. Pero aún no había hemorragia y eso la preocupaba.

A Frances no le inquietaba la hemorragia. Estaba demasiado alarmada por el semblante cadavérico de Lilian. La instó a que volviera deprisa al dormitorio y encendió un fuego en la chimenea. Llenó una tetera en la cocinita, preparó té y una botella de agua caliente.

–Voy a bajar un momento –le susurró, cuando le dio la botella. Ya había rumores de movimiento abajo–. Pero vuelvo en cuanto me haya ocupado del fogón. Le diré a mi madre que estás enferma, que necesitas que alguien se quede a tu lado...

–No –dijo Lilian, abrazando la botella contra el abdomen–. No, no debes hacer eso. No quiero que tu madre piense que estoy enferma. Seguramente querría subir a verme y me sentiría muy culpable y avergonzada. Y no le quedaría más remedio que decirle algo a Len.

–¡Pero no puedo dejarte sola!

–Sí puedes. Sube de vez en cuando.

–Pues tómate el té, por lo menos. Te traeré el desayuno.

Lilian torció el gesto nada más pensarlo.

–No, no quiero desayunar, vomitaré. He tomado una aspirina y me sentará bien. Déjame así, Frances.

–Entonces subiré todas las veces que pueda. Pero si empiezas a sentirte realmente mal...

–No me pasará.

–Pero llámame si te sientes mal, ¿de acuerdo? Da igual que esté mi madre.

Lilian asintió, con los ojos cerrados. Frances la besó y al notar la frialdad de su mejilla descolgó la bata de Leonard de la parte trasera de la puerta; dejó a Lilian sentada en un lado de la cama, envuelta en la bata como si fuera una capa. Pero incluso antes de que hubiera llegado al pie de la escalera oyó el crujido del techo. Lilian se había levantado y deambulaba, iba desde la puerta a la ventana y viceversa, como un preso en una celda que camina de un lado a otro, desesperado.

A partir de entonces, el día pareció alargarse y volverse interminable, a ponerse tan tirante como un nervio de punta. Frances se escabullía arriba en cuanto podía y encontraba a Lilian con la cara todavía pálida y caminando de un lado a otro. Dijo que no pararía de moverse hasta que comenzase la hemorragia; a última hora de la mañana empezó a cambiar muebles de sitio, a levantar sillas y a posarlas, y a levantar también la máquina de coser de pedal. Los crujidos y los topetazos parecían resonar en toda la casa; al final hasta la madre de Frances hizo un comentario al respecto. Con el corazón palpitante, Frances le dijo que Lilian estaba haciendo una limpieza de primavera adelantada.

Sin embargo, a media tarde cesaron todos los sonidos de movimiento. Asaltada por la aprensión, Frances subió la escalera y encontró a Lilian en el sofá de la salita, recostada sobre unos almohadones con una manta encima de las rodillas, y con un aire tan normal de enferma que al verla, por un instante, se tranquilizó. Después se acercó y le vio la cara. Estaba más pálida que antes; descolorida, ligeramente hinchada por debajo de una capa superior de piel tirante, y por encima se advertía un brillo de humedad insana. No protestó porque Frances hubiera subido a verla. Lo que hizo fue extender la mano, diciendo: «¡Oh, Frances, es espantoso!» Le apretó los dedos y cerró fuertemente los ojos, sin duda juntando fuerzas para hacer frente a los espasmos.

Frances estaba horrorizada.

–¡Esto no es normal! Tengo que ir a buscar a un médico.

Pero Lilian abrió de golpe los ojos.

–¡No, no quiero que venga un médico! ¡Sabrá lo que he hecho! Cógeme de la mano. No me sueltes. La hemorragia ha empezado, es todo. Duele, pero... ¡ay! –Se puso rígida a medida que el dolor aumentaba, y mantuvo la rigidez durante un tiempo que pareció larguísimo; Frances vio aparecer gotas

diminutas de sudor en su frente y en el labio superior. Cuando por fin sus miembros empezaron a relajarse, Lilian se desplomó sobre los almohadones del sofá y se enjugó la cara, jadeando—. Ya está bien. Estoy bien.

Frances se había puesto rígida y se había destensado al mismo tiempo que ella.

—Se supone que no debería doler tanto, ¿no? Tienes muy mala cara, Lilian. Al oír esto, ella apartó la cara, débilmente.

—No me mires.

—No quería decir eso. Pero estás blanca como el papel.

—Algunas veces son peores que otras. Esta vez es peor, simplemente. —Se revolvió incómoda, irguió una cadera, deslizó una mano por debajo de la falda—. Sigo sangrando. Tengo miedo de ensuciar el sofá. ¿Hay alguna mancha aquí?

Frances miró.

—No, no hay nada.

—Ya me he puesto tres compresas. Las he arrojado al fuego. Pero todavía es sólo sangre, no lo que tiene que ser. Se nota cuando sale. Todavía no ha empezado. No va bien hasta que empieza.

Su voz tenía ahora un acento inquieto y sus ojos parecían vidriosos. A Frances se le ocurrió pensar que quizá tuviera fiebre. Le posó una mano en la frente húmeda, pero estaba más bien fría. ¿Era una buena o una mala señal? No lo sabía. ¡No lo sabía! Su propia ineptitud la consternó. ¿Cómo había permitido que sucediera aquello? ¿En qué demonios estaba pensando? ¿Cómo había permitido que Lilian cometiera una temeridad semejante...?

Ella ya se estaba poniendo rígida para enfrentarse a una nueva oleada de dolor y movía los pies debajo de la manta.

—Oh, empieza otra vez.

—¿Qué puedo hacer?

—Cógeme la mano.

—¿Qué puedo traerte que te ayude a soportarlo?

Pero Lilian no la escuchaba. Tenía los ojos cerrados y las facciones crispadas.

—Ay, esta vez es la peor de todas ! ¡Ay, Frances! ¡Ay!

Se doblaba de dolor, retorció de tal modo los dedos de Frances que casi se los desencajaba.

Le resultaba insufrible no hacer nada. Se zafó de la mano de Lilian, corrió

a su dormitorio, buscó en la mesilla de noche otra aspirina. Lo único que encontró fue un frasco de caolín y morfina: levantó a la luz el vidrio pardo. En la base había un sólido sedimento calcáreo, y más arriba unos pocos centímetros de líquido; pensó que el líquido era morfina más o menos pura. ¿No era mejor que nada? Corrió a la cocina en busca de una cuchara y volvió corriendo a la salita. Lilian seguía doblada en dos y tenía las mejillas bañadas en lágrimas. No preguntó qué medicina era. Tomó tres cucharadas, como una niña obediente, y luego volvió a recostarse en los almohadones con los ojos firmemente cerrados.

Y la morfina debió de aliviar un poco el dolor, porque al cabo de unos minutos no tenía la cara tan agarrotada. Entornó los labios y respiró con un largo y desigual suspiro.

Frances pensó en su madre, que estaba abajo escribiendo con calma unas cartas. Si supiera lo que ocurría arriba, si supiera lo que había hecho Lilian...

Ella ahora la miraba.

–Esto es demasiado horrible, Frances. Tienes que ir abajo.

–No puedo.

–Pero yo quiero que bajes. Y tu madre se preguntará dónde estás. Querrá que le prepares el té.

Frances comprendió que tenía razón. Eran las cuatro pasadas. Pero la idea de tener que bajar a preparar tazas y platillos, poner pan y mantequilla en una bandeja, era insoportable..., ¡grotesca!

–No puedo dejarte así –dijo.

–No estoy tan mal. De verdad. Y pronto... pronto no tendrás que dejarme nunca. Cuando estemos juntas, me refiero. Entonces sí que haremos lo que queramos. Pero no quiero que tu madre sepa que algo no va bien y que se lo diga a Len y él empiece a hacerse preguntas. Por favor, Frances. Sólo serán unas horas más.

Su voz tenía de nuevo aquel acento quejumbroso, pero su mirada parecía más clara. En la angustia de la indecisión, Frances la besó, la dejó sola y bajó la escalera. Preparó el té y, sentada en el salón, consiguió charlar con su madre del tiempo, del jardín..., sólo Dios sabía de qué. Un instante después de haber hecho un comentario olvidaba lo que había dicho.

A las seis incluso se puso a preparar una empanada para su propia cena. Entretanto oía a su madre arreglándose para salir y pensó que ojalá lo hiciera más deprisa; miró el reloj y deseó que las agujas avanzaran. El día sin sol

había deparado un atardecer frío y sin luna y sospechó que a su madre le gustaría que la acompañase a recorrer la corta distancia hasta la casa de la señora Playfair; se sentía un poco insegura desde la agresión a Leonard. Pero Frances la había acompañado a casa de la señora Playfair una noche de la semana anterior y la habían hecho entrar y la retuvieron hablando durante media hora; temía dejar sola a Lilian tanto tiempo. Así que cuando su madre apareció en la cocina, siguió con las manos en el bol de la mezcla.

La madre titubeó, mirando lo que hacía.

—¿Estás segura de que no quieres venir?

Frances le enseñó los dedos enharinados.

—Bueno, acabo de empezar esto. Y si aparezco en el último minuto voy a molestar a las mesas de juego.

—Ah..., sí, supongo que sí.

Estaba visiblemente contrariada. Pero no tenía arreglo. No esta vez. No esta noche. Se entretuvo otro minuto y luego se abrochó el abrigo y se despidió. Se oyó el sonido que produjo al cruzar el vestíbulo, seguido por el ruido sordo de la puerta principal al cerrarse.

Y entonces hubo un momento extrañamente semejante a los primeros y apremiantes días del idilio. Frances se desprendió de la sensación junto con la harina que le envolvía las manos. Se desató el delantal, corrió a la escalera, empezó a subirla... y dio un brinco del susto. Lilian estaba en la cima, inclinada sobre la barandilla, agarrada al pasamanos.

—¿Era tu madre la que ha salido? ¡Necesito ir al retrete!

Frances corrió hacia ella.

—Hace frío fuera. Usa el orinal.

Pero Lilian ya había empezado a bajar.

—¡Estoy muy apurada, Frances! ¡Tengo que ir ahora mismo!

Se movía con una mezcla de rapidez y cautela que en otro momento podría haber sido cómica, con los andares crispados y las rodillas juntas con que un humorista vulgar imitaría un caso urgente de diarrea. A Frances esta postura le pareció horripilante; la tomó de la mano con dedos temblorosos, la ayudó a bajar los peldaños, la sostuvo mientras cruzaba el pasillo y la cocina. Se detuvo para encender un farol, pero Lilian no podía esperar: se escabulló a través del patio en penumbra y entró en el excusado.

La puerta osciló y se quedó abierta tras ella, y cuando Frances llegó estaba sentada en la taza con las piernas a la vista e inclinada hacia delante como si

tuviera convulsiones, con una compresa ensangrentada en la mano. Sin embargo, al ver a Frances hizo un gesto débil para que se marchara y dijo:

–¡Oh, Frances, no te acerques! ¡No quiero que lo veas! ¡Deja el farol y vete! ¡Ah! ¡Ay, *por Dios!*

Y aunque la maldición la sorprendió, porque Frances no le había oído jurar ni una sola vez, fue también extrañamente tranquilizadora, un arranque de rabia más que de desesperación, el último chasquido de la tolerancia; el punto culminante del día. Obedeció a Lilian, dejó la luz y se marchó. Oyó el susurro del papel Bromo, seguido por el flujo de la cisterna. Un minuto de silencio, después más Bromo –al parecer, ingentes cantidades de Bromo– y después de nuevo el flujo de la cisterna.

Y entonces apareció Lilian. Tenía el farol en la mano y su cara parecía espectral a la luz que la iluminaba desde abajo. Dijo que había sangre en el retrete; no había conseguido limpiarla. Pero aparte de eso todo estaba en orden. Era el final, todo había acabado.

Pero le castañeteaban los dientes. Frances la acompañó a la casa, se aseguró de que fuera capaz de subir la escalera. Después volvió al retrete y miró cautamente dentro. El borde de loza estaba manchado de rojo, pero lo que había en el fondo era oscuro como melaza negra. Lo revolvió con la escobilla, añadió papel, tiró de la cadena. Y después de repetir la operación dos veces el agua que se asentó era limpia.

Arriba, Lilian estaba en el sofá, tiritando con el pelo pegado a las mejillas: Frances no supo si era de sudor o simplemente del relente de la noche. La envolvió más estrechamente con la manta, le quitó las zapatillas de los pies, intentó calentarle los dedos de los pies y de las manos: eran como tiasas raíces blancas. La botella de agua caliente se estaba enfriando. Fue a la cocina y puso más agua a calentar. No había comida en ninguna parte –Lilian no había comido nada en todo el día–, pero encontró un tarro de extracto de carne, vertió una cucharada para hacer un caldo y lo llevó a la salita junto con una rebanada de pan seco. Lilian hizo una mueca y apartó la mirada al ver el refrigerio, pero al final cedió; por fin remitió la tiritona y un indicio de color empezó a aparecer en sus mejillas. A todas luces, tenía un aspecto más sereno y desahogado.

Y enseguida suspiró y se quedó inmóvil. Frances la rodeó con un brazo; se acurrucaron la una contra la otra, extenuadas. El fuego brincaba y crepitaba en la chimenea y la habitación se tornó sumamente acogedora. El reloj de la

repisa marcaba las ocho menos veinte. ¡Menudo día habían pasado! Frances se sentía tan estrujada como una fregona. Y sin embargo el producto milagroso había funcionado tal como Lilian había prometido, incluso en los plazos previstos. La madre no volvería de casa de la señora Playfair hasta alrededor de las diez y media. Leonard quizá no volviera hasta después de las once. Ahora disponían de tres horas largas para reponerse y recuperar la calma.

Besó a Lilian en la coronilla y le dijo en voz baja:

–¿Cómo te sientes?

Lilian buscó su mano a tientas y respondió con un suspiro:

–No muy mal. Es un dolor normal. No como el de esta tarde.

–¡Me has dado un susto de muerte cuando te he visto! Creía que iba a perderte.

Lilian se recostó para alzar la mirada hacia ella.

–¿De veras? –dijo casi sonriendo.

–Pero creo que es peor de lo que aparentas. Ojalá pudiera dolerme a mí en tu lugar.

–No te lo permitiría nunca.

–La mitad del dolor, entonces. La mitad cada una.

Lilian movió la cabeza.

–No. Es mi dolor y puedo soportarlo. Es mi antigua vida lo que sale de mí; mi vida con Len. Por eso ha sido tan malo. Pero ahora estoy mejor.

Se apretaron de nuevo la una contra la otra y cerraron los ojos, enlazadas las manos.

Pero todavía le preocupaba la compresa, que la sangre manchara el sofá. Una o dos veces, como había hecho antes, se pasó la mano por debajo de los muslos para asegurarse de que no se escapaba un reguero; y poco después se levantó. Se dio media vuelta, con una gazmoñería conmovedora, y se levantó el dobladillo de la falda, y Frances la oyó gemir. La hemorragia remitía por fin, pero le había dejado hechas un desastre las piernas, las medias y la enagua. Tenía que lavarse y cambiar la compresa antes de que le entrara más sueño.

De modo que Frances se incorporó y volvió a la cocinita en busca de una jofaina de agua, jabón y una toalla. Al volver encontró a Lilian con las piernas desnudas, desabrochándose la compresa manchada de un delgado cinturón de lino ceñido alrededor de las caderas. «¡Oh, no mires!», exclamó,

tal como había estado exclamando todo el día; pero se movía con tanta fatiga y se soltaba los broches con tanta lentitud que Frances dejó la jofaina y se acercó para ayudarla.

Empapada de sangre, la compresa parecía un pedazo de carne cruda. Frances la dobló como pudo y luego, a falta de otro sitio donde dejarla, la depositó entre los rescoldos de la chimenea. Lilian se tambaleó al agacharse sobre la jofaina y se enjabonó y se enjuagó entre las piernas. El agua adquirió un color rosa y después claramente carmesí: su postura había provocado otro derrame. Alarmada, Frances vio caer la sangre; era como un hilo brillante y oscuro. La ayudó a levantarse y a secarse los muslos con la toalla. Rápidamente sustituyeron la compresa y la fijaron al cinturón. Lilian volvió a ponerse la falda y se sentó otra vez pesadamente, resollando a causa del esfuerzo, y se dejó caer de costado hasta que su mejilla descansó sobre el brazo del sofá.

Observó con los párpados pesados cómo Frances recogía la ropa desechada, la enagua manchada de sangre y las medias. Y cuando levantó la jofaina de agua espeluznante y se la llevaba cruzando la puerta, dijo:

—Lo siento, Frances. Ha sido todo horrible y tú has sido tan buena. Me habría muerto si me hubiera visto así alguien más que tú.

Frances respondió tras un momento de vacilación:

—Y decías que no eras valiente.

Lilian la miró sin comprender.

—Decías que no eras valiente. Mira lo valiente que has sido hoy.

Los ojos de Lilian se llenaron de lágrimas. Meneó la cabeza sin poder contestar. Su pelo moreno le caía, lacio. Tenía la cara todavía del color de la masa y los labios secos. Pero Frances, al mirarla desde donde estaba, pensó que nunca en su vida había amado tanto a alguien, ni con tanta pureza.

Cambió el modo con que asía la jofaina de agua y aferró el pomo de la puerta. La mantuvo abierta con el pie, moviéndose torpemente alrededor de ella, y salió al rellano.

Allí, en el giro de la escalera, subiendo a su encuentro, desabrochando los botones de su abrigo... apareció Leonard.

Dio tal respingo al verle que la jofaina brincó en sus manos y estuvo a punto de derramarse el agua. Pero después se quedó inmóvil, paralizada por la confusión y el miedo. Él se le acercó como solía una noche normal, quizá no encantado de verla, pero alzando una mano a modo de un saludo fatigado.

Luego empezó a percibir la extraña conducta de Frances. En cuanto hubo rebasado el último peldaño y vio lo que ella tenía en las manos –la ropa manchada de sangre y la jofaina que era absolutamente imposible esconder–, agudizó la mirada.

–¿Qué ocurre?

Ella respondió, absurdamente:

–Nada.

–¿Es Lily?

Colgó el sombrero en el poste de arranque de la escalera y pasó por delante de Frances para entrar en la salita.

–¿Lily? –le oyó decir–. ¿Pero qué diablos pasa?

Lo único que se le ocurrió a Frances fue deshacerse de la sangre. Se precipitó a la cocina y volcó la jofaina en el fregadero, y dejó correr el agua hasta que perdió su color herrumbroso, y luego limpió chapuceramente la loza salpicada. Trató de enjuagar la enagua y las medias, pero únicamente produjo más agua sucia, más salpicaduras. Por último las tiró en la jofaina vacía y se las llevó a su dormitorio, donde las arrojó al suelo y cerró la puerta tras ella.

Después, con el corazón acelerado, se limpió las manos mojadas en la falda mientras se dirigía a la salita.

Leonard estaba sentado en el borde del sofá, de espaldas a ella, todavía con el abrigo puesto. Tenía una mano de Lilian en las suyas y ella intentaba soltarla. «Estoy bien», estaba diciendo. Se había incorporado y sonreía. La sonrisa era horrible en su cara pálida y crispada. La piel en torno a los ojos de repente parecía oscura como una moradura. Cuando vislumbró a Frances alzó la vista hacia ella, desvalida, asustada.

Leonard también se volvió hacia Frances.

–¿Cuánto tiempo lleva así?

Lilian habló antes de que Frances pudiera responder. Dijo lo mismo que había dicho ella:

–No es nada, Len.

Él se giró hacia ella.

–¿Nada? ¡Dios mío, estás hecha un espanto! Acabo de ver a Frances con un cubo lleno de sangre. Y... ¡Dios todopoderoso, qué es eso?

Había descubierto la compresa hecha una bola en la chimenea.

La sonrisa de Lilian se tornó aún más horrible.

–Es el período, simplemente. Ha sido muy malo, no sé por qué. Frances me ha ayudado. ¿Qué estás mirando? ¡Oh, no mires eso! Es sólo una compresa. ¡No la mires! ¡Un marido no debe ver esas cosas! –Levantó una mano, giró la cara de él hacia la suya–. ¿Qué haces en casa? ¿Cómo es que ya has vuelto? ¿No estabas con Charlie?

–Charlie ha tenido que marcharse enseguida. Sólo teníamos tiempo para un par de cervezas.

–No te hemos oído entrar.

–No, he venido en el autobús a Camberwell y por eso he entrado por el jardín. Tienes una cara horrible, Lily. No suele ser así, ¿verdad?

–No, esta vez ha sido malo.

–Cuando he visto esa jofaina...

–Era sólo agua.

–No me ha parecido agua.

De nuevo se volvió hacia Frances. Ella estaba justo dentro de la habitación, con la mano en el pomo de la puerta; las piernas se negaban a transportarla más allá.

–¿Ha estado así todo el día? –le preguntó él.

Ella lo miró y no pudo responder. Lilian respondió por ella.

–No debes preocuparte. No es nada.

Él se volvió hacia ella.

–¿Por qué no paras de repetir eso? ¿Qué ocurre?

–No ocurre nada. Yo...

Pero Frances vio que le faltaban las fuerzas. Su voz había empezado a titubear y la sonrisa le distorsionaba la cara de una forma cada vez menos natural. Mientras Leonard, desconcertado, no apartaba la vista de ella, Lilian se recostó en los almohadones con una mano encima de los ojos. Y cuando dejó caer la mano dijo, con una voz derrotada:

–No quería decírtelo, Len. Creo... creo que es una falta. Por eso ha sido tan malo.

Él miró rápidamente por encima del hombro a Frances, batiendo sus pestañas rojizas. Bajó la voz al volverse otra vez hacia Lilian.

–¿Por qué diablos no me lo dijiste?

–No lo sé. Faltaban sólo unas semanas y...

–¿Has llamado a un médico? Me refiero a hoy. ¿Te ha visto un médico?

–No ha hecho falta. Frances ha cuidado de mí. ¿Qué haces?

Él se estaba levantando.

–¿Qué hora es? –Eran las nueve menos cuarto–. No es demasiado tarde para que vaya a buscar a un médico, ¿no? ¿Dónde está el más cercano?

Presa del pánico, Lilian extendió la mano para detenerlo.

–Por favor, Len. No quiero un médico. No hace ninguna falta. Ya ha acabado todo.

–Sólo para que te examine.

–No hay nada que pueda hacer un médico. Será malgastar dinero. y la señora Wray llegará a casa cuando él esté aquí, y se armará un gran jaleo y me moriré de vergüenza. Por favor, Len.

–¡Pero si estás pálida como un muerto! Frances, estarás de acuerdo conmigo, ¿no? Dime dónde está el médico más cercano.

Una vez más Frances no fue capaz de responder, tan abochornada y desprotegida se sentía. El éxito de la iniciativa, la habitación acogedora, el idilio se habían esfumado. Ahora Lilian se había incorporado con esfuerzo y la manta se le había resbalado del cuerpo y la botella de agua caliente había caído con un *plaf* al suelo. Sus miradas se cruzaron por encima del hombro de Leonard y Lilian le hizo a Frances un pequeño, urgente gesto de advertencia con la cabeza.

Y Leonard se volvió hacia Lilian en el momento preciso en que ella lo hacía. Descubierta, ella parpadeó y después bajó los ojos. Él se la quedó mirando con una expresión demudada.

–¿Qué diablos está pasando aquí? –Aguardó–. ¿Frances? ¿Qué está pasando? –Luego se serenó mientras reflexionaba. Se dirigió de nuevo a su mujer–. ¿Tú nunca...?

Lilian contestó con una precipitación culpable.

–Ha sucedido solo. Al despertarme ya había venido. Te lo juro, Len.

Él la miró sin decir nada. Su silencio la animó a envalentonarse más. Apeló a Frances.

–Díselo, Frances. Me has visto esta mañana, ¿verdad? ¿No te he dicho que me había venido? ¿No te...? ¡Oh! –Volvió a sentarse, con las manos cruzadas encima del abdomen–. ¡Ah, qué mal me encuentro!

Al verla, Frances pudo por fin avanzar. Leonard, no obstante, permaneció donde estaba.

–Si estás tan enferma –dijo fríamente–, ¿por qué no me dejas que vaya a buscar a un médico? ¿Tienes miedo de lo que va a encontrar?

–No, por favor, Len.

–No me creo nada. No, Frances, déjala en paz.

Frances había levantado la manta para envolver con ella los hombros de Lilian, pero él le había sujetado del brazo y la estaba apartando.

–Deja tranquila a mi querida mujer hasta que oigas lo que ha hecho.

–Basta, Len –dijo ella débilmente.

–¿Por qué? ¿No quieres que Frances lo sepa? ¿Te avergüenzas de ti misma? ¿No? Pues díselo a Frances. Anda. ¿O tendré que decírselo yo? Ya sé, vamos a buscar a la señora Wray y se lo decimos a ella también, ¿no te parece?

Todavía no había soltado el brazo de Frances. Ella intentó liberarlo.

–Por favor, Leonard –dijo Frances finalmente.

–No, no. Estoy esperando a que Lilian te lo diga.

–¡Leonard, por Dios! –El tono de Frances hizo que él se volviera y la mirase a la cara. Ella parpadeó, eludiendo su mirada–. Por favor. Ha sido un día espantoso.

Y su actitud, su postura culpable, debió de equivaler a una confesión. Él le soltó el brazo.

–¿Tú también has participado? ¡Santo Dios, es increíble!

–Frances me ha estado cuidando –dijo Lilian.

–Ah, o sea que te ha estado cuidando. –Se pasó la mano por el pelo engominado–. ¡Dios! ¿Es esto lo que tramáis las mujeres? ¡Y luego os quejáis de que los hombres os llamen arteras! ¿Cuántas veces lo has hecho? No, mírame. Escúchame. No me importa lo enferma que estés. –La acosaba–. ¿Cuántas veces, desde aquella primera?

Ella gimió.

–Oh, no seas estúpido.

–Supongo que esto es tu manera de... ¿qué? ¿De pagármelo? ¿De enfrentarte contigo?

–No tiene nada que ver contigo.

–¿Nada que ver conmigo? ¡Dios! –Torció el gesto–. Ah, no puedo mirarte. Me pones enfermo. ¿Qué demonios te pasa, mujer? No sé lo que quieres. No soportabas vivir en Cheveney Avenue; muy bien, nos mudamos aquí. No te escatimo el dinero. Haces lo que te da la gana con las habitaciones; ¡las has decorado como un puñetero burdel! Un niño... ¿qué? ¿Rompería los adornos? En la vida hay algo más que cintas de seda, ¿sabes?

Lilian se abrazaba el vientre dolorido.

–Las cintas no me importan. Las habitaciones no me importan. ¿No lo comprendes? *Tú* no me importas.

–¿Ah, no? Pues tengo una noticia que darte. Yo tampoco estoy loco por ti. Pero estamos atados el uno al otro, ¿no?

–No, no lo estamos.

Él se llevó una mano al bigote para enjugarse la boca.

–Oh, razona un poco.

–Lo hago. Yo... hablo en serio, Lenny. Frances también sabe que hablo en serio. Nos hacemos muy infelices. Ya no lo soporto más. Quiero que vivamos separados.

Él mantenía la mano en el bigote. La miró fijamente.

–¿Qué?

–¡Quiero que nos separemos! ¿Por qué crees que he hecho todo esto?

Era la primera verdad que había dicho desde que él había llegado a casa, y su sinceridad era indiscutible. Él mantuvo la mirada clavada en la cara de Lilian, sin decir nada, y luego agachó la cabeza y retiró la mano de la boca. Al entrever su expresión oblicuamente y al ver cómo se le demudaban los rasgos, Frances pensó, horrorizada, que estaba al borde de las lágrimas. Después la horrorizó aún más comprender que se estaba riendo.

Pero la risa desapareció sin más, como una careta arrancada de golpe. Leonard se irguió. Y con una suavidad sobrecogedora dijo:

–¿Quién es él?

Lilian dejó caer los hombros.

–Ah, sabía que pensarías eso. ¡Lo sabía!

–¿Quién es?

–Para que lo sepas, ¡no se trata de hombres! ¿Es que no puedo querer alejarme de ti? ¿No puedo tener una vida propia? Voy a buscar trabajo. Voy a ir a la universidad.

El labio de Leonard expuso sus dientes apiñados.

–¿Trabajo?

–¿Y por qué no? Trabajaba cuando te conocí.

–¡Vendiendo bragas para tu padrastro! Me gustaría ver lo que duras en un empleo de verdad. ¡Y la universidad! ¿Esperas que me lo crea?

–Me da igual lo que creas.

–Ah, no me tomes el pelo. Sólo puede haber una razón para que quieras

dejarme, y es que algún otro pobre incauto te convierta en su fulana. –Se volvió hacia Frances–. Tú ya sabías todo esto, ¿eh? ¡Dios, *sabía* que tramabais algo vosotras dos! Todos esos cuchicheos y correteos cada vez que yo os daba la espalda. ¿Lo trae aquí cuando tu madre no está? ¿Les haces de vigilante? ¿Le entregas las cartitas de él? Y yo creía que tú y yo éramos amigos.

–¡No es eso! –exclamó Lilian antes de que Frances pudiera responder.

Él no le hizo caso.

–¿Dónde lo conoció? –Su mirada azul se había relajado un poco; Frances casi le veía rumiar sus pensamientos mientras intentaba comprender–. ¿Fue en aquella fiesta, este verano? ¿La fiesta de tu hermana? ¿Es algún cerdo de Walworth Road? ¿Algún irlandés chapucero y vago? ¿O... aquel mierda que usaba pinzas para la bicicleta? ¿Cómo se llama? ¿Ernie?

–¡No hay ningún hombre! –gritó Lilian.

Las palabras brotaron como una especie de grito que sobresaltó a Frances. Pero no causaron el menor efecto en Leonard. Él prosiguió con su cantinela: ¿quién era ese hombre? ¿Dónde vivía? ¿Cuándo lo había conocido? ¿Cuándo había empezado la aventura? ¿Cuánto tiempo hacía que se veían? Se estaba sobreexcitando, poco a poco, pero cada vez más, iba alejándose de la sensatez y la prudencia. La saliva le humedecía los labios y el bigote; se la enjugó con el pulgar y otro dedo y a continuación trazó un amplio círculo con el brazo que abarcaba a Lilian en el sofá, la manta, la compresa en la chimenea. ¿Qué era todo aquello?, preguntó, con una voz horriblemente triunfal. ¿Lilian deshaciéndose del hijo de otro hombre? ¡Dios, y pensar que por un minuto se había compadecido de ella!

Frances empezaba a asustarse. Miró a Lilian y vio que ella también estaba asustada. La atmósfera en la habitación, que hasta entonces sólo había sido tensa y desdichada, ahora parecía cargada de peligro real. Pensó con horror en su madre cuando volviera a casa.

–Leonard, por favor, basta –insistió, dando unos pasos infructuosos hacia él–. Esto es absurdo. ¡Por el amor de Dios, cálmate!

Pero él hizo caso omiso, y cuando por último guardó silencio, lanzó unas miradas que claramente buscaban algo. Fijó los ojos en el bolso de Lilian. Llegó hasta él a zancadas, lo recogió, abrió el cierre y volcó el bolso. «¡No, no!», gritó Lilian, e hizo un amago de abalanzarse sobre Leonard. Pero era demasiado tarde. El contenido del bolso, al caer al suelo, creó un caos de

papeles y monedas, sellos de correos, peines, barras de labios. Leonard lo revolvió todo; Frances, horrorizada, supuso que buscaba pruebas de la infidelidad de Lilian. Como no encontró ninguna, paseó de nuevo la mirada por la habitación y vio el cesto de la costura; lo cogió y lo volcó también. El resultado fue una lluvia de madejas de lana, estuches de agujas, patrones de papel, carretes de algodón, retales de telas. Un tubito que cayó sobre la alfombra se abrió y desparramó cientos de alfileres con cabeza de perla.

Como si los alfileres fueran la gota que desborda el vaso, Lilian empezó a llorar.

–¡Vete! ¡Te odio! –gritó, y le lanzó un almohadón.

El almohadón, que era amarillo, rebotó en el hombro de Leonard y fue a sumarse al caos en el suelo. Se abrió paso entre el amasijo, cogió a Lilian por la parte superior de los brazos y la zarandeó.

–¿Quién es? ¿Quién es ese hombre?

–¡No hay ningún hombre!

–Ah, no me insultes. Dime quién es. ¡Maldita sea, lo mataré!

Siguió zarandeándola mientras decía esto y ella se movía en sus manos como algo inánime, como una alfombra o un mantel del que se sacuden las migas. Frances corrió hacia ellos e intentó hacer palanca en los dedos de Leonard para que la soltara. Fracasado este intento, lo agarró por el cuello de la camisa y tiró. Él reaccionó asestándole un empujón con el hombro que la obligó a retroceder, trastabillando, y entretanto seguía zarandeando a Lilian y farfullando entre dientes.

–¿Quién es? Dime su nombre. ¿Dónde vive? ¡Dímelo!

Finalmente Frances no pudo soportarlo; algo en su interior cedió o se partió.

–¡Yo soy el hombre, Leonard! –gritó–. Soy yo. ¿Me oyes? Lilian y yo somos amantes. Desde hace meses.

Era el tipo de cosa que innumerables veces se había imaginado que le diría. Había ansiado, anhelado la ocasión de decírselo. Todas aquellas noches en que, acostada en la cama, desolada o furiosa, pensaba en él al lado de Lilian... Pero esto no se parecía en nada a sus fantasías. Su voz sonó estridente, insegura, y no hubo en el momento ninguna nota triunfal, ni el menor triunfo. Al principio, Leonard la miró con mera irritación, como dispuesto a propinarle otro empujón para poder sujetar mejor a su mujer. Luego vio la expresión de Frances, y el sentido de sus palabras debió de penetrar en sus

oídos. Mantuvo su postura pero abrió las manos; Lilian se desplomó de nuevo en el sofá. Tenía el rostro mojado y surcado de lágrimas. Había ladeado la cabeza hacia delante, pero miraba a Leonard con un semblante de patente culpa. Él le dijo:

–¿Es verdad lo que ha dicho Frances?

Tras una pequeña vacilación, ella asintió.

Él entonces miró otra vez a Frances, y en la inexpresión de su mirada ella vio la enormidad de su traición. A él se le estremeció la cara. Cerró la boca formando una firme línea recta, respiró ruidosamente varias veces por la nariz y luego les dio la espalda a las dos y se distanció del sofá dos o tres pasos.

Pero después, en un arranque, se volvió. Frances también se movió, pensando que él iba a lanzarse de nuevo contra Lilian. Pero Leonard fue derecho hacia ella. Le pasó un brazo alrededor del cuello y empezó a arrastrarla hacia la puerta.

–¡Fuera de aquí! –dijo mientras la arrastraba–. ¡Apártate de mi mujer, zorra perversa!

La conmoción hizo que Frances se tambaleara y él casi perdió el equilibrio. Cruzaron la alfombra dando traspies juntos a través del revoltijo de lanas, papeles, agujas de tejer, alfileres: ella notaba el desfile de todos estos objetos debajo de las suelas de sus zapatillas. Oía a Lilian llorar, sollozar, suplicarle que la soltara. Pero él la oprimía con una deliberación y una fuerza temibles, con el brazo todavía firmemente alrededor del cuello, y la aspereza de su manga era como una quemadura en la garganta de Frances. Se retorció para zafarse con el apoyo del hombro; deslizó la mano dentro de los pliegues abiertos del abrigo de Leonard y por un segundo estuvieron abrazados más estrechamente que unos amantes, con los brazos y las piernas ensamblados y cada rostro incrustado en el otro; ella percibió el calor y la rozadura de la mejilla ardiente y sin afeitar de Leonard. Después volvió a retorcerse y consiguió colocarse a su espalda y afianzar los pies en el suelo. Él aflojó la presión en su garganta y buscó a tientas con la mano un asidero situado más abajo, y a Frances le hizo daño cuando le apresó un pecho antes de asentarle por último la mano, de un modo más doloroso todavía, en el hueco de su axila.

La boca de Leonard estaba ahora cerca del oído de Frances y su resuello era una serie de ráfagas y gruñidos. Entre ellos se abrió paso la voz de Lilian, todavía implorando que la soltase; debieron de ser las manos de Lilian las que

desataron una escaramuza y presionaron un hombro de Frances tratando de separarlos. Luego resonaron los impactos sordos de pequeños golpes que traspasaban huecos el cuerpo de Leonard y llegaban hasta el de Frances, y ésta comprendió vagamente que eran los puños que Lilian descargaba contra la espalda de su marido.

Entonces él le asestó unas patadas en los tobillos y los dos dieron un bandazo hacia delante; y al enderezarse se oyó otro tipo de golpe, de un sonido distinto: fue un porrazo, pero extrañamente líquido, como un bate de críquet que golpea una pelota mojada. Convirtió la respiración de Leonard en un ruidoso y gemebundo aliento; aferró los hombros de Frances como si intentara ponerla de rodillas. Después ella pensó que él debía de haber perdido pie en la resbaladiza alfombra, porque aflojó la presión sobre Frances y se deslizó pesadamente hacia abajo, hasta el suelo. Y ni siquiera cuando ella se volvió y vio a Lilian, a unos pasos de distancia detrás de Leonard, con algo en las manos que parecía una estaca... —¿qué era? ¡El cenicero!—, ni siquiera entonces se le ocurrió que Lilian o el cenicero tuvieran algo que ver con la caída de Leonard. Sólo pensó en alejarse de él antes de que pudiera levantarse y agarrarla.

Pero después vio la expresión de Lilian y, siguiendo su mirada con los ojos, comprendió que, lejos de tratar de levantarse, Leonard yacía completamente inmóvil. Había caído de frente, con los brazos inertes debajo del cuerpo y la cara aplastada contra la alfombra. Su respiración era superficial y trabajosa; su aspecto y su aliento parecían el de alguien mortalmente borracho. Las solapas de su abrigo estaban alzadas en torno a las orejas y sumían en la sombra a su cabeza.

Frances jadeaba, encorvada, con las manos en las rodillas y el corazón palpitante.

—¿Qué ha pasado? ¿Lilian? ¿Qué ha pasado? ¿Lo has golpeado? ¿Qué has hecho?

Lilian la miró, parpadeando.

—Sólo quería que te soltara. Sólo quería... —Miró el cenicero como si no concibiera cómo había llegado a sus manos. Lo dejó en el suelo con un gesto de rechazo y se acercó cautelosamente a Leonard—. ¿Len? —dijo—. ¿Len? ¿Lenny? —Él no se movió. Ella se acuclilló a su lado, le puso una mano en el hombro y luego le bajó el cuello vuelto de la camisa. Y entonces gritó y retrocedió bruscamente ante lo que acababa de ver.

Del costado de la cabeza manaba sangre.

El corazón de Frances dio un vuelco y luego se movilizó de prisa. Miró alocadamente alrededor en busca de algo con que restañar la hemorragia; echó mano del almohadón amarillo y lo colocó contra la herida. Sujetándolo con tanta firmeza como pudo, giró cuidadosamente la cabeza de Leonard para verle la cara. Pero su cara..., oh, su cara era un espanto, tenía los párpados entornados pero los ojos no veían, y la boca también estaba abierta, flácida y deformada por la posición de la cabeza en el suelo. Lo peor era que le asomaba la lengua, terriblemente rosada y descontrolada, con un reguero de saliva desde la punta hasta la chillona alfombra. Respiraba más trabajosamente que antes, era una respiración húmeda, de ronquidos estertóreos. La sangre corría por su mejilla y ya le había empapado el cuello blanco.

Sin soltar el almohadón, le dio unas palmaditas. «Leonard. ¡Leonard!» Quería obtener alguna reacción de él, una reacción normal y no alarmante.

—¡Oh, despiértalo! —gimió Lilian. De nuevo había empezado a llorar, ahora de miedo.

Frances zarandeó el hombro de Leonard.

—Leonard. Len. ¿Me oyes?

Pero no pudo reanimarlo. Cuando lo zarandeó más bruscamente, lo único que consiguió fue que le saliera una saliva más espesa de la boca. La horrible respiración continuaba. Frances miró a Lilian.

—¿En qué estabas pensando?

Lilian temblaba como una hoja.

—¡No pensaba en nada! Lo único que quería era detenerlo. Te estaba estrangulando, ¿no? He intentado pegarle con las manos pero ha sido inútil.

—¿Pero por qué has cogido el cenicero?

—¡No lo sé! No había otra cosa.

—¡Pero golpearle en la cabeza, Lilian!

—No era mi intención. Lo juro. No he hecho más que balancearlo. No tenía intención... —Se miró las manos temblorosas y luego se remangó, para mostrarle a Frances—. ¡Mira! —Sobre la manga había un largo reguero de ceniza—. ¿Ves? Sabía que no tenía que pegarle con la punta que estaba llena de ceniza, para no mancharle el cuello. Esto demuestra que no quería hacerle daño, ¿no? ¿No lo demuestra? —Volvió la mirada hacia Leonard—. ¡Oh, Dios, qué cantidad de sangre! ¿Cómo puede haber tanta? ¿Y por qué no despierta?

–Está inconsciente –dijo Frances. Aún seguía apretando el almohadón para taponar la herida. Tenía miedo de retirarlo. Tenía miedo de moverse.

–Qué cantidad de sangre –repitió Lilian–. Está por toda la ropa. Lo emparará todo. Ay, ¿por qué respira así? ¿Por qué no...?

Se detuvo. Se había producido un cambio. Algo nuevo le había sucedido a Leonard. Había exhalado una de aquellas bocanadas atroces pero esta vez el aire, al salir de su boca, sonaba distinto, era más ruidoso, más húmedo. «¿Len?», dijo, inclinándose sobre él. Frances le escrutó de nuevo la cara. El aliento persistía, formando burbujas alrededor de la punta de su lengua. Vieron que se le hundían la espalda y los hombros y observaron para ver si se le levantaban. Pero no lo hicieron. Las burbujas cesaron y dejaron paso a un terrible silencio.

–¿Len? –repitió Lilian, con menos seguridad que antes.

Frances la apartó. Sin desalojar el almohadón de donde estaba, bajó el cuello arrugado del abrigo y le palpó el cuello para buscarle el pulso. Leonard tenía la piel caliente y sudorosa y en apariencia llena de vida, pero Frances no sintió el latido de la sangre. Apoyó la oreja contra la espalda cubierta por el abrigo y fue comprobando de un punto a otro; también allí el cuerpo desprendía calor, pero no oyó más latidos que el de su propio corazón aterrado. Su mirada topó con la polvera de Lilian entre el revoltijo de cosas esparcidas por el suelo. Corrió a cogerla, abrió el broche y puso el espejo delante de la boca distorsionada de Leonard. Lo mantuvo durante diez, quince, veinte segundos; el azogue no se empañó.

No podía creerlo. Presionando todavía el almohadón contra la cabeza, hizo un esfuerzo para levantar el cuerpo y ponerlo de espaldas. Un único, entrecortado gemido brotó de Leonard, lo cual indujo a Lilian a precipitarse hacia él y llamarle una vez más. Pero el gemido fue extrañamente inanimado, como la ráfaga de aire que podría salir del cuello de una bolsa arrojada al suelo, y sus miembros yacían donde habían caído, como si no estuvieran en absoluto conectados con el resto del cuerpo. Frances le agarró de los brazos y los levantó y los dejó caer. Intentó oprimirle el pecho, el estómago..., cualquier punto para que le entrase aire en los pulmones. Pero incluso en el breve espacio de tiempo que había dedicado a intentar reanimarle tuvo la impresión de que la superficie de sus ojos entreabiertos, de sus labios y de su lengua rosa había perdido parte de su humedad. Se había convertido no en un

hombre, sino en algo que se asemejaba a un hombre, algo voluminoso y vacío y disparatado.

Se sentó sobre sus talones. Parecía que la voz de Leonard resonase todavía en la habitación. Aún notaba en la axila la presión de su mano, el peso de su cuerpo contra el suyo. Pero dijo, en un susurro:

–Lily, creo que está muerto. Creo que lo has matado.

Lilian la miró fijamente, como si no comprendiera. Después se le contrajo el rostro.

–¡No! ¡No puede estar muerto! ¡Es imposible! ¡Nos está engañando, para burlarse de nosotras! –Volvió junto a él, le asió–. ¡Lenny! ¡Despierta! ¡Vamos! ¡No tiene gracia! ¡Basta ya, Lenny! Me estás asustando. Estás asustando a Frances. No decíamos en serio lo de antes. No era verdad. No hablábamos en serio. ¡Oh, por favor, despierta!

Pero mientras suplicaba, la urgencia empezó a desaparecer de su voz. Debía de haberle sorprendido, al igual que a Frances, la transformación, la faz demudada de Leonard. «Por favor, oh, por favor», repetía, pero la súplica se volvía mecánica, carecía de sentido. Al final Lilian enmudeció, retiró la mano del cuerpo y lo miró con horror.

Después miró a Frances.

–¿Qué vamos a hacer?

Frances todavía estaba recuperando el resuello. Tenía sangre en los dedos, sangre pegajosa.

–No lo sé.

–Pero él no... Yo no... ¡Oh, qué dirán sus padres! –Pensarlo la propulsó de nuevo hacia el cuerpo, aterrorizada–. Oh, ¿qué he hecho? Es increíble. No puede estar muerto. ¡No puede! ¡No te mueres por una cosa así! ¡Lenny, despierta! ¡Oh, mira cuánta sangre hay en su ropa! No puede ser verdad. No puede estar muerto. ¡Sobrevivió a la guerra, Frances! Ay, ¿por qué ha tenido que venir a casa? ¿Y por qué has tenido que hablarle de lo nuestro? ¡Oh, Dios, es como un sueño espantoso!

Su voz oscilaba desde la incredulidad hasta algo parecido a la histeria. Frances se le aproximó y la estrechó en sus brazos. Se abrazaron como pudieron, una de ellas en cuclillas, la otra arrodillada, a un metro de distancia, más o menos, de los pies sobresalientes y separados de Leonard. Lilian acurrucó la cara en el hombro de Frances y gemía sin cesar. Pero el abrazo era tan descabellado, en cierto modo, como el cuerpo sin vida de Leonard.

Tenían los dedos entrelazados, pero el miedo, oscuro, eléctrico se interponía entre ellas. El corazón les aporreaba en el pecho, pero los dos latían por separado, cada uno con su propio ritmo horrorizado.

Frances no pudo soportarlo. Se liberó, se separó. Lilian tenía razón: no podía ser cierto. Volvió donde yacía el cuerpo y de nuevo trató de reanimarlo. Tenía que haber un modo. ¡Tenía que haber alguno! Leonard había perdido muchísima sangre, el almohadón amarillo estaba empapado; había salpicaduras sobre todas las cosas amontonadas encima de la alfombra. Pero aun así uno no podía morir, no de aquel modo, no de aquella forma. Y vio que la herida había dejado de sangrar. Sólo podía ser una buena señal, ¿no? Una fuerte descarga podría devolverle a la vida. Un golpe, una sacudida. Vio un vaso lleno de agua en la repisa de la chimenea y probó a tirarle un chorro a la cara. Sólo sirvió para que se mezclase con la sangre. Le derramó el resto dentro de la boca, para lo cual le desplazó la lengua hacia un lado. Pero el agua se asentó en la cavidad como el agua en un jarrón: era horrible, horrible.

Posó el vaso con una mano temblorosa y miró el reloj: las nueve y diez. Trató de concentrarse. Cerró los ojos durante lo que pareció ser un momento y luego miró al reloj y descubrió que habían transcurrido dos minutos enteros.

—Tenemos que hacer algo —dijo—. Tendré que ir a buscar a un médico.

Lilian tembló.

—¿Un médico?

—Creo que ya es demasiado tarde para llamarle, pero... ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Pero ¿qué le vamos a decir?

—No lo sé. La verdad, supongo.

—¿Que yo le he golpeado?

—¿Qué otra cosa podemos decirle?

—¡Pero eso es imposible! Llamaré a la policía, ¿no?

—Creo... creo que tendrá que hacerlo.

—No, Frances. No. ¡Oh, no puede ser cierto! ¡No *puede* estar muerto! Tiene que haber algo que podamos hacer. —Y de nuevo se acercó al cuerpo; esta vez le cogió de la mano—. ¡Len! ¡Lenny! —La estrujó, le dio palmadas—. ¡Basta, Lenny! ¡Por favor! Ayúdame, Frances. Tiene que haber un modo.

Ahora había aferrado la otra mano de Leonard. Le daba palmadas en los

muslos, las rodillas. El reloj avanzaba, sin apresurarse pero inexorable. Frances intentó disuadir a Lilian.

–No sirve de nada. No hay nada que hacer.

Lilian seguía dándole palmadas. Tenía los ojos y las mejillas bañados en lágrimas.

–No es cierto.

–Sí lo es. Sabes que sí, Lilian. Basta. Tenemos que hacer algo real. Cuanto más tiempo tardemos, más extraño parecerá. Más extraño, me refiero, le parecerá a la policía...

Al oír esto, Lilian se quedó inmóvil. Levantó la mirada hacia Frances y habló muy bajo, como la voz de una niña.

–No dirás que le he golpeado, ¿verdad?

Frances tragó saliva.

–Les daré mi palabra, y tú la tuya, de que no ha sido a propósito.

–Dirán que es un asesinato. ¡Me ahorcarán, Frances!

–No lo harán. No podrán. ¡No lo harán!

Pero la voz de Frances había empezado a temblar. El corazón parecía retorcerse en el pecho. Eran casi las nueve y veinte. ¡Habían pasado otros diez minutos! Inhaló un par de bocanadas nerviosas.

–Sólo tenemos que decir claramente lo que ha ocurrido. Si hablamos claro todo irá bien. Leonard me estaba agrediendo, en definitiva. Debo de tener contusiones, ¿no? –Se bajó el cuello–. ¿Tengo marcas, aquí?

Lilian le miró la garganta sin verla.

–Pero querrán saber por qué nos peleábamos. Descubrirán lo nuestro. Descubrirán lo del bebé. No puedo soportar esto, Frances. ¡No puedo! Tiene que haber algo que podamos hacer. Oh, estoy muy enferma, ¡creo que voy a morirme!... ¡No, Frances, espera! –Frances se había movido para alejarse. Lilian la retuvo; la agarró de la mano, del puño. Aún seguía de rodillas–. Tiene que haber algo, algún otro modo. Hemos hecho tantas cosas para estar juntas. Nos separarán, sé que van a hacerlo. ¡No es justo! ¡Hemos hecho tanto!

Todo su miedo estaba condensado en la presión de su mano. Su cara tenía un color blanco verdoso.

–Por favor, Frances. Por favor. ¿No podemos decir algo, cualquier cosa? ¿No podemos decir que... se ha caído? –Se aferró a la idea, apretando más fuerte la mano de Frances–. ¿No podemos decir que se ha caído y se ha dado

un golpe en la cabeza? Si lo colocásemos de costado y le pusiéramos algo debajo...

–¿Pero qué? –Frances miró alrededor, frustrada–. No hay guardafuegos. No hay nada duro en esta habitación. ¡Sólo hay mil almohadones de fantasía! ¡Mira la herida, toda esa sangre! El médico sabría que estábamos mintiendo. Haría falta un travesaño o una piedra para producir una herida así.

–Pues entonces supongamos que se haya caído fuera. Podríamos decir que ha venido y que hemos intentado ayudarlo. ¿Te acuerdas de aquella vez en que le atacaron? Aquella vez llegó solo a casa, ¿no? Estaba sangrando. Podríamos decir eso; que al llegar nos ha dicho que se había caído y que justo entonces... se ha muerto...

–Oh, Lilian, sé racional. No podría haber llegado a ningún sitio con una herida así. No se lo creerían nunca.

Lilian se retorció los dedos.

–¿Y si no hubiera llegado a casa? ¿No podríamos sacarlo y dejarlo en algún sitio?

–¿Sacarlo a la calle? ¿Con la gente que pasa? ¿Cómo íbamos a hacerlo?

–Pero él no ha venido por la calle. Ha entrado por el jardín, ¿No podríamos sacarlo al jardín?

–No hablas en serio...

–No lo sé. Sí, lo digo en serio. ¡Es que estoy tan asustada! Si al menos pudiéramos sacarlo fuera. Entonces tendrían que decir que ha sido un accidente, aunque no estuvieran seguros. ¿No podemos llevarlo directamente fuera del jardín? ¿Al camino de atrás? Alguien lo encontrará. No será como esconderlo. No será lo mismo. Por favor, Frances. Por favor.

¡Dios, qué pesadilla! ¡Peor que una pesadilla! Frances liberó los dedos y se tapó la cara con las manos. Lo que veía eran dos caminos, los dos oscuros, los dos terribles. Para tomar uno de ellos tendría que correr inmediatamente en busca de un médico. El doctor miraría el cadáver de Leonard, con la cabeza rota, y después miraría a Lilian: tal como estaba, desvalida y enferma. Habría preguntas, lágrimas, mentiras. La madre llegaría a una casa alborotada, encontraría a un policía en la puerta...

Fue esta idea, extrañamente, más que cualquier otra relacionada con Lilian, la que la indujo a inclinarse por el otro camino. Bajó la mirada hacia el cuerpo de Leonard. Se inclinó para examinar la herida escalofriante. ¿Podría

pasar por un accidente si lo trasladaban a un lugar determinado y le ponían algo debajo de la cabeza? ¿Podrían hacer eso? ¿Podrían?

Dijo, lentamente:

–Tendríamos que transportarle entre las dos. Yo no podría sola. Tendrías que ayudarme. ¡Oh, esto es una locura! Incluso suponiendo... No tienes fuerzas.

Lilian se estaba enjugando los ojos con los pulpejos de las manos.

–Puedo hacerlo.

–¡Estás demasiado enferma! Dios, no sé. ¡No puedo pensar con claridad! Y se nos acaba el tiempo.

La aguja del minuterero había dado otro salto hacia delante.

–¿No podemos intentarlo, por lo menos? –le rogó Lilian.

Frances la miró.

–¿De verdad hablas en serio?

Pero Lilian ya se estaba levantando.

–¿Qué necesitamos? ¿Nuestros zapatos? ¿Qué más? ¡Dime, Frances!

Ella no sabía qué hacer. Acercó el oído otra vez al pecho de Leonard, por si acaso, en virtud de algún milagro, había algún indicio, algún latido o palpitación que se le hubiera escapado antes... Nada. El rostro de Leonard, con las ranuras sin brillo de los ojos y la lengua rosa y sobresaliente, parecía más inhumano que nunca.

Trató de repensarlo todo.

–Tendremos que dejar el almohadón como está. Si no la sangre se esparcirá por todas partes. Tendremos que atárselo. ¿Funcionará? ¡Oh, Cristo, no lo sé! ¿Qué podemos usar? ¿Un pañuelo suyo? Y necesitaremos algo para cubrirme la ropa, un delantal o una toalla o...

Con las manos en el vientre, Lilian salió disparada.

Pareció que volvía casi al instante, con los brazos llenos de cosas. Las dejó caer al suelo a los pies de Frances: un delantal de algodón a cuadros de la cocina, un pañuelo azul de punto del ropero, un par de zapatos oscuros de ella, otro par de Frances que había ido a buscar al dormitorio de ésta. Frances miró con absoluta incredulidad todo aquel batiburrillo. Lilian recogió el delantal y se lo tendió.

–Por favor, Frances. Vamos a intentarlo.

Y, con una sensación de irrealidad, ella se lo ató, se remangó, se calzó los zapatos; luego, temblorosa, se acuclilló y asió la cabeza de Leonard. Se

balanceó en sus manos, tan pesada e incontrolable como una col en una bolsa de malla, y cuando la ladeó para atar el almohadón, se derramó el agua que ella le había vertido en la boca.

Al mismo tiempo, en cuanto el pañuelo ocultó parcialmente la cara de Leonard, fue más difícil creer que estaba realmente muerto. Se colocó detrás de sus hombros y trató de despegarle del suelo, nerviosamente convencida de que él se disponía a revolverse, a protestar. Pero una vez que le encajó las manos debajo de las axilas y le arrastró un trecho hacia la puerta, tuvo que dejarlo caer: estaba tan rígido como un rollo de alfombra empapado. Pensó: *Ya está. No podemos hacerlo.* Estas palabras representaron una ráfaga de alivio. Entonces vio el temor y la impotencia en la cara verdosa de Lilian... Asíó de nuevo el cadáver y esta vez, enganchando los brazos desde más abajo, de tal modo que la cabeza acolchada descansó voluminosa en la barbilla y el hombro de Frances, pudo levantarlo y empezó a arrastrarlo. Cuando los pies de Leonard tiraron de la alfombra, Lilian lo cogió por los tobillos. En cuanto dio dos pasos se le resbalaron de las manos y optó por agarrarlo por los dobladillos del pantalón.

Cuando por fin habían recorrido dando tumbos los pocos metros de distancia hasta el rellano y la cima de la escalera, Frances estaba exhausta. Y el abrigo de Leonard era un estorbo; depositó el cuerpo y le abrochó los botones. Entonces le llamó la atención algo oscuro colgado del poste de arranque de la escalera. ¡Su sombrero! ¡Se habían olvidado totalmente de él! Dios, ¿qué más cosas podían haber olvidado? Extendió la mano y lo descolgó: su bombín de la City, manchado por dentro, acre y fragante por el roce con su pelo. Pero ¿cómo llevárselo mientras lo transportaban? La única manera era ponérselo ella. Empezó a alzarlo hacia su cabeza, pero entonces vio a Lilian y no pudo hacerlo. ¡No podía! Aquello era demasiado. ¡Era una locura!

Pero habían desplazado hasta allí a Leonard. Y debían de ser casi las diez menos cuarto. Si lo llevaban hasta donde estaba antes y lo desataban y ella corría a buscar un médico, ¿cómo explicarían la tardanza? ¿Cómo explicarían el hecho de que lo hubieran movido? No deberían haberse puesto en marcha. ¡Habían cometido un error! *Vamos a intentarlo*, había dicho Lilian. Pero Frances comprendió ahora que no era algo que podía intentarse para después volverse atrás. De nuevo le invadió el pánico, aquel miedo negro, eléctrico... Y de repente el único modo posible de vencerlo era seguir adelante. Se calzó

el sombrero en la cabeza y, haciendo un gesto a Lilian para que guardara silencio, se inclinó sobre la barandilla, escuchando. ¿Y si su madre había vuelto a casa, sin que se dieran cuenta, en algún momento de la media hora anterior? ¿Y los vecinos o los transeúntes no podrían haber oído los murmullos de la discusión? Pero las ventanas estaban cerradas y la calle, en la medida en que ella podía juzgarlo, estaba silenciosa. No oyó nada más que la cadencia de la luz de gas, el tictac de los relojes.

Hizo un gesto de asentimiento a Lilian, asió de nuevo a Leonard e inició el descenso de la escalera.

Era algo aterradoramente distinto de atravesar la planta baja. Tenía que tantear a ciegas en cada peldaño, cargando cada vez más peso del cuerpo que se inclinaba según ella descendía. Más arriba, Lilian pugnaba por encontrar puntos de apoyo para sus pies y mantuvo sujetos los dobladillos del pantalón de Leonard todo el tiempo que pudo, pero enseguida uno y después el otro se le escaparon de los dedos; la fuerza de los miembros del cadáver, que se desplomaban, impulsó hacia atrás a Frances y gritó, imaginando que iba a caer rodando con el pesado cuerpo que se le venía encima. Sudando, forcejeando, recuperó por fin el equilibrio y se las arregló sin la ayuda de Lilian durante lo que quedaba del descenso, simplemente tirando de Leonard como si fuera un saco de patatas, por lo que sus pies chocaban y rebotaban en los peldaños y contra las barandillas.

Al pie de la escalera lo dejó caer completamente hasta el suelo y, doblada en dos, jadeó sin resuello. Pero allí se sintió más inquieta y expuesta, más impresionada por la horripilante realidad de todo aquello. ¡Si su madre entrase ahora...! El mero pensamiento la empujó a volver donde yacía Leonard. Sin embargo, se sentía como si le hubiesen arrancado a medias los brazos desde los hombros, y sus manos, por el momento, habían perdido la facultad de cerrarse. Tiró en vano del cadáver mientras le asaltaba otra oleada de pánico. ¡Aunque quisieran, ahora no podrían transportarlo arriba por la escalera!

Introdujo las muñecas por debajo de las axilas de Leonard y llamó a Lilian: «¡Ayúdame!»

Pero ella, después de seguirla hasta el piso de abajo, se había derrumbado sobre el primer peldaño de la escalera. Estaba tiritando.

–Necesito descansar, sólo un minuto.

–No hay tiempo. ¡Vamos!

–No puedo, Frances.

La voz de Frances estalló libremente por su cuenta.

–¡Tú nos has obligado a hacer esto! ¡Tienes que poder! ¡Tienes que poder!

Y cuando se apagó su grito se oyeron pasos en la calle, seguidos por la voz de un hombre y risas: los sonidos parecían desfilarse espeluznantemente cerca al otro lado de la puerta principal cerrada, y de inmediato las rescató de su parálisis. Frances asió el cuerpo como se requería y nuevamente se limitó a arrastrarlo. «Ve delante», le jadeó a Lilian, y ésta, con un sollozo, se adelantó para abrir la puerta trasera. Los talones de los zapatos de Leonard iban dejando largas líneas de rozadura en el suelo del pasillo; ahora un pie se le enganchó en la pata de una mesa y la desplazó de su sitio unos centímetros. Pero Frances continuó sin detenerse, entró en la cocina dando bandazos, caminando hacia atrás, y la cruzó hasta la puerta abierta, y después estuvo a punto de caer por los dos escalones gastados que conducían al patio. Y a continuación se halló en la noche húmeda y olorosa a carbón. Lilian, que la seguía, quedó perfilada durante un momento en el rectángulo luminoso de la entrada, pero cuando se cerró la puerta el patio se llenó de sombra, porque sólo lo iluminaba el resplandor de la ventana con cortina de la cocina.

De puro alivio por estar fuera de la casa, Frances soltó el cuerpo de Leonard, que se desmoronó hacia delante como un monigote de Guy Fawkes sobre sus piernas separadas. Frances fue a la pared del excusado para recostarse contra los ladrillos. Los brazos le temblaban, la fuerza la había abandonado. Lo único que consiguió hacer fue llevarse una mano a su cara sudorosa. Se levantó el sombrero de la frente y lo sintió pesado como el plomo.

Pero ni siquiera ahora debían descansar. Tenían que seguir moviéndose. El patio no estaba tan oscuro, al fin y al cabo. Frances veía con mucha nitidez los rasgos de Lilian, pálidos como la ceniza y bañados en lágrimas. Vislumbraba las manos inertes de Leonard, la blancura de sus puños y su cuello, el almohadón amarillo tan grotescamente atado a su cabeza. Pero también era consciente de que lo que tenían que hacer a continuación – transportarlo hasta la vereda a través del jardín– era la parte más peligrosa de todo. Tuvo que concentrar sus pensamientos y armarse de valor. Llamó a Lilian, buscó el contacto de su mano y le habló en un susurro apremiante.

–Ya casi estamos. Falta muy poco: unos cincuenta pasos. Sé que puedes hacerlo. Pero escucha. Esto es importante. En cuanto empecemos a cruzar el

jardín no debemos soltar a Leonard. Ni tampoco dejar que sus pies se arrastren. No tiene que haber en su ropa o sus zapatos ninguna marca que indique que lo hemos trasladado. ¿Entendido? ¿Lilian? Tienes que sujetarle fuerte los tobillos. Y además tenemos que andar deprisa pero en silencio. Procurando no hacer ningún ruido. Ahora espera aquí. Voy a adelantarme un poco para asegurarme de que no hay nadie por los alrededores. Sostenlo así, con los hombros en alto...

—¡No me dejes con él!

—¡Es sólo un momento! Mantenlo así, sin que toque la tierra mojada.

Los dedos de Lilian aferraron los de Frances, que se zafó de ellos y se dirigió a zancadas hasta donde comenzaba el césped. Recorrió el sendero y después hizo un alto, volviendo la cabeza. La oscuridad allí era más densa que en el patio, y la niebla y el humo de chimenea daban al aire una sensación algodonosa. Aun así, la sensación de amplitud y riesgo era aterradora. No oyó voces ni movimientos en ninguno de los jardines cercanos, pero al otro lado del muro, a través de las hojas de los árboles, vio luz en la casa de los Golding, luz en la casa de los Desborough: lo cual significaba que cualquiera de los vecinos, si por casualidad estaban oteando, también podían verla. Pero ¿podían? ¿Hasta qué punto la ocultaba la oscuridad? No lo sabía con seguridad. Debería haberlo comprobado. Tenía que haberle pedido a Lilian que se apostara allí mientras ella se quedaba en el interior, atisbando desde la ventana de su dormitorio. Ya no había tiempo para ello. A Lilian le flaqueaban las fuerzas. A ella también. Y en cualquier caso, pensó de nuevo, ¿qué más podían hacer? Tras haber transportado a Leonard hasta allí, tenían que deshacerse de él a toda costa.

Durante el regreso al patio, al mirar de nuevo la luz rosada que iluminaba su casa y las de los vecinos, tuvo la sensación asfixiante de que ella se estaba situando al margen de aquellas habitaciones cálidas y ordinarias, alejándose para siempre de todo lo que era decente y sosegado.

Lilian extendió las manos hacia ella en el momento en que Frances abandonó la zona de césped. Leonard yacía desplomado donde lo habían dejado, y parecía más que nunca una especie de muñeco horrible. Frances reunió valor para sujetarlo otra vez.

—¿Estás preparada? —susurró—. Y recuerda lo que te he dicho de que no lo sueltes. Y además no tenemos que salirnos de la vereda. La hierba está

mojada. No podemos dejar huellas encima. Ahora rápido, pero en silencio. Cincuenta pasos, es todo. Cincuenta pasos y habremos terminado.

Con un desgarrón muscular alzó a Leonard, luchó por encontrar una manera mejor de asirlo, lo logró y luego, al sentir que Lilian le levantaba los tobillos, empezó a caminar hacia atrás e iniciaron la marcha. Las suelas de sus zapatos les pesaban sobre el sendero y la respiración de las dos se volvió dificultosa y sonora, pero avanzaban con más rapidez de lo que Frances había esperado, impelidas en parte por el peso de su cargamento, pero más por el acicate del miedo. Sólo en una ocasión pareció que Lilian estaba a punto de soltar los tobillos: Frances sintió el tirón y la sacudida de sus manos tanteando y oyó el temblor sollozante de su aliento. Pero ni siquiera entonces redujo el paso; se forzaron a seguir adelante y enseguida llegaron a la tapia en el extremo del jardín. Allí tuvieron que depositar a Leonard. Frances permaneció a la escucha en la puerta que daba al camino. Cuando estuvo segura de que al otro lado todo estaba en silencio, levantó con cuidado la barra del pestillo y, centímetro a centímetro, abrió la puerta. La oscuridad que encontró era tan completa que su mirada pareció deslizarse sobre su superficie. La asaltó la tentación, vergonzosamente fuerte, de arrojar el cadáver a las tinieblas, cerrar la puerta y salir huyendo. ¡Pero no debían hacer eso! Todavía quedaba mucho por hacer, todavía tenían que andar con pies de plomo.

Aguardó, escuchando de nuevo, y luego recorrió a tientas la vereda hasta donde estaba Lilian y cargaron por última vez el cadáver de Leonard. Había pensado en llevarlo lo más lejos posible a lo largo de la vereda, pero les fallaron las fuerzas casi de inmediato: el cuerpo resbaló de sus dedos como si estuviera cansado del trayecto, y Frances supo que simplemente tenían que dejarlo tendido en el lugar donde había caído. En la absoluta oscuridad Leonard se había vuelto invisible. Se acuclilló a su lado y le pasó las manos por encima para enderezarle el abrigo y arreglarle el dobladillo del pantalón, pensando en los muchos tirones y torceduras que la ropa debía de haber sufrido durante el recorrido por la casa. ¡Ojalá pudiera ver lo que estaba haciendo! ¡Si hubiera luz, y tiempo! Pero ya había perdido la noción del tiempo que le habían dedicado y ahora, alarmada por los rumores de una calle cercana, el chirrido de la puerta de un coche al abrirse, el arranque de un motor, desistió de examinar la ropa y buscó con los dedos la cabeza de Leonard. Meticulosamente desató el pañuelo; fue fácil deshacer el nudo. Pero

el almohadón ofreció más resistencia: se le había pegado al cuero cabelludo y había que despegarlo con paciencia. Dios sabía qué clase de desastre estaba causando en la herida. Dios sabía las huellas de hebras o de tinte que podía haber dejado el almohadón. Tenía que haberlo pensado. ¿Por qué no lo había hecho?

Ahora era demasiado tarde. Rápidamente, palpó a oscuras el pavimento de la vereda y en una zona de hierba y de zarzas encontró una piedra con el filo liso y redondo, un filo, hasta donde pudo determinar, semejante a la base del cenicero de pie. Volvió junto a Leonard, le levantó la cabeza y le colocó la piedra debajo. La cabeza y la piedra se bambolearon en el acto. Como engaño parecía inservible, cómico. Pero era el único que tenía a mano. Y ya sólo quedaba abandonarlo allí.

Pero ahora que había llegado ese momento era incapaz de alejarse. Era algo tan terrible, dejarlo con la cabeza partida y una piedra como única almohada. ¡Abandonarlo allí, en la oscuridad asfixiante! Parecía peor que matarlo. Extendió las manos y topó con la cara. Pasó los dedos por la mejilla sin afeitar, la barbilla, la boca. Por debajo de los pelos del bigote, sus labios eran tan suaves como los de una mujer.

El tacto de una mano en el brazo le arrancó un grito: era Lilian, que había ido a su encuentro. Se estrecharon durante un segundo y luego volvieron deprisa a la puerta de la tapia, a la que llegaron dando traspiés, atropellándose la una a la otra con las prisas. Frances cerró y pasó el pestillo de la puerta y las dos atravesaron el jardín; sólo cuando estaban a mitad de camino Frances se acordó del maldito bombín, todavía encajado sudorosamente en su cabeza. Dejando que Lilian volviese renqueando a la casa con el pañuelo y el almohadón, volvió al camino y abrió otra vez la puerta.

Pero allí, al final, el valor la abandonó. No logró decidirse a recorrer a oscuras la distancia hasta el cadáver de Leonard. En vez de ello se arrancó el sombrero de la cabeza y lo lanzó al vacío. Un instante después oyó el sordo impacto del sombrero, que aterrizó en la superficie de la vereda de toba y se alejó rebotando airosamente.

De nuevo en la casa, le aguardaba el ajetreo de una serie de tareas. Se ocupó al momento de la primera, restregar la sangre y la tierra de sus manos en el fregadero de la recocina, y después mojó un trapo y fregó apresurada el suelo de la cocina y el vestíbulo, limpiando las huellas de barro y de hierbas

que habían dejado los zapatos de Lilian, y borró las marcas de los talones de Leonard.

Lilian, por su parte, estaba en la salita, derrumbada en el sofá. Levantó la cabeza cuando vio a Frances y dijo débilmente:

–He empezado a ordenar, pero no me veo con fuerzas. Lo siento...

–Está bien. –Frances la tapó con la manta–. Está bien. Lo haré yo.

La habitación estaba tal como la habían dejado, con el suelo truculento y caótico. Frances lo inspeccionó todo con la mirada y por un momento la mente se le quedó en blanco. ¿Qué tenía que hacer a continuación? Estaba pavorosamente en blanco. Luego, de golpe, su cerebro recobró la actividad. Tenía que deshacerse de cualquier cosa manchada de sangre, por supuesto. ¡Gracias a Dios que el fuego ardía todavía en la chimenea! Añadió otra paletada de carbón y luego corrió al dormitorio a buscar la jofaina que contenía la ropa desechada de Lilian, y empezó a tirar cosas dentro, el almohadón y el pañuelo, pero también las madejas de lana y los patrones de papel que habían estado en el suelo alrededor de la cabeza de Leonard. Los patrones eran los que se hallaban en peor estado. Sólo una serie de manchas carmesíes, del tamaño de una moneda, parecían haber ensuciado la alfombra.

Primero quemó el pañuelo. Se contorsionó como una serpiente en el momento en que lo alcanzó el fuego, luego se transformó en una llama amarilla y se fue deshilachando gradualmente hasta desvanecerse. Y ver cómo desaparecía de este modo en el corazón de la lumbre imprimió en el pánico de Frances el primer toque de calma: empezó a pensar de un modo más coherente, a actuar con mayor resolución. Acto seguido cogió el almohadón. Era repulsivo al tacto, estaba impregnado de sangre y comprendió que era demasiado grande para quemarlo entero. Tuvo que coger un par de tijeras, rasgar la funda y extraerle pedazo a pedazo el relleno de lana mojada. Sólo el hecho de que aquel día ya había tenido que vérselas con semejante cantidad de sangre la facultó para hacerlo; aun así, el chisporroteo húmedo, repugnante, con que los trozos iban a parar al fuego le produjo arcadas. Pero al menos agradeció que no fuese un cojín de plumas: habría sido imposible ocultar el hedor de las plumas al quemarse.

Para entonces tenía otra vez las manos marrones de sangre, los dedos se le pegaban y el delantal de cuadros parecía salido del tajo de un carnicero. Espantando este horror del pensamiento, volcó sobre los carbones lo que quedaba en la palangana; añadió la compresa sucia y después miró al reloj.

Eran las diez pasadas, ¡las diez pasadas y todavía faltaban tantas cosas por hacer! Pero el fuego le había infundido confianza. Llevó la jofaina y las tijeras a la cocina de Lilian y las lavó cuidadosamente; cogió el orinal de Lilian, lo vació y lo limpió; y después preparó una mezcla de agua y sal, la llevó a la salita y se puso a trabajar en las manchas de la alfombra. La alfombra nunca volvería a estar totalmente limpia; no había tiempo para eso. Tendría que usar almidón o peróxido: no había más remedio. Al cabo de cinco minutos seguidos de absorber y frotar, las manchas se habían extendido pero eran más tenues, se habían convertido en fantasmas de sí mismas que rondaban al vulgar diseño; tuvo que conformarse con eso. Los trapos de limpieza fueron a parar al fuego, a humear y crepitar con el resto. El cenicero, el horrendo cenicero, volvió a revolverle el estómago: pegado a la base, había una brizna de algo pálido, con pelos adheridos. Lo sepultó entre las ascuas y lo removió para que se chamuscara y se desprendiese el pegote; después, con un escalofrío, lo limpió y lo colocó detrás del sofá. ¿Qué más? Tenía que faltar algo. *Piensa, Frances. Concéntrate.* Se acordó del paquete que había contenido las píldoras: corrió a buscarlo y lo tiró a las llamas. Se examinó la ropa, examinó la de Lilian y encontró manchas de sangre en las mangas y las faldas: mezcló más agua con sal e hizo lo que pudo con una esponja para absorber las manchas. Incluso pensó en la masa repostera sin cocer, depositada en el cuenco sobre la mesa de la cocina. Salió disparada, lo tapó con un plato y lo escondió en la alacena.

Cuando volvió a la salita, y estaba de nuevo a cuatro patas para recoger un centenar de alfileres con cabeza de perla, se sintió como un personaje de un cuento de hadas que se hubiese impuesto una tarea imposible y que, sin embargo, por algún milagro, se las hubiera ingeniado para cumplirla. Lilian estaba tumbada en el sofá, paralizada, mirando con ojos aturcidos y húmedos.

–Lo siento, lo siento –repetía–. Lo siento tanto, Frances.

Pero después hizo un esfuerzo para incorporarse y dijo, con un susurro aterrorizado:

–¿Qué es eso?

Frances se quedó inmóvil. Eran pasos, en el pórtico. Estaban introduciendo una llave en la cerradura de la puerta principal. Se llevó un dedo a los labios.

–Debe de ser mi madre.

–Pero hay alguien más, ¿no? ¿Un hombre?

Aguzó el oído. Sí, era una voz inconfundible de hombre que respondía a

alguna pregunta de la madre. ¿Sería la policía, ya? Se levantó y fue de puntillas hasta la puerta.

–No es nada –dijo al cabo de un momento–. Es el señor Lamb.

–¿Lamb?

–El vecino de más abajo, en la cuesta. Ha acompañado a mi madre a casa. Habrá estado también en la partida de esta noche. ¿Qué hago? ¿Debo bajar?

–¡Sí, baja! ¡Baja enseguida, por si te están buscando!

El pánico en la voz de Lilian impulsó a Frances a arrancarse el delantal y a salir corriendo al rellano; pero se detuvo al ver su cara en el espejo oval del perchero. Tenía una costra de sangre en la frente, que debía de haberse tocado con los dedos ensangrentados para retirarse un mechón de pelo. Se la borró frotando, horrorizada. ¿Había algo más? ¿Algo en su expresión? ¿Alguna marca, algún cambio? Se sostuvo la mirada, deseando que sus facciones se suavizaran, se serenasen, porque si no lo conseguía, pensó, estaban perdidas. Si no lo conseguía, ¿de qué habrían servido el horror y la febril actividad de los noventa minutos anteriores?

Oyó la voz de su madre.

–Debe de ser Frances. Déjeme ver...

¡No debía subir! Frances se adelantó y se encontraron en el giro de la escalera.

–Estás aquí. –Su madre sonreía, pero no parecía muy contenta. Frances la siguió al vestíbulo–. Mira, ha venido el señor Lamb. Ha tenido la amabilidad de acompañarme a casa y he pensado que podríamos ofrecerle un vaso del whisky de tu padre. ¡Pero la chimenea del salón está apagada!

Frances dijo, con una suavidad que a ella misma le pareció impostada:

–Estaba en mi cuarto, leyendo. ¿Cómo está, señor Lamb? ¿Ha tenido suerte con las cartas esta noche?

El señor Lamb sonrió.

–Me temo que las señoras nos han vapuleado a los caballeros. Siempre lo hacen. Tu madre es demasiado lista; lo cual no me gusta ni pizca. Pero ¿cómo estás tú? Ha tenido que ser un buen libro, ¿no?

–¿Libro? Ah. –Por un momento, su mente se quedó otra vez terroríficamente en blanco. Luego el piñón se reinsertó en el engranaje. Dijo–: Si le digo la verdad, estaba dormitando. Lamento lo del fuego. Enseguida lo enciendo.

Pero la madre lanzó una risa forzada al oír esto.

–¡No podemos pedirle al señor Lamb que se siente a ver cómo lo haces!

–No, ni se me ocurre pedirte que te tomes la molestia –dijo el señor Lamb, también riéndose.

Estaba tan violento como la madre, violento por haber sorprendido sus economías en carbón y sirvientas; y aquella pequeñez, la simplicidad tan insulsa e hiriente de este hecho, después de todas las penalidades que había sobrellevado, estuvo a punto de hacerle perder su aplomo. Charlaron durante uno o dos minutos, pero cada vez estaba más rígida y callada. La tensión de sus músculos era como un alarido. Se le había mojado un recodo en los pliegues del puño, allí donde había restregado una mancha de sangre. Sentía la transpiración que le asomaba al labio y tuvo miedo de llamar la atención si la enjugaba.

De todos modos, no podían quedarse los tres parados en el vestíbulo. La madre se dirigió hacia la puerta de la calle y dijo:

–Me parece que tendrá que tomarse ese whisky en otra ocasión, señor Lamb. Muchísimas gracias por acompañarme a casa. Dele cariñosos saludos de nuestra parte a Margaret.

Cuando la puerta se cerró tras él, ella empezó a tirar de los guantes para quitárselos.

–La verdad, Frances. Podrías haberte esforzado un poco más. ¿Qué diantres te pasa?

–Nada –dijo Frances, enjugándose por fin la boca–. ¿A qué te refieres?

–Bueno, pobre señor Lamb... –Pero ahora la madre movía los dedos más despacio y miraba con extrañeza a Frances–. ¿Pasa *algo*?

Frances sonrió, o intentó hacerlo.

–Iba a acostarme. No esperaba visitas. ¡Podría haber estado en camisón!

–Bueno, ha tenido la gentileza de acompañarme a casa. He creído que debía invitarlo a entrar. Todavía no son las diez y media, ¿no?

–No sé qué hora es. No, deja los cerrojos. –La madre había vuelto a la puerta para poner la cadena y pasar el cerrojo–. No he sacado la lechera. Y además... –Le palpitó el corazón; oyó los latidos en su propia voz–. Leonard no ha llegado todavía.

La madre dejó caer la cadena.

–¿Ah, no? –dijo, consternada. Pero luego se quedó quieta y miró a Frances de un modo más inquisitivo–. ¿El señor Barber ha estado fuera toda la noche? ¿Y su mujer se ha quedado en casa?

Frances dio un traspie sobre el monosilabo.

—Sí.

La madre no dijo nada. Pero era obvio lo que estaba pensando. Era obvio lo que estaba suponiendo sobre el empleo que Frances había hecho del tiempo. Y el espacio vacío entre incluso la peor de las sospechas maternas y la espantosa realidad pesadillesca fue de nuevo casi insoportable. Frances sintió el impulso de ir hacia ella y cogerle de la mano. «Oh, madre», quería decirle, «¡es horrible! ¡Oh, madre, no lo empeores!»

Se obligó a dar media vuelta y se encaminó a la cocina, con la cabeza gacha.

Era la hora de acostarse, pero aún quedaban cosas por hacer, incluso aquella noche: cribar el fogón, dejar preparadas las cosas del desayuno. Sus ojos rastreaban continuamente alrededor en busca de marcas, salpicaduras de sangre. Cuando su madre la siguió por el pasillo y se dirigió hacia el retrete, ella pensó en la taza del inodoro, recordando la prisa con que la había limpiado. Era sangre de Lilian, desde luego, incriminadora de una forma distinta. ¡Dios, no había habido más que sangre durante todo el día! ¡La casa parecía inundada de sangre! Si su madre viese algún rastro...

Pero no, estaba demasiado oscuro para eso. La madre volvió del patio en silencio. Se sirvió un vaso de agua y le dio las buenas noches fríamente.

Después de cerrar el gas del vestíbulo, subió sin hacer ruido a la salita, se sentó y apoyó las piernas, que notaba débiles, contra el brazo del sofá. Al ver su postura y su expresión, Lilian susurró:

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

Frances meneó la cabeza.

—Nada.

—¿Qué han dicho? ¿No han sospechado nada?

Ella respondió con un siseo.

—¡No, por supuesto que no han sospechado nada! ¿Cómo iba mi madre a sospechar algo así? Pero ha sido horrible tener que estar allí plantada y fingir que no pasaba nada cuando todo el tiempo...

No terminó. Los ojos de Lilian se llenaron de lágrimas.

—Por favor, ahora no empieces a odiarme.

—No te odio —dijo Frances con esfuerzo—. Yo...

—¿Quisieras que no lo hubiéramos hecho?

—¡Sí, quisiera que no lo hubiéramos hecho! ¡Ojalá no le hubieras golpeado,

Lilian! Pero ¿qué importa lo que yo quiera? Lo hecho, hecho está. Lo hemos hecho y no podemos deshacerlo y... –Vio el delantal a cuadros, una bola arrugada en el suelo–. Lo recogió y lo tiró al fuego–. ¡Si tuviéramos más tiempo! No puedo creer que no haya algo que nos delate. Pero no podemos seguir buscando. Mi madre nos oirá trajinando y empezará a hacerse preguntas. Tenemos que acostarnos...

Lilian pareció aterrorizada.

–¿No irás a dejar que me acueste sola?

Frances se desanimó.

–Lily, tienes que hacerlo. Tenemos que hacer exactamente lo que haríamos una noche normal. Si no, parecerá raro. No debemos hacer nada que levante sospechas. La policía querrá saber, cuando venga... –La invadió una nueva ola de pánico–. ¡Pero si todavía no hemos hablado de esto! Tenemos que asegurarnos de que decimos lo mismo. Podría no haber tiempo para hablarlo mañana.

–Entonces déjame que me acueste contigo. Podemos hablarlo en la cama. Por favor, no me hagas dormir sola esta noche. No puedo. Por favor, Frances.

Por favor, Frances. Por favor, Frances. Había oído aquellas palabras durante toda la noche. Pero ahora las lágrimas corrían por las mejillas de Lilian; otra vez temblaba; y fue imposible no acercarse a ella y abrazarla.

Y al abrazarse se calmaron un poco.

–De acuerdo –dijo Frances, mientras la ayudaba a ponerse de pie–. De acuerdo. Ponte la ropa de cama. ¿Puedes? No te enfríes.

Mientras Lilian iba dócilmente a desvestirse, ella se quedó en la salita mirando de nuevo las manchas de la alfombra y buscando algo que podría haberle pasado inadvertido, cualquier prueba de que Leonard había estado allí... Sólo encontró más alfileres con cabeza de perla.

En el rellano se dieron las buenas noches y Lilian cerró la puerta de su alcoba. Lo hacían por la madre; un minuto después cruzó el rellano sigilosamente y Frances la apremió para que se metiera en la cama. Dejaron una vela encendida. A la luz de ella su cara estaba gris. Se introdujo debajo de las mantas con un castañeteo de los dientes, con los brazos y piernas tiritando de frío y las manos sobre el vientre, que aún le dolía. Frances se tendió contra ella y la aproximó, intentando que entrara en calor.

En cuanto la tiritona empezó a calmarse hablaron durante un rato, con susurros tensos, de lo que podría suceder los días siguientes. Acordaron lo

que contarían sobre cómo habían pasado la velada. Pero a estas alturas Lilian estaba extenuada y empezó a asustarse por el lío que ella misma se estaba haciendo; por lo cual Frances la besó y no la atosigó, y Lilian enseguida se quedó inmóvil y pesada en la cama, fría como el mármol, como una estatua derribada. Sólo se removi6 dos veces antes de hundirse totalmente en el sueño. La primera vez fue para apretar la mano de Frances, mirarla a los ojos y murmurar: «Esto era lo que queríamos hacer, ¿verdad?» Era como si lastimeramente rememorase las costumbres de un idilio de hacía mucho tiempo. Pero la segunda vez fue para levantar la cabeza con un sobresalto y escudriñar la ventana con la cortina corrida.

–¿Qué ha sido eso?

–Nada –dijo Frances.

–¿Estás segura? Me ha parecido oír... –Cruzó la mirada con Frances–. ¿Y si hubiéramos cometido un error? ¿Y si él se despierta? ¿Y si...?

–No se despertará –dijo Frances–. No podemos hacer nada. Es demasiado tarde. No pienses en él.

Pero era ella la que pensaba en él. Estaba recordando el peso de su cuerpo en sus brazos, el fardo de su cabeza acolchada contra su hombro. Recordaba el momento en la salita en que había tenido la visión de las dos vías oscuras. ¿Qué la había inducido a elegir una en lugar de la otra? Se acordaba de la urgencia de sus pensamientos, pero estos mismos la rehuían ahora. La única urgencia que sentía ahora era la del miedo. La asustaba lo que había hecho y lo que podía haber olvidado. Por ejemplo, los enganchones y tirones de la ropa de Leonard: debería haber tenido más cuidado con que la ropa no se desordenara. Y también con la posición de sus miembros. No había pensado en absoluto en todo eso, pero sin duda un hombre tenía una manera de caer cuando resbalaba o tropezaba, y otra manera de no caer...

Sobre todo, sin embargo, pensó en la herida, contra la cual había presionado el almohadón. No podía creer que la tela amarilla no hubiese dejado hebras y mechones estampados en ella. ¿Podía volver atrás? Lo pensó un momento. De hecho empezó a liberarse del abrazo de Lilian, rígida como una estatua, pensando en bajar y salir al jardín con una linterna en la mano.

Pero entonces oyó un ruido, un susurro o un crujido al otro lado de la ventana; al cabo de unas palpitaciones sofocantes se dio cuenta de que el ruido era el tamborileo de la lluvia. Al principio era suave, después se tornó más pertinaz hasta que pudo imaginarse las gotas acometiendo con un embate

impecable y purificador la ropa de Leonard, su cuerpo, su cabeza aplastada, su blanda, blanda boca. Se quedó escuchando el repiqueteo de la lluvia, empapada hasta los huesos de alivio y de vergüenza.

Tercera parte

No paró de llover en toda la noche. La vela se apagó, se amansó el fuego de la chimenea; la habitación se volvió más oscura, luego se fue aclarando y el aguacero continuó hasta que Frances empezó a pensar que había oído por separado cada gota. No había dormido. Apenas cerró los ojos. Alrededor de las seis de la mañana consiguió liberarse de la presión de Lilian, se deslizó fuera de la cama, fue sin hacer ruido a la ventana y abrió las cortinas. Alcanzó a distinguir un contorno de tejados y chimeneas a través del chaparrón, pero no pudo ver nada del extremo más alejado del jardín: sólo una negra masa de sombra.

Le dolían todos los miembros y hacía un frío intenso en la habitación. Encendió una cerilla, fue de puntillas a la chimenea, hizo lo que pudo para encender un fuego en las cenizas del anterior. Cuando las llamas empezaron a crepitar, oyó un murmullo: «Frances.» Lilian estaba despierta y la miraba. Volvió a la cama y se abrazaron muy fuerte.

–He pensado que era un sueño –susurró Lilian–. He pensado que era un sueño y luego me he acordado.

La asaltó un estremecimiento idéntico al que deparaba el amor.

Pero no lloró. Las lágrimas parecían haberse escurrido de sus ojos. Se había producido un cambio en las dos: estaban tranquilas, quizá aturcidas. Frances miró el reloj.

–Tienes que volver a tu cuarto. Alguien lo encontrará, ahora que es de día; un obrero, alguien. Podría venir alguien a casa.

Lilian se levantó sin quejarse, sólo hizo una pequeña mueca de dolor. Seguía sangrando en la compresa, pero no tan intensamente como antes. Encajó los brazos en su bata, con los hombros caídos. Ella y Frances se estrecharon en un último y mudo abrazo. Después Frances abrió la puerta y Lilian cruzó furtivamente el rellano, pálida y silenciosa como un fantasma.

La llamada se produjo a las ocho menos cinco, cuando Frances se estaba poniendo una falda y ya empezaba a preguntarse si llamaría alguien. El doble

aldabonazo enérgico del cartero era inconfundible. Sonó fuerte, agorero: el sonido de las malas noticias. El corazón le pesaba como el plomo en el pecho y los músculos desgarrados parecían desgarrarse de nuevo a cada paso que daba cuando bajó la escalera.

Encontró a su madre en el vestíbulo, que acababa de salir de su dormitorio.

—¿Estás esperando alguna entrega, Frances?

Ella negó con la cabeza.

El pequeño gesto pareció falso. El corazón pesado como el plomo se le agitó de un modo desagradable. Después abrió la puerta y la visión del policía, alto y corpulento, con su gabardina, casi le arrebató todas las fuerzas.

Pero era un hombre al que conocían un poco de haberlo visto hacer sus rondas: el agente Hardy, bastante joven y nuevo en el oficio. Frances vio la forma juvenil en que la nuez se le movió en la garganta cuando tragó saliva.

—La señorita Wray, supongo.

Ella asintió.

—¿Ocurre algo?

—Pues me temo que sí.

La madre se acercó.

—¿Qué pasa, Frances?

Entonces él se dirigió a ella, tragando saliva antes de hablar.

—Tengo entendido que un tal señor Leonard Barber reside normalmente en esta casa. ¿Es así?

—Sí. Sí, en efecto. Tiene habitaciones con su mujer en el piso de arriba. Pero ya se habrá marchado al trabajo. Al menos... ¿Se ha marchado *hoy*, Frances? No sé si lo he oído salir. ¿Ha sucedido algo, agente? Entre, por favor, no se quede en la puerta.

Él avanzó y se tomó la molestia de restregarse los pies. Cuando la puerta se cerró tras él dijo:

—Me temo que hay motivos para creer que han herido el señor Barber.

La madre de Frances se llevó una mano a la garganta.

—¿Herido? ¿Quiere decir en el camino al trabajo?

Él vaciló y luego miró hacia arriba de la escalera.

—¿La señora Barber está en casa?

Frances tocó el brazo de su madre.

—Voy a buscarla. Espera aquí.

El corazón se le había calmado, pero su actitud seguía pareciendo forzada

y artificial, y cuando empezó a subir la escalera sintió que no controlaba del todo las piernas doloridas. Pensó subir directamente hasta arriba y llamar a Lilian desde allí; pero ésta, por supuesto, había oído la llamada a la puerta, había oído la voz del policía. Estaba ya fuera de su habitación, todavía en camisón y bata, pero con un chal encima de los hombros, y con la cara tan pálida y el cuerpo tan encorvado, tan fatigado –tan *enfermo*– que a Frances casi se le doblaron las rodillas. Lilian habló desde el giro de la escalera, horriblemente consciente de que el agente Hardy y la madre la estaban observando.

–No te asustes, Lilian. Pero ha venido un policía. Dice que... –sintió la lengua pastosa– que le sucedido algo a Leonard. No comprendo. ¿Ya se ha ido al trabajo?

Lilian la miró fijamente. Había detectado el extraño sonido de su voz y se había asustado. ¡No tenía que asustarse! Frances tragó saliva y su voz fue menos pastosa.

–¿Está Leonard aquí?

Finalmente, Lilian empezó a bajar.

–No. No, no está aquí.

–¿Se ha ido al trabajo?

–No ha venido a casa. No... no sé dónde está.

Siguió a Frances, escaleras abajo, y cuando vio al policía flaqueó, al igual que había hecho Frances, y extendió la mano hacia la barandilla. Pero eso estaba bien, pensó Frances; aquello era natural. ¿No? La cogió de la mano para ayudarla a bajar los últimos peldaños, intentando obtener fuerza y aplomo del contacto. El agente repitió que lo lamentaba, pero tenía algo muy grave que decir, y ¿quizá la señora Barber preferiría sentarse? Así que entraron todos en el salón y Frances fue rápidamente a las ventanas para recorrer las cortinas. Lilian se sentó en el extremo del sofá; la madre de Frances ocupó el sitio a su lado y le puso una mano en el hombro. El agente Hardy se quitó el casco y avanzó con cautela, procurando evitar la alfombra; le preocupaba el agua de lluvia que goteaba de su capa.

Mientras la nuez se le movía más alocadamente que antes, les dijo que había encontrado el cuerpo de un hombre en la vereda de detrás del jardín, y que tenía motivos para creer, a juzgar por algunos objetos en posesión del hombre, que el cuerpo era el del señor Barber. ¿Podía la señora Barber confirmar que su marido estaba ausente de la casa?

Lilian no dijo nada durante un momento. Fue la madre de Lilian la que gritó. El agente Hardy pareció aún más incómodo que antes.

–Si la señora Barber pudiera confirmar al menos...

–Sí –dijo Lilian por fin. Y luego–: No. No lo sé. No sé dónde está Len. No vino a casa anoche. ¡Oh, pero no puede ser él! ¿Es posible?

Había miedo en su voz. Pero ¿era la clase de miedo adecuada? Frances no sabría decirlo. Dio rápidamente la vuelta al sofá y le puso una mano en el hombro. *No pierdas la calma. Sé valiente. Estoy aquí. Te amo.*

El agente Hardy había sacado su libreta y empezó a apuntar los detalles del caso. ¿Podía decirle la señora Barber cuándo había visto por última vez a su marido? ¿Qué había hecho él exactamente el día anterior? ¿Había ido al trabajo? ¿Dónde trabajaba? ¿Y después? ¿Cuándo había advertido ella su ausencia?

Con un tono vacilante, Lilian le dio la dirección de la sede central de Pearl y luego le habló de que Leonard tenía previsto reunirse con Charlie Wismuth. El agente tomó nota del nombre cuidadosamente con una letra trabajosa de escolar y el casco sujeto con torpeza por debajo del codo mientras escribía. Luego se volvió hacia Frances y su madre. ¿No habían visto al señor Barber?

Ellas negaron con la cabeza. Y Frances dijo:

–No. No. ¡Ahí fuera, en la vereda! ¿Está totalmente seguro! Parece increíble.

Fijó la vista en la ventana, sin retirar la mano del hombro de Lilian, haciendo un esfuerzo desesperado por eliminar la afectación de su conducta, y al mismo tiempo procurando decidir qué preguntas debía hacer, qué elementos de información debía facilitar y cuáles no.

–Sé –dijo con la misma falta de autenticidad en el tono– que el señor Barber usa a veces la vereda como atajo. ¿Cree que lo podría haber hecho anoche? Pero eso quiere decir... ¿Cuánto tiempo calcula que ha estado ahí fuera?

–Bueno, tiene la ropa completamente empapada.

–¿Pero cómo es posible que haya ocurrido esto? ¿Cómo él...?

–Creemos que a causa de una herida en la cabeza.

Estas palabras hicieron estremecer a Lilian. Frances notó el salto que le daba el hombro. Lo apretó más fuerte. ¡*Sé valiente!*

Pero entonces su madre levantó los ojos hacia ella.

–Oh, esto es espantoso. ¡Espantoso! ¡Es como aquella otra vez, Frances!

El agente Hardy parpadeó.

—¿Otra vez?

Pisando ahora un terreno más seguro, y con mayor naturalidad, Frances le contó lo de que Leonard había sido agredido por un desconocido el pasado julio. Él anotó los pormenores, a su modo fatigoso; ella tuvo la impresión, sin embargo, de que el agente lo hacía sobre todo por pura formalidad. Porque aún era muy pronto, dijo él, para determinar la causa de la muerte. El forense de la policía podría decirles algo más en cuanto hubiese realizado el examen del cuerpo. Hasta donde habían podido comprobar, no le habían robado nada. En su monedero había dinero y llevaba encima su reloj de pulsera y la alianza matrimonial. Por lo cual era posible que simplemente hubiese perdido el equilibrio en el suelo mojado y hubiera sufrido un golpe en la cabeza. La superficie de la vereda estaba cubierta de piedras...

Frances notó que Lilian se estremecía de nuevo y le apretó más fuerte el hombro. Dijo, para afianzar la hipótesis:

—¿Una caída, quiere decir?

—Pues... sí, es desde luego lo que parece —dijo el agente.

La madre se había levantado del sofá y se había acercado a las puertaventanas. Tenía la cara grisácea.

—¡Resulta increíble! ¡Pensar que el pobre señor Barber está ahí fuera! ¡Y todavía sigue lloviendo! Señora Barber, tenemos que traerlo aquí, ¿no cree? Frances...

A Frances le produjo una oleada de náuseas la idea de aproximarse lo más mínimo a Leonard. ¡Si tuviera que tocarlo, si tuviera que levantarlo otra vez...! Pero el agente Hardy dijo:

—Me temo que no serviría de nada. Ya he mandado a un hombre a buscar una ambulancia.

—¡Pero que siga ahí fuera! ¿Quién está ahora con él?

—El agente Edwards custodia el cuerpo. Uno de sus vecinos de detrás nos ha dado un impermeable para cubrirlo. Es el hombre que lo ha descubierto cuando paseaba a su perro. Al principio ha supuesto que era un vagabundo, porque no llevaba sombrero; el sombrero se había ido rodando, ya ven. Pero luego ha visto que era una persona respetable, y después de mirarlo más de cerca ha pensado que lo conocía y que era un oficinista de una de las casas de Grove Lane. He estado allí llamando a puertas durante media hora. Entretanto hemos llamado a un médico para que viniera a confirmar el fallecimiento y es

entonces cuando hemos encontrado un papel en el bolsillo del señor Barber con esta dirección... Parece que ya ha llegado la ambulancia –añadió, cuando una furgoneta gris sin distintivos subió por la calle y pasó por delante del jardín delantero. Hardy se volvió hacia Lilian y se le acercó–. Señora Barber, me temo que es mi deber pedirle, como familiar más cercano, que venga con nosotros al depósito para una identificación formal.

Lilian palideció aún más.

–¿Qué quiere decir? ¿Se refiere a ver a Len?

–Me temo que sí. Llamaremos a un taxi para que la lleve y la traiga de vuelta. No llevará mucho tiempo. El oficial del juez de instrucción también querrá tomarle declaración, pero supongo que él se presentará aquí más tarde para tomársela.

La respiración de Lilian había empezado a acelerarse.

–No sé si puedo –dijo. Levantó una mano hacia la de Frances, la miró a la cara–. Creo que no puedo.

Su mirada era de pánico, de indefensión. Alarmada, Frances le estrujó los dedos. Tampoco ella quería ver a Leonard. Recordaba la lengua rosa que le sobresalía de la boca. Pero se obligó a decir:

–Muy bien. Iré con usted. Quizá así resulte más fácil. No estará sola. –Se volvió hacia su madre–. ¿Te las arreglarás aquí, madre, si acompaño a Lilian?

–Sí, por supuesto –respondió la madre–. No, la señora Barber no debe ir sola. –Pero lo dijo distraídamente. Seguía atisbando el jardín–. La verdad, no me cabe en la cabeza. Pensar que estábamos las tres en la cama mientras...

Lilian la miró.

–Lo lamento muchísimo, señora Wray.

La madre se volvió desde el cristal, asombrada.

–¿Qué es lo que lamenta?

–No lo sé.

Se le quebró la voz al decir esto y rompió a llorar. Se enjugó los ojos con su pañuelo, pero lloró de nuevo cuando el agente Hardy le preguntó si había otras personas a las que ella quisiera notificar..., ¿parientes de su marido, o familiares de ella?

Lilian asintió.

–La madre y el padre de Len. ¡Oh, esto va a matarlos, estoy segura! –Y con una voz rota por la congoja y el miedo le dio la dirección de Peckham junto con la de su madre en Walworth Road.

El agente se guardó la libreta y se puso el casco, toqueteando la correa debajo de su barbilla. Hablaría con sus colegas de comisaría, dijo, y al mismo tiempo llamaría a un taxi. ¿Por casualidad había un teléfono en la casa? ¿No? Entonces tendría que llamar desde la cabina de la policía, calle abajo.

En cuanto se marchó, las tres se quedaron absolutamente desamparadas durante un momento; después se activaron, nerviosas.

–Tienes que comer algo, Frances –le dijo su madre–. Tú y la señora Barber. No podéis ir con el estómago vacío. Señora Barber, es una situación horrible para usted. ¿Quiere que la ayude a vestirse o...? –Lilian negó con la cabeza–. ¿Está segura? Le espera un mal trago terrible.

–Yo me ocupo de Lilian en cuanto haya terminado con el fogón –dijo Frances–. No, no hay tiempo para el fogón. Prepararé el té arriba, con el gas.

Trajinó cogiendo las cosas. Lilian subió la escalera con paso vacilante. Estaba en su habitación, con una mano en la frente, cuando subió Frances. Dejó que se le acercase y luego tembló en sus brazos.

–No sé lo que estoy haciendo, Frances. Siento mareos. Todo esto me supera.

Frances le habló en un susurro.

–Pero ya has hecho una parte. Has oído lo que ha dicho el agente de las piedras. Ya hay una cosa resuelta.

Lilian retrocedió unos pasos para mirarla a la cara.

–¿Tú crees?

–Sí. Sí.

Ella cerró los ojos y asintió. Frances la aproximó otra vez y la besó; después corrió a ocuparse del té.

Y mientras hervía el agua entró en la salita. Quería echar otro vistazo a las manchas de sangre en el suelo. Descorrió las cortinas silenciosamente y... Dios, allí estaban, cuatro, cinco, seis, siete manchas perfectamente visibles si uno sabía lo que buscaba. Cuando se agachó para tocarlas con la mano descubrió que todavía estaban húmedas al tacto. Y la chimenea estaba negra de tizones y la rejilla era un amasijo de escoria de aspecto grasiento y jirones del delantal sin quemar: no había manera de deshacerse de ellos en aquel momento. Trasladó con la pala los peores residuos al cubo de las cenizas y apresuradamente encendió otro fuego; lo atizó y amontonó los carbones. Mientras la habitación se mantuviera caliente la alfombra se secaría y las manchas en su dibujo se atenuarían..., ¿lo harían?

Puso el guardafuegos delante de la rejilla y corrió hacia la tetera hirviendo. Abajo, la madre estaba otra vez junto a las puertaventanas.

—No me cabe en la cabeza, Frances —dijo—. No puedo estarme quieta. Me parece todo irreal.

Tomó el té que le tendía Frances y la taza tintineó en el platillo. La cara de la madre había perdido el color; ¿estaría bien allí sola? ¿Había tiempo para ir a buscar a la señora Playfair y a Patty? Pero no, recordó Frances, la señora Playfair no estaría en casa; se marchaba aquella mañana temprano para pasar una semana en la casa de su hermana en Sussex. ¿No había nadie más? ¿Algún vecino? Pensó en los de enfrente, los Dawson... Por tanto, tal como estaba, sin sombrero y sin abrigo, salió a la lluvia, cruzó corriendo la calle e informó a la familia, rápidamente y sin aliento, de lo que había ocurrido. Sí, era horroroso. Una conmoción terrible. No, no había sido en absoluto como la otra vez. El policía pensaba que había sido un accidente. Pero ¿podría la señora Dawson ir a sentarse con su madre durante más o menos la hora que tardaría ella en acompañar a la señora Barber al depósito y volver? ¿Podría ir también alguna de las sirvientas para encender las chimeneas y preparar el desayuno?

Por supuesto, faltaría más, dijeron ellos con cara sobresaltada. Irían de inmediato. Y Frances los dejó ajetreados buscando abrigos y paraguas.

Al salir del sendero del jardín de los Dawson, se fijó en un comerciante que estaba en la curva de la calzada: de pie en la acera, sin moverse, tenía la atención puesta en algo a cierta distancia, a lo largo de la cima de la cuesta. Al llegar al bordillo ella vio lo que era. La ambulancia había salido de la vereda. Asomó por la esquina, despacio y con precaución, como un animal que olfatea; cuando pasó por delante de Frances lo hizo tan cerca que ella casi habría podido extender la mano y tocarla. Observó cómo retrocedía su grupa negra para enfilarse pesadamente hacia Camberwell. ¿De verdad iba en su interior Leonard? Imaginó intranquila su cabeza aplastada, dando bandazos dentro del vehículo.

Pero se sintió un poco mejor después de haber hablado con los Dawson. Se había desembarazado de parte de su afectación; notaba que estaba reaccionando a la crisis como si la hubiese afrontado con la mayor inocencia. De vuelta en casa, encontró a su madre y a Lilian juntas en el salón, Lilian vestida, pero mal vestida, con colores que desentonaban —una falda azul marino, su jersey carmesí, un abrigo marrón—, como si hubiese elegido la

ropa al azar; tenía la cara maquillada con toques de polvos y pintura de labios que sólo servían para realzar su palidez. Tiritaba como si tuviera mucho frío, y la madre de Frances debía de haber intentado obligarla a que tomara el té; la taza, casi llena, estaba en la mesa al lado del sofá, con la marca de la boca pintada de Lilian. Se sobresaltó al oír a la señora Dawson y a su sirvienta que llegaban con Frances; y cuando las vio entrar agachó la cabeza.

—Oh, señora Barber, lo siento muchísimo. ¡Señora Wray, qué desgracia tan grande!

El taxi llegó mientras Frances estaba arriba cogiendo su abrigo y su sombrero. Enlazó su brazo con el de Lilian para el trayecto a través del jardín delantero, consciente de las miradas de los transeúntes. Quizá ya se había propagado la noticia; o quizá simplemente había algo extraño en el porte de ella y de Lilian, en su combinación de fragilidad y prisa. El taxista también las miró con curiosidad. Ella se preguntó hasta qué punto estaría informado por la policía. En cualquier caso, no hizo falta indicarle el destino. El taxista se limitó a ayudarlas a subir al taxi y luego volvió a su cabina, y el vehículo empezó a avanzar cuesta abajo con un gran y espantoso crujido de la carrocería.

Tampoco Frances y Lilian hablaron. Un cristal las separaba del taxista, además del ruido del motor y el silbido de las ruedas sobre la calzada, pero estaban demasiado inquietas y recelosas como para arriesgarse a hablar. Tenían las manos unidas por debajo, fuera de la vista. De vez en cuando Lilian cerraba los ojos y movía los labios como si rezara.

Circularon a través de las calles azotadas por la lluvia la mañana del sábado, pasaron el parque, el hospital, el cine, las tiendas, todos los mojones ordinarios y amistosos. Poco después de rebasar Camberwell Green, doblaron a la derecha y entraron en un deprimente laberinto de casas bajas adosadas; unos minutos más tarde se detuvieron ante un edificio pequeño que parecía una capilla, detrás del cual Frances comprendió que debía de estar la oficina del juez de instrucción. Abrió la puerta del taxi, sin saber muy bien qué hacer a continuación, y entonces vio al agente Hardy, que, gracias a una desconcertante magia policial, había llegado antes que ellas. Había salido a recibirlas y se apresuró a acompañarlas bajo la lluvia. Entraron en el edificio y las hicieron esperar en un par de sillas duras que había en una pequeña y lúgubre antesala.

Una ventana de cristal estriado dejaba entrar una débil luz. Se oían voces

masculinas en sordina; sonó un teléfono y alguien lo descolgó, del mismo modo que podrían haber hecho en un despacho o en la trastienda de un comercio. ¿Aquello era el propio depósito de cadáveres o únicamente una escala en el camino? Frances no lo sabía. Era un lugar tan común y corriente, tan anónimo. Era incluso más difícil creer que el cuerpo de Leonard estuviese allí, cerca, que haber visto la ambulancia y comprender que él estaba en su interior.

Pero entonces percibió el olor a desinfectante como un olor repulsivo y pútrido en el aire. Miró a Lilian y vio que ella también lo había captado. Había empezado a removerse en su asiento. De repente aferró el brazo de Frances.

–Creo que no puedo, Frances.

Ella le buscó los dedos.

–El agente ha dicho que sólo será un momento.

–Me da miedo ver cómo estará.

–Sólo tienes que mirar y luego apartas la vista.

–Tengo miedo. No puedo... ¡Oh, Dios!

El agente Hardy había vuelto y les pidió que lo acompañaran.

Lilian cerró los ojos y dio una larga y entrecortada bocanada de aire. Dejó que Frances la ayudara a levantarse y se puso la mano en el corazón, dudando tanto tiempo que Frances pensó que todo empezaba a deslizarse, a desmenuzarse como sal, como arena. Habló con una desesperación silenciosa.

–Será sólo un momento. Lo peor ya ha pasado. Ya has pasado lo peor. Un momento, nada más un momentito.

Lilian inhaló de nuevo, para normalizar la respiración, y después asintió.

Con un gesto torpe, el agente Hardy las guió desde la antesala.

Y sólo ahora, cuando lo seguían, Frances empezó a tomar conciencia del motivo por el que estaban allí. No se lo creía aún del todo. El teléfono de antes sonó de nuevo. Seguía imaginando a medias que desde aquel lugar pasarían a otro edificio, uno más imponente, más persuasivo. Pero aunque fuera así, ¿de verdad verían allí a Leonard? Sin duda estaba en su oficina. Estaba jugando al tenis. Estaba en casa de sus padres. Había vuelto a Champion Hill, empujaba la segadora por el jardín... Pero doblaron bruscamente hacia un pasillo, el agente Hardy abrió una puerta, se apartó para dejarlas pasar... y de pronto Frances se encontró en una habitación aséptica,

iluminada con luz eléctrica, en cuyo centro se alzaba una extraña especie de altar sobre el cual había un bulto con forma de hombre, tapado con una sábana. A su lado estaba un asistente que llevaba un mandil. La puerta se cerró y él les preguntó si estaban preparadas. Ella lo miró inexpresivamente; no sabía a qué se refería. Lilian, sin embargo, debió de haber asentido o de haber hecho una señal, porque con el gesto discreto, experto, impersonal de un camarero que se adelanta para colocar una servilleta en el regazo de una comensal, el hombre alargó la mano para asir la parte superior de la sábana. Y cuando empezó a levantarla los pensamientos dispersos de Frances retornaron en un tropel de conocimiento y terror.

Pero, en definitiva, en cuanto el hombre levantó la sábana su miedo se disipó de nuevo. Era un acto desprovisto de intimidación, carente de amenaza, comparado con los sudorosos horrores de la noche anterior. Le pareció que la cara de Leonard podría haber sido la de una pésima efigie de plastilina, por un lado gris, por el otro casi púrpura, sin que se advirtiera el menor cuidado en la juntura. Tenía los ojos entornados, pero la boca cerrada y limpia. El asistente le había envuelto la cabeza con una toalla blanca, y el efecto de aquella toca monjil sobre la piel de dos colores distintos y el bigote rojizo era demasiado raro para ser cierto. Aquél no era un Leonard presto a despertarse, alzar los brazos, aferrar a alguien y denunciarlo. No era Leonard en absoluto. Hasta Lilian debió de pensar lo mismo. Miraba fijamente las facciones con un asomo de perplejidad, y cuando dijo, respondiendo a la incitación del agente Hardy: «Sí. Sí, es él», no pareció que lo dijese con total certeza. La impresionó más, al darse media vuelta, ver las pertenencias que habían sido retiradas del cuerpo: su ropa y su sombrero, que formaban juntos un montón empapado sobre una bandeja de acero; los zapatos con los cordones sin atar, deformados por la noche bajo la lluvia; y por último los objetos que había llevado en el bolsillo y que habían sido colocados, con una pulcritud horrorosa, sobre una hoja de papel encerado: llaves, cigarrillos, pañuelos, una navaja de la Boys' Brigade, monedas sueltas, notas, cartas, el reloj de pulsera y la alianza de boda.

Cuando volvieron a la antesala Lilian estaba sollozando. Frances la ayudó a acomodarse en la silla y luego se sentó a su lado y le rodeó con el brazo los hombros que se estremecían. El agente Hardy, allí presente, estaba cohibido: al parecer, tenía un documento que requería la firma de Lilian. Ella se enjugó finalmente los ojos y la nariz y miró vagamente al papel. Pero entonces hubo

algún problema con la pluma de Hardy, se había quedado sin tinta o se le había secado. Manipuló con la pluma, ruborizándose desde la garganta hasta la punta de las orejas.

El olor pútrido parecía más fuerte que antes. Frances estaba impaciente por librarse de él. Por la ventana estriada vislumbraba, súbitamente tranquilizadores, los contornos del taxi, que aguardaba con el motor en marcha para llevarlas a casa.

Cuando miraba al cristal, sin embargo, pasó por delante de ella una figura oscura y deformada; un segundo después se abrió la puerta y entró otro policía con una gabardina. Era de más edad y rango que el agente Hardy. Parecía saber ya todo lo referente al caso; avanzó para estrecharles las manos. Dijo que era el sargento Heath y que actuaba en nombre del juez instructor. La señora Barber había identificado el cuerpo, ¿verdad? Se lo agradecían. Y tenía entendido que la señorita Wray era la propietaria de la casa, ¿no? Muy bien. Si no tenían inconveniente, para proseguir la investigación sólo quedaban por establecer algunos hechos.

No esperó a que ellas le diesen permiso, sino que acercó una silla y se sentó. Lilian lo miró con los ojos hinchados. Frances observó a Heath, inquieta, mientras él sacaba una libreta, buscaba un lápiz en el bolsillo y chupaba la mina de grafito. Bien, ¿podían confirmarle su dirección? ¿Podían decirle exactamente cuándo habían visto por última vez vivo al señor Barber? ¿Podían decirle qué planes tenía el señor Barber para la velada de la víspera?

Todas estas preguntas ya se las había hecho el agente Hardy y ya las habían contestado en Champion Hill, pensó Frances. Cerró los ojos, de puro cansancio. No había dormido. No había comido. El día empezaba a tener un sabor un poco inconsistente: un día simulado, un día nebuloso, que por alguna razón inexplicable ella tenía que vivir de cabo a rabo, como si fuera real. Pero enseguida, sin duda, llegaría a su fin. Enseguida les permitirían reanudar su vida normal... La lista de preguntas del sargento parecía interminable. Tardaba tanto en anotar las respuestas, y lo hacía de un modo tan impasible, que bien podría haber sido una especie de máquina. Frances empezó a responder automáticamente: No. Sí. No, creía que no. No, no había oído nada, nada de nada... Por último él les leyó las respuestas que le habían dado y les pidió que firmaran sus declaraciones. Añadió una nota suya, pasó una goma alrededor de la libreta y se la guardó en el bolsillo con el aire de un

acto definitivo. Aliviada, Frances vio que se levantaba y preparó sus músculos sumamente tensos para levantarse a su vez de la silla.

Pero entonces, para su sorpresa, él dijo:

–Bueno, podemos repasar todo esto con un poco más de detalle en la comisaría de Camberwell. Señora Barber, ¿le importaría acompañarme?

Extendió la mano para ayudar a Lilian a ponerse de pie. Ella lo miró parpadeando y luego miró a Frances. Ésta dijo:

–Un momento. No comprendo. Supongo que usted ya habrá acabado con la señora Barber por ahora. Ha sido un golpe tremendo para ella. El agente Hardy nos ha dado a entender que podíamos volver a casa directamente.

–Bueno –dijo el sargento, lanzando una mirada de soslayo al agente más joven–, la señora Barber no está obligada a venir. Pero verá, ayudaría a acelerar la investigación.

Frances se percató entonces de que había algo en su tono: un filo duro, cierta rigidez, como si sus modales obsequiosos escondieran una exigencia. Su cansancio se esfumó de golpe. La sangre le silbaba en los oídos. Se levantó de la silla diciendo:

–¿Hay algún problema?

Él movió la cabeza, circunspecto.

–No, no hay ningún problema. Excepto que ha muerto un hombre, por supuesto. Tenemos que averiguar cómo ha ocurrido.

–Yo creía que ya lo sabían. El agente Hardy ha dicho que el señor Barber debió de resbalar y darse un golpe en la cabeza.

–Sí, es posible que resbalara. Pero tenemos que considerar todas las posibilidades. Nuestro médico ha hecho un examen rápido del fallecido y..., bueno, le seré sincero, no está del todo satisfecho con lo que ha visto. Nada alarmante hasta el momento. En cuanto haya realizado un examen exhaustivo sabremos algo más. Entretanto, sólo tenemos unas pocas preguntas que hacer a la señora Barber. Usted puede irse a casa, señorita Wray. Podemos llamar a una mujer que haga compañía a la señora hasta que llegue su familia.

Lilian agarró del brazo a Frances.

–¡No, no me dejes!

–No, claro que no –dijo ella, Frances, asustada al ver el desamparo que había reaparecido en su cara–. No se me ocurriría dejarte. Supongo que puedo quedarme con ella, ¿no? –preguntó al sargento.

–Oh, desde luego –respondió él, adoptando su versión obsequiosa.

De modo que salieron a la intemperie lluviosa, dejando atrás al amable y joven Hardy; y esta vez, cuando Frances y Lilian subieron al taxi, el sargento Heath sacó una bicicleta y se dispuso a seguirlos. Era un hombre bastante robusto, y lo parecía más aún con su capa de hule. Con aquel clima, tendría que haber habido algo cómico en su figura cuando se puso los bajos del pantalón con las pinzas para montarse en la bici. Pero cuando el taxi arrancó, Frances se volvió a mirarle y lo vio aparentemente imperturbable bajo la lluvia, pedaleando a buen ritmo. Se volvió unos minutos más tarde y de nuevo unos minutos después, y él seguía siempre allí, manteniendo obstinadamente la distancia que los separaba, con los ojos ocultos por el pico de su casco, y no resultaba en absoluto cómico.

El trayecto, al menos, fue corto y les llevó en dirección a la casa. Frances ya había estado en la comisaría anteriormente: en una ocasión, recordó, para denunciar a un cochero que maltrataba a un caballo, y en otra con su madre, por un asunto relacionado con la beneficencia. Esta visita fue muy distinta; entraron por una puerta trasera, aparcaron en un patio adoquinado, aguardaron un minuto a que el sargento Heath pusiera su bicicleta al resguardo de la lluvia y se dejaron conducir por él a un edificio manchado de hollín a través de una puerta sin ningún letrero. Desde allí subieron un tramo de escalera, doblaron una o dos veces y Frances perdió la orientación. También allí las ventanas eran de un grueso cristal estriado. Algunas tenían barrotes. Los suelos eran de piedra, las paredes de azulejos: las superficies devolvían ecos institucionales de los pasos y las voces.

Pero la habitación adonde las llevaron –la de la celadora– era inesperadamente confortable. Ardía un fuego en la chimenea y un cuadrado de alfombra cubría el suelo. La celadora misma les llevó una tetera y un plato de galletas.

–Pobrecilla –dijo, refiriéndose a Lilian, mientras la hacía sentar frente al fuego. Y dirigiéndose a Frances, con menos familiaridad, tras haberla oído hablar y percibido su acento–: Usted se ocupa de ella, ¿verdad, señora? Es muy amable por su parte.

Les sirvió sendas tazas de té con azúcar y las dejó solas.

Nuevamente, sin embargo, estaban demasiado asustadas para atreverse a hablar. Se oyeron unos pasos rápidos por delante de la puerta, y después se hizo el silencio en el pasillo. Pero ¿y si había alguien escuchando allí fuera? ¿Habría rejas en la pared, tubos y mecanismos secretos? Frances tenía el

corazón desbocado; le palpitaba desde que el sargento Heath le había tendido la mano en el depósito de cadáveres.

Con todo, no debían comportarse de un modo poco natural. Tendió la taza a Lilian.

–Tienes que beber esto, Lilian. Y deberías comer unas galletas. Llevas muchas horas sin tomar nada.

Pero Lilian meneó la cabeza, con una expresión mareada.

–No puedo. Me siento muy mal. Casi peor que... –Sobresaltada por otros pasos, miró a la puerta; luego prosiguió en un susurro–: Casi peor de lo que estaba anoche. ¡Es como si se me salieran las entrañas! Lo único... lo único que quiero es volver a casa.

–Bueno, seguramente no van a retenerte mucho tiempo. Han dicho que no estabas obligada a venir. ¿No es lo que ha dicho el sargento? ¿Que no estabas obligada?

–¿Qué van a preguntarme?

–No lo sé. Procura estar tranquila.

–Ha dicho que han encontrado algo. ¿No? Que no estaban satisfechos. ¿Por qué diría eso? Suponte...

Más pasos en el pasillo. Se separaron bruscamente. Y a partir de ese momento no se atrevieron a hablar.

Enseguida, de todos modos, llamaron a la puerta y entró el sargento Heath, acompañado de otro hombre. Era un hombre pulcro, sin uniforme, bien afeitado, ligeramente rechoncho, con un reloj de leontina y las gafas redondas con montura de acero de un directivo bancario: al verlo llegar, Frances sólo acertó a pensar, confusamente, que era algún colega de Leonard en Pearl. Luego él tendió la mano y se presentó como Kemp, inspector detective de distrito, y dijo que estaba allí para repasar la declaración de la señora Barber. Y el oír la palabra «detective», junto con la constatación de que vestía de paisano, hundió la confianza de Frances y el corazón empezó a aporrearle directamente en la garganta.

Kemp dijo que intentaría no retener a la señora Barber demasiado tiempo. ¿Quizá la señorita Wray –era la casera, ¿verdad?quisiera esperar fuera?

Pero Lilian se agarró de nuevo a Frances de aquel modo aterrado y aterrador.

–¿Frances no puede quedarse conmigo?

–Bueno... –Kemp lo pensó–. No veo por qué no. Si usted no tiene objeción,

señorita Wray...

Frances meneó torpemente la cabeza y se sentó con Lilian a la mesa de la celadora. Las dos se sentaron en el mismo lado; los hombres, en el de enfrente. Kemp repasó un fajo de notas. ¿Cómo demonios había reunido tantas en tan poco tiempo?

Para empezar, sin embargo, sus preguntas eran las habituales; también era habitual la desconcertante tardanza con que él, meticulosa y fríamente, registraba las respuestas. ¿Cuándo había visto la señora Barber por última vez a su marido? ¿Cuáles habían sido los movimientos del señor Barber la víspera? Que ella supiera, ¿había pasado la velada con su amigo Charlie Wismuth? ¿Podía deletrear el apellido Wismuth? ¿Podía confirmar su dirección y la de su trabajo?

Y, en cuanto a ella misma, ¿cómo había pasado la velada?

Se oyó el leve, nítido sonido que produjo Lilian al separar sus labios secos. Bueno, no había hecho nada, dijo; un poco de lectura y un poco de costura. Se había acostado temprano, justo después de las diez.

¿A menudo se acostaba temprano? No, ella no diría que a menudo. Sólo cuando estaba cansada.

¿Estaba cansada la noche anterior? Sí. No, no sabía por qué.

¿Y a qué hora esperaba que llegase su marido? ¿No se percató de su ausencia? Bueno, a veces volvía tarde. Se había quedado dormida, simplemente. Cuando despertó y se dio cuenta de que no había vuelto a casa, supuso que había perdido el tranvía y se había ido a la casa de Charlie, o... No sabía lo que había pensado. No había tenido tiempo de pensar nada antes de que el agente de policía se presentara en la puerta.

Hablaba con seriedad; quizá con una seriedad excesiva. A Frances su actitud no le pareció nada convincente. Pero ignoraba qué impresión estaba causando a los interrogadores. No eran como el agente Hardy. Ponían una cara grave que no delataba nada, y cuando sonreían su sonrisa era profesional, poco natural, y su mirada era fría. De vez en cuando la del inspector se posaba en Lilian mientras ella hablaba, y ella pensó que él se fijaba en su palidez y en los toques de colorete y barra de labios. También le pareció que lanzaba alguna que otra mirada especulativa a las curvas que revelaba su jersey carmesí.

Y luego, en un viraje aparente, preguntó por los sucesos de la noche de

verano en que habían agredido a Leonard. ¿Cuándo había sucedido exactamente?

Frances notó que Lilian titubeaba. Sabía la fecha; las dos la sabían. Fue la noche de su primer abrazo, y para ellas poseía desde entonces un significado talismánico. Finalmente separó otra vez los labios secos y dijo:

–El primero de julio.

Kemp ladeó la cabeza.

–¿Lo recuerda bien? ¿No era una noche de sábado? ¿Estaba usted con su marido cuando lo agredieron?

–No. Yo... Lo vi justo después. Había estado en la fiesta de cumpleaños de mi hermana. Por eso recuerdo la fecha.

–¿Su marido no fue a la fiesta con usted?

–No.

–¿Y el señor... –consultó sus notas– Wismuth? ¿Estuvo en la fiesta?

Lilian frunció el ceño.

–¿Charlie? No. Estaba con Len.

–¿También estuvieron juntos aquella noche?

–Tenían una cena. Una cena de la compañía. Charlie estuvo.

–¿Y qué le dijo su marido sobre la agresión, cuando ocurrió?

–Solamente dijo que alguien lo había golpeado.

–¿Sabía él quién había sido?

–Un desconocido en la calle, dijo.

–¿Tiene *usted* alguna idea de quién le agredió?

Ella lo miró.

–¿Yo? No.

–¿Y él le describió al hombre?

Pero Lilian había empezado a temblar. Se llevó una mano a la garganta con aspecto de enferma, y cerró los ojos.

–Lo... lo lamento.

Frances le tocó el brazo y le habló en voz baja.

–Tómate tu tiempo.

–Sí, tómese su tiempo, señora Barber.

–Es que... estoy muy mareada.

–¿Quizá quiera un vaso de agua?

Ella asintió. El sargento cogió una jarra y un vaso de la mesa de la

celadora. Frances mantuvo la mano sobre el brazo de Lilian mientras daba un sorbo, y dijo a través de la mesa:

–Creo que el señor Barber no vio al hombre que lo golpeó, inspector. Dijo que era un ex soldado; alguien que quizá quería dinero. Vino aquí a denunciar el incidente, uno o dos días después.

El inspector la miró con aire ecuánime y luego se dirigió de nuevo a Lilian.

–¿Usted lo interpreta así, señora Barber? –Y añadió, al no recibir respuesta–: Verá, me interesa saberlo porque creo que podría haber una conexión entre la primera agresión y ésta.

Hizo una pausa después de estas palabras. Frances sintió que el músculo del brazo de Lilian se endurecía debajo de su mano. Su corazón también empezó a acelerarse. Dijo, con esfuerzo:

–¿Cree usted, entonces, que ha sido una agresión? El agente Hardy nos ha dicho...

–El agente Hardy no ha tenido acceso al informe preliminar de nuestro forense. Acabo de hablar por teléfono con el depósito y me temo que hay un par de elementos que hacen sospechosa la herida. De hecho... –Juntó las manos sobre la mesa y miró directamente a Lilian–. Bueno, lamento tener que decirle esto, señora Barber, pero parece haber una posibilidad muy real de que su marido haya sido asesinado.

A Frances la horrorizó la franqueza de la palabra, y luego se horrorizó otra vez al comprender que Kemp lo había dicho precisamente de aquella manera –deliberada, brutal– para evaluar la reacción de Lilian.

¿También ella se habría dado cuenta? Miró al inspector y se le descompuso la cara.

–¡No fue así! –exclamó, y Frances, asustada, la agarró del brazo–. ¡No puede ser! ¡No diga eso! ¡Oh! –Se encorvó, cruzando los brazos sobre el vientre–. Tengo que ir al baño. ¡Franceses...!

Se levantó, tambaleándose un poco. Frances la sostuvo por un lado y el sargento Heath rodeó la mesa ágilmente y la sujetó por el otro. El inspector Kemp fue a la puerta, se asomó y llamó a la enfermera, que apareció al instante. «Ya la llevo yo», le dijo a Frances la enfermera Wrigley, enérgicamente, en cuanto ella y el sargento Heath sacaron a Lilian al pasillo.

–Sí, señorita Wray –la llamó el inspector–. La enfermera Wrigley se ocupará ahora de la señora Barber.

Indicó a Frances con un gesto que volviera a la mesa. Ella titubeó, mirando

cómo se llevaban a Lilian. Era terrible, nauseabundo, ver cómo la conducían de aquel modo lejos de ella.

Pero los dos hombres la miraban. Volvió a la habitación. El sargento Heath cerró la puerta y el inspector Kemp le tendió su silla.

—Un golpe tremendo para la señora Barber, todo esto —dijo cuando Frances se sentó—. Y también para usted y sus vecinos, desde luego... Una hermosa pareja, ¿no?

Frances estaba a la escucha de los sonidos en el pasillo.

—¿El señor y la señora Barber? Sí.

—¿Diría usted que son buenos inquilinos? Llevan viviendo en su casa..., veamos, ¿unos seis meses?

—Más o menos, sí.

—¿Los conocía usted de antes?

—No.

—Y, en su opinión, ¿qué relación mantenían entre ellos?

Ella entonces le miró con más detenimiento. Él seguía de pie, con una actitud desenfadada, una cadera contra la mesa, los brazos cruzados bastante arriba del pecho.

—Muy buena, creo.

—¿No había desavenencias? ¿Peleas? ¿Cosas así?

—Bueno, realmente no sabría decirlo.

—¿Con frecuencia pasaban las tardes separados, como hicieron anoche? Verá, se lo pregunto porque en un caso así, cuando atacan y matan a un hombre respetable...

—¿Tiene la certeza de que ha sido así?

—No, no lo sabemos con certeza. Simplemente intento hacerme una idea del carácter del señor Barber, de sus costumbres. Me parece, señorita Wray, que usted está en condiciones de prestarnos una gran ayuda. Ha debido ver mejor que nadie las idas y venidas de la pareja. ¿No ha notado nada? ¿No ha visto a nadie merodeando fuera? ¿Ninguna carta extraña ha llegado a la casa?

Ella se propuso hablar fríamente.

—No tengo por costumbre examinar el correo de mis inquilinos.

Él esbozó una de sus sonrisas profesionales.

—Estoy seguro de que no lo hace. Pero aun así podría haber visto u oído cosas..., ayer, por ejemplo: ¿la señora Barber estuvo en casa todo el día?

Frances fingió que se lo pensaba. Pero estaba perdiendo el contacto con lo

que tenía que saber y lo que no tenía que saber. ¡Y el corazón le seguía latiendo a una velocidad horrible! Temía que él lo advirtiera; incluso que lo oyera. Finalmente asintió.

–Sí, todo el día y toda la tarde.

–¿Y sabe en qué empleó el tiempo?

Ella recordó lo que le había dicho a su madre.

–Creo que estuvo... haciendo una limpieza de primavera.

–¿Limpieza de primavera? ¿Removiendo cosas, cajones y cajas?

¿Por qué Kemp lo había entendido así?

–No lo sé. Sí, supongo que sí.

–¿Y el marido? ¿Le pareció normal la última vez que lo vio?

–Sí.

–¿Diría usted que era de esa clase de hombres que se hace enemigos?

–¿Enemigos? No, no diría eso.

–¿Se acuerda de la agresión, en julio?

–Sí, muy bien.

–¿Estaba usted en casa aquella noche, mientras la señora Barber estaba en la fiesta?

Ella no se decidió a admitir que también había asistido a la fiesta. Respondió vagamente.

–Vi la herida inmediatamente después.

–¿Vio realmente la herida? ¿Era seria? ¿Llamaron a un médico?

–No, no era tan seria. Sangraba por la nariz, tenía moratones en los ojos. Mucha sangre en el suelo de la cocina, pero... No, no era muy grave. Mi madre y yo le atendimos. El señor Barber vino aquí, uno o dos días después, a dar parte.

–¿Le dijo eso a usted?

–Sí, me lo dijo el lunes o el martes. Dijo que había hablado con un... un sargento, creo que dijo.

El inspector se quedó pensativo y parecía confiado.

–Me pregunto por qué se lo dijo. Verá, señorita Wray, no hubo constancia de ninguna denuncia. Hubo algunas de uno o dos vecinos, pero del señor Barber... nada. ¿Por qué cree usted que sería?

Sinceramente desconcertada, Frances miró su cara tersa de director de banco, y no supo responderle.

Y entonces dio un brinco al oír la conmoción que se estaba produciendo en

el pasillo; tardó un momento en distinguir entre el ruido y sus ecos, y comprendió que procedían sobre todo de voces de mujer, la de Lilian entre ellas. Se puso en pie, muerta de miedo; el sargento Heath se levantó al mismo tiempo. Ella lo siguió al pasillo... y vio a Lilian a unos metros de distancia, combada casi hasta el suelo, sostenida por su madre y su hermana Vera. Acababan de llegar a la comisaría, se acercó a explicar la enfermera Wrigley. Lilian las había visto correr hacia ella y se había desmayado en sus brazos.

La llevaron a la habitación caldeada y la sentaron en la silla al lado del fuego. La enfermera Wrigley removi6 sales en un vaso de agua y se lo acerc6 a los labios. Lilian apart6 la cabeza del vaso con un gemido y luego abri6 los ojos y mir6 aterrada al corro de caras a su alrededor. Despu6s rompi6 a llorar.

–Vamos, vamos –dijo la se6ora Viney con voz temblorosa–. Ya ha pasado.

Tenía una mano de Lilian entre las suyas y le daba palmadas, alocadamente. Su cara tenía el aire de siempre, descarnado y sin pestañas. Miraba alrededor de la habitación como si también ella estuviera estupefacta; entonces reconoci6 a Frances y las comisuras de su boca y los botones de sus ojos se arquearon hacia abajo como los de una máscara de una tragedia.

–¡Oh, señorita Wray! ¿No es increíble?

La enfermera intent6 alejarla.

–Retírese, por favor. Tenemos que dejarle aire a la se6ora Barber.

Lilian aferr6 la mano de su madre.

–¡No me dejes, mamá!

–¿Dejarte? –exclam6 la se6ora Viney–. ¡No, desde luego que no!

Pero una en6rgica llamada a la puerta acall6 sus protestas. Un hombre entr6 en la habitación: evidentemente, el m6dico de la policia. Deposit6 su maletín en la mesa y sac6 un estetoscopio.

–¿Nos dejan un poco de intimidad, por favor? –dijo sin mirar a nadie. Y un momento despu6s, con un cansino rugido de impaciencia–: La verdad, no puedo proceder a un examen en esta habitación llena de mujeres.

La enfermera Wrigley consigui6 sacar de la habitación a la madre de Lilian, a Vera y a Frances. «¡Estaré aquí fuera, cariño!», grit6 la madre a Lilian cuando cerraron la puerta. Pero no les permitieron esperar en el pasillo, a pesar de sus protestas. Las condujeron por una escalera a una sala de espera pública donde reinaba un alboroto de voces y de pasos: otro cuarto lúgubre, ocupado por una docena de personas de apariencia pobre, que levantaron la

cabeza cuando ellas se acercaron e interrumpieron sus conversaciones para mirarlas con una curiosidad manifiesta.

La reacción de la señora Viney fue crecerse ante las miradas. Un joven con una chaqueta desgarrada le cedió su silla para que se sentara y ella lo hizo con gratitud y desparpajo, diciendo:

–Gracias, cielo. Gracias, hijo. –Sacó su pañuelo y se enjugó los labios—. Ay, Señor. Apenas puedo creerlo. ¡No puedo dar *crédito*, señorita Wray! Cuando el policía ha entrado en la tienda y le he visto la cara..., bueno, qué susto me he llevado. Estaba segura de que era uno de mis nietos, que se había muerto en un incendio o se había ahogado. Luego ha dicho que el pobre Lenny había muerto en un accidente ¡y que teníamos que venir aquí a ver a Lil! Gracias a Dios que estaba usted con ella. ¡Oh, pero qué afectada está! ¡Casi no la habría conocido, de tan trastornada que está! ¿Qué ha ocurrido? ¿Lo sabe *usted*? La policía no nos ha dicho nada. Un golpe en la cabeza, es lo único que han dicho. ¿Lo ha atropellado un automóvil o qué?

Frances tenía conciencia de las otras personas que había en la antesala. Todavía no había dicho a nadie las palabras. Cuando habló notó la boca gomosa.

–Dicen que quizá lo hayan asesinado.

–¿*Qué*?

Y Vera lo repitió, «¿*Qué*?», agudizando la mirada.

–¿Asesinado? ¿A Len? –dijo.

–¿Por qué han dicho una cosa así?

–No lo sé –dijo Frances.

–Pero ¿quién ha sido, según ellos, y por qué?

–No lo sé.

La señora Viney parecía afligida. Se enjugó la boca, volvió a enjugársela, hizo una pelota con su pañuelo y se lo apretó contra el pecho. Vera preguntó a Frances lo que sabía del caso. ¿Dónde habían encontrado a Len? ¿Cuándo había sucedido? ¿A qué hora se había presentado la policía en casa?

–¡Ah, qué disgusto para usted y para su madre, señorita Wray! –medió la señora Viney.

Mientras hablaban lanzaban continuamente miradas a la escalera que llevaba a la habitación de la enfermera Wrigley. Pasaban y repasaban policías, pero nadie las llamaban a ellas. Se sucedían sin pausa los ecos del revoltijo de pasos y voces. Frances estaba cada vez más intranquila; era un

desasosiego atroz, animal, por estar separada de Lilian. Se la imaginaba allí arriba, muerta de miedo. ¿Qué estaría haciendo? ¿Qué estaría diciendo?

Por fin reapareció la enfermera. Salió disparada a su encuentro, pero Wrigley venía a buscar a la señora Viney, por supuesto. Subió los peldaños a trancas y barrancas con toda la rapidez que le permitieron sus piernas monstruosas; unos minutos después, cuando volvió a la antesala, su cara era de nuevo una máscara de tragedia. El corazón le dio a Frances otro vuelco al verla, pero la madre de Lilian ya había comenzado un ruidoso informe de lo que había ocurrido. Oh, ¿no era una espantosa mala suerte? ¿No era realmente increíble? La pobre Lil esperaba ser madre por primera vez en años y el médico había dicho que la conmoción de la muerte de Len le había provocado la pérdida.

Al menos ahora, pensó Frances, Lilian podía admitir que estaba enferma. Cuando volvieron al cuarto de la enfermera la encontraron pálida pero no lloraba y estaba tomando a sorbos otra taza de té. Su mirada se cruzó una vez con la de Frances, y después mantuvo los ojos bajos, pero Frances vio que el pánico había desaparecido parcialmente de su expresión, y esto hizo que su propia inquietud disminuyera. Hasta la señora Viney se calmó un poco. Aquello, en efecto, era algo comprensible para ella, una hogareña crisis femenina en la que los policías y los médicos, con todas sus sandeces, no podían influir. Descansó una mano en la frente de Lilian mientras ella bebía; le retiró el pelo de la cara blanca. En cuanto la taza de té estuvo vacía, la cogió y se la entregó a la enfermera Wrigley.

—Gracias por todo, enfermera. Pero ahora me llevaré a mi hija a casa. Vera, alcánzanos el sombrero y el abrigo de Lil. Aquí tienes, cariño, no tienes más que meter por aquí los brazos.

La enfermera, alarmada, fue a buscar al inspector; Kemp regresó a tiempo para encontrar a la señora Viney abrochando los botones del abrigo de Lilian. Con su cara suave de siempre dijo que lamentaba enterarse de que la señora Barber había caído enferma. Si hubieran conocido su estado, por supuesto, no le habrían pedido que identificara el cuerpo de su marido.

—Descuide, hablaré al respecto con el agente Hardy —dijo.

A lo cual la señora Viney respondió con vehemencia.

—¡Sí, ya lo creo que lo hará! ¡Una vergüenza llamo yo a pedir a una mujer

casada que venga aquí! ¡Policía o no, estamos en nuestro derecho de presentar una denuncia contra usted!

Lilian posó una mano en el brazo de su madre.

–No te preocupes. No tiene importancia.

–¿Que no la tiene?

–Yo sólo quiero irme a casa.

Y sí, dijo el inspector Kemp, la señora Barber, desde luego, debía irse a su casa y hacer todo lo posible para recuperar sus fuerzas. El sargento Heath informaría al juez de instrucción y le aconsejaría que mantuviese abierta la investigación hasta el lunes, momento en el cual era de esperar que ella se encontrase en suficiente buen estado para testificar.

–En realidad –le dijo–, me alegro de contar con unos días extras. Tendremos más tiempo para reunir información. La mantendremos al corriente de nuestros progresos, por supuesto. ¿Se quedará en su casa ahora?

–Oh, vuelve con nosotras –dijo la señora Viney antes de que Lilian pudiera responder–. ¿No te parece que es lo mejor, Ver? Nos la llevamos a casa. Puede ir contigo y Violet, y...

Lilian oyó lo que su madre estaba diciendo.

–No –dijo–. No, no quiero ir a la tienda. Quiero volver a Champion Hill.

–¿Volver allí? ¡Te morirás de angustia! No estás en condiciones. ¡Mira tu estado!

–Me da igual. Yo sólo... –Lanzó una mirada a Frances–. Lo que quiero es irme a casa y tener conmigo todas mis cosas.

Y de nuevo el inspector expresó su conformidad. Sí, probablemente sería mejor que la señora Barber estuviese en su domicilio por el momento, por si él y sus hombres necesitaban contactar con ella rápidamente.

Si la situación hubiera sido distinta podrían haber subido la cuesta en veinte minutos. Así las cosas, el sargento Heath las llevó al patio adoquinado y las cuatro mujeres se apretujaron en otro taxi, Lilian sentada entre la señora Viney y Vera, cada una asiéndole una mano, y Frances observándolas impotente desde el pequeño asiento de enfrente. La lluvia era tan intensa como antes; caía en torrente por los canalones. En Champion Hill había uno o dos peatones que se apresuraban debajo de sus paraguas, pero aparte de ellos la calle estaba desierta; Frances se alegró, en cualquier caso. Cuando pararon delante de la casa, la cara angustiada de su madre apareció en la ventana del

salón, y cuando hubieron cruzado el jardín delantero ya les había abierto la puerta.

Todas permanecieron un momento desorientadas en el vestíbulo. No, nadie podía creerlo. Era demasiado horrible para expresarlo en palabras.

—No me entra en la cabeza todavía —dijo la señora Viney—. ¡Pobre Lenny, que nunca hizo mal a nadie! Sólo le diré, señorita Wray, ¡que espero que atrapen al monstruo que ha hecho esto y Dios quiera que lo ahorquen! ¡Y que lo ahorquen dos veces! ¡Una por lo que le ha hecho a Lenny, y otra por lo que le ha hecho a Lil!

—Vale, mamá —dijo Vera. Había visto la expresión de Lilian.

—¡No, yo *diré* lo que opino!

—Sí, lo sé. Pero puedes decirlo arriba, ¿no?

Así que, resoplando y exclamando, la señora Viney subió despacio la escalera seguida por Vera, que sostuvo a Lilian durante el ascenso. Frances la ayudó hasta el giro; más allá, el brazo de Lilian se desprendió de su mano como la cuerda de una barca arrastrada por una corriente de agua, y lo único que pudo hacer fue observar cómo la madre y las hermanas desaparecían al cruzar el rellano.

—¿Frances? —dijo su madre, que la miraba con ojos asustados.

Ella bajó la escalera tratando de disimular la rigidez de sus movimientos. Dijo en voz baja:

—Sí, la policía dice que podría ser un asesinato.

—¡Asesinato!

—Y Lilian... —Bajó aún más la voz—. Parece ser que estaba embarazada. Pero con todo este disgusto...

—Oh, no.

Entraron juntas en el salón. Frances miró alrededor.

—¿Dónde está la señora Dawson?

La madre se dejó caer en el sofá como una inválida.

—Oh, la he mandado a su casa hace una hora. Ha venido otro policía...

—¿Otro?

—Quería hacer más preguntas. Ha sido espantoso, la verdad, tener que contestarlas delante de ella. Los hombres han estado subiendo y bajando la calle y han ido de un lado al otro de la vereda. Uno de ellos ha ido a ver el jardín. Quizá siga allí. Frances, no puede ser un asesinato, ¿verdad?

Frances no contestó. En vez de hacerlo fue rápidamente a la puertaventana

para ver a otro policía con gabardina, oscuro, corpulento, anónimo: se estaban convirtiendo en estampas de horror para ella. Aquél tenía en la mano un metro y tomaba notas como podía, bajo la lluvia, utilizando el brazo para proteger su libreta. La puerta de la tapia estaba abierta de par en par. Debía de haber estado dibujando un plano de la vereda y de su relación con la casa. ¿Habría encontrado algo? ¿Habrían dejado Lilian y ella algunas huellas del trayecto que habían recorrido acarreando el cuerpo de Leonard? Pero aun así, ¿no las habría borrado la lluvia incesante?

Oyó movimientos en la cocina de arriba y pensó en las manchas de la alfombra de la salita, en la escoria grasienta dentro del cubo.

Pero su madre aguardaba.

—¿Frances? Ven a sentarte, ¿quieres? No me has contado nada. Habéis estado horas fuera. ¿Por qué habéis tardado tanto?

A regañadientes, Frances se apartó de la puertaventana. Fue a sentarse en la butaca al lado del fuego. Otra vez tuvo que disimular el dolor en las piernas y los brazos al sentarse. Se mantuvo en el borde de la butaca con las manos extendidas hacia las llamas; cayó en la cuenta de que tenía un frío anómalo.

—Hemos estado en la comisaría.

—¿La comisaría?

—Nos han llevado allí desde el depósito. Querían repasar la declaración de Lilian.

—Me han tomado declaración a mí. Han dicho que habría una investigación, ¡que quizá tuviéramos que declarar como testigos!

—Sí, lo sé. ¿Qué...? ¿Qué les has dicho?

—Pues exactamente lo mismo que al agente Hardy.

—¿Han subido arriba?

—No, no han ido arriba. Pero han preguntado cosas muy raras. Todo sobre el señor y la señora Barber, si alguna vez discutían, o si recibían visitantes extraños en la casa. Casi parecía que estaban sugiriendo... Oh, es demasiado horrible. —Se llevó los dedos a las sienes—. Ya bastaba con pensar en el pobre señor Barber que se cae al suelo, se da un golpe en la cabeza y luego se queda ahí en la oscuridad, desamparado. Pero la idea de que alguien le haya atacado adrede... No es *posible* que sea un asesinato. No *puede* ser. No *puede* ser. ¿Tú lo crees?

Frances miró a otra parte.

–No lo sé. Sí, quizá.

–Pero ¿por qué? ¿Quién haría algo así? ¡Y tan cerca de casa! ¡A sólo unos metros de la puerta del jardín! ¿No oíste nada cuando estabas en la cama anoche?

–No, nada.

–¿Ni gritos ni...?

–La lluvia. Sólo oí la lluvia.

Cohibida, se inclinó hacia delante para coger una palada de carbón del cubo y volcarla sobre la rejilla. Pero al recostarse, limpiándose las manos, sintió los ojos de su madre clavados en ella, y cuando se cruzaron las miradas estaba tan nerviosa que vio en la de su madre un asomo de aquella extrañeza, aquel recelo que había detectado en ella la noche anterior.

Se puso en pie de un salto.

–Estoy tan nerviosa que no me puedo quedar sentada. Todos estamos crispados, ¿no? ¿Has comido?

La madre tardó un momento en responder.

–No. No, no tengo apetito.

–Yo tampoco. Pero tenemos que comer. ¿Qué hora es?

Miró el reloj y vio con asombro que era casi la una. La mañana había pasado con el paso misterioso –ajetreado, pero atascado por repeticiones y reveses– de un mal sueño.

Fue hasta el sofá y le ofreció la mano.

–Ven a la cocina conmigo, a hacerme compañía. Prepararé algo de almuerzo. Anda. No debes quedarte ahí, preocupándote.

El corazón se le estaba contrayendo al decir esto, pero su voz volvió a ser fuerte. Su madre la miró, dubitativa, todavía con aquel soplo de extrañeza; después bajó los ojos, asintió y dejó que la ayudase a levantarse del sofá.

Cuando estaban en la cocina, Vera bajó con el sombrero y el abrigo puestos. Dijo que habían acostado a Lilian con una botella de agua caliente. Había dado un bocado de pan con mantequilla y tomado más té y un calmante, y esperaban que ahora pudiese dormir un rato; su madre se había quedado con ella en el dormitorio. Ella, Vera, iba a la estafeta de correos para telefonar al resto de la familia. No, no necesitaban nada más, aunque la señorita Wray era muy amable por preguntarlo. Ya no tenía que preocuparse. Ellas cuidarían de Lil ahora.

Debía de haberse llevado consigo la llave de Lilian, porque cuando Frances estaba retirando las cosas de la comida la oyó entrar desde la calle. Y cuando, media hora más tarde, llamaron a la puerta principal, Vera bajó a abrir taconeando por la escalera y llegó antes que Frances al vestíbulo. Netta y Lloyd habían llegado. Traían al bebé, Sidy, y a la hermana más pequeña, Min. Las mujeres subieron directamente al piso de arriba sin molestarse en hablar con las Wray, pero Lloyd fue a la cocina para decir lo afectados que estaban todos y preguntar si podía salir al jardín; quería echar una ojeada al camino. Frances supuso que debía acompañarle. En realidad ya debería haber ido ella sola, para asegurarse de que todo estaba en orden. Pero esta idea le provocó un momento de pánico, como el que había sentido en el depósito de cadáveres. Llegó hasta el escalón trasero y desde allí observó, paralizada, mientras Lloyd recorría el sendero mojado del jardín y echaba un vistazo desde la puerta del fondo. Volvió sacudiendo la cabeza mojada. ¡Era como las cosas que ocurrían en las películas! La policía había acordonado el extremo de la vereda para impedir el paso a la gente. Habían marcado el lugar donde había caído el cuerpo de Len y habían apostado un agente para custodiarlo.

Cuando fue al piso de arriba, Lloyd se llevó la butaca negra de roble; y después la casa se convirtió en un hervidero de inquietud y de voces desconocidas, de techos que crujían de un modo increíble y de nervios exasperados. La madre de Frances se sentó junto al fuego del salón; su hija le alcanzó un chal, un libro, un periódico, una revista parroquial. Pero los papeles se quedaron sin abrir en su regazo. Miraba sombríamente a la lumbre o cerraba los ojos con una expresión compungida; o se estremecía cuando oía arriba pasos muy pesados. El señor Lamb y Margaret llegaron poco después de las cuatro. Un poco más tarde volvió la señora Dawson; la acompañaba la señora Golding, de la casa de al lado. ¿Frances había visto que todavía había policías en la vereda? ¿Sabía que habían recorrido la calle de arriba abajo, figoneando en alcantarillas y jardines? ¿Era verdad lo que se rumoreaba? ¿La muerte del señor Barber podía ser de verdad un *asesinato*?

Frances les dijo a todos que, por lo que ella sabía, la policía aún no lo había decidido. Estaban esperando a que el médico examinase el cuerpo.

—¿No oyó usted nada anoche? —se forzó a preguntarle a la señora Golding. Pero la mujer sacudió la cabeza. No, nadie había oído nada. Era lo que hacía todo tanto más extraño e inquietante...

Cuando ella se marchó, el atardecer inacabable del día húmedo había empezado a espesarse y la madre de Frances parecía enferma de tensión y cansancio. Exhausta ella también, Frances corrió las cortinas de la ventana delantera y aplicó una cerilla al gas, dejando baja la luz del vestíbulo para disuadir a posibles visitas. Cuando sonó la aldaba otra vez, a eso de las cinco y media, refunfuñó.

–Creo que no puedo soportar más preguntas. ¿Y si no contesto?

La madre había hecho una mueca al oír la aldaba.

–No lo sé. Podría ser un familiar de los Barber... –Se corrigió con tristeza–. De la señora Barber, quiero decir. O podría ser un policía, Frances.

¡Un policía! Sí, pensó ella, con una sensación de náusea, bien podría ser. Se había acordado de lo que había dicho el inspector Kemp de que querían que Lilian se quedase en casa por si necesitaban –la expresión siniestra– contactar con ella rápidamente... Sonó otro aldabonazo y esta vez fue a abrir la puerta. Combatió el miedo diciéndose: Tranquila, ve preparada.

Pero al abrir no encontró a un policía, sino a una pareja vulgar de mediana edad y a un chico de unos catorce años, los tres con una expresión desconcertante que combinaba la disculpa y la angustia. Mientras ella los miraba perpleja, el marido se quitó el sombrero. Al ver la tonalidad rojiza de su pelo, la sangre afluyó a las mejillas de Frances.

Eran los padres de Leonard y su hermano pequeño.

Habría preferido vérselas con el inspector. Con un gesto torpe retrocedió para que entraran. Le dijeron que hacía una hora escasa que se habían enterado de la noticia. No estaban en su casa, sino en Croydon, visitando al tío y a la tía de Len. Un policía se había presentado allí y los había llevado de vuelta en un coche. Pero él les dijo que Lilian había identificado el cadáver. ¿Entonces era verdad lo que les había dicho el policía? Estaban muertos de inquietud. Habían venido a ver personalmente a Lilian. ¿Estaba allí?

Frances los condujo al piso de arriba, incapaz de encontrar algo que decirles, y en cuanto los confió al cuidado de Netta y Lloyd se marchó tan rápidamente como pudo. Se reunió con su madre y las dos estuvieron sentadas sin hablar, incomodadas por los crujidos que se oían encima de sus cabezas y que significaban que a los visitantes los estaban llevando al dormitorio de Lilian; un momento después oyeron murmullos que subían de tono y se interrumpían, quizá desembocaban en lágrimas. Frances enseguida empezó a sentir las como la presión sobre una magulladura. Removió el

fuego. Se levantó. ¡Si al menos los músculos dejaran de dolerle! Volvió nerviosamente a la puertaventana para atisbar el jardín de nuevo. La puerta en la tapia continuaba abierta. Arriba los murmullos no cesaban.

Pero cuarenta minutos más tarde, cuando la pareja abandonó el cuarto de Lilian y se reunió con el chico en el rellano, de pronto le pareció indecente permitir que se marcharan tan pronto. Se armó de valor y cuando bajaron salió del salón y los invitó a que entraran un minuto. Se sentaron en el sofá como aturcidos, el marido con el sombrero en las rodillas y la mujer agarrada a su bolso, como si hicieran un esfuerzo desesperado para no causarles más molestias. El chico, Hugh, avergonzado por su propia pena, sonreía una y otra vez.

–Han hablado con Lilian, entonces –dijo Frances.

El señor Barber asintió.

–Sí. ¿Usted sabe, usted...?

–Es muy triste.

–Es terrible. Terrible. Apenas podíamos creerlo, ¿verdad? –Se dirigió a su mujer, que no respondió–. Y lo otro, por si fuera poco... Nos ha dejado destrozados. No entendemos nada de este sinsentido. Haberlo visto volver sano y salvo de la guerra... Y luego que le estuviera yendo tan bien en Pearl. Sólo deseábamos saber qué ha ocurrido. Ahí arriba todas hablan como si hubiera sido un asesinato. Pero yo he dicho: bueno, ¿cómo pueden haberlo asesinado? A Len todo el mundo lo quería. Verá, la policía no ha dicho gran cosa.

–¿No? –No sin culpabilidad, Frances se sorprendió alentándole a que siguiera hablando. Pero era evidente que sabía muy poco; todavía no estaba al corriente, por ejemplo, de que no le habían robado nada; el padre pareció animarse ligeramente cuando ella se lo dijo. Luego supo que ella había acompañado a Lilian a identificar el cuerpo de Leonard, y la miró con un vivo y triste destello de envidia.

–Usted también lo ha visto, ¿no? Nosotros queríamos verlo, pero la policía nos ha dicho que no. El médico acababa de terminar su examen y no habían aseado el cuerpo. ¿Qué aspecto tenía cuando lo ha visto usted?

Frances rememoró aquella cara de plastilina.

–Muy sereno. Muy... Muy tranquilo –dijo.

–¿Sí? Menos mal. Sí, queríamos verlo, pero nos han dicho que hoy mejor que no fuéramos. Aunque han dicho que podremos tenerlo en casa mientras

organizamos el entierro. Hemos hablado de esto con Lilian y vamos a llevárnoslo. Así usted y su madre no tendrán más molestias. No nos lo llevaremos mañana, porque es domingo; lo recogeremos el lunes y lo tendremos en casa. En esto se ha portado muy bien la policía. Sí, muy bien. Por supuesto...

Aquí el chico lanzó una especie de chillido que los sobresaltó a todos: la congoja había estallado en él; se tapó la cara con la manga. Su padre le dio unas palmadas en el hombro estremecido, pero su madre lo regañó.

–¡Un chico tan mayor como tú! ¿Qué van a pensar estas señoras?

Él levantó finalmente la cabeza y Frances vio horrorizada que seguía sonriendo, rígido y angustiado, aunque le corrieran lágrimas por las mejillas.

En cuanto cerró tras ellos la puerta de la calle, volvió al sofá y se dejó caer pesadamente.

–Dios, ha sido horrible.

La madre rebuscaba su pañuelo, con un semblante más enfermizo que nunca.

–Ojalá se acabara de una vez el día, Frances. ¡Esos pobres padres! ¡Haber perdido a su hijo... y de qué manera!

–Sí. Lo sé.

–Y haber perdido también a su nieto.

–Sí. Es... Es demasiado cruel.

La madre tenía el pañuelo apretado contra la boca. Con la cabeza gacha, había cerrado los ojos con fuerza, pero no lloraba, y Frances, reconociendo la postura, sabía que estaba pensando no tanto en Leonard como en los nietos y bisnietos que había perdido ella; se estaba abismando en un desolado lugar interior, poblado únicamente por fantasmas, por ausencias.

Este pensamiento le produjo una sensación de soledad absoluta, y deseó intensamente a Lilian. ¿Podría aventurarse a subir, sólo durante cinco, diez minutos? ¿Sólo para asegurarse de que ella estaba bien? Pero arriba había una nueva actividad ahora. El bebé lloraba. Corría agua del grifo. La intensidad de las luces del salón bajó cuando pusieron una tetera en el fogón. Una barrera de trajín y movimiento se interponía aún entre ellas dos, y de este modo se percató de que, por supuesto, así sería la vida en adelante, no sólo durante unas horas caóticas, sino durante días y días. La emergencia única de la muerte de Leonard, que las dos habían afrontado la noche anterior,

simplemente había generado otras que sin duda las mantendría separadas en lo sucesivo.

Comprender esto la estremeció. En un esfuerzo por calmarse y mantener cierta apariencia de normalidad, fue a la cocina a preparar algo de cena; después de mirar sin verlas las estanterías de la alacena, abrió una lata de carne en conserva y puso a hervir un par de huevos. Ella y su madre se obligaron a comer sin ganas el frugal refrigerio. Y después no les quedó más remedio que volver a sentarse junto al fuego a esperar que pasaran los últimos jirones del día.

A las nueve de la noche sonaron pasos en la escalera, seguidos de unos nudillos que llamaban a la puerta del salón. Eran Netta y Lloyd, con Sidy dormido en los brazos de su padre. Le dijeron a Frances que volvían a su casa. De paso se llevaban a la señora Viney y a Min de regreso a Walworth. Vera se quedaba a cuidar de Lilian, que se negaba a abandonar la casa.

—Nos ha parecido mejor no disgustarla —confesó la señora Viney al bajar tras ellos—. Ha dormido un poco y comido otro poco; pero sigue pareciendo una moribunda. Aunque Vera no la perderá de vista y veremos cómo se encuentra mañana. Yo estaría más tranquila si la tuviera cerca. ¡Y no es justo para usted y su madre tener todo este jaleo en casa!

—Por favor, no se preocupe por eso —dijo Frances.

—¡No, señorita Wray, ya ha hecho usted bastante! No se nos ocurriría molestarla más. No tema, nos la llevaremos a Walworth, por las buenas o por las malas; y hasta entonces yo o una de sus hermanas se quedará aquí con ella.

Frances no pudo responder. Con un sentimiento de desesperación acompañó a la familia hasta la puerta y luego emprendió las tareas de la hora de acostarse. A su madre le inquietaba que las ventanas no estuviesen bien cerradas; tuvo que ir de una a otra comprobando los cerrojos de manera ostensible. Cuando por fin subió la escalera y vio que la puerta del dormitorio de Lilian seguía cerrada, hizo un alto y dudó en llamar; sólo la disuadió la idea de tener que hablar delante de Vera. Pero debieron de oír sus pisadas. Al cruzar el rellano oyó la voz de Lilian, fatigada pero clara —«Está ahí Frances, ¿no? ¡Ve a abrir!»—, y un momento después se abrió la puerta y asomaron los rasgos angulosos de Vera. ¿No le importaba a la señorita Wray? Tenía que ir al excusado. Tendría que haber ido mientras los demás estaban allí. Sería cosa de un minuto, pero no quería dejar a Lil sola...

Se llevó una lámpara y la alcoba quedó iluminada por una única vela con pantalla. Lilian estaba en la cama: se incorporó al ver a Frances y ambas se arrojaron a los brazos de la otra y se estrecharon con la respiración entrecortada hasta que los pasos dejaron de oírse en la escalera.

—¡Oh, Frances, ha sido tan espantoso!

Frances se soltó para mirarla con más atención, para tomar en sus manos la cara blanca de Lilian.

—¿Estás bien? ¡Estaba muerta de angustia! ¿Todavía sangras?

—Sólo un poco. No es eso. Es que no me dejan sola ni un minuto. ¡Sólo te necesito a ti! Se empeñan en que vaya a la tienda. Tú no querrás que vaya, ¿verdad?

—Claro que no.

—Han dicho que preferirías que me fuese.

—¿Cómo has podido pensar eso?

—No sé. No sé lo que pensar. Me han dado algo para dormir, pero... me ha dejado atontada.

Frances recordó el calmante que le habían dado. Giró la cara de Lilian hacia la luz de la vela y vio su mirada vidriosa. Sin embargo, el miedo en sus ojos era más grande que nunca. Agarró a Frances de las manos y le habló en un susurro apremiante.

—¿Qué crees que está ocurriendo, Frances? Lo que han dicho, la policía, me refiero... Lo saben, ¿no? ¿Que Len no se cayó? ¿Que alguien lo golpeó?

Frances le apretó los dedos.

—No lo saben con seguridad. Y no saben *quién* lo golpeó.

—¡Pero van a investigarlo! Hablarán con otras personas. Ya deben de haber hablado con Charlie. Sabrán que Len no estuvo con él anoche. Empezarán a atar cabos. Ese inspector... lo descubrirá, lo sé.

—No. ¿Por qué iba a hacerlo? Sólo están... elaborando hipótesis. *Nosotros* sabemos lo que ha sucedido. Somos las únicas que lo sabemos. Recuérdalo. Eso nos hace fuertes. Pero tienes que ser prudente cuando vuelvas a hablar con ellos. Debes tener cuidado. Tú y yo, las dos. ¿Lilian? ¿Me comprendes?

La mirada de Lilian se había extraviado. Era como la madre de Frances ahora, que en vez de mirarla a ella miraba las profundidades de su propia desdicha. Pero Lilian parpadeó y asintió.

—Sí. Sí, tendré cuidado.

—Al menos tienes al médico de tu parte.

Se sobresaltó.

—¿El médico? ¡No tengo que ver a ningún médico!

—El de la comisaría, Lily.

Su mirada volvió a enfocar correctamente.

—¡Oh, de eso parece que hace siglos! La enfermera ha visto que yo estaba sangrando y he tenido que decir algo para explicarlo. He hecho como si la sangre hubiera surgido de repente allí mismo. Por un momento he pensado que no me creían. El médico no paraba de decir que estaba muy pálida. Pero debe de haberme creído, ¿no? Si no, no me habrían dejado volver aquí.

—Sí, debe de haberte creído —dijo Frances—. Sí, seguro que sí.

No estaba segura. ¿Cómo podía estarlo? Y la incertidumbre había aflorado en su voz. Lilian aumentó la presión de sus manos y por un momento resurgió aquel pánico eléctrico —o, en todo caso, su posibilidad—; Frances lo sentía como una amenaza que podía interponerse entre ellas en cualquier momento.

Pero estaban tan agotadas que no persistió. Lilian cerró sus ojos hinchados y se le hundieron los hombros. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz débil.

—Ha sido horrible ver a los padres de Len. Querían hablar del bebé. Querían saber por qué Len no había dicho nada. He tenido que decir que lo manteníamos en secreto a causa de lo que ocurrió la última vez. Pero su madre me ha mirado de una forma... Ahora me odia más que nunca. Me echa la culpa. Sabía que me culparía. ¡Ah, ojalá pudiera dormir cien años!

Parecía tan enferma que Frances casi temió abrazarla otra vez. Pero no podían estar separadas: se fundieron en un fuerte abrazo como si, pensó Frances, el amor, la pasión, tuvieran el poder de solucionarlo todo.

—No me dejarás, ¿verdad? —susurró Lilian.

—No. ¡No podría!

—He pasado tanto miedo. Si por lo menos pudiera tenerte a mi lado nada de esto sería tan malo. Si pudiera... —Pero a través de sus palabras sonó claramente el ruido de la puerta trasera que se cerraba, y exclamó: «¡Es Len!», con agitación y alarma, y se zafó del abrazo como había hecho otras veces.

Durante un segundo Frances vio aterrada que Lilian lo creía. Luego ésta la miró a la cara, comprendió lo que había dicho y adoptó un semblante rígido. Se cubrió los ojos. Cuando Vera regresó estaba llorando.

Una vez en su propio dormitorio, Frances pensó que no podría conciliar el

sueño. Todavía había mucho en que pensar. Incluso era reacia a desvestirse. ¿Y si Lilian revelaba algo? Y además estaban las manchas en la alfombra, el cenicero encajado detrás del sofá: ¿no debería echar otro vistazo? Finalmente, agarrotada y dolorida, se puso el camisón, se subió a la cama y se lió un cigarrillo. Dejaría pasar media hora, pensó, y luego iría sin hacer ruido a la salita para cerciorarse de que todo estaba en orden.

Pero incluso antes de haber encendido el cigarrillo, cerró los ojos, se recostó en la almohada... y de pronto se vio en una casa desconocida cuyas paredes se desmoronaban. ¿Cómo había llegado allí? Lo ignoraba. Sólo sabía que tenía que impedir que el lugar se viniese abajo. Pero la tarea era un auténtico suplicio. En cuanto ponía un muro derecho el siguiente empezaba a inclinarse; pronto empezó a correr de un cuarto a otro, apuntalando techos que se combaban, reponiendo en su sitio los peldaños deslizantes de escaleras que se derrumbaban. Bregó sin descanso durante toda la noche; bregó sin pausa, evitando una tremenda catástrofe tras otra.

Despertó y estaba aún más oscuro. La lluvia había escampado –ya era algo–, pero una bruma se cernía justo delante de la ventana, como un velo sucio sobre el mundo. Las campanas del domingo repicaron como de costumbre, pero su madre, que había dormido mal, desistió de ir a la iglesia, y como ninguna de las dos tenía ganas de desayunar, se limitaron a sentarse a la mesa de la cocina con una tetera enfriándose entre ellas, demasiado aturdiditas para conversar, paralizadas por la situación.

Poco después se levantaron para ir al salón y, cuando atravesaban el vestíbulo, Lilian bajó a darse un baño. Caminaba paso a paso, firmemente apoyada en el brazo de su hermana.

Frances corrió a ayudarla. La madre, que se quedó atrás, dijo:

–¿Cómo se encuentra, señora Barber?

Su palidez seguía siendo cadavérica, aunque su mirada, para alivio de Frances, era menos turbia.

–Muy débil –respondió.

–Lo entiendo. Me alegro de que tenga alguien que la cuide –dijo, dirigiendo un asomo de sonrisa a Vera–. Pensaba ir al oficio matinal. Me habría gustado mucho rezar por usted. Pero hoy no me veo con ánimos. No importa, rezaré aquí.

Lilian bajó la cabeza.

–Gracias, señora Wray. Lamento que todo haya sido... tan horroroso.

–No debe pensar en eso. Tiene que conservar las fuerzas. Y si hay algo que Frances o yo podamos hacer díganoslo... ¿de acuerdo?

Lilian asintió, con lágrimas nublándole los ojos.

Pero hubo algo, pensó Frances, un poco forzado en aquel encuentro, una extraña falta de efusión por parte de su madre, a pesar de la amabilidad de sus palabras. Y cuando las dos entraron en el salón, la señora Wray se sentó y dijo, con un tono casi quejumbroso:

–¡La señora Barber tiene muy mala cara! ¿No sería más sensato que estuviera con su familia? ¿Por qué demonios no se la llevó su madre anoche?

–Lo intentó –dijo Frances mientras ponía astillas en el fuego–. Lilian no quiere irse.

–¿Por qué no?

–Quiere quedarse aquí.

–¿Pero por qué?

Frances alzó la mirada.

–Pues ¿por qué crees? Ésta es su casa.

La madre no respondió. Estaba sentada con las manos en el regazo, removiendo inquieta sus dedos blancos, como de papel.

La mañana transcurrió con arreglo a su pauta torcida. Frances aguardaba otra oportunidad de ver a Lilian a solas. Fuera, la neblina se espesó hasta el punto de que podría haber envuelto la casa. Dentro, Frances sentía como si el salón se fuera llenando con los suspiros de su madre. Hacia el mediodía, cuando llamaron a la puerta y al abrirla vio que era la señora Viney, acompañada de Netta, Min, el bebé Sidy y Violet, la hijita de Vera, se alegró sinceramente de verlas. Violet llevaba el cochecito de su muñeca y la ayudó a maniobrar para entrar en el vestíbulo.

Pero la señora Viney entró resoplando, más colorada que nunca. ¿La señorita Wray y su madre habían visto el *News of the World*? ¿No? Con una especie de lúgubre orgullo sacó el periódico de un bolso de tapicería que le colgaba del brazo y le enseñó a Frances una media columna algo emborronada y titulada: **ASESINATO EN CHAMPION HILL: MUERTE MISTERIOSA DE UN EMPLEADO.**

Ayer por la mañana temprano se produjo un terrible descubrimiento en Champion Hill, Camberwell. El cuerpo de Leonard Barber, residente en la calle de este respetable vecindario, fue hallado en un lugar solitario donde al parecer llevaba muchas horas. El señor Barber, empleado de una compañía de seguros, claramente había recibido un golpe contundente en la cabeza. Llamaron de inmediato a la policía y a un médico, pero sólo pudieron confirmar su muerte, y el cuerpo fue trasladado al depósito de cadáveres de Camberwell. Se dice que su viuda, la señora Barber, al ser informada de la muerte de su marido, sufrió un colapso que tuvo lamentables consecuencias.

Frances tuvo náuseas. ¡Ver el caso publicado de aquel modo, como un asesinato inequívoco; ver la referencia a Lilian; ver todo aquello allí, entre otro titular morboso, **FUGA DE UN CHICO**, y anuncios vulgares de calzoncillos largos para el invierno y de un remedio para el estreñimiento...!

–«Empleado de una compañía de seguros» –dijo–. ¿Cómo saben tanto ya? ¡Y «lamentables consecuencias»! ¿De dónde han sacado esto?

–¡Pues de nadie de mi familia, desde luego! –dijo la señora Viney–. Mi marido me ha dicho que ayer estuvo un fulano en la tienda haciendo preguntas. Le mandó con viento fresco, ¡y yo haré lo mismo si lo veo! Pero el problema es que las noticias vuelan. La gente habla; bueno, es la naturaleza humana. Hay una cosa que *me* agrada: mencionan que es una calle respetable. Nada más verlo le he dicho a Min: «Bueno, gracias al cielo que dicen esto, ¡aunque sólo fuera por la señorita Wray y por su madre!» ¿Verdad que te lo he dicho, Min? Aunque –añadió, bajando la voz– no se lo voy a enseñar a Lil. No le haría ningún bien, ¿no le parece? ¿La ha visto usted esta mañana, señorita Wray? ¿Está algo mejor? Es terrible perder a tu marido. Recuerdo que cuando murió su pobre padre, yo me trastorné. Salí a la calle corriendo en enaguas; ¡un hombre que vendía escobas tuvo que echarme agua en la cara!

Mientras hablaba guardó el periódico en su bolso y Frances vio en su interior paquetes abiertos de telas negras junto con un revoltijo de flores de seda negras, e hilos, cintas y tinte negros. Sí, dijo la señora Viney, advirtiendo la dirección de la mirada de Frances, aquella tarde tenían pensado coser ropa de luto para Lil. Habían revisado su ropero la víspera y, ¿puede creérselo?, entre todos esos colores que lleva apenas había un mísero retal negro.

Al oír movimiento en el piso de arriba se precipitó hacia delante.

–¿Estás ahí, cielo? ¡Somos yo y tus hermanas, querida!

Acometió renqueando la escalera.

Y así, una vez más, la casa se convirtió en una confusión de pasos, tablones que crujían y voces que se alzaban. Abrieron cajones en el dormitorio de Lilian. Hubo discusiones en la cocinita. Frances oyó llenar ollas y teteras que luego pusieron a calentar en el fogón; enseguida repiquetearon tapas sobre agua hirviendo, y el olor algo acre y salobre del tinte empezó a llegar a la planta baja. Lo reconoció con un escalofrío porque era uno de los olores, como el del caqui y el de algunos cigarrillos franceses, que asociaría por siempre jamás con los peores días de la guerra.

Pero no soportaba que toda aquella actividad la mantuviera apartada de Lilian; no por segunda vez. Ella y su madre tomaron un triste almuerzo, impropio del domingo, y la madre volvió a la butaca junto al fuego. Pero

Frances subió y llamó tímidamente a la puerta de la salita; sólo quería saber, dijo, si la familia necesitaba ayuda.

Ya habían empezado a coser: todas tenían sus piezas de seda negra en el regazo. Las cortinas de las ventanas estaban descorridas a medias –por respeto a Leonard, supuso–, pero las lámparas estaban encendidas, había altas pilas de carbón en la chimenea y las manchas de la alfombra pasaban inadvertidas en el batiburrillo general; la habitación seguía siendo acogedora a pesar de todo lo que había sucedido. Vera estaba en un extremo del sofá, con un platillo de colillas al alcance de su brazo. Min se encontraba a su lado, sentada con las piernas recogidas. Lilian estaba en la otra punta, la más cercana al fuego. Cosía con sus hermanas, pero dejó caer la labor y descansó la cabeza sobre un almohadón para mirar a Frances mientras Netta iba a buscarle una silla de la cocina.

La noche del viernes, pensó Frances, ella había ocupado el lugar que Min ocupaba ahora, con la mano de Lilian en la suya. El futuro de ambas había parecido real, próximo, palpable, a uno o dos palmos de sus dedos extendidos. Ahora, al devolverle la mirada a Lilian, vio que sus ojos oscuros y fatigados empezaban a llenarse de lágrimas, como si ella también hubiera tenido exactamente la misma visión. Se saludaron con un mínimo movimiento de cabeza, y se encogieron de hombros en una lamentación impotente. Si al menos, si al menos, si...

La niña estaba en una de las ventanas, dibujando formas en el cristal empañado. Se volvió hacia las demás.

–¡Se acerca un policía!

Frances la miró.

–¿A la casa?

La niña le respondió como si Frances fuera una imbécil:

–No, a la *luna*.

Y mientras Vera se levantaba para darle una bofetada, Frances pasó por delante de la niña y, tras desempañar un pedazo de cristal, vio en la acera a dos hombres que en ese momento levantaban el pestillo de la puerta del jardín. Reconoció de inmediato al sargento Heath. El otro hombre llevaba un abrigo ordinario, de color marrón, y un sombrero de fieltro que le ocultaba la cara. Pero cuando atravesaron el jardín inclinó hacia atrás la cabeza y ella vio sus labios y barbilla rosas de director de banco, sus gafas de acero. Era el inspector Kemp. La vio en la ventana y la saludó con la mano.

No pudo detectar nada en la expresión de ambos cuando les abrió la puerta. Y su tono, cuando hablaron, era tan anodino como siempre. Sólo querían hablar un momento con la señora Barber. Daban por sentado que estaría en casa, ¿no?

Ella les indicó con un gesto la escalera, fue a ver cómo estaba su madre y los siguió hasta la salita de arriba.

Las telas negras de la costura habían sido recogidas a toda prisa. Lilian se había desplazado al borde del sofá y se alisaba nerviosamente el pelo.

–Espero que se encuentre mejor –dijo el inspector, después de haber intercambiado un saludo escueto–. Hoy no le robaré mucho tiempo. Pero le agradecería que me dedicase unos minutos. Me gustaría comunicarle los progresos que hemos hecho en el caso.

Parecía bastante amable. Una vez más, sin embargo, Frances tuvo la impresión de que su afabilidad era superficial o, peor aún, una estrategia concebida para que Lilian se relajara y así fuera más fácil embarullarla. Durante el minuto o dos que tardaron en traerle una silla, Frances lo vio pasear la mirada por la habitación y tomar buena nota de todo. Cuando Sidy se despertó y empezó a llorar y hubo que columpiarlo en la rodilla de Netta, Kemp aguardó pacientemente de pie en la alfombra de la chimenea, mirando educadamente los objetos que había en la repisa: los elefantes, el buda, la pandereta, el carromato de loza...

Los aullidos de Sidy se calmaron y la salita recuperó la paz. Frances se quedó junto a la puerta, sentada en una silla de la cocina; el sargento Heath ocupó la otra, entre Netta y la señora Viney. El inspector tomó asiento en el sillón, enfrente de Lilian y al costado del fuego. Se sentó sin recostarse ni quitarse el abrigo, con los codos sobre las rodillas separadas y el sombrero colgando de sus dedos rechonchos.

–Bueno –dijo, dirigiéndose a Lilian–, me figuro que habrá leído los periódicos de la mañana. Me habría gustado hablar con usted antes de haber hecho nuestra declaración a la prensa, pero ayer por la noche nos pillaron un poco desprevenidos; debo disculparme por ello. Me temo que lo que dicen es verdad. Hemos tenido sospechas desde el principio, como usted sabe. Pero ahora no queda la menor duda de que se trata de un asesinato.

El corazón de Frances pareció perder pie. Durante todo aquel tiempo, pese a todo, había albergado la pequeña, la persistente esperanza de que una

incertidumbre excesiva impidiese que la policía sustentara la idea de un crimen, que pronunciara la *palabra* misma. Lilian debió de sentir lo mismo: cerró los ojos y se puso tensa, como si fuera incapaz de contestar. Min, sentada a su lado, le dio una torpe palmada de consuelo. Netta acercó más a Siddy. La niña, que se había sentado en un puf con las piernas cruzadas, juntando retales de telas negras, percibió el revuelo y levantó la cabeza.

Sólo los hombres estaban inmóviles: quietos y vigilantes, pensó Frances. Y en parte por desviar su atención de Lilian, que permanecía en la misma postura fija e inerte, se aclaró la garganta y dijo:

—¿Cómo pueden estar seguros?

El inspector se volvió a mirarla.

—Lo ha confirmado nuestro forense, el señor Palmer.

—Sí, pero ¿cómo?

—Bueno, hay algunos detalles. La naturaleza de la herida y demás... Pero no quisiera perturbar a la señora Barber insistiendo en la cuestión.

Pero tenían que saberlo, pensó Frances. Tenían que saber lo que la policía había descubierto. Y, de nuevo, Lilian debió de pensar lo mismo, porque dijo:

—Quizá sea mejor que me lo diga. Tendré que saberlo en algún momento, ¿no?

El inspector entonces miró a la niña de un modo elocuente. Vera dijo, con suavidad:

—Vi, llévate a Siddy al cuarto de al lado y enséñale los frascos de perfume de la tía Lily, sé buena chica.

Violet hizo una mueca.

—No quiero.

—¡Te lo llevas ahora mismo o se armará una buena! El sargento te tiene echado el ojo, mira.

Violet miró de soslayo al sargento Heath, a medias dubitativa y a medias temerosa, y se deslizó del puf, cogió a Siddy de los brazos de Netta y se lo llevó, disgustada, fuera de la habitación.

—Bueno —empezó el inspector, cuando la puerta se cerró de un portazo detrás de la niña—, se trata de la clase de heridas que se producen en función del golpe que recibe el cráneo de un individuo. Un hombre se cae, por ejemplo, y se golpea la cabeza: se produce un tipo de herida muy preciso. Pero un hombre al que golpean con un martillo, pongamos..., bueno, la herida que se produce es muy distinta. Al señor Palmer le alertaron de inmediato la

aparición de la fractura y la dirección en que la sangre había impregnado la ropa del señor Barber. Después de un examen completo descubrió que, a juzgar por los daños causados en el cerebro... En fin, descartó cualquier sombra de duda.

Mientras hablaba no apartó la mirada de Lilian. Ella había bajado los ojos, pero su pecho había empezado a palpar. *Quiere mirarme*, pensó Frances, capaz de captar el tirón de su miedo y que, en respuesta, se estaba asustando a su vez. Le suplicó, en silencio: ¡*No, no!* ¡La mirada lo delataría todo!

Pero entonces la señora Viney se inclinó hacia delante. Enfocando al inspector con sus ojos sin pestañas, con un asomo de desafío en el crujido de sus ballenas, dijo:

–*Cómo* lo han hecho es una cosa. ¿Puede usted decir *quién* lo ha hecho?

Al cabo de un segundo, Kemp se recostó.

–No, todavía no. Pero confiamos en encontrar al asesino. Habrá visto a nuestros hombres subiendo y bajando la calle. Estamos atando cabos, una cosa cada vez. El lugar del crimen, por desgracia, no proporciona muchas pruebas. Uno o dos detalles interesantes en el abrigo del señor Barber, pero aparte de ellos y de una huella...

–¿Una huella? –repitió Frances.

–Han descubierto una huella entre la sangre que había en la pechera del señor Barber. Lamento decir que no sirve de gran cosa. Ha estado demasiado tiempo bajo la lluvia. Podría pertenecer al señor Barber o podría haber llegado allí a causa de un forcejeo. Le tiraron de la ropa y no llevaba el sombrero puesto cuando recibió el golpe, lo que nos sugiere que luchó con su atacante antes de morir.

De modo que Frances había estado en lo cierto con respecto a la ropa. Pero la huella... era tan mala noticia como lo de la herida en el cráneo. Debió de dejarla en la camisa de Leonard cuando ella trataba de arreglarle la ropa en la oscuridad. Tuvo una súbita conciencia de sus propias manos, se vio obligada a reprimir el impulso de apretarlas, de esconderlas. ¿Habría cometido otros errores? ¿Qué diablos eran aquellos «detalles interesantes» en el abrigo de Leonard?

Percibió de nuevo la llamada del miedo de Lilian, y esta vez pareció que el suyo propio se expandía a través de la habitación para ir al encuentro del de Lilian. Arriesgando una mirada al sofá, la vio con la cabeza gacha y una mano delante de la cara y los labios separados; el inspector Kemp había

empezado a hablar de las declaraciones que él y el sargento Heath habían recogido la víspera. Dijo que había hablado con varias personas de los seguros Pearl que confirmaron que Leonard había salido del trabajo el viernes a la hora habitual. Y habían hablado largamente con el señor Wismuth, «que, naturalmente, era de un interés especial para nosotros porque podía ayudarnos a reconstruir los movimientos del señor Barber justo antes de su muerte».

Al oír el nombre de Charlie, Lilian cerró brevemente los ojos. Frances sabía que se estaba preparando para lo que vendría a continuación. Rozándose la frente con los dedos, alzó la vista hacia el inspector y dijo, con una voz débil y valiente:

—¿Qué le dijo Charlie?

Kemp buscó algo en su bolsillo.

—Oh, nos ha sido muy útil; nos dio una buena noción de las diversas franjas horarias de la noche. El señor Wismuth vio por última vez a su marido... Déjeme ver. —Sacó una libreta, localizó una página y también Frances se preparó para la revelación—. Sí, la última vez que lo vio fue justo después de las diez. Estuvieron bebiendo juntos en la City, yendo de una taberna a otra. No se acuerda de en cuál se separaron, lo cual es una lástima, por supuesto; estamos enviando agentes a todas las tabernas probables en busca de testigos. Pero recuerda muy claramente que se despidió de su marido en la parada del tranvía de Blackfriars, justo después de la hora del cierre. Por tanto, suponiendo que subiera sin percances al tranvía, y teniendo en cuenta la distancia del trayecto desde Blackfriars a Camberwell, calculamos que llegó aquí alrededor de las once menos cuarto. Hora a la cual usted, señora Barber, ya dormía. ¿No es lo que nos dijo ayer?

Lilian tenía aún la cabeza gacha y la mano delante de la cara; había estado mirando a Kemp a través de los dedos. Ahora bajó la mano.

—Sí.

—Y la señorita Wray y su madre —prosiguió el inspector, haciendo un gesto hacia Frances— también estaban acostadas a esa hora. ¿Lo cual fue quizá la razón de que el señor Barber se tomara la molestia de dar la vuelta andando hasta la vereda de atrás? ¿Para no molestarlas demasiado a ustedes? ¿Se le ocurre algún otro motivo?

Incapaz de responder, Lilian negó con la cabeza.

—Bueno —dijo él, al cabo de un segundo—, es una gran pena que lo hiciera,

porque debieron de matarle más o menos inmediatamente. El doctor Palmer dice que el cuerpo estuvo tendido en la vereda durante más de ocho horas. Es posible que se topara con un ladrón; fue una de nuestras primeras hipótesis. Pero dado que su cartera estaba intacta hemos descartado el robo por el momento. En su lugar estamos estudiando la teoría de que fue perseguido o atraído hacia la vereda por una persona o personas desconocidas, que o bien lo asaltaron con la intención de matarlo o lo dejaron inconsciente de un golpe tras un altercado. El golpe fue feroz, eso lo sabemos, y se lo asestó por detrás un atacante diestro y no demasiado alto. La muerte debió de ser casi instantánea: al parecer la hemorragia cesó muy poco antes de que cayera al suelo. El instrumento era romo; un tubo o un mazo, diría yo. Lo hemos estado buscando en jardines y sumideros, sin éxito hasta ahora. Pero lo encontraremos, ya verá; y nos llevará directamente hasta nuestro hombre.

Todo esto se lo dijo a Lilian, mirando de vez en cuando alrededor de la habitación para involucrar e impresionar a las demás, y Lilian lo miraba como hipnotizada mientras él hablaba. Pero en cuanto Kemp guardó silencio ella cambió de postura y miró a Frances mientras lo hacía, y hubo un destello de algo entre las dos: en parte de aprensión, en parte de desconcierto. Pues ¿por qué diantres, pensó Frances, Charlie Wismuth había dicho que había estado con Leonard hasta después de las diez? A las diez de la noche Leonard ya estaba muerto y yacía en la vereda. A las diez ella estaba haciendo trizas el espeluznante almohadón amarillo. ¿Leonard no le había dicho a Lilian que Charlie había tenido que marcharse temprano; que sólo tenían tiempo para un par de cervezas? Pero ¿por qué mentiría Charlie?

Nuevamente fue la señora Viney la que habló primero.

—¡Pobre Lenny! No se merecía esto, ¿verdad? Que lo golpearan por detrás de ese modo. No, nadie merece eso. ¡Y no era un hombre pendenciero! Eso es lo que no comprendo. ¿Por qué se metería en el camino con un canalla así?

—No se metió allí con él —dijo Vera, con un tono crispado y paciente—. El inspector dice que alguien debió de seguirle.

—¿Seguirle?

—Ir detrás de él, en silencio.

La señora Viney pareció indignada.

—¡Oh, eso es una sucia jugarreta!

El inspector Kemp dijo que era una de sus teorías, de todos modos. Y

repitió lo que había afirmado sobre el tubo o el mazo: que estaban seguros de que aparecerían y entonces el caso ya estaría medio resuelto.

–Un asesino profesional, ya ve –dijo–, o un hombre acostumbrado a la violencia: sabe cómo utilizar un arma. Tiene compinches a los que pasársela. Pero no estamos buscando a un asesino profesional. Creemos que nuestro hombre es alguien más formal. Alguien de costumbres regulares.

–¿Costumbres regulares? –exclamó la señora Viney–. ¿Cuando va matando a gente en la oscuridad? Yo creía que estaban buscando a un antiguo soldado. ¿No era uno de ellos el que atacó a Lenny aquella otra vez?

–Bueno, por supuesto –dijo el inspector–, sobre aquel incidente sólo existía la palabra del señor Barber. Podría haberse equivocado. El hecho es que no le robaron nada, ni aquella vez ni esta otra...

–El hombre quizá se proponía robarle y se asustó –dijo Vera.

–O puede que oyera un ruido... –intervino Netta– o vio que se acercaba alguien...

–Sí, es posible –respondió el inspector, con el tono educado y paciente, pensó Frances, que reservaba para los entusiastas de las novelas de misterio–, pero... –Tamborileó con los dedos sobre el ala de su sombrero–. No sé. Hay algo raro en este caso. Cuando llevas en la policía tanto tiempo como el sargento Heath y yo, desarrollas el «olfato». Y ahora mismo mi olfato me dice que no fue un acto cometido a sangre fría; que fue obra de una persona que guardaba rencor al señor Barber, que tenía una cuenta pendiente con él o algún motivo para querer quitarlo de en medio. Y una persona así, con el arma utilizada en la mano..., lo primero en que piensa es en deshacerse de ella. Lo segundo es en llegar a casa lo más pronto posible. Esto también nos favorece. No tiene dónde esconderse, ¿entienden? Tiene vecinos, tiene familia, gente que lo ve ir y venir. Algunos familiares podrían protegerlo un tiempo. Puede que tenga una mujer, una hija, una novia, alguien que cree que su deber de enamorada es callar lo que sabe. Pero no lo creerá mucho tiempo, si tiene algo de juicio. Tarde o temprano se presentará ella misma..., cuanto antes mejor, desde luego, desde el punto de vista de su propia seguridad.

De nuevo hizo unos gestos dirigidos a la señora Viney, a las hermanas y a Frances. Pero sin lugar a dudas era a Lilian a quien hablaba e, inclinándose hacia delante, fijó su mirada en la de ella.

–Me temo que sus pensamientos no eran del todo claros ayer, señora Barber. En estas circunstancias nadie habría esperado otra cosa. Pero desde

entonces ya ha tenido tiempo para reflexionar, y tengo que preguntarle lo que le pregunté una vez, por si se le hubiese ocurrido algo. ¿Tiene usted idea de quién pudo haber matado a su marido?

Lilian lo miró de nuevo como hipnotizada, pero movió la cabeza:

—No.

Él la apremió.

—¿Ni la menor idea?

Ella apartó la mirada.

—¡No! Nada de esto tiene sentido para mí. Es como una pesadilla, nada más.

Él se recostó en el sillón, le pareció a Frances, como si no estuviera totalmente satisfecho con lo que había oído, pero con un aire de paciencia, de cálculo, de estar preparado para aceptarlo de momento... O quizá eran imaginaciones suyas. ¿Qué podía saber el inspector? ¿Hasta qué punto hacía conjeturas? Había hablado con confianza, hasta con suficiencia; pero su versión del caso había sido una confusa mezcla de hechos y fantasías, a veces acercándose al meollo del asunto, la mayoría de las veces alejándose enormemente de él. En cuanto a lo que había dicho del hombre, el rencor, la cuenta pendiente...

De repente asimiló las consecuencias de sus palabras y por primera vez en días sintió que disminuía su inquietud, como si se aliviara la presión en su cerebro. Ella y Lilian no habían conseguido hacer pasar la muerte de Leonard por un accidente: muy bien. Pero ¿acaso no era aquello un mal menor? El inspector podía buscar a su hombre eternamente. No podía atrapar a alguien que no existía...

Emergió de sus pensamientos y lo oyó hablar de la investigación judicial. Se abriría a la mañana siguiente en la oficina del juez instructor, pero sería una audiencia relativamente breve, dijo, ya que el caso se había convertido en una investigación por asesinato; pediría un aplazamiento al juez, el señor Samson. Pero aun así agradecerían que asistiera la señora Barber —«y usted y su madre también, señorita Wray, me temo»—, por si el señor Samson deseaba interrogarlas. Lamentaba decir que debían prepararse para el notable interés que suscitaría en la prensa la muerte del señor Barber, y esperaba que no les causara molestias. Por descontado, la señora Barber debía comunicar al sargento Heath o a uno de sus agentes si algún reportero la importunaba.

—Ahora que se encuentra un poco mejor —le dijo, levantándose del sillón—,

me gustaría repasar su declaración con usted y aclarar unos pocos puntos sobre los que todavía tenemos dudas. También me gustaría que me diese permiso para inspeccionar las pertenencias de su marido; los bolsillos de su ropa, por ejemplo; cualquier papel o cajas personales.

Aguardó. Lilian levantó los ojos hacia él.

—¿Quiere hacer todo eso ahora?

—Se lo agradeceríamos mucho. ¿Habrá quizá otra habitación donde podamos ir para no molestar a su familia? Ah, y hay otra cuestión —añadió cuando se puso en pie, vacilante—. Es más bien íntima; lo siento. Pero creo haberle mencionado el abrigo del señor Barber, ¿no? Lo han examinado los analistas de Scotland Yard y han encontrado una serie de pelos que no pertenecen en absoluto a su marido. Yo diría que algunos pelos sueltos se pegaron, como suele suceder, pero como parece haber habido una pelea antes de que el señor Barber muriese es posible que uno o dos procedan de su agresor. Ayudaría a nuestra investigación descartar los que hayan podido adherirse al abrigo mientras la prenda estaba aquí, en la casa. ¿Podría pedirle que proporcione una muestra de su propio cabello? Bastarán media docena de pelos recogidos de un peine o un cepillo. —Después, inesperadamente, miró a Frances—. ¿Podría pedirle lo mismo a usted, señorita Wray? Los cabellos encontrados son todos castaños o negros, o sea que no hará falta molestar a su madre, creo.

Frances tardó un momento en poder responder. La pregunta había suscitado una conmoción de recuerdos en sus músculos y su piel: los dedos de Leonard clavados en su axila, el empujón y el peso de su cuerpo cuando los dos se tambaleaban sobre la alfombra, aquella alfombra, allí mismo, con las manchas de sangre todavía en ella. Se sonrojó y sintió que le ardía el punto de la cara en que la mejilla de Leonard había raspado la suya. «Sí, claro», dijo. Bajó la cabeza y salió de la habitación. Pero luego, una vez en la suya, se quedó plantada delante de la cómoda con el cepillo temblando en la mano. No quería hacerlo. No podían obligarla, ¿no? Tuvo que forzarse a liberar los pelos del enredo enganchado en las cerdas. Y cuando, ya en el rellano, se los entregó al sargento Heath, éste ya tenía un sobre preparado, con su nombre escrito en él, y ella tembló de nuevo.

Al volver a la salita, las mujeres la miraron, impresionadas.

—¡Scotland Yard! —dijo la señora Viney—. ¿Alguna vez lo habría imaginado, señorita Wray? ¿No es maravilloso cómo lo recomponen todo?

Pero fíjese cómo revisan las cosas de Lenny. Asesinato o no, a mí no me gustaría que husmearan en las cosas de mi marido, ¿y a ti, Netta? –Ladeó la cabeza. Lilian había llevado a los hombres al dormitorio y estaba murmurando algo con ellos—. Pero tienen que hacerlo, supongo, si sirve para sus investigaciones. Oh, pero ¿no se le ha revuelto el estómago al oír todo lo que han dicho sobre el cerebro del pobre Lenny?

La niña había regresado a la habitación envuelta en una nube de agua de colonia. Descargando a Sidy, que se retorció, en el regazo de su madre, dijo:

–¿Qué han dicho del cerebro del tío Lenny?

La señora Viney puso una cara triste.

–Han dicho que tenía una magulladura muy grande.

–¿Cómo lo saben?

–La han visto los médicos.

–¿Cómo la han visto?

–Pues...

Vera extendió la mano hacia sus cigarrillos.

–Le han abierto la cabeza, ¿no?

Min chilló. Netta protestó. La niña pareció horrorizada y encantada a la vez.

–¿De veras, mami? ¿Se la han abierto, abuelita?

–¡Pues claro que no! –dijo la señora Viney.

–¿Entonces cómo lo han hecho?

–Oh, pues... El médico tiene una lámpara especial, supongo, y la ha encendido dentro del oído del tío Lenny.

Al oír esto, Violet se apoderó de un lápiz de labios del bolso de su madre y, pretendiendo que era la lámpara del médico, empezó a ir de una persona a otra diciendo que tenía que introducísela en los oídos para verles el cerebro. Frances se prestó al examen ladeando la cabeza y recogiendo el pelo. Pero lo hizo distraídamente, mirando a Vera, porque ésta, tras haberle ofrecido su tabaco, se había levantado del sofá para llevar el platillo de colillas al fuego de la chimenea y tirar su contenido a los carbones; pero en vez de volver a su sitio había dejado el platillo en el manto y miraba alrededor en busca de algo. El corazón de Frances empezó a latir cada vez más fuerte cuando la vio encaminarse hacia el sofá y mirar por encima; la observó deambular por la salita, buscar en las sombras debajo de la mesa. Ya sólo le quedaba un lugar donde mirar. Fue al sofá, miró detrás y... oh, Dios, allí estaba. Vera estiró un

brazo musculoso, adornado con pulseras, en el hueco entre el sofá y la pared, sacó el cenicero de pie y, con un gruñido de satisfacción, lo puso directamente encima de la alfombra.

Frances contempló el objeto con unos ojos que, durante un momento, parecieron incapaces de cerrarse. En la base del cenicero había una marca de chamusquina en el punto en que Frances lo había expuesto a las brasas. Y a pocos centímetros de donde Vera había dejado el cenicero veía ahora una de las manchas de la alfombra. Sintió que la aferraban de nuevo los dedos de Leonard, la rozadura de su mejilla. La violencia, el horror... seguían allí, en aquella habitación acogedora. ¿Nadie más lo notaba?

Pero Netta, Min y la señora Viney estaban manoseando al bebé, Vera arrancaba una llama de un mechero de mujeres y nadie prestó atención al cenicero; nadie salvo la niña, que lo rodeó dando saltos, con el lápiz de labios entre los dedos como una coquetuela. Ahora ya no tenía una lámpara de médico, anunció, tenía un cigarrillo; no, tenía un puro. Y durante los minutos siguientes hizo una simulación sofisticada de que aspiraba la punta del lápiz y luego dio con él unos golpecitos en el recipiente de imitación bronce.

Cuando Lilian y los policías salieron del dormitorio, ella se quedó en la entrada y, al ver el cenicero, la sangre que le quedaba en la cara pareció retirarse. Tenía tan mal aspecto que su madre lanzó un grito al verla y el inspector Kemp dijo que lamentaba haber retenido a la señora Barber tanto tiempo.

—Pero —añadió, arqueando las cejas hacia el sargento Heathcree que tenemos todo lo que necesitamos por ahora, ¿no?

Frances vio que el sargento asentía. Se estaba guardando en el bolsillo un fajo de cosas: cartas y papeles, quizá un billete de tren... Estaba demasiado lejos para verlo bien. El inspector avanzó para coger su sombrero. Al pasar junto a Violet, al lado del cenicero, le dio una palmadita cordial en la cabeza.

—Fumando como una dama, ¿eh? ¿Qué clase de cigarrillo es, un Player's?

—Es un De Reszke —contestó ella, a su manera categórica.

—¡Ah! ¿Sí, eh?

Riéndose, él y el sargento salieron al rellano. Frances se levantó para acompañarlos, pero ellos le indicaron con un gesto que no se moviera. Conocían la salida, le aseguraron. Ya la habían incordiado bastante...

Cuando sus pasos se apagaron en la escalera, miró a Lilian.

—¿Estás bien?

Ella asintió, con la cabeza gacha.

–Sí, sí, estoy bien. Me han preguntado las mismas cosas, una y otra vez. Pero tengo..., necesito ir al retrete. Lo necesito desde que han llegado. ¿Dónde están mis zapatos?

Su madre los encontró y se los dio.

–¡Pero no vayas sola! ¡No con asesinos rondando por ahí! Que te acompañe alguien. Ver...

–Estoy bien –dijo Lilian. Parecía nerviosa–. Déjame tranquila.

–¿Que te deje tranquila?

Frances dio un paso adelante.

–Yo acompaño a Lilian, señora Viney.

–Oh, señorita Wray, ¿está segura? Es usted muy amable.

–Sí –dijo Lilian–, déjame bajar con Frances. Es la única que no me atosiga. ¡Es insoportable! Que me acompañe Frances.

La acritud de su tono hizo llorar a Siddy. Lilian se llevó una mano a la frente y agarró del brazo a Frances; dejaron a las hermanas atendiendo al bebé y bajaron la escalera en silencio.

Cuando estuvieron en la cocina con la puerta cerrada se desplomó en una silla, se sirvió de los brazos como almohada en la mesa y dejó caer la cabeza.

Alarmada, Frances se sentó a su lado.

–¿Qué ha pasado? ¿Qué te ocurre?

Lilian sacudió la cabeza sin alzarla y respondió con un murmullo:

–Nada.

–¿Qué te ha preguntado el inspector, realmente?

–Todo tipo de cosas. Todas sobre Len y yo. Adónde vamos, qué hacemos, qué amigos tenemos; cosas así. Pero algo no va bien, Frances. Me ha hecho un montón de preguntas sobre *Charlie*. ¿Has oído lo que le dijo Charlie de la noche del viernes?

Frances asintió.

–¿Por qué diría eso?

Escondió la cabeza otra vez.

–No lo sé.

–Mentir así. No tiene sentido, a no ser que..., bueno, a no ser que tenga algo que ocultar. ¿Algo que le oculta a Betty? ¿Crees que sale con otra chica? Debe de ser eso, ¿no? –Y luego, como Lilian no respondió–: ¡Dios! Es un lío más grande que antes. ¿Y qué se ha llevado el sargento?

–No lo sé muy bien. Todo eran cosas de Len. Oh, ha sido espantoso tener que pasar por esto. Y lo que han dicho de su... cerebro. Ha sido casi peor que verlo, ¿no? –Lanzó una mirada a la puerta. Su postura escorada agregó una capa de tensión y urgencia a su voz—. ¿Qué han dicho de la herida? ¿Que fue feroz? ¿Cómo pueden decir eso? No lo saben. ¡No estaban allí! ¡Lo están transformando en algo distinto!

Frances la agarró de la mano.

–Pero eso es lo que queremos, ¿no? Da igual en qué lo transformen, con tal de que no piensen en nosotras. Da igual lo de Charlie. Hasta podría ayudarnos, por una cuestión de los tiempos. Si creen que murió a las once..., bueno, mi madre estaba aquí entonces. Sabe que tú y yo estábamos acostadas.

–Pero se han llevado esos cabellos.

–Los cabellos no prueban nada.

–¡Y deben de haber visto el cenicero! ¡Oh, Frances!

Ella le apretó los dedos.

–Pero no están buscando un cenicero. Buscan un tubo o un mazo. Buscan a un *hombre*. ¿No ves lo que significa eso? *Significa que lo hemos conseguido*. Todo este asunto horrible..., significa que ha valido la pena. Que ha funcionado.

Lilian la miraba sombríamente, pero empezaba a asimilar lo que le estaba diciendo.

–¿Tú crees? ¿De verdad?

–Lo creo, por el momento. Debemos tener cuidado todavía, pero... sí, lo creo, por el momento.

Parte de la tensión se borró del semblante de Lilian. Pero cuando volvió a hablar lo hizo con un cansancio enorme.

–Casi no me importa ya. Me importa por ti, pero no por mí. Me importa por nosotras, quiero decir. Por lo que planeábamos. Pero...

–Todo sigue en pie.

–Anoche no dejé de soñar con Len. Me despertaba, extendía la mano y Vera estaba allí y yo creía que era él y...

Se estremeció y no pudo terminar.

Al cabo de un largo rato de silencio, se levantó con esfuerzo.

–Más vale que no tarde demasiado o creerán que me he desmayado. Tengo que ir con urgencia al excusado. Todavía sangro un poco. Todavía estoy dolorida. ¿Me... me acompañas fuera?

Lo preguntó como avergonzada. Y en cuanto Frances le abrió la puerta vaciló en el escalón. Debió de haber pensado, al igual que Frances, en los viajes que habían hecho allí el viernes: en el angustioso trayecto renqueando hasta el excusado y luego, unas horas más tarde, en la oscuridad, la premura, la tensión y el terror... Cruzó rápidamente el patio y después se dejó escoltar por Frances deprisa, para guarecerse del frío. En la cocina se abrazaron y Frances notó que temblaba como una hoja.

Pero enseguida se tranquilizó.

–Volveré sola. Podría parecer raro si nos ven juntas demasiado tiempo.

Frances le retenía las manos. Extrañamente, se sentía casi eufórica.

–¡No quiero separarme de ti!

–Yo tampoco. Pero a veces es peor estar contigo delante de ellas que no verte. ¿No te pasa a ti?

–No. Yo no soporto no estar contigo.

–A mí me pone nerviosa. Siguen empeñadas en que vaya a la tienda con ellas. Quizá debería ir, Frances.

–¿Qué? ¡No, no debes!

–No comprenden por qué quiero quedarme aquí. No puedo decir que es por ti... Oh, ¡ojalá pudiéramos estar juntas a solas! Me da la impresión de que ya no será posible. Está la investigación y luego el entierro; ¿y qué pasará después?

–No pienses en eso todavía. Te amo. ¡Te amo! Es lo que tienes que pensar.

Lilian volvió a arrojarle a los brazos de Frances.

–Oh, yo también te amo.

Pero de nuevo tenía las facciones pálidas de cansancio y no se estrechó contra Frances como lo había hecho la noche anterior. Hasta le había desaparecido el temblor. Una vez más se liberó del abrazo para dedicar un momento a arreglarse. Se apoyó en Frances hasta el pie de la escalera y desde allí subió impulsándose sola.

En esta ocasión fue su madre la que se quedó con ella durante la noche, mientras las hermanas y los niños se marchaban a su casa. La señora Viney era menos observadora que Vera, pero su presencia se notaba más en la casa porque hacía ruido, barría y ordenaba, emitiendo ráfagas de canciones sentimentales con un temblor de music-hall en la voz. Cuando Frances subió, a las nueve y media, la encontró en la cocinita, ya preparada para ir a

acostarse, con el pelo teñido de henna suelto sobre los hombros y una veta gris de varios centímetros de ancha en la raya en medio; por debajo del dobladillo del camisón sus tobillos sin medias sobresalían como dos grandes clavijas. Sin embargo, le gustaba demorarse y charlar, mientras calentaba el agua para la botella de Lilian, obsequiando a Frances con historias de otras catástrofes de la familia. Había habido muchos partos difíciles, muertes repentinas, maltratos, escaldaduras. A una prima de las Midlands un telar le había arrancado el cuero cabelludo... Pero nunca había habido un asesinato, concluyó con un suspiro, enroscando el tapón de goma. No, hasta ahora en la familia no habían asesinado a nadie.

A Frances casi le apenó despedirse de ella. Persistía su estado de ánimo anormalmente optimista. Acostada en la cama con los ojos abiertos, repasaba una y otra vez la visita del inspector, con la mente girando como un motor a toda velocidad.

La sensación perduraba incluso a la mañana siguiente. A las seis y media ya se había levantado, a las siete se había lavado y vestido, resuelta a prepararse para cualquier eventualidad que pudiese deparar el día. A los chicos con ojos como platos que le entregaron el pan y la carne les habló de un modo seco y poco alentador. Cuando llegó el *Times* lo recorrió en busca de una mención del caso y sólo encontró un informe, breve, muy breve; habían escrito mal el apellido de Leonard: «Bamber.» El periódico abundaba en sucesos acaecidos en Turquía y Grecia. Publicaba una crónica de una matanza en Esmirna. Era la clase de malas noticias que normalmente rehuía, desesperanzada. Ahora las aprovechaba como algo real, importante, no como el mosaico de errores garrafales y conjeturas policiales en que se había convertido aquel hecho fantasmal, aquel asesinato imaginario en Champion Hill.

Pero a las nueve volvió Vera para ayudar a preparar a Lilian para la investigación judicial. Una hora después, las cinco se pusieron en marcha; y a partir de entonces el ánimo de Frances perdió parte de su empuje. El día era frío y ventoso. El trayecto era el que Lilian y ella habían recorrido para identificar el cuerpo de Leonard, pero esta vez lo hicieron andando: debían de formar un grupo singular, bajando la calle con el paso fuerte que marcaba la señora Viney. La gente que iba de compras se paraba a mirarlas; también las observaron en las callejuelas de humildes viviendas más allá del Green. Y a medida que se aproximaban a la oficina del juez de instrucción, descubrieron

que se había congregado un gentío, personas que habían oído hablar del caso y, atraídas por el horror y el glamour de un asesinato, habían acudido simplemente a fisgonear. Se abrieron paso entre ellas, nerviosas. Pero luego se produjo la confusión de la llegada al edificio mismo: había periodistas que empezaron a hacer preguntas, todos gritando el nombre de Lilian. Cuando Frances divisó al inspector Kemp sintió un soplo de puro alivio; extrañamente, allí era como un aliado. Las llevó por un pasillo a una sala con paneles atestada de gente. Reconoció algunas caras: el agente Hardy, el padre de Leonard, Charlie Wismuth y Betty. Hubo unos minutos más de indecisión: esta vez, sobre dónde sentarse. Finalmente un empleado condujo a Lilian a un lugar desocupado junto a la silla del juez instructor mientras Frances y su madre se quedaban con la señora Viney y Vera, al lado de un hombre que se presentó como el superior de Leonard en la compañía Pearl.

Decidió que todo aquello era como una boda de pesadilla en la que Lilian representaba el papel de novia infeliz y Leonard el de novio eternamente plantado, y en la que ninguno de los invitados quería estar allí ni sabía muy bien qué hacer. Hasta el juez, el señor Samson, se parecía un poco a un vicario, con su mentón hundido y los labios siempre mojados. Tomó asiento, escrupulosamente, en su sillón y entraron los jurados. El inspector Kemp se levantó para hacer una exposición de los hechos y el forense de la policía habló brevemente de la naturaleza sospechosa de la herida, pero la otra y única testigo que declaró fue Lilian. Era una tortura tener que observarla desde la distancia cuando ella se puso en pie, tan pálida como el marfil, con su figura empequeñecida por el relumbrón de los paneles de la sala. Le pidieron que dijera su nombre y su relación con el difunto y que confirmase que había identificado el cadáver. Habló con una voz casi inaudible, con la mano enguantada asida a una mesa contigua para tranquilizarse. El sombrero de terciopelo oscuro se lo había prestado Vera. Por el cuello abierto de su abrigo se vislumbraba una franja de ganchillo de aspecto tiznado: Frances advirtió que llevaba su vestido de color ciruela, pero teñido de negro.

El juez declaró que el procedimiento quedaba aplazado hasta que se conociera el resultado de la investigación policial, y despidieron a todas las mujeres convocadas. De nuevo aquello se asemejaba a una boda: la brusca exención de ceremonias, la confusión acerca de lo que vendría a continuación. Pero esta vez todos fueron arrojados al estrecho pasillo. El hombre de los seguros Pearl se acercó a Lilian para decirle lo atónitos que

estaban en la oficina. El padre de Leonard abordó a Frances y a su madre para intercambiar algunas palabras con ellas. «¡Pensar que gente como nosotros se vea mezclada en algo como esto!», dijo, secándose la frente.

Y, por supuesto, allí también estaba Charlie. Dio a Lilian un torpe abrazo.

–¿Cómo lo llevas? –le oyó preguntar Frances.

Lilian movió la cabeza.

–No sé cómo estoy, Charlie. Nada de esto parece real. Cuando te he visto ahí sentado, no podía creer que Len no iba a entrar a reunirse contigo.

–Yo he pensado lo mismo cuando te he visto –dijo él–. Es... Es realmente increíble.

Betty le agarró del brazo.

–La policía no lo deja en paz, ¿sabes? Vinieron a verlo el sábado y también ayer.

Él se ruborizó.

–¡Ojalá hubiera tenido algo que decirles! Dicen que ese individuo podría haber seguido a Len durante todo el trayecto a casa desde Blackfriars. Que lo había estado vigilando toda la noche. Pero si eso es verdad..., yo no lo vi. ¡Ojalá lo hubiera visto, te lo juro! Cuando pienso en Len marchándose así, cuando pienso en que nos estrechamos la mano en la parada del tranvía y nos dijimos: «Buenas noches, hasta la semana que viene...»

Una emoción auténtica le espesó la voz. Pero Frances, que sabía que estaba mintiendo, aunque todavía ignoraba por qué, veía la falsedad de sus palabras; la veía en el tirón de los músculos de su cara. Y cayó en la cuenta de que, por supuesto, ellas necesitaban su mentira ahora. La necesitaban casi tanto como las suyas propias. La misma idea debió de ocurrírsele a Lilian: Frances vio que su pose se desmontaba al mismo tiempo que la de Charlie, que su expresión se volvía forzada.

Pero entonces alguien trajo unos periódicos, el *Daily Express* y el *Daily Mirror*. La aglomeración en el pasillo se hizo más confusa cuando la gente se agolpó para mirarlos. Frances vio con un escalofrío que no eran diarios como el *Times*. Los dos dejaban un hueco en sus portadas para EL ASESINATO DE CHAMPION HILL, y mientras el *Express* sólo ofrecía una impresión borrosa de su dibujante de «El lugar solitario en que hallaron el cuerpo», el *Mirror* incluía dos fotografías de buena calidad. Una mostraba a unos policías en la calle, rastreando las alcantarillas: «La búsqueda del arma». La otra, más

impactante, era del propio Leonard: un Leonard más joven, con uniforme, un retrato de estudio que databa de la guerra.

Lilian lanzó un grito cuando lo vio y Frances y Vera se le acercaron para leer el periódico por encima de su hombro. El artículo citaba unas palabras del hombre que había encontrado el cadáver y otras del inspector Kemp. Mencionaba a Lilian por su nombre: decía que se hallaba todavía en «estado de shock». Pero era la fotografía de Leonard lo que más pareció perturbarla. No comprendía. ¿Quién se la había facilitado al periódico?

El padre de Leonard se mostró un poco esquivo. Bueno, dijo, un hombre del *Mirror* se había presentado la víspera en Cheveney Avenue.

—No vimos nada malo en dársela, Lilian.

—¿Se la dio usted?

—Se la dio Ted, el tío de Len. No nos gustaba de idea de cederles una foto. Pero Ted corrió a su casa y volvió con su álbum, y elegimos la mejor. El hombre del *Mirror* dijo que podría ayudar en la investigación. A algunos podría remorderles la conciencia al ver lo buen chico que era Len.

Lilian no le respondió. Miró atentamente la fotografía durante unos segundos y luego la apartó como si verla le pusiera enferma.

El gentío de fuera parecía mayor que antes y un hombre con una cámara andaba al acecho. No hubo oportunidad de despedirse normalmente del padre de Leonard ni de Charlie o Betty; Frances y su madre quedaron separadas de ellos tan pronto como bajaron los peldaños. El mal tiempo agravó la situación. Los sombreros y abrigos ondeaban. Entonces dos reporteros abordaron a Frances, tras haber descubierto —ella se preguntó cómo— su relación con el caso. ¿Podían ella y su madre decir qué habían sentido al conocer el asesinato del señor Barber? ¿Podían dedicar un momento a los lectores del *News of the World*?

—No, no podemos —dijo ella, dándoles la espalda.

La mano de su madre, que la agarraba del brazo, se había tensado.

—Esto es horrible, Frances. Vámonos a casa. Lo más deprisa posible.

—Sí, por supuesto. Sólo estoy buscando a Lilian. ¿No estaba detrás de nosotras cuando hemos salido?

—No lo sé. ¿Importa eso? ¿No hemos hecho bastante por ella?

—No podemos irnos sin Lilian.

—Su familia se ocupará de ella.

Pero allí estaba, saliendo del edificio en aquel momento con su madre y su

hermana, y al ver al hombre con la cámara bajó la cabeza, nerviosa. Se abrió camino entre la gente y luego alzó los ojos y miró alrededor. «¿Dónde está Frances?», le preguntó a Vera; más que oírlas, Frances vio estas palabras. Levantó una mano y al cabo de otro momento de búsqueda a ciegas, la mirada de Lilian la localizó. Fueron al encuentro una de otra a través de las miradas y los empujones.

–¡Toda esta gente! –dijo Lilian–. ¿Qué quieren?

Frances la enlazó del brazo.

–Ven, rápido. Por aquí.

Pero ella la contuvo.

–Frances, espera.

Su madre y su hermana le habían dado alcance. Roja como un ladrillo, la señora Viney miraba enfurecida a las caras vueltas hacia ellas.

–¡Una bandada de buitres, eso es lo que son! ¿No tienen sentido de la decencia? ¿No tienen vergüenza? ¡Usted y su madre váyanse, señorita Wray, o van a despellejarlas! Iremos a la tienda por el camino más tranquilo. Lil viene con nosotras. Al final la hemos convencido.

Frances miró a Lilian.

–¿Te... te vas, entonces?

La expresión de Lilian era de desdicha.

–Parece lo mejor, al fin y al cabo. Vera y mi madre no pueden estar yendo y viniendo a la casa. No es justo. Y tampoco lo es con tu madre. Sólo me quedaré unos días. Hasta después del entierro. –Vio la cara de Frances–. No se hará tan largo, Frances.

–No tienes tus cosas.

–Vera dice que irá a buscarlas mañana. Hasta entonces me prestará las tuyas.

–Yo podría llevártelas. Di que tenemos que hablar o...

–No lo sé. No, Vera las traerá. No necesito muchas.

Parecían tener mil cosas que decirse, pero no había ocasión con tanta gente alrededor, con la señora Viney y Vera allí delante y la madre de Frances mirando tensamente desde la acera atestada. Incluso había aparecido el inspector Kemp y ahora las observaba. Frances, por tanto, asintió, simplemente. Se acercaron y se dieron unas palmadas, unas palmadas tan torpes, pensó ella, que en vez de manos podrían haber tenido pezuñas o llevar puestos unos guantes de boxeo. Y después se separaron. Lilian se volvió para

apoyarse en el brazo de su hermana. Frances se reunió con su madre; se encaminaron de regreso a Camberwell.

Durante el resto de aquel día, y los dos o tres siguientes, aunque los periodistas acosaron a intervalos regulares a Frances y a su madre, no hubo más signos de actividad policial en las calles de alrededor de Champion Hill; no hubo más rastreo de alcantarillas ni más llamadas a la puerta de los vecinos. Reabrieron la vereda de toba: Frances se armó de valor y bajó al jardín para verlo. Pero no había nada que ver. Ni siquiera pudo determinar con certeza el punto donde ella y Lilian habían depositado el cuerpo de Leonard. Aquella parte del episodio había sido tan densamente oscura, tan apremiante e increíble, que había empezado a parecer sacada de un sueño, como uno de aquellos actos violentos que a veces cometía en sus sueños y de los que se maravillaba al despertar.

Vera llegó la mañana del martes para hacer una maleta con las cosas de Lilian. Frances subió al dormitorio con ella, desesperada por aprovechar al máximo el vínculo con Walworth; quería conocer, o deducir, cómo se las arreglaba Lilian. Vera dijo que se encontraba más fuerte y que comía y dormía mejor. El inspector Kemp había ido a visitarla de nuevo la noche anterior...

—¿La ha visto otra vez? —preguntó Frances—. ¿Qué quería?

Vera no lo sabía. Sólo hacerle más preguntas como las demás. De todos modos, no se había quedado mucho tiempo. Pero también se habían presentado unos reporteros que habían sido más molestos. ¿La señorita Wray había leído los periódicos del día? Hablaban extensamente del asesinato; era horroroso. Lil les había echado una ojeada y había prorrumpido en lágrimas.

Frances sólo había visto el *Times* de la mañana, que ya le pareció bastante perturbador, porque la inexacta mención original la habían ampliado ahora a una crónica de la apertura y el aplazamiento de la investigación judicial y de la «temblorosa» asistencia de Lilian a la misma. Así que cuando Vera se marchaba la acompañó hasta el quiosco de la prensa que había en la cuesta; compró todos los periódicos que pudo permitirse, el *Mirror*, el *Mail*, el *Sketch*, el *Express*, y también los diarios locales. Vio, inquieta, que en todas

las fotografías aparecía la imagen de Lilian; se metió el paquete debajo del brazo y le produjo aprensión examinarlos en la calle. Tampoco quería que los viera su madre. Cuando llegó a casa los subió directamente a su dormitorio y los extendió en el suelo.

Recordaba al hombre de la cámara. Las fotos mostraban a Lilian abandonando el edificio apoyada en el brazo de su hermana y agachando nerviosamente la cabeza. Tenían mucho grano y les faltaba definición –eran meras aproximaciones, en realidad–, pero aun así habían capturado algo de Lilian, plasmaban su vida y su firmeza, ¡y era increíble, un vértigo, una locura!, pensar en la cantidad de personas que aquella misma mañana debían de estar estudiando su cara mientras tomaban los huevos del desayuno o viajaban en trenes y autobuses; que debían de estar mirándola en aquel mismo momento. El *Daily Mirror* publicaba una segunda foto. Quizá se la había prestado, junto con el retrato de Leonard, el servicial tío Ted. Mostraba a Lilian y a Leonard en lo que podría haber sido el jardín trasero de alguien. Leonard rodeaba con el brazo la cintura de Lilian, cuya cadera se apretaba contra la de él; eran como cualquier pareja joven de la clase social de los oficinistas, sonriendo de cara hacia su futuro en Hammersmith o Forest Hill. El pie de foto rezaba: «Los Barber antes de la tragedia.»

El tono era el mismo que el de los demás artículos de prensa. En ninguna parte se sugería que el matrimonio había sido otra cosa que feliz. Sólo mostraban compasión por Lilian, la «pobre joven viuda», la «esposa patética». Los artículos sobre la investigación judicial recalcaban su valentía, su emoción y su apostura; había minuciosas, aprobadoras descripciones de su vestuario. Condenaban el asesinato como la obra de una bestia que pronto sería apresada, y afirmaban que la policía estaba «siguiendo varias líneas de investigación», una de las cuales era la teoría, ya señalada por Charlie, de que el asesino de Leonard podría haberle echado el ojo en la City y haberlo seguido hasta su casa. El inspector Kemp invitaba a los ciudadanos a presentarse si habían observado algo sospechoso en las calles de Blackfriars o Champion Hill la noche fatídica.

Al pasar de un artículo a otro, de una fotografía a otra, Frances sintió como si algo que hasta entonces había tenido bien sujeto en la mano se hubiera caído y se hubiera destrozado, hubiera reventado en mil añicos volantes. Aunque también..., bueno, ¿no era exactamente lo que ella y Lilian habían esperado? La mentira de Charlie, al margen de lo que escondiese, había

bastado para facilitar una pista a la policía; era indiferente qué dirección siguiesen ahora, con tal de que los condujera lejos de la casa. ¿Y durante cuánto tiempo el caso suscitaría este grado de interés? ¿Uno o dos días más? ¿Una semana, a lo sumo? Pronto, sin duda, quedaría claro que las líneas de investigación llevaban a otros tantos callejones sin salida; que el inspector Kemp, a pesar de toda su confianza, había fracasado en atrapar a su hombre, y que los periódicos mirarían a otro lado. Forzosamente surgiría otra historia más sensacional. Se dijo a sí misma que era cuestión de aguantar tercamente... Pero volvió a mirar aquellos fantasmas fotográficos de excesivo grano en las portadas, más inquieta que nunca al pensar en las miradas de los desconocidos a los que habían sido expuestos. Al final rasgó las fotografías, hizo una bola con ellas, las llevó a la cocina y las metió en el fogón.

Después empezaron las visitas de vecinos. También habían comprado los periódicos –o se los habían enseñado, aseguraron, sus cocineras o doncellas– y querían comentar los últimos acontecimientos. La señora Dawson había oído que la señora Barber había sufrido una especie de ataque durante la investigación: ¿era verdad? La anciana señorita Desborough, de la casa de al lado, tenía entendido que se había cometido un *segundo* asesinato, pero que la policía guardaba silencio al respecto por algún motivo concreto. Por otra parte, el señor Lamb y su esposa Margaret sabían de buena fuente que la policía se disponía a detener a alguien. No, no cabía la menor duda al respecto. El hombre era del barrio: un tendero o comerciante. Se la tenía jurada al señor Barber a causa de una factura impagada.

Y a renglón seguido llegó la señora Playfair. Acababa de regresar de Sussex en aquel momento, tras haber acortado sus vacaciones a causa de lo sucedido a las Wray.

–¡No puedo creerlo! –dijo, en cuanto Frances le abrió la puerta.

–Sí, todo el mundo lo dice –respondió fríamente Frances.

–He abierto el *Times* y he gritado, de verdad. Pareces enferma, Frances.

–Estoy agotada, nada más. Los últimos días se me han hecho interminables.

–¡Oh, y que no haya estado yo aquí! Podría haberos ayudado mucho. Pero dime, ¿cómo está tu madre?

Por toda respuesta, Frances la llevó hacia el salón. La madre había oído la voz de la señora Playfair; al verla, pareció al borde de las lágrimas. La señora Playfair llegó rápidamente junto a ella y la tomó de las manos.

–¡Vaya experiencia, Emily! Tienes incluso peor aspecto que Frances. No me extraña. Pensábamos haber dejado atrás todos los horrores, ¿no?

La madre asintió, sin poder hablar. Pero cuando se enjugó los ojos y se guardó el pañuelo desapareció parte de su tensión.

–Es un gran alivio verte, Jane.

–Tenías que haberme telegrafiado inmediatamente.

–Casi no sabía lo que hacía. Frances se ha ocupado de lo principal, pero... No sé. Esto no es como una muerte o una enfermedad normal.

La señora Playfair se sentó y empezó a tironear de sus guantes.

–Bueno, quiero saber todo lo ocurrido, hasta el último detalle.

Frances también se sentó. La perspectiva de contarlo todo de nuevo la hizo sentirse mortalmente exhausta. Al mismo tiempo, comprendió que era una ocasión de contar la historia del asesinato tal como la policía empezaba a componerla; de fijarla más firmemente en su mente. Así pues, mientras su madre de vez en cuando aportaba algún detalle por su cuenta, hizo la crónica minuciosa y completa de los sucesos de los últimos días, empezando por la llegada del agente Hardy a la casa la mañana del sábado, y terminando con la investigación. La señora Playfair se mostró conmovida, horrorizada, pero también visiblemente excitada. En cuanto oyó el relato de Frances amusó los ojos.

–Veamos, ¿quién es el juez instructor ahora? ¿Sigue siendo Edward Samson? Lo conozco un poco. Era amigo de George. Podría hacerle una visita, sondear a ver qué averiguo. ¿Qué os parece?

–¡Oh, eso estaría muy bien! –dijo la madre–. Si sabe algo que la policía no dice me gustaría enterarme. Lo que me parece tan horrible de este asunto es lo absurdo que resulta. La falta de sentido, la pérdida. Pobre, *pobre* señor Barber. Era un joven tan alegre, tan lleno de vida. ¿De verdad puedes creer, como pretende el inspector Kemp, que alguien se propuso matarle deliberadamente? ¿Alguien que le guardaba rencor?

–Pues no –respondió la señora Playfair–. No sé muy bien si lo creo. Para empezar, no hay ninguna prueba de ello. ¡El atacante fue claramente uno de esos gamberros que vemos holgazaneando en la calle! No sé por qué el inspector no hace una redada y los interroga uno por uno. Es lo que yo haría.

Prosiguió en esta senda, estableciendo una certeza tras otra con un extraño aplomo, como el del inspector, y Frances, en consecuencia, empezó a sentir que recuperaba la moderada euforia que había sentido el domingo mientras lo

escuchaba. En efecto, el gamberro de la esquina, el hombre rencoroso: fuera quien fuese el culpable, ¿qué más daba? Siempre, pensó de nuevo, que nadie pensara en Lilian y en ella. Siempre que nadie imaginara que habían hecho el trayecto escalera abajo y atravesado el jardín con el cuerpo de Leonard... Recordó que lo había dejado en la oscuridad. Recordó que había cerrado la puerta tras él. Y entonces la asaltó otro pensamiento, que llegó como un susurro tardío. *Está muerto*. Ahora Lilian era libre. Si resistían valientemente hasta que todo se hubiera calmado...

Ahuyentó el pensamiento. Pero el soplo de euforia persistía. Recostó la cabeza y cerró los ojos mientras la señora Playfair exponía sus planes.

Sin embargo, la señora Playfair volvió por la tarde, después del té; y esta vez parecía haber perdido el brío que la caracterizaba. Sí, dijo, había hablado con Samson. Se había mostrado bien dispuesto a hablar del caso confidencialmente. También había mantenido dos o tres conversaciones con su doncella, Patty.

—¿Con Patty? —repitió Frances.

—La hija de la hermana de Patty, que vive en Brixton, tiene un prometido. El chico es un policía, y a él se le han escapado un par de cosas.

Frances no daba crédito a lo que oía.

—¡Parece usted el señor Lamb! Según él, a Leonard lo ha matado un tendero de esta zona que estaba furioso con él. A este paso, madre y yo seremos las siguientes de la lista.

—Frances —protestó la madre, cansinamente.

—Bueno —continuó la señora Playfair—, se supone que este chico lo sabe de buena tinta. Patty lo tiene en muy buen concepto. Y el hecho es que tanto él como Samson... —Hizo una pausa, extrañamente incómoda—. Me ha pillado por sorpresa, os lo aseguro. Pero los dos me han dado más o menos la misma impresión. Los dos han insinuado bastante claramente que..., bueno, que hay algo en el caso que no encaja del todo.

Frances la miró.

—¿Qué quiere decir que «no encaja del todo»?

La señora Playfair hizo otra pausa. Parecía escoger las palabras con cuidado.

—Pues, en primer lugar, que se supone que el señor Barber pasó la velada del viernes con su amigo, el tal... ¿Cómo se llama?

–Wismuth.

–Wismuth, sí. Supuestamente fueron de una taberna a otra, emborrachándose como cubas. Pero la policía ha estado en todas las tabernas de la City, enseñando fotografías de los dos, y ningún dueño ni camarero se acuerda de ellos. Lo que es más, el forense, el señor Palmer, buscó indicios de alcohol en el cuerpo del señor Barber cuando le hizo la autopsia. Encontró muy poco rastro, al parecer: menos que el equivalente de medio vaso de cerveza. Resulta extraño, ¿no?

Frances tardó un momento en contestar.

–Pues a mí me parece que el señor Wismuth era el borracho, simplemente.

–Sí, quizá –dijo la señora Playfair–. Pero aquí viene la parte más rara. Ahora resulta que un hombre y una chica se han presentado para declarar que oyeron cierto alboroto en la vereda la noche del viernes, y...

Frances recibió estas palabras casi como un impacto físico. Empezó a enrojecer; era una sensación horrible, en nada semejante a una simple vergüenza, sino más bien como si se le quemaran las mejillas, como si les hubieran arrojado agua hirviendo. Al ver su reacción, y malinterpretándola, la señora Playfair dijo:

–Sí, ¿no es una idea espantosa? La chica está sirviendo en una de las casas de más abajo en la cuesta. Había salido sin que lo supiera la familia, está visto que es una chica descocada, pero en fin, ya es suficiente para que una tenga pesadillas. No vio nada, creo; evidentemente estaba muy oscuro y ella estaba muy lejos... Ahí fuera, donde sobresale la tapia de los Hillyard. Pero ella y también el hombre oyeron pasos y suspiros. El hombre no le concedió importancia en aquel momento, dijo que debía de ser otro par de enamorados. Luego, claro está, cuando se enteraron del asesinato... Hasta anoche no se decidieron a hablar con la policía. La chica tenía miedo de perder su empleo; el hombre no quería presentarse solo porque temía que lo considerasen sospechoso. Pero veréis, el hecho es... el hecho es que era muy temprano cuando ellos estaban en la vereda; no más tarde de las nueve y media. Bueno, según el señor Wismuth, él y el señor Barber estaban todavía en la City.

La sangre rugía en los oídos de Frances. Pensar que cuando ella y Lilian habían salido a la oscuridad trastabillando; que cuando ella trajinaba sobre el cuerpo de Leonard, intentando ponerle en orden la ropa; pensar que en todo aquel tiempo, a menos de cincuenta metros de distancia, estaba aquella pareja, aquella siniestra pareja besuqueándose...

–Deben de haberse equivocado –dijo, tratando de contener el calor y el color de su cara–. Oyeran lo que oyesen, probablemente *era* otra pareja. Yo misma las he visto en la vereda un montón de veces. O se lo imaginaron todo..., o están contando cuentos, por el gusto de hacerlo.

–Es posible, desde luego –dijo la señora Playfair, con una expresión dubitativa–. Pero de todos modos parece que la policía los ha tomado en serio. Por el momento han evitado que este detalle llegue a la prensa. Y no pierden de vista al señor Wismuth, os lo puedo asegurar.

Frances no pudo responder. El día anterior, la señorita Desborough había hablado de cosas que no publicaban los periódicos y ella no lo había creído. Frances no pudo responder. Pero si la policía andaba con artimañas, si tramaba algo y se mantenía así de vigilante... ¡Y si realmente sospechaba de Charlie...!

La madre había empezado a removerse en su butaca.

–Oh, pero eso es espantoso. No puede ser que alguien esté imaginando que el señor Wismuth tiene algo que ver con la muerte del señor Barber. ¿El señor Wismuth, que es siempre tan agradable? Los dos eran grandes amigos. ¿No fueron a la guerra juntos? No, no me lo puedo creer.

–Pues *alguien* ha matado al señor Barber –dijo la señora Playfair–. Y tienes que reconocer que el señor Wismuth parece ocultar algo realmente.

–Pero ¿por qué iba a hacer una cosa semejante?

–¿Qué le dijo el inspector Kemp a Frances? ¿Que el asesino podría haber querido quitar de en medio al señor Barber?

–Sí, pero ¿por qué?

–Bueno, detesto hacer de detective de salón, pero... –De nuevo la señora Playfair escogía con cuidado sus palabras–. Pensemos un momento. Por un lado tenemos al señor Wismuth, que pasa gran parte de su tiempo con el señor Barber y su mujer. Por otro... bueno, está la mujer. Válgame Dios, es enormemente atractiva, de un atractivo muy particular. ¿No me has dicho más de una vez que la pareja no se llevaba bien?

Más que verla, Frances percibió la mirada horrorizada de su madre. No tuvo ánimos para devolvérsela. ¿Era eso lo que la policía estaba pensando? ¿Lo habían pensado desde el principio? Empezó a recordar momentos de sus entrevistas con el inspector Kemp, preguntas extrañas que había hecho sobre Lilian, sobre Charlie...

Se volvió hacia la señora Playfair.

—¿Le ha mencionado eso al señor Samson o a Patty? ¿Lo de que Lilian y Leonard no se llevaban bien?

Su tono hizo que la señora Playfair parpadeara.

—No... no me acuerdo.

Frances permaneció inmóvil un segundo y luego se levantó del sofá.

—Oh, eso es una tontería. ¡Es una patraña! ¿Qué es exactamente lo que se supone que ha hecho Lilian? Estuvo conmigo toda la noche del viernes.

La señora Playfair levantó la vista hacia ella, sobresaltada.

—Nadie acusa de nada a la señora Barber. Me atrevo a decir que es inocente en todo ese asunto.

—Ah, ¿se atreve a decir?

—Sí..., sí, me atrevo. Pero ¿no es posible que el señor Wismuth albergara una pasión...? Sé que la señora Barber es bastante amiga tuya, Frances. Pero bueno, seamos realistas. Los hombres no se matan entre sí sin motivo.

—¿No? A mí me parece que lo hacen continuamente. ¡Acabamos de salir de una guerra en la que no hacían otra cosa! Eric y Noel y John Arthur, ¿por qué los mataron, si no por una estupidez, por unas mentiras? ¿Y quién protestó contra eso? ¡No usted ni mi madre! Y ahora que un solo hombre ha perdido la vida todo el mundo saca esas conclusiones absurdas...

La señora Playfair estaba sorprendida.

—¡Cielo santo, Frances!

—Esto no es una historia de Edgar Wallace. ¡Si tenemos que escuchar las fanfarronadas de los policías, el cotilleo de las sirvientas...!

Estaba temblando y no pudo continuar. Su madre dijo:

—Frances, por favor, siéntate.

Pero ella pensó que si se sentaba sólo sería para levantarse otra vez de un brinco. Se acercó más al fuego y extendió la mano hacia el manto de la chimenea para serenarse.

Al cabo de un engorroso silencio, la visitante dio un tirón como de pájaro con la barbilla y el hombro.

—Bueno, naturalmente comprendo que estés disgustada. Es algo desesperante para cualquiera de los afectados. Pero, como dices, un hombre ha perdido la vida; no ha sucedido porque sí. No veo qué tiene que ver la guerra con todo esto. No, no es cierto. —Había afilado el tono—. Veo exactamente la relación que tiene la guerra con esto, y me figuro que tu madre también. La guerra se llevó a nuestros mejores hombres. No se

considera correcto decirlo, pero lo diré de todos modos. La guerra se llevó a nuestros mejores hombres, y con ellos todo lo que es decente y lícito y... –Se inclinó hacia delante en su butaca–. ¡Un *asesinato*, Frances! ¡*En Champion Hill!* ¿Habría ocurrido esto hace diez años?

Tampoco ahora pudo contestar Frances. Permaneció con la mano en el manto de la chimenea, sin querer renunciar al tacto frío y duro de la repisa de mármol. Al mirar el espejo que había encima encontró su reflejo y pensó: ¡Cálmate! ¡Por lo que más quieras! ¡Te estás poniendo en evidencia!

Luego desplazó la mirada y al volver a enfocarla, a través del espejo, topó con la mirada de su madre. Miraba a Frances con una expresión de desdichado bochorno, pero había algo más en su cara –Frances tuvo casi la certeza–: aquella extrañeza, aquella duda, aquel miedo...

Bruscamente se dio media vuelta y dijo:

–Perdóneme, señora Playfair.

Se alejó del fuego, cruzó hasta la ventana y se quedó mirando a la calle.

Pero estaban las tres desazonadas. Al cabo de unos minutos de apagada conversación entre la señora Playfair y su madre, oyó movimientos a su espalda y al volverse las encontró a las dos de pie. La señora Playfair se estaba poniendo el abrigo y atándose la cadena de su cuello de zorro.

–No te molestes –le dijo en voz baja, cuando Frances avanzó para acompañarla a la puerta–. Saldré yo sola. La verdad, lamento haber venido, si ha sido para disgustarte.

Cuando se fue, Frances volvió al sofá. La madre se quedó de pie, mirándola como si no la reconociera.

–¿Cómo has podido hablarle así de la guerra a la señora Playfair?

–Ella sabe lo que pienso de la guerra. Una vez me llamó traidora a mi país, ¿no te acuerdas?

–No sé lo que te pasa. Ya no sé lo que pasa a mi alrededor. Si tu padre lo hubiera previsto...

–Oh –dijo Frances, de un modo automático–, padre no preveía nada. Ése era su gran talento.

–Sí –dijo la madre con una sorprendente amargura–, y el tuyo es...

Se debatió consigo misma y no terminó la frase.

Frances la miró.

–¿Cuál es el mío?

Pero su madre volvió la cabeza y no contestó.

Frances aguardó y luego desistió. Se dio golpecitos con el pulgar en los labios.

—La idea de que la policía está pensando todo eso, de que «no pierde de vista» a Charlie. ¡La idea de que la gente diga esas cosas de Lilian! ¡Es grotesco! —Se levantó—. Tengo que ir a verla. Tengo que advertirla.

Su madre giró la cabeza con una sacudida.

—No, Frances. No vayas.

—¿Que no vaya? ¿Cómo no voy a ir?

—¿No estamos ya bastante implicadas? La policía debe saber lo que se hace.

—La policía no sabe nada.

—¿Qué quieres decir?

Frances se separó del sofá un paso.

—No quiero decir nada. Yo sólo...

Sonó un repiqueteo en la puerta de la calle que le hizo dar un salto como si la hubieran golpeado. «¡Dios!», dijo, imprudentemente. «¿Qué pasa ahora?» Vaciló, con el corazón en vilo. Pero había descubierto que ir a abrir era mejor que estar sobre ascuas y quedarse dudando. Si era un periodista le cerraría la puerta en las narices.

No era un periodista, sino una elegante figurita militar: un mensajero que le entregó un telegrama dirigido a ella.

Lo primero que pensó fue que algo le había sucedido a Lilian. Lilian se había derrumbado, lo había confesado todo. Lilian estaba muerta. Con el sobre en la mano, sin abrirlo, pensó con espíritu funesto y animoso, ¿así que es esto, entonces? ¿Es el momento en que todo se desmorona?

Finalmente despegó la goma del sobre y sacó y desdobló la hoja de color salmón.

VISTO NOTICIAS ATERRADA
POR FAVOR CONFIRMA TODO BIEN
ESPERO C.

Las palabras no tuvieron sentido hasta que vio el sello de Clipstone Street. Se percató de que su madre la había seguido al vestíbulo y la observaba inquieta.

—¿Qué es? ¿Quién ha escrito? ¿Más malas noticias? —Se acercó, cogió el

papel de la mano de Frances y frunció el ceño—. Pero ¿quién es el remitente? ¿Es tu prima, Caroline?

Frances abrió la boca para responder, buscando alguno de los antiguos embustes. Pero la mentira le pareció de repente tediosa. Tediosa y nimia; casi pintoresca. «Es de Christina», dijo.

La madre se quedó realmente en blanco un momento. Luego tensó las facciones.

—*Ella*. —Le devolvió el telegrama—. ¿A santo de qué te escribe?

—Dice que ha visto el caso en los periódicos.

—¿Pero cómo lo ha relacionado contigo? ¿Ahora han aparecido nuestros nombres?

—Debe de haber reconocido a los Barber.

—Pero...

—Le he hablado de ellos.

Frances vio cómo su madre asimilaba esto y notó la rapidez con que adoptaba una actitud más fría.

—Así que os habéis visto.

—Unas cuantas veces este año, en mis viajes al centro. Vive cerca de Oxford Street con una amiga... Creía que lo habrías supuesto.

La madre crispó la cara.

—¡No, por supuesto que no! ¿Por qué tendría que haberlo pensado?

—No lo sé. No se me ocurrió, me figuro.

—A mí no se me ha ocurrido nunca que pudieses ser tan falsa. ¡Después de darme tu palabra de que no volverías a verla!

Frances se quedó estupefacta.

—Nunca te di mi palabra.

—Como si me la hubieras dado.

—No, ni siquiera eso. Nunca hemos hablado de esto. Nunca has querido saber. Y es cosa mía, ¿no?, si veo o no a mis amigas. ¡Oh, qué importancia tiene, en definitiva!

—Pues es evidente que la tiene, puesto que lo has estado haciendo a hurtadillas.

—¡Porque sabía que ibas a reaccionar así!

El tono de su madre se volvió aún más áspero.

—No quiero hablar más de este asunto. Sabes lo que opino de esa joven. Adelante, vete a verla si quieres. No me gusta tu amistad con ella, no la

entiendo, no la respeto; nunca lo haré. Pero lo que menos me gusta y respeto es tu engaño. ¡Encima de todo lo que ha pasado! ¡No sé qué más esperar ahora! En este momento me siento como si apenas te conociera. ¿En qué otras cosas me has mentido?

Frances tuvo casi la seguridad de que no había nada siniestro en esta pregunta. Pero la pilló desprevenida y de nuevo notó que se ponía colorada y le cubría las mejillas aquella quemazón incriminadora... Y de pronto podría haber sido otra vez la noche del viernes, era como si acabase de bajar la escalera con el cuerpo de Leonard en sus brazos. Lo revivió todo, más nítidamente que en el recuerdo ordinario o incluso que en sueños: su peso desgarrador, el bulto de su cabeza acolchada contra su hombro, hasta la presión cómica de su bombín. El corazón había empezado a acelerarse como un motor sin ninguna conexión con el resto de su ser. Se dirigió a una de las butacas de su padre y se apoyó pesadamente contra el respaldo. Y cuando, un momento después, alzó los ojos, su madre la miraba fijamente... y una vez más allí estaba aquel miedo, aquella sospecha que asomaba en su semblante.

Guardó el telegrama en el sobre con tal torpeza como si lo forzara dentro.

—Por favor, no riñamos —dijo con un esfuerzo—. Pienses lo que pienses de Christina, de... de cualquier cosa, no es así. No vale la pena. Volvamos junto a la lumbre, ¿quieres?

E hizo ademán de pasar por delante de su madre en dirección al salón.

Pero ella la agarró del brazo, con un movimiento rápido y extraño.

—Frances. —Tenía el aspecto de quien tiene que hablar deprisa o no hacerlo—. Frances, la noche en que murió el señor Barber, vine a casa con el señor Lamb y tú... tú no parecías la misma. Dime la verdad, ¿había sucedido algo?

Frances trató de liberar el brazo.

—No.

Su madre la sujetó.

—Con la señora Barber, me refiero. ¿No había habido alguna pelea entre ella y su marido?

—No. ¿Cómo piensas eso? Leonard ni siquiera estaba aquí. No le vimos.

—¿No te ha confiado nada? ¿Nada sobre el señor Wismuth o cualquier otro hombre? ¿No hay nada que no hayas dicho a la policía?

—No.

—Quiero creerte, Frances. Pero toda tu vida has tenido esos... esos raros

entusiasmos. Si llegara a pensar, aunque fuera por un instante, que esa mujer te ha implicado en...

–No hay nada, madre.

–¿Me lo prometes? ¿Lo juras? ¿Me das tu palabra de honor?

Frances no contestó. Durante un momento las dos tiraron de la otra, tan asustadas por la inusual tensión de su actitud como por todo lo que había sido o no había sido admitido.

Luego Frances giró la muñeca y liberó el brazo; al zafarse, su madre perdió el equilibrio y estuvo a punto de caerse. Se enderezó con la ayuda de Frances, pero después se apartó rápidamente de ella. Se quedaron sin resuello, cara a cara sobre las baldosas blancas y negras.

Frances repitió, conciliadora:

–No hay nada. ¿De acuerdo? Anda, vamos al salón.

Tendió la mano.

Pero la madre no quiso ir. Había cambiado de expresión, se había puesto en guardia. Todavía sin aliento, respondió:

–No. No... voy. Me duele la cabeza. Creo que voy a acostarme un rato.

Y sin cruzar la mirada con la de Frances, pero fijando en ella un ojo cauteloso, como si le tuviera miedo, cruzó el vestíbulo hacia su habitación y cerró suavemente la puerta.

Presa de una súbita debilidad en las rodillas, Frances volvió tambaleándose a la rígida butaca negra. Al sentarse la asaltó una ráfaga de aterradores pensamientos. ¿Qué debía hacer? Su madre sabía. ¡Su madre lo había adivinado! O, en todo caso, había adivinado parte. Pero ¿cuánto tardaría en atar más cabos? ¿Cuánto tardaría hasta solucionar el conjunto, como uno de sus malditos pasatiempos? Y si *ella* veía la trama completa, cuánto faltaba para que el inspector Kemp y el sargento Heath, y el prometido de la sobrina de Patty, y el juez instructor Samson..., cuánto faltaba para que ellos..., cuánto tardarían...

No acertaba a formularse las palabras. Se apretó los ojos con las manos. Más que cualquier otra cosa quería ver a Lilian. Pero ¿qué pensaría su madre si salía disparada hacia Walworth? ¿Y si sucedía algo mientras ella estaba lejos de casa? ¿Y si llegaba el sargento Heath con la intención de resolver otro de sus misteriosos enredos? ¿Y si hablaba con su madre mientras ésta se encontraba en aquel estado? Simplemente no podía correr ese riesgo. Sintió desasosiego –terror– ante la perspectiva de dejar tan descuidadas las cosas.

¡Podía escribir a Lilian, por supuesto! La idea la reanimó. Subió a su dormitorio, sacó papel y tinta y empezó a poner por escrito, apresurada, íntimamente, todo lo que le había dicho la señora Playfair. Y había llenado ya las tres cuartas partes de una hoja cuando comprendió la temeridad de lo que estaba haciendo. *Tienes que extremar el cuidado, Lily. Por el amor de Dios, no hagas ni digas nada que pudiera dar a la policía la impresión...* ¿En qué estaba pensando? Estrujó la carta, horrorizada, la llevó a la chimenea apagada y le prendió fuego con una cerilla. La mera idea de que había estado muy cerca de hacer algo incriminador la indujo a dudar de todo lo que había hecho hasta entonces. Había creído que lo controlaba todo. ¡Qué insensatez! ¡Su propia madre sospechaba que había participado en un asesinato! Toda la confianza del día anterior se vino abajo. Lió un cigarrillo con tal ineptitud que la mitad del tabaco cayó al suelo. Lo fumó en la ventana, mirando al jardín, a la puerta de la tapia..., preguntándose cómo era posible que alguna vez hubiera pensado que todo aquello podía salir bien.

Pero al menos resolvió contestar al telegrama de Christina. Cuando terminó el cigarrillo, y lo más rápido que pudo, se vistió de calle y sin decir nada a su madre bajó la cuesta hasta la estafeta de Camberwell Green. OH CHRISSY TAN TRISTE PERO RESISTO TE VEO PRONTO PROMETIDO BESOS. La chica del mostrador la miró como si pensara que estaba un poco loca. Quizá *he* enloquecido, se dijo a sí misma. Al salir del edificio se quedó mirando hacia Walworth, totalmente incapaz de decidir si encaminarse o no hacia la tienda del señor Viney. El deseo de ver a Lilian era como un ansia, como la ansiedad que imaginaba que se sentía después de tomar una droga. Pero pensar en el recibimiento que sin duda le harían, en la sorpresa y el revuelo de su visita... ¿Habría incluso un sitio donde las dos pudieran estar solas? ¿Y qué tenía que decirle a Lilian, en todo caso? Era Charlie el que corría el mayor peligro. Lilian podría decir que deberían prevenirle; pero no podían hacer eso sin delatarse. ¿No la asustaría más, no haría más probable que se les escapase algo?

Y ya en los veintipico minutos que había estado fuera de casa había empezado a preocuparse por lo que podría haber ocurrido en su ausencia. Dio la espalda a Walworth y subió corriendo la cuesta, más convencida a cada paso que daba de que encontraría la casa repleta de policías.

La casa estaba tal como la había dejado. Su madre seguía en su habitación;

no apareció hasta después de las siete, cuando Frances llamó dócilmente a la puerta para decir que la cena estaba lista. Pasaron una velada tensa; la señora Wray sentada en su butaca con una manta encima de las rodillas y respondiendo a cualquier comentario de Frances con tal vaguedad, tanta duda, tanta tardanza... Frances pasó la noche desvelada en la cama, sabiendo que su madre también velaba en el piso de abajo; pensaba en el tic, tic de la mente de la madre mientras iba juntando cabos.

Pero ninguna de las dos dijo nada a la mañana siguiente. La madre estaba pálida, serena, distante. Frances salió en cuanto pudo a comprar los diarios matutinos, persuadida de que habría novedades en los artículos sobre el caso; sin embargo, no se mencionaba en absoluto a la pareja que se besuqueaba. La policía intensificaba la caza del hombre y evidentemente había ampliado su radio de acción: se decía que había entrevistado a gente en sitios tan alejados como Dulwich. Pero el nombre de Charlie no figuraba en ninguna de las columnas y al comprobarlo empezó a recuperar parte de su confianza. Al fin y al cabo, ¿qué pruebas había contra él? ¿No sería todo pura especulación? No había evidencias que la sostuvieran. E incluso si la policía llegaba al extremo de detenerle..., bueno, pensó resueltamente, detener a alguien no era lo mismo que acusarle de algo. Sencillamente él tendría que aclarar qué había hecho la noche del viernes. Si había estado en un burdel o en un antro de drogas, o cualquier maldita cosa que hubiera estado haciendo, más le valdría confesarlo antes que ser inculpado del asesinato de su mejor amigo. En cuanto a los horarios..., no tenía importancia a qué hora habían matado a Leonard. Seguía sin haber absolutamente nada que indicara que lo habían asesinado en la casa; nada que vinculara su muerte con Lilian o con ella.

Después de un almuerzo silencioso, su madre anunció tranquilamente que iba a estar fuera durante una o dos horas. Frances la miró y se sintió palidecer: imaginó que se había decidido a hablar con la policía. Pero era un asunto de beneficencia, dijo la madre mientras se ponía el abrigo; una serie de actas que había que entregar a uno de los comités. No, Frances era muy amable por brindarse, pero no le molestaba llevarlas ella misma. Quería pasar por la iglesia —parpadeó al decirlo—, quería pasar por la iglesia en el camino de vuelta a casa.

Quizá, entonces, tenía intención de confiarse no a la policía sino al vicario. Frances la vio salir con un sentimiento de catástrofe. ¿Y si el vicario Garnish hablaba? Debía reflexionar sobre esta eventualidad, estar preparada.

Pero tenía la casa para ella sola: un regalo inesperado. Era la primera vez desde la muerte de Leonard que se quedaba sola en ella. Tenía que aprovechar al máximo las dos horas siguientes. Tenía que buscar indicios, pruebas.

Se sintió mejor apenas comenzó. En la salita de arriba, las manchas de sangre eran tan visibles como siempre, pero ahora vio que en la alfombra había otras marcas, vetas de tierra y motas de tinta, y algo que podría haber sido una salpicadura de té: no había motivo para que la mirada se desplazase de una mancha a otra. Ocurría lo mismo con el cenicero. La base chamuscada no significaba nada. Y aunque podía esconderlo, sacarlo de la casa, ¿no llamaría así la atención sobre él? Era menos inculpatario dejarlo donde estaba... Del hogar desbordaba una mugre nueva, de los fuegos del domingo —lo cual era bueno—, pero el cubo de las cenizas seguía en su sitio, con aquellos retales de tela de cuadros y terrones de escoria dentro, y estos últimos se parecían a las grasientas pepitas negras que se podían encontrar en el fondo de una fuente de horno. Pero al menos podía deshacerse de aquellos residuos. Llevó cuidadosamente el cubo abajo, se puso un delantal y unos chanclos de goma y atravesó el jardín embarrado hasta el montículo de cenizas. No se apresuró al hacerlo. Se tomó su tiempo mientras removía la escoria en el estiércol, sin preocuparse por si un vecino se asomaba y la veía, pues a fin de cuentas vaciar el cubo de las cenizas era una de sus tareas cotidianas. Ni siquiera se desanimó cuando descubrió un jirón intacto de tela amarilla en medio del gris. Cogió una pala, hizo un hoyo en el suelo al lado del rosal, metió dentro el fragmento amarillo y lo cubrió con tierra.

A continuación cogió un cepillo y un recogedor, y después un cubo de agua con jabón, y fregó las pisadas en la escalera, el suelo del vestíbulo, el pasillo, la cocina: el itinerario que ella y Lilian habían recorrido con el cuerpo de Leonard. Una vez más trabajó despacio y con método, excediéndose en su celo, desplazando los muebles del vestíbulo y hasta desalojando de la pared el perchero de roble para fregar por detrás y debajo. Cerca del umbral de la cocina encontró un manchón herrumbroso que era más probable que procediese de Lilian que de Leonard, y en el rincón más oscuro del pasillo descubrió la limpia mitad de un botón negro que era posible que se hubiese desprendido de un puño de Leonard cuando ella le arrastraba escaleras abajo. Pero la mancha se borró fácilmente y el botón lo llevó al fogón de la cocina junto con el resto del contenido del recogedor. Pero dudó en el momento de

arrojarlo. Si a la policía se le pasaba por la cabeza examinar las cenizas... Al final, recordando que había enterrado el retal de tela, hundió el botón en la tierra de la maceta de la aspidistra que, hasta donde se acordaba, había estado encima de la mesa más grande del vestíbulo, al lado del gong de latón. La policía nunca miraría allí, ¿no?

Y acababa de alejarse de la maceta, estaba extrayendo la tierra de debajo de la uña, con un sentimiento casi de suficiencia, cuando oyó el ruido metálico de la cancela del jardín, seguido por unos pasos despaciosos a través del jardín delantero. Los pasos, con un rumor de arenilla, llegaron hasta el porche. Hubo un pequeño silencio cargado y después levantaron la aldaba y llamaron.

¡No respondas!, se dijo. Contuvo la respiración y no se movió.

Un nuevo aldabonazo. No podía ignorarlo. Podrían ser noticias de Lilian. Se dirigió a la puerta, la abrió... y se encontró cara a cara con el inspector Kemp.

Él se levantó el sombrero.

–Buenas tardes, señorita Wray.

–Buenas tardes, inspector.

En el tono de Frances no había el menor atisbo de bienvenida. Él se fijó en el delantal, los antebrazos desnudos, los muebles dispersos a la espalda de Frances, colocados al azar sobre el suelo, y dijo:

–Ah. Me temo que la molesto.

Ella intentó prestar más vida a su voz.

–No se preocupe. Pero ¿viene a ver a la señora Barber? No está aquí. Pensaba que lo sabía.

–Sí, lo sé. No, no es con la señora Barber con quien quiero hablar. –Hizo una pausa de una fracción de segundos–. Es con usted. ¿Tiene unos minutos?

Ella habría hecho casi cualquier cosa excepto dejarle entrar en la casa. Pero retrocedió en silencio. Él pisó con cautela las baldosas todavía mojadas, con una mueca de disculpa por la suciedad de sus zapatos. Mientras ella le conducía al salón, se quitó el delantal y se bajó un poco los puños.

Él se desabrochó el abrigo al sentarse y luego sacó su libreta de un bolsillo interior. Ella dijo, mirándola con recelo:

–¿Trae noticias? ¿Por eso ha venido?

–Bueno –dijo él pasando las hojitas–, sí y no. Lamento decir que no

estamos más cerca de una detención. Pero esperamos estarlo muy pronto. Ya ve, un nuevo elemento que consideramos significativo.

Ella tragó saliva.

—¿Ah, sí?

—Sí, no lo hemos divulgado para no perjudicar la investigación, pero los periódicos se han enterado y pronto será de dominio público. —Levantó los ojos—. Dos posibles testigos de la noche del crimen...

Y procedió a referirle todo lo que ella ya sabía, por medio de la señora Playfair, del hombre y la chica y la escaramuza en la vereda. Al principio ella se esforzó en adoptar una expresión adecuada, queriendo lograr el equilibrio justo entre la sorpresa y la inquietud. Pero cuanto más hablaba el inspector más tranquila se sentía. Si aquello era todo lo que venía a contarle...

—Naturalmente —concluyó él—, lo que más nos desconcierta ahora es la declaración del señor Wismuth. Se mantiene inflexible en que la última vez que vio al señor Barber fue en Blackfriars a las diez. Pero...

—Sí —dijo ella, servicial—. Ya veo el problema que les plantea.

—Y, si le digo la verdad, hay otro par de cosas en esta historia que nos preocupan.

Ella hizo una pausa al oír esto, como si acabara de captar su sentido.

—¿Pero no sospecharán que el señor Wismuth tiene algo que ver con el asesinato?

—Bueno, no descartamos ninguna conjetura.

—Pero el señor Wismuth... No, es imposible que haya sido él.

El inspector pareció interesarse.

—¿Usted no lo cree? Recordaré que me ha dicho esto. Sin embargo... —Volvió a consultar su libreta—. En realidad, de lo que me gustaría hablar hoy es de la señora y el señor Barber. ¿Le importa que tome unas notas?

Ella echó otra ojeada a la libreta.

—No, no me importa. ¿Qué quiere saber?

Él sacó un lápiz.

—Oh, sólo generalidades sobre la pareja y sus costumbres. ¿Hasta qué punto los conocían usted y su madre?

Ella fingió que se lo pensaba.

—No muy bien, supongo.

—¿No solía usted pasar tiempo con ellos?

—Teníamos costumbres muy distintas. Mi madre charlaba algunas veces

con el señor Barber.

—¿Su madre se llevaba muy bien con él?

—Sí.

—¿Y usted? ¿Se llevaba bien?

—Sí, supongo que sí.

—¿Alguna vez lo veía a solas?

—No, nunca.

—¿Ni siquiera casualmente, por la casa?

—Bueno, por supuesto, en la escalera y en sitios así...

—¿Y a la señora Barber? Supongo que la vería más.

Ella asintió.

—Un poco más.

—¿En fiestas y ocasiones así?

Esto la pilló por sorpresa. Como no contestó, él prosiguió.

—Tengo entendido que acompañó a la señora Barber a la fiesta que dio su hermana en julio; la noche, precisamente, en que agredieron por primera vez al señor Barber. Usted no lo mencionó, señorita Wray, cuando hablamos de ello en la comisaría.

Ella adoptó una voz muy serena.

—¿No? Era bastante difícil concentrarse aquel día.

—Y sin embargo parece que la fiesta, por lo que dicen todos, fue memorable. He hablado con varios de los demás invitados. Me han dicho que la señora Barber estuvo..., digamos, sacando el mayor partido de la ausencia de su esposo. Bebiendo un poco más de la cuenta, ¿no? Bailando con una serie de hombres.

Ahora Frances sabía adónde quería ir a parar, por qué había venido. Con mucha calma, dijo:

—La señora Barber bailó con sus primos, que yo recuerde.

Él consultó su libreta.

—James Daley, Patrick Daley, Thomas Lynch...

—Me temo que no conozco sus nombres.

—¿Pero la señora Barber bailó muy libremente con ellos?

—Era una fiesta familiar. Bailó con varias personas. Incluso conmigo.

—¿Sí?

Lo dijo con aquella insipidez suya, que en cierto modo era como las lentes

de sus gafas, que hacían su mirada más penetrante aun cuando parecía que la ocultaban. Ella continuó, al cabo de un segundo:

–Lo que quiero decir es que fue un baile inocente.

–¿Recuerda si había alguien, un primo, o algún otro hombre, con quien la señora Barber pareciera tener una amistad especial?

–No, no lo recuerdo.

–¿Nadie que pareciese admirarla especialmente? Haga memoria, si es tan amable.

Pero mentalmente Frances ya la había hecho. Se estaba acordando de cuando observaba a Lilian desde el sofá. Se estaba acordando de cuando la tenía a su lado en el gramófono y el espacio entre ellas las aproximaba.

Movió la cabeza.

–No.

–¿Y estuvo con ella toda la velada? ¿Se fueron de la fiesta juntas? ¿Nadie las acompañó? Antes de marcharse, ¿no advirtió que la señora Barber estuviera concertando algo con algún otro invitado? Lo pregunto porque todas las personas con las que he hablado dicen que había algo en ella aquella noche. Ninguna puede concretar qué, pero... había algo. Por lo visto se había tomado un gran trabajo con su vestido. ¿No notó usted nada?

–No.

–¿Podría describir el temperamento de la señora Barber?

–¿Su temperamento?

–Sus gustos y sus aversiones. Me han transmitido la impresión de que es más bien romántica..., algo soñadora, algo insatisfecha. Parece ser muy notorio entre sus amistades y familiares que no era del todo feliz en su matrimonio.

–Bueno, eso les sucede a la mitad de las casadas en Inglaterra, ¿no?

Él esbozó una débil sonrisa.

–¿Sí? Tendré que preguntarle a mi mujer. ¿Usted sabía, por tanto, que era infeliz?

Ella vaciló.

–¿Qué quiere decir?

–No le sorprende que se lo diga.

–Yo... Nunca he pensado mucho en eso.

–¿Ella nunca le hizo confidencias? Pensé que parecía aferrarse a usted el sábado, en la comisaría.

–Bueno, acababa de ver el cuerpo de su marido. Me figuro que se habría aferrado a cualquier persona comprensiva.

–¿No han recibido visitas en la casa? ¿Ninguna nota? ¿Ninguna carta?

–Ya me preguntó esto una vez.

–Sí, pero como usted me ha dicho, era difícil concentrarse entonces. ¿No ha reparado en nada desde la última vez que hablamos? El día del crimen, por ejemplo. Tanto usted como su madre mencionan en sus declaraciones que oyeron los rumores de la señora Barber haciendo una limpieza de primavera; moviendo cajas, vaciando cajones. Sigo pensando en este hecho, señorita Wray. Me parece extraña esa actividad de limpieza teniendo en cuenta el estado en que ahora sabemos que se encontraba en aquel momento. Podría haber estado... ¿haciendo el equipaje? ¿Reuniendo ropa y pertenencias para algún viaje?

Frances lo miró.

–¿Un viaje?

–¿Una partida precipitada? ¿Una especie de huida?

Ella se mostró horrorizada.

–No. En absoluto.

–Parece usted muy segura.

–Lo estoy.

–¿Sabía usted que el señor Barber tenía un seguro de vida y que su mujer era la única beneficiaria?

La pregunta fue como si le hubieran tendido un cable muy tensado a la altura del tobillo: Frances se vino abajo con una sacudida. ¿Leonard había asegurado su vida? Nunca se le había ocurrido pensarlo. Desesperadamente, trató de imaginar las implicaciones que aquello llevaba consigo. Pero no acertaba a reflexionar bajo la mirada atenta del inspector. Se humedeció los labios secos.

–No, no lo sabía.

Él asintió.

–El sargento Heath encontró los papeles cuando estaba registrando las cosas del señor Barber. La compañía lo ha confirmado. Suscribió la póliza al casarse, pero la prorrogó en julio de este año..., de hecho, no mucho después de la noche de la fiesta. En total, hizo un seguro de vida por un importe de quinientas libras.

¡Quinientas libras! La suma la desconcertó. Tras otra pausa engorrosa,

dijo:

–Bueno, los seguros eran su profesión.

–Es cierto.

–Me parece que usted procura escoger cualquier detalle que le conviene y que saca toda clase de conclusiones absurdas...

¡Pero no debía perder los estribos, como había hecho el día anterior! El inspector la observaba, quería algo más, pero como ella no continuó cerró la libreta y dijo, con un tono satisfecho:

–Bueno, yo diría que tiene usted razón. Como creo haber dicho antes, tengo que considerar cualquier eventualidad; si no lo hiciera no sería justo con el hombre asesinado. Espero que tendrá presentes mis preguntas y me informará si se le ocurre algo. No es agradable, lo sé; sobre todo para personas respetables como usted y su madre. Pero por desgracia hasta las personas más respetables se ven a veces mezcladas en situaciones desagradables. –Se levantó–. Por supuesto, le agradecería que no mencionase nuestra conversación a la señora Barber. Me imagino que está en contacto con ella, ¿no?

¿Era otro cable tendido? Dijo, al levantarse:

–No he visto a la señora Barber desde el interrogatorio ante el juez.

–¿No? Tengo intención de visitarla hoy, más tarde. Quiero comunicarle, entre otras cosas, que hemos tenido noticias del laboratorio de la policía. Estábamos totalmente en lo cierto respecto a los cabellos que había en el abrigo del señor Barber. Unos pertenecen muy claramente a su mujer. Otros... –Hizo una pausa para guardar su libreta, con los ojos puestos en los de Frances–. Otros son bastante parecidos a los de usted. Uno es indudablemente del señor Wismuth. En cuanto a los demás..., no conocemos su origen. Pueden no llevarnos a ninguna parte..., pero nunca se sabe. Podrían resultar útiles más adelante.

Ahora hablaba casi como un camarada. Se abrochó el abrigo haciendo un comentario sobre el frío inhabitual para la época. Ella lo condujo al vestíbulo y, al ver el rastro de manchones de barro que habían dejado sus zapatos en el suelo mojado, el inspector hizo otra mueca de disculpa.

–Me temo que le he causado más trabajo.

Ella cruzó las baldosas.

–No se preocupe. Siempre hay cosas que hacer aquí.

–Y siempre se hacen en los ratos libres, al parecer... ¿Se ocupa usted

misma? He visto que no tienen sirvienta.

–Sí, lo hago yo todo. Perdimos a nuestras sirvientas en la guerra. Ahora ya me he acostumbrado.

Lo único que quería era librarse de él. Tenía la mano puesta en el cerrojo de la puerta. Pero, al volverse, vio que el inspector había reducido el paso. Estaba mirando alrededor, a la escalera, a los muebles; parecía sorprendido por el pesado perchero que había sido desplazado de su sitio. Sus ojos pasaron del perchero a Frances, a sus zapatos sin tacones, sus caderas y sus hombros, su brazo levantado, sus fuertes muñecas desnudas.

Finalmente la miró a la cara con una curiosa semisonrisa.

–Es usted una joven interesante, señorita Wray, si me permite decírselo. Deduzco que tiene un pasado singular.

Ella no describió el cerrojo.

–¿Qué quiere decir?

–Oh, en nuestras investigaciones aparecen todo tipo de cosas, detalles sueltos de archivos antiguos de la policía. Nos gusta conocer si nuestros testigos tienen antecedentes policiales. Debo confesar que cuando ordené una comprobación sobre su nombre lo hice como una mera formalidad. Pero parece ser que mis colegas de la División A tuvieron algún trato con usted, hace unos años.

Ella comprendió que se refería a aquella ridícula ocasión durante la guerra: los zapatos arrojados al parlamentario, la noche en una celda de la comisaría. Notó que se sonrojaba.

–Ah, aquello. ¿Sabe? Lo hice más que nada por disgustar a mi padre.

–¿Y lo logró?

–Sí, desde luego.

Ahora Kemp esbozó una amplia sonrisa. La expresión de Frances, por su parte, era como si se la hubiesen clavado en la cara. Abrió la puerta y él, todavía con aquella actitud amistosa y las gafas destellando a causa de la luz acuosa del sol, se encasquetó el sombrero y pasó por delante de ella. Frances aguardó hasta que él bajó los escalones del porche y luego cerró sin hacer ruido la puerta.

Se recostó contra ella, con una repugnante mezcla de alivio por haberse librado de él y de alarma por lo que el inspector le había revelado. ¡Todo era mucho peor de lo que había supuesto! No se limitaba a sospechar de Charlie;

esto era obvio. Quizá ni siquiera sospechaba de él en absoluto. Pero había descubierto que existía un amante implicado. Todas aquellas preguntas sobre la fiesta, el baile, otros hombres... ¿Cuánto tardaría su «olfato» en alejarlo de ellos y dirigirlo hacia ella?

Pero quizá ya siguiese su rastro. Rememoró la manera en que él le había dicho lo de la póliza de seguros. Lo había hecho del mismo modo deliberado que la primera vez en que le había hablado de asesinato a Lilian: como para obtener una reacción de ella, como para observar su reacción. Sabía, por tanto, que ella ocultaba algo. Pero ¿qué sospechaba que estaba ocultando? ¿Por qué había mencionado los cabellos que habían encontrado en el abrigo de Leonard? ¿Y por qué sacar a relucir su «pasado singular» de aquella forma en apariencia fortuita?

No sabía qué pensar. Le parecía que toda la conversación había sido una serie de exámenes. Ignoraba si los había aprobado o suspendido.

Tenía que ver a Lilian. ¡Tenía que verla! Había postergado verla desde la visita de la señora Playfair, pero ahora tenía que ir; tenía que hacerlo antes de que lo hiciera él. Trasteó rápidamente por el vestíbulo, colocando los muebles otra vez en su sitio; después corrió a su dormitorio en busca del calzado, el abrigo y el sombrero. Gracias a Dios que su madre no estaba. Salió a la carrera de la habitación, con la alfombra patinando debajo de sus pies. A punto estuvo de resbalar bajando la escalera, tras lo cual redujo el paso, se paró para arreglarse delante del espejo del vestíbulo y se serenó.

Cuando salió de la casa volvió a adoptar la cautela, temiendo de pronto que el inspector Kemp estuviese todavía en algún lugar de la calle. ¿Y si se demoraba para tomar notas? ¿Para fisgar en las alcantarillas o los jardines? Pero inspeccionó minuciosamente los alrededores mientras bajaba la cuesta y no había rastro de él. Una niñera empujaba un cochecito de niño. Un recadero pasaba silbando en una bicicleta. Un hombre con una gabardina abrochada con una hebilla encendía un cigarrillo en una curva de la calle; se volvió, al resguardo de la brisa, para encender la cerilla y proteger la llama con el hueco de la mano cuando Frances pasaba por su lado. Ninguno de los tres le prestó atención. Se alzó el cuello del abrigo y aligeró el paso.

Pero era miércoles: el día en que cerraban temprano. Al pie de la cuesta, la calle se volvía ruidosa con el tráfico que fluía hacia y desde el centro, pero la acera transmitía una sensación dominical, de poco tránsito, y se sintió expuesta circulando a toda prisa por ella, sobre todo a partir del punto en que

los comercios empezaban a ser un poco más humildes, como ocurrió casi tan pronto como se hubo alejado de Camberwell. Se le ocurrió tomar un autobús o un tranvía, pero cada vez que se apostaba en una parada calculaba mal el horario: aguardaba en vano en la parada y luego veía autobuses y tranvías que la rebasaban en cuanto ella se había puesto en marcha. Llegó al arranque de Walworth Road un poco más de media hora después de haber salido de casa.

La tienda del señor Viney se hallaba a unos cientos de metros de distancia: un modesto escaparate victoriano todavía con sus rótulos de cristal de la década de 1870 y una mitad de la vitrina dedicada a collares, chaquetas y pantalones de caballero, y la otra mitad adornada con medias y corsés elásticos. La persiana de la puerta estaba bajada y detrás no había ningún signo de vida, pero a la izquierda de la ventana había otra puerta, una entrada ordinaria, pintada con un barniz chocolate a juego; Frances supuso que por allí se accedía a las habitaciones de arriba. Apretó con el dedo el botón del timbre y esperó. Apretó de nuevo porque nadie acudió.

Por fin abrió la puerta de golpe una chica robusta y pecosa de unos quince años. ¿Sería una de las primas de Lilian? Miró fríamente a Frances de arriba abajo. «Sí, ¿qué desea?»

Frances explicó el motivo de su visita: que quería hablar con la señora Barber. Pero al oír esto la actitud de la chica se volvió aún más fría.

—No recibe a nadie de los periódicos.

—No, yo no soy periodista. Soy la señorita Wray, su amiga, de Champion Hill.

—Pues yo no sé nada de eso.

—Estoy segura de que la señora Barber se alegrará de verme.

—Pues...

—Es bastante urgente.

La chica dijo, de mala gana:

—Bueno, muy bien. Pero oiga, si no es quien dice que es, ¡se va a enterar!

Todavía hostil, retrocedió para abrir de par en par la puerta, e hizo lo posible para aplastar su voluminosa figura contra la pared.

Al entrar, Frances se encontró en un largo pasillo marrón que conducía a un tramo de escalera estrecho. En algún lugar del piso de arriba un perro ladraba como un loco, y no parecía haber otro sitio adonde ir que en dirección a los ladridos. Sin embargo, en cuanto se cerró la puerta el pasillo quedó a oscuras, iluminado tan sólo por un dintel polvoriento. Se detuvo y la chica la

adelantó para precederla en la escalera. Cuando llegaron al minúsculo semirrellano se abrió una puerta interior y un Jack Russell salió olfateando a su alrededor. Tras él apareció la cara rosada de la señora Viney, escudriñando la penumbra con aquellos ojos que parecían botones. Cuando reconoció a Frances se le pusieron más redondos todavía.

–Ah, señorita Wray, ¿es usted? ¡Qué va a pensar de nosotras, haciéndola esperar de este modo en la calle? ¡Aquí, Monty! ¡Oh, será granuja! –El perro daba saltos y ladraba–. ¡Sujétalo, Lydia, antes de que tire por la escalera a la pobre señorita Wray! Esta chica es Lydia, señorita Wray, que vive en la puerta de al lado y nos ayuda mientras Lilian está aquí. Ya ve, ha venido tanta gente que nos hemos hartado, pero Lydia..., bueno, ¡no aguanta tonterías de nadie! ¡Pero, oh, pensar que era usted! ¡Y yo con mi delantal! Salga de la corriente de esa vieja escalera. ¡Monty! ¡Estate quieto ya!

Frances avanzó como pudo sorteando al perro loco y siguió a la señora Viney hasta una cocina de aire recargado. Vio el fogón negro e inmenso en la campana de la chimenea, la colada colgada del tendedero que había encima, la estera de fibra de coco en el suelo, los estantes del aparador atiborrados de loza azul; todo ello más pobre y más anticuado de lo que esperaba, por lo cual, por un momento, desconcertada, se inclinó hacia el perro que brincaba e intentó darle unas palmadas para calmarlo; pero él se retorció tratando de morderle las manos.

Cuando se enderezó, vio a Lilian, que acababa de salir por una segunda puerta. Iba vestida con lo que debía de ser ropa de Vera, un vestido de seda artificial con un diseño floral de colores apagados y el pelo recogido hacia arriba con un par de peines; parecía menos aún ella misma de lo que había parecido en la investigación judicial. Su cara, sin embargo, había perdido aquella palidez y tenía más color, aunque parte del mismo se disipó al topar con la mirada de Frances. Debía de haber visto en su expresión que había sucedido algo.

Avanzó para coger al perro, lo levantó y lo instaló en sus brazos. Apartando la barbilla de su hocico, dijo:

–¿Va todo bien?

No, respondió Frances con los ojos, la respiración, la piel.

–Sí –dijo en voz alta–. Pasaba por aquí y..., bueno, se me ha ocurrido llamar. ¿A menos que prefieras estar sola...

Lilian miró alrededor, turbada.

–No. Yo... No, me alegro de verte. Pero no hay ningún sitio donde llevarte. Vera y Violet están arriba. Violet no ha ido a clase, ha estado enferma toda la mañana...

–No –gritó su madre–, ¡no lloves arriba a la señorita Wray! Después de todo lo que ha andado necesita sentarse en una silla como es debido. Llévala a la sala. A tu padrastro no le importará. Se alegrará de conocerla, ha oído hablar mucho de ella. Anda, llévala mientras Lydia y yo preparamos té.

Estaba claro que no había nada que hacer. Mirando a Frances con una especie de triste frustración, Lilian la condujo desde la cocina a un saloncito sombrío, sobrecargado de muebles y excesivamente caldeado, donde encontraron a una figura enjuta, con calvicie incipiente y un bigote de cepillo: el señor Viney. Las había oído llegar y ya se había puesto en pie. Recibió a Frances con el aire aturullado y ligeramente rencoroso de un hombre que se ha apresurado a ponerse la chaqueta o a encajarse la dentadura postiza.

–Ha venido por ese asunto de Lilian, supongo, ¿no? –preguntó agriamente–. ¿Le han dado la lata los periódicos? A nosotros nos han estado acosando. ¡Parásitos, es lo que son! ¡Te chupan la sangre, toda esa banda!

Rezongó, como todo un experto, hasta que la señora Viney y Lydia aparecieron con el té; el suyo se lo sirvieron en una taza especial, ligeramente más grande que las otras. Hubo un poco de jugueteo con el perro, al que obligaron a «dar la patita» antes de premiarle con una galleta. La señora Viney preguntó por la madre de Frances; hablaron de los preparativos del entierro, de la reciente visita del inspector, de que no parecía que se hubiesen hecho progresos en el caso... La charla se prolongó mientras Frances, tensa en su silla, miraba a Lilian al otro lado de la habitación y notaba también la tensión en su postura. Hasta que Vera apareció, arrastrando los pies desde una habitación de arriba para decir que Violet ya no estaba enferma y pedía un pedazo de pan con mantequilla, pero quería que se lo llevase su abuelita; hasta entonces, en la agitación que se produjo, con el perro ladrando otra vez y escabulléndose como un cerdo engrasado cada vez que alguien intentaba atraparlo, Frances y Lilian no pudieron arañar unos pocos minutos a solas.

–Tengo que hablar con Frances un segundo de algunas cosas de la casa – dijo Lilian a su madre, después de que Frances se levantara y se despidiera de todos; y antes de que la señora Viney pudiera intercalar alguna palabra amable para impedirlo, ellas ya habían bajado la estrecha escalera hasta el pasillo mal iluminado. Tras ellas, el perro seguía desgañitándose a ladridos.

Al otro lado de la puerta de la calle, el ruido en Walworth Road era atronador. Frances pensó en todo lo que tenían que decirse –todo lo que tenían que hablar y planear, aunque sólo dispusieran de unos instantes tan precipitados y agobiados como aquél– y la embargó cierto desánimo.

–¿Qué pasa? Ha pasado algo, ¿verdad? –dijo Lilian.

Frances asintió.

–Pero no sé si es muy malo. No sé qué pensar.

Y rápidamente, en voz baja, se lo contó todo a Lilian: la conversación con la señora Playfair, la escena que había provocado con su madre, la visita del inspector... Lilian volvió a empalidecer mientras escuchaba. Para cuando Frances terminó se había agarrado al poste de arranque de la escalera y recostado en él como si fuera a desmayarse.

–¡Oh, Frances, es el fin! Si tu madre lo ha intuido...

–No ha intuido nada.

–¡Y todas esas personas en la vereda!

–No *vieron* nada. Hasta el inspector lo ha admitido.

–Pero ¿por qué te ha hablado de ellas? ¿Por qué decirte todo eso?

–Sí, es lo que me da miedo. Estaba intentando asustarme para que confesara algo. ¿Algo de ti y Charlie? ¿O de ti y otros hombres?

–¿No... no de ti y de mí?

–No lo sé. No, no creo. Pero sabe que estuve contigo en la fiesta de Netta, y que no dije que estuve. ¡Cuánto me gustaría no haberlo ocultado! Y ojalá no le hubiera dicho que estabas haciendo una limpieza de primavera el día en que murió Leonard. Ahora no hay vuelta atrás a este respecto. Está en todas las declaraciones que hemos hecho. ¡Qué dañino parece todo lo que está descubriendo! Esa... Esa póliza de seguros.

Debió de decirlo con una voz extraña. Lilian la miró de un modo distinto.

–Pero eso no es nada. Todos los hombres casados tienen una en la Pearl. La reciben en cuanto entran en la compañía.

–Quinientas libras. Es un montón de dinero.

–Pues yo lo había olvidado totalmente.

–¿De veras?

–¡Sí! O... –Sacudió la cabeza, confusa–. No sé. Supongo que Len solía bromear sobre la póliza. ¿No estarás pensando...?

–No –dijo Frances rápidamente–, claro que no. –En absoluto se permitía pensarlo–. Sólo estoy tratando de verlo como lo verá *él*.

Al oír mencionar al inspector, Lilian descendió al escalón más bajo de la escalera.

—¡Oh, me da un miedo terrible! Sabía que estaba pensando cosas de Charlie y de mí. Lo deduje de todas las preguntas que me hizo la noche del lunes. ¡Si al menos Charlie dijera la verdad! Ahora tendrá que decirla, ¿no?, si esa pareja estaba realmente en la vereda. Pero si la dice... Ay, Frances, no sé lo que va a pasar después. Cada vez que suena el timbre pienso que es la policía. Pero si están vigilando a Charlie... Betty estuvo aquí ayer. Apenas me atreví a mirarla a los ojos. Menos a ti, no puedo mirar a nadie a los ojos. No me detendrán o algo así, ¿verdad?

Frances se acuclilló a su lado.

—No lo sé. Creo que podrían.

Lilian pareció aterrorizada.

—¡Oh, no digas eso! ¡Cada vez se ponen peor las cosas! Primero te involucran a ti en esto; ahora a él. Y todo por aquel momento tan, tan estúpido...

Era claro lo que estaba evocando: el golpe del cenicero, el chasquido como el de un bate de críquet, la pesada caída de Leonard al suelo. Arriba, en la cocina, se oían voces, las pezuñas del perro escarbando en el linóleo; ella parecía no oírlas. Agachó la cabeza y habló con un tono comedido y desdichado:

—Tú querías llamar a un médico. Ahora sé que debería haberte dejado. Lo que hubiera sucedido no podría haber sido peor que todo esto. He empezado a pensar...

No acertaba a decirlo.

Frances la miró.

—¿Qué?

—He empezado a preguntarme si no debería contárselo todo a la policía.

—¿Qué?

—Diría que lo hice yo sola. Que tú no sabías nada del asunto.

—¡Oh, Lilian, ni se te ocurra! Hemos dejado pasar mucho tiempo. Nunca te creerían.

—Pero es la verdad. Tendrían que creerme.

—¿Crear que lo llevaste a cuestras? ¿Por la escalera? ¿Que cruzaste el jardín hasta la vereda? ¿Y sin que yo me enterara?

La boca de Lilian había empezado a temblar.

–¡Es que no se me ocurre qué otra cosa hacer! Te he metido en todo esto...

–No pienses en mí.

–Has hecho tantas cosas. ¡Lo has hecho todo!

–Tú también has sido valiente. Sólo tienes que seguir siéndolo un poco más.

–No sé si podré. Es una auténtica pesadilla.

–Lo sé –dijo Frances–, pero no hay pruebas contra nadie. No pueden detener a alguien sin pruebas. No pueden...

Pero la voz le temblaba. Su última pizca de confianza se estaba disipando. Lilian la miró y luego le cogió las manos.

–¡Oh, no tengas miedo tú también! ¡No debes asustarte tú también! ¡Me moriré si sé que tienes miedo!

Estaba retorciendo los dedos de Frances. Retornaba aquel pánico, aquella oscura electricidad. Se aferraban la una a la otra, pero era como si enlazaran las manos al borde de un gran abismo, tan horriblemente unidas y a la vez tan separadas por el terror.

Como había sucedido una o dos veces antes, sucumbieron al pánico que luego se disolvió. Lilian se soltó y hundió la cabeza en sus manos.

–Ojalá pudiera cambiar las cosas –dijo–. Ojalá pudiera volver atrás. Ojalá, ojalá... –Se detuvo, extenuada–. Pero no sirve de nada. Nunca ha servido, ¿verdad?

Frances la rodeó con un brazo, la besó en el costado de su cara pálida.

–Ten cuidado cuando el inspector venga. No caigas en sus trampas. Hemos llegado hasta aquí; sé que podemos seguir adelante... Pero no pienses más en... lo que has dicho. En decir la verdad. No lo pensarás más, ¿verdad?

Lilian vaciló; después movió la cabeza.

–No si tú crees que no debo decirla.

Se irguieron, se estrecharon durante un minuto y se besaron con la boca seca y torpe antes de separarse.

Ya en la acera, la luz hizo parpadear a Frances. Había un hombre parado delante del escaparate de la tienda, mirando el muestrario, y en la ceguera del momento estuvo a punto de chocar con él. Vio su mirada en el cristal polvoriento, murmuró una disculpa y siguió andando.

Pero un segundo o dos después miró atrás y lo vio alejarse raudamente en la dirección opuesta. Reparó entonces en que llevaba una gabardina gris con un cinturón de hebilla. ¿Era el hombre con quien se había cruzado antes,

cuando bajaba la cuesta? No estaba segura; pero la idea la sumió nuevamente en el pánico. Hasta ahora no se le había ocurrido pensarlo, pero ¿no era posible que el inspector Kemp hubiera apostado a unos hombres para vigilar la casa? ¿Unos hombres que la siguieran cuando saliese a la calle? Tal vez llevaban toda la semana vigilando. ¡Y ella había hecho exactamente lo que él quería que hiciera! ¡Ir corriendo a ver a Lilian! Ir a verla y llegar antes porque él se había cuidado de comunicarle que pasaría a visitarla más tarde...

En el trayecto a casa se sintió mareada, se sentía atrapada y en peligro; de trecho en trecho, al cruzar una calle, giraba la cabeza furtivamente para mirar por encima del hombro. Pero el hombre de la gabardina no dio más señales de vida.

Dos días después tuvo lugar el entierro. Frances tenía intención de asistir con su madre. Pero la madre se levantó por la mañana con un aire más atribulado y quisquilloso que nunca, y se quejó de que le dolía la garganta; así que se fue sola andando melancólicamente hasta Peckham por las calles sin sol y sin sombra, y después tomó un autobús hasta las puertas del cementerio. Allí encontró a mucha gente vestida de negro que aguardaba la llegada del cortejo. Reconoció a tías y primos de la fiesta de Netta; estrechó algunas manos. Cuando aparecieron el coche fúnebre y unos automóviles estiró el cuello para divisar a Lilian, pero sólo captó un atisbo sumamente tenue de ella según pasaban los vehículos. Los últimos coches entraron en el cementerio y ella y los demás asistentes los siguieron en silencio. Tardaron unos diez minutos en llegar por un sendero tortuoso entre las tumbas a la austera capillita donde iba a oficiarse el servicio.

En semejantes circunstancias, la atmósfera sólo podía haber sido lúgubre. Depositaron el ataúd sobre unos caballetes en el pasillo; rojizo, con latón y esmalte, desconcertantemente recordaba a Leonard, y las coronas que pusieron encima –en una se leía HERMANO, en la otra HIJO– evocaban su muerte atrozmente prematura. La gente lloraba en sus pañuelos mientras el pastor pronunciaba su discurso. Temiendo no saber adónde la conduciría la congoja, Frances percibió como un contagio las lágrimas a su alrededor, y se mantuvo entre ellas tan rígida en su asiento como si estuviera conteniendo la respiración.

Pero empezó a darse cuenta de que había algo más en aquella ceremonia, una corriente adicional en la consternación colectiva: lo vio en las caras reservadas y serias de la familia de Leonard; lo vio en la manera extrañamente desafiante con que, cuando llegó el momento de abandonar la capilla, los varones Barber se levantaron para portar el féretro. En el lento desfile hacia la tumba, los familiares, como vinagre y aceite, se las arreglaron para dividirse en dos filas distintas. Y al llegar a la tumba las dos filas se juntaron y la gente de Peckham se colocó en un lado y la de Walworth en el

otro, y sólo unos pocos de los asistentes –hombres que podían haber sido colegas de Leonard en la compañía de seguros o que quizá habían luchado con él en la guerra– parecían indecisos sobre dónde debían situarse. A Frances le tenía sin cuidado este reparto de lealtades. Simplemente quería que el entierro acabara. Continuamente intentaba vislumbrar a Lilian: sólo vio su cabeza gacha y sus hombros caídos, y los sollozos que la estremecieron cuando bajaban el féretro. En cuanto el pastor impartió su bendición final y los deudos empezaron a dispersarse, trató de abrirse camino hacia ella entre las caras afligidas de la gente.

Pero como si a la tensión que había estado hirviendo a fuego lento por debajo de la superficie de toda la historia por fin le hubieran permitido liberarse, apenas había dado una docena de pasos cuando advirtió la pequeña conmoción que se había producido en la cabecera de la sepultura. Las coronas de la familia, HIJO y HERMANO, habían sido colocadas en un lugar prominente entre las flores, pero Vera y Netta, al parecer, estaban intentando retirarlas para poner en su lugar un ramo grande de azucenas. La madre de Leonard y otra mujer que debía de ser una hermana o una cuñada se habían apoderado de los tallos de las flores y, con la cara blanca y resuelta, trataban de arrancarlas de las manos de Netta.

Todo esto se hacía en silencio, pero la muda hostilidad de la pugna era tan escandalosa como un grito. La gente se había vuelto para ver la escena con la boca abierta; nadie parecía saber cómo actuar. La señora Viney, colorada y furiosa, volvía hacia la tumba como si tuviera el propósito de sumarse a la pelea. Lilian la sujetaba del brazo:

–Déjalo, mamá. ¡Oh, no vale la pena!

Dos de los primos estaban situados cerca, junto con Min y su novio. Frances se acercó a ellos.

–¿Qué demonios pasa?

Al verla, la mano de Min voló a su boca y soltó una ráfaga de risa nerviosa.

–Oh, señorita Wray, ¿no es horrible? ¡La mamá de Lenny no quiere que pongan las flores de Lil encima de la tumba!

–¿Por qué no?

–Es por culpa de lo que ha aparecido en el periódico. ¿No lo ha visto? Un hombre y una mujer dicen que oyeron cosas la noche del asesinato, y...

Frances la miró con una consternación asqueada.

—¿Eso dice ahora el periódico?

—Viene en el *Express* de esta mañana. Pero nosotros ya lo sabíamos por la policía, y la familia de Lenny siempre se ha portado de un modo muy raro con Charlie a causa de eso; dicen que no saben a quién creer. Tenía que haber ayudado a llevar el ataúd, pero hasta anoche no le dijeron que no querían que lo hiciera. Han preferido que lo haga un primo de Lenny..., ¡el de Black and Tans, además! Lil cree que lo han hecho para fastidiarla. Han dicho cosas espantosas de ella.

—¿Qué tipo de cosas?

—Que no era una esposa como Dios manda. Que ella y Charlie habían sido demasiado amigos. Y cosas de su dinero. ¿Es demasiado, o...?

—¿De su dinero?

—El dinero que le van a dar por la muerte de Lenny.

¡La maldita póliza de seguros! Si las quinientas libras eran ya de dominio público, ¿cuánto tardaría la prensa en saberlo? ¿Cómo afectaría *esto* al caso?

—Lil se ha quedado deshecha —seguía diciendo Min—. Los Barber no van a decirle nada a la cara, pero ninguno de ellos la mirará a los ojos. No han dejado que nuestro coche fuera el primero detrás del féretro. Y ahora han quitado sus flores...

La interrumpieron Vera y Netta, que llegaban de la tumba a paso vivo. Enfurecidas, se estaban sacudiendo polen amarillo de sus guantes negros de seda.

—Bueno, señorita Wray, ¿no le parece encantador? —dijo Vera—. Len se partiría de risa, ¿no cree? Se supone que ahora tenemos que ir todos a Cheveney Avenue a tomar el té con pastas. Es sorprendente que nos hayan invitado, ¿no le parece? ¡Es como si tuvieran miedo de que Lil les pusiera arsénico en las bebidas! Después de esto, no pienso poner el pie en su casa, ni aunque me pagaran. Vamos a casa. —Miró alrededor—. ¿Adónde ha ido mamá?

Uno de los primos dijo:

—Ella y la tía Cathy han acompañado a Lil hasta la verja. Lloyd ha ido con Pat y Jimmy a recoger los coches.

—Bien.

Las tres hermanas bajaron la cabeza y emprendieron la marcha por el estrecho sendero, seguidos por los primos y el novio de Min. Frances se

quedó inmóvil un momento y luego corrió tras ellos con la esperanza de ver a Lilian, aunque fuera unos minutos, antes de que se la llevaran.

Pero incluso en los más o menos cincuenta minutos que habían transcurrido desde la llegada de la comitiva, debía de haberse difundido la noticia del entierro. La escena era caótica en la entrada del cementerio. Había reporteros y fotógrafos, y más mirones como los que habían asistido a la investigación, curiosos que se presentaban en la acera para ver aparecer a los familiares. Unos chicos asomaban la cabeza entre las rejas; incluso había algunos montados encima. Dos de ellos vieron la mirada de Frances y la llamaron; la llamaron con el tono apremiante pero afable con que podrían haberle pedido indicaciones en la calle.

—¡Hola! ¡Señora! ¿Cuál es el fulano?

Comprendió que se referían a Charlie. Y un instante después lo vio hablando con un hombre de la funeraria; Betty, a su lado, lo agarraba del brazo. Los dos tenían una expresión mortificada. La cara de Charlie estaba tan pálida que parecía de cera. Quizá estuviese preguntando si el cementerio tenía otras salidas: el hombre de la funeraria asentía, gesticulando en dirección a las tumbas.

Dio un brinco, asustada, al oír la bocina de un automóvil. Pero giró la cabeza hacia él, reconoció la cara de Lloyd... y por fin vio a Lilian, sentada en la trasera del vehículo con su madre y su tía. El coche intentaba salir del cementerio, pero se lo impedía otro que se había detenido para recoger al grupo de los Barber, que tenían aspecto de hostigados. Lloyd y el conductor de los Barber habían bajado sus ventanillas para recriminarse mutuamente, y un hombre pelirrojo al que Frances no conocía, pero al que había identificado de inmediato en la capilla como Douglas, el hermano mayor de Leonard, se había mezclado en la discusión. Frances advirtió con un escalofrío que tenía exactamente la misma voz que Leonard.

Por fin el coche de los Barber cerró las portezuelas y arrancó; el de Lloyd empezó a avanzar despacio; y ella no pudo hacer nada más que quedarse mirando cómo se marchaba. Sus ventanillas reflejaban los colores gris y negro de la escena: cuando, en el ultimísimo momento, Lilian se volvió, vio a Frances, levantó hacia el cristal una mano enguantada, fue como si la mirase desesperadamente a través de un flujo de agua; fue como si se estuviera ahogando.

Su expresión persiguió a Frances durante el camino de regreso a Champion Hill. Recordaba lo que Lilian había dicho la última vez que se habían visto; que estaba pensando en ir a la policía y contarles todo. ¿Y si había decidido a hacerlo? ¿Tendría sentido apretar el paso hacia Walworth para intentar verla? Sin embargo, ¿de qué serviría si lo único que podían hacer era cuchichear en aquel pasillo estrecho?

Cuando llegó a casa y encontró a su madre todavía indispuesta, ella también se sintió enferma, con una sensación de arenilla en la garganta y los ojos irritados. Aquella noche se fue a la cama derecha después de la cena, pero pasó unas horas agitada e inquieta; a la mañana siguiente seguía en el mismo estado, pero se obligó a salir para comprar los periódicos en el puesto de la cuesta. Ahora todos ellos publicaban el relato de la pareja en la vereda. Había fotografías y palabras textuales junto con descripciones del entierro. Y también, por vez primera, había fotos de Charlie. El *Daily Express* hasta se había hecho con una vieja instantánea de él y de Lilian. Se los veía vestidos para una fiesta, Lilian con una cinta alrededor de la frente y unos pendientes de perla; era claramente una fotografía de grupo que había sido recortada, pero recortada de tal modo que los dos casi parecían novios. El pie de foto los identificaba como «La viuda, señora Barber, y su amigo el señor Wismuth, que continúa ayudando a la policía en las investigaciones».

Este horror no abandonó a Frances en el transcurso del día. La siguió como una sombra hasta la cama y se infiltró en sus sueños. A una hora temprana de la mañana siguiente la despertó un tremendo sobresalto, convencida de que había oído a alguien dando furiosos aldabonazos en la puerta de la calle. ¿Sería la policía? ¿O tal vez Lilian? La alucinación era tan nítida que al final, temblando de aprensión, encendió una vela, bajó de puntillas y sigilosamente retiró la cadena y abrió la puerta. No había nadie en el pórtico, la calle al fondo estaba oscura y silenciosa y sólo se oían aquí y allá unos movimientos como de ratón cuando la brisa levantaba las hojas caídas y las dispersaba.

Más tarde, aquel mismo día, consumida de tanto dar vueltas a sus pensamientos solitarios, tomó un tranvía al centro y fue a Clipstone Street. Y en el momento en que se abrió la puerta del apartamento y vio la cara conocida de Christina –los infantiles ojos azules, el espantoso corte de pelo–, rompió a llorar, a su pesar.

–Oh, Chrissy.

Christina avanzó para abrazarla. Frances lloró contra su hombro y luego

buscó un pañuelo, apretando avergonzada el reverso de la mano para frenar el goteo de la nariz.

–No está Stevie, ¿verdad?

–No, está en la escuela, por supuesto. No te quedes en el descansillo.

–Te estoy molestando.

–No seas tonta. Entra. Estaba deseando verte.

Hizo pasar a Frances y la sentó en la butaca de terciopelo. Le quitó el sombrero de la cabeza y los guantes de los dedos; puso a calentar una tetera con agua en el hornillo, abrió un cajón y sacó una botella de brandy con dos vasos. Las lágrimas de Frances habían empezado a remitir. Se estaba enjugando la cara. Pero el gesto de Christina cuando le puso el vaso en la mano le provocó una llorera más fuerte que la anterior. Dio un solo sorbo tembloroso y el cristal repiqueteó contra sus dientes. Después lo posó y lloró contra el pañuelo; lloró hasta que la cabeza le vibraba.

–Lo siento –consiguió decir al fin.

–Por el amor de Dios, no digas eso –dijo Christina–. Bébete el brandy. ¿Quieres una manta? ¡Estás helada! ¿Cómo es que tienes tanto frío?

Frances dio otro sorbo y dejó el vaso.

–Creo que no he vuelto a sentir calor desde...

No pudo terminar.

Christina le alcanzó una manta escocesa y sacó la estufa eléctrica. Se sentó en la butaca de enfrente y dijo:

–¿Pero se puede saber qué te pasa?

Frances se estremeció.

–Los dos primeros días después de la muerte de Leonard... Ahora no sé cómo los superamos todos. Lo hicimos palmo a palmo, pienso, como se escala un risco. Después pareció que todo había pasado. Pero ahora... No sé lo que está sucediendo. A la policía se le ha metido una idea en la cabeza. Es aterradora.

–¿Aterradora por qué?

–¿Has seguido el caso en los periódicos? ¿Sabes quién es ese hombre, Charlie Wismuth, el amigo de Leonard? Se supone que pasó la velada con Leonard antes de su muerte. Pero la policía no lo cree. Y lo peor es que piensan que Lilian... que Lilian podría haber... ¡Dios! –Le temblaban los labios–. No puedo ni decirlo. No la he visto desde el entierro. Y ni siquiera entonces pude acercarme a ella. Fue algo increíble. Ningún familiar de

Leonard le dirigió la palabra. ¡Las dos familias estaban prácticamente arrancando lápidas para tirárselas a la otra! Lo único que hago en casa es preocuparme. Mi madre se comporta tan mal como la policía. No sé qué hacer, la verdad. Lilian está en Walworth. No podemos hablar, no podemos vernos...

–Eso no va a durar siglos, me imagino.

–Me siento tan terriblemente sola.

–Pero esto no puede durar eternamente, ¿no crees?

–Va a ocurrir algo terrible. Lo sé.

–Sigo sin entender. ¿Dices que la policía sospecha de Lilian? ¿Pero qué sospecha, exactamente? ¿Y por qué?

–Todo viene de la declaración de Charlie. No dice la verdad sobre dónde estaba la noche en que murió Leonard.

–¿Creen que tuvo algo que ver con el asesinato?

–Sí. Pero no es así.

–¿Cómo lo sabes?

–Yo... sólo sé que no es así. Pero se están imaginando que ha habido una especie de aventura entre él y Lilian. Que ella... lo empujó a hacerlo. No sé.

–¿Tienen alguna prueba?

–Claro que no.

–¿Estás segura?

–¡Pues claro que lo estoy! ¿Qué estás insinuando?

–Nada, supongo. Es sólo que verte metida en toda esta historia...

–La policía se limita a atar cabos. Cosas ridículas. La conducta de Lilian en la fiesta de su hermana. El hecho de que ella y Leonard no fueran felices. El hecho de que él tuviera un seguro de vida... –Pero Frances no quería hablar de esto. Meneó la cabeza—. Es todo un disparate. ¡Pero lo creen! Están tergiversando las cosas.

Tras una pausa Christina dijo:

–Ojalá hubieras venido antes. He estado muy preocupada por ti. Estuve a punto de ir a Camberwell.

Frances se frotaba los párpados irritados.

–Podrías haberlo hecho. Mi madre vio tu telegrama. Todo ha salido a relucir ahora.

–Oh, Frances, lo siento. No sabía qué hacer.

–No importa. Fue una cobardía por mi parte ocultárselo. Y de todos modos

es lo último en que piensa. Piensa..., no sé lo que piensa. Se ha puesto en contra de Lilian, como todos los demás.

–¿Y cómo está Lilian?

–Oh, está fatal. Asustada. Más asustada que yo; ése es el problema. Y ha estado enferma. ¿Lo sabías? No, claro que no lo sabías. –Se puso una mano en la frente–. Estoy perdiendo la cabeza; ya no sé quién sabe qué. Resultó... –Titubeó–. Resultó que estaba embarazada.

Christina abrió la boca de par en par.

–¿Embarazada?

–Sí.

–Pero...

–Perdió el bebé. Con todos esos disgustos. Lo perdió.

No pudo decir más. De cualquier forma, la tetera estaba silbando. Christina miró a Frances otro momento y corrió a retirarla del fogón.

Envuelta en la manta de viaje, finalmente había dejado de tiritar. Pero la crisis de llanto la había dejado agotada, se sentía magullada, hinchada, con la cara sucia. Se volvió de lado en la butaca, agitó los pies para quitarse los zapatos y recogió las piernas. Se enjugó de nuevo los ojos y la nariz y dijo:

–Dios, estoy en un estado lamentable. ¿Estás completamente segura de que Stevie no va a aparecer?

–Te he dicho que está dando clase. Y de allí se irá a su estudio. Tardará horas en llegar.

–¿Qué piensa de todo esto?

–Bueno, ¿tú qué crees? Está horrorizada, por supuesto. Las dos lo estamos. No parece real.

Frances recostó todo su peso en la butaca y descansó la mejilla en el terciopelo.

–Tampoco me lo parecía a mí, el primer o segundo día. Ahora parece irreal todo lo demás. ¿Qué día es hoy, por cierto? Es lunes, ¿no? ¡Entonces hace apenas poco más de una semana desde que sucedió! Parece una vida entera. Como si yo hubiera sufrido todo el miedo y el horror de una vida condensados en diez días.

Christina se acercó con la bandeja del té. Mientras llenaba la taza de Frances dijo:

–Pareces enferma, ¿sabes? Pareces enferma y... No sé. No pareces tú misma.

Frances tomó la taza y dio un sorbo, agradecida.

–No creo que vuelva nunca a ser la misma de antes. No con la policía husmeando alrededor. Ni con el inspector Kemp y su maldito olfato.

–¿Un inspector? –dijo Christina–. ¿Igual que en los libros?

Su tono se había animado un poco. Mirándola por encima de la bandeja, Frances pensó: Sí, eres como los demás, te emociona el repugnante atractivo de esta historia. Y sin embargo te consideras una pacifista. Y, en realidad, yo también... Respondió brevemente y cansada a las preguntas que le hizo Christina sobre lo ocurrido el sábado anterior y el hallazgo del cuerpo de Leonard en la vereda. Lo había rememorado todo tantas veces, para la policía y para los vecinos, que se había convertido en algo añejo y sin vida, un episodio que le había acontecido a otra persona.

Pero Chrissy, desde luego, sabía más que la policía y que los vecinos; sabía lo de Frances y Lilian. Y esto significaba que Frances tenía que andar con pies de plomo. Había muchas cosas que no podía decir; se sentía lastrada por aquel peso. De vez en cuando, mientras hablaban, topaba con una especie de muro ciego. «Estoy tremendamente preocupada por Lilian», repetía, para desconcierto de Christina.

–Pero ¿qué puede hacer la policía?

–Es lo que quieren saber ellos.

–Pero si están trabajando tan a fondo en el caso..., ¿no es sólo cuestión de tiempo que encuentren al asesino? Y entonces...

–No van a buscar a nadie.

–¿Por qué dices eso? ¿Por qué no?

–Creo que ya han resuelto el caso. Van a actuar, sé que van a hacerlo. Lilian también lo sabe. Tengo miedo de que cometa una imprudencia. Sé cómo funciona su mente. Estará pensando que si las cosas se han puesto así de feas, si la gente ya se ha puesto en contra de Charlie, y en contra de ella..., estará pensando...

–¿Qué estará pensando? Lo que dices no tiene sentido. Anda, bebe un poco más de brandy.

Frances negó con la cabeza.

–No me atrevo. No puedo arriesgarme a estar confusa. ¡Si supieras cuántas cosas tengo que pensar y planificar y cuántas me preocupan!

–¿A qué te refieres? –exclamó Christina–. ¿Qué te preocupa? ¿Por qué todo esto ha recaído sobre ti?

Frances la miró a la cara y de repente el impulso de contárselo todo –lo de las píldoras del doctor Ridley, lo de la sangre, lo de Leonard, lo del horrible trayecto bajando la escalera y atravesando el jardín– se volvió irresistible. ¿Podía contárselo? ¿Se atrevía? Le había dado tantas vueltas a lo ocurrido aquella noche que había perdido todo sentido de la perspectiva. ¿Hasta qué punto, de hecho, era una maldad lo que ella y Lilian habían hecho? No era un crimen, en definitiva. Ellas lo habían convertido en un crimen al asustarse tanto, actuando de un modo tan culpable. Pero no era más, en realidad, que un error garrafal, catastrófico. Quizá si se lo contara a Chrissy ella la miraría atónita, escandalizada, la...

Pero miró el vestido arrugado y la rebeca de color barro que llevaba Christina; recorrió con la mirada el apartamento desordenado, su falso carácter bohemio. Las mentiras representadas allí eran totalmente inocuas. Todo era tan incorrupto, tan seguro... Y sabía que no podía contarle nada a Christina. Más aún, sabía que no contárselo abriría una grieta entre ellas; que ya la había abierto. Pensó, desolada: *Esto es lo que vi en el jardín aquella noche*. Había traspasado la frontera de la normalidad. O, más bien, Lilian la había empujado a traspasarla. Nunca se lo reprocharía. No lo haría nunca. Pero, oh, ¿por qué había cogido aquel cenicero? ¡Qué injusto era! Se disponían a emprender una nueva vida. A Frances ya le habían apartado con engaños de otra: de esta vida aquí, con Christina. ¿Realmente iban a privarla de otra más?

Derramó unas pocas lágrimas; esta vez, de compasión por sí misma.

–Perdóname, Chrissy –dijo.

–¿Qué puedo hacer para ayudarte?

Ella se enjugó la cara, se sonó la nariz.

–¡Es que estoy agotada! Por eso lo veo todo negro. Siento que podría dormir horas y horas. Y luego por la noche no pego ojo.

–Duerme ahora, entonces. Acuéstate en la cama.

–No, no puedo. Tengo que volver a casa, atender a mi madre. Pero... – Adoptó un tono humilde–. ¿Puedo quedarme aquí sentada un ratito? ¿Qué estabas haciendo cuando he llegado? ¿Escribías a máquina? ¿Por qué no sigues?

–Bueno, pero ¿no te molestará el ruido?

–No. Me gustaría. De verdad.

De modo que, dubitativa, Christina volvió a su escritorio, destapó la

máquina de escribir, reanudó su tarea; y Frances se enroscó en la butaca y cerró los ojos. Al principio el golpeteo de las teclas le pareció fuerte. Luego su mente se fue despegando del entorno y se deslizó fuera del alcance del sonido. Percibía como a distancia la estrechez de la butaca; la oreja se le calentó y le dolía porque la tenía apretada contra el respaldo, pero carecía de la voluntad o la energía para cambiar de postura. Durmió profundamente un rato, despertó sobresaltada y volvió a dormirse como un leño. Cuando se desperezó completamente vio las feroces barras anaranjadas de la estufa eléctrica, vio iluminada la pantalla verde de la lámpara del escritorio de Chrissy; y luego vio el reloj. Era las cinco y veinte. No debería haberse quedado allí tanto tiempo. Podría estar sucediendo cualquier cosa en casa.

Pero cuando inició la dolorosa maniobra de desenroscarse de la butaca oyó un sonido por encima del chasquido intermitente de la máquina: una voz alta en la calle. Se percató de que ya la había oído dos o tres veces, junto con el estruendo del tráfico en Clipstone Street; pero sólo ahora se abrió camino hacia su mente y comprendió lo que era. Un chico voceaba la edición vespertina de un periódico londinense. ¿Qué titular estaba vociferando?

Miró a Christina.

—Chrissy, para de teclear, por favor.

Christina se sobresaltó.

—¡Estás despierta! Creía... ¿Qué pasa?

—¿No oyes eso?

—¿El qué?

Frances estaba tensa en la butaca.

—¡Ahí! —Sonó otra vez el grito—. ¿Qué está diciendo? —Pero ella ya lo sabía—. Dice «Champion Hill», ¿no? ¡Abre la ventana!

—Basta, Frances. Me estás asustando.

—¿No lo oyes?

—No, yo...

Pero sí, Christina lo captó. El chico de la calle se iba acercando. «*¡El asesinato de Champion Hill!*», gritaba; Frances tenía razón. Pero había otra palabra; ¿cuál era? ¿Era *últimas*? No estaba segura. Aguzó el oído. Se repitió el grito. «*¡El asesinato de Champion Hill!*»: eso estaba claro. Pero la palabra siguiente... ¿era *atención*? Una vez más, en su interior sabía que no era ésa. ¡Lo sabía! Forcejeó para levantarse de su asiento, pero Christina ya se había levantado y había ido a la ventana. Frances la vio girar el picaporte. Y en

cuanto alzó la ventana de guillotina, el grito les llegó nítidamente: «¡*El asesinato de Champion Hill! ¡Detención!*»

Las dos se miraron. Después Christina reaccionó; miró alrededor en busca de su bolsa, luego descartó la idea y volcó sobre su escritorio un par de monedas de una hucha de loza. Salió corriendo y dejó abierta la puerta tras ella.

Frances se quedó en la butaca, demasiado asustada para ponerse de pie, escuchando el palmoteo decreciente de las suelas de las zapatillas de Christina en la escalera. Ya estaba, comprendió. Ya había llegado el momento que había estado temiendo y esperando desde el principio de toda la historia. La policía había detenido a Charlie, o a Lilian, o a los dos juntos. Habían estado reuniendo pacientemente informaciones falsas y ahora se habían abatido sobre su presa. Cerró los ojos. Oh, que sea Charlie, que sea Charlie... ¡Pero eso no era bueno! ¡No podía ser Charlie! ¡No podía ser nadie! ¡Oh, Dios, que no sea nadie! ¡Que no sea nadie! ¡Todo ha sido un error!

Pareció que percibía el transcurso de un minuto tras otro hasta que oyó el rápido regreso de las pisadas de Christina. Miró la puerta que se abría y por fin Christina la cruzó disparada, con el periódico en la mano y el pelo corto volando. Parecía emocionada y a la vez aliviada.

–Creo que está bien –dijo, sin resuello–. Dicen que han detenido a un hombre, pero...

–¡Es Charlie, entonces! ¿Charles Wismuth?

Christina sacudió la cabeza, todavía jadeando en busca de aire.

–No, no es ese nombre.

Frances casi le arrancó el periódico. Pero las palabras daban brincos delante de sus ojos; tuvo que devolvérselo. Christina empezó a leerle en voz alta, con un ritmo apresurado y telegráfico.

–«Sensacionales novedades en el caso Champion Hill... Un joven ha comparecido hoy ante el juez de Lambeth, acusado del asesinato de Leonard Arthur Barber... El detenido –Christina alzó la voz– se llama Spencer Ward, un mecánico de automóviles de Bermondsey.»

Frances la miró boquiabierta.

–¿Qué?

–«La policía arrestó al señor Ward tras las súbitas revelaciones de un importante testigo del caso, el señor Charles Wismuth. El inculpado, el señor Ward, que se ha declarado no culpable, es sospechoso de haber perpetrado la

agresión debido a su rencor por las relaciones íntimas que el casado señor Barber mantenía con su prometida, la señorita Billie Grey...»

Frances volvió a arrebatarse el periódico y leyó el artículo ella misma. Pero seguía careciendo de sentido. Lo único que veía eran los nombres de desconocidos: Stephen Ward, Billie Grey. ¿Qué diablos significaba aquello? *Súbitas revelaciones... rencor... relaciones íntimas... el casado señor Barber...*

Relaciones íntimas... el señor Barber...

Finalmente, como si las palabras fueran otras tantas cosas –monedas, pongamos– que habían sido lanzadas al aire y ahora, una por una, cayeran y se posaran, todo encajó en su sitio.

Durante todo aquel tiempo, Leonard debió de haber vivido su propia aventura. Veía a una chica, una chica que se llamaba Billie. Esta chica era la novia del joven al que habían acusado del asesinato.

Su primera y aterradora reacción fue un sentimiento de traición, un arranque de indignación ante la idea de que Leonard pudiera haber hecho aquello, haber mantenido aquella mentira sin que Lilian supiese nada. Después cayó en la cuenta de las consecuencias de la detención del novio, y sintió angustia.

–No –dijo–. No. No. No es posible.

–Pero...

–¡Es demasiado espantoso, Chrissy!

–¿Qué? Yo pensaba... Bueno, si la policía ha atrapado al asesino, ¿no queda todo resuelto?

–¡No! ¿No lo ves?

Pero ¿cómo iba a verlo Christina? ¿Cómo iba a entender la absoluta chapuza y el horror de la situación? ¡La policía había detenido a un inocente! Frances la miró a la cara. ¿*Puedo contártelo?*, pensó de nuevo. ¿*Puedo?* ¿*Me atrevo?*

Entonces se acordó de Lilian. Arrojó el periódico y recogió su sombrero.

–Tengo que irme.

Christina pestañeó.

–¿Qué? ¿Adónde?

–A ver a Lilian. Seguro que ella también ha visto el periódico.

–Bueno, pero no te vayas así. ¡Pareces una loca!

–Me siento como una loca –dijo Frances–. Pero me sentiré peor si no la

veo. –Se puso los guantes–. Iré en taxi. –Entonces pensó en su bolso y lanzó un gemido de desesperación–. ¡No tengo dinero!

–Ya te lo doy yo. Pero...

–¿Me lo das? Oh, Chrissy, sí, por favor.

Christina cogió la hucha y vació su contenido en las manos de Frances. Pero cuando ella se disponía a marcharse la agarró del brazo.

–Espera, Frances.

Frances trató de desprenderse, impaciente.

–Tengo que irme. No hay tiempo.

–Frances, por favor. Ten cuidado, ¿de acuerdo?

Entonces Frances la miró con más calma y las dos se aproximaron. Se abrazaron, y el corazón les golpeaba el pecho como puños que aporrear los lados opuestos de una puerta cerrada con llave.

En la calle encontró un taxi casi de inmediato. El taxista circuló sin percance hasta el río y luego se vio atrapado en un atasco sobre el puente de Waterloo. Removiéndose inquieta, Frances observaba en el taxímetro cómo iban acumulándose los tres peniques, y al ver a su alrededor el semblante normal de la gente no acertaba a creer que no estuviesen compartiendo su pánico. Pero después, como una súbita emisión de líquido que sale de una cañería atascada, el tráfico recuperó su fluidez. Tras un pequeño embotellamiento en Elephant and Castle, llegaron a Walworth Road.

La calle hormigueaba de gente que hacía compras. Esta vez estaba iluminado el escaparate del señor Viney y levantada la persiana de la puerta: lo vio detrás del mostrador, con Min a su lado, atendiendo a un cliente. Pero esta vez también fue a la otra puerta y pulsó el timbre; otra vez bajó a abrirle la pecosa y antipática Lydia; otra vez el perro ladraba como un loco mientras ella subía la angosta escalera. La puerta de arriba estaba cerrada, pero al otro lado oyó voces de mujeres. No se detuvo, no llamó a la puerta. Giró el pomo y entró.

Alrededor de la mesa de la cocina encontró reunidas a la señora Viney, a Vera, a Lilian y a la pequeña Violet. La miraron con asombro. Vera se estaba llevando un cigarrillo a la boca y tenía los labios abiertos para recibirlo. La señora Viney se levantó con esfuerzo y dijo:

–¡Señorita Wray, bueno, yo nunca...! ¡Creíamos que era la hermana mayor de Lydia, que venía a llevársela a su casa!

Lilian tenía los ojos enrojecidos de llanto. Frances se dirigió directamente a

ella.

–Acabo de ver el periódico. Acabo de leer la noticia.

Ella pareció asustarse.

–¿Ya ha salido en el periódico? ¿Qué dice?

–Dice que han acusado a un hombre. Dice algo de Leonard y una chica...

La expresión temerosa de Lilian se transformó en otra de simple desdicha. Bajó la cabeza y no respondió.

El perro volvió a ladrar. Violet le agarró por el rabo corto y grueso. La señora Viney se repuso.

–¡Oh, señorita Wray, qué amable es usted! ¡Pensar en todo el recorrido que ha hecho! –Le buscó una silla–. Lo hemos sabido todo esta mañana por el sargento Heath. Bueno, ¡casi me caigo de espaldas! La pobre Lil se ha quedado de una pieza. ¿Quién lo hubiera creído de Lenny? Estuvo viendo a esa chica con bastante frecuencia, por lo que dicen todos, durante meses y meses. ¡Y Charlie hacía lo mismo con la hermana casada de la chica! Todo salió a relucir anoche, ha dicho el sargento. Llamaron a Charlie para hacerle más preguntas y él se vino abajo y les contó todo. Entonces fueron derechos a detener al chico; le pillaron sin más. Y llevaba el arma encima.

–¿Llevaba el arma? –repitió Frances. Miró otra vez a Lilian–. Pero...

–Es uno de esos tipos duros –prosiguió la señora Viney–. Antes ya ha estado metido en un montón de líos. Pues resulta que fue él el que atacó a Lenny el verano pasado. ¿Se acuerda? ¿Se acuerda de cuando todas estábamos tan preocupadas y Lenny nos dijo que había sido un soldado? ¡Pues fue también ese chico! Había descubierto lo de Lenny y su novia y fue por él para darle un buen susto. Sí, todo se ha sabido ahora. ¡Tiene sólo diecinueve años! La que me da pena es su pobre madre.

Vera estaba encendiendo por fin su cigarrillo.

–A *mí* me da pena la madre de Lenny...

–Oh, no empieces... –dijo la señora Viney.

–Me gustaría verle la cara, eso es todo.

La niña, como de costumbre, estaba escuchando todo.

–¿Por qué te gustaría verla?

–Porque es una vieja mala –dijo Vera– que creía que brillaba el sol en ya sabes qué del tío Lenny. Y ahora... –daba chupadas feroces de su pitillo, con las facciones afiladas como un hacha–, ahora sabrá que no era cierto. Por eso me gustaría.

La señora Viney protestó otra vez. No estaba bien hablar mal de los muertos. ¡Y con las flores de la tumba aún frescas! De todos modos, pensaba que Lenny le había jugado una mala pasada a Lilian...

En la mesa había una tetera cubierta por un mantelito de punto; alguien sirvió una taza en el transcurso de la conversación, y cuando salieron posos marrones alguien llenó la tetera y añadió leche a la jarra... Frances sabía lo que iba a ocurrir ahora. Ella y Lilian, sentadas en aquella habitación atestada, se mirarían atormentadas mientras el perro hacía sus mañas para que le diesen una galleta; y luego tendrían que hablar de pie, cuchicheando furtivamente en algún rincón oscuro.

Esta vez se negaría. Pusieron la taza en un platillo y se la colocaron delante, pero ella habló sin mirarla y se dirigió de nuevo directamente a Lilian.

—¿Puedo verte en algún lugar a solas?

Se hizo el silencio en la habitación. Tras una pausa, ruborizándose, insegura, Lilian se levantó.

—Sí, claro, si quieres. Vamos... vamos arriba.

Las mujeres las observaban. Incluso Violet lo hacía. Por una vez, la señora Viney parecía dudar.

—Vas a llevar a la señorita Wray al dormitorio, ¿no? Allí no hay ningún fuego encendido.

—Da igual —dijo Lilian, con la cabeza gacha.

—Bueno, ¿por qué no pasáis a la sala?

—No, sólo tenemos que hablar un minuto de... ¡Oh, sólo tenemos que hablar!

Se sonrojó aún más que antes. Torpemente, guió a Frances fuera de la habitación. Salieron al semirrellano y subieron otro tramo estrecho de escalera.

Cuanto más subían más oscura estaba la casa. Una cortina de encaje cubría la ventana de la escalera; había una claraboya sucia de mugre. El pequeño dormitorio en que entraron estaba atiborrado, casi lo llenaba por completo el escaso mobiliario, el armazón alto y de hierro de una cama, una cómoda, un tocador con un faldón azul de raso; una muñeca enredada en unas cuerdas colgaba de un crucifijo en la pared. Aquí y allí en el linóleo había extrañas comas y estrellitas brillantes: Frances las examinó confundida y luego oyó el chirrido de una silla, un murmullo, y comprendió que eran resquicios de luz.

La habitación de abajo, bien iluminada, era la cocina. Fue vívidamente consciente de las mujeres que estaban abajo, todavía sentadas a la mesa, quizá lanzando hacia el techo miradas interrogantes.

Lilian había rodeado la cama para abrir más las cortinas y que entrara la última luz gris del día. Después se dio media vuelta y se quedó allí parada, encogida y destrozada. Se miraron por encima del edredón de flores.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró Frances. Y a continuación, como Lilian no le contestó—. ¿Sabes lo que significa esto? ¡Un chico inocente! Nunca pensamos en eso, ¿verdad? Pensamos en Charlie. Ya era bastante penoso.

—Es como mi condena —dijo Lilian.

—¿Qué?

—Es como mi condena por todo lo que he hecho.

Su expresión y la amargura de su tono desconcertaron a Frances.

—No es una condena contra nadie —dijo—. Es sólo..., oh, no sé qué demonios es. ¿Qué ha dicho exactamente el sargento Heath?

—Lo que te ha dicho mi madre.

—¿No sabes nada de ese chico? ¿Cómo es posible que lo hayan *acusado*? No tiene ni pies ni cabeza. ¿Qué ha dicho tu madre de un arma?

Lilian se había llevado la mano a la boca.

—Llevaba algo encima; una porra o algo así. En todo caso, un objeto que podría ser el arma del crimen. Y han vuelto a hablar de esos cabellos en el abrigo de Len. Creen que algunos podrían ser suyos.

—Pero eso es imposible, ¿no?

Ahora Lilian se mordisqueaba el labio.

—No lo sé. Lo he estado pensando. Algunos podrían ser de la chica. De esa... de esa *Billie*. Si tenía en el hombro algunos cabellos del chico y si luego ella y Len..., si ellos...

—Pero eso no es posible, ¿no?

—No lo sé.

—¿Cómo pudo ocurrir?

—¡No lo sé! No sé nada. ¡Quizá Len la veía todas las tardes o casi! Quizá la llevaba a hoteles...

—¡Hoteles! ¿Crees que hacía eso?

—¡Qué sé yo! Sí, probablemente. Cada vez que decía que se quedaba más tiempo en el trabajo o que tenía una cena..., probablemente se veían entonces. Entre ellos podría haber sucedido cualquier cosa.

Frances se puso las manos en la frente y trató de asimilarlo todo. «¡Dios!» No conseguía reunir sus pensamientos; era como si se los hubieran separado a martillazos.

—¿Cómo pudo guardar un secreto así? ¿Durante meses y meses, ha dicho tu madre? Pero escucha. —Bajó las manos, como sosegándose—. Ya no importa lo que hizo o no hizo. No importa lo que duró. Lo importante es lo del chico. Lo importante es que han detenido a alguien por un crimen que no ha cometido. ¿Qué podemos hacer al respecto? ¿Qué te ha dicho el sargento que van a hacer ahora?

Lilian se mordía otra vez el labio. Respondió con desgana.

—Ha dicho que el chico tendrá que comparecer en el juzgado el martes por la mañana, para que el fiscal empiece a formular los cargos. Si el juez considera que el caso es suficientemente serio lo juzgarán en el Old Bailey.

—¡El Old Bailey! Oh, qué espanto. Pero, entonces, ¿todavía no ha ido a juicio? ¿Aún podrían retirar la acusación?

—No..., no lo sé. Sí, creo que sí. La policía ha completado su parte. Y hay que reabrir la investigación judicial. Pero no van a hacerlo inmediatamente. El sargento ha dicho que el asunto podría durar semanas.

—¡Semanas! Y mientras tanto el chico estará... ¿dónde? ¿Encerrado en una celda?

—Creo que sí.

—Oh, Lilian. ¡Es increíble! Después de todo por lo que hemos pasado. Sabes lo que deberíamos hacer, ¿verdad? Deberíamos ir directamente a la policía. Deberíamos entrar en la comisaría de Camberwell y contarles todo. ¿Y si el caso va a juicio? No habrá pruebas para condenarlo; por unos cuantos estúpidos pelos no ahorcarán a nadie. Pero no podemos permitir que esto siga adelante. Deberíamos hablar enseguida con el inspector Kemp. Pero si hiciéramos eso... ¡Oh, Dios! —Su pensamiento se estaba anticipando, como la noche de la muerte de Leonard: veía los periódicos, a los vecinos, la cara acongojada de su madre. Tuvo que apoyarse en la cama—. ¿Qué pasaría? Nos retendrían en la comisaría. Tendríamos que pensar en abogados; la señora Playfair podría ayudarnos a buscarlos. Pero ¿de dónde sacaríamos el dinero?

Guardaron silencio, al darse cuenta de la enormidad del problema. Lilian parpadeó, los ojos enrojecidos. Dijo:

—Tú... ¿Tú no quieres realmente que vayamos?

Frances se enjugó la boca.

–No, por supuesto que no quiero. Sólo estoy pensando en ese chico. ¿Tú no piensas en él?

–Es que estoy asustada.

–Lo sé, Lily. Yo también.

–Estoy asustada por ti. Asustada por él. Pero sobre todo..., no puedo evitarlo..., estoy asustada por mí. Si ahora tuviéramos que decirles la verdad, no sé qué me harían. Todo el mundo me odia ya. Después de esto sería cien veces peor. Dirían que lo asesiné yo...

Frances se inclinó hacia ella por encima de la cama.

–No dirían eso. Te lo prometo, ¡te lo juro! Nunca les dejaría decir eso.

–Entonces probablemente dirían que me ayudaste a hacerlo. ¿Cómo podríamos demostrar que tú no fuiste? Nos llevarían a juicio, Frances. Si pudiéramos... esperar un poquito. Hasta que sepamos qué va a pasar luego. Sé que es horrible por mi parte, pero cuando hoy ha venido el sargento Heath he pensado que venía a detenerme; y luego, cuando me ha dicho que habían detenido a otra persona, me he mareado. Me he mareado de alivio. Era un alivio tan grande pensar que ya nadie me miraría ni me odiaría... Si pudiéramos dejar las cosas como están, sólo durante un tiempo... No diría esto si ese chico fuese de otro tipo. Pero ya ha tenido problemas con la policía. No lo pasará tan mal como lo pasaríamos... nosotras.

Frances seguía inclinada sobre la cama; los muelles crujían debajo de sus manos. Dejó caer la cabeza con un gesto de derrota.

–No lo sé, Lilian. No sé lo que deberíamos hacer. Hasta ahora todo ha estado claro, pero... ¿No nos perjudicará, si llega a saberse? Me refiero a si descubren que hemos esperado. Era distinto cuando sólo estábamos tú y yo, pero si han implicado a alguien más... ¿No sería mejor que fuéramos ahora mismo? La semana pasada tú hablabas de ir a la policía. Quizá tuvieras razón. Ya no lo sé.

–Pero ahora es diferente –dijo Lilian–. Si yo se lo hubiera contado entonces podrían haber creído que fue un accidente. Pero ahora pensarán que lo hice a propósito, por lo de Len y esa chica, ¿no crees?

–Pero tú no sabías nada de esa historia.

–Creo... creo que la chica podría decir que sí lo sabía.

Nuevamente tenía la mano en la boca; su voz no sonó muy clara. Y quizá por eso, o porque había algo raro en su actitud o su expresión, Frances de repente se volvió cautelosa.

–Bueno, ¿por qué diría eso? –dijo. Y como Lilian no respondió–: ¿Sabías lo de ellos?

Lilian guardó silencio un momento. Después bajó la mano.

–Sí.

Frances se enderezó.

–¿Qué?

–Al menos... Hace unas semanas encontré algo en un bolsillo de Len. Las entradas de un espectáculo. Eran de una noche en la que dijo que había estado en casa de sus padres; supe que debía de haber invitado a una chica. Tuvimos una pelea tremenda por esto. Al final me dijo que la gente de su oficina lo había montado todo para gastarle una broma. No supe si creerle o no. ¡Nunca pensé que fuera así! ¡Nunca pensé que fuera precisamente la chica a la que veía una y otra vez!

Frances empezaba a sentirse extrañamente descorazonada.

–¿Pero por qué no me lo dijiste?

Lilian no la miraba a los ojos.

–No lo sé. No quería pensar en ello.

–Ojalá me lo hubieras dicho. Yo creía... creía que eso era lo fundamental. Que fuéramos mutuamente sinceras en todo, desde el mismo principio.

–¿Importa eso?

–Pero esas entradas... ¿Cuándo las encontraste? Has dicho que os peleasteis. ¿Por qué no me lo dijiste?

Tampoco ahora respondió Lilian. Frances esperó; y luego, de algún modo, comprendió.

–Fue cuando estabas de vacaciones. Es lo que te empujó a escribirme aquella carta.

Lilian sacudió la cabeza y se apresuró a decir:

–No fue así, Frances.

–La carta no hablaba de mí en absoluto. Simplemente hablaba de que lo odiabas a *él*.

–No.

Pero Frances se había apartado de la cama. Estaba reconstruyendo cosas, dolorida.

–Cuando la policía nos habló de Charlie, cuando supimos que Charlie mentía..., tú tuviste que saber por qué lo hacía. ¿Por qué no dijiste nada entonces?

–No lo sé –contestó Lilian–. No soportaba pensar en aquello, encima de todo lo demás. Cuando Len y yo nos casamos... no sabes lo que fue para mí. Tuvimos que casarnos a toda prisa. La gente se reía de mí. Decían que lo tenía merecido por haberme dado aires. Se me hacía insoportable la idea de que supieran, de que volvieran a burlarse de mí.

–¿Estabas avergonzada? –dijo Frances–. ¿De *qué*?

Lilian bajó la cabeza y se tapó los ojos con la mano.

–Por favor, Frances. No seas así.

Pero la consternación de Frances estaba cediendo el paso a la ira. Una ira tan pura, tan absoluta que la sorprendió. Era como si la hubiera llevado dentro, aguardando la señal para manifestarse. Pensó en todo lo que había hecho en los diez días anteriores, en todas aquellas paredes que se derrumbaban y que ella apuntalaba frenéticamente. Pensó en la grieta que se había abierto con Christina, en el recelo que había en la mirada de su madre.

Oyó que su propia voz se endurecía.

–Cuando estuviste de vacaciones sabías que estabas embarazada. Sabías que lo estabas cuando encontraste las entradas. ¿Lo sabías?

–No, Frances...

–¿Lo sabías?

–Por favor...

–No me extraña que no quisieras el bebé.

Lilian alzó la cabeza.

–¿Qué? No, todo era por ti y por mí.

–No me extraña que lo golpearas tan fuerte con el cenicero.

–Pero... Pero no tenía intención de usarlo. Tú sabes que no. Fue un accidente.

Frances le sostuvo la mirada.

–¿De verdad?

Una vez más, no era su propósito hacer esta pregunta, pero en cuanto las palabras salieron de su boca comprendió que las llevaba en algún lugar de su fuero interno, debatiéndose para salir al exterior. Las llevaba dentro desde... ¿desde cuándo? ¿Desde que el inspector Kemp le dijo lo de la póliza? ¿O desde antes de eso? ¿Desde el mismo momento en que empezó todo? ¿Desde la primera vez que había pegado el oído a la espalda de Leonard, cubierta por el abrigo, y no había percibido el latido de su corazón?

Desde el otro lado de la sombría habitación, Lilian la miraba como si

podiera seguir el flujo de sus pensamientos. Se quedó inmóvil durante un momento; después pareció que todo su cuerpo se ablandaba. Como una vela encendida que se repliega sobre sí misma, se postró al borde de la cama, descansó los brazos en el edredón y dejó caer la cabeza sobre sus muñecas.

–Sabía que si te lo decía me odiarías –dijo.

Frances empezó a estirarse los puños de sus guantes. Parecía un espasmo, algo no del todo real.

–No importa –se oyó decir; y sus palabras también fueron irreales y espasmódicas; las palabras de una solterona mojigata–. Ahora no podemos pensar en nosotras. Tenemos que pensar en ese chico.

–Daría cualquier cosa por deshacer lo que hice, Frances.

–Tenemos que ir a hablar con el inspector Kemp.

–Daría cualquier cosa por deshacerlo; no por Len, sino por nosotras. No sé en qué estaba pensando cuando lo golpeé. Sé que lo odiaba en aquel momento. ¿Eso lo convierte en un asesinato? Pero, entonces, ¿qué efecto produce el amor? Te amo más de lo que odié nunca a Len. Por favor, Frances...

–¡No vuelvas a decir eso! –dijo ella ásperamente–. ¡Es lo único que me has dicho siempre! ¡Desde el principio! Cuando fuimos al parque..., ¿te acuerdas? Apenas nos conocíamos. Pero fuimos al parque. Y al marcharnos y subir andando la cuesta... tú elegiste el lado de la pared. Eso hiciste, Lilian. En aquel momento me pareció encantador. Pero desde entonces siempre has elegido el mejor lado de la calle. No puedes seguir haciéndolo. Ya no puedes.

Debió de hablar muy alto: era consciente de que en el piso de abajo las mujeres guardaban silencio y prestaban atención. Quizá consciente también de su presencia, Lilian seguía agazapada pero levantó la vista, con la cara muy pálida.

Pero cambió de expresión mientras Frances la observaba: se le suavizó el semblante. Se levantó, sin decir nada más, rodeó la cama y lenta, intencionadamente, empezó a prepararse. Sacó un pañuelo nuevo para sustituir al húmedo que tenía en la manga. Cogió dinero de una lata dentro de un cajón, dudando un momento sobre la cantidad que debía coger, y al final mezcló las monedas con los billetes y los guardó todos en su bolso. Se empolvó la cara y los párpados hinchados ante el espejo del tocador. Se dio unos toques de colorete en las mejillas y los labios. Se cepilló el pelo meticulosamente.

Al presenciar todo esto, Frances no daba crédito a sus ojos. Esperaba que Lilian se retrasara, que flaquease, que se echara a llorar. Pero no hizo nada de eso. Con la misma deliberación que antes descorrió una cortina y descolgó su abrigo de la barra que había detrás. Volvió con él al espejo y se lo puso, encogiendo los hombros y enderezando el cuello. El abrigo tenía una larga fila de botones. Empezó a abrochárselos con calma.

Y mientras Frances observaba el pulcro avance hacia arriba de sus dedos, algo extraño comenzó a sucederle. Primero el corazón empezó a palparle con fuerza; después tuvo una sensación de que capitulaba: un hundimiento, como el de los granos que caen por la parte estrecha de un reloj de arena. Era como si su sangre, sus músculos, sus órganos se estuvieran disolviendo gradualmente. Lilian ya se había abrochado todos los botones. Fue a por su sombrero y se lo puso con la misma pulcritud, la misma calma. Ahora la cara de Frances hormigueaba como si se estuviese entumeciendo. La sensación de derrumbamiento le había llegado a las piernas: tuvo que apoyarse en el borde de la cama, que crujió bajo su peso. Tuvo ganas de vomitar. Notaba el corazón oprimido. Pensó, asombrada, estoy enferma. Dios, estoy muy enferma. ¡Me estoy muriendo!

Alzó la vista, vio que Lilian estaba preparada, vio que se había dado media vuelta y aguardaba para salir; y comprendió que no se estaba muriendo: era puro miedo. Estaba más asustada que nunca en su vida, su miedo era más fuerte que cualquier sentimiento que alcanzaba a recordar: pena, furia, pasión, amor, cualquier cosa. Porque sabía que Lilian tenía razón. La policía nunca creería que la muerte de Leonard había sido un accidente. Lo sabía porque ella misma, unos minutos antes, tampoco lo había creído. A Lilian la juzgarían por asesinato y a ella la juzgarían como... ¿qué? ¿Como encubridora? ¿Como cómplice? Quizá el inspector hiciera algunas pesquisas y descubriese su antiguo idilio con Christina. Lo convertiría en algo sucio; convertiría en sucio su amor por Lilian.

Alegaría que había sido el móvil. Quizá las ahorcaran.

Fuera estaba oscureciendo. En el suelo de linóleo, las comas y las estrellas brillaban más que antes. Abajo se oían murmullos; algo cayó al suelo, regañaron a alguien, el perrito lanzó un gáñido.

Lilian seguía esperando. Frances se cruzó con su mirada, sacudió la cabeza y, con un estremecimiento de desprecio por sí misma, miró a otra parte.

–Quítate el sombrero y el abrigo –dijo–. Haremos lo que has dicho... y

esperaremos. Esperaremos hasta el martes, hasta la vista del juez instructor.
Hasta que veamos cómo se presentan las cosas.

Por primera vez se separaron sin tocarse, sin siquiera un amago de abrazo, después de ponerse de acuerdo mínimamente sobre el modo en que se enfrentarían a lo que se avecinaba. En el semirrellano, Frances no se vio con ánimo para asomarse a la cocina y despedirse de la señora Viney y de Vera; dejó que Lilian lo hiciera por ella y que inventase una excusa para explicar su extraño comportamiento. Bajó sola el segundo tramo de escalera y recorrió el estrecho pasillo. Cuando abrió la puerta, la calle le pareció más bulliciosa que antes. Pero la ola de terror que la había envuelto en el dormitorio se había hundido como una marea, y mientras caminaba por la concurrida acera casi no sentía nada. Parecía haber una especie de barniz transparente –cansancio; hambre, quizá– entre ella y el mundo.

Al llegar a casa encontró en el salón a su madre en compañía de la señora Playfair. Las dos se levantaron con un aire inquieto en cuanto ella entró. ¿Sabía lo de la detención? Sí, les dijo ella, desgana, había visto el periódico de la tarde; había ido derecha a casa de Lilian para que la informara.

La madre titubeó cuando Frances dijo esto. Aquella preocupación, aquella introversión habían desaparecido de su cara. Ahora había adoptado una actitud desmañada, de tanteo: un desasosiego de otro género.

–¿Cómo se ha tomado la señora Barber la noticia? –preguntó.

Frances contestó con la misma desgana.

–Creo que no sabe qué pensar todavía.

–No, me figuro que no. Es una mezcla muy angustiosa. ¿Te ha dicho algo más del hombre detenido?

–No, no mucho. Dicen que es joven. Diecinueve años, creo.

–¡Diecinueve años! ¿Y el señor Barber? –La madre vaciló otra vez–. ¿Es verdad lo que dicen los periódicos?

Frances asintió.

–Eso dice la policía. Parece ser que llevaba meses viéndose con la chica.

La madre se sentó.

–Pobre señora Barber. Que además tenga que soportar esto. Yo... creo que

he sido injusta con ella. Tú decías, Frances, que era muy infeliz en su matrimonio, y ahora entiendo por qué. Pensar que su marido se comportase de este modo. ¡Todo este tiempo, delante de nuestras narices! Sí, creo que he sido muy injusta con ella.

La señora Playfair, al volver al sofá, convino en que era una historia de lo más deplorable. Ella siempre había dicho que los hombres eran el sexo más débil; este tipo de cosas lo demostraba. Pero ella también se sentía incómoda y no parecía capaz de mirar a Frances a los ojos.

—Bueno —dijo por fin—. Al menos el asunto ya está resuelto. Debe de ser un gran consuelo para la señora Barber que hayan apresado a ese joven. Es un consuelo también para todas nosotras saber que ya no anda por la calle.

Frances dijo que así era. Aún se sentía extrañamente sin vida. Se disculpó, salió del salón y subió la escalera. Comprendió que lo que más le apetecía en el mundo era un cigarrillo. Fue derecha al cajón de su mesilla en busca del papel y el tabaco. La mano no le temblaba cuando lió el pitillo.

Pero en cuanto dio la primera bocanada empezó a toser. La tos se fue volviendo cada vez más violenta hasta que le estremeció todo el cuerpo y se transformó en otra cosa, se convirtió en náusea. Al final tuvo que encorvarse sobre la chimenea y le dieron unas arcadas secas encima de la rejilla, mientras le corrían por la cara lágrimas y saliva que se mezclaron con las cenizas del hogar.

Para cuando la señora Playfair se marchó Frances ya se había calmado. La capa de hule parecía haber reaparecido. Cocinó la cena y disfrutó comiéndola. Se preparó un baño y, tendida en el agua, miró el vapor que ascendía de sus brazos, como un humo fantástico, e impregnaba el aire frío de la recocina. Más tarde, cuando se sentó con su madre junto al fuego del salón, todo transcurrió como en los viejos tiempos. Tomaron su cacao caliente, ella dio cuerda al reloj, ahuecó los almohadones, cerró con llave la puerta de la calle y las dos se fueron a la cama bostezando. La sensación como de arenilla había desaparecido de su garganta; tampoco le dolían ya los músculos. Por primera vez desde la muerte de Leonard, durmió profundamente, sin sueños.

Al día siguiente, todos los periódicos publicaban algo sobre la detención y el joven, Spencer Ward; Frances empezaba a acostumbrarse a este nombre, y también al de la chica, Billie Grey. Pero el hecho de que no hubiese nuevas fotografías quizá contribuyera a que la historia no pareciera del todo real. El

artículo del *Mirror* era el que daba más detalles: el chico trabajaba en un taller de automóviles en Tower Bridge; vivía con su madre, una viuda de guerra; era de «constitución flacucha, pelo castaño y ojos de color avellana»: podía haber sido la descripción de cualquiera. La chica era dependienta en un «salón de belleza» del West End –fuera lo que fuese–, y fue en una taberna cercana al salón, mientras bebía algo con su hermana en verano, donde al parecer «había conocido al asesinado señor Barber».

Ver el nombre de Leonard mencionado así volvió a infundir miedo a Frances. Y como temía que el miedo aumentase hasta desembocar en el terror enervante del día anterior, se apresuró a dejar el periódico. De todos modos, ¿qué más daba si lo leía o no? ¿Qué cambiaría eso? Ya se había tomado una decisión.

Aquella tarde, su madre y ella recibieron la visita del sargento Heath. Había ido a asegurarse de que habían visto la noticia y a comunicarles que iban a leerse sus declaraciones en la vista del jueves por la mañana. Dijo que no era necesario que asistieran a ella, a menos que desearan hacerlo, cosa que consideraba improbable. Ah, ¿la señorita Wray tenía intención de asistir? Era muy libre de hacerlo, por supuesto... Sí, él y el inspector Kemp estaban muy satisfechos de haber apresado a su hombre. Era una verdadera lástima que el señor Wismuth no hubiera hablado antes, ahorrando no pocas molestias y quebraderos de cabeza a todo el mundo; aunque, naturalmente, nadie lo lamentaba más que el propio señor Wismuth, que ahora se veía él mismo en un apuro de cierta gravedad, acusado de hacer una declaración falsa y de malgastar el tiempo de la policía. ¡Y además, evidentemente, su prometida, la señorita Nixon, lo había dejado plantado! Bueno, no era de extrañar, en vista de las circunstancias...

Estaba alegre, casi locuaz; se había despojado por completo de aquella circunspección que anteriormente había perturbado tanto a Frances. El sargento no mencionó a Lilian. No mencionó la póliza de seguros. Frances recordó la seguridad con que él y el inspector habían hablado una vez de que el asesino era un «hombre de costumbres regulares», pero también parecía haber olvidado esto: dijo, con fruición, que el joven Ward era «un auténtico maleante. Oh, sí, una buena pieza». Frances sabía que debería haber preguntado cosas, que había cosas que debería averiguar; pareció desprovista de la inventiva para hacerlo. En cualquier caso, el sargento sólo estuvo diez minutos. Tenía que interrogar a gente en Bermondsey, a unos vecinos del

chico y de su madre. Frances lo acompañó hasta la puerta y después, desde la ventana del salón, lo vio montar en su bicicleta y alejarse del bordillo. Y, avergonzada, sabía que estaba sintiendo lo mismo que Lilian la víspera: simple alivio, haberse quitado un peso de encima, un abandono de la resistencia al verlo salir tan resueltamente de su vida para ocuparse de la de algún otro.

Pero no durmió tan profundamente aquella noche. Y al llegar la mañana del jueves ya empezaba a recobrar aquel sentido de apremio que la había atenazado al principio de todo, una comezón que la instaba a situarse en lo peor, para saber con exactitud hasta qué punto la situación era grave. El juzgado se hallaba a unos tres o cuatro kilómetros de distancia, cerca de Elephant and Castle; salió de casa con tiempo, decidida a llegar antes de que se produjera una aglomeración. Pero la prensa había anunciado la audiencia. Percibió cierta agitación en las calles mientras recorría Kensington, y al doblar la última esquina se sorprendió al ver a una muchedumbre empujándose en la modesta entrada del juzgado, claramente empeñada en conseguir un sitio dentro. No se vio con ánimos de sumarse a ella y abrirse paso entre los cuerpos apiñados. Pero tenía que entrar, tenía que saber. Si al chico lo enviaban a juicio, ¿cómo podría ella impedirlo? Sin ella, ¿qué podría hacer o decir Lilian?

Empezaba a ceder al pánico cuando vio al agente Hardy caminando hacia el edificio. Él la reconoció de la mañana en que había comunicado a Frances la mala noticia, y la condujo desde la entrada del público a la puerta de los testigos.

Tuvo que dejarla después de haberla introducido en el edificio, y entonces se sintió más insegura respecto a lo que había que hacer y adónde tenía que ir de lo que recordaba haberse sentido en la investigación judicial; esta vez se sintió mucho más sola. Incluso cuando divisó a Lloyd, el marido de Netta, en el extremo más alejado del pequeño pero atestado vestíbulo; incluso cuando vio a Lilian, justo detrás de él, acompañada por su madre y Vera, hablando con un hombre que podría haber sido un abogado, y asintiendo inquieta, gravemente, a lo que él decía, incluso entonces no sabía muy bien cuál era su papel. Vera captó su mirada y frunció el ceño, como diciendo, incrédula: *¿Cómo, también aquí?* En cualquier caso, aunque alzó la barbilla a modo de saludo, no le hizo señas para que Frances se uniese a ellos. Tampoco las hizo

Lilian. Se cruzaron las miradas, Lilian todavía hablando con el abogado, todavía asintiendo gravemente a lo que le estaba diciendo; y una sombra de aprensión surcó su cara pálida. Pero en eso llegó otro hombre para llevársela y la familia se dio media vuelta y la siguió. Cuando por fin Frances consiguió entrar en la sala de la vista, las cuatro estaban ya instaladas allí, sentadas en un banco parecido al de una iglesia, cerca de la primera fila. Como tampoco esta vez la invitaron a acercarse se dirigió hacia el extremo de un banco que había al lado.

El banco estaba ligeramente pegajoso debajo de su falda y sus guantes. La sala era una versión más mugrienta del lugar donde se habían congregado para la investigación judicial, con los mismos paneles gruesos, los tronos y las coronas ficticias y ostentosas. La única diferencia era una tribuna cerrada, cuadrada –semejante al compartimento de un caballo en una cuadra–, situada enfrente del banco del magistrado: Frances la miró varias veces hasta que cayó en la cuenta de que, por supuesto, era el banquillo de los acusados. Al verlo sintió otro ataque de pánico; vio entonces que se encontraba muy lejos de todas las salidas. ¿Y si el terror volvía a apoderarse de ella? ¿Y si se desmayaba o se mareaba?

Era demasiado tarde. Reporteros y funcionarios estaban ocupando los bancos; vio al inspector Kemp, tomando notas con una estilográfica en una carpeta de documentos escritos a máquina, con más aspecto que nunca de que su lugar era el despacho de un banco. Un momento después abrieron las puertas al público y entraron dos o tres docenas de personas, todas con la misma expresión en la cara: la del repulsivo triunfo de los compradores que se han llevado las mejores gangas en las rebajas de enero. Una mujer de unos cincuenta y cinco años se asentó pesadamente al lado de Frances. Hinchó los carrillos, puso los ojos en blanco, se desabrochó los dos botones superiores de su abrigo de cuadros escoceses y agitó la solapa de atrás adelante. Siempre había apretujones en un caso de asesinato, ¿eh? ¿Venía de lejos Frances? Ella había venido desde Paddington. Por lo general iba a los juzgados con una amiga, porque así era más fácil conseguir sitio, pero hoy su amiga tenía migraña y había venido sola. No quería perderse este caso; lo había seguido en los periódicos. ¡Oh, su amiga se pondría *enferma* cuando se enterase de lo bien que se las había apañado!

Mientras hablaba recorría la sala con la mirada; la clavó en Lilian, como una sanguijuela.

—Ésa es la viuda, claro. No parece tan guapa como en las fotos, ¿verdad? No, menudo chasco. Las mujeres a su lado..., ésa es la madre, creo, y una hermana. No sé quién es el señor... Ah, ¿y ésos quiénes son?

Había vuelto la cabeza hacia las puertas de la sala cuando se abrieron para dar acceso a tres recién llegados.

Eran el padre de Leonard, el tío Ted y Douglas, el hermano mayor de Leonard. Entraron con aire cohibido y un funcionario les indicó un puesto. «¿Aquí, quiere decir?», Frances oyó preguntar a Douglas durante una tregua en el barullo general; y al oír su voz, una vez más, tuvo un escalofrío: hasta tal punto se parecía a la de Leonard.

Automáticamente miró a Lilian. Ella también miraba a los Barber buscando sus asientos. Debía de ser la primera vez que las dos familias se reunían desde el entierro. Durante un minuto Frances los vio a todos observarse de un lado a otro de la sala, Vera echando chispas, la señora Viney y Lloyd muy colorados, pero Lilian simplemente con una expresión avergonzada e infeliz. Luego los tres Barber hablaron en voz baja entre ellos y el padre de Leonard se levantó y avanzó sorteando los bancos repletos, revelando su pelo rubio rojizo al quitarse el sombrero mientras caminaba. Él y Lilian murmuraron e hicieron gestos de asentimiento; por último, ella le tendió su mano enguantada. Él la tomó y la retuvo, y murmuraron de nuevo.

En el camino de vuelta a su asiento tuvo que detenerse un momento para permitir que el agente Hardy acompañase a otra persona. Era una mujercita triste y menuda, con sombrero y un holgado abrigo pardo. Miró alrededor con aire desconcertado mientras se dirigía al lugar que le indicaban, y luego levantó la cara hacia el señor Barber, disculpándose, aturdida, cuando él pasó por delante. Sin embargo, se había operado un cambio en él: de repente tenía las mejillas encendidas. Volvió junto a su hermano y su hijo y pareció que les hablaba entre dientes; ellos se volvieron para examinar a la mujer de una forma muy ostensible. Otras personas en la sala también la miraban detenidamente. La vecina de Frances, la del abrigo de cuadros escoceses, la miraba con tanta fijeza como podría haber mirado a un mono en una jaula. Finalmente, al advertir la cara inexpresiva de Frances, dijo:

—Pero ¿no sabe quién es? ¡Es la señora Ward, la madre del chico detenido por el asesinato!

Frances miró otra vez a la mujercita encogida; después bajó los ojos, avergonzada.

Y entonces hizo su entrada el juez y todos tuvieron que ponerse de pie. La gente se sentó de nuevo con los carraspeos, los susurros y los reajustes de un público expectante en un teatro. Mientras repasaba los preliminares, el juez no delató la menor emoción, ya que, desde luego, pensó Frances, admirada, para él sólo era el inicio de una larga jornada de trabajo. Vería caso tras caso, delito tras delito, entre aquella hora y la hora del té... Con todo, un asesinato era un asesinato, y hasta él pareció interesarse cuando el ujier llamó al acusado. En cuanto al público..., creció el silencio en la sala. Se hizo un grado más profundo, como un descenso repentino de la temperatura. Se abrió una puerta lateral de la sala. El sargento Heath introdujo al chico, Spencer Ward, y lo escoltó hasta el recinto.

La primera reacción de Frances fue de enorme decepción. ¿Qué se esperaba, exactamente? El chico era delgado y nada memorable, al menos según las apariencias. Su pelo era corriente, tirando a castaño, con la raya en medio y alisado con un fijador común. Llevaba un traje azul de confección y una corbata juvenil, vulgar y chillona. Tenía una cara enjuta y pómulos prominentes; la mandíbula era estrecha y muy poblada; de hecho, se parecía un poco a la de Leonard, aunque a diferencia de la de éste, la suya era débil, y en conjunto carecía por completo de la energía de Leonard, de su vitalidad exuberante. Cruzó la sala con los hombros caídos, pegado al codo del sargento Heath y subió los dos o tres escalones del banquillo de los acusados con una sonrisita –a Frances le costó creerlo– de despreocupada suficiencia. Parecía que estaba mascando chicle. ¿Intentó localizar a su madre? Frances pensó que no. Al contrario, al reconocer a unos amigos en los bancos del público, se apoyó en la barra del recinto cerrado para preguntarles algo, y luego cuestionó la respuesta curvando el labio superior y enseñando una boca llena de dientes horribles.

El sargento Heath lo agarró del codo y le dio un tirón para obligarlo a erguirse, ante lo cual el chico volvió a esbozar su sonrisita. La mantuvo mientras el secretario le pedía que confirmara su nombre, William Spencer Ward, de Victory Buildings, en Tower Bridge Road; y al responder, el chico lo hizo con una risita despectiva. La mención del delito del que lo acusaban no le produjo la menor reacción. Frances había esperado que protestase de su inocencia; lo único que hizo fue cambiar de postura, desplazando el peso de un pie al otro, y meterse las manos en los bolsillos del pantalón, mascando el chicle con mayor vigor. Entonces ella vio que tenía un cuello de niño, flaco,

blanco, nada musculoso. Por debajo de las hombreras de su chaqueta distinguió las líneas de sus omoplatos, puntiagudos como dos finas placas de metal.

Se estaba esforzando en encontrar algo en él que pudiera inspirarle compasión, algo que le gustase. Al mismo tiempo, le parecía imposible que alguien pudiese creer seriamente que aquel chico hubiera cometido un crimen: era tan enclenque, tan joven, tan farsante. No obstante, en toda la sala vio a gente que lo miraba con un horror fascinado. Los tres varones Barber estaban enfurecidos, el hermano de Leonard se inclinaba hacia delante con los ojos clavados en el chico, con una especie de desafío malévolo.

El juez instó a la acusación a que expusiera el caso y el inspector Kemp se puso de pie. Avanzó a paso rápido hacia el estrado de los testigos, con su carpeta de papeles debajo del brazo, y cogió la Biblia que le tendía el secretario para jurar sobre ella. Dijo que era el inspector detective Ronald Kemp, de la División Metropolitana P, y que había dirigido la investigación sobre el asesinato de Leonard Arthur Barber. Se disponía a leerle al juez una serie de declaraciones de testigos que, en su opinión, justificaría el enjuiciamiento del prisionero Spencer Ward.

Comenzó por los documentos relativos a las últimas horas de Leonard y al descubrimiento de su cadáver. Leyó los informes de los agentes Hardy y Evans, los primeros policías que llegaron al lugar de los hechos. Leyó las declaraciones hechas por Lilian, por la madre de Frances y por la propia Frances; ésta escuchó la suya con la cabeza gacha, consciente de que se sonrojaba. ¡Vaya motivo para ruborizarse, pensó, cuando había tantas otras cosas más reprobables! Pero le pareció raro y fastidioso que leyeran tan públicamente sus palabras, sus mentiras. También le extrañó el tono flemático del inspector, la rapidez con que pasó de su testimonio, e incluso del de Lilian, a las declaraciones de la pareja de enamorados que había oído el forcejeo en la vereda; y la prontitud con que abordó después lo que él consideraba el meollo del caso. En efecto, en cuanto hubo formulado los puntos principales del informe del forense, carraspeó, bebió un sorbo de agua y sacó de su carpeta el documento siguiente. Anunció que la declaración que presentaba ahora era la de Charles Price Wismuth. Era la segunda que el señor Wismuth había hecho a la policía, en sustitución de la anterior, que era falsa y de la que el testigo se había retractado.

Otro susurro de expectación circuló por la sala. La gente empezaba a

aburrirse un poco con las continuas lecturas. Llevaban allí veinte minutos y el aire de la estancia se estaba viciando; el inspector no les había dicho nada que no hubieran leído ya en el *News of the World*. Pero ahora todo el mundo prestó más atención. El hermano de Leonard desvió del acusado su mirada desafiante y su padre y su tío se concentraron para escuchar. Y hasta aquel momento, en que dejó de mirar a los Barber y miró a los hombres sentados alrededor de ellos, Frances no cayó en la cuenta de que Charlie no estaba allí. Debía de sentir demasiada vergüenza para asistir. ¿O acaso la policía lo tenía encerrado en algún sitio?

¡Dios, qué embrollo era todo aquello!

El inspector Kemp empezó a leer y ella comprendió por qué Charlie no estaba presente.

La declaración refería que, el verano pasado, él y Leonard habían conocido a dos mujeres en una taberna de Holborn. Las mujeres era la señorita Mabel Grey, a la que habitualmente llamaban Billie, y su hermana mayor, la señora King. «Yo sabía que la señora King estaba casada», leyó el inspector en voz alta, a su modo insulso y sin adornos. «Dijo que ella y su marido no se llevaban bien; que habían llegado a ponerse de acuerdo en que cada uno anduviera por su lado. No le dije que yo iba a casarme con mi prometida. No lo consideré importante. Oí al señor Barber decirle a la señorita Grey que estaba casado. Le oí decir que él y su mujer habían llegado a un arreglo similar al de la señora King y su marido. Le oí expresar su convicción de que un pacto semejante era una buena idea.»

Sin poder evitarlo, Frances lanzó una ojeada a Lilian. Estaba sentada con la cabeza gacha y la cara ligeramente colorada, pero por lo demás perfectamente inexpresiva.

«El señor Barber y yo», proseguía la declaración, «seguimos viendo a la señorita Grey y a la señora King durante un período de cuatro meses, entre junio y septiembre de este año. Las veíamos una o dos veces por semana, por lo general en tabernas o dando un paseo por Green Park. En varias ocasiones les regalamos joyas o prendas femeninas.

»El primero de julio de este año, un sábado, el señor Barber y yo pasamos la velada con la señorita Grey y la señora King en el Honey Bee, un local nocturno de Peter Street, en Soho. Allí nos abordaron dos hombres con una actitud amenazadora. Se identificaron como Alfred King, el marido de la señora King, y Spencer Ward, que afirmó ser el prometido de la señorita

Grey. Yo a ella nunca le había oído mencionar a su novio, pero me dio la impresión de que ella y el señor Ward se conocían bien. Los dos hombres se dirigieron a nosotros con expresiones coléricas y se produjo una discusión, durante la cual el señor Barber y yo juzgamos más prudente abandonar el local. Fuimos juntos hasta Camberwell Green, donde me despedí del señor Barber, que volvía a su casa en Champion Hill mientras yo continuaba viaje hasta Peckham para visitar a mi novia, la señorita Elizabeth Nixon. Aquella noche no volví a ver a Spencer Ward, pero la siguiente vez que vi al señor Barber tenía una herida en la cara y me contó que el señor Ward le había seguido hasta Champion Hill y allí le había atacado. Cuando agredió al señor Barber le había advertido que no se acercase a la señorita Grey porque de lo contrario lo lamentaría. Las palabras del señor Ward, según me dijo el señor Barber, fueron algo como: “Si no se mantiene lejos de Billie haré que se arrepienta. De hecho, le romperé la cabeza.” Puede que añadiera “puñetera” o que empleara una palabra más gruesa... –Aquí el inspector se detuvo un segundo porque el chico del banquillo soltó una risotada–, pero de lo que no cabe duda, tal como lo contó el señor Barber, es de que le amenazó con romperle la cabeza.

»Después de este incidente seguí viendo a la señora King, pero con menos frecuencia. El señor Barber, sin embargo, continuó viendo asiduamente a la señorita Grey. En varias ocasiones tuve conocimiento de que le había dicho a su mujer que había quedado conmigo, cuando de hecho iba a pasar la velada con la señorita Grey, y me consta que los dos seguían manteniendo una relación íntima. Por “íntima” entiendo que la relación entre ellos era de la misma naturaleza que la que normalmente existe entre marido y mujer. Lo sé porque el señor Barber a veces veía a la señorita Grey en privado en mi alojamiento de Tulse Hill, donde él dejaba huellas especiales de su paso. El hecho me intranquilizaba a raíz de la advertencia que Spencer Ward le había hecho al señor Barber. Yo consideraba que el señor Ward era un hombre peligroso.»

Otro sorbo de agua y otro carraspeo, y el inspector pasó otra página; y continuó el lenguaje afectado y tortuoso.

«El viernes, quince de septiembre de este año, fue uno de los días en que el señor Barber había convenido en pasar la velada en compañía de la señorita Grey, tras haber previamente anunciado a la señora Barber que había quedado conmigo. Yo, por mi parte, no vi al señor Barber esa noche, que pasé con la

señora King en el cine Empress de Islington. Al día siguiente recibí en mi casa la visita del sargento de la policía Heath, de la División P, para informarme de la muerte del señor Barber e interrogarme sobre dónde me encontraba la noche anterior. Inmediatamente sospeché que el señor Ward había matado al señor Barber. No mencioné mis sospechas a la policía porque temía que salieran a la luz mis actividades con la señora King y que su marido se enterase. También temía el efecto que esta revelación tendría sobre mi prometida, la señorita Nixon, la mujer del señor Barber y la señorita Grey. Hice a sabiendas una declaración a la policía en la que decía que el señor Barber y yo habíamos pasado la velada juntos en tabernas de la City y que la última vez que lo vi fue a las diez de la noche en la parada de tranvía de Blackfriars. En los días que siguieron tuve varias ocasiones de retractarme de mi declaración y no lo hice. Fue una decisión que ahora lamento profundamente.»

Aquí el inspector hizo otra pausa para poner en orden su carpeta. Durante un minuto hubo nuevos murmullos, junto con el furioso susurro de plumas sobre el papel en el que el escribano tomaba sus notas y los periodistas las suyas.

Frances no miraba a ninguna parte, tratando de entretejer las sucias hebras de la declaración de Charlie con sus propios recuerdos de los últimos meses. Pensó en todas las noches de verano en que el trabajo retenía a Leonard hasta tarde. Recordó ocasiones en que él había vuelto a casa bostezando de aquel modo llamativo; u otras noches en que llegaba silbando y luego subía la escalera. Todas esas veces, cuando ella y Lilian tenían que separarse apresuradamente al oír el sonido de su llave en la puerta, debía de acabar de dejar a su amante, llegaba directamente después de besarla... Bajó la cabeza y se tapó la boca con una mano al ver claramente por primera vez la escabrosa cadena de mentiras e infidelidades que había existido sin que ella lo supiera, una cadena cuyo centro ocupaba Leonard y ella uno de los extremos, y... ¿quién estaba, justamente, en el otro? ¡Este chico, el chico del banquillo! El chico encorvado, con su sonrisita y sus dientes dickensianos. Miró desde la distancia el perfil de Lilian y por un momento, tan sólo un momento, tuvo un acceso de rencor hacia ella tan violento que sólo podía denominarse odio. ¿Cómo pudiste hacerlo?, tuvo ganas de gritarle. ¿Cómo pudiste implicarme en todo esto? ¿Cómo has podido traerme a este lugar, esta sala horrible, con esta gente asquerosa y sus repugnantes revelaciones?

Pero el inspector había reanudado la lectura y Frances tuvo que dirigir su atención hacia ella. Kemp había empezado el documento siguiente: la declaración de la chica, Billie Grey, que confirmaba en lo esencial el testimonio de Charlie. Sí, ella había visto al señor Barber en numerosas ocasiones durante el verano y, sí, su amigo Spencer Ward algunas veces había puesto reparos al respecto; un día se habían «peleado» a causa de esto y ella había perdido un diente en la discusión. La noche del primero de julio, después del incidente en el club nocturno Honey Bee, el señor Ward se había presentado en su casa a las doce y media y le había enseñado las magulladuras en los nudillos que se había hecho al «partirle la cara al señor Barber». Pero la noche de la muerte de éste ella no sabía dónde había estado el señor Ward. Ella, por su parte, tenía una cita esa noche con el señor Barber, pero «sufría una indisposición»: tomó con él el té con tostadas en el Corner House de Tottenham Court Road, pero se había visto obligada a marcharse a las siete y media. No había sabido nada de su muerte hasta que vio la noticia en los periódicos del domingo y se quedó totalmente conmovida y afectada. Inmediatamente había ido a buscar a Spencer Ward para pedirle explicaciones, y la noticia del asesinato no pareció sorprenderle. Dijo que el señor Barber «se merecía una tunda así desde hacía muchísimo tiempo».

Hubo abucheos por parte del padre y del hermano de Leonard al oír esto, aunque Frances vio que el chico exhibía otra vez su sonrisita. Seguía con las manos en los bolsillos del pantalón y mascaba el chicle. Tenía los ojos clavados en el suelo del banquillo; parecía estar moviendo una astilla de las tablas con la puntera de un zapato.

Sin embargo, levantó la cabeza para oír la serie de declaraciones que el inspector Kemp leyó a continuación. Eran las que habían hecho hombres, jóvenes, muchachos –conocidos de Bermondsey; amigos o, quizá, enemigos–, en suma, cuatro o cinco personas que dijeron que se había jactado «sin el menor empacho» de haber agredido al amiguito de su novia en julio y de haberlo amenazado con «hacerle algo peor la próxima vez». Ninguno de ellos pudo decir lo que hizo Ward la noche de la muerte de Leonard. Pero todos confirmaron que tenía por costumbre llevar encima una cachiporra.

Aquí el inspector alzó la vista de sus papeles para pedir a un policía uniformado que le llevase el arma que le habían confiscado al acusado en el momento de su detención. El policía le entregó un paquete de papel de

estraza del que Kemp sacó un objeto pequeño y grueso de cuero oscuro, con una cabeza en forma de bulbo y un mango afilado. Los funcionarios del juzgado miraron sin emoción el horrible objeto, pero la vecina de Frances, la del abrigo de cuadros escoceses, estiró el cuello para verlo mejor, los periodistas dejaron de escribir para mirarlo y hasta el chico prestó atención cuando, seguro de la reacción del público, el inspector levantó la porra en el aire y la dejó caer con un fuerte impacto contra la barandilla del banco de los testigos. La cabeza del arma, le explicó al juez, estaba cargada con metralla. Él y sus hombres habían encontrado en ella rastros que pensaron que eran de sangre. Los estaban examinando actualmente en el laboratorio del Home Office.

La porra fue guardada en su envoltorio de papel y devuelta al agente. Frances vio que el padre de Leonard buscaba su pañuelo; en cuanto lo encontró, se tapó la cara.

Acto seguido, la lectura en voz alta de la declaración final –la del propio Spencer Ward– pareció una mera formalidad. Frances pensó que era el único testimonio que muy posiblemente no contenía mentiras; el único documento al que todos deberían haber prestado la mayor atención. Pero la exhibición de la porra había alterado a la audiencia. Detrás de Frances había bancos donde la gente charlaba abiertamente: se volvió para lanzarles una mirada fulminante; ellos la vieron y siguieron charlando. Y hasta el tono del inspector era mecánico ahora. Sí, el chico admitía que había agredido a Leonard Barber el primero de julio. Podría ser que le hubiera amenazado con romperle la cabeza; no se acordaba. Pero se negaba enérgicamente a reconocer el otro cargo. Había comprado una cachiporra para matar ratas y cucarachas en el edificio donde vivía. La llevaba encima para protegerse; nunca la había utilizado en una pelea. Desde luego, no la había usado contra el señor Barber el día quince de septiembre. Recordaba muy bien aquella noche porque le dolía la cabeza. Se había quedado en casa con su madre y se había acostado temprano.

Y eso, de manera increíble, fue todo. No llamaron a testigos, a nadie que hablara en su defensa. El inspector cerró su carpeta. El secretario y los reporteros siguieron escribiendo durante unos segundos; el juez se dirigió a Spencer para comunicarle que como en aquel momento no disponía de abogado, estaba autorizado a interrogar a su vez él mismo al inspector Kemp. ¿Deseaba hacerlo?

El chico tardó un momento en comprender lo que le estaban diciendo. Miró sin expresión al juez, que le habló de nuevo, con impaciencia.

–Está usted acusado del delito más grave posible, señor Ward. ¿Tiene algo que decir al tribunal en su descargo?

Al ver que todas las miradas le enfocaban, el chico empezó a sonreír otra vez.

–Sí –dijo–. Yo no lo hice. ¡Pero me gustaría estrechar la mano del tipo que lo hizo!

Sus amigos en la sala se rieron a carcajadas. El padre, el tío y el hermano de Leonard emitieron bufidos de indignación. A Frances se le cayó el alma a los pies.

Sin inmutarse, el juez se dirigió nuevamente al inspector Kemp.

–Bueno, estoy convencido de que las pruebas contra el sospechoso son suficientes para justificar su prisión preventiva durante siete días. Supongo que para entonces tendrá los resultados del laboratorio. Y confío en que el señor Ward habrá encontrado un abogado para esa fecha. Entretanto, pueden trasladarle a la cárcel de Brixton. Señor Wells...

Llamó a un funcionario del juzgado. El sargento Heath condujo al chico fuera de la sala. Algunas personas se levantaron para abandonarla; otras entraron arrastrando los pies para ocupar sus puestos. «¡Dense prisa, por favor!», gritó el ujier, con un ademán como para ahuyentarlos. Al fin y al cabo, tenía que velar por que continuase la rutina cotidiana.

Frances se levantó y, casi aturdida, atravesó la sala. Había esperado alguna resolución. Había supuesto que todo quedaría decidido, para bien o para mal. Llegó a las puertas que daban al vestíbulo al mismo tiempo que el grupo de Walworth, y esta vez ellos se volvieron para incluirla en sus filas; salieron todos juntos.

La señora Viney y Vera estaban acaloradas. Lloyd estaba incandescente.

–Qué puñetera pérdida de tiempo. Disculpe mi lenguaje, señorita Wray, pero, la verdad. Lo que ese chico necesita son unos buenos azotes. ¡Deberían darle latigazos! Cuando pienso en los camaradas que perdí en Francia y en todo lo que esos canallas como él pueden... Estaba diciendo, señor Barber... – Había aparecido el padre de Leonard, con Douglas y el tío Ted a la zaga; todos se alejaron de las puertas para permitir que otras personas entraran y salieran–. ¡Estaba diciendo que ese chico necesita que le azoten con un maldito látigo! Presentarse así con las manos en los bolsillos y mascando

chicle y sonriendo de ese modo. He visto las ganas que le tenía el sargento Heath, ¿lo ha visto usted? Yo también le hubiera puesto la mano encima.

El señor Barber no podía hablar; estaba aún enjugándose los ojos con el pañuelo. Fue el hermano de Leonard el que respondió, con aquella irritante voz suya.

—Oh, no merece que usted se ensucie la mano. Ese chico es escoria. ¡Una basura! Me alegro de que mi madre no haya estado aquí para verle. Ha visto a su madre, ¿no? Bonito trabajo el suyo criándolo, ¿eh? Ahí viene, mire.

La pobre mujercita, visiblemente más desconcertada que nunca, acababa de salir de las puertas giratorias. Titubeó al ver cómo la miraba la familia; después, al darse cuenta de quiénes eran —o quizá, simplemente, al captar su hostilidad—, bajó la cabeza, se alejó del grupo y se marchó completamente sola.

—Oh, que Dios la ampare —dijo la señora Viney, con su tono emotivo.

Douglas casi escupió.

—¿Que Dios la ampare? Le dará lo que merece, sí señor. Y también a ese pequeño matón. Pero antes recibirá su merecido aquí abajo. O lo recibirá a poco que yo pueda hacer algo...

—Estoy con usted en eso —dijo Lloyd, con semblante serio.

—Al menos lo van a tener una semana entre rejas —dijo el tío Ted—. Aunque no es que eso le preocupe, ojo.

—¿Preocuparle? —respondió Douglas—. ¡Probablemente se lo pasará en grande allí! ¿Sabe que esta mañana estaba en la sala de espera alardeando delante de todos los demás hombres de que su delito era el más admirable en la lista de cargos? Nos lo ha dicho antes el agente Evans. No, carece de moral. Basta con mirarle a la cara para darse cuenta.

—Yo me pregunto si no estará mal de la cabeza —dijo la señora Viney.

—Oh, está en su sano juicio.

Frances les miró con frustración. ¿No veían que la actitud del chico era pura pose, bravuconería?

—No creo que lo haya asumido todavía —dijo—. Creo que no comprende su situación.

Douglas resopló.

—La comprendía cuando fue a por mi hermano en julio, señorita Wray. Eso no lo ha negado, ¿no? ¡Sí, comprendió a qué iba desde Soho hasta Champion Hill!

–Apenas –dijo Vera, mientras los demás asentían–. Miren, en primer lugar no habría tenido que comprenderla si Len no hubiera estado en Soho.

Esto tapó la boca a Douglas. Hubo un silencio engorroso. La gente bajaba la cabeza y miraba furtivamente a Lilian, que durante todo este tiempo había permanecido justo detrás del hombro de Frances, mirando al suelo.

Finalmente, el señor Barber guardó su pañuelo y dijo:

–Espero que Lilian sepa cuánto lamento que haya tenido que escuchar las cosas que han leído de la declaración de Charlie. Si yo no las hubiera oído, nunca las habría creído. Pensar que Leonard se comportase de ese modo..., bueno, eso es casi lo que más me disgusta.

–Sí –dijo Douglas, envaradamente–. Sí, eso fue muy mezquino. No concibo a qué se creía que estaba jugando Len.

–¡Ni yo! –dijo la señora Viney–. No parecía muy propio de Lenny, ¿no? Ni tampoco de Charlie. Le he dicho a Lil: «¿Tú crees que todo esto es verdad?» No sé si el inspector lo ha puesto peor de lo que era; me refiero a si ha puesto palabras en los labios de Charlie. La policía puede ser muy artera, ya saben. Y esas dos chicas...

–¡Ellas! –dijo Douglas, súbitamente de nuevo sobre un terreno más seguro–. ¡Me gustaría ponerles la mano encima! Esa Billie, o Mabel, o como se llame la condenada. ¡Tengo un surtido de nombres para ella! Para ella y para esa hermana suya. ¡Que me maten si ellas no saben nada del asesinato!

La señora Viney se mostró escandalizada.

–¡No diga eso!

–Lo digo. Espere y verá. Saldrá a relucir. ¿Se ha fijado en que no han venido hoy? No querían mirarnos a los ojos, me figuro. No, apuesto a que no les hacía maldita la gracia...

Y se disparó otra vez, ahora echando pestes contra las dos chicas, más colorado que nunca, olvidadas las infidelidades de su hermano.

Frances intuyó que Lilian cambiaba de postura. Se volvió y la encontró con la cabeza levantada y los ojos puestos en Douglas y los hombres. Cuando Lloyd volvió a reclamar un látigo, Lilian habló con Frances en voz baja.

–Ahora todos tienen otra persona a la que odiar, ¿no?

Pero aquella sombra de aprensión reapareció en su cara; y Frances se sintió mareada porque, por supuesto, aquél era el momento, el momento que habían postergado afrontar el lunes. Ahora estaban cara a cara. Tenían que hablar, tenían que planear, llegar a alguna decisión... Mientras Douglas seguía

despotricando ellas se apartaron. No era posible hablar en privado; el vestíbulo estaba lleno de hombres y mujeres que querían presenciar la vista de los casos que todavía iban a celebrarse en la sala. En medio de tantas urgencias individuales, sin embargo, pudieron hacerse a un lado y cuchichear. Encontraron un lugar cerca de una mujer cubierta de andrajos, con la cara grotescamente golpeada, que cada vez que se abrían las puertas de la calle avanzaba unos pasos y después retrocedía, frustrada, cuando no aparecía la persona que esperaba.

A Lilian le costó un esfuerzo hablar.

—¿Qué quieres que hagamos, Frances?

Frances respondió al cabo de una pausa.

—No ha cambiado nada, ¿no? Pensaba que todo sería diferente. No sabía que la vista pudiera ser tan parcial. Creía que todo se aclararía. Pero no ha aclarado nada. Me da pena la madre del chico. Muchísima pena. Y él...

—No es en absoluto como yo pensaba.

—No.

—Parecía casi que... estaba a gusto.

Sus miradas se cruzaron y luego se desviaron. Frances dijo:

—Aunque siete días más en la cárcel... Pero luego conseguiré un abogado. Demostraré su coartada. Contra él no hay nada más que habladurías y bravatas.

Percibía que Lilian la miraba, deseando que lo que decía fuera cierto.

—¿Tú crees?

—No puedo creer que todo esto vaya a acabar en un juicio.

—¿Lo crees de verdad?

—¿Tú no?

Lilian dijo, con un acento doliente:

—Ya no sé qué pensar. He perdido la confianza en mí misma. Esta mañana estaba totalmente preparada para lo peor que pudiera suceder aquí. Estaba absoluta, realmente preparada. Pero ahora que le he visto... Sé que es una injusticia. Pero hirió a Len aquella otra vez. Y la chica dijo que le había roto un diente, ¿no? Nadie ha mencionado eso.

En ese momento se abrieron las puertas de la calle y enmudeció, mirando a la mujer maltrecha abalanzarse y después retirarse, nuevamente frustrada.

Cuando Lilian volvió a hablar, su tono había cambiado, se había vuelto apocado.

—¿Cómo... cómo crees que será ella?

Frances frunció el ceño.

—¿La chica? ¿Billie?

—Intento imaginármela. Pensé que vendría hoy. Sólo me gustaría verla y acabar de una vez. Todavía no puedo creer lo de Len. ¡Una chica así! No puedo creer que estuviera viéndola todos aquellos meses. Pienso continuamente en cosas, en pequeñas cosas, cosas que dijo, cosas que hizo. Debía de ser ella la que le hacía la manicura, Frances.

—¿La manicura?

—¿No te acuerdas de sus manicuras? Nos reíamos de él, ¿no? Pero debía de hacérselas ella. Estoy segura de que era ella. Lo he pensado cuando el inspector estaba leyendo y me he sentido una idiota. Una *auténtica* estúpida. Si pudieras morirte por ser tan estúpida, me habría muerto en aquel instante...

Su voz empezaba a temblar y sus labios a crisparse. Pero quizá se estuviera acordando ahora de cuando estaban en el dormitorio de Vera y Frances le había hablado con tanta aspereza de que ella siempre elegía el mejor lado de la calle. Aspiró aire y sus rasgos se apaciguaron.

—No quiero ir a la policía —dijo—. No, si piensas realmente que todo quedará en nada. No diría esto si el chico fuera distinto, pero hemos esperado tres días y él está bien. También podríamos esperar otros siete. Quiero que esperemos siete días más. Para entonces tiene que aclararse todo, ¿no?

Frances no se había dado cuenta de que tenía el corazón encogido, pero al oír las palabras de Lilian notó que se aflojaba como un puño que se abre. ¡Otros siete días de libertad! La súbita distensión le produjo vértigo. Asintió sin decir nada. No era capaz de mirar otra vez a Lilian. No podía hablarle con amabilidad ni efusión. No sabía si era por vergüenza o por escrúpulos, no sabía por qué era. Ni siquiera se habían tocado las manos desde el entierro de Leonard, y ahora sólo unos centímetros las separaban. Si de algún modo pudieran reducir el espacio... Pero, allí, ¿cómo? Y Lilian ni siquiera había mencionado la posibilidad de ir a Champion Hill.

Así que guardaron un incómodo silencio y luego se reunieron con los demás.

Cuando lo hacían, el inspector Kemp y el sargento Heath aparecieron en el vestíbulo. Se aproximaron para comentar la vista y parecían muy satisfechos de cómo había ido. El sargento acababa de escoltar a Ward hasta el furgón policial que le trasladaría a la cárcel de Brixton. «Allí se ocuparán de él, no se

preocupe», le aseguró al padre de Leonard, con un tono agorero. Frances topó con la mirada del inspector por encima del hombro de la señora Viney. Él le hizo un gesto de asentimiento y a continuación, como si no pudiera resistir el impulso, rodeó al grupo para abordarla. Exhibía la misma sonrisita que Spencer en el banquillo de los acusados.

–Ya ve, señorita Wray, fue más perspicaz que yo.

Ella no le entendió.

–¿Qué quiere decir?

–Cuando hablamos la semana pasada usted expresó una opinión nada halagüeña sobre los maridos. Tenía razón en albergar dudas. También la tenía respecto a la inocencia del señor Wismuth. Espero que piense que por fin hemos dado en el clavo.

Hablaba a la ligera, por supuesto. Ella le respondió seriamente.

–No, no lo pienso.

Al inspector se le borró la sonrisa.

–¿No?

–El chico no hace más que pavonearse. ¿No lo ve?

–¡Es un malhechor redomado! En Bermondsey le tenían echado el ojo desde hace años.

–Él no asesinó a Leonard Barber. Simplemente le gusta pensar que lo hizo.

Ahora Kemp sacudió la cabeza.

–Ah, señorita Wray, es usted una mujer extraordinaria.

–No lo mató él –repitió ella–. Está cometiendo un error.

Debió de haber algo fuera de lugar, algo excesivo en su manera de decirlo. Él esbozó una sonrisa, pero fue menos natural que la anterior. Frances le impacientaba, quizá incluso le decepcionaba un poco; ella vio que la catalogaba, a la postre, como una simple excéntrica. Hizo un comentario conciliador sobre que tendría presentes sus palabras, pero al mismo tiempo llamó con un gesto al sargento Heath. Eran hombres atareados, desde luego, pero en un sentido que ahora no la incluía a ella; en un sentido que apenas incluía a Lilian. Cuando se despidió de los demás del grupo, habló sobre todo con Douglas y con Lloyd. Cuando él y el sargento se marchaban les prometió que «mantendría a las familias informadas».

Frances los miró pensando, *Podría llamarle a usted ahora y le dejaría atónito. Podría hacerlo ahora mismo...*

No lo hizo. Los vio desaparecer en algún otro lugar del juzgado. Pasaron

por delante de la mujer con la cara magullada, que aún seguía avanzando unos pasos, esperanzada, para luego replegarse.

Y llegó el momento de abandonar el edificio. Se armaron de valor para encarar a los espectadores congregados fuera. Vera se enlazó del brazo de Lloyd; Frances ofreció el suyo a la señora Viney; colocaron a Lilian entre los cuatro para escudarla de lo peor. Pero cuando franquearon las puertas, aunque la gente hizo lo posible por verlos, algo sucedió: hubo un temblor en los bordes del gentío y luego, ante sus ojos, el temblor se extendió. La gente se volvía, se retiraba. Frances tardó un momento en comprender por qué. El furgón policial estaba emergiendo de alguna puerta lateral y todo el mundo hacía movimientos desesperados para vislumbrar al chico que viajaba dentro. Un par de jóvenes daba saltos intentando ver a través de las persianas del vehículo. Otros le aporrearon el techo según pasaba; Frances no habría sabido decir si lo hacían por maldad o regocijo. Comprendió que el motivo le tenía sin cuidado con tal de que no la tomaran con ella.

Estos mismos sentimientos encontrados la desazonaron a lo largo de la semana siguiente. Todas las mañanas, acostada en la cama, sentía un vértigo de puro alivio al pensar en las horas de libertad que tenía por delante; pero todas las mañanas se obligaba a levantarse, vestirse y bajar la cuesta hasta el quiosco de periódicos, convencida de que Spencer Ward estaría perdido si dejaba de pensar en él un solo día y de dedicarle su atribulada atención. Era como si estuviese atrapado en una pieza de un engranaje y sólo ella lo viera; como si lo único que impedía que lo triturasen sus ruedas dentadas fuera la mano de Frances, que le tiraba del cuello.

Pero todas las mañanas parecía que unos centímetros más la alejaban de Spencer.

«LA PRÓXIMA VEZ LE HARÉ ALGO PEOR», era el titular de dos o tres periódicos al día siguiente de la vista ante el juez, junto con «SONRISAS EN EL BANQUILLO» y «SE MERECE UNA TUNDA». Había fotografías del chico cuando le conducían al furgón policial, y en una de ellas sonreía de lleno a la cámara con sus dientes deplorables, y en otra intentaba taparse la cara con los dedos extendidos, un gesto que Frances pensó que Ward sólo podía haber copiado de las películas norteamericanas de criminales que habría visto en el cine. El domingo publicaron algunos testimonios deprimentes de vecinos de Bermondsey; Spencer se había metido en líos desde que era un muchacho, y durante la guerra se había «descontrolado». Había robado un automóvil con el que había volcado en Streatham Common; había participado en un trapicheo de cartillas de racionamiento; había corrido juergas con dinero robado. Su tío, maletero en una estación, dio una entrevista al *News of the World* en la que pedía comprensión para el chico. «Spencer no es un malvado», dijo. «Es una víctima de las circunstancias. De niño tenía un carácter dócil, pero es otra persona desde la muerte de su padre en Neuve Chapelle. Hace un año teníamos la esperanza de que estuviese sentando la cabeza, pero entonces conoció a la señorita Billie Grey y la perdió totalmente por ella. Le hizo creer a Spencer que estaban prometidos, y que yo sepa ella

aceptó el anillo que él le regaló. Pero cuando ella conoció a Leonard Barber las cosas cambiaron.» Terminaba diciendo: «No creo que mi sobrino fuese capaz de cometer este crimen despreciable, y no puedo evitar preguntarme por qué la señorita Grey está tan empeñada en colgarle el sambenito del asesinato. He expresado mis preocupaciones en una carta a Scotland Yard y estoy a la espera de su respuesta.»

Esta entrevista encauzó la inquietud de Frances hacia una dirección completamente nueva. Recordó lo que Douglas había dicho de que la chica y su hermana habían tenido algo que ver en la muerte de Leonard. ¿Y si ahora también las acusaban a ellas...? Cuando empezaron a aparecer en la prensa fotografías de Billie, se dedicó a escudriñarlas tan detenidamente y con la misma tensión con que, una semana antes, había estudiado las fotos de Lillian. Las de Billie mostraban una cara corriente, embellecida por un frasco barato de tinte rubio, por las pestañas y los labios resaltados y las cejas depiladas en forma de dos finos arcos. «La *femme fatale* de Bermondsey», la denominaba maliciosamente el *Express*; de un cariz similar eran las frecuentes menciones que todos los periódicos hacían de su «nido de amor en Tulse Hill», como si empeorase aún más las cosas el hecho de que el lugar de sus encuentros con Leonard estuviera en el sur de Londres. Pero ¡oh, qué historia tan sórdida!, pensó Frances. ¿En qué demonios estaría pensando Leonard? Al contemplar la cara de la chica recordó aquel momento en el jardín iluminado por la luna... Y experimentó de nuevo el escozor de la perfidia al pensar que él ocultase un secreto semejante; al descubrir que había sido, en el fondo, un mentiroso más grande que ella.

—¡Oh, llévatelos de aquí! —le suplicó su madre cuando la encontró con los periódicos desplegados encima de la mesa de la cocina—. No entiendo por qué sigues leyéndolos. ¿De qué sirve darle tantas vueltas? ¿No puedes olvidar todo esto durante un rato?

—¿Cómo voy a olvidarlo? —respondió Frances, y sabía que lo decía con tanta más indignación porque olvidar todo aquello era secretamente lo que más ansiaba hacer—. ¿Cómo quieres que me olvide mientras todo esto pende sobre la cabeza de este chico en la cárcel?

—Pero ahora es un asunto fuera de nuestro alcance, ¿no? ¿Piensas seguir el caso hasta que llegue al Old Bailey?

Frances empezó a doblar los periódicos y dijo, obstinadamente:

—No llegaré tan lejos.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué dices eso? Debemos esperar que sí, ¿no crees? Para consuelo de la familia del señor Barber.

—El caso no puede prosperar sin pruebas.

—¡Ah, Frances, qué terca eres! El chico merece compasión, sin duda, pero...

—La madre dulcificó el tono—. Bueno, por todo lo que he visto y leído, parece ser un perfecto canalla.

—Es un matón —dijo Frances, tajante—. Pero ¿quién le ha hecho ser así? Nosotros, todos los demás. La guerra. La pobreza. También los periódicos. ¡Las películas! Viene de un mundo donde matar a un hombre es algo de lo que vanagloriarse. ¿Se le puede culpar? Hace pocos años repartían medallas por eso mismo. Y en todo caso, aunque fuera el bravucón más grande de Londres..., eso no quiere decir que matase a Leonard.

—Pero si no fue él, ¿quién lo hizo? —dijo la madre, perpleja.

Una pregunta a la que, por supuesto, Frances no podía responder; o, mejor dicho, la única pregunta que *sí podía* responder y, al hacerlo, comprometerse por entero. El terror la invadió de nuevo. Puso los periódicos fuera de la vista.

Ojalá pudiera hablar de esto con Lilian. Ojalá Lilian viniera a verla a casa... A medida que pasaban los días sin tener noticias de ella, empezaba a querer verla con la misma, la pura ansiedad de antes. Al final cedió y se puso en camino hacia Walworth. Pero se arrepintió casi de inmediato. Su visita coincidió con una pausa en la jornada laboral del señor Viney: estaba en la cocina en mangas de camisa, comiendo pan y beicon fritos. La niña acababa de llegar a casa de la escuela y estaba influenciada por la rudeza del patio de recreo. «¿Por qué vienes tanto aquí?», le preguntó a Frances en voz alta, y ésta comprendió, por la violencia del reproche, que los otros familiares se preguntaban lo mismo. También se lo preguntaba ella. El ansia de Lilian pareció haber desaparecido apenas la vio. Llevó a Frances a la sala; la puerta estaba cerrada, las dejaron a solas. Pero fue exactamente igual que en el juzgado; ahora que habían tomado una decisión no parecían tener nada más que decirse. La pequeña habitación sobrecargada de muebles era gris y agobiante. Una vez más, Lilian llevaba puesto un vestido de Vera y el pelo recogido con peinetas.

—¿Has leído los periódicos? —le preguntó Frances.

Ella negó con la cabeza.

—No tengo fuerzas para ello.

Frances se separó unos pasos.

—¿Preferirías no hacer nada? ¿Es eso lo que prefieres?

Lo dijo con desprecio; de nuevo, porque ella misma anhelaba no hacer nada. Y Lilian la miró por un momento como nunca la había mirado: serenamente, herida, desengañada. Frances se avergonzó y extendió la mano.

—Lily...

Entonces la puerta se abrió de repente y entró corriendo la niña, seguida por el histérico perrito.

Al día siguiente el *Daily Mirror* informó de que Spencer Ward, cuando tenía dieciséis años, había formado parte de una banda de jóvenes que habían agredido a otro chico y le habían pegado fuego a los pantalones. El *Times* publicaba un artículo sobre delincuentes juveniles; el *Express* lamentaba la «gran marea de jóvenes turbulentos» que azotaba al país desde la guerra. El caso se hallaba todavía en sus primeros estadios. Al chico no le habían dado aún la oportunidad de hablar en su descargo. Pero todo lo que Frances leía, cada vecino con quien hablaba, parecía dar por sentado que él había asesinado a Leonard. Veía cómo estaban elaborando paso a paso el veredicto de culpabilidad contra él; era como el Ahorcado, el juego de palabras al que solía jugar con sus hermanos y donde a cada respuesta incorrecta correspondía otro trazo de la tiza en la pizarra, y ante los ojos aparecían los travesaños del patíbulo, la cabeza redonda, el cuerpo, los miembros como palos...

No podía creerlo. No quería creerlo. Se repetía una y otra vez: El hecho evidente es que no es un asesino. No ha hecho nada. Era como la aritmética, pensó: una suma sólo podía dar un resultado fijo. No podían declararle culpable de un delito que no había cometido. Y cifraba todas sus esperanzas en la segunda vista judicial.

Pero cuando se celebró fue peor que la anterior. Spencer estaba más pálido, menos gallito, pero igual de desagradable que la semana anterior, y aunque se había procurado un abogado —un tal señor Strickland, un letrado de Bermondsey que, conjeturó Frances, había asumido el caso en virtud de un sistema de asistencia gratuita—, el hombre no inspiraba confianza. Tenía el pelo ralo y las gafas torcidas y manchas de nicotina en los dedos; parecía, pensó, un agobiado profesor de latín de un centro de enseñanza de baja categoría.

El fiscal, en conjunto, era más imponente. Repasó con soltura los hechos,

tal como los había expuesto el inspector Kemp, y después llamó al estrado a una serie de testigos. El primero fue uno de los chicos que afirmaron que habían oído a Spencer proferir amenazas contra la vida de Leonard. Mientras hablaba no dejó de mirar al acusado, con un regodeo malévolos: era tan patente que había ido a saldar alguna cuenta pendiente que levantó un poco el ánimo de Frances. Pensó que nadie podía considerarlo un testigo creíble. Pero después de él compareció la sirvienta que había estado en la vereda con su enamorado la noche de la muerte de Leonard; y la confianza de Frances disminuyó cuando la joven empezó a responder a las preguntas del fiscal. Pero ahora que la tenía delante, real, sólida, con su cara algo rechoncha, fue más horrible que nunca pensar que había estado con Lilian y con ella en aquel trecho de oscuridad impenetrable, respirando el mismo aire algodónoso. El fiscal quería saber qué había oído exactamente. La testigo repitió lo que había declarado a los periódicos: había oído pasos y suspiros, además de un grito de «¡No!» o «¡Deja!», que sólo podía haber sido el grito, pensó Frances, nerviosa, que ella había lanzado cuando Lilian le tocó el brazo. ¿Podía la chica describir la voz? Era una voz «aguda», dijo ella, tan aguda que al principio la confundió con la de una mujer. Frances empezó a sudar.

—Luego pensé en el asesinato y...

—¿Decidió, al reflexionar, que era la voz de un hombre? ¿Quizá agudizada o suavizada por el miedo?

—Oh, sí, fue aterradora. No me gustaría nada volver a oírla. ¡Oh, te helaba la sangre!

Era evidente que creía cada palabra de lo que decía, y la sencillez y la sinceridad de su actitud impresionaron a la sala. El padre de Leonard estaba encorvado y se tapaba los ojos con la mano; Douglas le daba palmadas en el hombro, y Frances advirtió que su aflicción también impresionó al público.

Después el fiscal llamó al forense de la policía, el señor Palmer, para que informara sobre los hallazgos del laboratorio del Home Office. Habló primero de los cabellos que habían sido recogidos del abrigo de Leonard: dijo que eran «bastante» parecidos a los del acusado; pero sólo «bastante». No podía jugarse su reputación asegurándolo. Sin embargo, las huellas de sangre encontradas en la porra eran «casi con certeza humanas». El laboratorio no podía ser más preciso a este respecto, pero él mismo había visto las muestras y en su opinión, así como en la de ellos, sí, existía casi la certeza. La forma

del arma también encajaba razonablemente con la de la herida en la cabeza del señor Barber.

¿Podría decir con qué grado de violencia fue asestado el golpe en la cabeza?

Oh, con un alto grado de violencia.

¿No fue un golpe fortuito? ¿Un golpe de refilón? ¿No podrían haberlo asestado de un modo accidental? ¿No podría haber sido un golpe de autodefensa?

El señor Palmer casi sonrió.

—Oh, no. No me parece probable, teniendo en cuenta que la herida se encontraba ligeramente en la parte posterior de la cabeza. En cuanto a la intención..., si me permite ver el instrumento un momento, por favor... —Un agente le llevó el arma y la sopesó como el inspector Kemp lo había hecho en la primera vista—. Verá, un arma corta como ésta —prosiguió, remangándose el puño de la muñeca— no posee un ímpetu propio. Todo el impulso procede del brazo. —Balanceó el suyo dos o tres veces para demostrar la acción—. Con un objeto más largo, un mazo, un atizador, algo por el estilo... entonces sí, sin duda sugeriría que la fuerza del golpe podría ser mayor de lo que el agresor había previsto. Es decir, un agresor sin experiencia. Pero con un objeto así... no. La persona que causó la herida en la cabeza del señor Barber con esta arma concreta tenía un conocimiento preciso de lo que estaba haciendo.

—¿Diría usted que tenía intención de asestarle un golpe fatal?

—Debió de haber esperado que lo sería.

Frances no podía creer lo que estaba oyendo. El asunto había cobrado vida propia. El forense, los abogados, la policía..., a partir de su idea de lo que le había sucedido a Leonard, todos ellos lo analizaban hacia atrás y amoldaban todo lo demás para que encajase. Carecía de lógica. ¿Por qué no lo veía nadie? Si ella y Lilian se levantaran ahora y dijeran lo que había ocurrido realmente, el juicio se vendría abajo. ¡Si encontrasen la fuerza para hacerlo! ¿No sería más fácil que estar allí sentadas, escuchando cómo desfiguraban los hechos? Si pudieran decir la verdad, sosegadamente; si pudieran llevar a Champion Hill al inspector Kemp; si le enseñaran el cenicero..., podrían convencerlo de que todo había sido un accidente. ¿No era prácticamente lo que acababa de decir el forense?

Pero incluso cuando levantó las manos hacia el respaldo del banco que tenía delante, tuvo la sensación de que empezaba a aflojarse toda la fuerza de

sus músculos. Tuvo que inclinarse un momento, cerrar los ojos, combatir su propio miedo... Y justo entonces el juicio prosiguió y no hizo nada. El señor Strickland solicitó más tiempo para continuar la defensa de su cliente. Con todos los respetos por el señor Palmer, deseaba consultar a otro médico. Confiaba en que pusieran a su disposición las pruebas médicas.

El juez ordenó que se aplazase la vista. Spencer Ward tendría que volver a Brixton durante siete días más.

Y así discurrieron las cosas, exactamente así, no sólo durante una, sino durante dos semanas sin que, increíblemente, se hiciera ningún avance ni se llegase a una resolución; cada vez que Frances se preparaba para lo peor, dictaban otro aplazamiento irritante y el chico era devuelto a la cárcel, hasta que empezó a sentir como si todo se hubiera deslizado hacia otra vida de pesadilla, algún infierno o purgatorio del que nunca se liberarían.

Las complicaciones resultantes eran una costura que no se podía descoser. Por ejemplo, el padre de Leonard: parecía envejecer a ojos vistas. ¿Frances y Lilian realmente podían consentir que asistiera a una sesión en la que exhibían aquella porra y él se imaginaba cómo habían perseguido y golpeado a su hijo y le habían dejado morir en una vereda? Le ocurría lo mismo a la madre de Spencer: parecía más mustia cada semana que pasaba. Pero también la madre de Frances tenía un aspecto más avejentado. ¿Qué efecto le causaría una confesión? ¿Qué pensaría del largo tiempo que Frances y Lilian habían esperado para hacerla? Frances veía ahora que deberían haber contado la verdad en el acto. Ante ella se abrían los dos caminos oscuros e, igual que la última vez, había elegido el equivocado. Era demasiado tarde para volverse atrás. Septiembre cedió el paso a octubre; llegó y pasó la cuarta vista. El chico llevaba ya casi un mes encarcelado. Era terrible, era horrible. Pero ¿en qué momento preciso deberían ella y Lilian presentarse a la policía? ¿En qué punto la seguridad de Spencer comenzaba a prevalecer sobre la de ellas? Mientras aún existiese una posibilidad de que el caso fuese sobreseído, tenían que mantenerse firmes, ¿o no?

Sí, dijo Lilian, tenían que seguir adelante.

—Pero ¿y si el caso llega al Old Bailey? —dijo Frances—. Su vida estará en juego, entonces. *Su vida*.

Lilian palideció.

—Pero dijiste que no llegaría.

–Pensaba que no. Ahora... no lo sé.

–Estabas *segura* de que no. Dijiste...

–Bueno, ¿cómo podría haber estado segura? ¡Fuiste tú la que quería esperar!

Habían empezado a hablar de esta manera cuando se veían; discutían en susurros, en la sala de los Viney o en el dormitorio de Vera o en el pasillo mal iluminado detrás de la puerta que daba a Walworth Road. O si no, sentadas, guardaban un sepulcral silencio y era inútil su afán de romperlo. ¿Dónde habían ido a parar sus planes para el futuro, las clases de arte, las grandes economías? Frances pensó en la habitación con la que habían soñado. Se había visto a sí misma cerrando la puerta y girando la llave para aislarlas del mundo. Ahora estaban en una habitación, sin duda: la de su secreto envenenado. ¡Podría ser ya la celda de una prisión! A veces se enfurecía. A veces tenía ganas de llorar. A veces se abrazaban antes de separarse y parecía que todo estaba casi resuelto. Pero en una ocasión Lilian preguntó «¿Me amas?», con un acento implorante, y la pregunta fue tan discordante como si la hubieran hecho Vera o Min. Frances se aproximó a Lilian y la besó; pero lo hizo sobre todo para ocultar su propia cara.

Aquel día volvió a su casa tan abatida que se preguntó si su pasión mutua había existido de verdad. Cuando entró en ella, la casa reclamó sombríamente su atención. Los días de alquiler habían llegado y se habían terminado; ella y su madre se deslizaban de nuevo hacia las deudas. Se forzó a subir a la salita de Lilian. Las manchas en la alfombra volvían a parecer nítidas. Pero tuvo que recordarse que las manchas, por supuesto, carecían de importancia ahora. Ni siquiera importaba el cenicero. Sus ojos buscaron la jaula, la pandereta. No veía nada más que un montón de trastos viejos. El carromato de loza seguía en la repisa de la chimenea: lo cogió y le sorprendió lo poco que pesaba. Al darle la vuelta vio que estaba hueco, tenía un agujero en la base; por alguna razón no había reparado en ello. Lo tuvo en la mano y recordó a Lilian acercando los labios al carromato y, durante un segundo, el deseo renació en ella, como una llama reanimada por un soplo sobre los rescoldos. Después pensó en Leonard en su ataúd, en Spencer en su celda, y le asaltó un conato de vergüenza y bochorno tan agudo que casi le entraron náuseas.

Aquella noche soñó que estaba empujando el cuerpo de Leonard a través de calles concurridas en algo semejante al cochecito de muñecas de Violet, y para cubrirlo sólo disponía de una mantita. Se la ponía una y otra vez encima

de la cabeza, pero entonces se le veían las piernas despatarradas; tiraba entonces de la manta hacia abajo y quedaba al descubierto la cara lívida e hinchada. Despertó sudando en la oscura madrugada, pero más que el horror del cuerpo de Leonard en el cochecito lo que persistió del sueño fue la soledad, porque en él estaba absolutamente sola, ella acarreaba todo el peso del crimen. ¿Dónde estaba Lilian? ¡Lilian la había abandonado! Se sintió abandonada como un niño. Había entregado el corazón a Lilian y ésta sólo le había dado a cambio medias verdades, evasivas, mentiras.

Luego, saliendo de la nada, le llegó un susurro: *Quinientas libras...* Lo cierto era que el golpe con el cenicero había convertido a Lilian en una mujer rica. Lo cierto era que Lilian había salido bastante bien parada de todo el asunto. Se había desembarazado de un hijo no deseado. Se había desembarazado de un marido no deseado. Había cargado con la culpa a un chico inocente...

Y yo la he ayudado en cada etapa del proceso, pensó Frances, presa del pánico. ¡Incluso transporté por ella el cuerpo de Leonard escaleras abajo!

Estaba acostada en la oscuridad, rumiando estos pensamientos. Rememoró ocasiones –las recordaba bien– en las que Lilian había deseado la muerte de Leonard. *Ah, ¿por qué no le atropella algún autobús de esos grandes y bonitos? ¡Oh, ojalá se muriera!* Había olvidado que había habido veces en que ella misma deseó su muerte.

Después, con un tremendo sobresalto, pensó en la carta que Lilian le había escrito un día. ¿No había algo en aquella carta? ¿Un deseo, una súplica?

Encendió una vela, se levantó de la cama, fue tiritando hasta la cómoda para sacar la caja en la que guardaba sentimentalmente los recuerdos de su idilio. Allí estaban todos, los nomeolvides de seda, los papelitos con los besos y los corazones; parecían pueriles, grotescos. La carta estaba en el fondo de la caja. La sacó de su sobre. ¡No era más que un burdo trozo de papel, después de todo! Sensiblero y mal escrito. Encontró las líneas que había recordado. *Si no lo es dímelo y haz que me lo crea porque ahora mismo siento que estoy dispuesta a hacer cualquier locura por estar contigo...* El corazón se le subió a la garganta. *Estoy dispuesta a hacer cualquier locura...* Lilian había escrito estas palabras después de haber encontrado las entradas en el bolsillo de Leonard, y a sabiendas de que llevaba un hijo suyo en las entrañas. ¿Las había escrito por despecho? ¿Las había escrito por cálculo? ¿Lo tenía ya entonces todo planeado?

Por otra parte, se preguntó Frances, ¿cómo tengo siquiera la certeza de que el bebé era de Leonard? ¿Acaso él no lo había puesto en duda? ¡Quizá tuviese razón! Lilian le era infiel; ¿por qué no habría de serlo también conmigo? Miró de nuevo la carta y esta vez topó con una frase distinta. *Dijiste que me gustaba que me admirasen... Dijiste que yo amaría a cualquiera que me admirase...* Ahora repasó mentalmente a los admiradores de Lilian, el donjuán del parque, los hombres que, en el tren, bajaban el periódico para verla mejor. Recordó a los primos con los que había bailado con tanta libertad en la fiesta de Netta. Se acordó de Ewart, el del pelo rizado. « Si yo fuese su marido, le daría unos azotes en el trasero.» ¡Así que hasta él lo había visto! Lilian debía de tener algo, ¿no? ¿Debía de ser algo instintivo, algo casi morboso, algo como un perfume malsano lo que atraía a aquellos hombres, a aquellos chicos? ¿Que también atraía a Frances?

De un modo algo febril, llevó la carta y la caja a la chimenea, la volcó en ella y la prendió con una cerilla. ¡No podía tener estas cosas en casa! ¿Y si la policía las encontraba? Observó cómo la llama devoraba los papeles y se calmó un momento. Luego sus pensamientos volvieron a acelerarse. ¿Qué más había que pudiera incriminarla? ¿El carromato de loza, en la puerta contigua? Pensó seriamente en cogerlo y destrozarlo. Luego se acordó de la mitad del botón que había encontrado en el pasillo de la cocina y que podría o no haber sido arrancado del puño de Leonard. Lo había hundido en la tierra de la aspidistra. ¡Había sido una locura! Debería haberlo sacado de la casa; haberlo llevado de inmediato a alguna parte. ¡Debería haberlo arrojado al Támesis! ¡Si venía la policía...!

No vendría mientras Spencer Ward estuviese en la cárcel. Pero ahora casi había alcanzado un estado de demencia. Le parecía perfectamente posible que Lilian fuera a ver al inspector Kemp y le contara alguna historia en su contra. Quizá ya hubiera ido a verle. Quizá Kemp estuviera de camino hacia la casa. ¿No vinieron temprano por la mañana? ¿No fue así como lo hicieron?

Eran las seis menos diez y estaba oscuro como boca de lobo. Frances tiritaba de la cabeza a los pies. Pero se puso la bata y las zapatillas, cogió la vela, bajó furtivamente y –a la chita callando, pensando en su madre, que dormía cerca– levantó la aspidistra de su sitio junto al gong y la llevó a la mesa de la cocina. Desenterrar el botón fue más complicado de lo que esperaba. No lo alcanzaba con la hoja del cuchillo; tuvo que ladear la maceta, escarbar en la tierra con los dedos. Las hojas polvorientas se le metieron en la

cara, afiladas y duras contra los ojos. La tierra empezó a derramarse pero ella siguió excavando, cada vez más inquieta, cada vez más desesperada, hasta que el tiesto cayó ruidosamente de costado y la planta se vertió entera, un amasijo de tierra y retorcidas raíces blancas. El botón salió rodando con toda la maraña; era sólo medio botón negro, como los miles que había en la casa, y probablemente no pertenecía a Leonard. Verlo rompió el sortilegio de la insania; se tapó la cara y empezó a llorar.

Cuando alzó la vista, unos minutos más tarde, su madre estaba allí, mirándola desde la entrada de la cocina.

—¡Cielo santo, Frances! ¿Qué demonios pasa?

Frances meneó la cabeza.

—Nada —dijo, sollozando sin parar sobre sus dedos sucios—. Nada.

Pasó aquel día en la cama. Su madre le llevó el té y una aspirina, además de comidas mal cocinadas: huevos gomosos con mantequilla, patatas deshechas. Después del almuerzo llamaron con los nudillos a la puerta del dormitorio y entró el médico de la familia, un anciano llamado doctor Lawrence. La madre debía de haber mandado a buscarlo con una nota a uno de los recaderos de los comercios del barrio. El doctor Lawrence le tomó la tensión arterial, le auscultó el pecho y la palpó por debajo de la mandíbula con sus dedos calientes y secos. «¿Mareos?», le preguntó. «¿Desmayos? ¿Sofocos?» Ella negaba con la cabeza a cada pregunta, avergonzada por su camisón hecho jirones, preocupada por lo que le costaría la visita. Pero el doctor actuaba con tanta suavidad, tan confiado, que a ella se le llenaron los ojos de lágrimas. Él le dio una palmadita en la mano y luego habló en voz baja con la madre en el rellano. «Agotamiento nervioso», fue su conclusión, quizá una reacción retardada a la guerra y las muertes que había habido en la familia, todo lo cual agravado por los últimos sinsabores. Frances tenía que descansar, evitar emociones... Dejó un frasco de comprimidos que debía tomar antes de acostarse.

Postrada en cama, Frances pensaba en su padre, en sus «ataques cardíacos». Pensó en los terrores que debió de padecer cuando la fortuna le volvió la espalda, cuando perdió a sus hijos, cuando pensaba en su hija díscola, incasable; y lloró otra vez.

Durante los dos o tres días siguientes se abandonó a la idea de la invalidez.

No se atrevía a salir a comprar los periódicos de la mañana. Por una vez, tuvo que abstenerse de pensar en Spencer Ward, de imaginarlo; no podía hacer nada si el engranaje lo absorbía y lo trituraba. Se quedaba en el sofá leyendo libros viejos, desgastados, de su infancia, *La isla del tesoro* y *El Robinsón suizo*. Todas las noches, a las nueve en punto, tomaba los comprimidos que la sumían directamente en un sueño sin sueños.

Y una buena mañana de domingo, cuando menos lo esperaba, cuando había renunciado a la esperanza y ya ni siquiera estaba segura de que deseaba que ocurriera... Lilian volvió.

Frances acababa de recoger la mesa del desayuno y estaba fregando los platos en la recocina. Cuando oyó el sonido de una llave en la cerradura de la puerta principal, pensó que era su madre que volvía temprano de la iglesia. Sorprendida, la llamó desde la cocina: «¿Va todo bien?» No hubo respuesta: tan sólo el golpeteo, extrañamente inseguro, de unos tacones contra el suelo.

El corazón le dio un vuelco desagradable en el pecho. Salió al pasillo sacudiéndose de los dedos el agua con jabón, y allí estaba Lilian, con su abrigo y su sombrero de viuda y una maleta en la mano, sin la más mínima traza de la intrigante siniestra en que la había transformado la locura de Frances; con un aire tímido, como un visitante que hubiera prolongado su visita demasiado tiempo; delgada, pálida, pero por lo demás dolorosamente familiar y querida... A Frances le flaquearon las piernas. Era terriblemente consciente de su propia apariencia, con la cara todavía hinchada por el sueño artificial, inducido por pastillas, el pelo sin lavar, su ropa más andrajosa. Se secó las manos en el delantal.

—Deberías haberme dicho que vendrías. Podría haberme arreglado para recibirte.

La cara de Lilian se ensombreció un poco.

—No tienes que arreglarte para mí.

—Adecentar la casa, entonces.

—Oh, pero... No, está bien.

Frances había ido a su encuentro para cogerle la maleta. Lilian la balanceó y la levantó, patosamente; Frances comprendió que estaba vacía cuando le golpeó el codo con un sonido hueco. Miró a Lilian, sin entender. Pero ésta se estaba ruborizando.

—No puedo seguir pidiendo a Vera que me preste sus cosas —dijo—. He... he venido a coger ropa para llevármela a Walworth.

Así que no había ido para quedarse... Frances experimentó la sensación de abandono que la había agobiado unas noches antes. Era una sensación como la de que te arrojaran a los brazos a un niño que llora: no lo quería, no sabía calmarlo, no había un sitio donde dejarlo. Se volvió, sin decir una palabra, y fue a la cocina a quitarse el delantal y lavarse las manos.

Se tomó su tiempo mientras hacía todo lo posible para controlar sus sentimientos y mostrar una conducta más razonable. Supuso que Lilian subiría sin ella a sus habitaciones. Pero cuando volvió al vestíbulo ella seguía allí, mirando hacia arriba pero sin decidirse a subir la escalera.

–Necesito armarme de valor –dijo–. Me daba miedo volver. ¿Subes delante de mí, por favor?

Tampoco ahora Frances dijo nada, pero subió con un paso normal y se detuvo en silencio en el rellano mientras Lilian la seguía, cautelosa.

Entraron primero en la salita. Lilian depositó la maleta pero no hizo ademán de quitarse el sombrero ni el abrigo. Se quedó mirando alrededor, como una extraña que se sorprende.

–Es como si hubiera pasado mucho tiempo desde que estuve aquí. Sólo ha pasado un mes. Pero todo parece distinto. Todo parece revuelto. Todas estas cosas. Qué cantidad de cosas... Y todo está ya cubierto de polvo.

Había ido a la chimenea apagada y miraba los objetos amontonados sobre la repisa, los elefantes, la pandereta, el carronato, todo ello deslucido, las superficies brillantes empañadas como por ráfagas de un aliento agrio.

Entonces reparó en la pila considerable de cartas que se habían acumulado en su ausencia. Las recogió y Frances dijo, incómoda:

–No sabía qué hacer con ellas, si llevártelas a casa de tu madre o... No sabía cuándo volverías.

Lilian revisaba el montón con un semblante consternado.

–Casi todas son para Len.

–Sí.

–No había pensado en las cosas corrientes, como el correo que le sigue llegando. Pero estas cartas... He recibido cartas parecidas en Walworth. Son de gente que ha leído cosas sobre mí en los periódicos; dicen todo tipo de cosas. Cruelles, a veces. Ya no las abro.

–Entonces déjalas –dijo Frances–. Las quemaré.

Todo este tiempo había hablado con un tono monocorde, pero Lilian no parecía haberlo advertido. Dejó las cartas y de nuevo pareció ajena a la casa.

Daba la impresión de que no sabía qué hacer. Frances se ofreció a prepararle un té, pero no, no le apetecía... Finalmente cerró con fuerza los ojos y sacudió la cabeza.

—¡Oh, sabía que me sentiría así cuando viniera! Cuando estoy en casa de mi madre no me parece real. Me refiero a Len. Pero aquí sigo preguntándome dónde está. —Miró a Frances—. ¿Tú no? Yo todavía espero que entre por la puerta en cualquier momento. Luego tengo que recordar que aunque viniera..., bueno, que vendría de estar con *ella*, ¿no? Había pasado con ella aquella noche, la noche en que sucedió todo. ¿Y te acuerdas? Cuando pensó que yo veía a otro hombre, él... se rió. Sólo un segundo, antes de enfurecerse. Como si fuese gracioso. No entendí por qué se reía así. Ahora lo sé... Ahora...

—¿Has venido únicamente a renegar de tu marido? —dijo Frances—. Porque entre una y otra cosa, no sé si hoy estoy de humor para eso.

No supo de dónde había salido aquel comentario. Era como si se hubiese formulado él solo. No recordaba haber empleado nunca de aquel modo la palabra «renegar»; era una de las palabras que muy probablemente habría dicho Leonard. Sobresaltada, ella y Lilian se miraron; pero el momento de disculparse quedó atrás enseguida. Lilian bajó la cabeza, pasó por delante de Frances para recoger su maleta y la llevó desde la salita a la habitación contigua.

Frances pensó, desesperada, que era la primera vez que estaban realmente a solas y que la estaban desperdiciando; era algo crispante, disonante. Siguió a Lilian hasta el rellano y la miró desde la puerta del dormitorio. Lilian había dejado la maleta encima de la cama y por fin se había quitado el sombrero y el abrigo, pero sólo para ir al ropero y a la cómoda con mayor libertad de movimientos y sacar las cosas que necesitaba.

Frances rememoró aquel día de verano en que había observado llenar aquella misma maleta para su viaje a Hastings. Habían ido a patinar aquel día. ¡A patinar! Parecía demasiado singular y saludable para ser cierto. Recordaba la velocidad, las risas, las manos enlazadas. Después habían ido al parque. *Esto es lo único real*, había dicho Lilian.

Ahora se movía con rapidez, parecía coger ropa al azar, y la maletita ya casi estaba llena. Frances vio cómo metía otro camisón, otro par de zapatos.

—¿Piensas llevar todo eso a Walworth? —dijo, cuando Lilian se encorvó sobre la tapa de la maleta para intentar cerrarla. Lilian contestó con una voz tensa, sin mirarla.

–Volveré en tranvía. Ahora me encuentro bien. No estoy enferma, como antes.

–¿Y de verdad tienes que llevarte tantas cosas?

–Es mejor que me lo lleve todo. No sabemos lo que puede ocurrir, ¿no? No sé lo que voy a necesitar.

Frances no respondió. Pero al cabo de un momento observando la lucha con la maleta se acercó para ayudarla y apoyó su peso sobre la tapa elástica para que encajaran los cerrojos. Lilian bajó la maleta de la cama y, vencida por su peso, la depositó con un ruido sordo. «Puedo», insistió, evitando todavía la mirada de Frances, cuando ésta, automáticamente, extendió la mano para cogerla.

–Ahora estoy bien, ya te lo he dicho. –Un segundo después añadió, con un tono distinto, más titubeante–: Pero tengo algo para ti.

Cogió su bolso y sacó un sobre. Se lo puso en la mano a Frances, que oyó el tintineo de unas monedas.

–¿Qué es esto?

Lilian le respondió, cohibida.

–Es mi alquiler. ¿Creías que lo había olvidado? Ahí hay casi doce libras, suficiente para dos meses. ¿Está bien?

Y una vez más el momento contuvo en su interior otro momento: aquel día de abril en que aún no se conocían bien y Lilian le había tendido tímidamente el primer fajo de billetes del alquiler. Frances pensó que era como si se rebobinara, inmisericorde, la vida de ambas; o como si las costuras que las habían unido se estuviesen descosiendo una tras otra.

La idea la disgustó. Intentó devolverle el sobre.

–No puedo aceptarlo, Lilian. No puedes pagar un alquiler por un alojamiento donde no vives.

–Acéptalo, por favor. Es tuyo. Tuyo y de tu madre.

–Preferiría que te lo quedas tú.

–¿No necesitas el dinero?

–Bueno, sí. Pero tú también, ¿no?

Lilian se mostró más vergonzosa que nunca.

–Vi a un abogado ayer –dijo–. Me escribió al respecto del dinero de Len. Me refiero al dinero de su póliza. Me dio un cheque. Oh, por favor, no hagas eso.

Frances se le había acercado para meterle el sobre en el bolso. Lilian lo

sacó y trató de devolverlo a la mano de Frances.

Ella cerró los puños, levantó los brazos.

–No lo quiero.

Se esquivaron y forcejearon, absurdamente.

–Tómalo, Frances.

–No lo quiero.

–Por favor.

–¡No! ¡Odio ese dinero!

–¡Pues yo también lo odio! –dijo Lilian. Había tirado el sobre encima de la cama; le brotaron vetas rojas en la cara–. ¿Cómo crees que me siento con este dinero? ¿Lo has pensado? Tú sabes cuándo suscribió Len la póliza. Fue justo después de la noche de julio en que le agredió el chico. Debió de habérselo pensado muy bien. Debió de pensar que el chico iba en serio; que podría atacarle otra vez. ¡Debió de pensar seriamente que podría matarle! Pero incluso entonces, incluso pensando esto..., bueno, eso no le impidió seguir *viéndola*, ¿no? Pensó lo suficiente en mí para dejarme estas quinientas libras. Pero pensó más en *ella*.

–¡Dios! –dijo Frances, sin poder soportarlo–. ¿Por qué te preocupa?

–¡No lo sé! Pero me preocupa, sí.

–Decías que ni siquiera lo amabas. Estabas planeando abandonarle, ¿no?

–Sí, pero...

–¿No lo planeabas?

–¡Sí! No me acosas, Frances. Siempre me acosas. No puedo explicarlo. Le odio por desearla a ella. Sé que sólo estaba haciendo lo mismo que yo hacía contigo, pero lo odio por eso. Y también la odio a ella. Nunca quise su dinero. Tú dices que tampoco lo quieres, pero... –Con una expresión dolida, testaruda, cogió el sobre y lo dejó encima de la cómoda–. Lo dejaré aquí y tú puedes hacer lo que quieras con él.

Y luego recogió el abrigo. Mientras la miraba introducir un brazo en la manga, Frances dijo:

–O sea que te vas ahora mismo, ¿eh? –Aborreció el sonido de su propia voz–. Ni siquiera hemos hablado del asunto.

Lilian dejó caer un poco el abrigo.

–¿Acaso hay algo que decir? Dijimos que esperaríamos. ¿Has cambiado de opinión?

–No, no he cambiado.

—¿Si cambiases me lo dirías?

—Bueno, por supuesto que sí.

—¡Pues no lo digas así! Ya no sé qué tienes en la cabeza. Te siento muy lejos de mí.

—La distancia que hay entre esta casa y Walworth.

—¡Oh, ahora estás siendo injusta! Sabes por qué estoy allí. Facilita las cosas. Todavía vienen a vernos periodistas. Algunos esperan fuera, con cámaras. También vienen policías. ¿Preferirías que viniesen aquí?

Frances guardó silencio un momento.

—No —admitió luego—. No, no me gustaría.

Lilian suavizó el tono.

—Estar separadas un tiempo... es sólo algo que debemos soportar. Es duro, ahora. Todo lo es. Pero parecerá una pequeñez más adelante, si todo se arregla, ¿no crees?

Frances guardó silencio otra vez, pero asintió. De un modo intencionado, Lilian dejó el abrigo y se acercó a ella, y se abrazaron.

Pero no había sintonía entre ellas, pensó Frances. No había entrega ni relajación. Se mantuvo rígida, detestaba aquello, y empezó a zafarse de los brazos de Lilian.

Pero cuando se soltaba Lilian la agarró. «Frances...» El ritmo cardíaco se le había acelerado, Frances notaba sus latidos sordos. Lilian descansó la cabeza en el hombro de Frances y en su voz, al hablar, latía la precipitada cadencia del corazón.

—Frances, dime que todo irá bien entre nosotras cuando acabe todo esto. Dime que volverá a ser como antes. Sé que me odias por lo que hice, y sé que piensas que soy débil. Me estoy esforzando mucho en dejar de serlo. Pero déjame ser débil un minuto más. Dime que nada cambiará, que no lo he estropeado todo. Tengo tanto miedo. No sólo me refiero al chico. Lo cual ya es bastante triste. Pero creo que podría afrontarlo mejor si supiera, si pensara... Estaba todo tan claro, todo lo que planeamos. Era tan maravilloso. Ahora es como si lo tapara una cortina. No sé lo que habrá detrás cuando se descorra. No sé lo que piensas.

Retiró la cabeza al decir estas últimas palabras y miró a los ojos de Frances. Unos pocos centímetros separaban sus caras; Frances captó el olor de polvos para el cutis y su barra de labios, percibió el calor y la agitación de sus labios. Era tan imposible no besar a Lilian como no parpadear, no

respirar. Pero cuando sus bocas se juntaron fue un contacto tan seco y engorroso como el de unos labios extraños, por lo que Frances pensó por un momento que besarla sería peor que no hacerlo; sería como una anulación, como deshacer un nudo.

Pero entonces sintió la tímida presión de la lengua de Lilian tanteando contra la suya: justo la punta de una lengua, cálida y familiar, contra la suya. La recibió presionando ella misma, levantó una mano hacia la cara de Lilian; y súbitamente el beso había cambiado, se había vuelto húmedo, abierto, íntimo. El repentino alivio, como una inundación, las debilitó. Interrumpieron el beso para aferrarse la una a la otra, para aproximarse aún más. «¡Oh, te amo! ¡Te amo!», dijo Lilian, y sus palabras llegaron como un flujo cálido al oído de Frances, en la respiración que exhalaba.

Se besaron de nuevo, más febrilmente que antes. La fusión de sus pechos y caderas era como el empuje de algo a través de la piel, un estallido de retorno a la vida que resultaba casi doloroso. Pero había entre ellas demasiadas capas voluminosas de tela. Sin dejar de besarse, empezaron a tirarse ávidamente de la ropa. Frances exploraba con las manos por debajo de la blusa de Lilian, prendió la cinturilla de su falda. Se peleó un momento con unos corchetes y un botón, se dio por vencida y bajó la mano para asir la falda desde el dobladillo y se la alzó a tirones, pieza a pieza, la fue plegando hasta que sus dedos encontraron la seda de debajo y después, bajo la tela, la piel.

Estaban aún de pie, se balanceaban desgarbadamente. Frances estiró un pie para cerrar de una patada la puerta y estuvieron a punto de trastabillar. Lilian la rodeaba con los brazos y sus manos frías reposaban en una franja de piel desnuda; sólo cuando Frances deslizó una mano por el muslo de Lilian y sus dedos empezaron a frotar la entrepierna de Lilian, ésta retrocedió un poco para recuperar el aliento, agachar la cabeza y buscar a ciegas, a su espalda, el asidero de la pared o la cama para mantener el equilibrio. Al no encontrar nada se abandonó poco a poco a la inestabilidad de la postura, dejó caer los brazos y dejó que Frances la sujetara y la sostuviera. Lo único que hizo fue levantar la cabeza; cuando Frances apresuró el movimiento de su mano, cuando los músculos de su cara empezaron a tensarse, Lilian levantó la cabeza y la miró a los ojos; como si quisiera que Frances viera, como resuelta a que viese que nada se interponía entre ellas, que la piel era la única barrera entre ellas.

Pero entonces... ¿qué ocurrió? Ocurrió algo, algo como el cambio que se

había producido antes; pero esta vez era un obstáculo, una atenuación, un escurrimiento. Al final Lilian cerró los ojos. Contuvo la respiración, contrajo los rasgos de la cara, aumentó el color en sus mejillas, pero la tensión no desembocaba en nada y, decaído el apremio, la posición de las dos empezó a volverse incómoda, extraña. Ahora a Frances le dolían los brazos y las piernas, el esfuerzo generaba una especie de quemadura en los músculos. Cambió de postura, desplazó su peso para intentar mantener el ritmo de su mano. Ahora Lilian tenía la cara crispada. Abatida, Frances vio que se esforzaba en impulsar el acto hasta su clímax. Sintió de pronto que sus dedos actuaban a ciegas. Aceleró la fricción y preguntó: «¿Qué debo hacer? ¿Lilian? ¿Cómo debo hacerlo?» Pero la pregunta, la admisión que entrañaba, sólo sirvió para cohibirla aún más. La soltura y la familiaridad habían desaparecido. Se percató de que estaba frotando carne húmeda, desencantada, que se estaba enfriando; Frances se retrajo, disminuyó el ritmo de la mano.

Y unos segundos más tarde, Lilian extendió la suya para pararle los dedos. Se quedaron así, con la cabeza gacha y los hombros caídos, mientras la respiración se restablecía y el corazón se aquietaba.

Incluso entonces todo podría haber ido bien.

–Ven a acostarte conmigo –dijo Lilian en voz baja. Condujo a Frances a la cama; descansaron la cabeza en la misma almohada y se taparon con el cobertor para no enfriarse, como habían hecho cuando eran amantes. La almohada olía ligeramente a la brillantina de Leonard. En el armario polvoriento, al lado de la cama, estaba su caja de gemelos y pasadores, su pañuelo, la novela de misterio que había sacado de la biblioteca pública y ya acumulaba una multa; en el lado interior de la puerta de la alcoba, la bata de Leonard todavía colgada junto al kimono de Lilian. Pero si cerraba los ojos, pensó Frances. Si olvidaba los forcejeos y el fracaso de unos minutos antes. Si olvidaba la sangre, el pánico eléctrico, la policía, los periódicos. Si ponía la mente en blanco. Entonces, ¿no podía ser todo como antes, las dos juntas, efusivas y auténticas? *Es lo único real.* ¿No podían dejar que todo volviese a ser real, sólo por un momento?

Sí, pero aquel chico atrapado en el engranaje... Ya su pensamiento retornaba a tumbos a la horrible vida. Volvió la cabeza. Abrió los ojos. Y lo que vio, encima de la cómoda, fue el sobre que contenía las doce libras.

No lo mires, se dijo. No pienses en él. No digas nada. ¡Por el amor de Dios! Pero no pudo impedirlo. La demencia se estaba apoderando de ella

nuevamente. Lanzó una horrenda risita despectiva y, con una voz que ni siquiera le pareció la suya, dijo:

–Me temo que hoy no has recibido lo que has pagado con tu dinero.

Lilian levantó la cabeza de la almohada y frunció el ceño.

–¿Pagado con mi dinero?

–¿O he comprendido mal? ¿Es el pago por algo totalmente distinto? No te preocupes, no iré a la policía, si es eso lo que te inquieta. El chico seguirá hospedado a su gusto en Brixton.

Lilian se quedó completamente inmóvil un momento. Luego se incorporó bruscamente, retiró de un manotazo el cobertor, se bajó de la cama. Dio la espalda a Frances mientras se enderezaba la falda y la blusa. Estaba despeinada, pero no se paró a peinarse; con una serie de movimientos rígidos, furiosos, encontró su sombrero, se calzó los zapatos, se puso el abrigo, metió sus guantes en el bolso. Sólo cuando tuvo la correa enlazada en el brazo y se hubo agachado para coger la maleta se volvió hacia Frances, que, durante todo este tiempo, la había observado desde la cama.

Y lo que dijo, fría, desapasionadamente, fue:

–Siento que no seas tan valiente como creías que eras, Frances.

Ella miró de hito en hito a Lilian.

–¿Qué?

–Pero no me castigues por eso ni pretendas que lo haces por ese chico. Si quiero un castigo iré a ver al inspector Kemp y lo recibiré por algo que merezco.

Se tapó los ojos y habló con menos calma.

–Ahora me has obligado a hablarte con dureza, cuando a lo único que he venido, a lo único que he venido ha sido...

Dejó caer la mano.

–Renuncié a cosas por ti, Frances. Renuncié a mi bebé por ti. Nunca pedí lo que tuvimos. Si hubiera pedido algo así, ¿no crees que habría pedido que fuera más fácil? En cambio... No, no te acerques. Apártate de mí. –Frances había saltado de la cama e hizo ademán de tocarla. Lilian la rechazó de un empujón–. Déjame en paz.

Pero Frances estaba sucumbiendo al pánico. La demencia había desaparecido tan completamente como si la hubieran pinchado con un alfiler y hubiese explotado.

–Perdóname, Lily. Por favor. No sé lo que me pasa. Yo...

–¡Déjame!

–Creo... Creo que estoy perdiendo el juicio. La otra noche... Por favor, Lily. –Lilian estaba en la puerta, la había abierto–. No te vayas. No me dejes otra vez. No sé por qué he dicho lo que he dicho. No era mi intención. Yo...

–¡Déjame tranquila!

Esta vez Lilian no se propasó en el golpe. Alcanzó a Frances en el pómulo y la hizo retroceder. Se llevó una mano a la cara y por un segundo las dos se encontraron frente a frente, horrorizadas por lo que estaban haciendo, horrorizadas por lo que evocaba aquel momento; pero Frances sabía que parte del horror mutuo nacía de su propia impotencia, de su incapacidad de hacer otra cosa en la situación en que estaban que agravar el enredo. «No te vayas», repitió. Pero era demasiado tarde. Era demasiado tarde para todo. Lilian ya se había dado media vuelta, huía. Al bajar la escalera, sus tacones sonaban tan fuerte como disparos en la casa silenciosa.

El martes de aquella semana fue el aniversario de la muerte de John Arthur; Frances miró su foto, sin derramar una lágrima. El mismo día, se reabrió la investigación judicial en Camberwell y el jurado, aleccionado por el juez de instrucción, emitió un veredicto de homicidio premeditado. Dos días después, cuando llegó el momento de asistir a la siguiente vista en el juzgado, Frances no tuvo la energía necesaria para ponerse en camino. Se quedó en casa, hecha un ovillo en el sofá con un ejemplar de *Secuestrado* de Stevenson. La noticia llegó a la hora del almuerzo, transmitida por la señora Playfair, quien a su vez la había recibido a través de Patty, cuya sobrina era la prometida de aquel joven que trabajaba en la policía. La nueva no fue una sorpresa. La vista había terminado en cuestión de minutos. El fiscal había concluido la exposición de los cargos y el juez se había declarado satisfecho. Con el aplauso de la familia de Leonard y los vítores de los bancos atestados de público, se dictó un auto de procesamiento contra Spencer Ward en el Old Bailey para dentro de unos quince días.

Y bueno, por lo menos, pensó funestamente, pronto habría un punto final: el final de la demencia, del secretismo, del esconderse por los rincones. El seis de noviembre daría comienzo el juicio. Fue un alivio tener una fecha en la que concentrar la mente; un alivio saber que el asunto se resolvería por fin. En otro tiempo jamás habría creído posible que una persona pudiera estar harta del miedo. Recordó los diversos terrores que la habían asaltado y estremecido desde el comienzo de aquello; los ataques de pánico, los temores y las incertidumbres, los derrumbamientos físicos. ¡No había habido ni un solo momento aburrido! Pero comprendió que ahora sí estaba casi harta. Harta hasta las lágrimas. Harta hasta los tuétanos. Estaba hasta la coronilla de aquellos inquilinos exigentes, de su propio miedo y de su cobardía.

A Lilian la vio una sola vez en el transcurso de la quincena, a principios de la segunda semana. No mencionaron la terrible manera en que se habían separado la última vez. No mencionaron en absoluto aquel encuentro. La expresión de Lilian era cerrada y se mostró sumamente apática; acudieron juntas al despacho de uno de los abogados, situado en uno de los pisos superiores, y repasaron con él por última vez lo que recordaban de la noche en que murió Leonard. Frances temió al principio que él le pidiera que actuase como testigo: se imaginó teniendo que presentarse y aportar pruebas a la acusación mientras miraba al chico a través de la sala. Pero el abogado quería que testimoniase sólo Lilian. Le dijo que lamentaba pedírselo, pero que no la retendrían mucho tiempo en el estrado. El señor Ives, el fiscal al que le habían asignado el caso, únicamente necesitaba que ella confirmara unos pocos detalles sobre el último día de su marido, y quizá de paso la interrogase sobre sus recuerdos de la noche de julio en que le habían herido... Quizá hubieran oído hablar de Humphrey Ives, ¿no? Su nombre aparecía a menudo en la prensa. Era un letrado de vasta experiencia, un tipo realmente competente, y si él intervenía el juicio no debería durar más de tres días; «a lo sumo podría alargarse a cuatro» si el defensor, el señor Tresillian, complicaba las cosas. Era un profesional bastante inexperto, un abogado de rango inferior

que había aceptado la defensa por unos honorarios simbólicos, pero nunca se sabía con individuos así. Algunas veces tenían una prisa loca y otras les gustaba causar sensación «vendiendo cara su derrota». Pero la señora Barber debía tener presente un desenlace seguro. El señor Ives había declarado que raramente había visto un caso tan sencillo.

Quería tranquilizarlas, por supuesto. Pero en cuanto ellas salieron del edificio se pararon en la acera, boquiabiertas.

—¡Tres o cuatro días! —consiguió decir Frances finalmente—. ¿No tendrás problemas para testificar? —Y como Lilian no contestó, añadió—: No tienes que quedarte después de haber declarado. Yo me ocuparé de todo, cuando llegue el momento. Si llega, quiero decir. En cuanto emitan el veredicto, puedo ir a ver al señor Tresillian y...

—¿Crees que te permitiré que también hagas eso por mí? —dijo Lilian, fríamente—. No, quiero estar presente hasta el final. Quiero estar preparada. He dicho a mi familia que quiero asistir, y punto. Y —un toque de color se infiltró en su cara y su tono— les he dicho que quiero que estés a mi lado en el juicio. ¿Te parece bien? He dicho que quiero estar contigo y con nadie más.

Frances la miró.

—¿Les has dicho eso? ¿No... no les ha parecido extraño?

La animación abandonó de nuevo a Lilian.

—No lo sé. Ahora ya no importa, ¿no?

Pues no, pensó Frances, ya no importaba, no cuando podían estar en la calle así, con una especie de placa de hielo entre ellas. No cuando Lilian le devolvía la mirada con otra tan herida, tan opaca, como si nunca se hubieran besado, no se hubieran acostado desnudas, no se hubiesen extraviado en las miradas mutuas... No encontró las palabras que buscaba. Acordaron los últimos detalles prácticos y se separaron.

Uno de noviembre, dos de noviembre: los días iban desfilando. Fue al cine con su madre; olvidó la película en cuanto terminó. Visitó a Christina, pero no dijo nada mientras estuvo con ella. En casa se entregó a sus tareas con el propósito de ponerlo todo en orden antes de que el juicio empezara; pero comprendió que este proyecto era una batalla perdida. La casa había empezado a desmoronarse. El calentador chirriaba cuando estaba encendido. La pintura se desprendía de los marcos de las ventanas y revelaba que estaban podridos. En el tejado de la recocina se había abierto una gotera: puso un cuenco para recoger las gotas, pero el agua de lluvia se esparcía y se

oscurecía, dibujando mapas del tesoro y cuadros nocturnos de Whistler en las paredes y el techo. Era como si la casa de repente estuviera tan cansada como ella. O como si intuyese que el baile había acabado: que el pequeño contrato entre ambas estaba a punto de expirar. Quizá durante todo este tiempo, la casa, educadamente, se había limitado a seguirle la corriente.

Lo que más le preocupaba era su madre. ¿Qué sería de ella? ¿Cómo saldría adelante? Si sucedía lo peor, ¿habría tiempo para explicárselo el mismo día? Una vez que ella y Lilian hubieran dado el paso, ¿no se las llevarían detenidas de inmediato? ¡La madre quizá se enterase por la prensa! No, era algo inaceptable. Noche tras noche esta cuestión la angustiaba. Se preguntaba si sus hermanos se habrían sentido así cuando estaban de permiso militar. Recordó que Noel le había dado una carta para entregar a la madre en el caso de que lo mataran; la madre la había recibido, la había guardado y nunca hizo una alusión a ella. Se le ocurrió dejar una nota parecida, «para abrir en el caso de que no vuelva del Old Bailey»... Ah, pero sin duda esto era demasiado sensacionalista.

Después pensó en la señora Playfair. La idea llegó como la respuesta a una plegaria. Por supuesto, a la señora Playfair se la podía contactar por teléfono desde el juzgado y ella se ocuparía de todo, llevaría a la madre a la comisaría, lidiaría con todos los periodistas. Y si, a la postre, encarcelaban a Frances o... o algo peor, cabía contar con que la señora Playfair se hiciera cargo de los asuntos económicos de la madre, ayudarla a encontrar nuevos inquilinos. Hasta quizá pusiera la casa en venta y se la llevase a vivir con ella en Braemar. Sí, cuanto más pensaba en ello tanto más probable le parecía. La perspectiva no era del todo halagüeña. Veía a su madre reducida a una especie de dama de compañía sin sueldo, leyendo en voz alta hojas parroquiales, devanando ovillos de lana. Pero era mejor que quedarse sola, rumiando la ignominia de su hija. ¡Dios! ¡Qué increíble era pensar que se hallaban al borde de una ruina semejante! Dos meses antes había estado dispuesta a dejar a su madre en la estacada, a marcharse de casa. Pero aquello obedecía a un motivo, ¿no? La causa era Lilian, el amor; no este caos producido por la mala suerte y un tremendo error.

Era esto lo que a veces la hacía llorar: su puro desperdicio y su futilidad. Volvía la cabeza hacia la almohada, cerrando los brazos, y no estrechaba nada.

Y llegó la víspera del juicio, era el día de Guy Fawkes. Como aquel año cayó en domingo no hubo hogueras –lo cual a ella le pareció una lástima–, pero a primeras horas de la noche ascendieron en el cielo unos cohetes, desafiando el descanso sabático; se apostó en la ventana de su dormitorio a oscuras para contemplar los colores que surgían y se apagaban. Reunió sus cosas para la mañana siguiente, y cuando, más tarde, se metió en la cama, se preparó para una noche insomne. Pero quizá ya había alcanzado realmente los límites de su miedo; durmió sin sueños, al despertar sintió únicamente una leve aprensión, y se lavó y se vistió y desayunó sin otra sensación que la del mareo oscilante que recordaba de las mañanas de exámenes en la escuela. Llegado el momento, le resultó difícil despedirse de su madre con una cara radiante; aunque, en definitiva, no fue tan difícil, ya que aquello era sólo el principio y aún quedaban dos o tres despedidas más. Por la misma razón, cuando bajaba hacia Camberwell y caminaba a lo largo de Walworth Road, aunque intentó fijar la mirada en todo, a sabiendas de que tal vez pronto la alejarían de aquel entorno, desistió del intento porque se sentía artificiosa y afectada, como una actriz, pensó, que interpretase a un personaje al que el médico acaba de notificar el fatídico diagnóstico.

En casa de la señora Viney, Lydia custodiaba la puerta y el perro estaba ladrando: exactamente igual que de costumbre. Lilian ya estaba preparada, con un sombrero y un abrigo elegantes; pero también estaban listas sus hermanas y su madre. No querían que se fuese sin ellas. No sería correcto. ¿En qué pensaba Lilian? ¿Y si caía enferma? ¿Y si se desmayaba otra vez? ¡No era justo con la pobre señorita Wray! O ¿por qué no telefonar a Lloyd? Todavía estaban a tiempo. Él la acompañaría a casa apenas ella hubiese pasado por el mal trago en el tribunal. Y más tarde Lydia iría corriendo a buscar los periódicos y...

–No –dijo Lilian–. No. –Su sombrero tenía un velo; se lo bajó–. Quiero hacerlo así. Era mi marido, ¿no? Y será como yo digo.

Y su tono fue definitivo, tan categórico que sus hermanas se callaron, y hasta la madre se mostró avergonzada.

Pero insistieron en acompañarla a la calle cuando llegó el taxi. En la acera había también un par de reporteros y fotógrafos, y algunos transeúntes se pararon; de la tienda del señor Viney salieron unos clientes para verla marchar y desearle que todo fuera bien. «Es como el día de mi boda», murmuró ella, mirando por la ventanilla del vehículo al grupo reducido y

triste que le decía adiós con la mano. Pero lo había dicho dirigiéndose más al cristal que a Frances, y en cuanto el taxi se puso en marcha no volvió a abrir la boca. Su abrigo era nuevo, negro y rígido, y despedía un brillo verdoso como el de un escarabajo. Tras su velo de viuda, su cara parecía borrosa y lejana. Frances iba vestida con su atuendo más sobrio, la blusa gris y un abrigo de un gris más oscuro. Había limpiado y embetunado sus gastadas botas negras, como si lustrar las botas, pensó, mirándose las punteras, cambiara en algo las cosas.

La primera conmoción se produjo cuando cruzaron el río y estaban doblando hacia Ludgate Hill. Encontraron una cola a lo largo de la calle desde la entrada pública del Old Bailey, y no era la avalancha de gente a la que se habían acostumbrado, sino una fila compacta de hombres y mujeres corrientes, con bolsos y bufandas y paraguas pulcramente plegados. «No es posible que estén aquí por nosotras, ¿verdad?», dijo Frances. Pero apenas dijo esto las caras empezaron a volverse y vio el estremecimiento de emoción que recorrió la cola cuando reconocieron a Lilian. Cuando el taxi aparcó en el bordillo, la gente se esforzaba por verla mejor y unos policías les indicaron por gestos que retrocedieran. Lilian revolvió en su bolso en busca de unas monedas para el taxista y entraron en el edificio lo más rápidamente que pudieron.

Pero dentro les esperaba la segunda conmoción: la magnitud y la grandiosidad de todo aquello. Un tramo de escaleras las condujo a un vestíbulo imponente; una segunda escalera llevaba a una sala de mármol abovedada, recargada de ornamentos y tan intimidadora como la nave de una catedral. Estuvieron totalmente extraviadas hasta que un funcionario se hizo cargo de ellas. ¿La señora Barber va a testificar? Tenga la bondad de acompañarme. Había una sala de espera para los testigos; debía permanecer allí hasta que la llamaran. La otra señora podía ir directamente a la sala. El policía en la puerta la dejaría pasar.

Así pues, se separaron al instante y Frances entró sola en la sala del juicio. Y aunque durante un minuto todo fue bien –la sala, pensó, no era más que otro de los recintos con lienzos de pared de color pardo en los que había pasado tanto tiempo durante la investigación judicial y las vistas en el juzgado, y el banco al que la llevaron, debajo del saliente que albergaba la galería del público, lo ocupaban ya el padre de Leonard, su hermano Douglas y el tío Ted, que se levantaron gravemente para estrecharle la mano–, y

aunque al principio todo parecía ir bien, después de sentarse y mirar alrededor vio que no era así en absoluto. Allí, por fin, no había mugre ni baladronadas: era el escenario auténtico. Los funcionarios y los letrados, con sus pelucas y togas, eran como astutos cuervos. Sobre la silla del juez colgaba una espada. El banquillo para el acusado... Pero esto era lo peor. Desde allí habían enviado a hombres a la muerte. ¿No había estado allí Crippen? ¿Y Seddon? ¿Y George Smith?

Un revuelo arriba, fuera de la vista, la hizo estremecerse. Debían de haber abierto las puertas de la galería. Se oyó una avalancha de pasos y voces excitadas mientras entraba desde la calle un tropel de gente; se instalaron con las protestas y el arrastrar de pies de los espectadores de un music-hall fantasma. O quizá el fantasma fuese ella. ¡Qué poco importaban los latidos alocados de su corazón, después de todo! Pues, sin previo aviso, sin que en apariencia hubieran dado algún tipo de señal, la sala, que hasta entonces había poseído una especie de holgura, empezó a compactarse. Los hombres se desplazaban en distintas direcciones, ocupando sitios en los bancos y mesas; en la galería de arriba, el auditorio invisible guardó silencio y se aprestó para el juicio. Dieron la orden de que se levantasen y Frances se puso en pie. Un funcionario togado se dirigió con paso suave a una puertecita que había junto a la tarima del juez. Hubo una especie de proclamación, sonaron los golpes de un bastón o un martillo: a ella le sonaron como los mesurados, los sobrenaturales que producen los muertos en la mesa durante una sesión de espiritismo. Y entonces hizo su entrada el juez, una figura aterradora, con una toga de un brillantísimo color escarlata; portaba en las manos algo desconcertante, grotesco: un ramillete de flores. Con él entraron otros tres hombres togados, uno de ellos con una cadena de oro correspondiente a su cargo. Subieron a la tarima, ocuparon sus asientos y... —¿Dónde estaba Lilian? ¡Quería que estuviese Lilian!— la sesión había comenzado.

Después, durante un tiempo, su miedo fue tan intenso que tuvo la sensación de asistir a aquel espectáculo desde muy lejos. Vio a Spencer aparecer en el banquillo, surgir del suelo del recinto cerrado como el ayudante de un prestidigitador cuando un celador lo condujo desde algún pasillo subterráneo. Frances vio cómo le leían los cargos contra él y le preguntaban si se declaraba culpable o inocente, y oyó su respuesta —«Me declaro inocente»— con una voz que escindía las palabras como hace un escolar. A continuación tomaron el juramento a los jurados, once hombres y

una sola mujer: la monotonía del proceso apaciguó un poco su pánico, y mientras prestaban juramento buscó signos de bondad en la cara de los jurados. Pero parecían personas comunes y corrientes, inexpertas, la mujer con un sombrero de muchos floripondios, los hombres con una expresión un poco tonta, derivada de saber que los miraban fijamente, o bien, muy tiesos en su silla, con la barbilla alzada, gozaban de su importancia. Pensó que el hombre que estaba al fondo se arrogaría la presidencia. Tenía aspecto de tendero avisado: Frances ya lo veía mirando al chico como si diera vueltas en su mano avezada a una mercancía barata que el proveedor le hubiera entregado sucia.

Ahora un abogado de edad mediana y cara rechoncha se había levantado y dirigía la palabra a la sala. Comprendió que era el señor Ives, el hombre del que les había hablado su colega, y que estaba pronunciando el alegato inicial de la acusación. Se forzó a prestar atención y se inclinó hacia delante, tirante en su asiento; a su lado, Douglas hizo lo mismo. Pero las amenazas del chico, el primer ataque, la porra, la sangre, los pelos en el abrigo: todo era abrumadoramente conocido, desde las vistas en el juzgado hasta el horrible escalofrío que recorrió la sala cuando, al cabo de unos veinte minutos, el señor Ives hizo una pausa para pedir que mostraran el arma al jurado. Cuando empezó a llamar a sus testigos Frances podría haber comparecido en lugar de ellos, porque todos eran hombres a los que ya había visto declarar anteriormente: un policía que mostró el plano de la vereda, los agentes Hardy y Evans, que describieron el descubrimiento del cadáver, el médico que certificó la muerte de Leonard en el lugar de los hechos... Después de él declaró el señor Palmer, el forense de la policía, que explicó de nuevo los detalles truculentos sobre el cerebro contusionado de Leonard. Pero en esta ocasión había llevado una muestra para dar una idea de la naturaleza de la hemorragia: levantó la tapa de un pequeño estuche y sacó un objeto ondulado, de color tierra, que era, al parecer, el cuello del abrigo de Leonard. ¡El cuello! Frances lo miró, incrédula. No se parecía a nada de lo que ella recordaba de la noche del crimen; podría haber sido la piel marchita de una serpiente. Cuando sacaron el cuello para enseñárselo a los miembros del jurado, algunos de ellos se inclinaron para verlo mejor; otros, después de mirarlo, apartaron la vista. La mujer, girando la cara, fingió que le daba náuseas. Pero todos las sintieron ante lo que vino a continuación: unas fotografías del cráneo roto de Leonard, que entregaron al tendero avisado

para que él las pasara a los demás. En la galería del público hubo chasquidos de frustración de la gente que intentaba en vano verlas.

En esto, por primera vez, el señor Tresillian se levantó para el turno de preguntas de la defensa. Deseaba saber algo más sobre la hemorragia. ¿No era probable que una herida semejante hubiera salpicado de sangre la ropa del atacante del señor Barber?

El señor Palmer asintió, condescendiente.

–Sí, muy bien podría haber salpicaduras.

–En tal caso, ¿qué tiene que decir del hecho de que no se descubriera ninguna en la ropa del acusado?

–No tengo nada que decir, aparte, por supuesto, de que la ropa se puede lavar o tirar fácilmente. Lo que es seguro es que se encontró sangre en la porra.

–¿Sangre que no se ha demostrado que sea humana?

–Sangre que casi con certeza es humana.

–¿Sangre, sin embargo, que no se puede demostrar que haya pertenecido al señor Leonard Barber, como tampoco que los pelos extraídos de su abrigo coincidan, para su satisfacción, con el cabello del acusado?

El forense inclinó la cabeza, menos condescendiente que antes.

–No.

Tras esta respuesta, el señor Tresillian regresó a su sitio en el banco de los letrados. Frances pensó, al ver que se sentaba: ¿Qué está haciendo? ¡No lo deje así! ¡Continúe! Pero él estaba tomando notas en una hoja de papel con la mayor lentitud imaginable: un joven poco agraciado, que llevaba unas gafas con montura de carey, sólo un año o dos mayor que ella, con la cara enjuta y larga y unas manos pálidas que recordaban las de John Arthur. Quizá tuviera una hermana como ella, una madre como la suya en su casa. El hombre se había levantado aquella mañana de una cama ordinaria, había desayunado igual que Frances, quizá con el estómago revuelto... A Frances le encogió el corazón la inutilidad de todo aquello. El señor Tresillian no lo lograría. Era demasiado joven. Ella quería el otro hombre, el señor Ives. Era un abogado de libro, un abogado como los de las películas..., ahora mismo, por ejemplo, estaba comentando algún detalle con el juez y era eso lo que ella quería, alguien que debatiese una cuestión jurídica de aquel modo, asiendo con una mano, despreocupadamente, la solapa de su toga. A ella y a Lilian nunca las salvaría un hombre que podría ser su hermano, que andaba por su casa en

calcetines, se tumbaba en el sofá con sus largas piernas en alto y cruzadas a la altura de los tobillos.

Escuchó en tensión otra vez a los dos o tres testigos que declararon después. Uno fue el inspector Kemp, con su aire rosado y satisfecho, que describió las etapas de la investigación como si fuesen el juego de la rayuela, en donde bastaba dar unos saltitos de costado para pasar pulcramente de un recuadro a otro. Frances se percató de que le dolía la cabeza. El techo de la sala era de un blanco vidriado; la luz clara y fría le hacía daño en los ojos. Y entonces se produjo un extraño cortejo de sonidos. Chirriaron varias sillas y se oyeron toses y susurros en la galería; crujió el calzado de los funcionarios y policías que iban y venían con pedazos de papel en la mano. ¿Qué sacaría en limpio Spencer de todo aquello? Al principio había escuchado atentamente, pero su semblante se había vuelto más inexpresivo a medida que desfilaban los testigos, y ahora estaba inclinado hacia delante, con los codos apoyados en el alto antepecho que tenía delante y la barbilla en la mano. Frances se acordó de su chicle, sus risitas. Su traje hoy era el mismo azul y barato que había llevado en la vista del juzgado, pero alguien le había proporcionado una corbata más sobria y, sorprendentemente, llevaba el pelo arreglado. Tenía la cara pálida pero un poco más llena, menos adusta de lo que ella recordaba. Pensó que en la cárcel debía de comer mejor que en su casa.

Mientras lo observaba, él cambió de postura, giró la cabeza y la miró. El rubor brotó en la cara de Frances como un mareo, incontenible y agrio.

Y después, de pronto, el inspector había bajado del estrado; Frances descubrió asombrada que había transcurrido la mitad del día y el juicio fue suspendido para la comida. ¡La comida! Parecía algo demasiado banal e imprevisto en lo que pensar, pero cuando el jurado salió y los togados abandonaron la tarima y Spencer desapareció de nuevo por el suelo del banquillo, la sala recuperó su aspecto amplio e inconcreto. Sin saber muy bien qué hacer, siguió a los miembros de la familia Barber al vestíbulo de mármol, a una zona de espera con bancos acolchados; el tío Ted abrió un maletín, sacó un termo y un paquete de papel encerado y en presencia de Frances apareció el té y un impensable surtido de bocadillos de pasta de pescado. Ella no tenía el menor apetito y sin duda el peor insulto que podía hacerles era aprovecharse de su almuerzo, pero al final se rindió a su insistencia y aceptó un bocadillo. Comentaron el desarrollo del juicio con una

voz apagada y sombría. Sulfurado, como de costumbre, Douglas quería saber a qué creía que jugaba el mariquita de Tresillian. Suponía que había hombres dispuestos a defender a cualquiera si les pagaban unos honorarios por hacerlo...

El dolor de cabeza de Frances se había convertido en una punzada sorda y estable. El pequeño triángulo de pan seco y pasta se le había pegado al velo del paladar. Se preguntó qué le darían de comer a Spencer, y si tendría más ánimos que ella para ingerir alimentos. Quería saber dónde estaba Lilian; pensó en ir a buscarla. Pero ¿qué le diría si la encontraba? Ya había transcurrido medio día; toda aquella grandiosidad, todas aquellas lumbreras; y todo seguía estando tan perdido como siempre. Poco después formuló una excusa, se levantó y deambuló por entre la recargada ornamentación del vestíbulo. Pero el paseo la condujo a otra serie de bancos acolchados en los que un gran número de personas de aire descontento también mordisqueaban unos emparedados. Comprendió que aquella gente había salido de otra sala en la que se celebraba otro juicio con su propio juez, su propio jurado y sus propios funcionarios y abogados; y que más allá había otra sala. Y tuvo una visión del edificio, con sus paredes de mármol jaspeado, como una especie de monstruo de piedra que se alimentaba continuamente de delitos, culpas, pesadumbres, que ahora los estaba digiriendo incluso a ellos y que tardaría muy poco en expulsarlos nauseabundamente.

Al volver vio que el padre de Leonard le hacía señas. Era hora de regresar a la sala para la sesión de la tarde. Lo siguió; se instalaron y la digestión prosiguió, implacable. Nuevamente, durante un rato, declararon testigos a los que ya conocía: los chicos que habían oído a Spencer proferir amenazas contra Leonard, la pareja que había estado en la vereda. Después llamaron por su nombre al señor Wismuth y, para desconcierto de Frances, entró cojeando, con el brazo en cabestrillo y la cara magullada. Douglas advirtió su perplejidad y se inclinó para susurrarle algo, con el labio curvado en una mezcla horrible de repugnancia y deleite. ¿No se había enterado? ¡A Charlie le había dado una paliza el marido de la mujer con la que estaba liado! Al hombre iban a encarcelarlo; había comparecido ante el juez la semana anterior... Pensar en este hecho y ver las heridas hundió aún más a Frances. Y, naturalmente, se expusieron ahora todos los detalles deprimentes con respecto a la aventura de Leonard, los paseos con las chicas por Green Park,

los regalos, la disputa en el club nocturno Honey Bee, los encuentros en Tulse Hill, las «huellas especiales»...

–Creo que no hace falta ir más allá, porque hay mujeres presentes – interrumpió el magistrado.

Y el siguiente testigo convocado fue Lilian. Había habido cuchicheos en la galería mientras Charlie declaraba, pero la sala enmudeció cuando la llamaron: al fin y al cabo era uno de los turnos estelares. Tan pronto como la vio, Frances se puso nerviosa al recordar la figura temblorosa que había comparecido en la investigación judicial. Pero Lilian subió serenamente al estrado de testigos y mantuvo alta la cabeza cubierta por el velo y prestó juramento y respondió a las preguntas de los abogados en voz baja pero muy firme... Y esto fue lo peor de todo. Frances apenas era capaz de mirarla, porque sabía que la calma de Lilian procedía parcialmente de la valentía, pero sobre todo de una devastadora indiferencia a lo que pudiera sucederle; sabía que se había enfrentado a tantos horrores desde la noche de la muerte de Leonard que se había quedado despojada, lisa e incolora como un árbol tras un huracán, como un guijarro en un mar encrespado.

La interrogaron sobre el último día de su marido. No, no le había parecido nervioso cuando aquella mañana se marchó al trabajo. No, él nunca había hecho ni dicho nada que pudiera inducirle a pensar que temía por su seguridad. No sabía nada de la amistad de Leonard con la señorita Grey. Nunca había oído hablar de Spencer Ward. Sí, recordaba la noche del primero de julio, cuando habían agredido a su marido.

¿Le importaría describir aquella herida?

Lo habían golpeado en la cara y sangraba por la nariz.

¿Sangró mucho?

Sí, suponía que sí.

¿Hablaron de ir a buscar a un médico?

Fue la única vez en que Lilian vaciló y abatió la mirada. Sí, habían hablado de llamar a un médico, dijo, pero decidieron no hacerlo.

Mientras hablaba no miró en ningún momento en dirección a Frances. Pero cuando bajó del estrado le murmuró algo al ojier un momento y en vez de abandonar la sala, como habían hecho casi todos los demás testigos, la cruzó y fue a sentarse en el banco que ocupaban Frances y los hombres de la familia Barber. Para llegar allí tuvo que pasar por delante del banquillo y Spencer la miró sin entusiasmo, pero fue casi audible la manera en que los

espectadores de la galería estiraron el cuello para tratar de seguirla con la mirada; hasta el imperturbable personal del juzgado, los funcionarios y los policías, la miraron pasar. Ella se sentó al lado del padre de Leonard, que levantó una mano para darle una palmada en el hombro. Frances vio que el contacto le produjo a Lilian un pequeño estremecimiento.

Pero algo nuevo había atraído ya la atención de la sala. Habían convocado a alguien cuyo nombre Frances no había oído. La puerta crujió al abrirse y apareció una esbelta figura femenina. Sólo cuando ocupó el estrado y vio el pelo rizado y teñido de rubio y un par de cejas depiladas reconoció a Billie Grey.

Como se presentó muy poco después de Lilian, lo que más se notó durante los primeros minutos fue el contraste entre las dos mujeres. Daba la sensación de que la chica se había vestido sin pensar en la solemnidad de la ocasión, como si se dirigiera a un té danzante; llevaba un abrigo azul pastel y un sombrero ceñido, de terciopelo rosa, con una pluma de avestruz curvada en un lado; sus guantes de ante de color crema lucían cuentas escarlatas que rivalizaban con la toga del juez. Pestañeó al alzar la vista hacia la galería y pasear la mirada por toda la sala, un tic que Frances atribuyó a la miopía. No pareció advertir la presencia de Lilian, pero vio perfectamente a Spencer; apartó la vista de él como asustada. Tartamudeó un poco al prestar juramento y luego soltó una risita ahogada. Siguió riéndose así mientras declaraba, aunque el señor Ives la guió pacientemente como si estuviese tratando con una niña: «Entonces, ¿eso es *todo* lo que recuerda?» «Piense en ese comentario, por favor.» Pero lo único que quería de ella era confirmar las declaraciones que había hecho a la policía sobre su relación con Leonard, y el incidente en el local nocturno y las cóleras y amenazas de Spencer. Sí, recordaba muy claramente el comentario que él había hecho de que el señor Barber «se merecía una tunda».

Y respecto a la pelea que habían tenido a principios del verano, ¿podría recordar al jurado cómo había terminado aquella riña?

Ella dirigió al banquillo otra mirada aprensiva y dijo que Spencer le había golpeado en la cara y arrancado un diente posterior. Y cuando el chico rezongó o farfulló algo al oírla, ella le habló directamente, y a Frances le sobresaltó constatar que su tono no era temeroso en absoluto, sino de regañina y ligeramente exasperado.

—Pues fue lo que hiciste, Spence.

El juez la reprendió en el acto.

–No debe entablar conversación con el reo.

–Pero fue lo que hizo –repitió ella, esta vez con obstinación.

Y si se debió a la terquedad o a... Frances no supo muy bien a qué se debía. Pero a pesar de que al principio la chica había parecido tan llamativamente diferente de Lilian, cuanto más tiempo pasaba y más aplomo adquiría, tanto más se atenuaba esa impresión. Tenía la misma cara ancha y candorosa. Sus ojos eran oscuros y vivaces y la boca era grande, aunque hubiese intentado empuqueñecerla para amoldarse a la moda. Hasta las cuentas en sus guantes y la pluma del sombrero recordaban a Lilian. Frances pensó que podría haber sido Lilian a los dieciocho años, una Lilian aún inalterada por el matrimonio precipitado, el niño nonato, las desilusiones; Lilian, quizá, como Leonard la había vislumbrado por primera vez a través del escaparate de Walworth Road.

¿Se habría percatado Lilian? Era imposible saberlo. Miraba a la chica de aquella forma exánime y desapasionada con que ahora lo miraba todo. Era Billie la que se estaba poniendo nerviosa, porque el señor Ives había concluido su turno y el señor Tresillian había comenzado su interrogatorio y no era afable y paciente, como su colega había sido; no era como John Arthur; era un hombre sarcástico y bastante brutal. Sentía el mayor respeto, dijo, por el diente que la señorita Grey había perdido, y era imperdonable que un caballero le levantara la mano a una mujer. Pero sin duda algunas de las personas presentes comprenderían la consternación de un joven al descubrir que su prometida mantenía relaciones íntimas con otro hombre. ¿No era verdad que la señorita Grey y el señor Ward iban a casarse?

Billie agrandó sus ojos cándidos. Oh, no. Eso era sólo una idea que a Spencer se le había metido en la cabeza.

¿No era verdad que había aceptado de él un anillo de compromiso?

Pero Spencer siempre le hacía regalos; ella no llevaba la cuenta de todos. Habría preferido que él no malgastase dinero en ella. Habían sido amigos y a ella le gustaba bastante, pero no de la forma en que le había gustado Lenny... Se ruborizó. «Quiero decir, el señor Barber.»

El señor Barber también le hacía regalos, ¿no?

Bueno, le había dado algunas cosillas, «sólo para mostrarle su amor».

Y cuando había aceptado aquellas «cosillas», ¿sabía ella que él estaba casado?

Sí, lo sabía. Él siempre había sido sincero con ella a este respecto. Pero el suyo no era un verdadero matrimonio. No había sentimientos. Seguían casados por guardar las apariencias. Lilian no cambió de expresión al oír esto, pero una vez más los presentes en la sala giraron la cabeza para mirarla. No, Billie nunca se había avergonzado de sí misma. Lenny –el señor Barber– había dicho que la vida era demasiado corta para avergonzarse.

Demasiado corta para avergonzarse, repitió como un eco, rudamente, el señor Tresillian. Bueno, la vida del señor Barber ciertamente había resultado demasiado breve. En cuanto a la vergüenza..., incumbía a los jurados decidir exactamente en quién recaía en aquel caso. Sin embargo, quiso recordarles que se hallaban en un tribunal de justicia; se les podría haber disculpado si en el curso de los últimos minutos habían creído que habían entrado por equivocación en un cine y estaban viendo las bufonadas de los personajes de un supuesto idilio. La señorita Grey había hablado de amor, pero ¿acaso no era cierto que su amistad con el señor Barber había sido de hecho una relación de lo más sórdida imaginable? ¿Una relación de encuentros furtivos en parques y habitaciones alquiladas?

La chica le sostuvo la mirada. No, no había sido así. Eso era convertirla en algo vulgar, pero ella y Lenny... estaban enamorados. Hablaban y hablaban continuamente. Él le había contado toda su vida de cuando era más joven y cosas así. No era culpa de ellos que el mundo estuviera en su contra. Habían sido como Adán y Eva.

Y aquí sonó una risotada entre el público de la galería; y la chica parpadeó de nuevo al levantar la vista hacia las caras y le tembló la boca y rompió a llorar. Alguien abucheó. Frances no supo si el abucheo iba destinado a Billie o a la persona que se había reído de ella, pero la chica lloró más fuerte al oírlo y sus lágrimas –reales, adultas, dolidas– rápidamente transformaron su rostro en una máscara tumefacta de congoja. El ujier le ofreció un vaso de agua del mismo modo neutro y profesional con que hubiera recogido una hoja de papel que cayese al suelo. El señor Tresillian aguardó, nada conmovido ni impresionado. La única persona visiblemente agitada por el disgusto de Billie fue el chico en el banquillo: inclinado hacia delante, intentaba entregar algo urgentemente al funcionario más cercano. Al ver el pequeño cuadrado blanco, Frances pensó al principio que era una nota. Luego vio que era un pañuelo que Spencer se había sacado del bolsillo; quería que lo llevaran al estrado de

los testigos para que la chica se enjugara las lágrimas. El funcionario lo tomó, sin saber qué hacer, pero el juez lo vio y le hizo una señal de que retrocediera.

–No, no. El reo no debe comunicarse con nadie. Señor Tresillian, no veo la utilidad de su exposición. ¿Se propone continuarla?

Mientras la chica seguía llorando, el señor Tresillian dijo:

–Es una cuestión de fiabilidad, señoría. La señorita Grey ha hecho algunas afirmaciones perjudiciales para mi cliente. He intentado establecer ante el jurado el carácter de la testigo.

El juez le respondió con desagrado.

–Sí, bueno, me parece que ya la ha establecido con toda claridad. Si no hay más preguntas de usted o del señor Ives, creo que podría pedirle a esa desdichada joven que abandone el estrado.

Los dos hombres se consultaron un momento y finalmente le indicaron a Billie que se retirase. El ujier tuvo que sostenerla del brazo para ayudarla a salir de la sala; sollozaba más que nunca.

En su asiento, al lado de Frances, Douglas curvó de nuevo el labio al verla salir.

–Vete, lárgate, pequeña furcia –masculló.

Poco después el juicio fue pospuesto hasta el día siguiente. Frances y Lilian volvieron a Walworth en silencio.

La segunda mañana fue más llevadera únicamente en el sentido de que ya sabían qué podían esperar de ella. De nuevo Frances se presentó en casa de la señora Viney como un pretendiente infortunado; de nuevo Lilian la recibió con su velo y su abrigo reluciente como un escarabajo. Incluso las llevó el mismo taxi que lo había hecho el día anterior. Que Frances supiera, la multitud congregada delante del Old Bailey también podría haber sido la misma que la víspera. Pero, por alguna razón, esta vez encontraron menos resistencia para atravesarla, entraron en el edificio sin suscitar ninguna reacción y hallaron «su» banco en la sala: Frances se sintió casi como una veterana. Cuando volvieron a la tarima los hombres togados y Spencer apareció en el banquillo como por arte de magia, se hubiese dicho que no se había producido ninguna pausa en la sesión. La única diferencia era el clima, húmedo y muy gris: la lluvia que tamborileaba sobre el techo vidriado atenuaba la luz cruda de la sala pero dificultaba cada vez más la audición.

¿Pero valía la pena siquiera aguzar el oído? Se sucedieron las pruebas acusatorias. Por ejemplo, llamaron a un empleado de la compañía Pearl para

que confirmase que Leonard había suscrito en julio su seguro de vida. ¿Y no era un hecho curioso?, se preguntó el señor Ives. ¿En un hombre en la flor de la vida, que quizá abrigaba el proyecto de formar una familia y de quien habría cabido esperar, no que aumentase sus primas, sino que ahorrara dinero? ¿Al empleado se le ocurría algún otro motivo para que el señor Barber hubiera obrado así, aparte de velar por la mujer a la que había sido infiel y su futuro de viuda? ¿Aparte, en otras palabras, de que hubiese temido real y seriamente por su vida?

Frances recordó que era la pregunta que la propia Lilian se había hecho: vio a los jurados cuchicheando entre ellos; vio al tendero sagaz que tomaba notas, como si sumara una cuenta. ¡Si al menos se les pudiera hacer entender la complejidad de aquel asunto! Pero allí a nadie le interesaba la complejidad de nada. Y aunque el señor Tresillian se levantó para protestar ante el juez por la pregunta del señor Ives –dijo que no se habían reunido para escuchar las conjeturas de los testigos–, la discusión que siguió fue como un sofisticado pasatiempo entre los tres hombres instruidos que tenía poco que ver con el chico que los miraba inexpresivo desde el banquillo de los acusados.

Cuando se inició el turno de la defensa y Spencer fue llamado a declarar y Frances lo vio cruzar la sala y subir al estrado y contestar a trompicones a las primeras y sencillas preguntas que le hizo el señor Tresillian, en las cuales ya le señalaba la respuesta, ella ya había empezado a asustarse otra vez. Durante todo aquel tiempo se había imaginado que no conservaba ninguna esperanza, pero comprendió que sí la tenía: la había depositado enteramente en aquel momento en que por fin, al cabo de tantas semanas, el chico tendría la oportunidad de expresarse y aclarar todos los puntos confusos. Pero ¿cómo iba a hacerlo? ¿Quién podría haberlo hecho en aquel lugar tan aplastante y artificioso, con tantos ojos ávidos encima y donde todos los presentes, excepto ella y Lilian, estaban convencidos de su culpabilidad? Spencer reiteró la declaración que había hecho al comienzo, que la noche de la muerte de Leonard había vuelto a su casa del trabajo con dolor de cabeza y había pasado la velada con su madre. Su versión sonó rebuscada; no podía ser de otra manera. Debía de haberla contado mil veces. No se acordaba de haber dicho que el señor Barber se merecía un vapuleo, pero suponía que lo habría dicho si Billie así lo declaraba. Pero existía una diferencia entre el dicho y el hecho, ¿no? Era como andar con aquella porra en el bolsillo. Una cosa era

llevar un arma encima y otra utilizarla. Si había sangre en la porra era de ratas y cucarachas. No la había usado contra Leonard Barber. Sí, le había propinado un manotazo en la cara aquella vez en verano, pero sólo había sido para amedrentarle y que no siguiera tonteando con Billie.

–Creo que usted disfruta bastante dando manotazos a la gente, ¿no es así, señor Ward? –dijo el señor Ives cuando se levantó para su turno–. ¿Disfrutó cuando en junio le partió un diente a la señorita Grey?

El chico dejó caer sus estrechos hombros.

–¡Por Dios, sólo le di un golpecito para que entrara en razón! La mitad de los dientes que tiene se le han caído solos. Dijo que al fin y al cabo le había hecho un favor. Estaba ahorrando para una dentadura postiza. Eso no se lo dijo a usted, ¿verdad?

–¿Disfrutó siguiendo a Leonard Barber el quince de septiembre?

–¿Cómo iba a disfrutarlo? Ya se lo he dicho, ¡ni me acerqué a él!

–¿Disfrutó persiguiéndole hasta aquella vereda oscura para derribarle por detrás con la porra?

El chico apeló al juez, al señor Tresillian, a los funcionarios, a cualquiera que lo escuchase.

–Todo esto es una locura. Yo no lo hice. ¡No lo hice! Ahora mismo hay algún tipo por ahí suelto que se está desternillando de risa con toda esta historia...

El interrogatorio continuó mientras Frances y Lilian lo seguían desde el banco. Era como presenciar una tortura, pensó Frances, sabiendo que podían detenerla con una sola palabra; sintiendo que la palabra quería salir de sus labios, que se le subía a la garganta pero que se la tragaba una y otra vez para rechazarla. Ya que, por descontado, si decían la palabra lisa y llanamente tendrían que ocupar el lugar del chico... Cuando terminaron de acosarle, ellas estaban sin fuerzas y sudando. El juicio se interrumpió para el almuerzo y dejaron que los Barber se fueran por su cuenta. «¡Dios! ¡Dios!», dijo Lilian en voz baja. Tenía la cara pálida como el papel detrás de la malla del velo.

Más tarde se reanudó la sesión. El tío ferroviario del chico dio una referencia de su carácter débil. Un hombre que dirigía un club de boxeo en Bermondsey dijo que Spencer se había mostrado «dispuesto a aprender» y «a coger rápidamente el tranquilo del ring»; al oír esto hubo más risotadas en la galería. Y después llamaron a su madre, la señora Ward. Subió muy despacio al estrado para responder a las preguntas de los letrados con una voz tan

desmayada e insegura que parecía envuelta en telarañas, como la de un espectro; para oírla, el juez tuvo que inclinarse tanto que casi se salió de su silla. La señora confirmó que la porra exhibida pertenecía a su hijo. Con ella había matado cantidades de bichos. Pero en cuanto a llevarla consigo por la calle..., bueno, era como si hubiese llevado una pistola de juguete. O sea, para divertirse.

Para divertirse, dijo el señor Ives. ¿Y la noche del crimen? ¿También había salido a divertirse?

Oh, no. Era verdad todo lo que él había dicho a la policía. Aquel día había vuelto a casa del trabajo con dolor de cabeza; había pasado la velada con ella. No, no habían recibido visitas, pero..., bueno, le había visto allí con sus propios ojos.

¿Sufría a menudo dolores de cabeza?

Oh, sí, con bastante frecuencia. Los sufría desde que era pequeño.

¿Podría indicar a la sala un médico que lo certificase?

Ella se quedó desconcertada.

–Bueno, nunca le ha visto un médico, señor.

–Nunca. Es una lástima. ¿Y cómo pasó el tiempo, exactamente?

–Estuvo en la cama, señor.

–¿En su dormitorio?

–Tiene la cama en la sala, señor.

–Ya. ¿Y qué estaba haciendo?

–Estaba leyendo su *British Boy*, señor.

Aquí el señor Ives hizo una pausa y el juez se inclinó aún más en su silla, ahuecando la mano sobre el oído.

–¿Qué dice la testigo?

–La testigo nos ha dicho, señoría, que la noche en cuestión su hijo estaba leyendo un número del *British Boy*. Creo que es una...

–Sí, ya sé lo que es. Mi nieto la lee. Señora Ward... –Contrayendo la cara en una mueca, el juez se dirigió directamente a la mujer—. ¿Está usted pidiendo al tribunal que crea que su hijo, un joven de diecinueve años, acostumbrado a frecuentar clubs nocturnos y salones de baile, pasó la noche del viernes con usted en su casa, leyendo una revista ilustrada juvenil?

Ella lo miró con recelo, intuyendo claramente que había una trampa en la pregunta; pero también incapaz, pensó Frances, de descubrir cuál era.

–Sí, señor –dijo.

El juez se recostó sin hacer comentarios. En el banquillo, Spencer abatió la cabeza. Los jurados cuchichearon otra vez y Frances se tapó los ojos.

Y cuando los destapó y vio al testigo siguiente, y comprendió que era otro vecino de Bermondsey, que había ido quizá para facilitar otra desfavorable referencia de conducta, la inutilidad de todo aquello estuvo a punto de aplastarla. El hombre tenía rasgos amarillentos de desnutrición y lamparones en el traje, que no era de su medida. Parecía la clase de ex soldado que mendigaba en las calles, como si estuviera dispuesto a jurar cualquier cosa por el dinero de una comida. Y, sí, las primeras preguntas del señor Tresillian fueron para determinar su hoja de servicios, las campañas en las que había combatido y las heridas que había sufrido. Dijo que lo habían desmovilizado en febrero de 1919, y desde entonces había tenido diversos domicilios. Pero desde marzo de aquel año vivía en el mismo edificio que el acusado y su madre. Tenía allí una habitación que alquilaba a otra familia.

—Bien —dijo el señor Tresillian, expeditivo—, para despachar antes de nada un detalle desagradable: ¿ha visto usted alguna vez ratas y cucarachas en el edificio?

El testigo asintió.

—Vaya que sí he visto. Está plagado de ellas. Las ratas suben por las cañerías. Las cucarachas salen por la noche de detrás del papel de las paredes.

—Y, según su experiencia, ¿cuál es la mejor forma de eliminarlas?

—Si las atrapas les das un porrazo; con el tacón del zapato, digamos. O con un libro gordo, si tienes alguno. —Tras una levísima pausa, añadió—: Un libro como la Biblia sirve.

La premeditación con que dijo esto hizo que Frances le prestara una mayor atención. No parecía un mendigo callejero, en definitiva. Era demasiado combativo para eso o quizá lo habían maltratado mucho; daba la impresión de que ya no le importaba si conseguía una moneda o no. El señor Tresillian le preguntó en qué trabajaba. Él dijo que había tenido una serie de empleos desde que el ejército «prescindió de sus servicios»; había trabajado en una fábrica de escobas, había vendido cordones de botas a domicilio. Hasta hacía muy poco —esto, inexplicablemente, lo dijo con un tono casi de amargura— había sido viajante para una empresa de bombillas.

—¿Un buen trabajo? —sugirió el señor Tresillian—. ¿Un empleo que le interesaba mucho conservar? Y una ocupación que, naturalmente, lo obligaba a ausentarse de su casa de vez en cuando, pero no hasta el extremo de

convertirse en extraño para sus vecinos ni de que ellos fueran para usted desconocidos... Con lo cual hemos llegado al meollo del asunto. Tengo entendido que su habitación se encuentra enfrente, separada por un pequeño patio, de la vivienda en la que el señor Ward reside con su madre. ¿Está usted habituado a verlos a través de la ventana, yendo de un lado para otro?

Frances se puso rígida. El hombre estaba asintiendo.

—Sí, les veo más de lo que yo quisiera; sobre todo al chico. El verano pasado debía de parecerle un pasatiempo estupendo lanzarme cosas: piedras, guisantes secos y lo que fuera.

El señor Tresillian se apresuró a preguntar:

—En todo caso, ¿lo conoce usted bien?

—Sí.

—¿Y recuerda la noche del quince de septiembre? ¿Dónde estaba usted?

—Estaba en mi casa.

—¿Con las cortinas de la ventana abiertas o cerradas?

—No del todo cerradas.

—¿Por qué? ¿En una noche fresca de otoño?

—Desde la guerra siento que me falta aire. Prefiero tener frío que asfixiarme. Dejo la ventana y las cortinas entreabiertas durante todo el año.

—¿Y aquella noche miró por la ventana?

—Sí, según pasaba por delante.

—¿Se asomó a la ventana, como diversión, podríamos decir, mientras estiraba las piernas? ¿Y qué vio?

El hombre impulsó la cabeza, con una sacudida, hacia el banquillo.

—Vi a ese chico de ahí, tumbado en la cama con su revista.

El corazón de Frances se contrajo tanto que era como si lo hubiesen tocado con la punta de un cuchillo. Lilian, a su lado, contuvo la respiración. Hubo murmullos por toda la sala. El señor Tresillian aguardó a que amainaran.

—¿Está totalmente seguro de que vio al señor Ward?

—Bueno, yo no le llamaría señor, pero... sí, era él.

—¿No pudo haber una confusión? ¿No había otra cortina en medio?

—No, no hubo confusión. Su madre sólo tiene puesto un retal de encaje en la ventana; se ve perfectamente el interior cuando las lámparas están encendidas. Él estaba allí tumbado, dándole órdenes como suele hacer. Ella le estuvo llevando tazas de té y demás durante toda la noche. Y a las once menos cuarto, cuando ella fue a acostarse, él seguía allí; y la llamó media

hora más tarde para que se levantara y fuera a buscarle un vaso de agua. Aquella vez oí su voz claramente a través del patio.

Ahora era como si la hoja del cuchillo se estuviera clavando en el corazón de Frances. Hubo más murmullos en los bancos de enfrente y entre los espectadores de la galería. Ignoraba, sin embargo, si los murmullos los causaba el escepticismo o la impresión. Miró al señor Ives, al acusado en el banquillo, al jurado, al juez. Este último estaba encorvado tomando notas, con un semblante impasible.

Al igual que antes, el señor Tresillian hizo una pausa esperando que volviera la calma; y también, pensó ella, para elegir cuidadosamente sus palabras. Cuando volvió a abordar al testigo, su tono se había vuelto delicado.

—Ahora voy a hacerle una pregunta —dijo—, porque sé que si no se la hago yo se la formulará muy correctamente mi docto colega, el señor Ives. Ese chico de ahí ha estado en la cárcel muchas semanas. Me figuro que usted lee los periódicos. Me figuro que habla con sus vecinos. Me figuro que habrá habido policías haciendo preguntas por todo el edificio. Ciertamente usted ha sido consciente del peso que su testimonio tendría sobre este caso. ¿Por qué ha tardado tanto en presentarse?

Y por primera vez el hombre pareció incómodo. Se infiltró en su mirada un destello tortuoso.

—Sí, yo sabía todo esto —dijo—. Estaba dudando de si ir a la policía por motivos personales.

—¿Y cuáles eran esos motivos? Ahora recuerde que es el señor Ward quien está siendo juzgado aquí, no usted. Recuerde también, se lo ruego, que en este juicio está en juego su vida.

El hombre cambió de postura, desplazó su peso de un pie al otro; y finalmente respondió a regañadientes.

—Temía por mi puesto de trabajo. Mis patronos pensaban que yo estaba en Leeds la noche del quince. No me convenía tener que darles explicaciones.

—¿Mintió sobre sus movimientos?

—Reclamé unos gastos que no me debían... Es deshonesto reconocerlo aquí.

—Lo es, en efecto —dijo el señor Tresillian—. Por otra parte, no hay un solo hombre en esta sala, excluyendo, por supuesto, a su señoría en la tribuna, que no haya cedido a un impulso deshonesto en un momento u otro. ¿Cuándo se presentó a la policía para declarar?

—La semana pasada, cuando oí hablar de lo mal que iban las cosas para el

chico. He pasado un mes mirando por la ventana, viendo a su pobre madre... Mi conciencia no me dejaba vivir...

–Y me imagino que la policía habló con sus patronos, ¿no es así?

–Así es.

–¿Con qué resultado?

–Me pusieron de patitas en la calle.

–Ha perdido el empleo, ha empañado su reputación. De hecho, exactamente lo que usted había previsto. Y, a pesar de todo, ¿siguió pensando que era su deber presentarse?

El tono del hombre volvió a tornarse amargo.

–Sí. No me gusta el chico. No le gusta a nadie en el edificio. No puedo hablar de otros actos que haya cometido o no. Por lo que yo sé, quizá merecería que lo colgaran diez veces. Pero respecto al asesinato de ese señor Barber no merece que lo ahorquen porque estuvo en su casa con su madre durante toda la noche y nada podría obligarme a decir que no estuvo, aunque me colgaran a mí...

Mismo, supo Frances que iba a concluir. Pero por el rabillo del ojo había visto que Douglas se levantaba, se inclinaba hacia delante y le gritaba, enfurecido: «¡Mentiroso!»

Hubo exclamaciones, protestas. Su padre y su tío intentaron contenerlo; él se zafó de sus manos y gritó otra vez, con la voz más ronca:

–¡Mentiroso! –Se dirigió al jurado–: ¡Han amañado esto! ¡Le han pagado! ¿No lo ven?

El juez le instó severamente a que se callara. Unas caras asomaron por la barandilla de la galería, de la que colgaba una bufanda de lana. Spencer las miraba con la boca abierta, enseñando sus dientes lamentables. Un policía cruzó el centro de la sala y al verlo acercarse Douglas lanzó un bufido de indignación pero se calmó y, dando un coletazo con los faldones de su gabán, volvió a sentarse. Y cuando por fin se restableció el silencio, Frances comprendió que la fuerza del testimonio del hombre se había disipado. El señor Ives se levantó para interrogarlo, y el testigo volvió a mostrarse belicoso y recobró su apariencia desastrada y deshonesto; ella comprendió que su pequeño arranque de nobleza ya había pasado. Pero tenían que creerlo, ¿no? Había sido valiente. Había sido valiente allí donde ella y Lilian habían sido cobardes. ¡Tenían que creerle! Recorrió las caras con la mirada, buscando desesperada algún cambio en la expresión de la gente. Pero vio

caras cerradas. El mecanismo del juicio había balbuceado y se había atascado durante un momento, pero ya giraba otra vez con fluidez.

No pudo escuchar a los pocos testigos que quedaban. A la hora de abandonar la sala descubrió que estaba temblando. La cara de Lilian estaba más pálida que nunca. La mezcla de sentimientos era demasiado, esa nueva posibilidad, tan insignificante, resultaba casi inoportuna; habría sido más fácil conservar la desesperanza. Bajaron a la calle y llamaron a un taxi, pero ella no quería estar quieta, ni siquiera para el breve trayecto hasta Walworth. No quería tener que hablar, por si lo único que le salía fuesen lágrimas. Acompañó a Lilian hasta el taxi, sacudió la cabeza y retrocedió. Cerró la portezuela y si Lilian la llamó para decirle que esperase no la oyó. Empezó a caminar. La lluvia se había transformado en una fina llovizna y las aceras estaban resbaladizas. De inmediato el agua sucia empezó a calarle las botas. Pero mientras recorría el largo trayecto hacia la casa de Champion Hill sintió lo que había intentado sentir sin éxito el día anterior: miró la ciudad y desfalleció de amor por ella, embargada por el ferviente anhelo de seguir formando parte de ella, de seguir viva y joven y libre de trabas y pletórica de sensaciones. Los músculos cansados empezaron a dolerle, pero incluso el dolor le era querido, incluso las ampollas en los talones. Pensó que sería una criatura llena de dolores y de ampollas durante el resto de sus días; no pediría nada, no causaría molestias a nadie con tal de que le dejaran conservar su libertad, con tal de que le dejaran conservar la vida.

Cuando llegó a casa el burbujeo de sus sentimientos había empezado a apaciguarse. Su madre dio un grito al verla, se precipitó a despojarla de la ropa mojada. Frances se calentó delante del fogón de la cocina, se lavó la suciedad de los pies, metió papeles de periódico en las botas, puso a secar el abrigo y el sombrero. Pero cuando subió a su dormitorio persistía el hechizo del paseo. Encendió una lámpara, se puso ropa limpia y luego se paró a mirar alrededor, con ojos apasionados, la habitación sencilla y ordenada. ¿Quién amaría aquellas cosas cuando ella desapareciese? ¿Qué significarían para otra persona? Las velas, las fotografías de sus hermanos, los grabados en las paredes, los libros...

Atrajo su atención *Anna Karénina*. Sacó el libro de la estantería y lo abrió por la página en que había dejado el marcador: la escena en la estación de Moscú, Anna apeándose del tren.

Cogió la lámpara, atravesó el rellano y entró en la salita.

Pensó que había entrado allí para encontrar la presencia de Lilian. Pero esta vez todos los objetos que veía pertenecían a Leonard, su escribanía de cuero en la estantería, la caja maltrecha de Serpientes y Escaleras, la raqueta de tenis, todavía con su bastidor, lista para el próximo torneo. ¿Habían existido de verdad esos partidos de tenis? ¿O había pasado los días con Billie? ¿La había amado, como había amado a Lilian?

Carromatos de gitanos. Adán y Eva.

¡Oh, Leonard, en qué chapuza convertimos las cosas! Recordó la forma intencional y alarmante en que él la agarró aquella noche. Recordó la cólera y el sentimiento de traición en su semblante. Pero él no podía haber previsto todo aquello; no podía haberlo querido... ¡Si pudiera hablar con él! De repente parecía absurdo no poder hacerlo. Ella había arrastrado su cuerpo escaleras abajo, lo había visto tendido sobre una losa en el depósito de cadáveres, había visto cómo descendían su ataúd a la fosa; pero de algún modo hasta aquel momento no había asimilado el hecho simple, asombroso, de que él había estado allí en un tiempo y ya no estaba. Sus silbidos, sus jactancias, sus bostezos tiroleses, sus insinuaciones: todo eso había desaparecido. ¿Dónde demonios se había metido? Dio unos pasos, levantando la lámpara, casi como si lo estuviera buscando y la luz revelase dónde estaba. Podría haberse esfumado por obra de un brujo: tan desconcertante y sin sentido era su ausencia.

Oyó un crujido en el rellano y al volverse vio que su madre había subido la escalera. Atisbaba precavidamente desde la puerta abierta.

—¿Va todo bien, Frances? Me preguntaba qué estabas haciendo.

Ella respondió, tras un titubeo.

—Estaba pensando en Leonard.

La madre debió de haber captado el temblor de emoción en su voz. Se adentró un poco más en la habitación.

—Yo también pienso en él. Pienso en él a menudo. No estaba bien, no era correcto el modo en que se comportó con su mujer; pero es inevitable echarlo de menos. Todavía tengo pesadillas cuando me lo imagino tendido solo ahí fuera, ¿tú no?

—Sí —dijo Frances sinceramente.

—Y todas sus cosas siguen aquí. —Suspiró y chasqueó la lengua con reprobación—. Ay, ay. —Las palabras y el gesto eran suaves, pero escondían una infinita carga de aflicción—. Qué mala suerte ha traído esta casa a los

hombres, ¿verdad? O a las mujeres, supongo que debería decir. Sé que tus hermanos ya están en paz.

–¿Lo sabes realmente? –dijo Frances.

–No tengo la menor duda. Ellos y tu querido padre. Y también el señor Barber, aunque es difícil imaginarlo reposando, con lo vital que era. Mira, ahí están sus zapatillas de tenis, con los talones desgastados. Recuerdo que después de la muerte de tu padre encontré su pipa con tabaco dentro: tabaco fresco, esperando la cerilla. Fue casi tan angustiioso como verlo en su ataúd. Para la señora Barber será un momento difícil cuando venga a recoger sus cosas. ¿Te ha hablado al respecto? Podrá pensar con más claridad, desde luego, cuando deje atrás ese horrible juicio. ¿Pero te ha dado a conocer algo de sus planes? Supongo que se quedará en casa de su madre.

–No... no lo sé seguro. Sí, supongo que sí.

–Bueno, dile sin falta que se tome todo el tiempo que necesite. Y después, cuando se haya ido... –Hizo una pausa–. Bueno, tendremos que empezar desde cero, buscar nuevos inquilinos para estas habitaciones, ¿no?

La idea era terrible, pero Frances asintió.

–¿Qué otra cosa podemos hacer, si queremos quedarnos? Por otra parte, la casa... No sé. Se están estropeando tantas cosas.

–Sí.

–Pensé que podría mantenerla en buen estado, pero...

–Bueno, no pensemos en eso ahora. Lo resolveremos entre las dos. No es más que un montón de ladrillos y mortero. El corazón se le paró hace años, Frances... Otra vez pareces cansada. ¡Este horroroso asunto del juicio! Me gustaría que te mantuvieras al margen. ¿De verdad piensas que terminará mañana?

Frances bajó la mirada.

–Sí, mañana terminará.

–Aunque no para ese chico y su familia, me imagino. ¡En qué pesadilla nos hemos visto atrapados todos! Si me lo hubieras dicho en verano... No, nunca te habría creído. ¡Ah, qué peso vamos a quitarnos de encima cuando esta historia acabe definitivamente!

Apartó la mirada mientras lo decía, y se frotó los brazos para combatir el frío. Frances se fijó en sus hombros caídos, en el ademán avejentado con que extendió la mano hacia la puerta cuando se encaminaba hacia el rellano.

Sintió que se le reseca la boca.

–Madre...

La madre se volvió hacia ella, arqueando sus cejas oscuras.

–¿Sí?

–Si alguna vez me sucediera algo...

–¿Sucederte? ¿Qué quieres decir? ¡Oh, nos hemos vuelto morbosas! Venga, vamos abajo, lejos de esta oscuridad.

–No, espera. Si sucediera algo... Sé que no siempre he sido buena contigo. Sé que no lo fui con padre. Siempre he procurado hacer lo que consideraba justo. Pero a veces...

Las manos enlazadas de la madre sonaron como si fueran de papel.

–No debes angustiarte, Frances. Recuerda lo que te dijo el doctor Lawrence.

–Es que... Tú nunca me despreciarías, ¿verdad, madre?

–¡Despreciarte! ¡Cielo santo! ¿Por qué iba a despreciarte?

–Hay veces en que las cosas se complican. Se complican tanto, madre, que son como una especie de arenas movedizas. Das un paso y no puedes liberarte y...

No pudo continuar. La madre aguardaba, preocupada; pero también cansada. Finalmente suspiró.

–Siempre lo has convertido todo en una lucha, Frances. Y lo que yo siempre he querido para ti eran cosas muy sencillas: un marido, un hogar, una familia propia. Cosas normales, tan normales. No debes preocuparte por la casa. Se ha vuelto una carga muy grande. No es una vivienda para acoger huéspedes, después de todo. La señora Barber llegó aquí siendo una mujer infeliz y me temo que se aprovechó de tu... de tu bondad. ¡Pero despreciarte! Nunca podría hacerlo, como tampoco podría despreciar mi propia mano. Ahora baja conmigo, ¿quieres? Volvamos a donde hace calor.

Frances vaciló, todavía debatiéndose; aunque ya no sabía si pugnaba por hablar o por guardar silencio. Pero al final asintió y avanzó y siguió a su madre fuera de la habitación. Quería que la consolasen, nada más. Lo ansiaba. No tenía importancia, se dijo a sí misma, cuando empezaron a bajar la escalera, en realidad no importaba que las dos hubieran estado hablando de cosas distintas.

De pronto había llegado el día definitivo y ella y Lilian subieron al mismo taxi, volvieron al Old Bailey, se sentaron en su banco, y a Frances le costaba recordar que en otro tiempo habían tenido una vida aparte de aquella sala del

tribunal. Parecía haber transcurrido una auténtica eternidad desde que, tres días antes, había cruzado aquel suelo, sola e insegura; una eternidad desde que había mirado a los funcionarios y a los abogados y sólo había visto una bandada de cuervos. Ahora los conocía como individuos, casi como amigos: el hombre que respiraba con un silbido, el hombre al que le gustaba chasquear los nudillos, el que chupaba pastillas blancas de menta que a veces aparecían por sorpresa entre sus labios secos y finos. La sala estaba mucho más llena que al principio. El juicio había atraído espectadores a medida que pasaban los días, y los testigos se habían quedado o habían vuelto para que los acomodaran donde había un hueco, de tal modo que si ella miraba por encima de las cabezas y los hombros que tenía delante, veía a la madre y al tío de Spencer codo con codo con el forense de la policía, mientras que el inspector Kemp y el sargento Heath estaban apretujados al lado del jefe de Leonard en la compañía Pearl. Qué extraordinario era darse cuenta de que todo aquel jaleo lo había desatado aquel pequeño enfrentamiento en el antiguo dormitorio de su madre en Champion Hill. Qué asombroso era que a todas aquellas personas las hubiese reunido en aquel lugar brillante el simple e íntimo encuentro que se había producido entre Lilian, Leonard y ella.

Consumieron la mañana los alegatos finales de los abogados. El del señor Ives fue el primero y una vez más dejó constancia de cada detalle incriminador, de las amenazas, las bravatas, el arma, la sangre. Dijo a los jurados que la consternación del acusado por la conducta de su prometida era irrelevante. La forma en que la trataba revelaba que era un verdadero degenerado. En cuanto a su coartada, bueno... Aquí su tono se volvió mordaz. La devoción de la señora Ward por su hijo eran tan absoluta que prácticamente se podía afirmar que era ciega. Su vecino aseguraba que había visto al chico en su casa la noche del crimen, pero había reconocido que era deshonesto en otras cuestiones, y correspondía a los jurados decidir hasta dónde llegaba aquella falta de probidad. Quizá lo mejor que cabía decir de un hombre así era que aceptaría cualquier clase de trabajo por una paga...

Habló durante una hora y tres cuartos. Cuando el señor Tresillian se levantó para iniciar su largo discurso de defensa, el aire de la sala empezaba a enrarecerse; tuvo que elevar la voz por encima de las toses y el ruido de los pies que se arrastraban. Dijo que tenía el mayor respeto por su docto colega, el señor Ives, pero la fiscalía, en aquel caso, había incumplido su primer deber: el de establecer, sin una pizca de duda, la culpabilidad del acusado,

Spencer Ward. A fin de cuentas, ¿qué pruebas había contra el chico? La moralidad de la señorita Grey, como testigo clave, avergonzaría a una dependienta de comercio. Los pelos y la sangre carecían de valor probatorio. Todo lo demás eran circunstancias y suposiciones. Sólo había dos puntos sobre los que el jurado podía tener certeza: uno era que Leonard Arthur Barber había muerto a causa de un golpe en la cabeza; el otro era que la persona o personas que habían asestado el golpe no habían sido capturadas hasta la fecha. El propio acusado había elucubrado que «se estarían desternillando de risa». El señor Tresillian desconocía este extremo, pero sin duda estarían considerando este juicio sin saber realmente a qué atenerse...

Cuando ya había pasado la hora del almuerzo y le tocaba al juez el turno de palabra y Frances comprendió que se proponía repasar el crimen en todos sus crudos pormenores, la investigación policial, cada evidencia, por mínima que fuera, presentada ante el tribunal, un gran cansancio se había apoderado de ella, no sólo la fatiga acumulada de los días anteriores, sino algo más vasto, algo como una pesada capa extendida de repente encima de sus hombros. Hizo lo posible por escuchar, pero la voz del juez era nasal y senil y conservaba su acento quisquilloso, y a Frances le sorprendió lo fácil que era pensar en otras cosas. El juez recordó al jurado que el acusado, según había confesado él mismo, era un joven violento que nunca había intentado ocultar el rencor que le guardaba a la víctima... En este momento Frances se encontró mirando a un hombre sentado en el banco de delante: mantenía la cabeza en una posición en la que ella veía directamente el interior de su oreja, veía los pelos en el pequeño túnel y las migajas de cera adheridas a ellos. Parpadeó y concentró de nuevo su atención en el juez. Ahora estaba hablando de los restos de sangre hallados en la porra. Dijo que el señor Palmer, médico forense con muchos años de práctica, había expresado su opinión de que la sangre era humana. Otro facultativo de menor experiencia, pero de todos modos un hombre al que los miembros del jurado podían sentirse inclinados a dar crédito, había declarado, por el contrario, que...

Pero Frances ya había empezado a pasear la mirada por la sala y la gente congregada en ella. Un policía de uniforme tenía los ojos en blanco de puro aburrimiento: se toqueteaba la barbilla, buscando preocupado un grano o un corte producido al afeitarse. El señor Ives y el señor Tresillian estaban tomando notas. El inspector Kemp y el sargento Heath murmuraban juntos, y el primero se limpiaba las gafas mientras hablaba: sin las esferas de cristal

sus ojos parecían desnudos como moluscos sin concha. La cara de Spencer estaba algo hinchada. Quizá había pasado la noche en vela.

Pensó en aquellos pequeños patíbulos de tiza: la figura del palo estaba casi completa. Oyó el tictac del reloj de la sala, avanzando indiferente hacia el futuro. Si al menos Lilian se volviera a mirarla –si al menos la mirase una sola vez como hacía antaño– sería una pizca, sólo una pizca más soportable.

Pero Lilian, rígida en su banco, con aquel abrigo de color escarabajo y aquel horrible velo, no miraba a ninguna parte.

Y poco después la voz nasal hizo una pausa y cambió de nota.

–Miembros del jurado –estaba diciendo–, les han expuesto las pruebas. Voy a pedirles que se retiren y comiencen sus deliberaciones. ¿Tienen alguna pregunta o petición que hacer?

El corazón de Frances dio un vuelco. ¡Ya habían llegado a este punto! Todos los ojos enfocaron al jurado, pero al parecer tenían todo lo que necesitaban. Ella los vio levantarse y retirarse sin mirar al chico, sin mirar ni una sola vez a su madre ni a su tío.

Y ya no quedaba nada más que esperar y el único sitio que había para hacerlo era la propia sala o el vestíbulo catedralicio de fuera. Llevaban horas sentados y el aire estaba más cargado que nunca. Los Barber salieron al instante y, al cabo de unos minutos de indecisión, ella y Lilian los siguieron y miraron pestañeando el derroche de mármol y frescos. Frances se preguntó cómo era posible que no se hubieran ocupado de que aquel lugar fuera más relajante. ¿Por qué no le habían puesto paredes lisas y blancas como en un monasterio? Los remolinos de color le revolvían el estómago. El suelo duro y encerado le hacía pensar en una caída inesperada. El padre de Leonard, el tío Ted y Douglas se habían adjudicado uno de los bancos acolchados. Quedó libre un banco cercano; ella y Lilian lo ocuparon en silencio. Enseguida aparecieron la madre y el tío de Spencer y se instalaron unos metros más allá, evitando los ojos de los Barber. Douglas los miró, pero se dirigió a su padre con un tono sarcástico y agudo.

–¿Va todo bien, papá? No estaremos aquí mucho tiempo. El jurado no tiene nada que debatir, ¿verdad?

Su confianza, sin embargo, resultó infundada. Treinta minutos pasaron a ser cuarenta, después cincuenta, después una hora. Lilian permanecía encerrada en su propio universo. Dio la impresión de que el acolchado del

banco perdía elasticidad. Voces y pasos se alzaban y se aquietaban. Un soplo de calor pugnaba ineptamente por salir de una rejilla metálica. Frances advirtió que si cerraba los ojos tenía la sensación de encontrarse en algún inhóspito pero ineludible lugar municipal: una estación de autobús, por ejemplo.

Pero ya estaba acostumbrada a aquello, a aquella clase de espera, que era laxa como una goma gastada pero que poseía la tirantez del alambre. Pensó en todos los vestíbulos, pasillos y antesalas en los que ella y Lilian habían tenido que sentarse a esperar desde la muerte de Leonard, en todos los espacios de instituciones no totalmente públicas ni enteramente privadas. Eran como lugares fuera del tiempo, fuera de la vida: una especie de limbo. ¿Era donde estaba Leonard, al fin y al cabo? Intentó imaginar al personal que lo regentaba. Ángeles sin alas, quizá. Y cada uno con la misma expresión que había visto en la cara de los policías, bedeles, enfermeras, celadores, empleados y funcionarios que les habían guiado a lo largo de la pesadilla de los dos últimos meses, la expresión servicial pero impersonal de hombres y mujeres que todos los días laborables presenciaban catástrofes ajenas y las olvidaban a la hora de tomar el té y estirar las piernas.

¡Oh, lo que daría ahora por una taza de té! Pero, por descontado, no se atrevieron a alejarse mucho por temor a que anunciaran la sentencia. El tío de Spencer iba y venía de un extremo a otro del vestíbulo como un hombre en el andén de una estación. «Crispa los nervios, ¿eh?», anunció tristemente al volver. Los Barber, irritados, no le hicieron ningún caso, pero Frances lo miró a los ojos y asintió, aunque sin una sonrisa. ¿Cómo iba a sonreírle? De hecho, ¿cuándo era la última vez que había sonreído? ¿La última en que se había reído? No lo recordaba. La asaltó súbitamente una idea atroz. ¿Y si nunca volvía a reírse? ¿Y si nunca volvía a cantar o a bailar o a besar o a hacer algo despreocupadamente? ¿Y si nunca volvía a pasear por un jardín, a pasear por ningún sitio excepto por grises espacios carcelarios, si nunca volvía a ver a un niño, un gato, un perro, un río, un monte, un cielo abierto...?

Reventó la burbuja de pánico uno de los resoplidos de indignación de Douglas. Desde una escalera se aproximaban unos pasos. Frances giró la cabeza para seguir su mirada y vio que la chica, Billie, había vuelto.

Debía de venir para escuchar el veredicto. Al parecer, estaba totalmente sola. Primero fue a la puerta de la sala y habló con el policía apostado allí. Él le explicó la situación y le señaló la zona de espera; ella echó un vistazo, vio

a los Barber, vio a los Ward, vio a Lilian, pero se acercó valientemente, con sus tacones resonantes, para instalarse al final del banco; se sentó casi exactamente enfrente de Lilian y de Frances. Llevaba el mismo abrigo azul pastel que el lunes. El sombrero era distinto, de terciopelo malva con una rosa de seda en el ala: lo llevaba muy bajo, casi tocando el cuello de su abrigo, y por eso lo único que se veía de su cara, vista de perfil, era la punta de la nariz y su barbilla infantil. Saludó con un gesto embarazoso a la madre de Spencer y la mujercita le devolvió el saludo con el mismo embarazo. El tío de Spencer, sin embargo, fulminó a Billie con la mirada; la llegada de la chica, extrañamente, lo situó, al menos por un momento, en el mismo bando que los Barber. Lilian, por su parte, vio llegar a la chica, la vio sentarse, la vio sacar una polvera y maquillarse la cara, la vio guardar el estuche; su mirada se prolongó tanto tiempo, a pesar de ser tan inexpresiva e incesante, que Frances empezó a ponerse nerviosa; era como la mirada de un cadáver.

Después, bruscamente, sin previo aviso, sin decir una palabra a Frances ni a nadie, Lilian se levantó y empezó a atravesar el suelo de mármol. No había duda de adónde se encaminaba. La madre y el tío de Spencer y los Barber se volvieron al oír el sonido de sus pasos. La chica también giró la cabeza al acercarse Lilian; luego se sobresaltó, acobardándose; incluso se echó hacia atrás cuando Lilian se le plantó delante, como si esperase que la golpeará. Cuando Lilian se limitó a hablarle en un susurro, alzó la vista hacia ella con los labios entornados y los ojos abiertos de par en par. «Sí», le oyó decir Frances a Billie, sorprendida. Y después: «No. Sí.» Y después: «Gracias.»

Y eso fue todo. El diálogo entero duró quizá veinte segundos. Cuando Lilian se alejó, la chica agachó la cabeza de nuevo, con la cara encendida a través del colorete.

Lilian no miró a nadie. No se reunió con Frances en el banco. Por el contrario, abandonó el vestíbulo y desapareció por el pasillo que llevaba a los servicios de señoras.

Transcurridos cinco minutos, como no regresaba, Frances fue a buscarla.

La encontró sola en el pequeño recinto. Las puertas de los servicios estaban abiertas. Lilian estaba fumando lo que quedaba de un cigarrillo, recostada en el alféizar de una ventana entornada de cristal esmerilado que daba a una claraboya. Cuando vio a Frances se quedó inmóvil un momento: luego se volvió, aplastó la colilla y la tiró por la ventana. Después se dirigió a uno de los lavabos para examinarse la cara en el espejo que había encima.

Frances la abordó casi con timidez.

–Me preguntaba si estarías bien.

Lilian había abierto el bolso y buscaba algo dentro.

–Sí, estoy bien.

–¿Qué... qué le has dicho?

Lilian sacó un tarrito de colorete. Mientras Frances la observaba, se quitó un guante e introdujo una uña en el tarro, se aplicó el carmín en el labio inferior, el superior, las mejillas; el gesto acentuaba el extraño parecido entre ella y la chica.

–Le he dicho que lo sentía por ella –dijo, mientras guardaba el tarro en el bolso–. Le he dicho que debería estar en mi lugar. Que es más viuda de Len que yo. Es verdad, ¿no? Debería quedarse con ese horrible dinero. Quizá se lo deje en mi testamento. Así lo tendrá bastante pronto.

Le tembló la voz en esta última frase. Cerró el bolso con un chasquido y se inclinó sobre el lavabo, agarrándose a sus lados rectos y blancos como para evitar hundirse en el suelo. Pero se apartó cuando Frances fue hacia ella.

–No, Frances. No sirve de nada, tú sabes que no.

–Por favor, Lilian, no puedo soportarlo...

–No. ¿No lo ves? Si lo intentas, si me tocas, sólo conseguirás recordármelo y será peor... Oh, ¿por qué no acaba todo esto? Sabemos lo que va a decir el jurado. Ojalá lo dijeran de mí. ¡Que lo dijeran aquí y ahora, hoy! Podían darme la cuerda y lo haría yo misma.

–No llegaremos a eso. Todavía hay una posibilidad.

Lilian desfalleció, exhausta.

–Oh, Frances, sabes que no es cierto. Lo sabes, en el fondo. Todo este tiempo hemos estado fingiendo. Hemos fingido desde el principio. El principio de todo, me refiero.

–El principio de todo –repitió Frances. Y luego–: Yo no fingí ni un momento cuando estaba contigo, Lilian –dijo simplemente–. Fingía con todos los demás. No, no contestes, escúchame, porque ya no hay tiempo y quiero decirte, quiero decirte que... Nada ha cambiado en mis sentimientos por ti. Tuve un período de locura, eso es todo. Permití que sucediera..., dejé que las cosas se estropearan. Me ha roto el corazón haberlo hecho. Quemé tu carta. ¿Te acuerdas? La carta más maravillosa que me han escrito nunca, y la quemé. ¡La quemé! Lo hice para salvar la piel. Apenas sabía que tenía piel hasta que te conocí. Dime que me crees. ¿No es éste un lugar para decir la

verdad? Aquí no hemos oído nada más que mentiras, pero dime, dime, por favor, que sabes que te amo, que sabes que es verdad.

Se detuvo, sin aliento. Estaban la una frente a la otra en un silencio sólo interrumpido por el goteo de una cisterna averiada, por el revoloteo de unas palomas en la claraboya. El cuarto olía a lejía y a fregonas acres y mojadas. Pero Lilian miró a Frances con unos ojos en los que empezaban a asomar las lágrimas, y por un momento aquella habitación, el juicio, Leonard, el verano, la historia de su amor..., era como si nada de esto hubiese sucedido todavía. Como si hubiera que rehacer su amor desde el principio, pero con la sinceridad y las pautas apropiadas. Como si se hallaran de nuevo en el dormitorio de Frances al día siguiente de la partida de Serpientes y Escaleras, de aquella estaca imaginaria recién extraída de su corazón.

Pero medió en aquel momento el repique de una campanilla en el vestíbulo, seguido casi al instante por unos pasos en el pasillo; al oírlos, Lilian posó su mirada temerosa en la puerta a la espalda de Frances. Ésta se volvió y vio la sombra de una figura contra el recuadro de vidrio esmerilado. Era un funcionario del Old Bailey que llamaba con los nudillos y preguntaba, discretamente: ¿está ahí dentro la señora Barber? ¿Deseaba oír el veredicto? Acababan de anunciar que el jurado regresaba ya a la sala.

Ellas se miraron otra vez. Lilian se había enjugado las lágrimas. Frances apenas logró articular las palabras.

—Así que ya está.

Y entonces, tras el letargo de la espera, todo cobró de pronto una velocidad horrible; o no exactamente una velocidad, no una premura, sino un inexorable movimiento hacia delante, como una taza de porcelana que cae hacia un suelo de piedra. Con mano temblorosa, Lilian se bajó el velo. Volvieron al vestíbulo y lo encontraron desierto. Tuvieron que apresurarse para entrar en la sala como los espectadores rezagados en una función de teatro y abrirse camino hasta sus asientos porque en la sala no cabía un alfiler. Había hombres que debían de haber acudido de otras salas —para presenciar, por decirlo así, la escena final—, empleados y funcionarios, reporteros, policías: de pie contra las paredes, habían ocupado todos los rincones. Arriba, en la galería, el público se apretujaba y parecía que aún seguía entrando gente. Frances y Lilian se sentaron y casi de inmediato tuvieron que levantarse cuando se abrió la puerta junto a la tarima para dar paso al juez.

Y cuando apareció en medio del silencio súbitamente eléctrico, Frances vio

que llevaba algo en la mano: esta vez no era el ramillete absurdo, sino una cosa espantosa, negra e inerte; una cosa, pensó ella en una ráfaga de horror, cuya existencia no debería permitirse: era el birrete que se colocaría encima de la peluca si tenía que dictar sentencia. La llevaba en la mano sin el menor reparo. Entró de un modo normal, tomó asiento con un ritmo normal; tampoco se mostraron alterados los hombres con toga y cadenas de oro que entraron con él y cuya identidad y funciones ella nunca había logrado comprender. Después hicieron su entrada los jurados, todavía eludiendo la mirada del chico; a Spencer le tenían de pie en el banquillo y se pasaba el puño de la camisa por el sudoroso labio superior. Frances vio sentarse a los miembros del jurado. Vio al secretario judicial acercarse a ellos. Aquél no podía ser el momento, ¿no? Todo era demasiado sosegado, irreflexivo. Había una vida en juego. No podía ser ahora. ¡Todo iba demasiado deprisa!

Pero el presidente se estaba dando a conocer, se estaba levantando; al final no era el tendero, sino un hombre flaco y anodino al que Frances no le había prestado atención. Notó un movimiento contra su muñeca y al mirar hacia abajo vio que la mano de Lilian buscaba la suya. La tomó; sus dedos se encontraron y se enlazaron con fuerza. Hubo un momento de suspense atroz mientras se ocupaban de algún último detalle. A continuación:

–Miembros del jurado, ¿han llegado a un acuerdo sobre el veredicto?

El hombre anodino asintió y respondió con una voz anodina.

–Sí.

–¿Consideran al reo, William Spencer Ward, culpable o inocente del asesinato de Leonard Arthur Barber?

–Lo consideramos inocente.

¡Dios! ¿Había gritado Frances? Bien podría haberlo hecho. Otras personas también habían lanzado exclamaciones, aunque en algún lugar de la galería se había elevado una aclamación extraña y solitaria que fue acallada inmediatamente. Lilian, encorvada, se tapaba la cara, le palpitaban los hombros; se había echado a llorar. Douglas se puso en pie. El chico en el banquillo miraba alrededor como si dudase de lo que había oído. Los reporteros salían de estampida de la sala y una voz clamaba que se restableciese el orden.

¡Inocente! ¿Qué estaba ocurriendo ahora? Frances no conseguía asimilarlo. El juez habló; no oyó lo que dijo. Debía de estar poniendo en libertad al prisionero, porque la vez siguiente que ella miró a Spencer lo único que vio

fue su cabeza joven y agachada desaparecer por la escalera que se abría en el suelo del banquillo. ¡Inocente! ¡No podía ser verdad! La hoja del cuchillo volvió a clavársele en el corazón. Lilian seguía llorando. Habían despedido a los miembros del jurado y el juez estaba abandonando la sala cuyas costuras se estaban descosiendo, todo el mundo se levantaba de su asiento, las sillas chirriaban, un barullo de voces. Se levantó y notó que se balanceaba. Lilian, a su lado, también se puso de pie; se había retirado el velo y se estaba enjugando la cara. ¿Debían irse? ¿Debían quedarse? De repente no sabían qué hacer. Los Barber avanzaban a codazos hacia el centro de la sala. Frances y Lilian los siguieron a trompicones, pero todo aquello era como un sueño, un sueño que parecía precipitarse hacia ella y después romperse a pedazos, a la madre y al tío de Spencer los estaban empujando fuera de la sala, Billie sonreía, revelando hoyuelos, mientras hablaba con un reportero, los abogados se estrechaban la mano como socios de un club después de una apuesta, el procurador se acercó a disculparse, malinterpretando las lágrimas de Lilian: «Un mal desenlace, señora Barber. Estos errores ocurren, me temo.» El inspector Kemp y el sargento Heath tenían la cara larga.

—Oh, era nuestro hombre, sin la menor duda —le estaba diciendo el inspector al padre de Leonard—. Se nos ha escapado por los tiquismiquis del jurado. Pero no se preocupe, que no tardaremos en pillarle por alguna otra cosa.

Y allí estaba Douglas, que parecía estar en todas partes al mismo tiempo, dando rienda suelta a su frustración, agarraba a la gente, gritaba con la voz de Leonard, con la cara furiosa y los labios húmedos y rojos de su hermano:

—¡Esto es una farsa! ¿Qué justicia es ésta? ¿En qué demonios estaba pensando el jurado? ¡Esto no quedará así! ¡Traigan de vuelta a esos hombres! ¡Quiero ver al juez!

Y de algún modo, de algún modo, aunque ella y Lilian habían estado juntas cuando se levantaron del banco, Frances estaba sola cuando se abría paso en la sala. Se colocó cerca de la puerta y miró a la gente. Localizó el abrigo, el sombrero de viuda: el señor Ives había abordado a Lilian y le sostenía las manos con las suyas; igual que su colega, se disculpaba con el semblante grave. Ahora se les había unido Douglas. Lo acompañaba un periodista... Frances se escabulló como pudo del agolpamiento. Vio cómo el público abandonaba la galería. Vio al secretario, que recorría una tras otra las mesas de la tarima recogiendo papeles.

Y fue solamente entonces, cuando lo vio reunir su pulcro fajo de documentos manchados de tinta, cuando empezó a creerlo. El fardo había desaparecido y se sentía liviana. Sentía que, sin el menor esfuerzo —una flexión de los dedos de los pies, un impulso del codo hacia arriba—, podría elevarse del suelo y flotar. Pero en esta sensación había un elemento erróneo. Aquella ligereza era la liviandad de la ceniza. Estaba chamuscada, reseca. Ni siquiera podía arrodillarse y dar las gracias a Dios, porque estaba segura de que Dios no tenía nada que ver en aquel asunto. Al final de todo, no había nadie a quien agradecer, nada por lo que dar las gracias, del mismo modo que no había nada que reprochar ni nadie a quien culpar del accidente ocurrido al principio de todo. O... no, estaba aquel hombre, aquel vecino de Bermondsey. ¿Cómo se llamaba? Ya lo había olvidado. Pero era él quien los había salvado; salvado al chico, a Lilian y a ella. Los miembros del jurado se habían convencido de que era una persona decente, porque habían querido creer que en su mismo trance también lo habrían sido. Ignoraban cómo se marchitaba la decencia, la lealtad, el valor cuando uno estaba asustado.

Recordó que la mano de Lilian había buscado la suya cuando el presidente se puso en pie. En los segundos que precedieron al veredicto, la presión que Frances había ejercido había sido como la de un torno. ¿Era su intención retener a Lilian o apremiarla a dar un paso adelante?

No lo sabía. Nunca lo sabría. Y el no saberlo era como la ausencia de algo, era como otra carga de un tamaño y una forma diferentes de la anterior. La liviandad se esfumó. Quería salir de allí. Buscó de nuevo a Lilian. Pero cuando sus miradas se cruzaron fue sólo por un instante; y después le pareció ver que Lilian la esquivaba.

Casi no se sorprendió. La historia había acabado, ¿no?

Se volvió y salió a empujones de la sala. El vestíbulo estaba muy concurrido pero nadie la miró mientras lo cruzaba hacia la escalera y bajaba los peldaños. Ni siquiera en la calle, donde se había aglomerado un gentío para oír el veredicto y ver al chico, le costó mucho pasar: las caras se iluminaron cuando apareció, como un avaro ante el brillo del oro, pero después se apagaron y miraron a otra parte en cuanto advirtieron que ella era pura filfa. La luz crepuscular era una penumbra grisácea y opaca. Debían de ser poco más de las cuatro. Dejó atrás el macizo edificio y siguió la pendiente de las calles hacia el río.

Se dijo a sí misma, mientras caminaba pesadamente: estás a salvo, estás a

salvo. Todos estaban a salvo ahora, supuso: ella, Lilian, el chico. Porque tras haber sido declarado inocente del asesinato no podían volver a detenerle por este delito, y si la policía creía realmente que era culpable entonces el caso languidecería, quizá... O quizá no. No lo sabía. Tal vez viera otra vez a Spencer en el banquillo, enjugándose el sudor del labio superior. Estás a salvo, estás a salvo... Pero no, pensó, aquello no era seguridad o, si lo era, era el tipo de seguridad que se gozaba después de una guerra, la seguridad que ella siempre había despreciado porque se obtenía haciendo daño. ¡Tanto daño! Le asqueaba pensarlo. Leonard, los padres de Leonard, Spencer, su madre, Billie, Charlie: la lista de víctimas parecía interminable. Parecía que caminaban penosamente a su lado. Y había que añadir también al bebé perdido...

Había llegado ya al puente de Blackfriars. Había recorrido todo aquel trayecto como una ciega que se desplaza con todos los sentidos excepto la vista. Por otra parte, ¿qué camino iba a seguir, si no era aquél? ¿Y qué futuro podía aguardarle, si no uno oscuro? Se imaginó la casa de Champion Hill. Se imaginó subiendo los escalones del pórtico, abriendo la puerta, franqueándola. Vio la puerta cerrarse tras ella y dejarla encerrada.

En esto, como un mecanismo de relojería, redujo el paso hasta detenerse. Estaba en medio del puente y apenas había recorrido ochocientos metros; al mirar atrás por encima del hombro aún se veía la cúpula negra del Old Bailey, con la estatua dorada en la cúspide. Una o dos personas miraron con curiosidad a Frances parada en mitad de la acera, por lo que fue al parapeto y se puso de espaldas al tráfico y a los transeúntes. Delante de ella tenía las vigas entrecruzadas y cubiertas de hollín del vecino puente ferroviario. Abajo, el río estaba crecido, sombrío; tenía el color deslucido de la arcilla. ¿Por qué no arrojarse a sus aguas? El pretil era bastante bajo. ¿Por qué no lanzarse ya mismo y sumar otra víctima a la lista? Se inclinó hacia delante y percibió cómo se escoraba su peso, alarmantemente persuasivo.

Pero nuevamente estaba actuando como una mala actriz. Se enderezó y miró alrededor. A intervalos a lo largo de puente el parapeto formaba una especie de nicho con un banco de piedra de poca altura dentro; se dirigió agradecida al más cercano y se sentó.

Sintió en el acto que ya no podría levantarse. No había nada que la instara a hacerlo. Allí estaba al resguardo de la brisa y el frío, cobijada en la penumbra creciente. Pasó un autobús, una veintena de rostros la miraron

inexpresivamente: se limitó a cerrar los ojos para no verlos. Al rugido del motor le suplantó otro, y después otro más. Minuto a minuto, capa tras capa, los sonidos llegaban y se alejaban: cascos, voces, pasos apresurados, el choque y el chirrido de ruedas de hierro. Lo notaba todo en la piedra en la que se había sentado. Era como la fatigada rotación del mundo.

Y cuando volvió a abrir los ojos Lilian estaba delante.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? No mucho, quizá, porque estaba sin aliento, como si hubiera corrido. Tenía la cabeza descubierta y el pelo alborotado; sostenía en la mano su sombrero de viuda, con el velo ondeando. Dijo, con un acento incrédulo:

–Te he visto desde el taxi. He venido a buscarte y te he encontrado. ¿Por qué no me has esperado? ¿Por qué te has ido?

Frances la miraba como si Lilian fuera una figura en un sueño.

–Pensaba que no querrías verme.

–¿Cómo has podido pensar eso?

–Porque... –Bajó la cabeza–. Porque no estoy segura de que yo misma soporte verme.

Lilian permaneció sin moverse un momento; después entró en el nicho y se sentó a su lado.

Tras un silencio, habló cansinamente.

–Ojalá pudiera decirte algo que arreglara las cosas, Frances.

Se pasó una mano enguantada por la cara. Sus manos eran ahora tan finas como las de una maniquí y en sus mejillas había hoyos; todo su meloso atractivo se había desvanecido. Suspiró y dejó caer la mano.

–Pero él estará siempre muerto. Estará siempre, siempre muerto. Y yo seré siempre la que lo ha matado. Y todo el tiempo que he estado en Walworth le he dado vueltas a esto mentalmente, intentando ver si habría podido hacer otra cosa; en qué momento podría haberlo impedido, cuándo podría haber evitado que ocurriera lo que ocurrió. Pero cada vez llegaba a la conclusión de que lo único que podría haber hecho de otro modo era no haberte besado aquella noche, después de la fiesta... E incluso ahora, al final de todo, no puedo desear no haberlo hecho. Durante un tiempo me hiciste desearlo, pero... no puedo. No puedo.

No puedo. Eran extrañas estas dos palabras que volvían a unir las: una declaración de fracaso, pensó Frances, y asimismo de amor. Pero eran como

la palabra que el jurado había pronunciado: en el momento en que las oyó empezó a temblar, a imaginar que Lilian no las había dicho.

Lilian lo vio y puso una mano encima de la de Frances; y enseguida cesó el temblor. No trataron de seguir hablando. Se inclinaron unos pocos centímetros; no hacía falta más, de todos modos, para estrechar el espacio entre ellas. ¿Estaría bien, se preguntó Frances, que se consintieran ser felices? ¿No sería una especie de insulto a todos los que habían sufrido daños? ¿O no debían hacer todo lo posible por cometer por fin una pequeña osadía? ¿No tenían casi el deber de hacerlo?

No lo sabía. No alcanzaba a pensarlo. Su pensamiento no llegaba tan lejos. No llegaba más allá de la mano de Lilian y de su hombro y su cadera cálida contra la suya. Tendrían que levantarse pronto, supuso. Un chico pregonaba la edición vespertina. Su madre estaría esperando en casa. También la familia de Lilian. Pero por el momento existía esto, y era suficiente, era más de lo que habrían esperado: las dos juntas en su rincón de piedra, su ropa oscura fundiéndose con el rojo atardecer, las luces que se encendían en la ciudad, y unas cuantas y pálidas estrellas en el cielo.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mis maravillosos redactores del Reino Unido, Estados Unidos y Canadá: Lennie Goodings, Megan Lynch y Lara Hinchberger. Gracias a todo el mundo de Greene & Heaton, y a Jean Naggar, Jennifer Weltz y Dean Cooke. Gracias al personal de la Southwark Local History Library, los Lambeth Archives, la London Library, el Cinema Museum y el Jamyang Buddhist Centre de Londres (antiguamente el Lambeth Police Court); y a mis sagaces primeros lectores Susan de Soissons, Antony Topping, Christie Hickman, Ursula Doyle y Kendra Ward; y a las siguientes personas por sus conocimientos y su ayuda moral, o ambas cosas: Laura Doan, James Tayler, Alison Oram, Jackie Malton, Val McDermid, la profesora Sue Black, Zoë Gullen, Fiona Leach, Julia Parry y Kate Taylor. Una gratitud especial a Sally O-J, cuyo entusiasmo por esta novela contribuyó a mantenerla a flote en capítulos incongruentes. Ante todo: gracias a ti, Lucy, por tu lucidez, tu paciencia y tu amor.

Título de la edición original:
The Paying Guests

Edición en formato digital: diciembre de 2016

© de la traducción, Jaime Zulaika, 2017

© Virago Press, 2014

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2017
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3756-8

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

SARAH WATERS

*Los huéspedes
de pago*



ANAGRAMA
Panorama de narrativas